

*Con la mirada
de un
dios cobarde*

José Manuel Mójica Legarre

EDITORIAL AQUA

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal)

© De la presente edición: Fernando Usunáriz Echeverría

© Del texto: José Manuel Mójica Legarre.

© Ilustración de la cubierta: José Manuel Mójica Legarre

Primera edición: Septiembre de 2007

Editorial Aqua

ISBN: 978-84-96081-58-1

Depósito Legal: Z-3246-2007

Impresión: Gráficas Vela, Zaragoza

Impreso en España

Melancolía es la red con la
que el tiempo quiere atrapar a los
valientes si tienen corazón.

Con sus hilos negros,
pegajosos y dulces, envuelve
a los que nunca tuvieron miedo
de nada apoderándose de sus
manos, de su mirada y de su
aliento.

Severino Pallaruelo

PROLOGO

Antes de que inicien la lectura de este relato, confeccionado con retazos de realidad y trozos de ficción, creo necesario hacer unas puntualizaciones que, al menos así lo espero, facilitarán la comprensión de la trama que he urdido para hacer llegar un mensaje importante, desde mi punto de vista.

En primer lugar debo explicar que “Con la mirada de un dios cobarde” no es una novela que hable de gitanos españoles, sino de Romanís; un pueblo al que pertenecen los gitanos pero que no se asienta sobre la península Ibérica, sino en diversos territorios de Francia, en parte de la región Centroeuropea y en Europa del Este y que, por su organización tribal, merecen una atención muy especial ya que ellos han conservado sus tradiciones, sus leyes, con mayor pureza que en España y Portugal, porque se han mantenido mucho más al margen de la sociedad que los acoge.

Algunas de las afirmaciones que se hacen a lo largo de la novela, aclaradas en notas situadas a pie de página, nos pueden parecer hechos de ficción, pero en el anexo final se aportan algunos datos que, si bien contribuyen a dar alguna luz a los conceptos que aparecen en el texto, no son de ninguna manera demostrativos.

Como en toda obra que sea fruto de la imaginación, se aprovechan informes probados para que, una vez insertados en el argumento, den mayor credibilidad a lo que se cuenta; pero también se puede hacer uso de una novela para contar verdades que, de otro modo, sólo verían la luz en tomos de investigación que morirían llenos de polvo en los anaqueles de cualquier librería.

La exigencia de escribir una historia nace sin duda del impulso de dar a conocer a otros las experiencias aprendidas; esta novela se ha parido a sí misma sin más necesidad de existir que el hacer saber a los demás datos que de otro modo permanecerían escondidos. Se tiene por cierto que el pueblo romaní tiene su origen en

la India y, los expertos, lo intentan demostrar con datos sobre la lengua y la idiosincrasia de los individuos; pero cada día más hay voces que se alzan proponiendo, demostrando, que los romanís son de origen semita o hebreo, y fundan sus afirmaciones comparando las leyes y tradiciones pre—talmúdicas con las del pueblo romaní. Como no puedo adherirme a una u otra propuesta, ya que carezco de datos suficientes para hacerlo defendiendo mi posición con propiedad, he decidido incluir en el anexo un texto comparando la ley judía pre—talmúdica con la ley judía actual, la tradición cristiana, la hindú y la romaní; el resultado de ello es una convicción personal sobre el origen del pueblo Rohm, convicción que no puedo, ni debo, imponer a nadie puesto que mi idea es difundir y no forzar la opinión ajena.

También he querido poner de manifiesto el papel primordial que las mujeres tienen en la sociedad romaní a la que, a veces, se tacha de machista o excluyente para con el sexo femenino. Si observamos con atención la historia de este pueblo, podremos deducir que no es más ni menos machista que la sociedad en la que vive inmerso y que, si ha sido excluyente con sus mujeres nunca lo ha sido en mayor medida que sus vecinos no gitanos; ésto por no decir que en la ola de violencia doméstica que se vive en todo el mundo, los asesinatos de mujeres romanís a manos de sus parejas representan un porcentaje inapreciable.

Mientras que el hombre romaní se ocupa de enseñar a los más pequeños las leyes, las mujeres transmiten enseñanzas, lengua y tradiciones, que si bien no son tan sesudas, tampoco son menos importantes; para un pueblo que carece de tierra propia bajo sus pies, que no tiene país constituido, que en su gran mayoría no tiene cementerios en los que puedan honrar a sus difuntos, las palabras, el idioma que les enseñó su madre, es la única patria de la que pueden disponer.

También he querido hacer un resumen de las leyes primordiales del pueblo romaní, basándome en la Ley Mosaica, que el protagonista de la novela, un Patriarca llamado Salubha Soniché, comenta utilizando el arma más potente que tiene al alcance de sus manos y una de las más difíciles de encontrar en nuestras sociedades modernas: el sentido común.

Por último, el hecho de que sea una mujer quien reciba el relevo, la destinataria de la última carta de Salubha, ha sido un enorme guiño, un reconocimiento a la gran labor que realizan a diario las mujeres del pueblo romaní; si todas las experiencias del Patriarca Salubha que son transmitidas a los futuros líderes y jefes de familia se recogen en un Testamento¹, la carta a la futura Matriarca, es un canto a quienes oponen a la severidad del mando, el amor maternal a todo su pueblo.

Una vez hechas estas advertencias, sólo queda encarar la lectura de esta novela con el espíritu abierto, para disfrutar de las sorpresas que aparecen en la trama porque todo cuanto está escrito es fruto de la imaginación.

Pero ¿y si no lo fuese?

José Manuel Mójica Legarre

¹ Este testamento ha sido publicado recientemente por la Editorial Aqua de Zaragoza, España, con el título de «La llama frente al huracán»

A pesar de la violenta belleza que exhibe este remoto retal de selva húmeda, que me rodea con la agreste ternura de los sentimientos más primitivos, a despecho del calor que me brinda un paisaje inacabado, todavía sin desbastar como si fuera el borrador de una obra maestra, hoy me he levantado con los pies tan insensibles como la conciencia de un asesino en serie. ¿Significará ésto que he comenzado a morirme de abajo hacia arriba como los árboles que han perdido sus raíces? Si mi pensamiento es cierto, cuando el frío universal que mantiene mis pies ateridos alcance finalmente el corazón, exhalaré un último resuello sin protestas ni aspavientos; dejar esta vida sin rencores, mirando sin miedo a los ojos de la muerte, rodeado por una naturaleza salvaje que se diría recién concebida por la mente de un dios especialmente creativo, será el punto y coma perfecto que cierre para siempre esta parte de mi existencia.

El cerebro espoleado por la soledad que elegí como última compañera de una vida expatriada desde el nacimiento, el recuerdo estimulado por el silencio que a veces me besa en los labios de la memoria, incitado por las visiones de tiempos que no he vivido realmente y las presencias venidas desde tiempos que no se me antojan tan irreales como los que consumo a diario, se entretienen en poner algunos contrapuntos insólitos a lo cotidiano de una vida que se escapa lenta, dulcemente, por la punta de mis dedos, sin indulto ni apelación posible.

En las visiones que me han acompañado estos últimos días, llevándome de la mano desde el sueño a la vigilia durante una especie de duermevela tranquilo sin angustias ni sobresaltos, alguien, o algo formado de materia luminosa, me ha conducido paternalmente por una historia que yo presenciaba desde muy lejos, sintiéndome actor sin serlo, sin ningún tipo de emociones; parecía como si mi espíritu no estuviera realmente dentro del cuerpo que le había sido asignado para experimentar sentimientos humanos tan imperfectos como la ternura, la amistad o el amor, tan fríos como la violencia, la ira o el rencor, tan educativos

como el desengaño, la paciencia o tan comunes como la traición a uno mismo.

Sin saber cómo ha podido llegar a suceder, durante un tiempo carente de medida he pasado de ser chispa luminosa perdida en la nada más absoluta a convertirme en una roca que sobrevivía precariamente en un mundo negro, mineral, salvaje, original, hecho de fuego y vapores venenosos. Después he vivido como si fuera un vegetal, en territorios que oscilaban cíclicamente del clima tropical al frío más atroz, adaptándome como podía a los caprichosos vaivenes de la temperatura. Más tarde he podido experimentar diversas existencias ajenas, siendo sucesivamente diversos animales desde el más insignificante al más grande, hasta que se ha producido la oscuridad total para renacer, aparentemente en espíritu, sin ser yo mismo, dentro de diferentes cuerpos humanos, en los que me ha sido dado conocer la historia completa del animal que se llama hombre a sí mismo y la miseria de sus sentimientos más viscerales.

Desde luego no ha sido agradable dormir al aire libre dentro de otros cuerpos, tan sólo protegido por algunas plantas espinosas, como tampoco lo ha sido cazar animales para devorarlos casi crudos en unas leyendas personales no escritas por mí; pero todo cuanto he logrado aprender sobre nuestros orígenes, como seres racionales que presumimos ser, me ha permitido comprender, una vez despierto, la fragilidad del ser humano en un mundo que comenzó siendo tan agresivo y brutal para nuestra raza como nosotros lo somos ahora para la naturaleza.

Lo curioso de este viaje a través de las Eras ha sido verme aprender de diferentes cuerpos con distintas almas, observar cómo otro que era como yo, sin serlo por completo, se equivocaba y de qué manera trataba de corregir sus errores para, en el cuerpo siguiente, en la próxima leyenda personal y ajena, volver a cometer los mismos errores por no tener la valentía de recordar lo que hasta ese momento había vivido.

Cada mañana, desde el momento en que me despierto, la presencia casi física de esas visiones, una forma fantástica de volver atrás en el tiempo, se repite con insistencia, con infatigable tozudez y, a veces, dudo si estoy dormido o despierto. Tengo la impre-

sión de que esta fase final de la vida es aquella en la que todo lo vivido pasa ante nuestros ojos, como dicen los ancianos; también es posible que en mi caso esta película vaya pasando con más detalles que en otros, o ya estoy muerto y, al carecer el tiempo de importancia, los detalles se estiran sin medida racional para que pueda ver todo el pasado, propio y ajeno, en varias sesiones que se suceden sin orden ni concierto. De alguna manera extraña noto mi respiración combar con levedad mi pecho, siento la tierra bajo mis pasos, sé que pienso pero no estoy completamente seguro de estar vivo.

La luz indefinida del amanecer de hoy todavía no ha podido romper las últimas tinieblas de la noche, lo que hace todavía más irreal el paisaje que me rodea dotando de vida a las sombras que la luna llena, siempre remolona para dejar su lugar al sol, dibuja en las copas de los árboles aliándose en perfecta simbiosis a la irregular bruma matinal. Mientras tanto, las estrellas, convierten el cielo en la imagen fotográfica de un campamento muy lejano, lleno de hogueras que tratan de calentar al alba a los miles de hombres y mujeres que nunca he sido, a lo largo de la existencia humana en este pequeño planeta perdido dentro de un inmaduro Universo que todavía no ha terminado de crecer ni de curtirse.

En un violentísimo escorzo de mi fantasía desencadenada imagino esos miles de almas esperando a que todos los demás terminemos de peregrinar, por el desolado paisaje que aísla la vida de la existencia real, para descansar en paz después de un despiadado tránsito que ha durado innumerables siglos.

Mientras las últimas constelaciones son empujadas a su retiro diario por el lucero del alba, trato de enfocar mi pensamiento en el presente; pero éste, como si quisiera jugar al escondite, se escapa de mis manos dejándome burlado y triste en esta carcasa de carne que, sin ser anciana, ha cumplido con el cometido de traerme hasta el final del camino ¡Tuve que aprender tanto para llegar hasta este punto!; pero ¿acaso la vida del hombre no consiste en aprender? La mejor prueba de ello es que un animal, para sobrevivir, sólo necesita alimentarse, y respirar; nosotros, para mantenernos durante algún tiempo con vida, necesitamos aprender un oficio, ejercer una ocupación que nos permita alimentar el cuerpo.

Desde algún lugar de mi memoria más escondida, o quizás de mi alucinada imaginación, surgen días pasados de otras vidas, de otros cuerpos, y me doy cuenta de cómo los seres humanos, yo entre ellos, hemos ido fabricando un nudo corredizo en la soga que acabará por ahorcarnos al tiempo que estrangulamos arteralmente el planeta que nos ha dado cobijo durante generaciones.

Hemos matado la tierra, hemos acabado sistemáticamente con todo lo que nos dieron para sobrevivir, lo hemos explotado hasta la extenuación y ahora, por fin, hemos terminado siendo sólo una especie más en extinción. Mientras los hielos del norte se derriten para elevar el nivel de los mares amenazando con ahogar nuestras costas, prostituídas con hoteles y restaurantes hacinados sin control ni respeto por el paisaje de nuestros ancestros, las sequías azotan grandes territorios y el fuego se escapa del pobre control humano para quemar cientos, miles de hectáreas boscosas acabando con el paisaje que contemplábamos cuando éramos niños, precipitando de manera implacable nuestra propia destrucción. El mundo se ha convertido, hoy día, en un lamentable enfermo terminal, sin dios ni esperanza, que sabiéndose cerca de su final, acelera su última etapa en algo parecido a un suicidio rencoroso, revanchista.

Algunos pueden pensar que los más ricos han sofocado con innecesaria brutalidad a los más pobres y tienen mucha razón; pero este hecho no es ninguna novedad en la sociedad humana ya que, desde el principio de los tiempos, quienes han detentado el poder se han aprovechado con inhumana zafiedad de los menos favorecidos, en su propio beneficio.

Tampoco podemos negar, porque es algo evidente, que desde hace algunos años en muchos países del descaradamente llamado primer mundo las minorías políticas son las que imponen su ley a las mayorías, demasiado ocupadas en el tráfico innoble de nadar y guardar la ropa para alcanzar el número suficiente de votos que les permita conservar el poder.

Entre las telarañas de la imaginación alcanzo a imaginar las primeras tribus de humanos que se asentaron en poblados dirigidos por quien tenía la Autoridad Moral necesaria para salvaguardar el bien común. Los hombres que ejercían el liderazgo en aque-

llas épocas remotas, eran seguidos voluntariamente por las familias de la tribu gracias a su capacidad de tomar decisiones acertadas que conducían al fortalecimiento de la tribu.

Más tarde, alguien, que se creía con capacidad para gobernar mejor, aún sin tener Autoridad ni Moral, se alió con los más violentos e impuso su forma de gobierno apoyado en la fuerza bruta de sus acólitos; sólo faltaba que el brujo, el chamán o quien hubiera usurpado el papel de ser representante incontestable de los dioses en la tierra que pisaban, ayudara a ese grupo de usurpadores anunciando castigos e infiernos para quien no acatará las órdenes del jefe que los oprimía ¡Qué vergüenza para nuestra raza humana! ¡No hemos cambiado absolutamente nada a lo largo de los siglos!

Yo, Salubha Soniché, muerto, hijo de muertos, lo atestiguo.

* * *

(Valle del Rey, cerca de Salem, año 1780 antes de Cristo²)

...sin arrepentirme de haber cambiado el lujo de Babilonia, la pacífica existencia personal entre los lujos dignos de mi rango, la avanzada cultura y la refinada civilización, por aquellos agresivos paisajes en medio de un secarral tan sólo animado por algún que otro encinar disperso; pero yo, Salubha, reconocido por todos como uno de los magos más acreditados de esta época que nos toca vivir, sé que mi lugar está aquí, justo en este espacio—tiempo.

Cerca de mí se encuentran sentados despreocupadamente, de cualquier manera, silenciosos, absortos en sus negros pensamientos, el otrora poderoso rey de Sodoma junto a los integrantes del séquito que le acompaña en su actual desgracia; parece como si no hubieran terminado de admitir su ignominiosa y total derrota a manos de Abram el hebreo, un simple pastor de ovejas ayudado por sus siervos. Un poco más lejos el propio Abram, Patriarca originario de Ur, en tierras de Caldea, observa complacido cómo sus

² Para ver el origen de este relato y tener más datos sobre los personajes y las situaciones que se citan, consultar La Biblia, Libro del Génesis, en el capítulo 14.

hombres festejan con gran bullicio la victoria sobre Quedorlaomer y sus aliados, envolviendo en danzas y cánticos el inmenso botín de guerra que han conseguido; al lado del que será llamado Abraham, el que llegará a ser citado en las páginas de los textos sagrados como amigo personal de Yahvéh—dios, se encuentra su sobrino Lot, junto con sus bienes y todas las mujeres de Sodoma. Acaba de ser liberado por su tío de las garras del rey vencido, después de una cruenta batalla nocturna y una enconada persecución que se ha prolongado durante todo el día. El ambiente festivo que se respira me hace sonreír, por estar más acostumbrado a la pompa y al boato de las celebraciones en la poderosa corte babilónica que a la campechana alegría de aquel grupo de humildes pastores nómadas, reconvertidos en guerreros, que son, por el momento, sencillamente felices.

Un cortejo de jinetes que avisa su llegada por el horizonte en medio de una densa nube de polvo hace cesar los cánticos en el campamento hebreo de manera súbita. Los hombres de Abram se miran unos a otros, recelosos, acariciando los pomos de sus espadas con gestos amenazadores, temiendo el ataque por sorpresa de alguno de los reyes que se habían dado a la fuga después de la batalla. A una distancia prudente del asentamiento levantado por los criados de Abram, se detiene el séquito y, tras apearse del camello que monta, se adelanta un personaje majestuoso rodeado por una aureola de paz que ahuyenta toda sospecha.

Se me alegra el alma al darme cuenta que el visitante es mi amigo, mi hermano Melquisedec, rey de Salem, rey de paz y Sumo Sacerdote del Dios Altísimo. Sus vestiduras blancas orladas de oro, su andar regio, su mirada afable y la Autoridad Moral que emanan de él, dejan a todos, vencedores y vencidos, en un estado próximo al arrobamiento.

Abram, cuando reconoce al insigne recién llegado, se destaca apresuradamente de entre los suyos para postrarse como evidente señal de respeto y sumisión ante el visitante quien, tomándolo por los antebrazos con una mezcla de suavidad y energía, evita que se arrodille ante él; tras un abrazo cordial, ambos toman asiento en el acceso a la tienda del hebreo para protegerse un poco del rojizo sol que incendia el cielo. Cuando terminan de aco-

modarse, Abram llama a sus sirvientes y da unas órdenes precisas en voz muy baja; poco tiempo después, frente al Sacerdote, se puede ver apilado el diezmo de todo cuanto habían arrebatado a los vencidos, dejando claro con este gesto que, de manera voluntaria, el Patriarca hebreo acepta el poder moral de Melquisedec sobre él y su familia.

En el campamento, mientras tanto, un grupo de hombres se ocupa en preparar la cena de celebración con que se obsequiará a todos los presentes. Algunos atraviesan corderos jóvenes, previamente adobados con aceite de oliva y aromatizados con hierbas, para colocarlos en lanzas sobre las brasas que ya estaban dispuestas; otros, preparan pan ácimo, miel, pasas, dátiles, pan de higos y vino en abundancia para acompañar el asado.

Terminada la cena Melquisedec, con un gesto solemne, toma pan, lo parte, y con una copa de vino en la mano dice:

—Bendito sea Abram por el Dios Altísimo, Señor del cielo y de la tierra. Bendito sea el Dios Altísimo que ha entregado a los enemigos en tus manos.

Seguidamente se reparte entre los presentes el pan y el vino bendecidos; todos tomamos los alimentos consagrados en medio de un respetuoso silencio, desconociendo muchos que aquella ofrenda de pan y vino es la representación de la dualidad del hombre ya que el pan simboliza el trabajo, la imaginación del ser humano y el vino, la vida, es la representación alegórica del viaje interior en busca de la espiritualidad.

El rey de Sodoma percibe lo exclusivo de aquel momento y, creyendo que ha llegado la ocasión oportuna, se acerca con muestras de respeto a los dos hombres que permanecen sentados a la sombra en la tienda del Patriarca hebreo; después de pronunciar las obligadas zalemas y bendiciones, como manda la cortesía, se dirige al Patriarca Abram para decirle que a él no le importa en absoluto que conserve todo lo que han cogido, porque lo considera botín de guerra ganado en buena lid; pero se atreve a suplicar de su magnanimidad, mil veces demostrada, que tenga a bien devolverle las personas que forman parte de su pueblo.

Abram, después de meditar unos instantes lo que debía hacer a continuación, levanta su mano al cielo, con gesto magnífico, en señal de promesa, y dice con voz profunda, solemne.

—No voy a mantener cautivos a los prisioneros porque ningún hombre tiene la potestad de someter a otro contra su voluntad, así que ellos decidirán si vuelven contigo a Sodoma, o vienen conmigo al encinar de Mamré para formar parte de mi familia como hermanos con iguales derechos. En cuanto a los bienes habidos como botín de guerra no quiero ni un hilo, ni la trenza de una sandalia que venga de tus posesiones personales, para que no puedas jactarte jamás de que el botín que te hemos arrebatado ha hecho rico a Abram, Patriarca de los hebreos.

Nadie hace objeción alguna a sus palabras; en el fondo todos le admiran por su sentido de la Justicia y no esperaban de su recto proceder ninguna decisión que no fuera ecuaníme.

Cuando el sol comienza a declinar en el horizonte, pintando un lienzo que encierra entre sus límites desde el negro más tenebroso hasta el amarillo más cegador, después de unas farragosas negociaciones moderadas por Melquisedec, quien ha tratado por todos los medios que ambas partes quedasen conformes con lo allí dispuesto, acuerdan por fin que el rey de Sodoma lleve consigo a todas sus gentes, junto con sus bienes, menos lo que habían comido los jóvenes que acompañaron al Patriarca durante la campaña, y las partes que correspondían a Mamré, dueño del encinar en el que se asentaba la tribu de Abram, Echkal y Aner que fueron aliados de Abram y le escoltaron voluntariamente en la guerra, tan breve como intensa, contra los reyes que habían apresado a su sobrino Lot.

Una vez finalizada la tediosa mediación entre Abram y Quedorlaomer, el rey de Sodoma, Melquisedec pide respetuosamente autorización al Patriarca para orar apartado de todos y, tras obtener el beneplácito del hebreo, se dirige con paso tranquilo hacia unas piedras amontonadas fuera del campamento que forman una especie de tosca pirámide; salvo yo, que asiento con la cabeza, nadie se da cuenta de la imperceptible señal que hace con su mano derecha. Poco tiempo después ambos nos saludamos afectuosamente tras los peñascos.

—Hermano Salubha —dice— ¡qué alegría me da verte después de tantos años de no disfrutar de tu presencia!

—Supongo que no has dudado en ningún momento de mi presencia en esta cita, Melquisedec —respondo—; pero sentémonos aquí para conversar, que los años no perdonan a nadie.

—Oremos antes, amigo mío —dice Melquisedec— para que el Dios Altísimo nos ilumine en nuestras decisiones.

Los dos miramos hacia el lugar donde el sol se ha convertido en un resplandor rojizo que incendia las nubes y, con las palmas de las manos abiertas mirando al cielo, iniciamos sendas plegarias no menos sentidas que silenciosas. Una vez que damos por concluidos aquellos momentos de recogimiento, nos acomodamos en el suelo con las espaldas plácidamente apoyadas en las toscas piedras que todavía conservan el calor que le habían robado al sol durante el día. Es Melquisedec quien rompe el silencio, instalado entre ambos como un huésped no deseado.

—Debo suponer, Salubha, que estás aquí porque recibiste a tiempo al emisario que te envié.

—Cierto, hermano —digo—; pero hubiese venido de cualquier manera porque mucho antes había percibido la angustia de tu alma. Claro está que, después de haber oído lo que me transmitió tu mensajero, espero que fuera realmente necesario dejar Babilonia y recorrer cientos de parasangas³ para reunirme contigo en este paraje tan extraño; la verdad sea dicha, no entiendo muy bien la razón de vernos en este campamento de bárbaros, en medio de la nada, pudiendo haberlo hecho tranquilamente en la comodidad de tu palacio, en Salem.

Después de un silencio largo, denso, casi pastoso, Melquisedec empieza a razonar en voz alta. Parece como si estuviera hablando solo, sin dirigirse a nadie en concreto.

—Estas piedras amontonadas, a pesar de su humilde apariencia, son algo más que un altar entre los muchos que han erigido las tribus nómadas; marcan la situación exacta de un eje mágico. Es aquí donde debemos estar y no en el palacio ya que, lo que se debe hacer, sólo aquí será posible.

³ Medida de longitud utilizada en Babilonia equivalente a la distancia recorrida durante una hora, en territorio llano por una persona que estuviera acostumbrada a caminar. En cifras actuales, seis kilómetros aproximadamente.

—Pero, ¿qué debemos hacer? —digo con la inquietud temblándome en la voz—lo que mencionó tu mensajero, y debo reconocer que no entendí mucho de lo que me dijo aquel día, fue que debía reunirme contigo para recibir de ti un secreto, escondido; un secreto que podría salvar al hombre en un futuro tan lejano que ni los nietos de nuestros nietos alcanzarán a ver.

—Y así es, hermano Salubha, así es. El futuro que me ha sido revelado no es nada halagüeño para los hombres; debemos actuar sin tardanza porque, de otro modo, si no hacemos lo que en este momento es necesario, perderemos la batalla espiritual que se libra en otro espacio—tiempo diferente al nuestro desde el principio de unas épocas que ni aún nosotros conocemos.

—¿Tan grave es el futuro que le espera al hombre, hermano?

—Sí, amigo mío —dice Melquisedec con tristeza—a ti no puedo ocultarte la verdad por muy dolorosa que sea, así que lo mejor será empezar desde el principio; interrúmpeme cuando no entiendas algo porque necesitas saber perfectamente a qué debemos enfrentarnos.

—Así lo haré, Melquisedec, descuida.

—No necesito decirte, porque lo has observado tú mismo, que los hombres han perdido todos los poderes que les fueron otorgados al principio de los tiempos. Desde que Dios mismo decidió que Enoch no debía pasar por la prueba de la muerte carnal, gracias a su excepcional fe en el Dios Altísimo, y debido a su conducta justa, nadie más ha merecido una tal dicha; una bendición que sólo está al alcance de unos pocos privilegiados que, además de ser fieles a sus creencias, o quizás simplemente por el hecho de serlo, adquieren el Conocimiento en su totalidad a través de la Sabiduría sin necesidad de trascender por medio de los complicados rituales, casi olvidados, que dan acceso a los poderes que los no iniciados llaman magia. Sólo unos pocos guardamos, en secreto, la manera de acceder a ellos porque, si estos poderes estuvieran al alcance de todos, si enseñásemos abiertamente los rituales de acceso al Conocimiento, toda la humanidad desaparecería en muy poco tiempo; pero, por otra parte, tampoco están tan ocultos como para que nadie sea capaz de hallarlos ya que, en el futuro, si nosotros no podemos transmitir lo que sabemos, alguien deberá encontrarlos

para alcanzar la Sabiduría y, con Ella, el poder para cambiar el destino del hombre. La maldad del ser humano es tan insistente que ya atrajo varias veces la cólera de algunos dioses menores sobre el círculo de la tierra ¿recuerdas?

—Si te refieres a los cataclismos que han acabado en diferentes ocasiones con gran parte de los pueblos —digo—sí, lo recuerdo.

—Bien, pues a pesar de los muchos escarmientos, el hombre ha seguido inclinándose hacia el Lado Oscuro de la existencia y continúa con las mismas tendencias corruptas, anhelando de manera desmedida el poder temporal y la riqueza. Ya no hay que temer una gran catástrofe desencadenada por un dios; es el hombre mismo el que buscará su propia destrucción, y sólo ahora, en este momento de la existencia del ser humano, precisamente en el punto exacto que estamos, justo en este paraje del Universo, se puede dar inicio al largo camino que ha de recorrerse para poder darles a nuestros descendientes una mínima oportunidad de salvación. Además, para colmo de nuestra aflicción, sólo nosotros estamos capacitados para hacerlo, Salubha.

—Estoy a tu servicio; dispón de mi vida si lo crees necesario.

—No esperaba menos de ti, amigo mío. Ahora debes tomar mi mano con toda la fuerza que puedas porque, a través de mí, te van a ser revelados, en espíritu, secretos que harían temblar a otros mucho más fuertes que tú. Ten confianza en mí, Salubha y abre tu espíritu ¡ahora!

Aferrado a Melquisedec, observo de reojo cómo éste hace un gesto con su mano libre mientras murmura una plegaria, parecida a una súplica desesperada, en algún idioma desconocido por mí. De pronto, a poca distancia frente a nosotros, parece materializarse un punto de luz que va perdiendo luminosidad suavemente al tiempo que se expande formando un círculo translúcido de color escarlata oscuro, hasta alcanzar aproximadamente dos codos de anchura⁴.

La superficie de esa circunferencia tiene el aspecto de un lago, con aguas remansadas en las que incidiera con fuerza el rojizo sol

⁴ Aproximadamente se puede calcular el codo mesopotámico, según aparece reseñado en diferentes textos de La Biblia, en 45cm. de largo. La medida descrita es de 90 cm.

del ocaso. Poco a poco se van formando unas imágenes en esa especie de espejo líquido; si al principio parecen borrosas, se van definiendo poco a poco hasta tomar forma. El mago babilonio que hay en mi interior puede ver a un hombre lujosamente ataviado que se considera capaz de responder, sin equivocarse, a cualquier pregunta que le hagan, y observo cómo escribe cuidadosamente con una tinta hecha de luz, en unos pergaminos, lo que aparenta ser una fórmula mágica, en una mesa de fino tallado presidida por un cráneo de cristal. Cuando esta imagen desaparece, da paso a la de un hombre joven, con aspecto humano y de carnero al mismo tiempo, hombre y mujer a la vez, que sujeta entre sus manos la tierra, el cielo y el pergamino escrito con letras de luz; pero por mucho que lo intenta no parece ser capaz de abrirlo para leer su contenido. Súbitamente aquel joven se convierte en un puñado de polvo que es barrido por una potente ventolera, venida desde todos los puntos cardinales al mismo tiempo, dejando el espejo en tinieblas hasta que desde su mismo centro, a partir de un minúsculo punto, va desarrollándose un feto que progresa y, después de pasar por todas las etapas del crecimiento humano, alcanza la juventud; de la boca del hombre en que se ha convertido el embrión salen palabras que, si bien son inaudibles, están hechas de una materia cegadora, increíblemente luminosa. Los vocablos que pronuncia este Ser, entran inmediatamente por los oídos de doce hombres y doce mujeres que habían ido materializándose a sus pies; una vez que las palabras entran en ellos, sus rostros resplandecen como si mil soles les alumbrasen al mismo tiempo.

De las bocas de esos doce hombres comienzan a salir las mismas palabras que habían recibido de aquel magnífico Ser; pero cuando abandonan sus cuerpos ya no son tan refulgentes como lo eran en el momento de recibirlas y parecen hechas con una materia semejante a la escoria de hierro que se adhiere al fondo de un horno de fundición. Sólo una de las mujeres es capaz de hablar con el mismo verbo luminoso que había escuchado; pero aquellos doce hombres comienzan a maltratarla, agrediéndola de manera violenta, ayudados en su vil tarea por otro recién llegado que parece atacarla con más saña que los demás trabando los labios femeninos con una especie de pergamino en el que se lee, solitaria, la palabra "LEY". El resto de las mujeres son amordazadas a continuación,

por los sacerdotes de un templo en ruinas, con ayuda de pergaminos de piel humana que contienen palabras escritas con una tinta repugnante hecha de excrementos animales.

Cuando las mujeres son por fin reducidas al silencio, los sacerdotes las arrojan desdeñosamente, entre burlas soeces, hacia uno de los extremos más alejados del espejo donde poco a poco se van convirtiendo en esclavas translúcidas hasta que su presencia deja de ser visible. Luego los sacerdotes rodean amenazadores al joven luminoso y, mientras los doce hombres que estaban a sus pies corren a esconderse detrás del lugar que ocupaban las mujeres, aquel que había llegado a última hora se une al círculo que habían formado los eclesiásticos; de las bocas de todos ellos brotan unas palabras fétidas que arrancan la piel del Ser luminoso, a tiras hasta que, agotado ante el virulento ataque del que no puede defenderse, pierde la corporeidad para convertirse en una explosión de luz que llena por completo la superficie del espejo.

Ahora aparece la imagen de una ciudad a la que sólo se puede acceder por galerías excavadas en la montaña, en el centro de una extensa tierra virgen cubierta por un bosque ubérrimo lleno de árboles enormes y plantas desconocidas que dan frutos sabrosísimos a lo largo de todo el año.

Bajo aquellos árboles gigantescos caminan unos hombres de piel cetrina, que tienen el cráneo hecho de cristal y se adornan con plumas de muchos colores, siguiendo respetuosamente a un ser tan resplandeciente como un rayo desprendido del mismo sol. De aquellos hombres emana una cierta luminosidad; pero se muestran muy tristes ya que no la pueden transmitir a los que parecen ser sus descendientes.

Cuando el ser brillante empieza a desaparecer entre un torbellino de llamas y los hombres con cráneos de cristal se convierten en algo parecido al polvo de oro, sus descendientes son pervertidos por unos demonios forrados de metal, ayudados por unos esbirros del Lado Oscuro vestidos con ropajes tan negros como sus almas, que han llegado hasta esas tierras desde el lugar del espejo que corresponde al punto cardinal del amanecer.

Aún a pesar de que es noche cerrada, el firmamento se ilumina de manera repentina mientras que las nubes recorren el cielo a

una velocidad enorme como si estuvieran siendo atraídas impetuosamente por alguna estrella en implosión. El espejo comienza sorprendentemente a girar sobre sí mismo de manera vertiginosa, hasta quedar después completamente estático, mientras produce un ruido como si millares de caballos galoparan entre las paredes de un desfiladero reseco.

Tras un tiempo, sin límites mensurables en este espacio/tiempo en el que nos movemos, el cielo vuelve a retomar su aspecto habitual; en la superficie aparentemente líquida de lo que asemeja un espejo, se puede apreciar cómo un nutrido grupo de seres humanos, con aspecto de nómadas, caminan incesantemente alrededor del círculo terrenal, sin poder acercarse al centro del espejo, protegido ahora por unos demonios horribles provistos de hachones encendidos, revestidos con larguísimas túnicas negras, como corresponde a los servidores del Lado Oscuro de la existencia, que obedecen servilmente las órdenes impartidas por un demonio revestido de color púrpura, tocado con una tiara como la de los sumos sacerdotes, decorada con un símbolo formado por dos trozos de madera ensangrentados que se cruzan. Aquel purpurado demonio llama en su ayuda a unos seres con aspecto de reyes notables que se arrodillan frente a él rindiéndole pleitesía y, entre todos, hacen grandes montones de leña a los que arrojan, con cualquier excusa, a quienes no acatan obedientemente sus órdenes mientras los demonios menores les prenden fuego al tiempo que se burlan de ellos riéndose a carcajadas.

Uno de los hombres errantes que transita por el exterior del círculo empieza a crecer hasta que una luz aparentemente surgida de su interior lo calcina convirtiéndolo en ceniza mientras los demonios, bailando en círculos a su alrededor, se chasquean de él; pero de esas cenizas nace una rama que va floreciendo y deja caer una semilla; al madurar ésta, engendra un ser resplandeciente que lee atentamente unos pergaminos escritos con tinta de luz.

Ahora llegan en ayuda de los demonios unos seres recubiertos con colores pardos y negros, cuyas cabezas son de hierro bruñido, y están provistos de unos báculos que lanzan fuego, hielo y ponzoña; pájaros metálicos vuelan sobre la tierra arrojando por sus anos pellas de fuego que siembran la muerte y la desolación. El hombre

de luz se confunde entre los seres que andan errantes y trata de apagar su brillo para que no puedan encontrarlo; pero los seres vestidos de pardo, glorificados por los demonios, comienzan a matar a todos los errantes hasta que lo hallan, y se lo llevan a un lugar en el subsuelo del mundo torturándole para que les enseñe a comprender lo que está escrito con luz en el pergamino, golpeándole con saña hasta que lo dan por muerto, y el espejo se queda oscuro.

Después de unos momentos de total oscuridad, que llega a ser asfixiante, la pulida superficie alterna las imágenes con la sombra y puedo ver, en cada ocasión que se ilumina, escenas sucesivas de cadáveres por millones, de jóvenes fanáticos impulsados por un odio criminal luchando a muerte, de hombres que urden planes en la sombra para eliminar a parte del género humano hasta que su raza sea la que rijan los destinos del mundo, imágenes de grandes ciudades construidas con hielo y hierro, totalmente destrozadas, mientras miles de viudas jóvenes y madres desconsoladas lloran enormes lágrimas de plomo fundido que van cayendo a un lago de fuego y azufre.

Cuando el coro de mujeres inconsolables comienza a gritar desgarradamente su inmenso dolor, llegan de nuevo los demonios de túnicas negras fingiendo que desean consolarlas como padres amorosos; pero en realidad les roban las almas para entregárselas a un estafalario ser, que les compra cada una de ellas por una pieza hecha de oro, de fama y de gloria terrenal a partes iguales y que no tarda en devorarlas; el horrible ser parece alimentarse exclusivamente de materia espiritual. Pájaros de hierro chocan contra dos torres altísimas, exactamente iguales, construidas con hielo y hierro, levantadas por el orgullo de ser como dios, semejantes en todo al espíritu que erigió la de Babel, y se inicia una guerra sin final entre sacerdotes del Lado Oscuro y sacerdotes del Otro Lado Oscuro que llevan a la humanidad hasta la perdición total; pero cuando los hombres están a punto de caer en el Abismo Oscuro, aparecen unos seres luminosos, cada uno de ellos con un cráneo de cristal entre las manos. Cuando todos los cráneos son colocados en círculo, con uno de ellos en el centro, se produce una explosión de luz.

Me invade una debilidad tan grande que me veo obligado a postrarme en el suelo y sólo puedo alcanzar a ver cómo el perga-

mino escrito con tinta de luz se empequeñece, hasta que las palabras que contenía se van haciendo ilegibles por causa de su reducido tamaño mientras que, sobre el espejo, como suspendidas en el aire de la noche, todas las almas de los que fueron antes, de los que son y de los que van a ser en el futuro, lloran lágrimas ardientes de ruda y sal; luego pierdo el conocimiento.

Al recuperar la consciencia mi cabeza está cuidadosamente apoyada en el regazo de Melquisedec, quien parece haber envejecido al menos cien años en muy poco tiempo; cuando el Sacerdote del Dios Altísimo me pasa suavemente la palma de la mano por la frente, siento cómo las fuerzas perdidas vuelven a mí al solo contacto con la piel de mi hermano, que ya no parece humana. Me incorporo poco a poco y tardo algún tiempo en comprender que mi amigo me pregunta si estoy en condiciones de continuar.

Afirmo con un gesto de la cabeza mientras tomo asiento en el suelo con la espalda apoyada de nuevo en el montón de piedras. Al cabo de unos momentos de espeso silencio, Melquisedec toma la palabra.

—Sé, Salubha, que has entendido muy poco de todo cuanto acabas de ver, y que no vivirás lo suficiente como para encontrar una explicación que satisfaga por completo tu curiosidad; pero no puedo hacer otra cosa que tratar de ponerte en el camino correcto para que, a partir de estas visiones, encuentres el modo de ayudar a la humanidad ¿Crees que todavía te quedan fuerzas para escuchar lo que tengo que decirte?

—Sí, hermano —respondo—.

—Pues bien, Salubha, escucha. Cada una de las Eras de la humanidad está regida por una constelación del cielo y, aquel que quiera ejercer su dominio a lo largo de todo el tiempo que dure, necesita de un sacrificio masivo que le permita gobernar sin oposición. Después de nuestra Era, que será cerrada con la temprana muerte del rey bicorne, incapaz de reinar, por su ineptitud para hallar la verdadera Sabiduría, llegará la Era del Pescador que consentirá su propia muerte para que todas sus enseñanzas lleguen al último rincón de la tierra.

—Pero si has hablado de sacrificio masivo —digo— ¿una sola muerte sirve como expiación suficiente para lo que se pretende?

—No. Ni aunque sea la del hombre—dios; pero a su muerte seguirán las de miles de sus seguidores cuya sangre sí empapará la tierra lo suficiente como para dar abono a la filosofía del Pescador que, aparentemente muerto, dominará en esta tierra. Poco después de este gran sacrificio —sigue diciendo Melquisedec— aparecerán falsos profetas afirmando seguir la filosofía de su Maestro; pero serán corruptos y corruptores, engañarán y mentirán por conseguir el poder terrenal, olvidando que su misión consiste en enseñar a los demás el camino del Conocimiento y la Puerta de la Sabiduría. Cuando casi nadie crea en el Pescador, porque muy pocos conocerán su verdadero mensaje, comenzarán a levantar contra Él todo tipo de calumnias infundadas, justo al final de la Era. Justo entonces, los elementos se conjugarán de manera precisa y todo el Universo se confabulará para que el mismo día, exactamente a la misma hora, nazcan dos hombres destinados a oponerse frontalmente el uno al otro. Ambos conocerán todos los secretos de la Sabiduría; pero mientras uno de ellos seguirá el camino estrecho, el otro se inclinará, servil, ante el Lado Oscuro de la existencia para conseguir lo que desea. Aquel que logre vencer en esta contienda sin tregua, logrará gobernar la siguiente Era que será la del Portador de Agua.

—Pero, según has dicho —interrumpo respetuosamente— ambos necesitarán de un sacrificio si quieren regir los destinos de la humanidad. En ese caso los dos serán responsables de matar a muchos seres humanos.

—No es así, mi querido hermano, no es así. Es cierto que en el transcurso de este enfrentamiento se provocará un sacrificio masivo, algo que no se habrá conocido hasta entonces, mucho mayor que todas las hecatombes ofrecidas jamás; pero únicamente el que decida servir al Lado Oscuro de la existencia se manchará las manos de sangre inocente, llevará la desgracia a su pueblo y será declarado culpable; sólo ése será el responsable de todos los muertos ya que, el otro, buscará encauzar la Era del Portador del Agua, siempre encuadrado entre Verdad y Justicia bajo el signo de la Sabiduría, para que todos los hombres puedan recordar el

Conocimiento que han olvidado y, por éso, sus manos limpias, su espíritu libre de culpa y su conciencia impoluta proclamarán su inocencia ¿entiendes?.

Intento meditar concienzudamente cada uno de los conceptos que va desgranando en mis oídos el rey de Salem; el esfuerzo de concentración que estoy realizando se asoma a mi rostro convertido en profundas arrugas. Por mucho que trato de hallar una explicación, algo no encaja en el reparto de culpas y así lo manifiesto.

—En ese caso, desde el mismo momento de la concepción de estos dos hombres hay uno que está condenado ¿es ésto justo? —digo—.

—Nadie ha dicho que uno sea distinto al otro porque ambos tendrán las mismas oportunidades para elegir libremente su propio futuro; pero ellos no son un caso aislado ya que todos los seres humanos tienen capacidad para elegir qué es lo que desean, aunque, sobre estos dos en particular recae una responsabilidad mucho mayor que sobre el resto de los mortales.

—Y ¿qué puedo hacer yo para ayudar al hombre necesitado del Conocimiento si falta tanto tiempo para que esto suceda?

—Ahora —dice mi hermano—te voy a transmitir un antiguo ritual mantenido en secreto que deberás poner en conocimiento de una persona elegida por ti en función de sus capacidades, quien a su vez lo hará saber a otro para que perdure a través del tiempo hasta que llegue a manos de los dos hombres. Pongámonos en pie, por favor, hermano.

Nos colocamos frente a frente ponemos las manos cada uno sobre los hombros del otro. Súbitamente el paisaje desfila bajo nuestros pies a gran velocidad sin que nos movamos ni un ápice. Las montañas nevadas suceden a enormes praderas habitadas por gigantescos animales y a desiertos que se convierten en lagos de aguas tan claras que se ve sin dificultad lo que hay en el fondo. Creo que hemos llegado a los infiernos cuando me veo rodeado de montañas que vomitan fuego y cenizas; pero no siento ningún miedo cuando todo el espacio desaparece para dar paso a una oscuridad total, tan sólo rota por un punto luminoso que, paulatinamente, va creciendo hasta rodearnos por completo. La paz de espíritu que siento ahora tiene la virtud de permitirme sentir cómo mis defec-

tos, los fantasmas que me acompañan y mis inclinaciones humanas, mis rencores, son purificados por este baño de luz curativa.

Después de un tiempo que no se puede medir según el concepto humano, vuelven a sucederse velozmente los paisajes que habían transitado bajo nuestros pies en sentido inverso; de nuevo los desiertos suceden a los pantanos que preceden entornos naturales de lujuriente belleza.

De pronto nos encontramos en una pradera cuya hierba es del mismo color azul que tiene el cielo en las tardes limpias de primavera; en el horizonte, delicadamente teñido de mil tonos rosados diferentes y desconocidos, sobre un hermoso palacio de esmeraldas suspendido en el aire, coronado por mil torres, se pueden ver seis soles dispuestos en círculo, en cada uno de los cuales hay un cráneo de cristal. Sobre el suave césped de color azulado una mujer de piel oscura, rodeada de frutas, con el torso desnudo, sonríe con expresión amable; cuando ella pronuncia su propio nombre, la atmósfera se vuelve increíblemente tibia llenándose al mismo tiempo de un agradable aroma a olíbano y a flores.

La mujer se acerca a mí para ponerme suavemente la palma de la mano sobre el corazón; en el mismo instante que se produce el contacto con la piel femenina, conozco los pasos del ritual que debo transmitir y comprendo que no hay ninguna solución para evitar el mal, sino una cantidad infinita de caminos distintos que lo atraviesan, uno diferente para cada ser humano; que el único gran secreto de la naturaleza humana es la esencia incorporeal que hace de cada uno de nosotros un misterio insondable. Ahora entiendo que el camino ideal que conduce a la solución de todos los enigmas va hacia el interior del hombre porque es allí donde se halla el Dios Altísimo junto a la eternidad de todos los Universos, el futuro, el pasado y toda la Sabiduría.

Feliz de conocer todas estas respuestas, que tanto había buscado a lo largo de mi vida, cierro los ojos para agradecer al Dios Altísimo que me haya concedido tan enorme Gracia; cuando los abro me hallo de nuevo junto al enorme montón de piedras, acompañado por Melquisedec que parece perder masa corporal y se va convirtiendo paulatinamente en un ser translúcido. Desde algún lugar situado en los confines del espacio me llega la voz del rey de Salem.

—No te asustes, amigo mío, porque ha llegado la hora de separarnos para que empieces a cumplir la misión que voluntariamente has aceptado. Que el Dios Altísimo dirija tus pasos y bendiga tu vida.

Aún está rolando en el ambiente el eco de las últimas palabras del Sacerdote cuando, frente a mí, se genera una columna de fuego que empuja lentamente a Melquisedec hacia las alturas de la noche. En lo más profundo del cielo aparece una especie de hoyo luminoso hacia el que se dirige la llama que ha envuelto por completo al rey de Salem; en ese preciso instante, bajo mis pies se abre una especie de pozo bruñido por el que caigo dando vueltas y gritando la angustia que estoy sintiendo.

Me despierto, asombrosamente, sobre la cama del palacio que poseo en Babilonia, inquieto, totalmente empapado en sudor.

En primera instancia pienso que todo ha sido un sueño; pero el cúmulo de sensaciones, las imágenes que he visualizado permanecen frescas, reales, en mi memoria. De hecho creo que el mensaje entregado por el emisario de Melquisedec, me ha turbado de tal manera que mis sueños se han visto influidos por esta circunstancia; sin embargo me doy cuenta de que percibo la vida de una manera diferente cuando, al asomarme a la ventana para contemplar el amanecer, noto un delicado perfume a olíbano y a flores.

Oriento las palmas de las manos hacia el cielo y oro para agradecer aquel nuevo día que se presenta tan diferente a todos los que he vivido hasta hoy. Al terminar mi plegaria me encamino hacia la puerta de mis aposentos para llamar a los criados; pero al pasar al lado de la mesa en la que suelo grabar mis ideas en planchas de arcilla blanda, advierto una tableta, grabada en caracteres cuneiformes, que mis manos nunca han trazado.

Tomándola delicadamente entre mis manos, la observo con mucha atención y comienzo a leer; se me llenan los ojos de lágrimas cuando observo que aquellos caracteres han sido escritos por Melquisedec mismo. El texto explica, en términos sencillos, que todas las vivencias experimentadas por ambos durante la noche no han sido un sueño, al tiempo que me infunde ánimos para el perfecto cumplimiento de la misión aceptada.

Pienso durante largo rato en lo que acabo de vivir preguntándome cuál será la manera idónea para llevar mi tarea a buen término; aunque encontrar a la persona indicada para que custodie el ritual no va a ser una tarea fácil. Después de largas reflexiones, algo me es revelado y sé lo que debo hacer.

Escribo con pulso firme en unas cuantas tabletas de arcilla, y doy instrucciones precisas a mis amigos sobre el destino que deben darle a los bienes personales que voy a dejar tras de mí, tratando de poner en orden todos los asuntos económicos que manejo. Luego, terminados las cuestiones mercantiles, llamo, uno por uno, a todos cuantos han trabajado para mí a lo largo de mucho tiempo, me despido de ellos dejándoles un regalo a cada uno y me preparo para encarar alegremente el último de mis días en Babilonia. Después de un baño prolongado que me devuelve toda la energía perdida, me enfundo una sencilla túnica blanca, llamo a mi criado de confianza para ponerle al corriente de mis intenciones y salgo a la calle.

Visito a mis amigos, a las personas con las que más trato tengo y a todos aquellos de los que deseo despedirme antes de salir definitivamente a vivir la existencia de quienes tienen los caminos por hogar; también pido perdón a quienes son mis enemigos y los perdono. De todos los lugares visitados me llevo lamentos por mi partida, palabras de amistad y deseos de buena suerte.

Hace muy poco tiempo que acababa de ponerse el sol cuando regreso por fin a mi palacio en el que, tras una cena muy ligera y después de haber efectuado las plegarias de la noche, me acuesto; pero el recuerdo de las vivencias que he experimentado en compañía de mi amigo, de mi hermano Melquisedec, me impiden dormir. Mi alma, todavía impresionada por las visiones, sufre en silencio por el enorme dolor que deberán sufrir los hombres antes de comprender que, sin paz, sin buena voluntad, sus días en la tierra están contados. Para mi espíritu, sensibilizado por las últimas vivencias, el hecho de haber visto cómo dos castas de sacerdotes se disputaban sangrientamente una verdad inexistente y desencadenaban la destrucción, la muerte y el sufrimiento, en nombre de dioses que no existían más que en su imaginación, me produce una angustia muy difícil de superar; pero si la decisión de los hombres era negar al

Padre, al Dios Altísimo, y entregarse a las infectas promesas del Lado Oscuro, que sólo ofrecía riquezas y poder temporal, es natural que tengan un camino tan dificultoso. Si los hombres van a preferir la mentira compleja de falsos sacerdotes, reglamentada por las religiones de la impostura, a la sencillez de amar al prójimo como a un hermano, es lógico que en lugar de disfrutar su vida, la sufran.

El amanecer me sorprende sentado a la orilla de un ancho camino, muy lejos ya de la capital del Imperio. Nunca antes me he sentido tan feliz como ahora, ni he tenido una meta tan clara en toda mi vida. Comprendo que es justo aquí donde empieza mi verdadera existencia. Animado por esta idea, me pongo en marcha;

* * *

Respirando el húmedo aire de la selva, con el alma en paz después de esta visión de un pasado del que sólo reconozco los nombres, comprendo estupefacto que, dentro de poco, mi existencia llegará a su final; es algo que no me importa en absoluto porque creo haber llevado a buen término la misión que acepté desde que estaba en el vientre de mi madre. Voy a morir en armonía con todo y con todos, sorprendentemente también conmigo mismo, sin abandonar a las espaldas ningún sentimiento estancado que retenga un ápice de mi atención; dejaré esta vida, desnudo y solo como llegué, sin que algún rastro de miedo, rencor, culpa o arrepentimiento amargue mis últimas horas en este mundo.

Con los cansados pies, invariablemente fríos, suspendidos a pocos centímetros del agua fresca que baja del tepuy, las manos inactivas y el ajado cuerpo ya casi sin vitalidad, los recuerdos se empeñan tercamente en pasar revista exhaustiva a una existencia que ha sido rica en experiencias.

Siendo sincero, a pesar de los altibajos sufridos en mi existencia, creo que he disfrutado de una buena vida porque he hecho lo que en cada momento deseaba, sin importarme demasiado la opinión de quienes creían hacer lo correcto por vivir entre los reglamentos, a veces opresivos, de una sociedad que piensa más en sí misma que en el bienestar individual de sus componentes.

Mi vida, que ahora llega a su final, ha sido, desde el punto de vista de esos ciudadanos modelos, como la de tantos otros romanís, una sucesión de anécdotas irrelevantes cuyo verdadero protagonista fue el afán de sobrevivir, el “mañanadiosdirá” y muy poco más. Si tuviese la habilidad necesaria para escribir, hubiera perdido mi tiempo transcribiendo para ellos algún libro autobiográfico insulso, falto de interés, como casi todos aquellos que han escrito quienes pensaban que su vida podía ser tan atractiva para los demás como para ellos mismos; pero a falta de la técnica precisa para redactar, carente de las habilidades lingüísticas para hacerles conocer otro punto de vista diferente al que conocen y defienden, he terminado por conformarme con revisar profundamente los recuerdos inconexos que llegan a menudo hasta mi confuso cerebro como molestos enjambres de moscas.

Recuerdo, o quizás me contaron, que nací en las afueras del campamento levantado por la tribu, como manda la tradición⁵, justo a la hora en que un frío sol otoñal ponía todo su empeño en romper la vítrea niebla de la mañana, que ponía todo su empeño en aferrarse a las ramas desnudas de los árboles secos.

Como era demasiado joven para tomar decisiones acertadas, vine al mundo en esa hora maldita en que las viudas recientes lloran a sus maridos cuando palpan la fría soledad de las sábanas huérfanas de compañía y los viejos agradecen a sus respectivos dioses el regalo de un nuevo día.

Fui el hijo primogénito de quien debía regir los destinos de la tribu cuando mi abuelo muriera y me dispuse a escribir mi propia historia todavía sin estrenar, con pulso inseguro y caligrafía más que deficiente; una leyenda personal en cuyo prólogo ya se me había estampado con la marca de Caín grabada a fuego en el alma; un estigma que distingue a los hombres errantes de los que prefieren el sedentarismo cómodo de un carronato construido con piedras, cuyas ruedas se clavan en la tierra como raíces que impiden conocer los paisajes que el mundo regala a quienes tienen el valor suficiente para despedirse sin tristeza en la voz ni llanto en los ojos.

⁵ Ver el origen de esta y otras tradiciones del pueblo Romaní en el anexo.

A veces, en medio de esta soledad tan arduamente conseguida aparecen, como una nota al pie de la memoria, recuerdos de mis años más niños, aquellos consumidos trashumando por tierras españolas en compañía de tribus gitanas, espantando enjambres de moscas porfiadas, tragando polvo o haciendo crujir rítmicamente la escarcha mañanera con nuestros pies mal calzados; pero en esa época de la niñez temprana las moscas ponían música a las tardes veraniegas, el polvo parecía hecho de oro cuando el sol pasaba a través de él y el sonido de la escarcha herida por nuestros pasos subrayaba graciosamente la cadencia de los cantos que aliviaban la monótona insistencia del camino.

En España corrían aquellos tiempos convulsos en los que la oposición política se ejercía en la clandestinidad, por miedo a las represalias de quienes ostentaban el poder de manera omnímoda, pues el gobierno era dueño incontestable, por decreto—ley, de vidas y haciendas; duras épocas en las que para nosotros los que vivíamos errantes, un hombre ataviado con uniforme de color verde o gris y adornado con multitud de dorados, representaba la inquietud, el miedo. Nuestra tribu, en medio de aquella sociedad profundamente estremecida, aparentemente pacífica, maltrataba con tenacidad los caminos sin tomar partido jamás, sobreviviendo, estañando perolas, arreglando sillas, trenzando canastas de mimbre y trabajando el hierro como se había hecho desde siempre.

Si bien es verdad que muchos de los gitanos y romanís robaban y cometían delitos de poca monta, justificando así el odio que los gachés⁶ nos tenían, no era menos cierto que algunos de los hombres encargados de mantener la ley y el orden en los caminos, escudados tras sus tristes uniformes, protegidos detrás de unos ridículos bigotitos pulcramente recortados y politizados, con el mentón firmemente sujeto por un barbuquejo, supongo que para que no se les cayera la cara al suelo de vergüenza a causa de su proceder para con nosotros, parecían disfrutar de una manera sádica perturbando la vida sencilla del pueblo romaní.

⁶ Este vocablo es una degeneración de «gadjes» que significa «no gitanos, gentiles». Se utiliza de manera despectiva. Ha pasado al lenguaje coloquial español como «gachós».

Está claro que muchas veces se ha satanizado a estos hombres que debían llevar la paz del gobierno, por fuerza si era necesario, a los rincones más apartados de aquella España, cumpliendo la política del Régimen franquista consistente en ahogar las protestas para que no se supiera del descontento existente en parte de la sociedad. Mucho se ha comentado de palizas brutales, de siniestros calabozos en los que la tortura y el maltrato psicológico tenían su fortaleza; pero el silencio impuesto desde las cúpulas de poder, asfixiaba las protestas, filtraba las informaciones, para que la mayoría siguiese su camino sin tener ni idea de cuanto ocurría.

Gran parte de la literatura publicada en aquellos años, que era afecta al Régimen, contaba sólo una fracción de lo sucedido, la suya, en una guerra fratricida y, cuando murió Franco, cuando comenzaron a soplar aires de libertad en España, todos creímos que por fin conoceríamos la verdad de lo sucedido ya que, quienes perdieron la guerra, podían publicar su versión de tan lamentables hechos; pero muchos de nosotros sentimos que nuestras esperanzas habían sido vanas cuando, aquellos que podían haber sido imparciales ante su propia derrota, comenzaron a publicar versiones exageradas que les favorecían, estacionando la verdad en un limbo de difícil acceso tal y como habían hecho sus adversarios; una vez más, la realidad, se tuvo que rendir ante las aspiraciones políticas de unos pocos.

Sentado ahora en este trozo de selva ubérrima, con el paisaje borroso bailando en mis pupilas casi inservibles empeñadas en mentirme, aún soy capaz de ver con claridad el rostro de mi abuelo Yaquebar⁷, un mapa de arrugas a imitación del relieve de todas las tierras recorridas por sus incansables pies, mientras me enseñaba las obligaciones y derechos del Patriarca que yo estaba destinado a ser, si nada cambiaba en nuestras costumbres. Él, Patriarca de Patriarcas, Consejero muy respetado en la Krís Romani⁸, se había empeñado en transmitirme la vieja Ley, las costumbres y las

⁷ Esta palabra, en caló, significa pedernal y, por extensión, cualquier elemento duro que sirva para inciar el fuego del campamento.

⁸ Consejo General de varias tribus al que acuden los Patriarcas, ancianos y Jefes de familia para tomar decisiones sobre asuntos graves.

tradiciones de nuestro pueblo porque estaba convencido de que, algún día, me vería en la obligación de codearme con los más grandes Patriarcas del pueblo Rhom; entre tanto la vida seguía pausada mientras recorríamos caminos de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, sin planificar el futuro más allá del minuto en uso.

Si hago un pequeño esfuerzo con la memoria todavía logro verme, de nuevo adolescente, aprendiendo aplicadamente todos y cada uno de aquellos enigmáticos preceptos secretos que más tarde me serían imprescindibles para desempeñar, con la corrección debida, la función de Patriarca a la que tenía derecho por haber nacido primogénito, hijo y nieto de primogénitos; un honor, una responsabilidad que sólo podría conservar si el pueblo me seguía de manera voluntaria ya que, según la vieja Ley de los Pueblos Libres⁹, todos los Rhom eran independientes pudiendo elegir el Patriarca que debía regir sus vidas y tenían el derecho inalienable de mudarse con su familia a otra tribu, si no estaban de acuerdo con las decisiones de quien ostentaba el mando.

A pesar que el temblor de mis manos hace difícil la hasta hace poco sencilla tarea de tomar un café sin derramarlo, mi cerebro aún es capaz de revivir, agriamente pero sin ningún rencor, los primeros años escolares en una pequeña localidad del norte de España, la marginación por causa de mi raza, de mi piel, de mi idioma materno y cómo tuve que ganarme, desgraciadamente a golpes, el respeto de los escasos compañeros con los que compartía un aula presidida por una estufa de leña.

Por mi memoria, imposibilitada a veces para recordar qué he comido al medio día, aún ruedan las tardes de domingo en las que, sentado al final del frontón construido en piedra, veía cómo los hombres jugaban a la pelota, mientras los menos dotados se contentaban jaleando los lances brillantes de los más hábiles; sin demasiada nostalgia puedo recordar, con lujo de pequeños detalles, aquel tiempo en que los hombres se medían por su capacidad de trabajo, por su aguante, por su fortaleza física y por la brusquedad en su trato con los demás.

⁹ Los Pueblos Libres son los que todavía continúan con las costumbres de la vida errante. Entre ellos se pueden contar los Gitanos, los Rom (o Rhom), los Manoush, los Zíngaros, los Sinti y algunos pueblos de Oriente.

Se valoraba en los machos de aquella desgarrada, larga y ya casi nunca hambrienta posguerra española, su total insensibilidad ante el dolor, su fría seriedad, la parquedad de sus palabras y la indiferencia, por no decir desprecio, hacia todo aquello que pudiese considerarse tierno o próximo a lo emotivo.

Aquellos varones tallados en piedra granítica sin pulimentar, orgullosos de su apariencia imperturbable, distante, vivían en un mundo elaborado a base de muchas toneladas de testosterona, con tropezones de mala leche, en el que era necesario saber sufrir sin mover un músculo para demostrar a los demás que estaban hechos de buena pasta; aquel ambiente, mi condición de “*gitano*” y la mala fama que arrastrábamos como un pesado lastre, me obligaron más de una vez a defenderme de las agresiones con secos golpes de ran¹⁰, en cuyo uso éramos maestros, que magullaron y tundieron más de una espalda juvenil. No es de extrañar que, con esos antecedentes, mi carácter se fuese moldeando alrededor de la violencia como última razón para imponer las convicciones personales.

A pesar de que mi memoria flaquea en las cosas cotidianas, recuerdo muy bien cuando nuestra tribu regresó al lugar de origen de mis abuelos, a tierras del sur de Francia y veo con enorme claridad las reuniones multitudinarias en la playa de Les Saintes Maries de la Mer. Si me esfuerzo lo suficiente, aún puedo distinguir aquellas voces, ahora mudas desde hace décadas, que rasgaban la noche cantando a la pasión o al desamor; sin embargo mi primer amor, mi primera relación física vivida a hurtadillas en una playa cualquiera, bajo una luna que llenaba la mitad del cielo, ya no es sino un borrón difuminado en el tiempo, un cuerpo de mujer adolescente al que no logro poner rostro ni nombre alguno.

Los problemas que tuve con mi pueblo y mi familia comenzaron demasiado pronto porque no era capaz de seguir las costumbres de mis antepasados, ni me sometía de buen grado a las órdenes que recibía de mis mayores. Para agravar aún más mi situación me casé por el rito católico, en contra de la opinión familiar, además con una gachí¹¹ que había conocido en uno de los fre-

¹⁰ Ran: Vara flexible o gayata utilizada por los barones romanís y gitanos como símbolo de mayoría de edad.

¹¹ Gachí es el femenino de gaché, o gachó; literalmente mujer no gitana.

cuentos viajes que hacía para escaparme de la férrea disciplina familiar. Creo que me casé para ser, por una vez, dueño de mi destino sin tener a nadie que me aconsejase sobre lo que debía hacer; pero aquella decisión juvenil no fue acertada porque me enemisté con los míos y no conseguí lo que pretendía; me había marchado del seno de mi familia buscando una libertad que no encontré. En pocas palabras, juré amor eterno y fidelidad a una mujer extranjera a mi raza, ante un altar que no era de mi dios para tener que divorciarme pocos meses después de manera brutal e inamistosa.

Después de aquel fracaso, una vez divorciado, lo que supuso un alivio para todos los miembros de mi familia, en lugar de hacerme cargo de la kumpanya como todo el mundo esperaba, decidí ingresar en la Lègion Etrangère para ser soldado profesional; luego, para terminar con los pocos lazos que me unían a mi pueblo, formé pareja con una divorciada que tampoco era de raza romaní.

Sin embargo aquellos encontronazos que entonces suponían para mí terroríficas montañas insalvables, aparecen ahora como pequeños lamparones inapreciables en una historia plana, sin apenas relieves, semejante a la de otros rom que habían sido antes que yo, y descarnadamente parecida a otras que serán vividas después de que yo no sea ni siquiera un recuerdo en la mente de los pueblos que andan errantes por los caminos.

La rabia, la impotencia, el sordo dolor que sentía en mi alma por haber sido apartado de la tribu sin que nadie se tomase la molestia de hablar conmigo para notificármelo, la oscura iniciación en las sucias habilidades profesionales del soldado combatiente, las interminables sesiones de preparación física, las órdenes impartidas a gritos por suboficiales biliosos, el bautismo de fuego, la primera descarga de adrenalina saltando en paracaídas, la primera herida recibida y el primer compañero muerto entre mis brazos, ahora no son sino grabados inconexos, aguafuertes goyescos de un trecho de vida, relativamente breve pero muy intenso, pasada entre garrafales errores y uniformes que nunca debería haber vestido.

Decidí trabajar en Operaciones Especiales porque, en el fondo, carecía del valor sufrido que tienen aquellos que son capa-

ces de vivir una rutina cuartelera que yo no soportaba. Ahora me burlo de aquella soberbia juvenil que me hinchaba el pecho cuando, llevando el “*kèpis blanc*”¹², salía a pasear cuando disfrutaba de un permiso.

Me sentía un ser imbatible y, más de una vez, busqué pelea con objeto de que mi supremacía física, mi machismo, fuera admirado; no es que fuera del todo imbécil sino que era totalmente insustancial; pero después de la licencia, de vuelta a una vida corriente, sin altibajos, como la que experimentan a diario millones de hombres y mujeres que habitan en este planeta, tuve que aprender a vivir en un mundo monótono, vacío, sin meta alguna, en el que todos los días comenzaban con un café solo y terminaban en el desierto de una cama patéticamente fría, aún en lo más duro de la canícula tras una jornada bestialmente neutra, violentamente amorfa y, sobre todo, escandalosamente anodina

Mi primer trabajo remunerado después de la desmovilización, como escolta de un industrial marsellés, lo acepté sin entusiasmo ni molestia; del mismo modo podía haberme enrolado en un barco como marinero de cubierta o entrar a trabajar en una obra como peón de la construcción o ser descargador de camiones o, ¿por qué no?, chulo en los bajos fondos de cualquier ciudad. Ya había pagado mi cuota de inutilidad social viviendo en un contenedor abandonado en el puerto de la Joliette¹³, para no gastar en alojamiento el poco efectivo que tenía en mis bolsillos, sobreviviendo a base de trampas y proceder deshonesto, lo que me había acarreado una pequeña condena en Les Baumettes¹⁴ a causa de una pelea.

En realidad, cuando me ofrecieron el trabajo de guardaespaldas, no tenía nada que perder. El hecho incontestable de que mi dinero menguaba, aunado a la desidia vana que regía mis días, me impulsó a consentir el ejercicio de una ocupación que me mantuviese en equilibrio sobre la vida; pero lo hice con la misma alegría y sensibilidad que puede tener un trozo de corcho flotando en el

¹² Tocado que distingue a las clases de tropa de la Lègion Etrangère.

¹³ Puerto de Marsella.

¹⁴ Prisión situada en las afueras de Marsella, considerada en la época en la que se sitúa el relato como una de las más peligrosas de Francia.

agua aceitosa de un puerto de mar. Los años fueron pasando en ese empleo que ni me causaba penas ni me daba alegrías.

Un día tristemente igual a tantos otros de mi anodina existencia, conocí a una mujer divorciada, hermosa como una mañana de primavera, con la que empecé a salir frecuentemente; pero mientras ella trataba de comprender mi forma de vida y aprendía a quererme, yo seguía en un agujero de indolencia, como si una gruesa capa de melaza me impidiese recibir sensaciones del exterior.

Sin saber muy bien por qué razón, decidimos vivir juntos en su apartamento; aquello me distanció aún más de mi pueblo, si eso era todavía posible, dejándome en un limbo en el que, por causa de mi indecisión existencial, carecía de raza, de origen y de lazos familiares. Extranjero entre extraños, maldito entre aborrecidos, me movía en una sociedad a la que no podía entender, ni terminaba de comprender mis razones.

El caso es que aquella convivencia impensada, me enseñó en primer lugar a quererla profundamente, luego su compañía se me hizo imprescindible hasta que un día, cansada ella de mi vida anárquica, de mis salidas de tono y mi mal carácter, harto yo de sutilezas, prepotencias y diálogos que no conducían a ningún lado, decidimos seguir cada cual nuestro camino con los corazones destrozados y las almas muertas.

A partir del momento en que nuestros caminos tomaron rumbos diferentes, malgasté durante años el poco tiempo libre que me dejaba el trabajo, alternando el gimnasio con los bares y me deshacía del exceso de adrenalina provocando peleas a puñetazos con tipos tan indeseables como yo mismo, en lugares de mala fama, para probar un machismo que llenaba cada uno de los poros de mi piel.

Sin embargo recuerdo aquella parte de mi vida como algo que sucedió en una existencia casi olvidada, por lo mucho que he cambiado desde entonces, exactamente desde el mismo instante en que el Patriarca Renzo Pankow me hizo aquella extraña proposición una mañana soleada a orillas de un río.

Si bien es muy cierto que ya empiezo a confundir rostros, fechas, paisajes del pasado y que algunas veces adjudico a las caras

un nombre equivocado, recuerdo cabalmente el día en que mi vida cambió de manera radical para enseñarme el inicio de una senda que, afortunadamente dentro de muy poco tiempo, desembocará en un camino ilimitado en el que tengo puestas todas mis esperanzas.

Todo empezó hace algunos años, ahora en realidad soy incapaz de decir cuántos, cuando el hombre impulsivo y venial que yo era en aquellos tiempos tomaba el solitario café mañanero, en la terraza de un bar de Marsella que desperdigaba mesas y parasoles frente al Vieux Port; estoy seguro de que, en aquellos momentos, la belleza de las gaviotas en vuelo rasante sobre el Mediterráneo, o los hermosos juegos de luces sobre la superficie de un mar pacífico en exceso, me importaban un comino.

Al levantar la cabeza, vi con sorpresa que se acercaban formando un extraño cortejo algunos miembros de la Krís Romaní que recordaba haber conocido durante mi adolescencia, muchos de ellos piezas invaluable, insustituibles en el seno del Consejo, cuya visita no esperaba en absoluto por vivir desde hacía algún tiempo apartado de las tribus romanís.

Me puse en pie para recibir, con el respeto merecido, a tan ilustres personajes de mi pueblo. Después de invitarles a un café que insistieron en pagar ellos para demostrarme que no aceptaban mi hospitalidad, a pesar de las Leyes ancestrales que acataban sin excepción, y tras el acostumbrado intercambio de noticias insulsas que tradicionalmente se realizaba entre los integrantes de las tribus nómadas, el Patriarca polaco Renzo Pankow, jefe indiscutible de las tribus del este, me puso al corriente del verdadero motivo de aquella visita excepcional.

Sin muchos rodeos, casi de manera seca, me pidieron en nombre de los Pueblos Libres, entre los que se contaban las tribus rom, que abandonara durante algún tiempo el trabajo de escolta que estaba desempeñando y comenzara a trabajar para ellos en una misión de suma importancia que me sería desvelada en caso de aceptarla.

Sé que los miré con incredulidad porque no era muy normal que contasen conmigo tras haberme separado, aunque fuese de manera extraoficial, del pueblo en cuyo seno había nacido; pero

conociendo las difíciles decisiones que debían tomar aquellos hombres, creí que me necesitaban para realizar alguna acción que estuviese en conflicto con sus creencias o con sus Leyes.

Aunque en principio aquel calificativo “de suma importancia” me hizo sentirme escéptico, por lo rimbombante de las palabras que habían utilizado, sabía que aquel grupo de hombres no solía bromear y, si se habían dirigido a mí era porque, en realidad, me necesitaban; por otra parte la simple posibilidad de vivir una aventura que lograra sacarme de la molesta cotidianidad que me envolvía asfixiantemente como un sudario mojado, el poder huir de la monotonía diaria en la que se había convertido un trabajo que al principio encontraba sumamente excitante, o quizás el orgullo estúpido de una juventud oscura, mediocre, triste hasta la saciedad, hizo que me sometiese, sin poner ninguna objeción, a las demandas que me hicieron los componentes del Consejo. De cualquier manera no importaba mucho qué me iban a pedir porque, en aquellos momentos, tras la traumática ruptura de lo que había sido durante algún tiempo una pareja, me sentía indiferente a lo que pudiera depararme el destino.

Recordando ahora cómo me desequilibraban las dificultades y cómo la impaciencia me golpeaba en las sienes, con todo lo que he podido aprender de bocas maestras, no puedo sino sentir lástima del engreído joven que yo era por aquel entonces. No cabe duda de que el orgullo, la soberbia con la que encaraba mi existencia, era uno de los pesos que más lastraba mi vida impidiéndome la más mínima evolución, el menor paso hacia ninguna otra cosa que no fuera amplificar mi ya de por sí desarrollado ego; pero la vida, el Universo, o el simple equilibrio que se debe mantener entre todos los seres humanos, tenía dispuesto para mí algo que nunca hubiese pensado alcanzar.

Dos meses más tarde, después de haberme despedido de mi empleador, quien no dio saltos de alegría precisamente ante la posibilidad de iniciar la búsqueda de otro escolta que le cuidara al mismo tiempo las espaldas y los secretos, me presenté a la cita que Pankow me había dado en un bar de Oloron Sainte Marie¹⁵.

¹⁵ Localidad situada en el sur de Francia, muy cerca de los Pirineos.

Tenía aquel día los ojos, como en este momento, descansando sobre la tranquila superficie de un río; también como hoy, el sol bordaba pequeños sobresaltos dorados en las suaves crestas formadas por el agua que corría hacia su eterno destino.

Mientras esperaba al Patriarca polaco en la terraza de un bar, paseaba la vista por uno de los puentes que unían ambos lados de la población, cuando a mi lado oí cómo alguien pedía un vino blanco con voz débil teñida de acentos españoles. Volví la cabeza por curiosidad para encontrarme en la mesa contigua con un anciano que paseaba sobre la solapa de su ajada chaqueta dos pequeñas banderas tricolores con los colores rojo, amarillo y morado una, azul, blanco y rojo la otra, que lo identificaban como uno de los españoles que, tras ser derrotados por el golpe de Estado encabezado por el general Francisco Franco, cruzó los Pirineos para, poco más tarde, empujados por la invasión nazi, unirse a la Resistencia francesa.

Fingiendo una súbita incomodidad que no sentía, me coloqué en mi silla de manera que pudiera observarlo a mi gusto.

Bajo la boina, un perfil aguilero delimitaba un rostro de piel casi transparente colmado de arrugas; pero sus ojos aparecían muertos, vacíos. Recordé lo que contaban los viejos romanís a propósito de aquellas gentes, las dificultades que tuvieron con el idioma, el dolor moral que soportaron al darse cuenta de que habían quemado su juventud en una causa que fue aplastada por los intereses políticos de sus mismos dirigentes. Aquellos ojos que se paseaban nerviosos, perdidos, alrededor de sus recuerdos parecían buscar en un pasado lejano a los amigos que ya habían muerto o, quizás, a la esposa que también se había ido sin conocer en la mirada de su compañero ni un momento de paz.

Tenía que haber sido muy duro el ir paseando en sus rostros una derrota agravada por el hecho de que, finalizada la guerra que les destrozó la juventud, tuvieran que compartir exilio con algunos de los burgueses afectos al bando vencedor quienes, mientras llegaba la hora de volver a sus latifundios e industrias, les recordaron día a día lo ineficaz que había resultado su esfuerzo y la inutilidad de volver a un país que, a partir de ese momento sería regido por aquellos que ni pensaban olvidar ni querían perdonar.

Me pregunté si aquel hombre habría disfrutado alguna vez de su existencia o si, como aparentaba, se había ido arrastrando como un gusano ciego por las calles de Oloron Sainte Marie, primero con sus compañeros de exilio y más tarde, conforme fueron muriendo, con sus sombras amistosas.

A pesar de mi edad, comprendía al anciano perfectamente; sabía lo suficiente de exilios, tanto interiores como externos, para poder adivinar cómo se siente quien ha ido perdiendo entre las garras de la vida en el extranjero a su pueblo, su forma de vida y también la identidad que le dieron sus mayores.

Cuando me iba a dirigir al anciano para brindarle un vino, aunque fuese ese tan amargo de la derrota irreversible, se levantó y, tras mirar en todas direcciones, se decidió por una, supongo que al azar; cinco minutos más tarde, mientras el anciano exiliado volvía a pasar ante mí desandando el eterno camino de quien no quiere ir a ningún lugar en especial, la potente silueta del Patriarca polaco se hizo visible en el otro extremo del puente de piedra al tiempo que levantaba una mano como saludo.

Tras los saludos de rigor, más por guardar las formas que por educación, cómodamente sentados en la terraza del bar en que me había citado, frente a dos fríos vasos de pastís con hielo y agua que sudaban su agradable frescura, Renzo Pankow, tras un trago que paladeó con evidente fruición, empezó a ponerme en antecedentes con respecto a lo que los ancianos y notables de la Krís Romaní esperaban de mí.

La grave voz del Patriarca polaco, que manejaba con suprema habilidad hasta hacerla acariciante, casi hipnótica o cortante como el helado filo de una hoja de afeitar, comenzó a desgranar una historia que, en principio, parecía extraída de alguna leyenda ancestral, como aquellas que, cuando éramos aún niños, nos contaban las viejas alrededor de las hogueras en las hermosas noches de los maravillosos veranos nómadas.

Mientras aquel hombre del que dependían no pocas kumpanyas¹⁶ se preparaba para informarme de la tarea que el Consejo deseaba que llevase a cabo, tuve tiempo más que sobrado para

¹⁶ La Kumpanya es, entre los romanís, la unidad tribal compuesta por una o varias familias que viajan juntas.

observar cómo la mirada de Renzo Pankow se deslizaba nerviosamente sobre la superficie del agua persiguiendo, aparentemente, a una pequeña bandada de patos que alguien alimentaba desde un balcón con trozos de pan duro.

El perfil noble del patriarca se recortaba como un contraluz proyectado sobre la pantalla pulida del río y sus ojos, ocultos bajo la sombra protectora de un sombrero oscuro, parecían perdidos en la observación de un punto de su memoria que le costase mucho desvelar ante mi curiosidad. Presentí la importancia de lo que debía comunicarme por la frecuencia con la que bebía pequeños sorbos del dulce licor anisado y por la veloz repetición de su parpadeo; más de una vez pareció dar inicio a su historia y, en otras tantas ocasiones sus palabras se quedaron a las puertas de la libertad, cautivas de una precaución excesiva del Patriarca; pero cuando al fin se aclaró la garganta ruidosamente, como quien se ve obligado a dar una mala noticia a un ser querido, puse toda mi atención y mis sentidos en lo que tenía que contarme.

Su historia giraba principalmente alrededor de la Ahnenerbe¹⁷ que fue, durante el dominio nazi en Alemania, una sociedad, supuestamente cultural, dedicada a la búsqueda de tesoros históricos y arqueológicos. Oficialmente dependía de las SS, pero en realidad muchos de los departamentos que la constituían tenían un cometido secreto que, en aquellos años, era todavía una incógnita sin despejar. Me habló de supuestos objetos de poder que poseían virtudes extrañas, en las que yo no creía demasiado

¹⁷ La Ahnenerbe se creó dentro de las SS para elaborar una nueva imagen nacionalista que beneficiase al Tercer Reich. Tenía como cometidos principales estudiar el origen del germanismo y crear una teoría sustentable que proveyera de sólidas bases científicas a la política del partido nazi en el poder. Del mismo modo debería investigar el alcance territorial y espiritual de la raza germánica para restituir las tradiciones entre la población. Llegó a tener 43 departamentos dedicados, entre otras cosas, al yoga, al zen, a las doctrinas esotéricas, a las influencias mágicas, a las expediciones regionales, a los estudios científicos, las danzas populares y canciones tradicionales, las costumbres regionales, el folklore, las leyendas, la geografía sagrada, las ciencias paranormales, etc. El símbolo de la Ahnenerbe era la runa de la vida. Los temas de su interés abarcaban la búsqueda del Santo Grial, las excavaciones de vestigios atlantes, la exploración del Tíbet, las prácticas de yoga, los estudios de antiguos cultos paganos germánicos, los viajes al interior de La Tierra para comprobar si era hueca, etc. El 1 de enero de 1939 la Ahnenerbe recibió una nueva reglamentación que ampliaba sus actividades a la investigación científica en general, y por este camino fue por donde se llegó a la explotación de los campos de prisioneros, que ofrecían espléndidas perspectivas para la experimentación

por entonces, y comentó, como quien dialoga con alguien que está al corriente de todo, que la lanza con la que Longinos perforó el costado de Jesús había estado en manos de Adolf Hitler.

Continuó diciendo que mientras algunos arqueólogos buscaban por todo el mundo el Santo Grial, las Calaveras de Cristal, el Arca de la Alianza, iban al Tibet para descubrir la ciudad subterránea de Agartha o examinaban a fondo rituales ancestrales, de manera paralela, un pequeño grupo escogido por el propio Friederich Hielscher, responsable ante el Führer de estas secciones, tenía otros objetivos considerados tan secretos que muy pocas personas estaban al corriente de ellos.

Reconozco que no le prestaba demasiada atención a esa parte del relato porque, para cualquier romaní medianamente informado, así como para cualquier europeo, el holocausto gitano, era algo muy conocido ya que los ancianos lo habían contado incluso en primera persona.

Ahora que me viene a la memoria este oscuro trozo de nuestra historia reciente me doy cuenta de algo que solemos pasar por alto. Está demostrado que murieron muchos romanís en Birkenau¹⁸ pero ¿qué podían significar para algunos gobernantes europeos seiscientos mil sucios gitanos que no pagaban impuestos comparados con la cantidad de pobrecitos mártires hebreos publicitados por la industria de Hollywood, a base de capital judío, que dejaron su piel en los campos de concentración? Nosotros, los romanís, nunca hemos podido pagar a un León Uris para que escribiese un libro como “Éxodo”, ni mucho menos contratar a Paul Newman para que protagonizase la película que debía demostrar al mundo lo buenos que somos como sí hicieron los judíos.

Personalmente creo que, si calculamos el porcentaje de muertos en cada uno de los pueblos, gitanos y judíos, salimos perdiendo nosotros por la sencilla razón de que somos menos; pero, como nuestros cadáveres no están tan publicitados como los suyos, ni tuvimos un Schlinder que nos liberase, ni nadie se ha molestado en filmar películas en las que sirvamos para algo más

¹⁸ Auswitchz-Birkenau fue el campo en el que murieron mayor número de gitanos.

que bailar, tocar un instrumento musical o echar la buenaventura, aún estamos esperando que las autoridades paguen la indemnización que se nos otorgó en su día a causa del porrajmos¹⁹.

Claro que, ésto, es otra historia que a lo mejor no viene a cuento; pero, cansado como estoy para recorrer el poco camino que me resta, no me parece demasiado extraño que la mente me juegue algunas malas pasadas mezclando unas cosas con otras.

Si la existencia de los campos de concentración nazis me revuelve las entrañas, Birkenau reabre una herida brutal en mi conciencia de ser humano; quizás porque, cuando visité los edificios del campo, muchos años después de la segunda guerra mundial, un día especialmente gris, brumoso, pude sentir en mi alma todo el dolor que allí se había vivido y para agravar mi apreciación, como contrapunto irrespetuoso al horror, como contraste casi indecente, unos niños corrían alrededor del monolito lanzando sus risas al aire húmedo de la mañana. En fin, voy a tratar de concentrarme en el objeto de mis recuerdos de aquella época.

En mi memoria Pankow, todavía suspendido inmóvil en aquella misma mañana, sigue contándome que, cuando el loco Adolf Hitler intentaba echarle mano a los objetos de poder para dominar el mundo, según las equivocadas teorías aprendidas de sus visionarios ocultistas, Otto Rahn, uno de sus buscadores, había encontrado algo muy especial en su visita al sur de Francia, mientras estaba indagando pistas que le llevaran al santo Grial; me aseguró con gesto serio que, lo hallado por Rahn, cambió por completo los objetivos principales del cabo de Bohemia.

No sé por qué extraña razón me olí la tostada de que iba a contarme toda la historia del Priorato de Sión, la preñez de María Magdalena e incluso llegué a pensar en que el Patriarca creía en todas las patrañas que se habían rumoreado al respecto. Por ahí sí que no pensaba pasar porque, el industrial al que había cuidado las espaldas, un hombre cercano a la derecha política francesa, se había interesado algún tiempo por el tema y me había aburrido a menudo con sus conocimientos sobre aquella delirante historia basada en un libro y en los delirios de un estafador.

¹⁹ Se conoce bajo este nombre, en lengua romaní, el asesinato sistemático de gitanos en los campos de concentración durante el régimen nazi.

Adelantándome a las palabras del Patriarca, le dije a Pankow que la historia del Priorato de Sión, Rennes le Château, la fortuna que pasó a manos del abad Saunières, la Magdalena embarazada de Jesús y la dinastía divina de los descendientes del Cristo, no era sino la patraña de escritores sensacionalistas, aprovechada por un vividor llamado Pierre Athanase Marie Plantard quien, por cierto, no registró el Priorato de Sión hasta el año mil novecientos cincuenta y seis.

También le comenté que Plantard había nacido un dieciocho de marzo de mil novecientos veinte en París, que vivió mucho tiempo a costa de la pensión de su madre y que era un militante de la derecha política francesa convencido de que era necesario cambiar Francia. Creó sociedades como Alpha Galatès, publicó panfletos como Vaincre y, tras utilizar seudónimos como Varran de Verrestra o Pierre de France, dio de alta como sociedad cultural al Priorato de Sión en mayo del cincuenta y seis ante el subprefecto de Annemasse, para aparecer después como Pierre Plantard de Saint Clair, Gran Maestre del Priorato y descendiente directo de Jesús de Nazareth.

Le informé con prepotencia que Plantard estuvo en prisión por abuso de confianza y alguna que otra cosilla de carácter ilegal; pero lo que más le sorprendió de mi relato fue que, quienes lo investigaron en vida, ciertos agentes de información del gobierno francés, daban por sentado que tuvo contactos muy estrechos con las SAC, las sociedades de acción cívica promovidas por el general De Gaulle, que se ocupó supuestamente en pasar oro hacia Suiza para financiar algún movimiento político de la derecha francesa y que, por haber distraído presuntamente algún lingote de los que era responsable, se vio preso en más de una ocasión²⁰.

Como yo era un tanto soberbio, por no decir que el orgullo de saber esas cosas me hinchaba por completo como un sapo a punto de reventar, le hice partícipe de cuanto sabía con respecto al cura Berenguer Saunières, el de Rennes-le-Château; las cuentas de aquel cura bellaco que debía celebrar a veces, según sus anotaciones personales, más de mil cien misas diarias que había cobra-

²⁰ El expediente policial de Pierre Athanase Marie Plantard, junto con algunas pruebas documentales, que está registrado como GaP7, se encuentra en el museo-archivo de la Prefecture de Police, de París.

do de antemano, y le expliqué que habían aparecido, escritas de su puño y letra, las listas de los pueblos en los que vendía su liturgia. Le rogué henchido de arrogancia, como si hubiese ofendido mi inteligencia, que volviéramos a Otto Rahn y que no me dijese nada más del Priorato de Sión ni de Berenguer de Saunières.

Mi impulsividad, una vez más, me había cegado; las palabras de Pankow me sacaron los colores puesto que no quería decirme nada de lo que yo tan orgullosamente le había expuesto. Por su boca, humilde por lo sabia, supe que lo encontrado en realidad por Otto Rahn era, ni más ni menos, el indicio de una clave que, correctamente utilizada, permitiría el acceso a la Sabiduría y al Conocimiento.

Según él, existía un ritual para acceder a la Sabiduría Total que había llegado hasta nuestros días a través de los siglos, y al parecer estaba escondido en las páginas del Antiguo Testamento, en la Biblia, y que, según la tradición, fue encriptado por el mismo rey Salomón.

Le miré entonces con un brillo de incredulidad bailando en los ojos, como si estuviera escuchando una de aquellas leyendas de camino que tan frecuentes eran en las noches de los campamentos; quizás por éso, sin tener en cuenta con quién estaba hablando, aduje con sorna que, si estaba en la Biblia, cualquiera podía ser capaz encontrarlo. Pankow respondió haciendo gala de una paciencia infinita, que mi presunción sería cierta siempre y cuando el ritual no estuviera escrito de alguna manera especial, con alguna clave difícil de encontrar para quien no estuviese completamente seguro de su existencia. Me preguntó si yo había leído “El Cantar de los Cantares” y, al responder afirmativamente, dijo si no me parecía extraño el hecho de que un poema de amor, con un texto que podía definirse como sensual, por no decir erótico, hubiese sido recogido en las Sagradas Escrituras.

Sonríó ahora pensando en que la juventud, al menos la mía, no dejaba de ser machaconamente estúpida por el hecho de pensar que ya lo sabía casi todo y que nada podía sorprenderme. A veces veo algunos jóvenes universitarios, afortunadamente los menos, tan pagados de sí mismos que se atreven a pontificar como si en sus manos descansara toda la sabiduría del Universo; la con-

trupartida es la de ciertos viejos autodidactas que también se atreven a pontificar por el hecho de haberlo vivido todo ya que, según ellos, la experiencia es superior a lo aprendido en los libros.

Si unos y otros, si todos practicáramos el arte de escuchar a los demás en lugar de oír pomposamente nuestras palabras, llegaríamos a un equilibrio en el que cada cual aprendería de los demás.

¡Vaya! Me he vuelto a enredar en el recuerdo ¡Ah, sí! Me estaba acordando del día en que Pankow me habló por primera vez de lo hallado por Rahn en el sur de Francia.

Como discreto conocedor de la Biblia que yo era entonces, al igual que del Corán y de alguna literatura védica, leída por curiosidad en aquellos años de supuesta apertura espiritual hacia el budismo a base de marihuana y meditación, siempre había pensado que “El Cantar de los Cantares” parecía fuera de lugar en unos textos considerados como sagrados por una gran parte de los seres humanos; pero según tenía entendido “El Cantar de los Cantares” era una imagen simbólica de las bodas místicas entre el Cristo y la Iglesia y así se lo hice saber al Patriarca. La expresión burlona de Pankow me informó de que me había vuelto a equivocar. Efectivamente, a poco que lo pensara, un matrimonio místico que comienza con besos en la boca y habla de pechos femeninos, de vinos, de comidas y de perfumes tiene más parecido con una tormentosa noche de bodas que con un poema de tipo místico/religioso. Cuando le pregunté por la naturaleza del ritual escondido, me dejó de piedra: Era lo que yo tenía que encontrar en los escritos, ésa era la misión que me encargaba en nombre del Consejo, de la Krís Romaní, porque nadie había podido hasta este momento descifrar los pasos exactos de ese ritual así que, si aceptaba, era mi problema. Añadió que me habían elegido por mi pasado militar y porque, al no pertenecer oficialmente al pueblo romaní, podían negar mi relación con ellos.

En mi vida, el punto de inflexión que me trajo hasta esta paz, por otro lado bien merecida, tiene su origen en el momento que acepté la misión del Consejo. En un mundo en el que la gente acostumbra a llorar sola, en el que la guerra es habitual y en el que los soldados combatientes tienen en común con el dinero el que no importa su procedencia mientras sirvan para algo, la decisión

que tomé en aquel bar de Oloron Sainte Marie me sonaba importante; algo así como si la salvación de la raza humana descansara únicamente sobre mis hombros.

Lleno de toda la importancia que me di a mí mismo, le pregunté, a guisa de respuesta, por dónde debía empezar; tan cerca de la estupidez total estaba que me burlé de su gesto grave cuando me entregó un nombre y una dirección en Carcassonne diciéndole que aquello me parecía una escena salida de un mal guión de película con espía guapo y rubia estúpida.

Su voz sonaba helada como el viento alpino al decirme que si creía que tanto la Krís como él estaban perdiendo el tiempo, si pensaba que iban a gastar todo el dinero que hiciese falta para llegar al fondo de la cuestión por un capricho, por una leyenda sin confirmar, o si la vida militar y mis combates en África me habían hecho olvidar mi tribu y mi raza no teníamos más que hablar.

Mi mente estaba tan confusa que cuando acepté moviendo la cabeza, sin tener siquiera la grandeza de pedir perdón por mi reiterada mentecatez, lo hice de una manera maquinal, sin pensar realmente la tarea que me estaba echando sobre los hombros. Pankow, sin añadir ni una palabra, me entregó un abultado sobre lleno billetes de banco al tiempo que se levantaba de la silla para perderse lentamente, en dirección al centro de la población, paseando por el puente centenario que atravesaba un río cuyas aguas asemejaban un espejo bajo los alegres rayos de un sol, opacados tan sólo por las sombras que arrastraba tras de sí el anciano de las banderas en la solapa que volvía a pasar frente a mí, con su lastre de recuerdos, de camino a un lugar en el que tampoco encontraría ni su juventud ni a sus amigos.

Pensándolo bien, con la perspectiva que me da el tiempo transcurrido desde esos días, acepté la tarea porque no hacía mucho tiempo que habíamos puesto el punto final a esa relación sentimental difícil, tormentosa, en la que durante meses chocamos frontalmente dos trenes de mercancías lanzados a toda velocidad.

Por aquel entonces aún me sorprendía de vez en cuando pensando en aquella hermosa mujer con la que tuve el honor de escribir algunos párrafos de su historia, mucho más de lo que sería aconsejable para una mente normalmente equilibrada.

Ninguno de los dos habíamos estado dispuestos a ceder en parcelas puntuales y, éso, nos había llevado hacia un escandaloso fracaso, mucho más doloroso cuando comprendimos ambos que acabábamos de perder la gran oportunidad para vivir razonablemente felices el resto de vida que nos quedase por respirar; pero en aquel tiempo me sentía sólo dolido, burlado y decepcionado sin darme cuenta de que en una separación no puede haber dos culpables sino una pareja de irresponsables

Ella me acusaba, por aquel entonces, que abusaba de la bebida con demasiada frecuencia, sin saber que a veces el alcohol era para mí el último consuelo, a pesar de que me avergonzaba sólo el hecho de pensarlo, una especie de clavo ardiendo al que me agarraba para no terminar descerrajándome un tiro en la sien. No estaba a gusto con mi vida, me faltaba algo, teniendo lo suficiente, y me pesaba la existencia justo del lado en el que se lleva colgando el alma; sinceramente, me sentía, como el anciano republicano, exiliado en la vida, expulsado de la existencia normal de los seres humanos, perdido en medio de una multitud, desoladamente solo entre cinco mil millones de semejantes.

Todavía hoy tengo que desentrañar si fue la forma gaché de ver la vida que tenía aquella mujer, en contraste con las tradiciones que aprendí de mi pueblo, lo que acabó con nosotros como pareja, o si fue sencillamente la historia repetida de Marte que no entiende a Venus en una sociedad que, desde mi punto de vista, ha invertido las escalas de valores.

Está bajando la niebla desde el tepuy y empieza a refrescar un poco. Sin embargo la mañana que llegué a Carcassonne en busca de la persona que Pankow me había indicado, la población resplandecía bajo un sol primaveral. Orgullosamente presidida por la ciudadela que pregonaba a los cuatro puntos cardinales la tragedia de los que se llamaron puros a sí mismos, los cátaros, aquellos que prefirieron la muerte a renegar de sus ideales, la ciudad tenía el aspecto de una hermosa mujer madura tendida al sol en medio de un prado.

En el eje justo de un día tan hermoso, Jacob Fittman, me parece verlo frente a mí, paseaba sus aún poderosos setenta años, enfundados en una camisa arremangada de blancura increíble y el

potente torso fajado por un chaleco de fantasía bordado a mano. El sombrero negro, y la vara que hacía oscilar a cada paso, le conferirían una estampa noble, gallarda. Su voz tenía agudos tonos vibrantes, alegres, que se colgaban de las pocas nubes que decoraban el cielo recién florecido.

Cuando me preguntó si no era demasiado inexperto en aquel tipo de cosas para que me hubieran echado encima una tarea tan grande en la que muchos, antes que yo, lo habían intentado para pudrirse en prisiones lejanas o morir de manera violenta, con el sabor de la sangre en la boca y el dolor como única despedida de este mundo, no me sentó demasiado bien; pero cuando hizo alusión, bromeando, a mi época en la *Lègion Etrangère*, repliqué desabridamente que, si me habían responsabilizado de aquello, sería por estar plenamente capacitado ¡Qué imbécil es la juventud que cree saberlo todo estando como está, en comparación con la experiencia de algunos ancianos, a un paso del retraso mental más profundo!

De su boca aprendí aquella mañana, entre otras muchas cosas, que los versos de “El Cantar de los Cantares” eran una imagen simbólica del hombre buscándose a sí mismo. Me enseñó que la Sulamita y Salomón —el hebreo antiguo escrito carece de vocales— compartían la misma raíz, SLM, con la palabra *Schalom*, que significaba paz; pero, por ir un paso por delante de los demás, quise demostrar mis conocimientos sobre el tema apuntando que la Sulamita era, según sus propias palabras en el Cantar, una mujer de piel morena perdidamente enamorada de Salomón, y que lo de la piel morena era debido a que estaba muy cerca de la luz.

Cuando Jacob me aclaró que la Sulamita, en los versos, reconoce que su piel está bronceada porque está expuesta al sol, lo que es tanto como decir que estaba muy cerca de la Sabiduría, del Conocimiento total, de La Luz única del Entendimiento, me dejó de piedra; luego apuntilló mi maltrecho mi orgullo aconsejándome que leyese de nuevo el poema de Salomón desde ese punto de vista, porque entendería muchas cosas que no sería inteligente por su parte explicarme en aquellos momentos.

Si aquel hombre hubiese sido un poco más joven, menos sabio, o hubiera tenido la falta de paciencia de la que yo hacía gala, se hubiese reído en mi cara al observar el enfado que demos-

traba por considerar que me podía haber ahorrado el viaje ya que, la información que me estaba dando, podían habérmela hecho llegar a Marsella sin ninguna dificultad; pero los viejos sabios lo son, precisamente, por su tolerancia ante la idiotez ajena.

Tomamos asiento en un pequeño muro de ladrillo que delimitaba un jardín trazado con elegante sobriedad por manos evidentemente expertas. Tras liarse un cigarrillo con una habilidad que dejaba adivinar años de práctica, Jacob inició un relato que, por el tono de voz que utilizaba y el contenido del mismo, captó toda mi atención desde el primer momento.

Según lo que Jacob me contó, con el pulso magistral que sólo quienes son abuelos pueden tener a la hora de relatar una historia, cuando las tropas del Ejército Rojo entraron al final de la Segunda Guerra Mundial en el campo de concentración de Birkenau, al igual que en Dachau, Auswitchz, Treblinka y otros lugares de exterminio en los que los nazis intentaron acabar de una vez por todas con cuantos pueblos podían molestarles para la instauración de la raza aria como clase dirigente, pudieron ver imágenes y escenas que hacían hervir de rabia la sangre de los militares más veteranos; pero un soldado soviético, descendiente de judíos, encontró algo que le pareció, a primera vista, muy especial.

El suboficial Iván Ulianov entró con sus compañeros en una de las salas utilizadas para interrogar a los prisioneros y, la escena que contemplaron contaba sin palabras toda una historia de terror, de sufrimientos: Un oficial de las SS yacía en el suelo, al lado de una mesa, con un feo agujero en la sien derecha del que aún brotaba un hilo de sangre y su Luger todavía empuñada; en el centro de la sala, totalmente desnudo, con los brazos brutalmente estirados detrás de la espalda, colgado por las muñecas, se veía un hombre plagado de hematomas, con la piel llena de heridas sangrantes, que todavía conservaba, como por milagro, un hilo de vida.

La mirada del viejo Jacob, intensamente vacía, estaba obstinadamente fija en el suelo mientras hablaba; absorto por el dolor que le producía el relato, hacía patente de aquella manera su estado anímico al reavivar sus recuerdos mientras me refería aquella desgarradora historia. Guardó un silencio porfiado durante algún tiempo y, cuando la colilla no era más que un garabato de papel

aplastado en el suelo, continuó como si sus propias palabras le torturasen el alma.

Siguió diciendo, que el tal Uliánov, se acercó al hombre herido para descolgarlo pero fue tan angustioso el lamento del torturado que, para no hacer más duro el tormento de quien estaba colgado, desistió de hacerlo. Le dio la impresión de que el hombre susurraba alguna palabra, se acercó a la boca exangüe sorprendiéndose al oír en perfecto hebreo las palabras “cántico”, “clave” y “cráneos”, seguidas del saludo judío deseando paz, o sea, Schalom. Tras repetir lo mismo, al menos media docena de veces, el hombre murió.

Uno de los soldados que estaban con Iván le pidió que se acercara a la mesa. Al hacerlo vio unos papeles llenos de anotaciones en alemán que parecían ser direcciones, al lado de un escrito en hebreo, y decidió llevárselos como recuerdo. Ordenó a sus hombres que salieran de la sala y, con sumo cuidado lo guardó todo en su mochila de manera que, cuando llegaran los agentes de la NKVD, la violenta policía militar soviética equivalente a las SS nazis, no pudieran encontrarlos. Durante algún tiempo los papeles estuvieron en poder de Uliánov; pero una noche en Berlín, durante una fiesta imprevista con soldados aliados que encontraron por casualidad en uno de los burdeles del sector francés, Iván conoció a un sargento norteamericano, de raza hebrea, llamado Daniel Goldblum. En la algarabía de la fiesta, le contó lo de los papeles y, antes de volver cada uno a su sector, de madrugada, el americano tenía en su poder los papeles que había comprado a Iván por cien dólares.

Al finalizar la guerra, el sargento Goldblum volvió a su casa en el barrio de Hialeah, en Miami, y después de pasar unos días con su familia, partió hacia Los Ángeles para visitar a un conocido, experto en el idioma alemán además de ser un hombre versado en el hebreo clásico. Algunos días más tarde, su amigo, le recibió con mucha amabilidad. Sin poder ocultar su nerviosismo, le dijo que había logrado traducir los papeles por completo sin demasiados problemas; pero le rogó que los sacara de allí cuanto antes.

Según el relato de Fittman, por boca de este amigo que practicaba el judaísmo más ortodoxo, Goldblum supo que el escrito en

hebreo era “El Cantar de los Cantares”, atribuido a Salomón; pero que las anotaciones al margen hablaban de algunos rituales esotéricos y de unos cráneos mágicos de cristal que él, como buen judío practicante, consideraba totalmente heréticos; además, había escritas en el otro papel varias direcciones de personas que vivían en Francia.

De vuelta en su casa de Miami, siguió relatando el anciano, Goldblum se dedicó a estudiar la traducción recibida en Los Ángeles de manos de su amigo. Tanto le obsesionó este tema que, al año siguiente, durante sus vacaciones, tomó un avión con destino a París y luego el tren hacia Marsella, para localizar a las personas cuyas señas aparecían en los folios. Tras una semana de intensa búsqueda, harto de no ser acogido por nadie, de recibir excusas para no atenderlo y de negativas a colaborar, se dio por vencido y decidió volver a los estados Unidos; pero nunca pudo hacerlo con vida porque dos días más tarde su cuerpo, salvajemente torturado, apareció flotando en el Vieux Port de Marsella.

Jacob, irremediabilmente perdido en sus recuerdos, lió un nuevo cigarro con manos sorprendentemente firmes; pero lo que más me sorprendía en aquellos momentos era la profundidad de aquellos ojos velados por brillos húmedos. Parecía como si en ese instante preciso de su existencia estuviese cargando con todas las angustias sufridas por el pueblo romaní a lo largo de sesenta siglos de historia; sin embargo su voz seguía siendo firme cuando continuó con su relato.

Me dijo que los papeles se habían perdido por aquel entonces. Ni rastro de ellos hasta mil novecientos cincuenta en que reaparecieron en la oficina de Bern Schroöder, un nazi refugiado en Buenos Aires tras la Segunda Guerra Mundial. Durante un registro efectuado por la policía argentina a raíz de la detención de este antiguo integrante de las SS y activo militante de ODESSA, una organización encargada de reubicar a los nazis y dotarlos de documentación falsa para rehacer su vida tras la guerra, se encontró una carpeta con unos mapas pertenecientes a la selva amazónica que estaban llenos de anotaciones, fotografías de cráneos fabricados en cristal de roca, dibujos de ciudades en ruinas y, junto a todo aquello, el manuscrito en hebreo y las direcciones que se

habían perdido, pero no acabó allí la historia de esos papeles porque desaparecieron de nuevo; daba la impresión que los papeles estaban dotados de vida propia y decidían quién debía tenerlos. Después de todo aquello, Jacob no sabía muy bien cómo, llegaron a manos del Patriarca Chalbaud quien los puso a disposición de la Krís Romaní porque, según le había comentado un anciano rom, experto conocedor de las tradiciones, podría contener información exacta para acceder al Conocimiento.

¡Qué orgulloso me sentí entonces al pensar que había sido yo, y no otro, el elegido por la Krís Romaní para llevar a cabo aquella tarea!; pero cuando más a gusto me sentía dentro de mi piel, aquel anciano comentó, como pensando en voz alta, que no tenía ni idea del por qué había sido precisamente yo el señalado pero que, al ser una decisión firme del Consejo en pleno, las razones para haberla tomado sólo ellos las conocían. Lo único que podía decirme es que no era el único sorprendido por esta elección. De todos modos me bendijo, me deseó suerte y me alargó un rollo de papeles envueltos en una tela encerada, marchándose en dirección a un mediodía que empezaba a enmudecer los cantos de los pájaros.

Mientras me dirigía a la estación de tren me pareció ver en varias ocasiones a un hombre, de unos cuarenta años, que cuando le miraba parecía sentirse irresistiblemente atraído por los productos que se exhibían en diferentes escaparates; puse en práctica todo lo que me había enseñado la experiencia como guardaespaldas, más por diversión que por otra cosa, y al cabo de cinco minutos no había ni rastro del presunto perseguidor, como tampoco lo había en el tren que me condujo de vuelta a casa.

Transcurrieron varios meses trabajando con aquellos pliegos que, al final, terminaron por absorber todo mi tiempo útil. Salía poco del apartamento que ocupaba en Marsella, en el que permanecía enterrado bajo montañas integradas por libros, Biblias, textos sagrados, dibujos, fotografías y miles de folios garabateados con letra casi ilegible, sin haber podido llegar a ninguna conclusión válida. Las consultas que hice a eruditos, las visitas a personas conocedoras de la hermenéutica bíblica sólo habían conseguido engrosar el volumen de papel almacenado, sin aportarme ninguna vía clara, sin abrir un camino para llegar a la solución del

enigma; pero sin casi darme cuenta iba adquiriendo conocimientos sobre temas que, hasta ese momento, ni hubiera sospechado que existiesen. Por alguna razón que entonces ignoraba, las circunstancias me estaban preparando a fondo para lo que posteriormente debería enfrentar.

Aquel aislamiento tuvo la virtud de apartarme de las compañías indebidas que había frecuentado en un pasado reciente; poco a poco, olvidado por quienes sólo vivían la noche, me fui centrandó en el estudio de aquel problema que me ocupaba al tiempo que, de modo imperceptible iba profundizando paulatinamente en el conocimiento de mí mismo.

Una mañana me sorprendió el molesto timbre del teléfono y, cuando pude identificar la voz de aquella mujer, a quien aún amaba, el corazón se me arrugó escurriendo las últimas gotas de sangre que aún le quedaban. Me llamaba para invitarme a un café y, a pesar de que me estaba muriendo de ganas por verla de nuevo, su tono aún orgulloso, su autosuficiencia por encima de lo divino y lo humano, me enrabetó y decliné su invitación; cuando ella cortó la comunicación después de una fría despedida, ocupé el resto de la tarde echándome en cara mi idiotéz e insultándome con las expresiones más gruesas de mi vocabulario. Para escapar de mí mismo, traté de enfrascarme en el trabajo.

Mi primera tarea había sido aprenderme de memoria “El Cantar de los Cantares” hasta que logré entender plenamente su significado. Desde el punto de vista del hombre buscándose a sí mismo, tenía una explicación hasta cierto punto coherente.

Bastaba con leer atentamente el texto para deducir que, si la Sulamita y Salomón eran la misma persona, quien aspirase a ser sabio debía buscarse primero a sí mismo y, sólo cuando se encontraba, lograría tener acceso a la Sabiduría y a gustar los dulces frutos del Conocimiento.

En los versos del poema aparecían frutas simbólicas como la vid, imagen del viaje hacia el interior de uno mismo y la granada como emblema de la unidad perfecta²¹. Entre líneas también se

²¹ Mientras que la vid es el fruto que simboliza el viaje interno en busca del conocimiento del Yo, la granada es la imagen de la perfección ya que, legendariamente, se habla de que tiene mil granos.

podía entender que los espinos eran las dificultades que se encuentran para llegar hasta el Saber Total encerrado tras las murallas, es decir, los límites humanos. Tampoco era demasiado difícil entrever que la Sabiduría sólo se entregaba a quienes eran merecedores de ella y la despedida final del poema no era otra cosa que el paso hacia un nuevo estado del Conocimiento.

Hasta ese punto no era tan complicado como para no poder entenderlo; pero del ritual, de la liturgia escondida tras aquellos versos, de los gestos, de las palabras necesarias para tener acceso al Conocimiento, ni rastro ¡Qué lejos estaba entonces de conocer la realidad de aquellos versos redactados por el hombre más sabio de toda la Historia humana! ¡Qué poco sabía lo que encerraba cada uno de los maravillosos guiños escondidos en aquel texto extraordinario!

En aquellos días, sin saber lo que hoy atesora celosamente mi recuerdo, pensaba que, si los nazis habían derrochado tantos medios, tanto tiempo, además del número enorme de personas seguramente muertas o torturadas durante esta investigación, lo que estaban indagando, lo que yo buscaba, debía representar algo realmente muy importante para ellos. Por otra parte, me decía a mí mismo, que Adolf Hitler se había caracterizado por perseguir quimeras a lo largo de su estancia en el poder, aunque ya en su juventud acudía en Viena al Palacio Imperial de Hossburg para contemplar la lanza de Longinos, a la que él llamaba Lanza del Destino, convencido como estaba que era uno de los objetos de poder necesarios para dominar en la nueva Era que él aspiraba a dirigir.

Desde luego la inclinación del dictador hacia el ocultismo se conocía desde mucho antes de que su figura saltara de su mediocre soledad a la vida pública. La creación de la Ahnenerbe no fue sino la consecuencia delirante de las ideas del impulsor del tercer Reich que se basaba en los secretos que, según él y algunos de sus más fieles acólitos, escondían los restos de civilizaciones pasadas; aunque hay muchas personas que quieren negar estos hechos afirmando que Hitler actuaba sólo por convicción política y que la violencia generada en su régimen se debió únicamente a sus ideas genocidas, la verdad no es otra que su desviación malsana hacia el lado más oscuro del ocultismo.

A propósito de esta manía actual de negar a todo lo que ha sucedido en la historia de la humanidad cualquier traza de espiritualidad, por sistema, me parece de una estrechez de miras brutal; así un Maestro, un filósofo como Jesús de Nazareth se ha convertido en un guerrillero nacionalista de Galilea, Mahoma en un instigador del terrorismo más descarnado, Buda en un producto que mantiene en el Nirvana a hippies trasnochados y Dios ya no existe sino para cuatro analfabetos.

Cuanto más me acerco a la muerte física, más me convengo de que el ser humano ha perdido totalmente el norte.

Ya me he vuelto a escapar de mi memoria; es como si mi cansado cerebro de anciano se negara a recordar lo que no le gusta. En fin, trataré de centrarme en aquellos días.

A veces, por entonces, me preguntaba si quizás por éso Hitler buscó con tanto ahínco las ruinas de la Atlántida, e hizo estudiar a los Templarios con la misma obstinación con la que rescató ritos paganos casi olvidados por el resto de los mortales. El hecho de que Hielscher declarase en el juicio de Nüremberg a favor de Sievers y que ambos murieran ahorcados sin revelar ninguno de los secretos que escondía la Ahnenerbe, le ponía un puntito picante a mi investigación; parecía que todos habían cerrado filas alrededor de sus jefes, de sus lóbregas investigaciones, protegiendo de esta manera los secretos que decían haber descubierto; pero en algún lugar de mi cerebro brillaba un llamita asegurándome que, en cualquier momento, la solución saltaría ante mis ojos.

En ocasiones, agobiado por la enorme tarea que me había echado a las espaldas, cansado por la evidente falta de resultados, me decidía a salir del apartamento para ver si el aire fresco lograba despejarme la mente. Me gustaba sobre todo pisar la calle cuando caía la noche sobre Marsella, con esa languidez propia de los atardeceres mediterráneos que invita a la charla entre vecinos.

La gente, respiraba a pleno pulmón el fresco ambiente que podía disfrutarse en las terrazas, comentaba a voz en cuello las últimas noticias, de mesa a mesa, mientras la voz de algún cantante, encerrada en un disco, desgarraba el aire desde una ventana abierta de par en par. Era esa hora mágica en la que las dos marsellas se unían por algún tiempo; mientras la Marsella trabajado-

ra apuraba sus últimas cervezas antes de volver a casa para disfrutar la cena en familia, se despertaba la ciudad portuaria, acanallada, la Marsella mafiosa, en busca del primer café para desperezarse. La calle Thubanot²² se sacudía estirándose como una gata en celo al tiempo que los bares recibían con sus pálidas luces a los primeros clientes de la jornada. Aquellas noches, ajeno a todo cuanto sucedía cerca de mí, intentando empecinadamente desenredar la madeja de pensamientos incómodamente instalada en el cerebro, caminaba con la cabeza entre los hombros sin ver a nadie, como si estuviese encerrado en una burbuja aislante que me impidiera ver más allá de mis reflexiones.

Antes de volver a casa, me quedaba un rato contemplando las aguas quietas del Vieux Port en el que, entre yates y grandes embarcaciones de recreo, flotaban hermosos veleros deportivos.

La paz que se podía respirar a esas horas era majestuosa, casi mágica; pero mi cerebro parecía entretenerse en dar cabriolas de una teoría a otra para no procurar ni un momento de respiro al espíritu. Sin embargo, el hecho de ver pasear a una pareja, tiernamente enlazada por la cintura, era suficiente para que la imagen de la mujer que aún amaba tomase plena posesión de mis pensamientos y desplazase cualquier otra idea de mi cerebro; entonces me apresuraba a volver, a lo que llamaba mi hogar, con pompa excesiva, para sentarme en el sofá y escuchar algo de música mientras tomaba una copa que me indujera al sueño.

A veces trataba de hundir el recuerdo de aquella hermosa mujer entre lo farragoso del trabajo; pero era como tratar de hundir un corcho que, en el momento que se afloja la presión, tiende a subir otra vez a la superficie.

Una de aquellas noches dormí muy mal; un cúmulo de extraños sueños, en realidad horribles pesadillas en las que soldados de las SS golpeaban sin piedad a un hombre indefenso, desnudo, se sucedieron vertiginosamente unas a otras, sin permitirme descansar, hasta que desperté empapado en sudor, angustiado, con los

²² Esta es la calle marsellesa en la que tradicionalment, practicaban las prostitutas su oficio antes de que apareciese la prostitución llamada de lujo. En la calle Thubanot se ejercía la prostitución a la manera clásica, con su entramado de chulos, violencia y delincuencia habitual que la rodeaba.

músculos adoloridos. Esa mañana en concreto, el agua fría de la ducha no fue capaz de borrar aquel violento ardor en la piel y el primer café, que siempre disfrutaba voluptuosamente con los ojos cerrados, no pudo despejarme por completo.

Aquel día en especial empezó con muy malas perspectivas; pero con el segundo café parecieron cambiar las cosas. Consciente de que la tarea no era para un solo día, reanudé el trabajo entre cerros de papeles, textos subrayados y observaciones escritas con una caligrafía menuda, apretada, como de monja en misiones. Por entre un montón de hojas sobresalía, llena de anotaciones, la fotografía de un cráneo de cristal.

La saqué con exquisito cuidado; a pesar de haberlo hecho muchas veces con anterioridad, volví a leer con suma atención, como si fuese la primera vez que la veía en mi vida. Aunque habían aparecido diferentes cráneos en varios lugares del mundo, el representado en la imagen que tenía entre las manos, había sido hallado el año mil novecientos veintisiete por Mitchell—Hedges, en las ruinas mayas de Lubaantum. Este mismo cráneo lo habían intentado robar unos hombres, en mil novecientos cuarenta y tres mientras se exponía en Brasil; tras un duro interrogatorio aquellos individuos reconocieron formar parte de la Ahnenerbe y confesaron que operaban bajo las órdenes de un hombre llamado Weisthor. El hecho de que aquella información sobre los cráneos de cristal hubiese aparecido junto a los papeles del suboficial Ulianov, en poder del nazi apresado en Argentina, los relacionaba de alguna manera; lo difícil iba a ser encontrar ese nexo de unión que aproximara una pieza maya con un escrito hebreo que, además, se contaba entre los libros de la Biblia.

La idea me explotó en el cerebro con la luminosa violencia de un rayo inesperado. Descolgué el teléfono con prisa, marqué un número y no tardé en escuchar cómo la voz de Jacob Fittman sonaba desde Carcassonne, gangosa, en el auricular.

Cuando le pregunté si sabía algo sobre la existencia de varias calaveras talladas en cristal de roca me contestó que el objeto estrella de los que le mencionaba, era conocido como el Cráneo del Destino y se creía que, por medio de los prismas de su base y por las lentes pulidas que llenaban las cuencas, se podía conocer

detalles sobre el pasado y el futuro de quien las consultaba. Luego, con tono cansado, me aconsejó que hablase con Sarah, una anciana que sabía mucho sobre el tema, a la que podía encontrar en Les Saintes Maries de la Mer a la semana siguiente.

Estaba contento de tener aquella nueva información aunque, en el fondo, me sentía humillado por haber olvidado que llegaba el veinticuatro de mayo: el día de la reunión de los gitanos; pero pasado el primer momento en el que se mezclaron vergüenza y euforia desatadas, me di cuenta que aún debía esperar durante al menos siete días para saber lo que necesitaba, si es que en realidad la mujer era quien podía decírmelo.

Aquella semana de impaciente espera se me hizo desusadamente larga, casi eterna, como si los días en lugar de sucederse a su ritmo normal medido en minutos y horas, se arrastraran penosamente hacia un punto lejano en el tiempo; pero una vez en Les Saintes Maries de la Mer, con los ojos llenos de imágenes casi olvidadas, como la de los rom entrando en el mar con el agua al pecho para sacar la barca de las Santas, agradecí la proximidad de mi pueblo, de las gentes de mi raza junto a los Sinti y los Manush; en ese momento no podía sino sentirme razonablemente feliz.

Quizás fue entonces cuando comprendí que, el ser romaní, no se reduce a una pose, a una forma de vida ni a una lengua propia como soporte de una cultura ancestral; ser Rhom se lleva escrito visiblemente en los genes; es una especie de tatuaje en el ADN que te marca a lo largo de toda la existencia, desde la primera cuna, hasta la última cama que utiliza la carne: la tumba. Es un sello en el alma que condiciona la forma de pensar, haciéndola diferente a todas las demás, un modo tan especial de sentir que “dios” y “libertad” se convierten en sinónimos.

Muchas veces, al ver cómo los Patriarcas paseaban por Les Saintes Maries de la Mer absortos en la discusión de los problemas que atañían a los pueblos que confiaban en ellos, antes de exponerlos en el Consejo, me preguntaba cómo podían los gachés, los no gitanos, conciliar aquellas imágenes que indicaban una organización, una jerarquía y la existencia de leyes antiquísimas, con las moradas desastrosas en las que habitaban la mayoría de los gitanos en los arrabales de algunas poblaciones. ¿Cómo se

podía compaginar la imagen de un Consejo de sesudos Patriarcas discutiendo el futuro de una raza, con la miseria, las chabolas, la suciedad, el hurto, el tráfico de drogas a pequeña escala, la prostitución, el analfabetismo y la venta ambulante? ¿Cómo se podría conjugar en la mente de un no gitano la estampa noble de los Patriarcas con la de los niños semidesnudos jugando entre basura?

Para nosotros es muy fácil porque conocemos los entresijos de nuestra raza, sabemos que somos muy pocos los que vivimos de acuerdo a nuestras leyes y que una gran mayoría del pueblo sobrevive sin ser conscientes de lo que en realidad son; pero aunque los gachés, acostumbrados a ignorar lo que no les conviene den la espalda a lo que les molesta ver, no entiendan nuestra postura, para nosotros, quienes viven fuera de las leyes ancestrales son hermanos en todo. Equivocados, sí, pero tan gitanos como nosotros.

Aquel anochecer, entre guitarras llegadas de España, acordeones y violines que traían acentos del este de Europa y del Medio Oriente, la gente de mi raza cantaba sus penas, sus desamores, expresaba sus alegrías haciendo justo aprecio a un vino áspero que, sin motivo aparente, dejaba un bouquet dulce en el alma.

Allí podían encontrarse, paseando hermanados en el crepúsculo perfumado con aromas de sal marina y flores de ginesta, algunos representantes de los últimos Pueblos Libres. En aquel municipio hermoso de la costa mediterránea francesa se daban cita todos aquellos que vivían en el filo de la navaja, los que conocían la cotidianidad de vivir de pueblo en pueblo, de nación en nación, siendo el centro de la curiosidad general, ejerciendo a conciencia su papel de atracción de feria que fascina, atemoriza y, finalmente, se desprecia o se ama, pero al final no deja indiferente a nadie que tenga contacto con ellos.

En la terraza de un bar cualquiera, dos gitanos españoles parecían llevar a cabo un incruento desafío con sus guitarras, llenando la noche de ardientes arpegios que vibraban en un contrapunteo primitivamente poético y violento; las vertiginosas notas, los imposibles acordes, iluminaban las almas con luces de nostalgia, sin saber que con las puntas de sus dedos arañaban mi memoria dejando a su paso un rastro de angustia, de dolor, de ausencias insondables.

Sintiendo en el alma cómo algunas flores rancias de sangre se marchitaban en las navajas de mis antepasados, recordé a la mujer que todavía amaba sinceramente y me entraron ganas de llorar, de reír como un loco, de cantar a voz en cuello, de emborrachar la pena hasta el embrutecimiento para olvidar un pasado que, a pesar de los persistentes esfuerzos de voluntad que hacía, me acompañaba obstinadamente a todas partes como esa tonadilla con la que te despiertas una mañana, y tarareas machaconamente durante todo el día sin lograr identificarla por completo hasta bien entrada la tarde.

A las dos guitarras enfrentadas, se unió una voz desgarrada, de acentos evidentemente vinosos, arcaicamente armónica, para cantar la banalidad de la existencia con una verdad que para todos era incuestionable: “Vives hoy, pero estarás muerto mañana y pasado mañana, más muerto todavía”. Era realmente muy difícil resumir en menos palabras un sentimiento tan descarnadamente rotundo, tan elemental.

Poco antes de anoecer, después de haber saludado con mucho respeto a Gino Chalbaud, a Pankow y a los demás miembros de la Krís Romaní que se interesaron con frialdad por los progresos de la tarea que me habían encomendado, me encontré con Jacob Fittman que venía acompañado por una mujer de edad indefinible a la que todos saludaron con sumisión: Era Sarah.

Después de las presentaciones de rigor, mojadas con el amable vino de la hospitalidad, la mujer aprovechó un descuido voluntario de nuestros acompañantes para llevarme hacia la orilla del mar, apartándonos del bullicio que llenaba la noche veraniega.

Tras un tiempo de silencio en el que la mujer parecía absorta en su mundo interior, como si estuviera musitando oraciones ancestrales, sin previo aviso quebró su mutismo. Me comentó que quienes me querían más de lo que pudiese parecer a primera vista, le habían solicitado que me ayudase, porque era preciso que yo supiera todo cuanto fuera posible sobre la Cabeza del Destino, o mejor dicho, el cráneo de cristal que podía desvelar el futuro y el pasado.

Comenzó su relato sin más dilación al observar de reojo mi gesto de asentimiento, diciendo que, hacía muchísimos años, más

de los que era posible contar, varios Maestros de los Pueblos Libres, que entonces viajaban en compañía de los rom, llegaron a las costas de un país fértil y hermoso, al otro lado del Océano Grande, antes que los gachés pensaran ni siquiera en la posibilidad de que esas tierras existieran en el mismo planeta en el que ellos vivían desde hacía generaciones.

Según la tradición de los Pueblos Libres, antes que Cristóbal Colón, sus arajays²³ y los soldados tenjenós²⁴ pagados por los reyes de España y por los judíos que vivían en los territorios de Ferdinando y de Isabel pusiesen sus pies sobre aquellas tierras, mucha gente había estado allí y, por supuesto, sabían perfectamente cómo llegar y las mejores rutas que se podían utilizar.

Al parecer los antiguos romanos trataron de asustar a todos los pueblos que intentaban cruzar el mar, creando leyendas de horribles monstruos devoradores de hombres que vivían en el Océano, para poder traer tesoros desde allí y desde otras islas situadas en medio del Océano sin oposición alguna; pero antes que ellos, ya habían llegado los barcos de Salomón hasta aquellos remotos lugares, a lo que ellos conocían como el país de Ofir, después de cruzar el mar durante meses, y entrar por la desembocadura de un gran río al que hoy llaman Amazonas²⁵.

Sarah me explicó que, cuando llegaron los gachés al lugar en el que estaba el nacimiento del río Amazonas, escucharon que los indios de esas tierras lo llamaban río Solimao y por éso ellos llamaron a este tramo del río Solimoes, que venía a ser como Salomón en la lengua de los lalós²⁶; pero lo que sí era realmente interesante para mi búsqueda, dijo la anciana bajando la voz como si fuera a comunicarme un secreto cuya difusión fuese especialmente peligrosa, era que nuestros Maestros fueron hasta aquellas tierras para enseñar a las tribus, que aún vivían salvajes, lo más

²³ Esta palabra, aunque literalmente se traduce como fraile, se aplica a todos los eclesiásticos.

²⁴ Esta es una de las locuciones en caló que se traduce por los españoles. Se puede decir también jenjenós o sersenós.

²⁵ Durante los últimos años se están levantando las voces de algunos arqueólogos que defienden la teoría de que muchas de las esculturas de los incas y mayas representan rostros de rasgos semíticos.

²⁶ Portugueses.

oculto de nuestros pueblos, nuestras Leyes, porque todos pensaban entonces que esa sería en el futuro nuestro nuevo hogar, una especie de tierra de promisión que nos permitiría vivir eternamente de acuerdo a nuestras tradiciones sin que nadie se metiera con nosotros, y sin que estorbásemos a nadie, cuando todavía los Pueblos Libres vivían y caminaban unidos²⁷.

Después afirmó, con un ligero deje de tristeza en su voz, que aquello no pudo llevarse a buen término porque el hombre mientras vive sin presiones, sin poseer nada más que el sustento diario, un cobijo para su familia y lo necesario para sobrevivir hasta el amanecer siguiente, comparte lo poco que tiene con su tribu; pero en el momento en que puede acumular cosas, se convierte en un asesino egoísta. Al final, según Sarah, todo quedó en un intento vano; cuando llegaron los tenjenós hasta allí, todavía los indios hablaban de un dios al que llamaban Viracocha. Un nombre que no era romaní sino judío porque, según sus palabras, Viracocha era la deformación de “Ben-ya-kosher”, que quiere decir “el hijo de la mano pura”. Explicó sencillamente que los nativos, al ser incapaces de pronunciar correctamente las palabras hebreas, utilizaban la sucesión de sonidos Vi-ra-co-cha; era lo más que aquellos seres podían acercarse a la pronunciación hebraica correcta y, con el tiempo, fueron olvidando cómo sonaba en realidad.

Si aquella afirmación me sorprendió hasta llevarme de la mano hasta las puertas de la incredulidad, lo que me relató a continuación tuvo la virtud de ponerme la piel de gallina en el esqueleto del alma.

Aseguró que una de las tribus de aquellas tierras vírgenes, tomó como nombre genérico el de su Maestro, a quien todas las tradiciones locales definían como un hombre de piel y barbas muy blancas vestido con ropajes de inmaculada blancura. Eran los

²⁷ Si se parte de las pruebas que hay sobre el origen de los gitanos (Ver anexo al final del libro) algunos Maestros de estos Pueblos, según la teoría de Sarah refrendada por algunos estudios que afirman la existencia de semitas en Sudamérica antes de la llegada de Colón, llegaron a territorios sudamericanos y fueron quienes les enseñaron la agricultura y a tejer entre otras muchas cosas que les permitieron una mejor calidad de vida. Teniendo en cuenta todo esto, que es rigurosamente cierto, Sarah teje un juego de palabras con el hebreo y los nombres de tribus centro y sudamericanas que sólo es válido para el argumento de la novela que no representa ninguna teoría científica.

Mochicas, ya que su Maestro se llamó, según ellos aseguraban, Moche: Mo-sche, Moisés en resumen; pero que no era el de las Escrituras.

Recuerdo claramente que, al ver mi cara de asombro ante lo que afirmaba, Sarah me aconsejó que dejase la cabeza tranquila ya que ella afirmaba, simplemente, que su nombre era el mismo del Patriarca Moisés y que había ejercido como Maestro errante de los Pueblos Libres.

Después de un tiempo de mutismo que me sirvió para recuperar plena consciencia de lo que había escuchado de aquellos labios instruidos, Sarah dijo con enorme solemnidad que la fantasía era muy mala compañera para el tipo de camino que yo debía recorrer; pareció adivinar que mis pensamientos giraban en torno a la continua referencia al pueblo judío, guardó silencio durante algunos minutos, como si dudara en abrir todos sus conocimientos ante mí, que estaba ansioso por comerme toda la Sabiduría del mundo afanosamente, en un solo bocado.

Tras luchar contra sus enormes dudas sobre mi capacidad, convencida de que si estábamos allí era por algo que escapaba totalmente a su comprensión, evidentemente también a la mía, comenzó a relatar una historia que se había transmitido oralmente de generación en generación a lo largo de los siglos.

Me contó que el Patriarca Abraham tuvo un hijo primogénito llamado Ismael, hijo de una esclava egipcia llamada Agar, y uno llamado Isaac de su esposa Sarah. Pues bien, según la Biblia Ismael tuvo a su vez doce hijos. Por su parte, Isaac, tuvo dos hijos, Esaú y Jacob, que fue llamado Israel, quien por su parte tuvo otros doce; pero puntualizó que entre los seis primeros y los seis últimos hijos de Israel, nació una mujer a la que llamaron Dinah²⁸. Dijo que esta mujer fue raptada y violada por un hombre llamado Siquem, hijo de Hèvien Hammor. Rubén, Simeón y Leví, sus hermanos, la vengaron matando traicioneramente a casi todos los hombres del pueblo y, por ello, fueron malditos por su padre en el lecho de muerte²⁹.

²⁸ El nombre (Di-nah) significa «La Absuelta».

²⁹ Génesis 34 y 39.

En resumen, los doce hijos de Ismael³⁰ fueron los fundadores de las doce tribus ismaelitas, mientras que los doce hijos de Israel, dieron origen a las doce tribus israelitas³¹.

Dinah³² fue una de las pocas mujeres hebreas que tuvieron derecho a herencia, dijo Sarah como recitando una lección aprendida de memoria, y sus descendientes formaron los que se conocieron como Pueblos Libres de la Antigüedad. Mientras que los rom, después del largo exilio en Babilonia, tras colaborar con los judíos durante algún tiempo en la reconstrucción del templo de Jerusalén, emigraron en masa hacia territorios de la India, los demás se extendieron un poco por todo el mundo conocido; precisó también que por mucho que algunos quisieran falsear la historia, los orígenes de los hebreos, los rom y los Sinti eran los mismos. Lo que sucedió, según ella defendía con gran ardor, fue que mientras unos vivían en medio de sociedades que habían progresado, los demás siguieron con su forma de vivir nómada, guardando sus tradiciones más puras, llevando consigo sus leyes. También dijo que no debía extrañarme si mucha gente de los Pueblos Libres tenía nombres de origen judío. Además dijo, y su voz parecía alegre en aquel momento, que Poncio Pilatos, el que se lavó las manos, mató a muchos judíos después de la muerte de Jesús, porque pensaba que se habían reunido en una colina para desenterrar el tesoro de Dinah en el que, según la tradición, se podían encontrar algunos objetos de poder.

Aún hoy desconozco por qué enrevesada razón me creí en la obligación de comentar que debían ser los mismos que buscaba Adolf Hitler por medio de la Ahnenerbe y ella dijo de pasada que sólo alguno de esos objetos habían sido objetivos del dictador puesto que Hitler tenía muy claro cuáles necesitaba para llevar a

³⁰ Este nombre (Yíts-ma'el) significa «Dios oye». Los hijos de Ismael fueron Nebayoth, Qèdar, Abdeèl, Míbsam, Michmà, Douma, Massa, Hadad, Tèmah, Yetour, Nephich y Qedmà. Génesis 25; 12-15.

³¹ El nombre (Yíts-ra'el) significa «El que perversa con Dios». Los trece hijos de Israel, según La Biblia fueron Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón. José y Benjamín, hijos de Raquel. Dan y Neptalí, hijos de Bilha. Gad y Aser, hijos de Zilpa (Génesis 35; 23-26)

³² Ver Génesis 30; 21.

cabo sus planes, y siguió con la historia de las calaveras de cristal, sin darme tiempo a preguntar nada.

Me contó, bajo un cielo en el que las estrellas parecían estar al alcance de la mano, que aquellos Maestros que vivieron en la hermosa tierra de la segunda oportunidad, enseñaron muchas cosas a sus habitantes.

Les mostraron cómo se tejían las telas, el riego de los cultivos, las construcciones de piedras reforzadas con cercos de bronce y el arte de la joyería, tal y como ellos lo habían aprendido de los sumerios y los egipcios, mientras los Pueblos Libres habían resido en el país de los desiertos; por esa razón los Moches, los Chibchas y otras tribus se desarrollaron tanto y tan deprisa. Pero cuando aventuré que según todos los indicios el cráneo del destino, en realidad, se atribuía a la cultura Maya y no a las civilizaciones sudamericanas, me sorprendió comentando que no era maya sino M'aschsah, que en hebreo significaba “prueba”.

Si pensaba que nada podía sorprenderme ya, estaba equivocado una vez más. Desde su punto de vista esa cabeza, o una parecida, pudo ser muy bien el Baphomet de los primeros Templarios, la cabeza parlante capaz de desvelar todo el pasado y anunciar el porvenir. Aún así quiso dejar claro que no estaba afirmando nada, aunque era una posibilidad que debía tener en cuenta para mis investigaciones.

Cuando pregunté a Sarah si Hitler había buscado la cabeza de cristal para poder conocer su futuro, la anciana respondió de manera inmediata que el asesino dictador no buscaba conocer el futuro, sino el pasado para encontrar los objetos de poder que todavía no tenía entre sus manos.

La noche perfumada nos rodeaba en una especie de abrazo tibio mientras Sarah disertaba sobre aquellos temas que, para mí, eran totalmente nuevos. El hecho de que nuestra tradición se transfiriese de forma oral, presentaba el problema de que sólo unos pocos tenían una visión de conjunto ya que, la mayoría conocía sectores puntuales de nuestro devenir a lo largo de la historia.

Ahora, perdido en mitad de la selva, mientras el tiempo se entretiene en tejer con hebras blancas mi cabello sin cortar desde

hace años, recuerdo cómo la noche parecía hacerse cómplice de las palabras de Sarah creando una especie de burbuja de silencio a nuestro alrededor tan sólo rota de vez en cuando por una ola más agresiva que las otras.

Quise saber más sobre la leyenda del cráneo de cristal, y me dijo que no había un solo cráneo sino varios³³. Las calaveras aparecían perfectamente talladas con la forma de un cráneo humano, variando tanto en forma, como en tamaño y en el tipo de material en que estaban fabricadas aunque, generalmente, estaban hechas en cristal de cuarzo. Algunas de las que se conocían eran auténticas, talladas por no se sabe quién para los mayas, entre otras culturas, mientras que un gran porcentaje de las expuestas en los museos actuales, habían sido talladas en los siglos diecinueve y veinte.

Con respecto a las auténticas comentó que la mayoría de ellas provenían del centro y del sur de América; pero, curiosamente, los científicos no reconocían más que las encontradas en Centroamérica desechando las que llegaban de Sudamérica, de los lugares en los que los Maestros de nuestros pueblos fundaron las ciudades que se habían perdido. En cuanto al cráneo buscado por la Ahnenerbe, dijo que era la más conocida de estas tallas y también la que más misterios encerraba: Hitler buscaba la que encontró Mitchel—Hedges. Era prácticamente igual a una calavera humana de verdad, y la mandíbula inferior estaba dotada de movimiento³⁴.

Hasta entonces no se había logrado saber cómo fue tallada; parecía ser un trabajo imposible de realizar por los ingenieros más inteligentes de nuestros tiempos. Estaba fabricada con cristal de cuarzo puro y, tanto el cráneo como la mandíbula, parecían hechos con trozos de la misma roca. Me dijo que, salvo por unos detalles mínimos, se la podía considerar perfecta. Muchos defendían que era la representación de la calavera de una mujer debido a que no superaba en mucho el medio palmo de altura aunque su peso, que rondaba los cinco kilogramos, demostraba que era

³³ Ver nota número 82.

³⁴ Ver imagen e historia del Cráneo del Destino en el Anexo.

maciza. Añadió que la calavera estaba tallada en un cristal de roca durísimo; pero era un objeto muy especial porque cuando Ana, la hija adoptiva de Mitchel Hedges la encontró, mientras buscaban algún rastro de la Atlántida, sucedieron algunos hechos de muy difícil explicación. Por ejemplo, cuando la sacaron a la luz, los indios que estaban presentes removiendo las piedras del altar se arrodillaron, besaron el terreno y la agasajaron durante dos semanas porque habían reconocido en el cráneo la representación de un dios de sus antepasados. En resumen, pasaron casi dos semanas lajariando³⁵ ante esta calavera.

Los conocimientos de aquella vieja gitana, analfabeta funcional, superaban con mucho a los de quienes creían estar en posesión de la verdad indiscutible; era indudable que almas viejas³⁶ como la de aquella mujer, carentes de prejuicios sociales o culturales, tenían una apertura de espíritu inconcebible para otros espíritus más cultos, según las medidas de la educación actual, que encerraban sus deducciones entre rígidas reglas sin permitir el paso a ideas que no fueran acordes con las suyas y que, además, tachaban a los demás de ignorantes sin darse cuenta que la ignorancia tiene su base en la intolerancia y en la inflexibilidad dogmática.

Mientras yo reflexionaba, Sarah seguía con la historia de la calavera de cristal.

Al parecer un restaurador de obras artísticas³⁷, después de experimentar durante casi seis años con ella, afirmaba que, a veces, un halo brillante rodeaba el cráneo, se oían sonidos agudos que parecían salir de su interior e incluso en alguna ocasión pudo observar en la superficie de la calavera algunas luces e imágenes de cráneos, montañas, paisajes y objetos diversos al tiempo que un fragante aroma, increíblemente agradable al olfato, llenaba su casa.

³⁵ Lajariar (es caló) significa adorar o reverenciar.

²⁶ Las llamadas Almas Viejas (Orchí Surré) son personas a las que se supone conocimientos que trascienden el tiempo. A diferencia de los «Askoki» de las tribus Centroeuropeas, que son los encargados de guardar la memoria del pueblo, las Almas Viejas son depositarias de conocimientos que muchos no dudarían en tachar de esotéricos, a pesar de que son simplemente tradiciones orales.

³⁷ Se refiere a Frank Dorland.

Cuando Sarah, después de aquella lección magistral, se interesó por el objeto central de mi búsqueda y le dije que era el ritual escondido en “El Cantar de los Cantares”, palideció bruscamente como si le hubiesen insultado. Me avisó, acompañando sus palabras con el lenguaje gestual y las expresiones propias del romaní tradicional, que no debía acercarme nunca en mi vida a esas cosas sin estar espiritualmente preparado y bien protegido; también debía recordar en todo momento que Miro Pani, uno de los últimos Patriarcas iluminados, murió a manos de los nazis por esa misma razón y que el mal andaba todavía suelto por el mundo.

Miro Pani, tras una aclaración que le pedí, resultó ser el hombre que durante la Segunda Guerra Mundial fue hallado por Iván Ulianov, torturado. Me comentó que su nombre, Miro Pani, que traducido del romaní sería “El silencio del Agua”, y el propio Adolf Hitler, cuyo nombre propio significa ávido de nobleza³⁸, nacieron en la misma fecha, a la misma hora y en mismo año, que en realidad, ambos, eran las caras opuestas de una misma moneda.

Las aguas destructoras de Hitler y el Silencio del agua frente a frente; luego me explicó, que Miro Pani, el silencio del agua, tenía un gran valor simbólico ya que este hombre era la imagen del agua silenciosa, la ola que debería traer de vuelta al mundo toda la Sabiduría, y el Conocimiento olvidado. Si él no pudo hacerlo entonces, quizás debía hacerlo yo, Salubha Soniché, para que no estuviera todo perdido.

Lo que sugerían los nombres era, como poco, sorprendente. Miro, el silencio; Pani, el agua; Salubha, la salamandra que soporta el fuego; Soniché, el silencio: Extraño juego de significados en los nombres de dos romanís que hemos terminado unidos a través del tiempo en una tarea que, a los dos, nos ha traído la paz al alma ¡Qué curioso! El agua, Pani, o pañí como se dice en caló, apaga el fuego y Salubha, la salamandra, sobrevive a las llamas; si es cierto que la sucesión de sonidos que nos distinguen a lo largo de nuestra existencia, el nombre propio que se nos impone a la hora del nacimiento o del bautismo, marcan la vida de una persona, ambos debíamos realizar nuestra tarea en silencio; pero entonces, yo, no lo sabía.

³⁸ El significado que se atribuye al nombre de Adolfo, nombre de origen germánico, está extraído de la obra de G.M.C. titulada «Diccionario de los nombres».

Reconozco hoy sin ningún tipo de rubor que estaba confundido en aquel momento ante el cariz que podía tomar mi investigación a partir del punto en el que me encontraba. Sarah, aquella mujer que atesoraba todo el conocimiento ancestral de nuestra raza me estaba abriendo algunas puertas a lo desconocido, complicando al mismo tiempo la tarea que había aceptado.

Me había dedicado afanosamente a buscar información en bibliotecas, archivos y museos, había consultado con expertos de diversas materias y me había encerrado en casa, a cal y canto, tratando de hallar la solución a un enigma del que, aquella mujer, parecía saber más que nadie.

Cuando le pregunté si alguien podía ayudarme en mi tarea, pareció meditar mucho sus palabras antes de responder; era como si el hecho de poner la información en mis inexpertas manos se le hiciera muy cuesta arriba. A final, después de un silencio sin principio ni final, decidió hablar afirmando que todas las soluciones se encontraban en nosotros mismos, lo que sucedía era, según su opinión, que éramos demasiado estúpidos, excesivamente engreídos como para confiar en nuestra intuición. Me aconsejó que debía meditar, confiar en mí mismo y dejar que el Universo obrase sus milagros; pero también debía tener mucho cuidado porque, si llegaba a descifrar el secreto que andaba buscando, habría muchas personas a las que no les temblarían las manos para asesinarme y hacer mal uso de él.

Recuerdo que aquella puntualización me puso el frío nudo del pánico en las entrañas, ya en la Lègion Etrangère me habían hecho comprender que el valor era algo totalmente diferente a la falta de miedo, pero la sensación de intranquilidad se multiplicó cuando me aconsejó que, por mi bien debía salir de Les Saintes Maries de la Mer sin despedirme de nadie y dejar que mis pies me guiasen hacia el camino correcto.

Rememorando aquel día tan especial, sé que llegué a Marsella, muy inquieto, con las últimas palabras de Sarah aún sonando en mis oídos. Después de arrojar la mochila a un rincón de la sala sin tomarme el trabajo de vaciarla, salí a la calle para tratar de poner mis ideas en orden ya que el cúmulo de información que había recibido durante la pasada noche en la playa, ante

un mar humilde, me pesaba insistentemente en los hombros del alma. A pesar que durante el trayecto entre Les Saintes Maries de la Mer y Marsella, asomado a la ventanilla del taxi abierta para no asfixiarme, no había dejado de pensar en todo lo que había aprendido de la sabia boca femenina en una noche mágica, alguna razón ajena a mi voluntad me seguía presionando para que meditase en todos aquellos conceptos y, de pronto sentía la urgente necesidad de respirar aire puro, de notar la caricia del sol en mi piel.

Sentado cerca del Fort Saint Nicolas, mirando cómo algunas barcas salían a la pesca, pensé que alguien debía saber mucho sobre la historia de aquellas tribus indias que Sarah me había nombrado; al menos en teoría no debería ser demasiado difícil encontrar a un experto en esos temas; pero la calma chicha de un mar sin olas, o quizás su color, me llevó de la mano hacia los ojos de la mujer que aún me obsesionaba y, por escapar al influjo de aquella mirada que parecía hablar, puse rumbo al apartamento.

Cuando algún tiempo más tarde llegaba al portal de casa, alguien me llamó por mi nombre. Volví la cabeza y pude ver cómo Jacob Fittman me hacía señas desde la terraza de un bar para que me acercara. Me aproximé a la mesa, Jacob me entregó sin mediar palabra un abultado sobre con una gran cantidad de billetes, advirtiéndome que me los enviaba Renzo Pankow.

Terminé de guardar el sobre, sujetándolo entre el cinturón y la camisa, y el viejo Jacob ya no estaba allí; a pesar de que lo busqué ansiosamente con la mirada, no había el menor rastro de él.

De vuelta en el apartamento, mientras contaba los billetes, pude observar un papel de tono amarillento en el que estaban escritos unos desordenados renglones con información, un nombre, una dirección y un teléfono de Caracas.

Sin pensarlo dos veces hice unas cuantas llamadas telefónicas para poder aclarar algunas dudas y más tarde, con las ideas más claras, puse en conocimiento del Patriarca Pankow mi intención de tomar un vuelo con destino a la capital de Venezuela. Sin poner demasiada atención a lo que estaba haciendo llené una mochila de tamaño considerable con lo que creía más necesario para el viaje que pensaba iniciar y, antes de que la noche comenzase a

oscurecer las quietas aguas del Vieux Port, amables a esas horas, tomé un tren con destino a París.

Nada hay más depresivo que un viaje nocturno en tren si se tiene el alma dolorida y el cerebro nadando en un mar de dudas; si de día el paisaje parece desfilarse por una pantalla distrayendo la vista con detalles y paisajes desconocidos, la noche sólo deja ver las amarillentas luces de los poblados que parecen dormir al lado de las vías. El hecho de pensar que bajo aquellas luces tristes, tras los muros de las viviendas, dormían personas en lo que ellos consideraban su hogar, me llenaba el alma de una sensación amarga parecida a la soledad impuesta por la ruptura de un amor que no se logra olvidar por mucho que se intente.

Al amanecer del día siguiente, cansado, derrotado por mis propios recuerdos, llegué a la Gare du Nord, tomé café en una terraza acristalada, y dediqué el día a visitar varias agencias de viajes; cuando las farolas se encendieron, anticipándose a la tan publicitada noche primaveral parisina, cruzaba con paso tranquilo el Pont Neuf, con la mochila al hombro, de camino hacia el hotel en el que había reservado habitación jurándome a mí mismo que un día pasearía por ese mismo lugar teniendo a mi costado la sombra de una mujer que me amase de verdad.

Aún hoy recuerdo con claridad que obedeciendo un impulso desconocido, dejé la mochila en el suelo, me acodé en el pretil del puente y miré hacia la superficie del río; algunos metros bajo mis pies el Sena, cuyas aguas de color plomizo se entretenían en reflejar las titilantes luces de la ciudad, discurría con la parsimonia de los viejos que ya lo han visto todo en este mundo ¡Cuánto me hubiese gustado ser como aquel río que sin moverse del sitio se mantenía en movimiento, activo y tranquilo al mismo tiempo! ¡Cómo hubiera querido arrojarme al fondo de aquellas aguas para absorber toda su sabiduría y salir después, como recién nacido, a un mundo en el que pudiera tener reservado un lugar para mí!

Puse rumbo hacia el hotel y, al doblar una esquina, cuatro hombres jóvenes de cabeza rapada se me echaron encima sin darme tiempo a reaccionar; cuando quise dejar la mochila en el suelo, comenzaron a llover golpes sobre mi cuerpo y, ante la imposibilidad de resguardarme, me aovillé en el suelo para cubrir las

partes más sensibles al dolor mientras aquellos energúmenos se entretenían en lanzarme patadas que aterrizaban con dolorosa precisión en mis costillas mortificadas.

Cuando se cansaron de aquel juego, uno se inclinó y, cogiéndome por las solapas de la cazadora me dijo que volviera a mi casa y olvidara lo que llevaba entre manos o volverían para convencerme de que, lo que estaba haciendo, era perjudicial para mi salud.

Mientras oía el ruido de sus botas al escapar corriendo por las aceras mal iluminadas, me incorporé respirando hondo para comprobar que no tenía ninguna costilla rota ni fisurada; cuando pude ponerme en pie, juré que volvería a París para devolverles a esos inútiles el daño que me habían causado, multiplicado por mil.

¡Qué ideas se me ocurrían entonces! ¡Qué vano era mi deseo de venganza!; pero al menos tengo la excusa de que era muy joven y muy estúpido.

Está refrescando en el ocaso de la jungla y mi cuerpo solicita a gritos un poco de paz, un calor que le haga perpetuar, aunque sea de manera remota, la idea de un hogar. Es curioso cómo nuestro lado animal más sombrío, más denso, la carne, inconscientemente desea la protección del rebaño al llegar la noche. La soledad buscada ansiosamente por el espíritu, los espacios abiertos sin muros de ladrillo que escondan el horizonte, terminan por aterrorizar a nuestra parte carnal que, obstinadamente, se aferra a la vida en comunidad para sobrevivir hasta el día siguiente, como lo hacían nuestros primitivos ancestros que se protegían en cuevas; pero la memoria, ajena a las necesidades de la sangre sigue su curso, consciente de que cada vez me queda menos tiempo para recordar.

En el restaurante del hotel, después de una ducha fría que recompuso en parte mi cuerpo martirizado y una cena ligera, pensé pedir un Armagnac pero me decidí por un humilde café con leche; de alguna manera, los reiterados comentarios de mi ex—compañera, a propósito del consumo frecuente de bebidas alcohólicas, me hacían pensar de modo diferente.

Después de todo, quizás ella tuviese parte de razón en lo que decía porque a mí, Patriarca sin pueblo y soldado de primera línea

en la guerra perpetua de los que viven en busca de algo, me habían educado desde niño para ser como un oso solitario que no necesitara de nadie, me habían acostumbrado a una vida que no era normal para el resto de la gente, me enseñaron a tomar decisiones difíciles que todos respetarían y quizás por esas razones, entre otras muchas, nunca me había detenido a pensar en que los demás no encontrasen del todo correcta mi forma de beber, comer, pensar o vivir.

Quizás fue en ese momento cuando me di cuenta de que aquella había sido sin duda la causa más evidente del problema que había terminado por separarnos porque ella, al no ser rom, había sido educada de modo radicalmente diferente al mío, se había criado en un ambiente socialmente correcto, desde el punto de vista de los pueblos no libres, mientras que yo llevaba una vida totalmente dispareja a la suya, sin tener en cuenta muchas de las cosas que los gachés creían que eran “normales” y sabidas por todos los integrantes de la sociedad.

Ni siquiera habíamos podido compartir las horas de sueño ya que ella, disciplinada, se acostaba temprano para levantarse al amanecer mientras que yo, poco dormilón, anárquico en mis costumbres, gustaba de acostarme tarde y levantarme tras tres o cuatro horas de sueño que parecían suficientes por lo que, la mayoría de las noches, para cuando yo llegaba a la cama ella dormía profundamente.

Pensé que tal vez en aquellas pequeñas cosas, inapreciables a veces, había estribado la mayor parte de nuestras diferencias. O quizá había sucedido sin darme cuenta que yo, desde siempre acostumbrado a ver cada pequeño triunfo como una fiesta digna de ser celebrada, no entendía que ella tratase de poner los pies en el seguro suelo, pensando en el mañana, o que aludiese a la casualidad, a la suerte, donde yo no veía sino magia; o, simplemente, fue la mutua y total incapacidad de comunicarnos, que no la vida o el destino, la que se ocupó de trastornar todos y cada uno de los planes que yo forjaba para intentar darle una sorpresa ya que, de manera puntual, irremediable, cada vez que le compraba flores, o preparaba un viaje, o una cena para dos fuera de casa, surgían algunos imprevistos, de los que nadie era culpable, pero que fatalmente daban al traste con todo.

También pudo ocurrir que, cansado de no poder estar siempre con ella como era mi mayor deseo, fui dejando que el amor se marchitara entre nosotros, permití que el cariño agonizara paulatinamente sin sacudidas ni estertores, aunque este hecho me amargara el alma como un trago de hiel en ayunas y, cada vez que ella quería salir de casa, yo pretextaba un exceso de trabajo, así como, a la inversa, ella ponía como escudo sus quehaceres, ciertos o no, para eludir una salida, un viaje, o una cena.

Fuera como fuese, habíamos hablado seriamente de nuestra situación en muchas ocasiones, quizás demasiadas, y yo sentía que, después de cada una de las conversaciones, tenía que modificar mi forma de ser mientras los demás ganaban terreno y hacían, al final, lo que les convenía; pero lo que colmó el vaso de mi paciencia fue la continua alusión a la necesidad de sicólogos para modificar conductas y salvar la pareja, cuando todo el mundo sabía, según mi particular punto de vista, que los sicópatas imaginan castillos en el aire, los esquizofrénicos los construyen y los sicólogos cobran el alquiler. Desde la especial atalaya de mi educación no había, ni hay mejores sicólogos que el amor, la comprensión y el tiempo.

Pensaba entonces, y hoy sigo estando de acuerdo con ello, que el reglamentar un afecto, el poner encima de la mesa temas dolorosos para los miembros de una pareja, convierte las relaciones personales en discusiones contractuales, haciendo que a la hora de la cena languidezcan las conversaciones, que debían ser alegres después de un día sin la compañía del otro, para dar paso a una negociación ardua en la que cada una de las partes busque su mayor provecho.

Este tipo de transacciones puede ser un comportamiento normal en ese tipo de parejas que, antes de unirse, hacen separación de bienes previendo el divorcio, que sin duda llegará, y firman sus acuerdos ante un abogado para dar fe de los convenios alcanzados. Estas parejas, modernas, liberales a su modo, se escandalizan de las costumbres primitivas que permiten la compra de una mujer sin darse cuenta de que ellos se compran mutuamente bajo contratos comerciales.

No he aceptado nunca, ni justifico ahora, la compra de la mujer mucho menos sabiendo que espiritualmente el sexo carece

de importancia; pero en la sociedad occidental los acuerdos, el “tenemos que hablar”, el “debemos ir a un sicólogo” han terminado por asesinar alevosamente a la conversación amorosa, al cariño y a la comprensión mutua. El matrimonio, la pareja, debía ser como esas gomitas que se ven en las oficinas: Si se estira de ambos extremos al mismo tiempo, acaba por romperse; pero si cuando una punta se estira la otra cede, la gomita dura para siempre.

Muchos que se llaman a sí mismos monologuistas, representantes de lo que se ha dado en llamar humor inteligente, juegan con las palabras, sin duda para ganar espectadores, haciendo ver que el hombre se asusta cuando la mujer le dice “tenemos que hablar” y todos lo encuentran muy gracioso sin darse cuenta que en sus sociedades, por la modificación de los valores, se han radicalizado tanto las posturas que sólo racionalizando, regulando, imponiendo leyes de obligado cumplimiento en la pareja, se puede llegar a vivir razonablemente feliz. Parecen olvidar la comprensión, la ternura, la condescendencia y otras cosas que son básicas para la vida en común y que hoy en día aparecen como lastres de un tiempo pasado que, por supuesto, no siempre fue mejor; ¿será que, en unos pocos años, se amará por decreto poniendo en una computadora los debes y los haberes de cada cual para formar una pareja?

Al fin y al cabo, en aquellos momentos, no importaba demasiado qué situación específica nos había conducido de la mano, resbalando de manera imperceptible por el alejamiento y el desapego helado, hacia el abismo de la ruptura total; el caso es que, contrariamente a la lógica, yo la sentía más cerca desde que ambos acuchilláramos un amor, predestinado a ser eterno desde el principio de los tiempos. Lo que tenía muy claro era entonces que, a partir de nuestro alejamiento, ya no podría ser su sombra, que ya no podría volver a decirle las palabras tiernas que atesoraba para ella, que ya no podríamos compartir los mismos gestos, ni el mismo miedo.

Teniendo por compañeros de cama a todos estos pensamientos sobre la mujer que amaba, acompañados por la incógnita que anidaba en mi cerebro a propósito de la agresión de la que había sido objeto, me acosté rogando, a cualquier dios que pudiera oírme, que me permitiera descansar al menos una noche.

Desperté después de unas horas de sueño intranquilo, con el cuerpo fatigado y el alma sosegada; parecía como si las profundas reflexiones de la noche anterior me hubiesen drenado, al menos en parte, la supuración ponzoñosa del espíritu, dejándome el cerebro dispuesto a centrarse únicamente en la misión que me habían encomendado. Tras un desayuno completo, acompañado con algunos analgésicos, que rompió por primera vez mi costumbre de iniciar el día con un café solo, tomé un taxi para dirigirme hacia el aeropuerto del que partía mi vuelo, no sin antes mirar atentamente hacia todos los lados por si era objeto de otro ataque.

A primera hora abordé un avión con destino a Londres y, desde allí, tomé mi vuelo en dirección a Caracas.

Cuando el aparato alcanzó su altura de crucero pedí un café largo, cerré los ojos para pensar en las razones que habían tenido aquellos jóvenes que me habían atacado la noche anterior; pero por mucho que buscaba, no pude encontrar ninguna válida. Sabía que la tarea encargada por la Krís Romaní era de carácter secreto y se me antojaba imposible que nadie supiese nada al respecto; pero por otro lado, el convencimiento de que aquel ataque no había sido producto de una confusión iba tomando cuerpo en mi cerebro. Desde algún punto de mi pobre inteligencia me llegó un vientecillo fresco con perfume a verdad y, en ese mismo instante, tuve consciencia de que estaba dando los primeros pasos en el camino correcto para encontrar la solución al enigma de “El Cantar de los Cantares”.

Recordar aquella forma de pensar, con la frialdad que impone el tiempo transcurrido y el alejamiento que otorga el paso de los años, me está enseñando que todos los seres humanos somos diferentes e iguales al mismo tiempo; sólo una mínima capa del barniz educacional que adquirimos en nuestros primeros años, la que nos impone por fuerza la sociedad moderna, nos separa de nuestros primeros ancestros. De hecho, en poco, por no decir en nada, nos diferenciamos los hombres de hoy de aquellos que, en un pasado lejano, se enamoraron hasta la médula.

* * *

(Jerusalén, año 934 antes de Cristo)

...que el verdadero amor no tenía por qué ser tan doloroso; pero cada vez que la ausencia de aquella excepcional mujer se convertía tan sólo en una posibilidad, la vida habitualmente plácida del rey tomaba los oscuros tintes de una tortura cruel, pensada únicamente para hacerle sufrir hasta el paroxismo, sin el leve consuelo que suele proporcionar en estos casos la esperanza de tener una muerte repentina.

El rey Salomón, el Pacífico, señor de Jerusalén, tirano de varios países que le rendían enormes tributos y monarca indiscutible de todas las tribus de Israel, movió de manera distraída los dedos, de los que aún se desprendían con levedad los perfumes profundamente femeninos de Balkis, la sin par reina de Saba; aquellos aromas le obligaron a evocar, con los ojos levemente entrecerrados, la piel dulcemente dorada, suave como la canción de cuna que entona una madre y tan seductoramente combada como las dunas alisadas por el viento.

Resultaba evidente que, por mucho que intentara ocupar su mente con otros pensamientos, ella aparecía enredada en cualquier detalle, aún en el más inocente juego de luces y sombras, para adueñarse por completo de la imaginación del todopoderoso rey; aunque no quisiera aceptar lo que era innegable, la echaba de menos con más intensidad de la que podía soportar su alma sabia.

Balkis había entrado en la vida de Salomón con la fuerza colosal de una tormenta de arena, combinada con el sin par contoneo, salvajemente melodioso, que tenían las bailarinas de Babilonia, arrastrando tras de sí todas las miradas de aquellos que se hallaban presentes en el salón del trono, al tiempo que de todas las gargantas masculinas se desprendía un sordo murmullo construido con comentarios admirativos y veredictos de aprobación. A pesar de haberla recibido sentado en su trono de marfil recubierto de oro finísimo, como correspondía a su regia dignidad, algo en su interior le obligó a descender con estudiada lentitud los seis peldaños que le separaban de ella protegido, tan sólo en apariencia, por la expresión feroz de las doce hermosísimas figuras de leones que los flanqueaban, para ponerse a la altura de aquellos ojos tan negros como la noche más oscura, cargados de insondables miste-

rios antiguos, y tan dulces como la miel recién robada a las abejas.

Días después llegaron aquellas audiencias eternas en las que ella exponía sus dudas sobre todo lo divino y lo humano, insertando algunas veces acertijos y trampas, para quedar inevitablemente sorprendida, y por qué no decirlo muy a menudo extasiada, ante las respuestas sencillas que él desgranaba con la seguridad de quien conoce todos los secretos del Universo; las entrevistas solían acabar, para desasosiego del rey, en largos paseos por los jardines privados del palacio que con tanto esmero había hecho construir, entre sombras que invitaban a la mutua confianza en la tierna delicadeza de los lujuriantes atardeceres jerosolimitanos.

Aquellas tardes de conversaciones distendidas, alejadas del asfixiante protocolo de la corte salomónica, el clima delicadamente primaveral, y una especie de mutua inclinación mórbida a los roces de piel falsamente involuntarios, les hicieron conocerse mejor. Algunas veces, en mitad de una frase, Salomón se quedaba colgado de aquella mirada femenina que deseaba traspasar todas las barreras para llegar a lo más profundo del alma del sabio rey de Israel quien, en aquellos momentos, se veía reducido a un simple varón aturdido.

El sentimiento arrollador que parecía haber surgido de la nada entre los dos, se basó primeramente en la admiración mutua, y luego apareció el respeto que llegaron a profesarse. La primera vez que le fue permitido acariciar libremente la piel de aquella mujer, tan evidente como escondida, fue después de una jornada especialmente calurosa en un ocaso concebido, de manera expresa, para la complicidad; Salomón pudo entonces descubrir texturas, aromas y rincones, cuya existencia jamás hubiera podido sospechar que existiesen en un cuerpo femenino; sus pieles se reconocieron, sin violencia ni dudas, formando arabescos de rara belleza que se recortaban en el telón de un atardecer que invitaba a las caricias; parecía como si hubieran estado destinados a ser un solo cuerpo desde aquel remoto momento en el que ni Dios había pensado aún comenzar los trabajos de la Creación.

Desde que se encontraron sexualmente por primera vez sentía la ausencia de aquella mujer con la misma intensidad molesta de ese latido sordo que produce un miembro recién amputado, ya

inexistente, pero insufriblemente doloroso. La presencia femenina se le hacía tan necesaria que el cielo de los atardeceres en los que no podía estar con ella adquiría de pronto el mismo color de la piel de Balkis, la fragancia de las flores era la misma que ella exudaba en sus momentos más íntimos y el calorazo del mediodía le recordaba al que emanaba de la orilla pulposa del vientre femenino en los instantes de máxima excitación carnal; quizás por todo aquello no tardó en darse cuenta de que, más que amarla de manera profunda, desesperada, vivía obsesionado con ella de un modo casi enfermizo.

Cuando su relación llegó a ese punto plácido tan especial que proporcionan la costumbre y la confianza, ese momento dulce en que los amantes comienzan a disfrutarse sin recatos, Balkis, de manera inesperada, comenzó a espaciar sus visitas en el tiempo, mientras las acortaba en su duración, convirtiendo así las esperas del rey en una prolongada queja espiritual salpicada de hondos suspiros que hacían llorar a sus más inmediatos colaboradores.

Salomón, después de algunos días de brutal zozobra, en los que los pensamientos más absurdos se sucedían en su cerebro, sin lógica alguna, dio orden a sus hombres más hábiles de vigilar secretamente los pasos de la mujer, sin que llegase a ser molestada en absoluto, para que le informaran puntualmente de los lugares que frecuentaba y, sobre todo, quién era la persona con la que pasaba tanto tiempo. Hasta que llegaron los espías que traían noticias, el tiempo del rey se consumía en largos paseos desde el trono hasta el mirador, para dar la vuelta allí, deshacer sus pasos y comenzar de nuevo.

Cuando le comunicaron que Balkis, todos los días, visitaba las obras del colosal edificio que se estaba construyendo sintió en su corazón un agradable pinchazo de orgullo porque, el Templo de Jerusalén, era sin duda una obra magnífica, la mayor y más hermosa que se había intentado alzar jamás en el mundo conocido; pero cuando sus espías completaron los informes notificándole que la reina de Saba se perdía casi todas las tardes con Hiram, el maestro fundidor libio que se ocupaba de la decoración del edificio, el pinchazo de orgullo mudó en otro más doloroso, más penetrante e intensamente amargo, que presagiaba la aparición funesta de unos

celos biliosos, vengativos, cuyo blanco indiscutible era aquel extranjero que se atrevía a poner sus manos sobre la venerada piel de la reina de Saba.

A partir de ese momento, la existencia del rey, ya no tuvo la placidez a la que estaba acostumbrado; parecía como si, debido a un extraño sortilegio pronunciado por algún atrabiliario mago babilónico, las flores sólo exhibieran pétalos grises, el agua de las fuentes se hubieran olvidado de cantar con la alegría usual en los estanques y los atardeceres perdido toda su profundidad convirtiéndose en aburridos dibujos de tonos monocromáticos; incluso las mujeres más hermosas, las más hábiles de su harén, parecían haber arrinconado en su memoria la capacidad habitual de satisfacer los instintos reales con el esmero debido a su rango.

Durante aquellos días desiertos de la presencia femenina, aparentemente eternos, el rey Salomón parecía languidecer con la mirada extraviada en un punto inexistente del espacio, escondido en cualquier rincón de los salones de palacio, como si no quisiera ser visto; pero por las noches drenaba su rabia ideando vengativos planes contra el hombre que parecía haberle robado toda la atención de Balkis, y trataba de mitigar su enorme dolor escribiendo interminables poemas amargos con los que emborronaba preciosos papiros que, en su origen, estaban destinados a mejores usos que el de llorar un amor sin respuesta.

A veces la imaginaba en brazos de su amante, tiernamente acurrucada junto a su piel, e incluso creía oír los suaves quejidos amorosos que ella dejaba escapar en sus momentos de éxtasis más intensos; entonces se desesperaba visualizándola junto a ese hombre que no era él, en las mismas posturas cariñosas que compartían desde hacía algún tiempo, y lo que era insufrible, en los instantes posteriores a sus intensos encuentros carnales. Se juraba a sí mismo que acabaría con la vida del libio, lenta y dolorosamente, para que al menos pagara una pequeña parte del mucho daño que le estaba haciendo, al tiempo que de su mente salían las estrofas más hermosas que hombre alguno hubiese escrito en honor a una mujer.

Por momentos trataba de convencerse de que no era tan malo el que ella se acostase con otro; lo que no podía sufrir era que Balkis admirase a otra persona más que a él ya que, lo que desea-

ba poseer era el alma de aquella mujer incomparable porque, el cuerpo, estaba al alcance de cualquier ser humano que ella decidiese hacer merecedor del privilegio de llegar hasta su piel. Miles de veces se había prometido evitarla, para poder eludir las conversaciones y encuentros a solas; pero cuando esto sucedía, ella se quedaba frente a él, muda, ajena a la irrealidad de la situación hasta que Salomón, todopoderoso rey del pueblo elegido, claudicaba con un estallido de cólera irracional contra cualquier persona o cosa, o perdiéndose en un monólogo que no aclaraba nada del tormento interior que estaba sufriendo.

A veces, el Pacífico, callaba de una manera sólida, terca, como lo hacen las piedras de los caminos maltratadas por las ruedas de las carretas, cerrándose a cualquier estímulo externo. En otras ocasiones se perdía imaginando diálogos que nunca llegarían a existir en ese plano de la realidad, o se dejaba mecer dolorosamente por la angustia que sentía, tratando de ahondar en su propia herida para acabar con su ansiedad por medio del dolor mismo. Incluso probó a levantarse súbitamente para dar por terminada alguna de las pocas reuniones privadas que mantenían para, una vez de pie, caer en cuenta del dolor que le supondría la ausencia de la mujer amada; entonces, volvía a sentarse totalmente abatido por su propia derrota.

Ni siquiera la música de los tañedores que siempre le había tranquilizado el espíritu, ni la abundancia de manjares en la lujosa mesa que cotidianamente halagaba sus sentidos, ni la ciencia que normalmente calmaba sus ansias de saber, ni los sortilegios mágicos que dominaba por completo, lograban arrancarle de aquella postración desganada que corroía su alma, pudriéndola. Vivió jornadas de intenso exilio interno, largas noches de insomnio que, a la mañana siguiente, renacían en su mente convertidas en dolorosas heridas que supuraban agonía e incertidumbre.

El día que ella lo colmó de regalos, de oro, de especias y de piedras preciosas sin cuento, Salomón creyó que la vida le sonreía de nuevo; pero aquella sonrisa pasó a convertirse en mueca dolorosa cuando se dio cuenta de que no era un regalo de reconciliación sino de adiós definitivo porque, con certeza ciega, supo que Balkis había decidido regresar a sus dominios. Suplicó a la mujer que se queda-

ra, le ofreció el reino de Israel a cambio de su presencia, prometió lunas por descubrir y cielos aún sin crear; pero ella apeló a sus obligaciones como regente y puso en conocimiento del rey que su partida se produciría al día siguiente.

En un irracional arrebato de enamorado inconsciente, Salomón la subió sobre una alfombra mágica y la llevó a una de las siete ciudades maravillosas que había fundado en el país de Magog para que, desde allí Balkis pudiese ver todo el mundo. Después de una noche plena de disfrutes indefinibles en la cima de un monte que él había cercenado convirtiéndolo en meseta, la de Saba le había sorprendido una vez más con sus refinamientos y su inventiva amatoria que parecía inagotable; antes de irse, puso en manos del rey una piedra verde, cristalina, pidiéndole que la guardase siempre porque tenía unos poderes mágicos, tan sublimes, que quien estuviese en posesión de ella sería el dueño del tiempo y del espacio.

Habían transcurrido apenas unas horas desde que ella había iniciado con su séquito el camino de retorno a su país, y a Salomón le dolía el alma furiosamente. Pensaba que nunca podría hallar una mujer que pudiese, no ya competir con ella, sino intentar imitarla en algún detalle; el dolor que se retorció en su pecho como un león furioso, había arañado aquella parte del corazón en la que anida la ansiedad, liberándola por completo.

En incontables ocasiones se asomó a una de las galerías de la planta alta de palacio, hasta que la columna de polvo que señalaba la posición de la caravana alejándose de Jerusalén dejó de verse en el horizonte.

Muerto por dentro, se dejó caer entre sus cojines favoritos, frente a una mesa ricamente labrada presidida por un cráneo de cristal de roca primorosamente trabajado. Abrió un cofrecito hecho con madera de sándalo, exquisitamente trabajado con piedras preciosas, y extrajo la gema verde que Balkis le había regalado. Al ser herida por la viva luz del mediodía, la piedra pareció cobrar vida propia; sus reflejos jugueteaban por las paredes dando saltos coloridos, como si el sol estuviese dentro de aquella joya singular. Sin apartar los ojos de la piedra llamó a uno de sus criados de confianza y pidió que llevasen urgentemente ante su presencia a Salubha, el mejor consejero personal que estaba a su servicio.

Al poco tiempo llego ante Salomón, entro sin anunciarme como es mi costumbre y, al darme cuenta de que el rey está mirando hacia un horizonte incierto, sin advertir mi presencia, decido esperar en silencio mientras observo cómo el noble perfil del Pacífico, aparece tenso, fruncido, señal equívoca de una gran lucha interior que, según todos los indicios, parece estar perdiendo sin remedio.

Siempre que a Salomón se le presenta algún problema de difícil solución le gusta escuchar mis opiniones, cree que yo soy una especie de prudente sabio, que tengo un don especial para allanar las complicaciones más abruptas; la naturalidad con la que le desmenuzo sus conflictos, para el rey, sólo es comparable a la sencillez con la que explico las soluciones que pueden adoptarse.

Nacido en el seno del pueblo de Dinah, la séptima hija del Patriarca Jacob, epónima de la decimotercera tribu de Israel, ya casi olvidada por todos, pero legítimamente orgullosa de ser el origen de los Pueblos Libres que viven esparcidos por el mundo llevando una existencia nómada, sin obligación alguna de obedecer otras leyes que las dictadas por ellos mismos o por sus Patriarcas, a quienes siguen de forma voluntaria, a pesar de mi relativa juventud, obtuve por vía de uno de mis ancestros todos los conocimientos ocultos que tenía Melquisedec, aquel rey de Salem que fue sacerdote del Dios Altísimo, el mismo que celebró la primera eucaristía con pan y vino, aquel que no tenía origen conocido y, sin embargo, era tan grande que Abraham, Patriarca de Patriarcas, le había ofrecido de manera discrecional parte del botín de guerra cuando volvía de vencer a Quedorlaomer y sus aliados.

También he aprendido todos los misterios de los más sobresalientes magos ocultistas de Babilonia y los conocimientos secretos de los sacerdotes egipcios más destacados, lo que hace de mí un consejero muy útil, aún para un hombre tan sabio como lo es el rey de las tribus de Israel y de los países vecinos. Lo que no sabe Salomón es que yo he llegado a la Corte con un objetivo preciso, con una misión que pienso llevar a buen término contando con su colaboración: Quiero utilizar a Salomón, su Sabiduría y su inteligencia, para que el legado recibido de mis antepasados pase a las futuras generaciones escrito de puño y letra del mismo rey de

Israel; pero aún debo encontrar el modo de esconder la información para que no sea asequible sino a quienes en realidad busquen la Sabiduría.

Dejo que Salomón se de cuenta por fin de que estoy en el salón, me indica con un gesto amable de su mano unos cojines para que tome asiento y se dispone a vaciar su corazón del suplicio atroz que lo tortura con saña; con sentidas palabras, más propias de un hombre enamorado que de un Rey, me habla de la increíble mezcla de alegría y dolor que le ha causado la partida de Balkis: hondo dolor porque estaba seguro de que no volvería a verla jamás, y exultante alegría porque ya no la imaginaría en los brazos de Hiram, el fundidor libio.

Me manifiesta con sinceridad que, la ausencia de aquella mujer única, le ha colmado el alma de afanes indefinidos, de rabias sin fundamento defendible y que, en las pocas horas que habían transcurrido desde que ella se fuera, había estado muchas veces tentado de aparejar su mejor carro, tirado por los caballos más veloces que hubiera en los establos reales, para vivir a su sombra sin esperar a cambio nada más que la presencia de la mujer amada.

Escucho sus palabras en respetuoso silencio, sabedor de que en ese momento el rey no está buscando consejo, sino un oído atento en el que vaciar toda su frustración, todas sus indecisiones y el dolor que le pesa en el alma como una enorme losa de piedra sin trabajar; pero, viendo a Salomón en ese estado de ánimo, intuyo que ha llegado la oportunidad que hacía tanto tiempo que estaba esperando y me apresto para manipular al todopoderoso monarca con objeto de conseguir mis fines.

Cuando el Pacífico, rey magnífico de Jerusalén y de las doce tribus de Israel, da por terminado un amargo monólogo, sobrecargado a menudo con algunas opiniones brutalmente descarnadas sobre las relaciones entre hombres y mujeres, trato de hablarle con el tono de voz que aprendí a modular desde niño para dar a mis palabras, esa especie de bordoneo calmante que las dota de una fuerza de tal magnitud, que son capaces de llegar a lo más profundo de cualquier espíritu adolorido; poniendo toda la fuerza de mi espíritu en ello dije dirigiéndome a Salomón, y al mismo tiempo al infinito.

—*Antes de sufrir brutalmente por un amor sin respuesta, oh rey, debes saber que existen cuatro cosas en el mundo que no se pueden satisfacer con nada: el sepulcro, que nunca se cansa de recibir cuerpos muertos, la tierra durante la sequía, que nunca tiene suficiente con el agua que le llega, el fuego en un incendio, que nunca parece estar conforme con la madera que consume y, sobre todo, la matriz de una mujer ardiente, que nunca se sacia de hombres.*

Mientras Salomón reflexiona en silencio los conceptos que acabo de exponer, mira de reojo una piedra verde que parece temblar violentamente en su mano. Atento a las reacciones casi imperceptibles del rey, entiendo que lo más adecuado en esos momentos sería retarle, de manera sutil, a una contienda dialéctica a las que el Pacífico se muestra tan aficionado, para procurar que su cerebro despierte de la apatía en la que está inmerso; casi sobresalto a Salomón cuando mi voz resuena suavemente en la inmensidad del salón, rompiendo el silencio.

—*Escucha la voz de los sabios, oh Salomón, y responde lo que creas. Hay cuatro criaturas en el mundo que son sabias sin ser inteligentes: las hormigas, que trabajan en equipo sin necesidad de órdenes ni capataces, los damanes, que sabiéndose débiles hacen sus guaridas entre las piedras, las langostas del desierto, que sin necesidad de rey se dividen en grupos para arrasar las cosechas y las lagartijas que, aunque caminan sobre sus manos y no saben construir, viven sin ningún temor en los mejores palacios.*

El rey se incorpora entre sus cojines demostrando súbitamente un gran interés por lo que digo; tras un silencio, durante el que parece estar ordenando sus ideas de manera coherente, responde.

—*También hay cuatro cosas, amigo Salubha, que pueden caminar tranquilas sin sentir ningún temor: el león en la soledad del desierto, donde esta seguro de que ninguna criatura viva osaría molestarle, el galgo durante la caza, que por su velocidad y la inferioridad de su presa conoce por intuición que ningún animal feroz le puede acosar mientras mantenga la carrera, el macho cabrío frente a las hembras de su rebaño, porque está seguro de que ninguna de ellas se atrevería a poner en duda su liderazgo y, sobre todo, un rey justo a la cabeza de su pueblo, porque sabe que tiene tras de sí un ejército y un pueblo que le apoya.*

Salomón parece poner un énfasis especial en las últimas palabras, como si quisiera mostrar una gran fortaleza, un poderío y una decisión que está muy lejos de sentir; pero nada puede ocultar ante mí, que conozco todos y cada uno de los pensamientos más ocultos del rey. Mi sonrisa irónica le dice al rey de Israel que no ha logrado engañarme en absoluto; para él ya es evidente que su intranquilidad se percibe y que, su miedo, es tan palpable que puede verse. El silencio se instala entre nosotros quedándose un buen rato haciéndonos compañía mientras cada uno parece perderse en sus profundas reflexiones.

Cuando me apresto a responder, un criado entra en el salón para notificar a Salomón la llegada a Tiro de la flota enviada por Hiram al país de Ofir, al otro lado del Gran Mar. Al parecer, traen alrededor de cuatrocientos talentos³⁹ de oro para ingresar en las arcas del rey; pero en el momento en que todos se retiran dejándonos solos de nuevo, trato de continuar el diálogo interrumpido, en el punto exacto en que se había producido la salida de tono que había tenido el rey con su última frase.

—En el fondo, oh rey —le digo— me parece muy justa la opinión que has expresado tanto con los animales como con los reyes; pero parece que has olvidado un detalle muy importante con respecto a los animales porque, algunos, aparentan lo que no son, y si una oveja duerme tranquilamente en la guarida del león, por fuerza, habrá que tener mucho cuidado con ella. Por otra parte dices que un rey a la cabeza de su pueblo y de su ejército camina seguro; pero eso depende también de los guerreros y los miembros del pueblo porque son siete las cosas que nunca debe tener un rey, si quiere ser justo: ojos orgullosos, porque asustan al pueblo; lengua falsa, porque crea demasiadas enemistades y hace perder la confianza de todos; manos manchadas de sangre inocente, porque siempre terminan clamando venganza al cielo; corazón ocupado en hacer proyectos perjudiciales para otros, porque esas tareas corrompen el alma y hacen huir a la Sabiduría; pies apresurados para correr tras la maldad, porque son los que acercan a la tiranía y el despotismo;

³⁹ Cada talento pesaba alrededor de 34 Kg. El total traído en este viaje por la flota de Hiram desde el país de Ofir fue de 13.600 Kg., de oro.

un testigo falso entre los nobles, porque pudre las decisiones difíciles y un consejero que avive las contiendas, porque evita que la paz se instale en el corazón del rey.

—Tienes razón Salubha —acepta con una sonrisa el rey Salomón mientras clava sus ojos en los míos—; puesto que ya hemos hablado a propósito de los hombres y de los animales pero ¿qué me dices de la belleza?

Sabiendo que la pregunta que me lanza es una burda trampa para poder hablar ampliamente de Balkis, hago una finta dialéctica, en las que no soy demasiado torpe, desviando el tema hacia donde quiero llevarlo; de no hacerla, me vería abocado a enfrentar una charla eterna alrededor de la reina de Saba y, para no caer en la trampa del rey, ataco sin piedad.

—Nunca se debe ansiar la belleza ajena en el corazón, porque si esos deseos se hacen realidad, no deja de producirse una grave trasgresión a las leyes; ¿te has dado cuenta, oh rey, que ningún ser humano puede sujetar fuego en las manos sin quemarse? La furia más irracional del ser humano nace siempre de los celos; nadie que haya llegado a sentir la ira o la cólera en el fondo de su alma, mostrará compasión en el día de la venganza.

—No sé muy bien, ¡oh Rey!, si quieres referirte a Hiram o a mí, tu humilde consejero Salubha; pero existen cuatro cosas que no pueden apreciarse sino con los ojos del espíritu: la ruta que siguen las aves en su recorrido por el cielo, el camino que las serpientes han hecho sobre las rocas, el rastro de las naves en el mar una vez que han pasado y la huella que deja un hombre en una mujer.

El hecho incuestionable de que el rey de los israelitas quiere dejar en el aire la duda de si ha conocido carnalmente, o no, a la reina de Saba, aguza mi, de por sí, afilada lengua y, aún a riesgo de contrariar gravemente a Salomón, respondo poniendo en mis palabras un ligero deje de ironía.

—Hay cuatro cosas en este mundo, oh rey, que ni las piedras, son capaces de soportar: una sierva cuando toma el lugar del ama en el lecho del dueño de la casa, una mujer contenciosa cuando contrae matrimonio y un insensato cuando dispone de fortuna por primera vez.

—No creo equivocarme —dice Salomón sonriendo, como si me hubiese atrapado en falta— si te hago notar que, en principio, has dicho que eran cuatro las cosas que ni las piedras soportaban y, quizás por olvido, sólo has citado tres.

—Disculpa, oh rey —le digo—. Si la he silenciado es porque pensaba que la conocías. La cuarta es, sin lugar a dudas, un rey sabio cuando está convencido de que puede tomar por necios a los demás.

Ante aquella respuesta desafiante el rey de Israel se rinde sin ningún tipo de condiciones. Sabe que, por mucho que lo intente, jamás podrá imponer sus argumentos a los míos porque yo tengo la ventaja de estar alejado del problema, y acepta en silencio la Sabiduría de mis antepasados que parece brotar de mi alma, mi eterna disposición a la respuesta fría, precisa; pero tampoco soporta verse derrotado de manera tan aplastante por lo que, con un elegante gesto de la mano, me indica que puedo retirarme dando por terminada la conversación.

Salomón empieza su noche meditando serenamente; de alguna manera, mis palabras, tienen la virtud de poner bálsamo caliente en los corazones más brutalmente heridos; mis conocimientos, que parecen llegados desde el principio de aquellos tiempos en que las tierras no tenían pobladores, hacen de mí un elemento valioso a la hora de aconsejarle. Salomón, sin duda, recuerda que, cuando era mucho más joven, quiso hacer ante mí un despliegue de sabiduría y riqueza. Para ello se vistió con sus mejores galas, se rodeó de manuscritos raros y me llamó ante su presencia pensando que, de este modo, conseguiría intimidarme; pero su sorpresa fue mayúscula cuando oyó de mis labios unas palabras que se le grabaron a fuego en el alma:

—“Vanidad de vanidades, todo es vanidad”.

El rey se asoma en la galería para respirar el ambiente fresco de la noche, y el aroma de las flores le trae de nuevo el recuerdo de Balkis. Lucha con rabia contra los recuerdos que se agolpan en su mente, sin lograr que la imagen de la mujer deseada huya de su presencia. Está seguro de que, si yo estuviera presente, encontraría las palabras justas que le den consuelo en esos momentos. Haciendo caso omiso de lo avanzado de la hora, me manda llamar con urgencia; pero en lugar de mi persona, aparece por la puerta un sir-

viente con un pergamino, escrito por mí, que Salomón lee a la luz de una lámpara de aceite:

“¡Oh, Salomón, vive para siempre!

Debes comprender que cuando el amor se digna en llamar, se debe obedecer siempre su voz aunque el camino parezca en principio muy difícil; aún sabiendo que el filo mortal que esconde este sentimiento terminará por herir gravemente a quienes creen estar perdidamente enamorados. Comprende, oh rey, que cuando el amor se digna en hablar hay que creerle aunque su voz termine demoliendo los sueños más ansiados de quienes creen amar.

Reflexiona, oh rey, y piensa detenidamente que en todo amor humano comparten espacio la mayor gloria y la peor tortura, que conviven sin problemas el gozo más inmenso y la pena más honda. El amor, pese a lo que piensas, no es capaz de poseer a nadie, ni de ser poseído; nadie ha podido jamás seguir el curso de sus andanzas. Ten en cuenta que, si el amor encuentra que dos seres son dignos de merecerlo por completo, sin reservas de ningún tipo, él mismo los dirigirá hacia el punto hasta el que deban llegar como pareja.

Piensa, oh rey, en que aquellos que sólo buscan en el amor una dosis de paz para seguir viviendo, la alegría continua que les haga olvidar sus problemas y el placer sin ningún tipo de contrapartida ni molestias, deben apartarse de él y buscar algún otro modo de existencia; pero deberán prepararse para soportar la monotonía de reír sin tener en su pecho toda la alegría del Universo, y llorar sin el descanso que proporciona al alma el verter todas las lágrimas del mundo.

Sabes como yo, oh mi señor, que hay mundos diferentes al que vemos con los ojos del cuerpo, que existen cielos diferentes que disponen de seis soles; como cada hombre es distinto, unos creen que las seis luminarias forman un círculo mientras que otros defienden que es un rectángulo dividido en dos partes iguales por una línea vertical. También existen lugares en los que la carne se vuelve transparente y los huesos son de cristal para que pueda apreciarse el alma en su totalidad y nunca se ha encontrado en esos mundos el amor humano.

Recibe mis prudentes consejos, oh Salomón Rey de los Judíos, y trata de escribir todas tus ideas para que los que te sucedan en el trono, que estarán menos capacitados que tú, encuentren recomendaciones para llevar a su pueblo por el buen camino. Tú eres, oh mi señor, uno de los pocos que conocen los rituales que inician a los hombres en la Sabiduría y debes encontrar la manera de transmitirlo para que, en un futuro, sea utilizado por quien lo merezca. Escribe, oh Salomón, esconde la Sabiduría detrás de la mujer, pon el Conocimiento tras el amor, y trata de proteger al ser humano con tu imponente figura.

Vive para siempre, oh rey.

Tu siervo, Salubha.”

Salomón lee atentamente el pergamino y siente cómo la angustia que le ha estado anudando el alma, se disuelve suavemente en el aire tierno de la noche. Unas lágrimas dulces que resbalan serenas por sus mejillas, acaban por arrancar de su mente todos los aquellos pensamientos dolorosos que ha sufrido durante los días pasados. Las palabras escritas en el pergamino, le han abierto los ojos y su corazón descansa. Por primera vez es consciente de que, aunque su Sabiduría emana del mismo Yahvé, la mía tiene un componente humano muy especial: Un caudal de experiencias eclécticas que él, a pesar de ser el rey más poderoso que ha conocido la humanidad, además de sabio por designio del dios elegido por Israel, nunca podrá llegar a poseer aunque trate de conseguirlo con todo su empeño. Comprende que los hombres como yo, criados en el Conocimiento eterno de los Pueblos Libres, somos acusados a veces de ser magos, o hechiceros, aunque no se puede negar que somos poseedores de una Sabiduría tan exclusiva que resulta ininteligible a quienes no demuestran merecerla. Pero él, rey de Israel, haría lo posible por hacerse acreedor a esa Sabiduría, más aún: la pondría por escrito para que las generaciones venideras la conocieran.

El alba comienza a teñir la ciudad con suaves tonos que van desde el rosado al púrpura intenso haciendo que Jerusalén presente a los ojos de todos un aspecto mágico. A lo lejos puede escucharse el trañín de los primeros obreros que se ocupan en la preparación de los materiales para la construcción del Templo de Jerusalén,

mientras el ruido de los molinos de mano, en las casas, anuncia los desayunos de pan recién hecho, leche, higos y frutos secos.

Por la enorme puerta, hecha de cedro cuidadosamente tallado, que da acceso al lujoso salón en el que el rey Salomón contempla la idílica imagen de una Jerusalén a punto de comenzar un día más de su historia, aparece un sirviente portando un vaso humeante lleno de negra kawa, la amarga pero agradable infusión caliente hecha de granos tostados, a la que la reina Balkis había acabado por aficionarle durante su estancia en la ciudad⁴⁰. Sorbe el líquido con delectación advirtiendo que aquel suave amargor es verdaderamente sugestivo; pero no puede evitar el pensamiento de que más amarga que la muerte es la mujer cuyo corazón está hecho de lazos y redes, y sus manos de ligaduras. Siente la tentación de llamarme para departir conmigo los asuntos urgentes del reino; pero está demasiado cansado como para realizar las labores de Estado, así que decide dormir un poco antes de iniciar sus tareas de gobierno.

Durante su descanso, Salomón viaja en sueños a unas ciudades, comunicadas entre sí por túneles subterráneos, en las que viven los Maestros que conocen perfectamente los secretos más escondidos de la Sabiduría. Su espíritu camina por espacios infinitos aún por descubrir, y se da cuenta de que al ser humano le falta mucho para alcanzar una mínima parte de los conocimientos del Universo. Su alma conoce paisajes maravillosos, aún por concebir, que sólo existen en la mente del Padre y se extasia ante praderas con césped de tantos colores como los del arco iris. Habla con entidades luminosas que viven en planos diferentes a los terrenales y termina por comprender qué es lo que se exige de él. Sueña también con un mundo que, tras muchos años de guerras religiosas, conoce una paz eterna, hermosa.

El rey se despierta a media tarde totalmente relajado; las noches de insomnio, de dolor, parecen formar parte de una pesadilla olvidada. Nada más por haberle ayudado a superar aquella cri-

⁴⁰ En algunas leyendas se sostiene que el café «kawa» fue uno de los regalos de Balkis a Salomón, mientras otros afirman que, al menos como infusión, es de origen etíope en siglos más recientes.

sis, Salomón cree que yo merezco un premio que vaya mucho más allá de las recompensas materiales. Después de disfrutar un prolongado baño, hace los honores a una mesa repleta de cordero asado y fruta fresca, regado todo con vino caliente, perfumado con miel y especias, para sentarse, una vez saciado el hambre, a escribir en el mejor de sus pergaminos. Algunas horas más tarde, cuando el sol es sólo un recuerdo en los ojos dormidos de la ciudad, pide a su criado de confianza que vaya a buscarme para ser conducido a su presencia, sin excusas ni tardanza.

Aparezco al poco tiempo con la expresión alarmada de quien no espera ser convocado y el rey pide a los criados que salgan. Cuando nos quedamos solos, sin mediar palabra, Salomón me da un abrazo fraternal y después me enseña, con orgullo mal disimulado, unos pergaminos que están cuidadosamente enrollados.

—Salubha —me dice el rey— después de haberlo pensado detenidamente he decidido concederte lo que tanto anhelas; así pues, en premio a tus buenos oficios como consejero, te otorgo el derecho de abandonar Jerusalén, y evidentemente el puesto de consejero, cuando así lo desees. Dentro de tres meses sale de nuevo la flota con destino al País de Ofir así que, si es tu deseo, tienes mi bendición para ir hasta allí y quedarte con tus hermanos de los que llamáis Pueblos Libres.

Aún no he terminado de reponerme tras la sorpresa, cuando Salomón mete los pergaminos en un hermoso cofre, hecho en madera de sándalo con incrustaciones de marfil, recamado con un delicado trabajo hecho a base de piedras preciosas, y me lo entrega con un gesto de cariño.

—Consérvalo, Salubha —dice Salomón poniendo en su voz un trazo de ternura— pero no creas que esta es la dádiva del rey en agradecimiento a tus leales servicios; más bien es un regalo de un hombre a un viejo amigo al que echará mucho de menos. Tu marcha me produce, en el fondo, mucha tristeza, amigo mío, es cierto; pero he logrado entender que todos tenemos el derecho inalienable de escribir, por nosotros mismos, la leyenda personal de nuestra existencia.

—Disculpa, oh rey —digo turbado—. No entiendo por qué razón dices que he terminado la misión que me trajo hasta tu Corte, si mi único afán ha sido servirte fielmente y aconsejarte lo mejor que sabía cuando así lo solicitabas.

—Tranquilo, Salubha. He tenido una revelación mientras descansaba; si antes estaba equivocado, confuso, he comprendido al fin lo que se esperaba de mí. En esos pergaminos está descrito el ritual de iniciación que da acceso al Conocimiento que otorga la Sabiduría. Puedes partir en paz.

—Pero, mi señor —digo con la indecisión pintada en mi voz— me dejas como custodio de un secreto tan grande que no sé si soy digno de ello, ni aún si soy capaz de salvaguardarlo de quien desee tomarlo por fuerza.

—No te preocupes porque, lo que tus ojos sabios consideran un ritual, para los profanos sólo es un poema de amor. Como me aconsejaste, he escondido la Sabiduría detrás de la mujer; he puesto el Conocimiento tras el amor, y he protegido al ser humano con mi nombre.

—¡Vive para siempre, oh rey, y que el Dios Altísimo bendiga cada uno de los días de tu existencia;

—Ahora, ya puedes irte con mi bendición, hermano mío —me dice Salomón con cariño—. Haz de tu vida en aquellas tierras lo que te pida la conciencia; pero voy a pedirte que no leas los pergaminos en Jerusalén, sino cuando esta ciudad forme parte de un hermoso sueño de tu pasado.

Después de mi partida, Balkis pasó a ser solamente un recuerdo amable en la mente del rey sabio de Jerusalem, un bello espejismo en definitiva, al que había logrado substraerse.

Salomón pensó que, lo mejor sería ir a charlar con Hiram en cuanto se hiciese de día, para ver cómo podían organizar mejor la construcción del Templo. Olvidado ya el rencor que había albergado en su corazón contra el libio, puso a Yahvé por encima de todas las cosas, como exigía la Ley de Moisés, y se dirigió hacia la mesa donde estaban los planos, presidida por un extraño cráneo tallado en cristal de roca purísimo, con la certeza de que aquella construcción le haría inmortal en el recuerdo de los hombres. Volvía a ser el magnífico rey de las tribus de Israel.

Años más tarde, a mucha distancia de Jerusalén, en el país de Ofir, cerca de la tribu a la que mi hermano Moisés se empeña en educar, reina un ambiente agradablemente tibio; las sombras juegan con las frondosas palmeras iluminadas por la tenue luz de las

hogueras, mientras los hombres duermen plácidamente resguardados del relente por el tupido arbolado.

He terminado mi plegaria nocturna cuando, de pronto, me viene a la mente el pergamino dormido en el fondo del lujoso cofre que recibí de manos de Salomón. Decido que este es el lugar y el momento oportuno para conocer su contenido ya que, siguiendo las instrucciones que me dio el rey de Israel en su día, no he leído todavía. Con la parsimonia que en mí se ha hecho habitual con el paso de los años, abro suavemente el cofre, desato con mucho cuidado los cordones trenzados que mantienen sujetos los pergaminos, los despliego y paseo los ojos por la elegante caligrafía propia del rey de los israelitas.

El encabezamiento escrito es “El Cantar de los Cantares”, es decir, el cantar por excelencia. Lo releo varias veces, avivando el fuego de vez en cuando para facilitar el trabajo de mis cansados ojos; a pesar de su apariencia frívola, efectivamente es el texto escrito por un rey sabio que no pierde su tiempo en redactar cosas sin sentido ya que, en aquel contenido supuestamente insustancial, ha logrado esconder los pasos necesarios para iniciarse en la Sabiduría.

Agradablemente sorprendido por la sabia habilidad del soberano de los israelitas, me dispongo a guardar los rollos, con una delicadeza que roza la veneración, cuando descubro en el fondo del cofre una piedra verde que refulge en las sombras en una danza de brillos sobrenaturales.

Dejo los pergaminos, tomo la piedra en las manos y observo que, en una de sus caras, ha sido grabada una figura formada por dos triángulos opuestos, superpuestos, hechos con dos hermosas serpientes entrelazadas que se cortan entre sí, formando una estrella de seis puntas; tanto en cada uno de los vértices, como en cada una de las intersecciones de los triángulos, pueden verse diminutos cráneos tallados en cristal de cuarzo y, justo en el centro del medallón, un cráneo más grande que los demás. Trece cráneos: uno en el centro y doce más formados en dos círculos concéntricos, formando parte de la estrella de David que, a su vez, está sugerida por dos serpientes entrelazadas devorándose entre sí; un hermoso símbolo trabajado con una delicadeza, con una habilidad, que no parece el producto de manos humanas.

Durante un rato intento descubrir el significado de aquella extraña estrella ornada de cráneos hasta que, del fondo de mis recuerdos llega la solución al enigma que se me ha planteado: Son los seis soles mágicos que unos definen como un círculo y otros como un rectángulo dividido por una línea vertical. Así pues Salomón, con su inmensa sabiduría, ha encontrado la solución alternativa a las dos que los hombres dan como ciertas, duplicando los círculos concéntricos; no contento con éso, ha podido unir a los seis soles de manera que formaran una sola estrella de seis puntas oponiendo los dos triángulos que forman un hexágono central ¡Qué sabio es el rey de Israel! Las serpientes de la sabiduría devorándose entre sí, el bien y el mal, y en cada punto de unión... un cráneo humano, la cabeza que aloja el pensamiento racional y, quizás, el alma.

En el corazón de la figura, un cráneo; la inteligencia que viene del centro del ser humano, la Sabiduría que domina tanto al bien como al mal y la sabiduría práctica. Y todo ello, armonizado en una figura de líneas rectas, los triángulos, invento del hombre, con las curvas de los dos círculos concéntricos ¡Qué sabio es en todo momento el rey de Israel!

Guardo la piedra verde en el interior del cofre tallado, levanto las palmas de mis manos hacia el cielo y oro al Dios Altísimo agradeciéndole el permitirme cumplir la misión a la que estaba destinado desde el vientre de mi madre.

De repente, un sector de la noche se ilumina muy cerca de mí; cuando me vuelvo a mirar hacia el lugar que se ha inundado de aquella extraña luz, puedo ver que tres personajes resplandecientes me observan con una expresión de cariño. La sorpresa es tan grande que no encuentro fuerzas para postrarme ante aquella aparición. Salomón, Melquisedec y otro Salubha que fue antes que yo, me sonríen desde el mismo centro de la luminiscencia en la que están inmersos. Lo primero que pienso es en construir un cobertizo para que aquellos tres seres magníficos se queden allí, conmigo para siempre, pero desecho la idea por lo infantil que resulta intentar que la eternidad se inmovilice en un tiempo totalmente humano.

Aunque ninguno de los tres pronuncia una palabra, llego a comprender que, a partir de ese mismo instante estaré protegido

contra cualquier peligro que me aceche en esta existencia. Cruzo las manos sobre el pecho, e inclino la cabeza en señal de sumisión mientras unas lágrimas de alegría exteriorizan la profunda emoción que estoy sintiendo en estos momentos.

Tan rápido como ha iluminado la noche, la luz desaparece sumiendo la selva en una oscuridad tan profunda que ni siquiera la luz de las hogueras puede paliar. El silencio prodigioso que se adueña del paisaje logra un efecto de inmovilidad en el tiempo; parece como si la vida, el Universo entero, se hubiesen detenido por completo durante el tiempo que ha durado la maravillosa aparición.

Me coloco con la espalda apoyada en un montón de piedras que han erigido entre todos los viajeros que llegan hasta este punto, siguiendo la tradición de que cada uno de ellos debía poner una, y siento en mis cansados huesos la tierna tibieza de todas las esperanzas depositadas al mismo tiempo que los toscos pedruscos. Sé que, a partir de este preciso instante, mi única ocupación en la existencia será la de enseñar a mis semejantes el camino de la Sabiduría.

Amanece cuando termino de asegurar la carga en mi hombro. En mi alma ha crecido la convicción de que nada, ni de este mundo ni del otro, puede hacerme ningún daño mientras mantenga mi fe intacta. Animado por esta idea, me pongo en marcha;

* * *

Las visiones, los sueños que tengo a veces, como los recuerdos, suelen llegar al conjuro de ciertas chispas que los desencadenan. Una mezcla de olores, un detalle inesperado, el aroma a tierra húmeda o a hierba recién cortada pueden dar inicio a una serie de imágenes que creía olvidadas; pero las visiones, al igual que los recuerdos, ni son nuestra patria ni forman parte de nuestro presente, estoy seguro. Para sentirse alguien en el mundo hay que pertenecer a un lugar en concreto, es cierto; pero mientras muchos piensan que ese lugar debe tener muros o techos, yo pienso que se pertenece al lugar en el que se pisa, en el que se está haciendo sombra porque, definitivamente, nuestra única patria debe ser el ahora.

Mientras el torrente se despeña desde el tepuy en aspavientos de plata rumorosa, saboreo el café que despierta mis sentidos justo cuando raya un alba por estrenar. El privilegio de vivir en este trozo de selva lujuriente a la espera de trascender a otro plano, es un regalo tan grande que, a veces, no sé ni cómo agradecer. La paz de los amaneceres pintados con bruma, el silencio primitivo de una naturaleza que sigue su curso ajena a mi presencia, la carencia casi total de tareas que me permite pensar sin estorbos es mucho más de lo que había soñado para mis últimos días.

Tras el tiempo pasado en una civilización que nunca supe entender del todo, de la que nunca me sentí parte activa, este santuario natural en el que transcurre la última porción de mi existencia me brinda hermosos vacíos que, normalmente, la memoria se empeña en llenar con remembranzas; en realidad creo que se equivocan quienes piensan que los recuerdos pueblan la soledad personal porque, según todo lo que estoy experimentando en mi alma, la hacen mucho más ancha. De alguna manera, durante estos días, pienso más a menudo en todo lo que sucedió para que, al final, pudiese disfrutar de este favor, del magnífico decorado que arropará mi actuación final en el mundo, mis alientos postremos. Ajena a lo maravilloso del entorno, como si estuviese ansiosa por recuperar retazos de la historia que me hizo llegar hasta este punto de la existencia, mi mente vuela hacia el pasado, una vez más sin permiso ni consentimiento expreso por mi parte.

Después que el avión tomara tierra en Venezuela, una vez solucionados los trámites aduaneros, siempre engorrosos, la ciudad de Caracas parecía ir creciendo al paso del taxi que había alquilado en el aeropuerto Simón Bolívar. Lo que al principio no era más que una sucesión de pequeños ranchitos aislados, aparentemente paupérrimos pero en cuyos techos se veían muchas antenas parabólicas, se iba convirtiendo paulatinamente en una abigarrada masificación de construcciones anárquicas hasta mutar, al otro lado del cerro Ávila, después de abandonar la autopista, en una sorprendente ciudad en la que convivían, a menudo agredándose, los modernos edificios con los restos de la arquitectura colonial.

Caracas se mostraba a mis ojos como una de esas señoronas venidas a menos que, a pesar de su precariedad económica pre-

sente, aún muestran con orgullo los restos de su fortuna que todavía no han ido a parar a las ávidas manos del prestamista.

Tras pasar por el hotel “El Escorial” para dejar el equipaje y subirlo a la habitación que había reservado, salí acuciado por el hambre y, en menos de cinco minutos me encontraba paseando por el sector de Sabana Grande; pero aquella concentración de buhoneros y mercachifles que voceaban sus mercancías, la aberrante masificación de tenderetes hechos con metal, madera, cartones y plásticos, que engullían las aceras negando el paso a los viandantes, distaba mucho de ser una hermosa “*promenade*” como alguien me la había descrito en Europa.

De alguna manera que aún no logro explicarme por completo, logré salir a la plaza Brión y, un poco más tarde, pude disfrutar de un sándwich de jamón y queso acompañado con un zumo de naranja bien frío, cómodamente sentado en un amplio local, sin muros aparentes, que tenía el curioso nombre, al menos para mí: “Misiá Jacinta”.

Mientras tomaba aquel tentempié miraba con curiosidad todo cuanto me rodeaba. Era la primera vez que pisaba continente americano y curiosamente no me sentía totalmente extranjero. La gran cantidad de razas y colores de piel que se veían por la calle hablaba, bien a las claras, de una convivencia pacífica, o al menos, de una tolerancia militante entre individuos y culturas diferentes; pero no por eso dejaba de notarse la diferencia social que existía entre aquellos apresurados viandantes que, sin mucha dificultad, haciendo caso omiso de las señales, sorteaban coches que tampoco ponían demasiado empeño en respetarlas. Lo que para un recién llegado como yo aparecía como un caos, era para aquellas gentes, casi siempre sonrientes, un medio en el que se desenvolvían con plena soltura.

Tras un breve paseo por Chacaíto, me encaminé de nuevo hacia el hotel. A pesar de que el cansancio del largo viaje en avión y la diferencia horaria me entorpecían el cerebro, tuve la suficiente presencia de ánimo como para hacer un par de llamadas telefónicas y concertar cita para cenar, en un restaurante del extrarradio, con la persona cuya dirección me había dado Pankow. Después, caí rendido sobre la cama, arrullado por el ronroneo del aire acondicionado, con un nombre de mujer entre los labios.

Me seguía doliendo en el alma, lo recuerdo muy bien, aquella ruptura que, al menos para mí había sido una amputación traumática; como en el caso en el que un miembro resulta arrancado, la ausencia de aquella mujer me hacía mucho daño a pesar de su ausencia. Los hombres y las mujeres somos un poco estúpidos en eso que los seres humanos llaman amor: por orgullo, por soberbia y amor propio mal entendido, somos capaces de perder aquello que amamos con locura aún a pesar de saber que lloraremos el resto de nuestras miserables existencias. Ahora, después de tantos años, olvidado el dolor y el rencor, superada la rabia, guardo para ella un cariño tierno, dulce, que aromatiza mis días de soledad; pero, aunque su recuerdo llene algunas de mis horas, no me quedan muchas de vida, por lo que no debo distraer mis recuerdos.

Llegué al restaurante “La Cacerola” treinta minutos antes de la hora que había acordado y me acomodé displicentemente en la barra. Pedí un dry martini pero, al acordarme del compromiso adquirido conmigo mismo, cambié la orden por un zumo de parchita⁴¹ muy frío.

Mientras degustaba el sabroso jugo de fruta, me sorprendió contemplar a través de las enormes cristaleras del restaurante un paisaje de montañas y pinos, más propio de las montañas suizas que del trópico; pero si algo llamó mi atención, sorprendiéndome, fue el hecho curioso de que, a pesar de una temperatura ambiente muy agradable, por no decir bastante cálida, la niebla comenzaba a ganar protagonismo en el paisaje dotando a la noche de un encanto verdaderamente especial. La panorámica de ensueño que mis ojos observaban entretuvo blandamente mi espera.

Algunos minutos después de mi llegada, un ochentón de porte orgulloso, elegantemente trajeado con un terno de algodón visiblemente hecho a medida, tomó asiento a mi lado saludando al barman con una sonrisa de dientes perfectos perceptiblemente postizos. Tras ordenar una jarra de cerveza helada y una copa de kirsch, se dirigió a mí en un francés correctísimo al tiempo que me tendía la mano con un gesto afable.

⁴¹ Es conocida en casi todo el mundo como fruta de la pasión, aunque hay lugares que la conocen como maracuyá.

Dijo que su nombre era Steiger, Hans Steiger, preguntando a continuación si yo era Salubha, a lo que asentí. Tras los primeros tanteos que se dan en una conversación entre desconocidos, le rogué que pasásemos al comedor ya que, según mi impresión personal, estaríamos mucho más tranquilos para conversar y cenar. Una sonrisa de suficiencia acompañó el comentario que hizo a continuación.

Me dijo que era asiduo cliente del restaurante desde que lo había fundado el chef Bernardo Lassnig, y que después de su muerte iba a menudo para ver a su viuda, Miriam, con la que le unía una sincera amistad. De cualquier manera, añadió sin perder la sonrisa, si yo me iba a sentir más cómodo sentado en medio del comedor, podíamos ir sin ningún tipo de problema. Hizo una seña al maître quien, diligentemente, nos acomodó en una de las mesas más alejadas de la barra, cerca de una enorme chimenea adornada con un cuerno alpino, donde podríamos mantener una conversación tranquila apartados del murmullo de los pocos clientes que a esas horas cenaban en el local.

Una vez a solas, mucho más calmado, intenté iniciar la conversación con franqueza, exponiéndole el motivo de mi visita a Caracas; pero me cortó con un gesto, enérgico aunque amable, diciéndome que si había cruzado el océano Atlántico para hablar con él, muy bien podía esperar a que cenásemos primero ya que, según él, detestaba hablar de temas profundos con el estómago vacío.

Se ofreció a pedir la cena de ambos, cosa normal si se pensaba que debía conocer al dedillo las bondades de la cocina franco—suiza, a lo que accedí echándome hacia atrás en la silla y abriendo los brazos en gesto de amable resignación. Cuando llegó el maître, Steiger, hizo el pedido sin tener necesidad de consultar la Carta: “Escargots à la Bourguignonne”, “Poulet à la Kiev” con “Sauerkrautz” y para finalizar unas “Crêpes Suchard”. Todo un lujo para el paladar, desde luego. Cuando me preguntó si quería algún vino en especial, guardé un silencio torpe durante algunos segundos.

Steiger no podía saber lo que pasaba por mi cabeza en aquellos momentos; pero la lucha interna para decidir si tomaba, o no,

alcohol durante la cena alcanzó niveles de violenta escaramuza fronteriza. Por un instante creí que los comentarios frecuentes de mi ex—pareja me habían llevado al borde del trauma total. Desde que no la veía, en cada ocasión que me acodaba en una barra, me sentaba a una mesa o entraba en una cafetería, la voz de ella se acomodaba sobre mi hombro, como vigilándome, al tiempo que me susurraba la posibilidad de que fuera un alcohólico. Aquello, sin duda, manipulaba mis decisiones hasta el punto que, a menudo, evitaba entrar en un bar para no tener que aguantar aquel dilema que empezaba a corromperme profundamente. Al final le dije a Steiger que tomaría agua con gas. Se encogió de hombros con un gesto de “peorparatí” y encargó una botella de “Chateau de La Gardine” tinto, para él y una botella grande de agua Perrier para mí.

La cena transcurrió distendida, agradable, hablando de temas insustanciales hasta que el último plato fue retirado y el mantel fue sustituido por otro de una blancura increíble. Steiger pidió un whisky de malta y el maître dejó sobre la mesa dos vasos, una cubeta con hielo y la botella antes de perderse por la puerta de la cocina no sin antes puntualizar que, si necesitábamos algo en especial, no teníamos más que hacerle una señal. Cuando por fin nos quedamos solos, el profesor se sirvió una ración más que generosa de licor y, tras tomar un sorbo con ademanes de catador fino, gesto que tuvo la virtud de ponerme nervioso, dejó el vaso sobre la mesa y preguntó con voz suave por el propósito de mi visita ya que, durante la conversación que habíamos mantenido por teléfono no le había dicho nada que pudiera orientarle.

La verdad es que, ir desde Francia para mantener aquella conversación, había sido en parte por la intuición que había tenido cuando vi de nuevo la fotografía del cráneo de cristal, y por la dirección que Pankow había puesto dentro del abultado sobre que me había entregado Fittman en Marsella. Seguidamente, ante su gesto de extrañeza por mi silencio, le dije que tenía informaciones fidedignas de que él, a pesar de trabajar durante años como asesor de Historia Antigua en la Ahnenerbe, por supuesto con nombre falso, había colaborado activamente favoreciendo la salida de judíos y otros perseguidos políticos de la Alemania nazi lo que, de paso, le sirvió para

no tener que sufrir el juicio de Nüremberg ya que los aliados decidieron hacer la vista gorda en su caso; pero que conocer sus contactos no era lo que me había llevado hasta allí sino los trabajos que había realizado durante la guerra para la Ahnenerbe y, sobre todo, por las personas que conoció durante aquellos años. Especialmente una de ellas.

Dejando que se cocinara lentamente en su sorpresa, le dije que alguien a quien conoció durante sus trabajos en París fue un romání llamado Miro Pani, y que la última persona con la que habló Miro antes de caer en las garras de las SS, fue con él; si al oír el nombre de Miro Pani Steiger había palidecido, al escuchar mis últimas palabras su rostro se tornó de un violento color púrpura.

Por lo que yo sabía, cortesía de la extensa nota enviada por Renzo Pankow, Steiger había llegado a Caracas a principios de mil novecientos cuarenta y seis dejando atrás un pasado nazi que deseaba olvidar a toda costa. Con mucho esfuerzo logró reiniciar una vida y poco a poco, con ayuda de la organización ODESSA, se fue inventando los antecedentes más convenientes para sus aspiraciones. Aduciendo que todos sus papeles se habían perdido durante la segunda guerra mundial, subrayando sus afirmaciones con algunos sobornos sabiamente colocados en las manos idóneas, logró una nueva identidad totalmente legal. Algunos años más tarde le concedieron una plaza como catedrático de Historia Antigua, en la que era un gran experto, se casó con una venezolana, tuvo dos hijos y el ayer parecía totalmente enterrado y olvidado hasta ese momento.

¿Cuántos recuerdos se habían despertado en su mente al oír mis palabras? ¿Cuánta angustia revivía aquel nombre que acababa de escuchar después de tantos años? Al darme cuenta de que estaba a punto de romperse bajo el enorme peso de sus recuerdos, tuve que aclarar mis intenciones asegurándole que no había viajado hasta Caracas para poner al descubierto su pasado, ni quería saber qué nombre utilizaba en su trabajo para la Ahnenerbe. Lo único que realmente me había llevado a esa entrevista había sido su relación con Miro Pani.

El orgulloso profesor, convertido de pronto en un anciano desvalido, comenzó su relato tras un par de tragos de whisky,

capaces de tumbar a un cosaco, no sin antes haberme arrancado la promesa de que, la conversación mantenida en esa mesa, no trascendería a ningún lugar oficial.

Recuerdo mi sorpresa cuando me confesó su nombre clave durante el tiempo que trabajó para la Ahnenerbe. Al decir “Weisthor” vino a mi mente el intento que hubo en Brasil para robar la calavera de cristal; pero al ver mi rostro, se adelantó a mi previsible pregunta para puntualizar que él no era Kart Maria Wiligit, quien fuera conocido como “el Rasputín de Hitler”, sino que le habían llamado así por tener una manera de pensar muy semejante a la de tan siniestro personaje.

Ahora que lo pienso con bastante más calma, aquel hombre que tenía ante mí, se vio obligado a buscar en sus recuerdos los detalles de una época que creía olvidada por todos; sin duda, la vida diaria, la nueva existencia como profesor en un país tan distinto al suyo, la cotidianidad, fue difuminando el contorno de los hechos hasta convertirlos en algo que fuese suficientemente aceptable como para admitirlo sin vergüenza.

De alguna manera, en el devenir diario de nuestras vidas, todos tenemos la misma forma de actuar; vamos deformando lo sucedido hasta que logramos un recuerdo que podamos evocar sin que nos torture demasiado el alma, o lo manipulamos hasta que seamos capaces de asumirlo sin abochornarnos mucho de nuestras acciones. Mientras yo observaba atentamente sus reacciones, Steiger—Weisthor, al hilo de sus recuerdos, fue desgranando su historia.

La primera vez que él había oído hablar de Miro Pani fue en una reunión que tuvo lugar en la Ahnenerbe a propósito de unos pergaminos antiguos de los que habían tenido noticia. Según les dijeron a los allí congregados, este rom estaba en posesión de unos documentos que contenían un ritual por medio del cual se podía conseguir el total acceso al Conocimiento. En realidad, puntualizó, los pergaminos no eran en sí mismos demasiado meritorios ya que no eran originales sino una copia hecha en el siglo II después de Cristo; lo verdaderamente valioso para ellos, en aquellos momentos, era conocer la manera de utilizarlos correctamente.

La mirada de Steiger parecía flotar en un albañal de vivencias totalmente inconfesables; pero todavía se adivinaba un rastro

de orgullo por pertenecer a una raza superior a las demás, desde su punto de vista. El brillo fanático de los ojos al hablar, el íntimo engreimiento con el que pronunciaba cada una de las palabras alemanas con las que salpicaba el relato de su historia, decían bien a las claras que, si al día siguiente otro loco, un nuevo Hitler vociferase proclamando el nacimiento del IV Reich, Weisthor lo seguiría ciegamente sin dudar.

Según su versión de los hechos, el contenido de aquellos escritos podía encontrarse leyendo cualquier Biblia ya que los pergaminos no eran sino una versión, en hebreo antiguo, del “Cantar de los Cantares” atribuido al Rey Salomón; pero el hecho de estar en posesión de esos documentos que presumiblemente contenían un ritual escondido, sin saber cómo se usaban, dijo, era algo parecido a conocer una fórmula mágica, la panacea universal, sin tener ni la menor idea del conjuro que activara la mezcla. En resumen, lo único que sabían con certeza por aquel entonces era que el texto encerraba una imagen simbólica y un ritual para acceder a la Sabiduría, aunque habían invertido mucho tiempo, montañas de dinero y años de trabajo para investigar sobre aquel tema.

Mientras el profesor Hans Steiger parecía tomarse una pausa, como si estuviese intentando ordenar perfectamente sus ideas para hacerlas comprensibles, yo trataba de analizar en la expresión facial de aquel incómodo convidado los sentimientos clandestinos que intentaba ocultar tan ásperamente a mis ojos tras una máscara de concentración teatralmente dolorosa. La voz del anciano, un ronco zumbido semejante a un eructo prolongado, casi me sobresaltó al iniciar un relato que parecía venir arrastrándose desde lo más profundo de su memoria.

Reconoció que, si bien entonces ya sabían de la existencia de Miro Pani por algo que contaron unos ancianos judíos a propósito del “Cantar de los Cantares”, al principio no pusieron demasiada atención en aquella información; pero como habían infiltrado las organizaciones que ayudaban a quienes querían abandonar Alemania, sobre todo para ejercer un cierto control sobre las personas que podían salir, previo pago de una buena cantidad de dinero, hecho común en aquella época que terminó por enrique-

cer a más de un seguidor del Führer, tuvieron noticias puntuales sobre aquellos pergaminos.

A partir de aquel momento, relataba Steiger con la mirada perdida en un horizonte de niebla tras los cristales del restaurante, la tarea principal de todos ellos consistió en hallar a Pani para echarle una mirada al contenido real de los documentos porque, en las altas esferas del tercer Reich, deseaban tenerlos sin importar lo que pudiese costar. Algunos enemigos del Führer querían a toda costa que Miro saliera de territorio bajo control alemán, no por tener en su poder los documentos, de los que desconocían la importancia, sino por la gran ascendencia que tenía aquel hombre sobre todos los gitanos. Por el contrario, los agentes encargados de aquel caso, incluido Steiger, aleccionados por la Ahnenerbe, debían impedirlo, no por la influencia del romaní, sino para echar mano a los pergaminos que tanto deseaba Adolf Hitler.

Añadió, a guisa de conclusión, que un confidente se puso en contacto con ellos para decirles que Miro Pani había llegado esa misma tarde a su oficina queriendo comprar la documentación necesaria, evidentemente falsa, que le permitiría salir del país. Prepararon entonces una trampa para cazarlo, lo que no fue muy difícil ya que se encontraba solo en París y no podía ponerse en contacto con los suyos. Fingieron que Steiger era el ayudante del falsificador, inventaron el pretexto de ir a buscar la documentación a un bar y, mientras Steiger tomaba un café con Miro, llegó un comando de las SS que detuvo al romaní para llevárselo a la sede de la GESTAPO en París. Después de tenerlo detenido allí durante unos días, fue trasladado en un tren hasta el campo de concentración de Dachau y de allí a Birkenau donde al parecer había muerto casi al final de la guerra.

En aquellos momentos contemplaba al profesor, tratando de adivinar los sentimientos que cruzaban por la mente de aquel hombre quien, con toda probabilidad, había cometido más de una atrocidad durante el conflicto bélico; pero Steiger seguía desgranando sus recuerdos, encerrado en sí mismo, ajeno a mis ojos inquisitivos, que trataban de leer sus más ocultos pensamientos. Después de un tiempo de espera reconoció haciendo un esfuerzo

que estuvo muy poco tiempo a solas con Miro Pani, que hablaron de cosas sin importancia y, en cualquier caso, de nada que hiciese alusión a los pergaminos o al cráneo de cristal.

A pesar de todo el tiempo transcurrido desde aquella noche aún soy capaz de visualizar frente a mí la mirada de aquel hombre, turbia, perdida, como anclada en un punto lejano de su pasado del que no pudiera desligarse por completo. Suponiendo que los hombres de la Ahnenerbe hubiesen tenido conciencia, la de Steiger debía sufrir lo inconfesable encerrada dentro de aquellos horribles recuerdos. Cuando le pregunté, rompiendo un silencio incómodo, sobre la relación que existía entre Pani y los cráneos de cristal, me comentó que Miro había tenido la ocasión de consultar el Cráneo del Destino durante su estancia en Brasil y, sin duda alguna conocía las leyendas Mayas que hablaban de la reunión de los trece cráneos de cristal, en un momento puntual de la historia humana, para enseñar a los hombres todo cuanto habían olvidado.

Mi ignorancia de aquel tiempo quiso menospreciar entonces la consulta del pasado y el futuro en un cráneo de cristal haciendo una broma sobre la credulidad de los seres humanos en un mundo como el de la sociedad moderna; pero Steiger, el hombre que renunció a creer en ningún dios, el que sobre el papel estaba más lejos que nadie de credos espiritualistas o de leyendas sobre hechos paranormales, me sorprendió diciendo que no debía tomarme aquellas cosas a broma y apoyó su afirmación con un relato que, en aquel momento, llenó mi espina dorsal de violentos escalofríos.

Me comentó que, durante el tiempo que el Tercer Reich rigió los destinos de Alemania, la simple alusión a la existencia de un Dios todopoderoso, podía suponer muchos problemas para quien se atreviera ni siquiera a insinuar su existencia; pero durante la estancia de Steiger en la Ahnenerbe había visto tantas cosas inexplicables que, una vez terminada la guerra, su forma de pensar había cambiado de modo radical; aún en esos momentos, dijo, se preguntaba cómo había podido estar tan ciego a lo largo de su juventud. La calavera, afirmó con mucha seriedad tras un silencio cargado de tensión, perfumaba por completo el lugar en el que se

encontraba y, según afirmaban algunos, los objetos se movían bajo su influjo⁴².

Según admitió, en voz baja como si no deseara ser oído, había sido testigo de milagros, si es que a esos fenómenos se les podía llamar así, mucho mayores que la separación de las aguas que realizó Moisés. Añadió que incluso en Venezuela, tierra mágica donde las hubiera, había contemplado hechos que, en su día, estuvieron a punto de hacerle perder la razón por completo. Se mantuvo en silencio durante unos minutos en los que acabó el vaso de whisky en dos tragos sobrenaturales, como si le costara hablar; cuando lo hizo, sus ojos parecían estar fijos en un punto inapreciable de una nada que no era de este mundo.

Una noche, según su relato, se habían reunido en la Colonia Tovar⁴³ varios camaradas de la guerra para celebrar una cena como solían hacer a menudo los excombatientes alemanes de las SS que residían en Caracas. Se pasaron en el consumo de ron, la borrachera los desinhibió, y cuando estaban en la puerta del restaurante cantando a voz en cuello aquella canción nazi que decía “*Judenblut soll spritzen*”⁴⁴...” por entre los abetos que formaban el bosque, justo frente a ellos, pudieron ver cómo se materializaba una columna espectral de mujeres y hombres escuálidos, vestidos con el traje rayado de los campos de concentración, cantando a coro un salmo hebreo; de los costados de aquellas apariciones, brotaban chorros de sangre que tras ser absorbida por la tierra, brotaba como un manantial a sus pies fertilizando la tierra. Aquella procesión espectral se diluyó ante los ojos asombrados de los veteranos nazis, que no daban crédito a sus ojos, para convertirse en bruma. Llegaron en coche a Caracas, contó con voz temblorosa Steiger, sin cruzar ni una palabra. En principio, según admitió, lo achacó a una alucinación producida por el exceso de ron; pero a los pocos días se encontró con un conocido que presu-

⁴² Consultar el anexo a propósito de las calaveras de cristal.

⁴³ Localidad de Venezuela cercana a Caracas fundada por colonos alemanes en la que se ha conservado el estilo de construcción y las especialidades gastronómicas de los pioneros que llegaron desde Europa.

⁴⁴ La sangre de los judíos debe manar... Esta canción era una de las que entonaban los SS en sus marchas y manifestaciones.

mía de estar al corriente sobre algunas artes ocultas, y le sorprendió que, sin mediar palabra, se pusiera a tararear aquella tonada que habían cantado en la Colonia Tovar para añadir, cuando terminó con su canturreo, unas palabras que se clavaron en la mente del antiguo miembro de la Ahnenerbe con la intensidad de un hierro al rojo vivo: “Aquel que juega a ser Dios, no debe temblar ante la visión del infierno que ha creado”.

Tras esta especie de confesión extemporánea, tanto Steiger como yo mismo, nos encerramos en nuestros propios pensamientos tejiendo un espeso velo de silencio, tan denso, que incluso llegó a incomodarnos. El profesor hizo un gesto con su mano, como quien intenta espantar a un molesto enjambre de moscas, y terminó el relato diciendo que, desde aquel día, no había vuelto a utilizar el idioma alemán con sus antiguos camaradas y, por supuesto, nunca había cantado las canciones que aprendió durante los años de la guerra; luego, sin mediar ningún otro comentario, como si lo que acababa de relatar no hubiese sido más que una debilidad pasajera, siguió con su historia en relación al Cráneo del Destino.

Aquella calavera de cristal, relató, encontrada en unas ruinas Mayas, estaba fabricada con una técnica que no tenían en aquellos años y Steiger dudaba mucho que se pudiese realizar con los medios más modernos. El caso probado era que, cuando se consultaba el cráneo, no todo el mundo recibía la respuesta que esperaba; al menos, reconoció, él lo había intentado y aquel “pedazo de cristal de roca”, según su propia expresión despectiva, permaneció mudo; pero estaba seguro que Miro sacó alguna información de aquel objeto porque tenía el conocimiento preciso para saber cómo se debían interpretar los cambios de luz que sufría el cráneo.

Después de un breve silencio añadió que algún tiempo después se corrió por algunos círculos de la Ahnenerbe el rumor de que el ritual escondido en los versos de “El Cantar de los Cantares” comenzaba con un beso en la boca, aromatizada con vino, y que tanto el iniciador como el iniciado debían estar perfectamente perfumados y ungidos antes empezar el rito. Aquello era todo cuanto me podía decir y, aunque confesó que, a título personal, le gustaría saber mucho más del asunto, me juró que no tenía

nada más que ofrecerme con respecto a Miro Pani.

Tras otro eterno trago de licor, cambió su cara de repente. Como si el dolor que le había causado relatar toda aquella historia hubiese desaparecido a causa de un ensalmo mágico del perfumado escocés a base de malta, me preguntó cuál era la razón específica por la que me interesaba tanto aquel tema irrelevante casi olvidado por todos. Hice, muy educadamente, la observación de que no debía carecer de importancia ya que la Ahnenerbe había andado tras de él con mucho anhelo y que a saber cuántas vidas había costado aquel secreto. Reconoció, sí, que más de uno había muerto por preservar el secreto del ritual; pero, según su opinión, yo debía tener en cuenta que en este mundo sólo sobreviven los más aptos.

Aunque hoy ya le he perdonado, entonces le miré al fondo de los ojos con una mezcla de odio y asco que tuvo, como primer efecto, hacer que el profesor terminara el licor de un solo trago y se sirviese otro. Luego, como para suavizar un poco la tensión que se había creado entre ambos, trató de llenar el vacío del silencio tan crispado que se respiraba en la mesa dándome un consejo que nunca le agradeceré suficientemente. Me sugirió que visitara a un viejo que vivía en Puerto Ayacucho, en el Estado Amazonas, quien podría decirme algo más que él con respecto al ritual que tanto me interesaba. Debía preguntar por César en un restaurante llamado “El Rincón de Apure”.

Hice una seña al maître quien, al poco tiempo, me llevó la abultada cuenta con mil reverencias ceremoniosamente serviles. Pagué dejando una generosa propina, como solía hacer por aquel entonces, solicité que pidieran un taxi para volver a Caracas y le tendí la mano a Steiger dándole las gracias por su colaboración. Insistió en acompañarme hasta el taxi y, como era natural, le ofrecí la posibilidad de venir conmigo hasta la ciudad mientras el chófer bajaba una cuesta frente al restaurante para dar la vuelta al vehículo. Su respuesta me sorprendió brutalmente poniéndome una amargura pastosa en el paladar.

Dijo que se quedaba para tomar un trago más ya que había matado en su vida tanto maricón, tanto judío, tanto gitano y tanto hijo de puta, que de vez en cuando debía empapar los recuerdos en alcohol para tranquilizar su conciencia “aunque no fuera nece-

sario”. Mi reacción fue fulminante; sin tener en cuenta la edad del hombre que tenía enfrente, mi puño izquierdo impactó contra el hígado de Steiger tiñéndole el rostro de amarillo y, una fracción de segundo más tarde, los nudillos de mi mano derecha se estrellaban contra el mentón del alemán que sólo pudo preguntarse con sorpresa un “por qué” mientras caía al suelo casi sin conocimiento.

En aquel momento fue la única manera que hallé para apaciguar mi alma. Posiblemente aquel despojo humano pagó la humillación que me inflingieron aquellos mozos rapados, o la rabia que atesoraba contra los asesinos de mi pueblo; sea como fuere, Weisthor yacía cuan largo era con la mejilla rozando el asfalto.

Ahora no haría lo mismo, estoy seguro. Que la violencia engendra violencia es algo que todo el mundo dice cuando se pone a filosofar; pero es algo más que una frase grandilocuente para quedar bien en una charla. De algún modo que sólo el Universo conoce, todo acto impulsivo trae aparejada una situación más violenta que la existente; es como si la fuerza física empleada contra un ser humano por parte de otro se enquistase en el alma para generar un tumor de odio que, al final, explota dando lugar a la justificación de la saña, de la ira y del ojo por ojo. Por entonces aún no había leído aquella famosa frase del Mahatma Gandhi: “Si practicamos el ojo por ojo, pronto todo el mundo estará ciego”.

Quizás pensé que mi violenta reacción estaba plenamente justificada ya que la venganza, el castigo que se aplica a otros para paliar una ofensa era algo que había aprendido en mi adolescencia por una mala interpretación de las Leyes de nuestros antepasados; hoy ya entiendo que nadie puede juzgar a nadie y, mucho menos, castigar a otro por una acción cometida. La mansedumbre, la paciencia, que muchos romanís confunden con la cobardía, es la base de la convivencia.

Siguiendo al hilo de la memoria, recuerdo que durante el corto trayecto de vuelta a Caracas, mi mente era un hervidero de ideas encontradas. Los engranajes del cerebro giraban a velocidad de vértigo tratando de ordenar las piezas de un enrevesado rompecabezas del que todavía no atisbaba la solución. Una vez en la habitación del hotel abrí la desgastada Biblia que me acompaña-

ba por la parte de “El Cantar de los Cantares” y leí atentamente los versos del principio:

“¡Oh, si él me besara con los besos de su boca! Porque mejores son tus amores que el vino. Además del olor de tus suaves ungüentos. Tu nombre es como ungüento derramado; por eso las doncellas te aman”.

Por un momento pensé que si el ritual, según me había dicho Steiger, comenzaba con un beso en la boca aromatizada de vino y ambos oficiantes debían aparecer limpios y perfumados, la liturgia que buscaba podía estar descrita en el texto bíblico con muchísima más claridad de la que en un principio había llegado a pensar.

Con la imaginación desbocada por aquel descubrimiento, releí “El cantar de los Cantares” de manera febril y encontré una infinidad de pequeños detalles que, a pesar de haberlos advertido con anterioridad, no los había contemplado desde ese punto de vista específico; pero la mención de frutas, mieles, vinos, especias y otros productos naturales era tan anárquica, al menos en apariencia, que no fui capaz de sacar nada en claro. Además, la conversación con aquel individuo, me había revuelto el ánimo y no tenía ganas de pensar.

Por alguna extraña razón que entonces no alcanzaba a entender por completo, estaba avergonzado de haber utilizado la violencia con un hombre de avanzada edad; pero me justificaba a mí mismo pensando que cuando miraba a Steiger no advertía en sus ojos ningún tipo de arrepentimiento por lo que, desde mi punto de vista, no era un anciano sino un hombre, muchos años más joven, todavía embutido en un uniforme que yo había aprendido a odiar de manera visceral. Me acosté pensando en que, al día siguiente, debía ponerme en camino para encontrar si podía, en el otro extremo del país, a un viejo llamado César, ignorando por completo que a pocos kilómetros de allí, Hans Steiger mantenía una nerviosa conversación telefónica con una persona que no veía desde hacía muchísimos años; justo desde el final de la Segunda Guerra Mundial, como supe mucho tiempo después.

Pensando lo que sucedió entonces creo que aquella cena—entrevista con Steiger me enseñó muchas cosas. Posiblemente la primera de ellas fuese que, costara lo que costase, los seres humanos debíamos evitar que otro loco hipnotizador de masas, un

nuevo populista dotado de lo que ahora suelen llamar carisma nos llevara a otra guerra; pero la historia humana está escrita por el vencedor con la sangre del vencido y el futuro, al que nos vemos abocados como raza, parece condenado a ser cíclico y repetido una vez tras otra hasta que no aprendamos a convivir en paz.

El sol, que ha llegado a su cénit, ilumina el horizonte selvático con violencia dibujando aristas en el paisaje anunciándome que es la hora de la comida; pero no me encuentro de humor para cocinar unos trozos de yuca y decido cambiar la colación del medio día por una buena taza caliente de vicio negro recién colado.

Cada vez que tomo un café, demasiadas veces al día, irremediablemente me veo viajando alrededor del mundo; la memoria ha debido identificar, con el paso de los años, la excitación de la cafeína con la que me producía, en el pasado, ir de un lado a otro sin rumbo fijo. Esta vez, con la taza de peltre en la mano, rememoro con todo detalle el viaje por carretera en un autobús de línea camino a San Fernando de Apure⁴⁵ primera escala en el viaje hacia Amazonas en busca de la persona que me había dicho Steiger.

En aquellos momentos pensaba que el día no había empezado con muy buen pie. Ya en la Terminal de autobuses de Oriente, en Caracas, había tenido un agrio encontronazo verbal con un vendedor de café que pretendía cobrarme mil bolívares por un vaso de agua tibia de dudoso color; después tuve que abrirme paso a fuerza de codazos y exclamaciones poco educadas entre un caótico tumulto formado anárquicamente ante el autobús que debía abordar, cuando ya el vehículo iniciaba su marcha, y, por último, pero no menos irritante, nadie se había preocupado de avisarme que era un largo viaje de casi diez horas por carreteras en no muy buen estado.

Para que el tiempo fuese pasando un poco más deprisa, me entretuve mirando por la ventanilla cómo el paisaje iba mudando poco a poco al paso del autobús; pero mis pensamientos estaban centrados en otro lugar situado a miles de kilómetros.

⁴⁵ Capital del Estado Apure en los Llanos, cuyo paseo principal está presidido por una enorme escultura de San Fernando.

El recuerdo obsesivo de la mujer que todavía amaba con locura se sentó sobre mi hombro, una vez más, haciendo mucho más profunda la soledad que sentía en aquel autobús de línea; pero no estaba dispuesto a claudicar ante un sentimiento que, durante mucho tiempo, no había conseguido sino hacer de mi vida una ruta de difícil tránsito sólo rota por islotes de descanso cada vez menos frecuentes, más pequeños en la inmensidad de un mar totalmente hostil. Reconocía, sí, que la amaba aún, incluso más de lo que era sano para mi alma, y también me sorprendía a veces dominando un impulso violento que me empujaba a llamarla, a ponerme en contacto con ella; pero al mismo tiempo, sin buscar culpables, estaba convencido de que ella no había puesto todo en esa relación aunque estuviera honestamente convencida de lo contrario.

Claro que, pensándolo bien, tampoco yo había colaborado plenamente en muchos momentos difíciles de nuestra relación, era perfectamente consciente de ello; por éso lo que había sucedido, aquella brutal separación, quizás era lo mejor para ambos. Luego me di cuenta con amargura que había pensado de manera cobarde en el concepto de alejamiento porque, en el fondo, me negaba a utilizar la palabra ruptura.

Definitivamente, amar así en los tiempos que corrían, era casi indecente. Con independencia de la educación tan diferente que habíamos tenido, en algún momento de nuestra leyenda común, nos habíamos amado con intensidad, en ocasiones supimos dar sin esperar una contrapartida y fuimos capaces de mirar ambos en la misma dirección; pero todo aquello había terminado de la manera más cruel que se pudiera imaginar: habíamos dejado morir nuestro amor por falta de cuidados. Como un a planta a la que no se riega, nuestro amor fue perdiendo lozanía hasta morir de sed, de olvido, carente de cuidados.

Por un momento cerré la puerta a los recuerdos y abrí la que daba acceso al dolor más visceral. Entre dos suspiros dolorosos, preñados de ausencias, vi cómo el paisaje de la costa daba paso a las tierras de Los Llanos, con manchas de ganado y alambradas que cercaban las haciendas, al tiempo que cuadrículaban un horizonte de alambre espinoso; pero a pesar de que el panorama que divisaba a través de la ventanilla bloqueada era sorprendente

para mis ojos, acostumbrados al entorno de la Europa meridional, mi cerebro se empecinaba en agarrarse al recuerdo de aquella mujer.

Mi obsesión era tanta que, en una de las paradas que hizo el autobús, bajé a tomar un refresco y a comer algo cuando, entre las muchas personas que se amontonaban en aquella especie de restaurante de carretera en el que coincidían varios autocares al tiempo, distinguí una silueta que me pareció conocida. El mismo color de cabello, idéntico porte de reina y aquel gesto tan especial, tan suyo, al encender un cigarrillo, me sorprendieron poniendo campanas de gloria en mi alma; pero al darse la vuelta, vi con decepción y disgusto, que no era ella.

Pasado el primer impacto y, de nuevo en mi asiento, comprendí que vivía fantaseando con encontrármela a la vuelta de cualquier esquina; pero si me la encontrara de manera inopinada ¿qué le diría? ¿Sería capaz de vaciarle mi pecho para contarle las fatigas que estaba pasando? Seguramente, no; posiblemente me arrugaría ante su presencia para encerrarme en mí mismo, o para protegerme tras una de las muchas murallas que había levantado entre mis sentimientos y el mundo, con la sana intención de no causar más daño, con la cobarde prevención de protegerme el corazón para que tampoco me lo causaran a mí.

Lo peor de todo era cuando recordaba alguno de los momentos en los que realmente habíamos sido una pareja en cuerpo y alma; pero no sólo era su cuerpo apeteciblemente desnudo el que se burlaba de mí en la distancia del recuerdo, no: lo que más daño me hacía en el alma era no poder disfrutar ya de sus silencios, de sus miradas sonrientes o de sus manos acariciando mi rostro a un milímetro de la piel de mi sinrazón.

Perdido en aquellos dolorosos pensamientos llegué a San Fernando de Apure donde, por primera vez, tuve plena conciencia de encontrarme en un lugar del mundo totalmente distinto a los que conocía.

Acostumbrado a las grandes avenidas iluminadas y al derroche de luces de las grandes ciudades europeas, la capital del Estado Apure me pareció sombría en primera instancia lo que hizo que mis alarmas saltaran por si sufría un nuevo ataque; pero

el especial talante de sus gentes, lo desenfadado de su trato, supo ponerme una pizca de calor y de tranquilidad en el alma.

Tras una cena ligera en la “Taberna de Don Juan”, acompañada de analgésicos con pomada, y una noche de reposo en el hotel “La Fuente”, tomé un autobús hasta Puerto Ayacucho en el que uno de los pocos pasajeros era un turista de pelo rubio y piel cerúlea que trataba de aparecer imperturbable ante el hermoso paisaje que desfilaba ante nosotros; por si acaso, tuve la precaución, quizás excesiva, de ocupar un asiento situado a sus espaldas en el desvencijado vehículo que traqueteaba por las descuidadas carreteras de aquella parte del país arrastrado por un motor asmático que petardeaba su vejez.

Si el viaje desde Caracas se me había hecho demasiado largo, el tramo hasta Puerto Ayacucho terminó por convertirse, al menos para mí, en un tránsito infernal, interminable. Cuando pude meter la piel bajo el agua fría de la ducha en el “Gran Hotel Amazonas”, casi logré olvidar por unos minutos, además de los muchos kilómetros por carreteras descuidadas, los cinco millones de centímetros, infernales uno a uno, por un camino de tierra, que más parecía una pista de moto cross, el paso del Orinoco en una chalana⁴⁶ o el calor que soportamos en un autobús en el que, además de sufrir un aire acondicionado ausente, el conductor se encargó de amargar el trayecto a todos los pasajeros poniendo una y otra vez las mismas canciones de un grupo colombiano llamado “El Binomio de Oro” del que, al parecer, sólo tenía un casete.

Esperé impacientemente a que se hiciera la hora de ir al restaurante “El Rincón de Apure” y cuando al fin entré en el comedor, iluminado de manera agradable, fue para enterarme por boca del propietario del local, un canario llamado Rodolfo, que el viejo César había salido el día anterior de viaje con destino a San Fernando de Atabapo⁴⁷. Después de informarme por boca de este hombre qué debía hacer para llegar hasta aquella población selvática, cené un plato de “lau—lau”⁴⁸ y volví al hotel.

⁴⁶ Especie de baracaza plana, empujada por una o varias lanchas a motor que sirve para transportar vehículos y personas de una orilla a otra del río.

⁴⁷ Población fronteriza entre el Amazonas venezolano y Colombia.

⁴⁸ Pez de agua dulce que se puede pescar en el Orinoco. También se conoce como valentón y puede pesar más de trescientos kilos.

A la mañana siguiente, muy temprano, me presenté con un taxi en “Puerto Venado”, conseguí una voladora, una lancha rápida que me llevó por el río hasta San Fernando de Atabapo en donde alquilé una habitación con ventilador para pasar la noche.

No habían transcurrido ni dos horas desde mi llegada a la población fronteriza con Colombia cuando, siguiendo las indicaciones que me había dado el dueño de las habitaciones, pude localizar al viejo César tomando un café en una refresquería del puerto fluvial, sentado cerca del puesto de la Guardia Nacional, mientras miraba fijamente el pueblo de Amanavén, en territorio colombiano, al otro lado del río Guaviare.

Después de las presentaciones de rigor, tomamos un café comentando el increíble calorazo que nos envolvía como una manta y César me hizo saber que, tres días después, emprendería un viaje a pie, sin regreso, para terminar su vida cerca de los indios Yanomami; confidencia por confidencia, le conté a grandes rasgos la tarea que había aceptado en Europa y la manera en la que había dado con él. Cuando César se enteró bien del asunto que me había llevado hasta ese lugar casi perdido en el mapa, y quién me puso en su pista, sonrió antes de hablar y, cuando tomó la palabra lo hizo de una manera verdaderamente calmada y condescendiente.

Su voz me recordaba en cierta manera a la del Patriarca Renzo Pankow. Cuando comentó su extrañeza al saber que Steiger estaba todavía con vida, le dije, intentando ser irónico, que posiblemente incluso a la muerte le diera asco llevarse con ella tan siniestro personaje, añadiendo a continuación que me parecía sorprendente el hecho de que dos personas tan disímiles como ellos se conocieran tan bien y estuvieran en contacto; contestó sin sarcasmo que, en el fondo, casi todas las personas somos iguales, que sólo pequeños matices, que se vuelven inapreciables con el tiempo, nos distinguen a unos de los otros. Para satisfacer mi evidente curiosidad comentó que tiempo atrás, en algún lugar, la vida los reunió en un momento difícil para ambos y aquello hizo que mantuvieran un contacto prolongado, independientemente de su diferente punto de vista sobre la vida.

Casi no escuché lo que me decía porque lo único que tenía en mente en ese instante era comenzar a preguntarle por el ritual de “El Cantar de los Cantares”, para entender la simbología que encerraban

sus versos; pero la única respuesta que obtuve fue que la prisa, como supuestamente yo debía saber, no era la mejor consejera. Propuso entonces que nos tomásemos unas horas de tregua para que pudiera reponerme del viaje y, antes que nada, exigió que le tutelara.

Comimos en el único restaurante que tenía algo preparado; una sopa de pollo casi líquida con algunas insinuaciones de verdura, como se diría en el lenguaje de la cocina de autor, que nos dedicamos a enriquecer convenientemente con almidón de yuca, conocido por los indígenas como mañoco, para espesarla un poco, y un suculento guiso de venado acompañado de arroz blanco.

Después de una breve siesta, que me supo a muy poco, machaconamente aconsejada por César para poder huir del solazo violento de las tres de la tarde, salimos en dirección a las afueras del pueblo hasta llegar a la orilla del río donde nos acomodamos a los pies de una ceiba centenaria. César murmuró una plegaria con las palmas de las manos en dirección al cielo tachonado de nubes dispersas y, tras acomodarse con la espalda apoyada en el tronco del árbol, se dirigió mí con esa voz tan profunda, tan especial, de timbre inusitadamente bajo, que parecía penetrar hasta las profundidades del alma.

Hizo que abriera mi Biblia por la parte correspondiente a “El Cantar de los Cantares” para que tratase de seguir sus razonamientos avisándome de que debía poner mucha atención a lo que me dijera. Después de leer los primeros versos me hizo observar que era la Sabiduría quien hablaba llamando a quien se ocupaba en buscarla con todas sus fuerzas, puntualizó después que, según aquellos versos de Salomón, el que se dedica a buscar la Sabiduría es elegido por ella misma; pero no porque la Sabiduría esté restringida a unos pocos sino que, para buscarla, es necesario haber tomado una decisión previa, que es, en sí misma, la que hace al elegido merecedor de ese privilegio.

Así pues el primer dato que tuve sobre la simbología del ritual, según defendía César, era que todos teníamos acceso a la Sabiduría siempre y cuando mostrásemos la voluntad de buscarla. Cuando le dije que lo había comprendido perfectamente y que, en caso de que tuviese dudas le preguntaría manifestó, casi con disgusto, que jamás respondería ninguna pregunta que yo debía contestar.

Aunque entonces no comprendí su reacción, ahora la entiendo y la comparto plenamente.

La gente que se acerca a un Maestro lo hace para encontrar respuestas y se equivocan porque si el Maestro decide por uno, si les soluciona las dudas que tengan, tendrán que vivir con otra verdad que no es la suya; una de nuestras tareas en este mundo es, precisamente, hallar nuestra propia verdad y no seguir la de otros.

Me dijo que debía recordar en todo momento que yo buscaba un ritual que él desconocía y que había llegado allí por causalidad, no por casualidad.

En este caso, él no sabía nada del ritual por lo que yo debía aprender el contenido simbólico de “El Cantar de los Cantares” por medio de sus palabras; lo que dedujera después debía ser desde mi verdad y no desde la suya.

Debía tratar de entender los conceptos que me ofrecía y desarrollarlos más adelante conforme a mis propias experiencias personales porque yo, no él, había sido el elegido para esta tarea y, éso, significaba que tenía, o tendría en un futuro, la capacidad suficiente para resolver todas mis dudas y dar con la solución ideal. Lo único que pudo aconsejarme fue que tratase de formar en mi mente una imagen general, un esbozo del concepto que me transmitía para que, después, con la tranquilidad que merecía el asunto, lo analizara más a fondo.

Por cambiar de conversación, un poco avergonzado por mi estupidez, le comenté mi extrañeza ante el hecho de que un ritual en el que se ven involucrados dos espíritus, comenzase con un beso en la boca⁴⁹. La respuesta de César me envolvió como un paño mojado porque los conocimientos de aquel hombre, sobre el tema de los símbolos, eran más vastos de lo que nunca habría creído encontrar en persona alguna.

⁴⁹ Los rituales de iniciación no son más que liturgias, gestos simbólicos que se repiten para alcanzar un grado especial de conocimiento y en la mayoría de las ocasiones no son sino la representación teatral de la muerte que, tras la resurrección, convierte a una persona en iniciado. Con gestos y palabras especiales se pretende que el aprendiz deje de pertenecer a un mundo carnal, denso, para nacer a otro mucho más desarrollado; los rituales sólo son un simbolismo por el que se buscaba la regeneración del ser humano en espíritu. En el Zohar hebreo se pueden encontrar algunos comentarios que aclaran el sentido

Me dijo que el hecho de que “El Cantar de los Cantares comenzara diciendo “que me bese con los besos de su boca”, podía ponerme en la pista del ritual, es decir, de los gestos y palabras necesarios para llevar a cabo una iniciación; pero debía tener en cuenta que un ritual sólo es la parte externa de la iniciación porque, lo que realmente importaba era la disposición interna.

Había oído alguna vez con anterioridad lo que me decía César, aunque no terminaba de comprenderlo por completo. Se nos ha enseñado que el beso es la unión de un espíritu con otro espíritu y por ello, el beso debe ser precisamente en la boca porque ésta, junto con los ojos y los oídos, es la puerta a nuestro interior. En el momento del beso⁵⁰, desde entonces lo comprendo, se unen dos espíritus y aquel que muere, de manera ritual, hace salir su alma y une su espíritu al de quien lo inicia, como símbolo del Conocimiento, acoplándose con él para siempre.

Salomón intentaba representar en sus versos, la unión del mundo superior con el inferior, el espiritual con el carnal ya que, cuando dos personas se besan en la boca, se unen en un solo espíritu⁵¹.

En realidad, lo que podía sacar en limpio de todo aquel derroche de sabiduría, al menos en ese instante, era que Salomón, el autor del “Cantar de los Cantares” se había empeñado en ensalzar los gozos de los sentidos físicos de dos amantes; pero esa era la trampa para los no iniciados porque en realidad los versos hablaban de unos esponsales místicos.

Algo parecido, pero en ningún modo igual al “hierogamos⁵²”; sin embargo en este caso era un matrimonio en el que el esposo, Salomón, se unía a sí mismo, a su espíritu, alcanzando la Sophia: la Sabiduría.

⁵⁰ El beso místico es conocido como deliquio.

⁵¹ Hay quien llega a decir incluso que en las palabras de esta frase crítica del rey Salomón, se aplican los cuatro espíritus que se encuentran en el tetragramatón que encierra el supuesto nombre del dios de los judíos; las cuatro letras «Iod, hè, waw, hèn», componen el nombre de Jehová o Yahvéh. Estos cuatro sonidos serían la representación de los espíritus del Amor y, cuando se unen en un beso, en resumen, se puede encontrar la Sabiduría, el Conocimiento. Si los oficiantes no se besan, si no hay un gesto de amor, de ternura, el amor se puede convertir en ira. Al menos eso decía Hamenuna el Anciano.

⁵² Esponsales místicos.

La tarde pintaba de colores suaves las orillas del río y, en un momento que traté de ver los ojos del anciano que tan pacientemente me estaba haciendo partícipe de su sabiduría, creí que se fundía con el árbol, se hacía él mismo ceiba y sus arrugas por un momento mágico parecieron formar parte de la corteza del enorme vegetal que nos daba sombra. Sacudí la cabeza para sustraerme al efecto óptico que creía tener y, en sueños sentí, vi, cómo las palabras del anciano penetraban mi piel para formar parte de mí mismo convertidas en conceptos que, milagrosamente, comenzaba a comprender.

Aunque la Iglesia tomaba el Cantar como símbolo de los esponsales místicos entre el Cristo y su iglesia, decía César, esas afirmaciones eran una especie de arreglo moderno ya que en el Midrash⁵³ los sabios hebreos afirmaban con vehemencia que el mundo entero carecería de sentido de no ser por el día en que el Cantar de los Cantares fue entregado al pueblo de Israel. Añadían que si todas las Escrituras debían ser consideradas como sagradas, el Cantar era, sin duda, Santo entre los Santos.

En aquellos tiempos yo veía a los santos como una especie de súper hombres con corona luminosa en la cabeza; la verdad es muy distinta si consideramos la santidad vista desde otra lógica más asequible⁵⁴. Yo pensaba entonces que estas cosas se mantenían en secreto de manera inexplicable, aunque sólo están ocultas para aquellos que no han tomado para sí la tarea de buscar. El mismo Maestro Yeshuah de Nazareth aconsejaba que buscásemos porque, el que busca, encuentra.

Todas estas reflexiones que hago ahora, desde mi retiro, me hacen guardar un silencio físico mientras la mirada se aleja de mí

⁵³ Este concepto puede hallarse en el Shir HaShirim Rabá 1.

⁵⁴ En realidad, se podría considerar como santo aquel ser humano que se acerca a la perfección en este plano y, para llegar a serlo, hay que ser Sabio. Según los Maestros hebreos la santidad se alcanza en el momento en que el hombre es capaz de evolucionar, de elevarse desde su condición carnal, inferior, se aparta de las cuestiones puramente mundanas y purifica su propio ser absteniéndose de muchas cosas, aunque le estén permitidas, para unirse a la Santidad; pero hay que tener en cuenta que la Santidad Suprema sólo se alcanza en este plano, según los místicos, cuando el iniciado es capaz de transformar en actos de santidad las tareas físicas y los actos materiales del día a día. Es decir, que come, bebe, vive, trabaja, pasea y se deleita, siendo capaz de elevar todos estos actos normales al más alto nivel, haciendo entonces que la Shejiná este presente en todas sus acciones.

flotando por la tranquila superficie del río. Aquel hombre que tuve la suerte de conocer, quien me enseñó con Sabiduría y humildad, lo que es verdaderamente delicado, parecía ser capaz de simplificar las cosas más difíciles para convertirlas en algo asequible a todos.

Su erudición sobre rituales e interpretaciones simbólicas se adivinaba aunque, con una elegancia increíble, no hacía gala de ella. Siguiendo con “El Cantar de los Cantares” César desplegaba toda su sapiencia frente a mí, sin sentirse por ello superior a nadie, y me contó que el Rabí Iosí afirmaba que Salomón compuso estos versos cuando logró encontrar la relación estrecha que existe entre el mundo terrenal y el celestial⁵⁵.

Por lo que me contaba César, había mucha gente que conocía la existencia de un ritual escondido entre los versos de Salomón; pero como cada cual trataba de arrimar el ascua a su sardina, lo único que conseguían era confundir y confundirse.

En realidad todos los escritos considerados como sagrados tienen enseñanzas escondidas tras sus palabras y, la Biblia, es uno de los más complicados en ese sentido. Si vamos a los evangelios, podemos afirmar que la enseñanza original de Yeshuah de Nazareth no le sobrevivió en absoluto ya que el cristianismo, según lo conocemos hoy en día, es un invento de Saulo de Tarso, el que llegaría a ser san Pablo para los católicos. En realidad todos los escritos, incluso las obras de ficción, tienen sentidos ocultos que aparecen ajenos a la voluntad del autor. Incluso Dante, autor de “La Divina Comedia” dice que los que tengan el intelecto sano deben mirar la doctrina que se esconde bajo el velo de los versos extraños⁵⁶.

⁵⁵ Los Sabios hebreos afirman taxativamente que, quienes se atreven a tomar el “Cantar de los Cantares” como una canción de amor físico, sensual, puramente carnal, hacen que la Toráh se ponga en penitencia, por lo que se debe tener mucho cuidado y guardar con celo la santidad de cada una de las palabras escritas por Salomón en sus versos.

⁵⁶ En lo que respecta a los mensajes herméticos supuestamente escondidos en el Nuevo Testamento de la Biblia y en la doctrina de Jesús de Nazareth, desde siempre han existido dos corrientes en el cristianismo; una que está abierta a todos y otra que se reserva a quienes han decidido buscar. Esta ha sido durante dos mil años una forma de guardar lo más noble de esta filosofía para quienes tuvieran interés en ella y estuviesen dispuestos a consagrar su vida para lograrlo. Es cierto que muchos han hecho un mal uso de sus conocimientos y han aplicado esa sabiduría sometiéndola al poder terrenal; pero ese tesoro hermético se desvelará gradualmente a medida que el espíritu madure y despierte, hasta que esté en condiciones de comprender la herencia divina de cada uno de nosotros. Resumiendo, la doctrina que se da a los fieles no es la misma que la de ciertos círculos.

Ahora, después de tantos años, ya he me he instruido en muchas cosas sobre este asunto que tanto me daba que pensar por aquel entonces.

El aprendizaje del hombre se extiende en todos los casos desde el primer momento de su concepción hasta el día en que su vida termina con el último latido de su corazón.

El ser humano nace más débil que el resto de los animales; mientras que todas las criaturas son capaces de empezar a desplazarse al poco tiempo de nacer, el hombre tarda meses en poder desplazarse sobre sus pobres extremidades y, por si fuera poco, tarda más de dos años en poder alimentarse por sí mismo ya que durante mucho tiempo dependemos para nuestra supervivencia de los desvelos y cuidados de una mujer que nos ayude a vivir.

Si cuando di comienzo a la tarea que me trajo hasta este instante de mi existencia no sabía absolutamente nada sobre los rituales, y aún mucho menos sobre la simbología que se representaba en ellos, ahora puedo asegurar que, a pesar de no conocerlo todo sobre el tema, sí tengo algunos conocimientos.

Por ejemplo ahora ya sé que Clemente de Alejandría, que ocupa un lugar destacado en el santoral católico, hablaba explícitamente en sus “stromata” del esoterismo que se escondía en la filosofía cristiana, el la llamaba religión, y hacía referencia explícita a la existencia de un ritual de iniciación en el cual el Maestro debe tocar a sus discípulos para llevarlo a cabo. Pero la iniciación desapareció paulatinamente de la práctica común, quizás por las presiones ejercidas desde la cúpula eclesiástica de la época, por el componente mágico, de misterio, que suponía la realización de ceremonias simbólicas a semejanza de las liturgias paganas, y todo quedó reducido a una serie de gestos exotéricos, verdaderas representaciones teatrales resumidas como el bautismo, la imposición de manos y, pongo por caso, la confirmación⁵⁷.

⁵⁷ Todos los ademanes que se representan en las liturgias de las religiones actuales, no son más que gestos físicos que nos recuerdan los primitivos rituales, pero ya no tienen la carga espiritual que tenían. San Clemente decía que los misterios cristianos no son para todos, incluso Orígenes se ve en la obligación de reconocer el hecho de que parte de las enseñanzas del cristianismo eran secretas, como lo expresa en su obra “Contra Celso”, y aún va más lejos en este sentido cuando en su libro “De principiis” insiste en que las escrituras sagradas no sólo tienen un significado comprensible, aparente, sino otro más hermético. También Ireneo, dentro de un escrito llamado “Contra las Herejías”, hace mención a una tradición de los apóstoles que conserva la Sabiduría, el Conocimiento, la gnosis, una práctica de la que incluso Pablo habla. Esta enseñanza es difundida por boca

Hablar de aquellos temas en medio de un escenario natural soberbio, me producía una sensación extraña, difícil de explicar con palabras; era como si, aún teniendo los pies en la tierra, nuestros cuerpos se hubiesen elevado a esferas diferentes, más brillantes, dejando nuestra carne ajena a los estímulos del hermoso entorno que nos acogía.

Recuerdo que al hablar de los Evangelios aquella tarde, opiné que entre ellos podríamos contar a los llamados apócrifos; pero César opinaba de manera diferente. Adujo que, si tomábamos como fuente de información a los apócrifos también tendríamos que citar los “agrapha⁵⁸” de Yeshuah de Nazareth. Además, comentó con su seriedad habitual, si confiábamos en los escritos apócrifos, el evangelio de Tomás era, por sí mismo, un tratado de esoterismo que se acercaba mucho a los conocimientos gnósticos de numerosas religiones de origen oriental por lo que indefectiblemente se traicionarían las enseñanzas de Jesús.

Una de las frases que este evangelio apócrifo pone en boca del Maestro reza:

«Cuando hagáis de dos uno, y cuando hagáis lo que está adentro como lo que está afuera y lo que está afuera como lo que está adentro, y lo que está arriba como lo que está abajo, y cuando hagáis el macho con la hembra una sola cosa de modo que el macho no sea macho y la hembra no sea hembra, y cuando hagáis ojo en lugar de ojos y una mano en lugar de manos y un pie en lugar de pies, y una imagen en lugar de imágenes entonces entraréis en el reino de los cielos».

O sea, la unión entre lo espiritual y lo carnal, lo que induce a pensar que el reino de los cielos estaría entonces en la Unidad Total. César me corrigió una vez más cuando le dije lo que había pensado

de Dionisio el Areopagita y llega a Europa por las traducciones de Erígena. Estas traducciones eran conocidas por muchos de los iniciados católicos de la antigüedad, ya que sólo se mantenían en secreto para quienes habían adoptado esa doctrina sin fe ni verdadera consciencia de lo que estaban haciendo. En la edad media un religioso español, el fraile Osuna, recogió cuidadosamente las traducciones de Erígena en sus “Abecedarios” en los que más tarde aprenderían estas enseñanzas esotéricas del cristianismo los iniciados, algunos tan famosos como Juan de la Cruz y Teresa de Ávila.

⁵⁸ Se conoce con el nombre de agrapha al conjunto de las supuestas enseñanzas de Jesús de Nazareth que se han conservado por tradición oral.

en cuanto al reino de los cielos respondiendo que sólo la Sabiduría se hallaba en la Unidad Total entre el cuerpo y el alma. Luego, volviendo a los evangelios me llamó la atención sobre una frase de Jesús. El Maestro de Nazareth decía: “A quien tiene se le dará y, al que no tenga, aún lo que cree tener le será arrebatado”. Traduciendo aquel aparente galimatías se podía deducir con cierta facilidad que a quien posea el Conocimiento se le permitirá profundizar en la Sabiduría; pero a quien no lo tenga le será imposible hallar nada en absoluto.

El Maestro de Nazareth hablaba mucho en parábolas que sus discípulos no terminaban de comprender por lo que debía explicárselas cuando se quedaba a solas con ellos. Por esta razón Jesús les conferenciaba de ese modo para que, según sus propias palabras, “quien tenga oídos que oiga”; o sea, que no eran enseñanzas para todos. Añadió César que no había ejemplo de hermetismo cristiano más evidente que la parábola del sembrador, aquella en que la misma simiente cae en diferentes terrenos y unas veces grana y otras no, según si la tierra está dispuesta para recibirla. Era incuestionable: el Maestro de Nazareth avisaba que no todo el mundo estaba preparado para recibir sus enseñanzas; los apóstoles no las entendieron y Yeshuah se vio en la obligación de explicarlo para que pudieran comprender el concepto que quería develarles. Aún así, comentaba César, sus seguidores no supieron desentrañar lo que les quería decir. Yeshuah les hablaba básicamente de fe; les aseguraba que si tuvieran un poco de fe, ordenarían a una montaña que se arrojara al mar y ésta les obedecería⁵⁹.

⁵⁹ La fe es uno de los frutos de la Sabiduría y otorga a quien la posee el poder interior suficiente para realizar maravillas, por no decir milagros físicos, intelectuales o espirituales. Pero no debemos considerar la fe de origen estrictamente religioso porque el verdadero sentido de la fe está desnaturalizado por las diferentes sectas surgidas a partir de diversas filosofías y, entre ellas, la cristiana. Quienes dicen ser representantes del Padre en esta tierra, los religiosos, sostienen que fe es creer en lo que no se ve, pero este concepto va mucho más allá de una simple sentencia en una carta de Pablo. Si se tiene claro que existe un Padre, una Fuerza Superior, la fe se convierte en creer que todo lo que viene de Él es posible; y en ésto entra el creer que si le ordenas a una montaña que se arroje al mar, lo hará sin ninguna duda. Lo que nos sucede es que las religiones han embasurado nuestras almas con una serie de miedos que desgraciadamente se han transmitido de generación en generación. Nos han producido una incapacidad espiritual para entender lo más sencillo mientras, de manera contradictoria, nos hacen comulgar con ideas delirantes que no resisten un mínimo examen lógico. La Sabiduría también es capaz de limpiar toda esa basura mental dándonos la libertad de pensamiento que, junto con la incógnita de lo que puede haber después de la muerte, es lo que nos diferencia de los animales.

César, lo recordaré hasta el último día de mi vida, era un maestro, un sabio de corazón generoso. Su voz, hecha presencia real, desprendía una especie de energía que me envolvía por completo, protegiéndome. Él estaba en posesión del Conocimiento, de la Sabiduría y, por ello, tenía a su alrededor un aura, un halo que, aún sin verse, se intuía. Admiro, aún con todo lo que hoy sé, al hombre que dedicó algunas horas de su vida para enseñar a un macho humano joven, presuntuoso, lo que él había tardado años en aprender a fuerza de vivir, estudiar y aprender.

La existencia humana es increíble; al final, él y yo, hemos abandonado el mundo, la sociedad políticamente correcta, para escondernos en medio de un paisaje lujuriente en el que podemos meditar tranquilos durante los últimos años de nuestras vidas. La diferencia entre ambos es que él compartió sus experiencias con un grupo de indios Yanomami y ya desencarnó hace algunos años, mientras que yo he optado por la soledad total para viajar hacia el interior del alma buscando en los pliegues más ocultos de mi ser, tratando de aprender todo cuanto debo saber antes de dar el último paso en este mundo; pero no me siento satisfecho con mi actitud ya que soy una especie de dios cobarde que, aún estando plenamente consciente de mi parte divina, no he tenido el valor suficiente para transmitir a los demás, en persona, todo cuanto he logrado aprender en esta vida.

Los días, esos trozos de tiempo amorfo que están encerrados entre el amanecer y el ocaso, pasan mientras laboreo mi conuco — cuatro palmos de tierra robados a la selva en los que cultivo yuca, plátano, maíz, ñame, batata y algunos arbustos y plantas frutales que mantienen mi cuerpo con vida—; la noche, sin embargo, se ha convertido en un espacio donde mi mente viaja libremente por donde quiere, independiente de las ataduras carnales, para aprender; pero en todo momento procuro mantenerme en un estado de meditación, para no desaprovechar por completo el poco tiempo que me queda de seguir respirando.

Al principio es algo difícil de conseguir ya que, acostumbrado a vivir en rebaño, se echa en falta la conversación con otros seres humanos; poco a poco, la soledad ayuda, uno va volviendo su mirada hacia el interior de la memoria para ir examinando los

recuerdos, uno a uno, hasta que ya nada nos sorprende de nosotros mismos y somos capaces de examinar nuestros errores sin rencor ni vergüenza.

A partir de ese momento aparecen sin esfuerzo alguno, respuestas claras a cosas inexplicables; sencillamente, se va comprendiendo todo sin necesidad de que nadie lo explique. Claro está que las respuestas no son como las de algunos científicos dedicados a estudiar sesudamente los problemas del Universo, orgullosos de haber descubierto cosas que llevaban funcionando miles de años sin necesidad de ser comprendidas, sin darse cuenta de que su único mérito es haberle puesto un nombre a ciertos elementos y describir, poco más o menos, sus funciones. Nadie inventa nada porque, ya lo dijo Salomón, no hay nada nuevo bajo el sol. La ciencia, al menos lo que oficialmente se conoce como ciencia, es muy limitada y desdeña todo cuanto no puede explicar. Es más fácil para ellos, sí, pero no por ello más cierto. Hay hechos físicos, evidentes por otra parte, que la ciencia oficial niega de manera sistemática por carecer de una demostración razonada. Es como decir: “Ya que no sé cómo funciona, no existe”. Este tipo de ceguera no sería tan malo si no se empeñaran en marginar y satanizar a quienes opinan de modo diferente.

¡Vaya por Dios!, ya se ha vuelto a enredar el pensamiento y me he perdido en un lío de conceptos que, por hartos conocidos, debía obviar. Me sucede siempre que intento pensar en lo mismo durante mucho rato: cuando quiero seguir un recuerdo hasta sus últimos rincones, miles de pequeños detalles se cruzan llevándome hacia otras situaciones que creía olvidadas. Los recuerdos parecen ser como una tupida red de caminos conectados entre sí por sendas de fácil tránsito y, al menor descuido de la memoria, se cambia inopinadamente de dirección.

Aquellos días con César fueron un privilegio para mí por la cantidad de cosas que pude aprender en su compañía pero, como todo en este mundo está pesado y medido, más pronto de lo que yo hubiera deseado, llegó el final de nuestras charlas.

La última tarde que nos reunimos a orillas del río para nuestra conversación, lo recuerdo vívidamente, algunos pájaros sobrevolaban la superficie del agua que se llenaba de colores mientras

el sol iba avanzando lentamente hacia el ocaso. Lejos de nosotros, que permanecíamos absortos en nuestro diálogo, el pueblo comenzaba a respirar con fluidez después de una jornada calurosa, húmeda, que convertía algunas casas techadas con zinc en verdaderos baños turcos.

Mi memoria vuelve, obediente por el momento, al punto en el que César me explicaba por última vez los rituales.

Según sus palabras, para que alguien pueda acceder a un estado superior de consciencia o de conocimiento, se pasa por un ritual que simboliza ciertos principios universales; pero contrariamente a la opinión de la gente, durante el ritual no se revelan ningún tipo de secretos a quien va a ser iniciado, pues la persona que inicia a otra no puede dejarle entrever ningún secreto porque le estaría iniciando en un camino que no sería el suyo personal: En realidad es quien se está iniciando en ese momento el que debe descubrir esos secretos a lo largo de su trayectoria personal.

Quien oficia el ritual ejerce de catalizador espiritual en esos instantes y su misión se debe de remitir a crear una atmósfera especial en la que pueda desarrollarse la intuición del que va a ser iniciado.

Añadió a renglón seguido que, según la tradición, el ritual que yo estaba buscando en “El Cantar de los Cantares”, como muchos de los conocidos, debía ser realizado por personas de distintos sexos. Así pues, para iniciar a un hombre sería una mujer la que realizase el ritual y, por supuesto, al contrario.

Cuando le expresé mi extrañeza, aduciendo que los espíritus carecían de diferencias sexuales, me aclaró que tanto poder tenía el espíritu de una mujer como el de un hombre, era incontestable; pero, me explicó con la condescendencia humilde que sólo pueden tener las almas grandes, que como el ritual es en sí mismo sólo la simbolización de un hecho espiritual en un mundo netamente físico, debido a las discrepancias carnales entre el macho y la hembra humanos, las sensaciones corporales que deben experimentarse a lo largo de la ceremonia iniciática, las respuestas físicas que se producen entre hombre y mujer, facilitan ciertas reacciones que deben tener lugar en el interior de aquel que va a ser iniciado en un conocimiento que no está al alcance de todo el mundo.

También puntualizó que, aquello que está escondido tras esas sensaciones buscadas no era un ritual de sexo, ni un “hieros gamos” de connotaciones físicas ya que espíritu y sexo, son aire y tierra, dos cosas que no se pueden mezclar⁶⁰.

Los seres humanos, según me explicó César, no sabemos amar y pretendemos poseer al otro. Así, desde el momento en que Maestro y discípulo inicien una relación personal, intentarán cambiar la forma de ser ajena para acomodarla a la imagen que se habían formado de su compañero ideal. La experiencia le había enseñado que estas relaciones solían terminar con dos personas destrozadas completamente porque, cuando el amor entre hombre y mujer muere, no se disuelve en el aire, ni desaparece, sino que suele estallar en millares de fragmentos que, además de herir gravemente a las personas que habían formado parte de esa comunión espiritual, acaban destrozando el entorno que habían construido.

En aquel momento, esas palabras de César despertaron en mi mente la imagen de aquella mujer a la que todavía amaba con locura y tomé consciencia de cómo en mi corazón se reabría una herida que se empeñaba en no cerrarse. Bajé los párpados luchando contra una bilis amarga que me salía del centro geométrico del alma y tragué un bolo de saliva tan gordo como un sapo. César que me observaba de reojo, sin decir nada, supo que algo no andaba bien en mi interior a pesar de que como Patriarca, por los conocimientos adquiridos de mis mayores, debía ser capaz de superar cualquier dolor interno sin exteriorizarlo.

Para aligerar un poco el ambiente, que se había vuelto pesado como una losa de plomo, el anciano siguió con sus explicaciones revelándome que, durante el ritual de iniciación, el Maestro trata de sembrar en el espíritu del iniciado una semilla que deberá madurar con el tiempo, en su interior, hasta que el discípulo

⁶⁰ Conociendo las reacciones entre sexos diferentes, éstas se aprovechan para facilitar ciertas respuestas físicas. De hecho, Maestro y discípulo no deberían mantener relaciones sexuales, porque el Maestro mostraría su parte más carnal y perdería el ascendiente espiritual ya que, a partir del momento en que hiciesen uso del sexo, esa relación espiritual que mantenían se convertiría, sin remedio, en una relación humana, casi de pareja, que invariablemente traería aparejado el problema de la posesión mutua.

esté preparado para poner en funcionamiento todo cuanto aprendió durante el ritual. Por esta razón se hablaba siempre de iniciación, de comienzo. Se debían tener en cuenta fenómenos inexplicables, tan antiguos como el hombre, que iban más allá de los cinco sentidos. Me dijo que durante muchos siglos a estos fenómenos sólo se accedía desde el seno de las sociedades secretas.

Yo dudaba de la existencia de este tipo de sociedades ya que, en mi pobre imaginación, las identificaba con sectas que se reunían en catacumbas oscuras para celebrar rituales sangrientos; al menos era la imagen que mi abuelo me había transmitido: escenas oscuras teñidas de sangre que me daban mucho miedo en las noches de mi niñez. César me aclaró que estas sociedades aún existían y, como era natural, se extendió en una larga explicación diciendo que a los seres humanos nos encantaba el misterio, lo secreto, y que algunos formaban sociedades que en el fondo eran, salvo detalles nimios, todas iguales.

La mafia siciliana era un claro ejemplo de lo que se podía considerar una sociedad secreta porque cumplía con todos los requisitos que debían darse. Para que una sociedad pudiera considerarse secreta —explicó—sus miembros necesitaban estar en posesión de un secreto, debía ser claramente discriminatoria y que existiera un pacto entre todos los componentes impidiéndoles revelar cuanto sabían⁶¹.

César continuó diciendo que si la sociedad secreta se aislase por completo de aquellos que desconocen su existencia, el secreto dejaría de serlo para convertirse en algo compartido por todos los miembros de la misma.

Además la secta secreta, para serlo, necesitaba de una sociedad externa que la reconociese como tal; por otra parte sus miembros, en la vida diaria, debían vivir con aquellos que no estaban al corriente del secreto que tan celosamente guardaban, ya que en

⁶¹ Es muy cierto que el secreto vigoriza la impresión de que se está haciendo algo trascendente en nuestra vida. A lo largo de toda la Historia han existido corporaciones de este tipo ya que, por la misma naturaleza de estas asociaciones herméticas, debían apartarse del resto de los mortales; para que algo sea secreto deben concurrir dos circunstancias ya que, además de lo que se oculta debe existir alguien a quien ocultarlo. Ver el excelente trabajo de Peter Gitlitz titulado “El enigma de las Sociedades Secretas”.

ello estribaba parte de la satisfacción que producía la pertenencia a una secta impenetrable.

Después del secreto estaba la discriminación, ya que no todo el mundo podía pertenecer a una sociedad de este tipo. La única diferencia visible que había entre las sociedades selectivas era que variaba el tipo de los discriminados, bien fuera por motivos religiosos, como el Opus Dei, económicos como era el caso de los francmasones, intelectuales como Mensa o raciales como el Ku-Klux-Klan.

Por último estaba el pacto que era el procedimiento más tradicional porque creaba un documento, físico, verbal, o moral, en el que se comprometían a guardar su secreto en el más absoluto silencio. Pero ésta vía, la de las sectas y sociedades secretas, no era la senda correcta ya que, quienes en realidad buscaban una verdad, no pertenecían a ninguna de ellas.

Es cierto, ahora lo sé, que si ingresas en una de estas sectas debes obedecer unas normas específicas y perderás la libertad de pensamiento y la de actuación.

Si realmente se es un buscador de la verdad, cuando el discípulo está preparado aparece un Maestro y nunca pide nada a cambio; en toda relación espiritual deben salir siempre fortalecidos tanto el conocimiento como la fe y, por supuesto, la libertad personal. En una secta, o en una agrupación de este tipo no puede suceder de este modo porque estas organizaciones nacen y crecen dentro de la sociedad y no se aíslan de ella, por éso se mueven a menudo entre los intereses y deseos personales, bien sean económicos o políticos, de las personas que las dirigen.

Contra lo que muchas personas piensan, las sociedades secretas no son cosa del pasado sino que, a pesar de lo mucho que la sociedad ha logrado avanzar, según creen quienes viven en ellas, estas sectas están mucho más cerca del poder que nunca lo han estado ¿Hay acaso mucha diferencia entre las organizaciones terroristas de izquierda, que niegan la religión, la espiritualidad y las organizaciones extremistas del Islam, o la de Bin Laden?

Cuando respondamos a esta interrogante, aún nos debemos preguntar si hay mucha diferencia entre estas organizaciones y el

grupo de sicarios del legendario Viejo de la Montaña que vivía en la fortaleza de Alamut rodeado de sicarios, de hashishins⁶² y, si no la hay, tendremos que comparar obligatoriamente entre los Templarios y algunas de las organizaciones actuales; pero también me doy cuenta, no sin sorpresa, que una de las sociedades secretas actuales tiene su sede en el pueblo Romaní.

Hasta el día de hoy no me había dado cuenta de lo que siempre había estado ante mis ojos y, este descubrimiento, me pone los pelos de punta. En realidad los pocos Patriarcas que todavía viven entre las sociedades de los pueblos no libres, los que conocen la Ley de nuestros antepasados, algunos de los que forman parte de la Krís Romaní, se han ido autoexcluyendo de la vida actual, replegándose sobre sí mismos, hasta conformar una minoría que considera sus conocimientos como un secreto de estado que no deben revelar a nadie.

Uno de los problemas que trae aparejado esta forma de pensar es que, paulatinamente, se van convirtiendo en minorías excluyentes que radicalizan su forma de recapacitar, hasta convertir los conceptos que todos debían conocer en secretos celosamente guardados por unos pocos.

¡Una sociedad secreta es lo que somos los romanís para el resto de los pueblos! La única sociedad que vive a la vista de todo el mundo y nadie termina de conocer. Un pueblo de pasado confuso y futuro incierto que se resiste a morir vendiendo, una vez más, su primogenitura por un plato de lentejas; para paliar nuestra autoexclusión de la sociedad que nos rodea adoptamos los modelos de los gachés, creamos una especie de asociaciones en las que presuntamente se conserva nuestra cultura, nuestro idioma, nuestras tradiciones al tiempo que, de manera inexplicable, buscamos la integración en una sociedad que nos rechaza y a la que rechazamos con nuestra forma de ser. En fin, será mejor que retorne a mis recuerdos.

César sostenía que para acceder a un secreto, sea en una sociedad o por medio de un Maestro, tiene que haber una inicia-

⁶² De esta palabra, que se podría traducir libremente como “los consumidores de hachís”, deriva la palabra asesino.

ción, el primer paso en una tarea larga y no quería decir que quien estuviese iniciado ya habría resuelto todas sus incógnitas. La iniciación en sí misma es una ayuda, un empujón hacia el Camino y, además, no tiene por qué haber una sola, porque puede haber muchas a lo largo de la vida⁶³ y todas deben ser gratis.

Si César decidió puntualizar la gratuidad de este tipo de rituales, y en general todos los actos espirituales, fue porque hay falsos maestros que andan iniciando, supuestamente, a muchas personas a cambio de dinero o bienes.

Lo único que hacen estos estafadores, estos carroñeros que viven a costa de las creencias ajenas, es repetir gestos de rituales, ciertos o inventados, sin llegar a su esencia espiritual y, por éso mismo, los rituales vendidos no funcionan nunca. Estas mal llamadas iniciaciones tienen la rúbrica evidente del mal. Hay que recordar al Maestro Yeshuah de Nazareth; “Muchos son los llamados y muy pocos los elegidos”.

Como esta vida es un complejo proceso de búsqueda, ni aún conseguida la Sabiduría se termina de indagar; es un bien tan preciado, tan difícil de conseguir, que se debe cuidar con celo. Algunos grandes Maestros han terminado por sucumbir a las tentaciones; en el “Cantar de los Cantares” que tanto tiempo me ocupó en el pasado, se advierte cómo la Sabiduría, una vez que se ha entregado al iniciado, lo busca sin encontrarlo. Esta pérdida de la Unidad Total fue conocida por el mismo Salomón que, después de recibir el Conocimiento de manos de dios mismo, se entregó a sacrificar animales a otros ídolos. La sabiduría, por sí misma, nunca ha garantizado el estado de elevación espiritual. Lo único que no se pierde es la parte divina que cada uno de nosotros lleva dentro; pero ésto no quiere decir que seamos como el Padre, no: en todo caso somos dioses menores, si logramos alcanzar ese estado espiritual necesario; pero nunca seremos como Él.

⁶³ Hay iniciaciones que utilizan un ritual como vehículo; pero otras suceden por el simple hecho de escuchar una palabra que sea capaz de resolver una duda, de encontrar una verdad, la propia de cada uno, o de contestar una pregunta que nos hayamos planteado con anterioridad. El fin que persigue un ritual iniciático no es otro que el de acelerar la elevación del discípulo, no la de darle la elevación espiritual de una sola vez. Es un sacrificio por parte del Maestro, un acto de desprendimiento, de generosidad para con el iniciado.

César también me enseñó aquella tarde memorable que una persona que acceda al Conocimiento puede inclinarse hacia el camino equivocado; pero también puede volver a la Sabiduría si así lo desea. La mejor explicación para este concepto, que puede parecer difícil a primera vista, es la parábola del hijo pródigo. El hijo pide su herencia en vida, se la gasta en vicios y, cuando se da cuenta de que ya no le queda nada se pone a desempeñar las tareas más duras para no volver a casa avergonzado, hasta que al final se percata de que sólo en su casa puede ser feliz y regresa. Su padre organiza una fiesta y los hermanos se enfadan porque a ellos, que estaban trabajando en casa no les agasajaban de aquella manera. Aquí Yeshuah pone el ejemplo de la protesta de quienes no han sucumbido a las tentaciones y no entienden por qué razón quien ha perdido el Camino tiene más derecho que ellos. La respuesta, al menos la mía es la que leí pintada en la pared de una comisaría de policía mientras permanecía detenido: “Fuerte es el hombre que no cae; pero más fuerte es el que, una vez caído ha sabido levantarse”.

¡Detenido por la policía! ¡Ya se me había olvidado por completo! De todos los castigos con que se puede condenar a un romaní, la privación de libertad es el peor; encerrar entre cuatro paredes a una persona que está acostumbrada a la anchura del camino, limitar su mirada con muros cuando su punto de vista termina en el horizonte, es cercenar su derecho más querido: El de ir hacia donde sus pies decidan llevarlo. Aunque alguna vez había estado en una comisaría por peleas de juventud y desacato a la autoridad, desde aquella en la que leí el letrado, me llevaron a la cárcel para cumplir una leve condena; pero no puedo decir que me pesara grandemente porque, además de que sabía que estaría muy poco tiempo encerrado, la novedad de la situación, la excitación de plantar cara a los carceleros y la compañía de otros jóvenes de mi raza, hizo mi condena más llevadera y tuvo como resultado el perderles miedo a los cerrojos.

De nuevo he tomado una de las sendas que comunican los recuerdos y, sin quererlo me he perdido en mis pensamientos; quizás un poco de café recién tostado me devuelva al camino en el que estaba.

Cuando aquella tarde le dije a César que del mismo modo que el hombre que adquiere el Conocimiento y cae en trasgresión puede volver al camino y ser bien recibido, la iglesia, si reconocía públicamente sus errores, podría en un momento dado volver a representar a la Divinidad. Con expresión triste aseguró que los sacerdotes, pastores y demás dirigentes religiosos, uno por uno, sí; pero la iglesia como institución, nunca sería capaz de hacerlo porque era una organización que nació de la corrupción de una filosofía pura y ya no daría marcha atrás porque ello supondría corregir sus fundamentos, reconocer siglos de mentiras y, por ende, invalidarse a sí misma como interlocutora legítima ante la Divinidad. Luego siguió diciendo una cosa que, en primera instancia, me sorprendió.

En los próximos años, el cristianismo tal y como lo conocíamos, estaba condenado a desaparecer; mejor dicho, se transformaría ante la presión de las nuevas creencias que iban a ver la luz. Las formas externas del cristianismo cambiarían hasta no parecerse en nada a las que se estaban utilizando; lo que no se desvanecería nunca, según sus previsiones, sería la tradición hermética del cristianismo porque era inmutable. El ser humano, siempre sería capaz de encontrar la Sabiduría; pero las creaciones del hombre eran temporales y, por ello, unidas al olvido.

Es cierto que el hombre es tan mutable, tan inconstante en sus ritos, que el símbolo de la Sabiduría había sido en un principio la serpiente y en la Biblia, contrariamente a la tradición, se la identifica con el Mal. Aunque, en cierto modo no andaba muy desencaminado el escritor bíblico ya que la Sabiduría puede conducir al error, si no se está suficientemente preparado para hacer uso de ella, y su mala utilización puede traer funestas consecuencias convirtiéndose en un castigo para el hombre; pero cuando la sabiduría primigenia, la serpiente, se contamina con las creencias corruptas de los hombres y se convierte en dragón, la respuesta era enfrentarse al miedo, como Jorge, desafiar a la bestia, luchar contra ella y dominarla.

Yo me preguntaba por qué oscura razón un símbolo de la sabiduría, como era la serpiente, se había identificado con Satanás; pero César me aclaró que Satán significa adversario, no maligno ni demonio. Hay una diferencia apreciable entre ambas

cosas; según la tradición cristiana, Luzbel, o mejor aún Lucifer, se enfrentó a dios porque se sintió como él, lo que demostraba que la Sabiduría mal utilizada podía causar muchos problemas. Simplificando mucho, lo que no es siempre sano, podíamos ser dioses o demonios, según usásemos el Conocimiento.

César siguió explicándome pacientemente que la Sabiduría elegía a quien debía ser iniciado, siempre y cuando éste lo deseara. El Conocimiento que daba la Sabiduría tenía sus frutos que eran, entre otros, el conocimiento, la sabiduría práctica, la capacidad de discernimiento y la voluntad de vivir entre Verdad y Justicia; aunque me avisó que la sabiduría práctica, es decir, la de andar por este mundo no era la que más se desarrollaba entre las personas que están inmersas en una búsqueda espiritual, al menos desde el punto de vista de quienes son materialistas, porque ninguno muere enterrado entre tesoros. Continuando con el texto, de “El Cantar de los Cantares” me hizo notar que la Sulamita, es decir, la imagen de la Sabiduría reconocía que era de piel morena porque la había mirado el sol. En este caso el sol era la Luz Total, la Divinidad, la esencia misma del Padre, frente al Padre porque emana de Él y, como cada uno de nosotros era poseedor de una chispa divina, éramos en esencia un poquito de Él. La Sabiduría estaba en nosotros mismos y sólo había que buscarla.

La verdad sea dicha, no sé por qué razón dije que el hecho de que la Sabiduría fuese morena por estar cerca de la Luz, me parecía un argumento traído por los pelos, y que nadie en su sano juicio daría validez a una cosa así; pero César se tomó un tiempo para contestar, como si estuviese evaluando el peso de cada uno de los conceptos que iba a exponer. Cuando tomó la palabra, su voz, a pesar del bajo volumen con el que fue modulada, resonó en mi alma sobresaltándome como un trueno brutal en mitad de una mañana soleada. Me dio la razón con una ironía, evidentemente cruel, diciendo, sin tiempo para que saborease mi supuesto triunfo que por esa razón, porque era un argumento traído por los pelos, los Templarios, los romanís y tantos otros a lo largo del tiempo habían buscado representaciones de vírgenes y santas negras. Estaban equivocados, todos ellos, y yo tenía toda la razón. Luego, dejando que me consumiera en el ridículo más insoportable, siguió hablando de “El cantar de los Cantares” como si nada hubiese sucedido.

Con el texto entre los labios fuimos recorriendo los versos de aquella obra increíble llegando, ayudado por el anciano, a conclusiones que por mi parte nunca hubiera podido descubrir sin la colaboración desinteresada de una persona tan desprendida, tan sabia y amable como aquel catedrático de la existencia humana que estaba de vuelta de la vida. Por medio de sus palabras descubrí cosas sorprendentes⁶⁴.

Es como quienes buscan al Padre, que es una Fuerza intangible, en un mundo hecho de materia y, al ser incapaces de hallarlo niegan su existencia porque, según ellos, no lo han visto; no se dan cuenta que la prueba más clara de la existencia de un Padre, de una Fuerza Benéfica somos nosotros mismos y nuestro entorno. Incluso aceptando el postulado de algunas personas empeñadas en afirmar que descendemos de culturas extraterrestres residentes en otros planetas, lo único que cambiaríamos sería la incógnita del planeta de origen; aún en el caso de que descendiésemos de alienígenas y se probase, quedaría el enigma de saber quién los creó a ellos. Al menos se confirmaría científicamente, de manera definitiva, que no descendemos del mono lo que de hecho a veces parece verdad si miramos a nuestro alrededor. Si somos extraterrestres es porque nuestros orígenes no son de este planeta carnal, tenemos un origen espiritual, y el mismo Yeshuah de Nazareth lo reconoce diciendo: “Mi reino no es de este mundo”.

Mientras escuchaba a César, la cotidianidad se difuminaba alrededor de ambos. Era como si estuviéramos dentro de una burbuja inmaterial, construida con silencio y abstracción, en la que ni los insectos de la cercana selva eran capaces de entrar para molestartos con sus picotazos.

Oír de su boca palabras sencillas que desvelaban muchos misterios aparentemente inexplicables, era al tiempo fascinante y aterrador. Conceptos que eran como castillos fuertes construidos

⁶⁴ Si la Sabiduría se acercase más a la ciencia, a la cultura humana, en lugar de ser inasequible para quien no está decidido a iniciar una búsqueda total, sería más fácil llegar a ella; pero desde el principio de los tiempos los hombres han intentado encontrar la Sabiduría en el fondo de unos mecanismos que ellos mismos han fabricado, con sus propias manos, y como no la encuentran, juran que la cultura, la sabiduría humana es la única que existe.

en roquedales inabordables, se rendían ante la simplicidad de sus reflexiones sin apenas esfuerzo de comprensión por mi parte. Seguir los diálogos entre la Sabiduría y el iniciado en aquel poema magnífico, desde un punto de vista tan diferente a los otros, me daba fuerza para interesarme aún más en aquel escrito críptico que comenzaba a hipnotizarme.

El hecho de que apareciesen en los versos alusiones explícitas a elementos como las manzanas, las ciervas, los corzos y las pasas, que a mí me parecían parte inútil del poema, o adornos poéticos que escondían la realidad del ritual, se convirtió en labios de César en la posibilidad de que fueran elementos físicos necesarios para la realización física del mismo.

De cualquier modo, casi todas las frutas citadas en los versos, tenían una gran carga simbólica que se había reforzado o modificado con el paso de los siglos.

Nociones tan difíciles de explicar tales como la Verdad o la Justicia, se volvían diáfanas bajo su impecable, y siempre documentado análisis, a pesar de que la Verdad no puede conocerse por completo, por mucho que se intente, en un mundo basado en la mentira, en un universo básicamente denso como es el que nos aloja; lo intangible no se puede ver más que con los ojos del alma, pero podemos conocer los Secretos del Conocimiento para que nos acerquen lo máximo posible a la Verdad⁶⁵.

Realmente hay muchas verdades cubiertas por la mentira de la educación humana actual que está pensada para torcer las enseñanzas espirituales, para tapar unas verdades que, según nuestros “mentores” no deben ser conocidas por el común de los mortales. No todas las enseñanzas en general; pero sí las más importantes como son la Historia, la filosofía, una gran parte de la medicina y la antropología.

⁶⁵ Si muchas de las cosas que se explican no se entienden con facilidad es, en resumidas cuentas, porque la gente no quiere verlas desde una perspectiva neutral o tiene miedo de hacerlo debido a la educación que han recibido; casi siempre, antes de enfrentarse a una opinión ajena, tienen tomada una decisión al respecto y no son capaces de cambiarla porque están predispuestos, prejuzgan, aún antes de escuchar otra verdad que, aunque no sea suya, no deja de ser una verdad.

Posiblemente, si estuviera viviendo en medio de la sociedad, si debiera acudir a un trabajo para poder alimentarme viéndome en la obligación de ser políticamente correcto, no expresaría estas reflexiones en voz alta; quizás por éso estoy mejor aquí, solo, sin necesidad de guardar las formas ni de limitar mi libertad de pensamiento.

De todos es sabido que la historia la escriben aquellos que vencen en la guerra o en la política y que, además, no se avergüenzan al cambiar los libros de texto que estudian nuestros jóvenes en el momento que tienen ocasión. Yo que tuve la oportunidad de estudiar en España y en Francia recibí cantidades ingentes de datos históricos sobre el general Franco, los conquistadores, Colón, Napoleón, Juana de Arco o De Gaulle; pero Simón Bolívar, un señor que inició una guerra contra los españoles, en Sudamérica ocupa cientos de miles de páginas en libros históricos, en novelas y en libros de texto. Napoleón, por el contrario, no deja de ser en América del Sur un personaje al que se oye nombrar pero del que no se conoce casi nada⁶⁶.

En la filosofía es mucho más fácil mentir sin ser descubierto porque siempre se deduce a partir de supuestos que no tienen bases sólidas o probadas; es como fundar un edificio sobre un terreno inexistente que, más temprano que tarde, caerá con estrépito entre nubes de polvo amargo, cuando llegue otro filósofo que demuestre lo contrario.

Además la filosofía es manejable, manipulable y deformable hasta el infinito. Como ejemplo es suficiente recordar que la filosofía del Maestro Jesús de Nazareth fue convertida en una religión que, hoy, está difundida por todo el mundo. La filosofía mani-

⁶⁶ La historia, que muchos escriben con mayúscula para devolverle cierta credibilidad que en realidad ha dejado de tener, se ha redactado en la mayoría de las ocasiones por encargo de los gobiernos que detentaban el poder y se ha retocado, una y mil veces, hasta hacerla irreconocible para quienes la vivieron. El hecho de que algunos dirigentes islámicos no acepten el holocausto judío, del que todavía quedan supervivientes, el hecho que se niegue sistemáticamente la brutalidad de dictadores, aún con vida, por parte de sus más acérrimos seguidores, hace suponer que, si éstos volvieran al poder cambiarían los libros de texto y la historia, se vería de manera diferente de como sucedió en realidad, favoreciendo las ideas gubernamentales, denostando aquellas de la oposición, sin importar quién tenga razón. La verdad descarnada no interesa a nadie más que a quien busca la Justicia y, la historia que conocemos, la que nos han enseñado, es sólo un retrato idealizado, deformado, de lo que sucedió en realidad.

pulada es una especie de terreno abonado para desarrollar teorías que no deben estar sustentadas de manera forzosa puesto que se refiere a cosas intangibles.

Si se habla de teología, aparecen cientos, miles de dioses, santos, vírgenes que han dado origen a una u otra teoría. Entre todas las religiones han construido un dios brutal, castigador, vengador y celoso de sí mismo; no se dan cuenta de que Dios no está hecho a imagen y semejanza del hombre sino todo lo contrario. Pero no es que dios tenga manos, ojos, brazos y pies, sino que nuestra conexión con él se cifra en que tenemos la capacidad de evolucionar espiritual y mentalmente en busca de la perfección, ayudados por nuestra parte divina. Lo que nos hace diferentes a todos los seres de la Creación no es la palabra, como sostienen algunos, sino las preguntas que nos hacemos sobre lo que hay después de la muerte.

Por su parte la antropología ha construido una teoría sobre el origen del hombre basada, únicamente, en unos pocos restos encontrados y, a partir de estos mínimos indicios desarrollan todo un complejo entramado sin ningún tipo de prueba. De ahí que para unos descendemos de los monos, para otros somos creación de un dios y, para otros, aparecimos porque sí ¿Qué es más creíble? ¿Que a partir de una bacteria evolucionaran desordenadamente las moléculas hasta terminar apareciendo los monos que dieron origen al hombre? ¿Qué aparecimos espontáneamente en el mundo? ¿Qué de un muñeco de barro salió el hombre y de una de sus costillas la mujer? Sin importar lo que se piense, siempre habrá una teoría para probar que se tiene razón y otra para defender precisamente lo contrario.

En cuanto a la medicina, no es en su totalidad una mentira; parte de la ciencia médica, la del cuerpo, la de la parte física, se basa en experiencias de muchas generaciones y evoluciona poco a poco. Me refiero a los supuestos médicos de seres invisibles: Psiquiatras y psicólogos.

Los primeros porque, sin conocer el mecanismo del pensamiento humano, pontifican sobre algunas enfermedades, que tienen nombre porque las bautizan ellos, sin tener la menor base para sustentar lo que dicen. Aseguran curar con elementos sólidos, tangibles, medicamentos alucinógenos, psicofármacos y otras indecencias por el estilo, males que son invisibles; es como si

alguien te dijera que aplica una pomada sobre la nada y con eso ya estás sano. Lo malo es que reconocen no saber casi nada del funcionamiento cerebral y, a pesar de todo, se alzan como autoridades en el tema. Su virtud médica estriba en atontar químicamente a los pacientes para que no molesten a los demás.

Los psicólogos no son médicos y por lo tanto su función no es la de sanar a nadie; de lo único que se ocupan es de unificar comportamientos, de aunar conductas para que, los afectados que tratan, tengan un proceder social aceptado por la mayoría. Desde mi punto de vista, por supuesto sujeto a error, son los encargados de masificar los pensamientos y las conductas para que todos recapacitemos y obremos uniformemente en la sociedad.

Cada vez que ha salido este tema en una conversación he recibido insultos, me han agredido verbalmente, han abandonado la conversación dejándome con la palabra en la boca; pero nunca han razonado conmigo hasta convencerme de lo contrario. Incluso me han dicho que necesito ir al psicólogo porque estoy enfermo. Se me ocurre a bote pronto que lo más grave de todo debe ser, como sucede a menudo, si un psicólogo necesita de atención psicológica; sería como rizar el rizo de lo imposible. A pesar de todo, los psicólogos, realizan una gran labor social para aquellos que no tienen la capacidad de enfrentarse consigo mismos en busca de soluciones a sus problemas.

Ser tratado por un psiquiatra supone condenarse al atontamiento químico porque no hay solución en la densidad, en este mundo, para los desequilibrios espirituales. Hablar con un psicólogo, por el contrario, supone un desahogo para el alma, para el espíritu ya que, por el simple hecho de ser escuchados, muchos mejoran; pero no es una técnica nueva ya que los católicos consiguen los mismos efectos con la confesión y, los antiguos chinos, lo hacían revelando sus trasgresiones a un agujero practicado en el suelo que luego tapaban con tierra. En una sociedad que no esté enferma no hay individuos que requieran de cuidado psicológico.

El sol va camino hacia su refugio, más allá de la selva; los animales se preparan para el relevo diario y, mientras unos buscan refugio, los cazadores nocturnos se desperezan para iniciar la dura tarea de sobrevivir hasta el amanecer siguiente. En medio de esta

paz que no es del mundo en que vivimos, es mucho más fácil reflexionar sin tener que guardar la debida corrección ante los demás. El efecto liberador que produce la lejanía, la falta de lazos sentimentales que me aten a las personas me hace ser más frío, más duro con los demás y conmigo mismo. Al no tener que guardar las formas para no ofender, puedo pensar cuanto quiera sin miedo a herir y, éso, me hace totalmente imparcial, aunque no garantiza que esté en posesión de otra verdad que no sea la mía: mi forma de pensar y ver las cosas.

Ya me he vuelto a perder en mis elucubraciones; se ve que la edad también influye en el devenir de los recuerdos y, a veces, quiero llegar tan al fondo de las cuestiones que, por tener en cuenta todos los detalles de lo que he podido aprender, complico los conceptos hasta el infinito.

Estaba recordando mi última tarde con César.

Haciendo un resumen muy drástico todo “El Cantar de los Cantares”, dijo, es una imagen de la relación entre el iniciado y la Sabiduría, machaconamente repetida, como si Salomón quisiera grabarlo a fuego en la memoria de quien lo lea; pero la frase que cierra una parte del poema, los versos finales de esta sección son claros. Textualmente dice: “Algo así como la reunión de dos campamentos”. Significa la unión total en el iniciado, la armonía del mundo espiritual y del carnal. En los versos que no entendía estaba la clave de lo que estaba buscando y, como no podía ser sino mía, César no pudo hacer nada más por mí.

A partir de ese momento, debía seguir solo; pero debía tener en cuenta que la primera parte del poema estaba llena de símbolos mientras que la segunda mitad parecía pura poesía. Salomón, el hombre más sabio del Universo, no estuvo perdiendo el tiempo al escribir todas esas palabras; si se escondía un símbolo y un ritual, lo más lógico es que si el simbolismo estaba escondido entre líneas, el ritual debía estar oculto en la totalidad de los versos pero era yo quien debía descifrarlo.

Lo que vino después me puso el alma en el filo de una cuchilla de afeitar helada ya que César dudaba que yo estuviese en perfectas condiciones de poner toda mi atención en la tarea; algo le decía que en mi alma anidaba un veneno potente que me estaba

corroyendo por dentro, sin dejarme un resquicio por el que pudiese entrar la paz que necesitaba para terminar el trabajo que debía realizar para la Krís Romaní.

Ante mi expresión de extrañeza me dijo que llevaba toda una vida, quizás demasiado larga, conociendo a personas muy especiales como yo mismo; tenía la impresión de que un dolor me desmenuzaba el corazón como una ponzoña y, hasta que no acabara con él, no podría ser la persona idónea para desentrañar aquella especie de acertijo. Me dijo que necesitaba ayuda urgente para sacar aquel peso de mi alma y que debía buscar en la carretera de San Félix a Upata, muy cerca de esta última población, el restaurante “El Virunte” y preguntar por una mujer a la que llamaban Chana. Añadió que debía esperar durante un par de meses porque, ella estaba de viaje en la República Dominicana, visitando a su familia y me aconsejó que aprovechara ese tiempo para ir al mar, para volver a la naturaleza. Al parecer había una playa muy linda en Bocas de Yaracuy y, según sus palabras, quizás me sucediera algo agradable que no esperaba.

Nos levantamos del suelo, nos sacudimos los pantalones, estiramos las piernas anquilosadas de estar tanto tiempo sentados y, con paso lento, nos dirigimos hacia el pueblo.

Los dos sabíamos que, desde el momento en que nos despediéramos, no volveríamos a vernos jamás y aquella circunstancia me entristecía más de lo que deseaba reconocer; a la mañana siguiente, yo tomaría a primera hora la avioneta hasta Puerto Ayacucho para seguir con mi tarea, mientras que César comenzaría su travesía hacia el río Ventuari para aislarse definitivamente de un mundo que no le gustaba en absoluto. Justo ante la puerta de la habitación que había alquilado para dormir, nos abrazamos fraternalmente. César dijo, a guisa de despedida, cuando ya se había alejado unos metros, que había sido una tarde mágica sobre todo si teníamos en cuenta que desde hacía tres horas habíamos estado leyendo la Biblia en plena noche y sin luz artificial. Miré asombrado mi reloj que marcaba las diez de la noche, y entonces me di cuenta de que las luces del pueblo estaban encendidas desde hacía mucho tiempo.

De nuevo, la Magia que imperaba en este mundo, me había sobrepasado. De manera inexplicable habíamos estado leyendo

sin necesidad de luz artificial. Es seguro que el ser humano tiene acceso a ciertas parcelas desconocidas para efectuar encantamientos cuando realmente lo necesita. Muchas de las personas que hablan de suerte, de circunstancias favorables que inopinadamente les han sacado de un apuro, están negándose la Magia a sí mismos porque, en este mundo, según nuestros soberbios científicos, nuestros orgullosos teóricos del saber humano, sólo creen en los hechos milagrosos los que carecen de cultura, los pobres de espíritu, o sea, los únicos que según el Maestro de Nazareth serán elegidos para conocer lo escondido.

* * *

(Oasis de Siwah, Egipto, año 331 antes de Cristo)

...tratando de no despertar a Hefestión, su amigo y amante, que dormitaba ajeno a las preocupaciones que perturbaban el alma del rey impidiéndole dormir profundamente. Alejandro, hijo de Filipo de Macedonia, el mismo al que la Historia le concedería el adjetivo de “Magno”, todavía confuso por la brutal vorágine de acontecimientos inusuales que había vivido durante las últimas horas de su corta vida, abandonó sigilosamente su lujosa cama de madera tallada con incrustaciones de ébano y marfil, dejando que sus ojos miraran, sin ver, los finísimos lienzos blancos, primorosamente bordados con motivos geométricos, recamados con hilos de oro, que separaban en diferentes departamentos todo el interior de su tienda. Lujosas alfombras que formaban parte del botín arrebatado a sus enemigos, habían sido dispuestas en capas superpuestas para que sus pies no tuvieran que caminar sobre la molesta arena que se metía entre las plantas de los pies y la suela de las sandalias.

Después de beber un largo trago de vino, sin diluir en agua como desde hacía algún tiempo era su costumbre, despabiló algunas de las lámparas que iluminaban tenuemente la estancia y se apoyó en una de las columnas de madera cuidadosamente talladas que servían de soporte a las anchas tiras de cuero repujadas, unidas entre sí por pasadores de bronce, que constituían su morada durante la monumental campaña que llevaba a cabo en Egipto. Con un

gesto parecido al de un amante devoto pasó suavemente la mano por aquellos adornos cuidadosamente simétricos, escrupulosamente trabajados, hechos a base de perlas, además de algunas piedras preciosas de mucho valor, sintiendo en su piel el agradable tacto de las superficies cristalinas pulidas hasta el agotamiento. Estiró su mano y acarició el cráneo de cristal de cuarzo, que presidía orgullosamente una mesa finamente trabajada; en su pulida superficie jugueteaban las luces de los candiles dando la engañosa impresión de que se movía ligeramente en todas direcciones. Las noches, desde siempre, le habían parecido largas, inútiles, pero aquella en especial se le estaba haciendo interminable; reconoció que echaba de menos la compañía de su maestro Aristóteles, siempre dispuesto a disertar sobre todo lo divino y lo humano a cualquier hora. Intentó dirigir sus pensamientos hacia lo que había sucedido la noche anterior, dándose cuenta tras varios intentos que su capacidad de concentración era totalmente nula.

Sentía el cerebro embotado, desorientado, como si estuviera sufriendo una resaca brutal. En un chispazo de lucidez observó que había permanecido inmóvil durante largo rato, apoyado en la misma columna.

Sacudiéndose la desidia que le desmenuzaba la voluntad, como los gusanos a un cadáver, decidió que la mejor manera posible de esperar el amanecer sería dar un paseo por el campamento. Al apartar la gruesa cortina que hacía la función de puerta para ocultar el interior de la tienda a las miradas indiscretas, el agradable ambiente de la noche templada le acarició la piel con delicadeza.

La luna, que parecía llenar por completo el cielo, le daba al enorme número de tiendas que formaban el campamento un aspecto fantasmagórico, como si se tratase de una ciudad abandonada por la totalidad de sus moradores después de una plaga catastrófica que hubiese sido desencadenada por uno de los múltiples dioses, menores, tristes y envidiosos, moradores despreciados en los suburbios del Olimpo; parecía como si las tiendas estuvieran fabricadas con la misma neblina que las arrojaba dotándolas de una apariencia irreal, de un semblante anacrónico e intemporal. Daba la impresión que el campamento se había levantado en ese lugar hacía muchos eones

y, al mismo tiempo, tenía esa fragilidad desesperada de lo que se construye para no perdurar en el tiempo. Los gritos de Calístenes, el sobrino de Aristóteles, que reclamaba a voces tinta para escribir su informe diario, a duras penas fueron capaces de distraer por un instante sus ensoñaciones.

Tan profundo era su ensimismamiento que no advirtió cómo, a muy poca distancia, dos hombres de entre los más importantes de su comitiva contemplaban extrañados el paseo nocturno de su joven rey. Uno, Filippos, amigo íntimo de Alejandro a la vez que su médico personal, movía negativamente su cabeza con un gesto desesperanzado. El otro, llamado Parmenión, príncipe por nacimiento y el mejor estratega que servía en el ejército macedonio, echaba disimuladamente mano a la espada mientras hacía una señal a los hoplitas que estaban de guardia para que permanecieran atentos a proteger las espaldas del monarca.

Alejandro caminó por entre las tiendas en medio de un silencio sólo roto por los recios ronquidos de aquellos hombres que dormían su fatiga y su embriaguez sin temores. Una vez fuera del campamento, después de cruzar la línea de carros y tiendas que habían montado los comerciantes y las prostitutas que seguían habitualmente al ejército, se acomodó sobre el suelo, frente a la inmensa luna, apoyando su espalda en un montón enorme de piedras, levantadas a lo largo de muchos años con la aportación de cada uno de los viajeros que llegaban al oasis. Daba la impresión de que Alejandro buscaba, de manera inconsciente, que la pálida luz disipase las tinieblas que envolvían su comprensión.

En su cerebro bullían cantidades ingentes de ideas inconexas que parecían no tener más misión que llevarlo, por caminos nunca antes descubiertos, hacia la locura total. Sentía como si todos sus fantasmas pasados, presentes y futuros, tomaran cuerpo en su mente para reírse de su manifiesta debilidad, danzando alrededor de su consciencia, a semejanza de los sacerdotes oficiantes de los cultos dionisiacos que, alucinados, borrachos de vino y exhaustos de sexo, se tambaleaban durante la celebración de sus ceremonias con movimientos carentes de coordinación.

Por un momento dudó que existiese en todo el Universo conocido alguien capaz de revelarle lo que realmente había vivido en el

santuario de Ammón, que se erigía orgulloso a un lado del oasis, desde que el sumo sacerdote lo recibiera llamándole hijo de dios, señor de ambos países y buen dios, hasta que salió del templo, su cabeza coronada con los cuernos del carnero que le identificaban como dios y rey, como encarnación viva e hijo de Zeus, Ammón y Osiris; pero si había una persona capaz de explicarle claramente el significado de las experiencias que había vivido, Salubha, su vidente y sumo sacerdote, que ya lo había sido de su padre Filippo junto con Aristandro de Telmeso, era el único que podría aclararle las dudas que encadenaban tortuosamente su alma, que le estaba administrando en aquellos momentos una dosis masiva de congoja espiritual, miles de veces más dolorosa que el mismo cauterio ¡Dioses, cómo deseaba que Salubha estuviese allí para desahogar su alma! Aún a pesar de conocer desde hacía mucho tiempo los poderes de los que ya había hecho gala con anterioridad, Alejandro no dejó de sorprenderse por mi súbita aparición a su lado.

Surjo de la nada con sólo haber deseado Alejandro mi presencia; así de sencillo para mí, pero tan difícil de entender para quien no estuviese inmerso en la búsqueda. Durante unos momentos contemplamos juntos la enorme luna que decora el cielo sin cruzar ni una sola palabra; al rato, Alejandro, el Magno, el recién coronado rey bicorne, el ambivalente, hombre y mujer al mismo tiempo, el señor de las dos orillas de la existencia, comienza a desgranar un rosario de palabras. Más que una confesión, parece una reflexión en voz alta que no espera ninguna respuesta.

—Al entrar en el santuario sentí un contacto frío justo debajo del ombligo. Fue tan brutal, tan sorprendente, que me tambaleé aturdido durante algunos segundos, como si estuviera totalmente borracho, hasta que pude apoyarme en una de las paredes de aquella especie de pasadizo lóbrego. De los huesos me nació un frío mortal y, por un momento, tuve la extraña sensación de ser, al mismo tiempo, una y muchas personas; algo así como si en mi cuerpo convivieran las almas de todos quienes yo había sido y las de los que podía llegar a ser. Una extraña criatura que parecía no tener esqueleto y se arrastraba penosamente como los gusanos, me instó a seguirle sirviéndome de guía por algo parecido a un laberinto subterráneo en ruinas que podía ser, perfectamente, el lugar en el que encontraban su fin todos los seres de todos los Universos.

Escucho atentamente de labios de mi rey el relato de las visiones que había experimentado, y hago una pregunta para centrarme con más precisión en la escena que visualizaba Alejandro.

—¿Cómo eran las paredes de aquel laberinto?

—*Eran unos muros maléficos —la voz de Alejandro suena temblorosa, como si todavía le afectaran las sensaciones que había vivido— de los que nacían increíbles bocas parlantes por cuyos dientes, que parecían hechos de hielo, brotaban historias, contadas en mil lenguas humanas y divinas, relatando sacrificios masivos, contaban hechos sucedidos en guerras por llegar, con millones de hombres y mujeres muertos; pero lo más desagradable de todo era la fetidez del ambiente que se asemejaba a la del campo de batalla después de la pelea: una ofensiva mezcla de olor a sangre a vísceras expuestas al sol y excrementos humanos. Después me deslicé por una especie de tubo cuyo interior estaba recubierto de una materia viscosa, como si fuese un enorme intestino, y caí sobre un montón de paja podrida en una sala en la que había unos hombres con unas vestimentas asombrosas.*

—¿Recuerdas cómo iban vestidos esos hombres que viste? —pregunto—.

—*No los olvidaría aunque quisiera, Salubha. Llevaban las piernas enfundadas en unos tubos de tela negros, que se ensanchaban a la altura de las rodillas, para ajustarse después en las pantorrillas. Sobre unos extraños mantos, también negros, cerrados con prendedores de oro, exhibían adornos hechos de metal; del cuello les colgaban cintas con cruces metálicas negras.*

—¿Puedes decirme qué hacían esos hombres en aquella sala, Alejandro?

—*Por supuesto. Formaban grandes piras a las que eran arrojados vivos muchos seres humanos que parecían emitir un resplandor sobrenatural. En una de las hogueras arrojaron a unos hombres, que se retorcían atormentadamente y emergían braceando ferozmente por entre las llamas mientras aullaban a coro, desgarradamente, su dolorosa tortura. De pronto, todo se desvaneció en el aire helado —Alejandro se mueve inquieto antes de seguir con su relato— y al instante aparecí dentro de un cuarto oscuro donde*

pude ver cómo unos hombres vestidos de negro colgaban a un hombre por las muñecas y le golpeaban sin piedad. Quise ir en su ayuda para librarle del tormento; pero cuando llegué a su lado me preguntó si había entendido las canciones y, como le dije que no comprendía lo que me quería decir, sonrió y se abandonó a su suerte cerrando los ojos.

Alejandro, visiblemente alterado por el relato, guarda silencio mientras se retuerce las manos nerviosamente. Después de un mutismo eterno, que no quiero romper, el rey macedonio sigue contando sus visiones.

—Siguiendo al contrahecho ser que me guiaba sin decir palabra, llegué a un arenal en el que una multitud plañía en mis funerales lamentando mi propia muerte. Me vi muerto, Salubha; a pesar de ello, no sentía ningún dolor. Después de que encerraran mi cadáver, en un panteón bellissimo, los dioses desencadenaron una tormenta gigantesca que hizo desaparecer el mausoleo para que nadie supiese dónde se encontraba sepultado mi cuerpo.

Se nota que Alejandro está muy nervioso porque, además del sudor que perla su piel, no puede permanecer inmóvil. Hago un gesto imperceptible con la mano derecha para calmar la inquietud que siente el rey, el mismo ademán que aprendí de mis Maestros, hasta que él decide seguir con la narración; pero sus palabras, el tono con el que emite su voz, demuestran que se halla mucho más sereno.

—Estando acostado en mi tumba, aislado de toda sensación, se me acercó un hombre que me ofrecía resurgir a una nueva vida si podía cumplir una tarea y me mostraba una especie de matriz, en la que debía entrar para renacer, hecha con unos extraños pergaminos que, en lugar de palabras, contenían hileras de perlas y piedras preciosas. Quise alcanzar aquel lugar; pero, para que se me permitiese la entrada en él, debía entender el significado de las perlas y piedras preciosas que llenaban los pergaminos. Por muchos esfuerzos que hice, me fue imposible introducirme y, como no lo conseguí, me sacaron de la tumba cuatro hombres cuyo rostro no tenía ni ojos ni boca. Entre los cuatro me llevaron al borde de un pozo lleno de palabras, guardado por dos serpientes que se devoraban mutuamente formando un nudo imposible, del que surgió la figura

de un hombre alimentándose de la sangre divina que manaba a borbotones por las venas abiertas de algunos dioses, suspendidos de un cielo hecho con plomo derretido.

—¿Qué sucedió después, Alejandro?

—*Los mismos hombres que me habían llevado hasta ese lugar, me sacaron a un espacio abierto donde muchos reyes y dioses menores, acompañados de un cortejo triunfal, me saludaron como se suele hacer con un hermano, o con un viejo amigo, asegurándome que a partir de entonces sería inmortal. En aquel momento el cielo y la tierra se unieron formando un solo universo, sobre el que me colocaron los dioses, mientras la luz que nos iluminaba iba desapareciendo poco a poco. Lo siguiente que recuerdo es que estaba a las puertas del santuario y el sumo sacerdote me adoraba. Entonces, salía el sol.*

Dejo que el rey se recupere por completo antes de tomar la palabra porque adivino en sus ojos la enorme agitación de su espíritu y no conviene que escuche lo que tengo que decirle en ese estado; cuando lo hago, modulo mi voz, como aprendí hace muchos años para influir en las personas, hasta hacerla grave, solemne.

—*Crees ser el rey de ambas orillas de la vida, porque aquellos que están a tu lado quieren convencerte de ello y, para quienes sólo han oído hablar de ti, lo eres; pero tú intuyes y yo sé, que no es cierto. Aunque la pequeña leyenda de estos sacerdotes aduladores se empeñe en recordarte como un gran rey eternizado en el tiempo, como un viejo sabio que de ningún modo llegarás a ser, sólo eres el producto vivo del sueño del que Olimpia, tu madre, es sólo una pieza más. A pesar de lo que quieran decir estos falsos mediadores de lo sobrenatural, no podrás reinar sobre ambas orillas de la existencia; sólo quien consiga descifrar el sentido de las palabras escritas por un sabio, las que se esconden tras un poema de amor, tendrá acceso a esa recompensa.*

Como veo que Alejandro hace un movimiento brusco para iniciar una protesta, detengo el intento con un gesto enérgico de la mano para seguir hablando, aunque lo que debo decir no será agradable para el rey.

—Escucha bien, Alejandro, porque de lo que decidas después de oír mis palabras, depende tu futuro. Has sido, eres y serás una aspiración de los sacerdotes egipcios y de los reyes persas que, desde siempre han querido hacer un imperio que tuviese los pies en los dos lados del mar; uno en Egipto y otro en la Hélade. Mi señor, tu padre, el gran Filipo de Macedonia, fue convencido por lenguas venenosas para que viniese a este oasis para buscar una esposa que fuera capaz de concebir un heredero que continuase con su proyecto de unificar la Hélade, mientras que a Olimpia, la mujer que te concibió, la prepararon para que lo conquistase y, por eso, le estaba esperando con toda la sabiduría de las prostitutas sagradas entre sus piernas abiertas; pero has pasado a ser un problema, para quienes pensaban manejarte, porque te has convertido en un líder para tus hombres y piensas por ti mismo. A pesar de todo aún siguen manejando tu campaña y lo harán hasta que les interese.

—¡Cómo que manejan ellos la campaña —la voz de Alejandro es como un latigazo rabioso en la noche—insensato! ¿Acaso ellos se ponen al frente de mis falanges para ganar los combates? ¿Son ellos quienes hacen prisioneros a los reyes y a los nobles que osan enfrentarse al poder colosal de mi ejército? ¿Son ellos capaces de dominar a los guerreros más famosos del mundo con una sola mirada como yo lo hago a diario? ¡Responde, Salubha!

—Aplaca tu ira, rey —respondo—. Si pensaras con más frialdad te darías cuenta que, cuando llegaste aquí, casi sin recursos, tuviste la suerte de capturar dos carros llenos de oro que pertenecían a uno de los nobles de la Corte. ¿Crees que todo fue una casualidad? ¿Acaso eres tan inocente o tan inconsciente como para creerlo? —callo un momento esperando alguna reacción a mis palabras, por pequeña que sea, pero al no obtenerla respondo yo mismo a la pregunta—. Los pusieron en tus manos para que pudieses pagar a tus tropas que ya empezaban a murmurar a tus espaldas porque no tenían oro ni plata. Entiende que no fue el azar ni el designio de los dioses los que pusieron aquellos talentos de oro y plata en tus manos, sino una intriga que los sacerdotes egipcios habían tramado detalladamente con tu madre que, ahora, está más interesada en alcanzar una cuota de poder que cree merecer.

Alejandro baja la cabeza y parece reflexionar sobre lo que le estoy diciendo. Si tenía en cuenta los golpes de suerte que había tenido, sobre todo al principio de la campaña, podía sospechar que había intereses oscuros que movían los hilos a su antojo; pero, a pesar de mis palabras, no tenía ni la más remota idea de quiénes podrían ser, ni por qué motivos lo estaban haciendo; lo único que sabía era que Olimpia había tramado con Demóstenes el asesinato de Filipo de Macedonia para que Alejandro pudiese reinar. Su pregunta suena falta de fuerza.

—¿Quién está interesado en que gane esta campaña, Salubha?

—Demasiada gente, Alejandro; muchas más personas de las que podrías sospechar.

—¿Alguien en concreto aparte de mi madre y los sacerdotes de Ammón que están en el oasis?

—Para responderte a esta pregunta debo ponerte al corriente de una historia que no conoces y que te sorprenderá ¿Prestarás atención a cuanto te diga?

—Sí; lo haré.

—No sé si has oído algo del rey Salomón, pero es preciso que te hable de él. Fue el monarca más sabio que han conocido los hombres, porque su sabiduría le había sido dada por el dios de los hebreos. En una época en que la verdadera Magia se estaba perdiendo, los magos eran poco más que farsantes dedicados a emblesar a las multitudes con sencillos trucos, Salomón tuvo acceso a un secreto, conservado por una casta de sacerdotes pertenecientes a los Pueblos Libres desde los tiempos más remotos de la existencia humana. Como el secreto no debía ser revelado a la humanidad, aconsejado por uno de mis antepasados, lo escondió entre los versos de un poema de amor para hacerlo inasequible a quien no estuviese iniciado en las Artes Ocultas.

—Y ¿qué secreto es el que esconde ese famoso poema —pregunta el rey Alejandro de Macedonia con evidente interés— puede saberse, vidente?

—Ni más, ni menos, que el de acceder a la Sabiduría por medio de un rito ancestral. Aquel que sea iniciado siguiendo el ritual, tendrá abiertas las puertas del Conocimiento Universal.

—¿Tú podrías iniciarme, Salubha?

—No, Alejandro. Para que la iniciación se realice de acuerdo al ritual, debe ser hecha, en tu caso, por una mujer; sólo una persona de sexo diferente al del iniciado puede llevar a cabo la ceremonia.

—Entonces buscaremos, cueste lo que cueste, a una sacerdotisa adecuada para que me inicie.

—No creas que va a ser tan fácil, Alejandro —mi voz trata de hacerse amable por un instante—porque hay que encontrar el pergamino en el que están escritos los versos.

—Si sabes en qué lugar podemos hallarlo, no tienes más que decirlo y nos pondremos en marcha.

—Puedo decirte dónde puedes encontrar los pergaminos; pero para llegar hasta ellos tendrás que iniciar una larga marcha hacia el Oriente, y éso significa que estarás en peligro desde el momento en que intentes contradecir el plan que tienen preparado para ti quienes te han querido embarcar en esta aventura.

—No importa qué hagan los demás. Iremos.

—Me alegra que estés dispuesto a iniciar esta tarea; pero ¿te das cuenta de que puede irte la vida en ella? Nunca te perdonarán el que hayas echado a perder los planes que llevan poniendo a punto desde hace tanto tiempo y tu vida valdrá menos que nada.

—Poco me importa poner en juego la vida —dice Alejandro— si el premio es la Sabiduría ¿Dónde está ese pergamino?

—Está en Samarcanda guardado por Parysatis, una sacerdotisa de los Pueblos Libres que es la actual custodia del pergamino quien, además, puede ser la mujer elegida para officiar el ritual de iniciación.

—No hay más que hablar, Salubha. Daré las órdenes precisas y en unos días nos pondremos en camino.

No puedo sino esbozar una sonrisa ante la impulsividad de Alejandro, probablemente debida a su juventud, y decido ponerle en antecedentes sobre lo que debe esperar si aceptaba aquella tarea.

—Para llegar a Samarcanda debes derrotar definitivamente a Darío y tomar Persépolis para conseguir el oro que te permita con-

tinuar. Luego tendrás que viajar hacia Oriente hasta encontrar la capital que está cerca de una de las ciudades mágicas fundadas por Salomón. Sólo allí podrás encontrarte con Parysatis. No es tarea de un día, te lo aseguro.

—Bien, vidente; pero cuanto antes empecemos, será mejor para todos ¿no es cierto?

—Quizás tengas razón, Alejandro; pero una vez terminado el ritual comprenderás muchas cosas que no te gustarán. Además tu vida, como te he dicho, estará en peligro desde el momento en que conozcas todos los secretos que te desvelará la Sabiduría.

—También es posible que la misma Sabiduría me enseñe a protegerme de todos mis enemigos.

Arrollado por el entusiasmo del rey de Macedonia, tengo que darme por derrotado; está muy claro que Alejandro partirá inevitablemente con destino a Samarcanda sin que le importen en absoluto todas las advertencias que le haga para impedirlo. Quizás por todo éso, y también porque estoy plenamente convencido de que cada cual debe escribir personalmente su propia leyenda, coloco mi mano sobre la frente del rey para darle mi bendición, al tiempo que mi cuerpo empieza a desvanecerse, hasta desaparecer por completo en la difusa luz del alba que comienza a quebrar las tinieblas, mientras el campamento empieza a despertar.

Muchas horas más tarde, cuando Alejandro y su ejército no son sino el resto de un bullicioso sueño en mi recuerdo, me sitúo frente a un recipiente de oro lleno de agua lustral, y conjuro a mis ancestros para que lleguen en mi ayuda. No tarda en iluminarse violentamente el interior de la tienda con un resplandor sobrenatural que parece emerger de la superficie del agua, tan lisa, que se asemeja a un espejo de cobre pulido hasta la saciedad.

Como suspendida en el aire, sobre el agua, está la imagen del mago Salubha, el amigo de Melquisedec, uno de mis antepasados más sabios, que me contempla con ojos benevolentes llevando en sus manos un extraño cráneo de cristal transparente que parece observarme desde el vacío abismal de sus cuencas huecas. De pronto, en la superficie del agua comienzan a sucederse las imágenes que relatan el futuro de Alejandro.

Lo primero que puedo observar, no sin el pánico pintado en mis ojos, es el lujoso palacio real de Persépolis ardiendo en el centro de unas llamas espirales hechas de odio, violencia y desesperación, veo claramente la conquista de Media, contemplo la derrota de los partos y puedo observar, atónito, la muerte de Darío apuñalado por Besso, el sátrapa de Bactriana.

A partir de ese punto las imágenes me muestran a un Alejandro, al borde de la locura más furiosa, asesinando al estratega Parmenión, el viaje infructuoso hasta la ciudad de Kandahar, casi en el borde del universo y la llegada hasta la ciudad de Samarcanda teñida con la sangre noble de Clitón, su hermano de leche y, hasta ese momento, amigo del rey.

De pronto la tranquila superficie del agua comienza a temblar de manera evidente hasta que se convierte en una tempestad marina en miniatura. Enormes olas, de apenas un palmo de altura, rompen con fuerza inusitada contra los bordes del recipiente, lanzando al aire quieto de la noche espumarajos de rabia; dos codos más arriba, suspendidos sobre el recipiente, terribles nubarrones descargan su ira, convertida en truenos y rayos que acompañan un soberbio aguacero empeñado en levantar grandes ampollas en la superficie agitada.

En los breves momentos de tregua que da la brutal tormenta, surgida de la nada, a la superficie del agua, puedo entrever, entrecortadas, unas imágenes de uvas, pasas, manzanas y monedas que son manejadas por una especie de mujer de piel oscura con el torso completamente desnudo que, según proclama su aspecto, parece poseer una dignidad que no puede venir de este mundo.

Conforme la tormenta arrecia, soy capaz de sentir cómo Alejandro es pasto de unos buitres que lo emponzoñan con su aliento venenoso hasta que lo veo, muerto, en la lujosa estancia de un palacio.

Un rayo surgido de las entrañas de la tierra, que muere deshecho en mil ramificaciones contra el mismo eje de los cielos, acompañado de un trueno violentísimo, rasga la noche en pedazos. El techo de la tienda desaparece, la cúpula celeste se ilumina como si el medio día hubiese avanzado su llegada, convirtiendo las estrellas

en lejanos puntos que desprenden una luz oscura, inquietante. Imágenes de hombres peleando entre sí con odio encarnizado, de seres humanos hiriéndose en los costados llenan el espacio; la sangre mana a borbollones de las lesiones que se producen entre ellos y se convierte poco a poco en una lluvia que fertiliza la reseca planicie del desierto. Puedo observar aterrorizado cómo brotan unos seres monstruosos en cada uno de los lugares que la sangre golpea el suelo.

Veo cómo los seres que surgen del suelo se dividen en dos bandos que forman en orden de batalla. Al poco, invocando nombres de dioses desconocidos por mí, se lanzan a una feroz batalla que se eterniza en el tiempo y en el espacio. Cuando más dura es la pelea, una voz surgida por entre las entrañas del cielo invoca el Nombre Oculto del Padre y los combatientes cesan en sus agresiones, dejando caer las armas en el suelo. Como presas de un conjuro silencioso, las armas se van convirtiendo en arados que, empuñados por quienes hasta hacía unos momentos guerreaban, labran un campo común que florece casi al instante, devolviendo las cosechas al ciento por uno.

En el momento en que se extingue el gran relámpago que ha llenado la tienda de luz, la noche queda en silencio; miro atónito hacia el techo de la tienda, que incomprensiblemente ocupa de nuevo su lugar y, al volver la vista hacia la superficie del agua lustral, puedo darme cuenta de que la tempestad ha cesado por completo en el recipiente. Vuelvo las palmas de mis manos al cielo, como se hace desde el principio de los tiempos para iniciar una plegaria, y descubro que se han convertido en materia translúcida a través de la que se puede ver perfectamente el suelo. De pronto, de mis manos se desprende una luminiscencia extraña, irreal que va llenando todos los rincones de la tienda que ocupó. Mi antepasado, Salubha, mira tiernamente desde algún lugar en el espacio insuflándome fuerzas para continuar con la tarea.

Bajo mis pies del comienza a temblar la tierra con tal violencia que se forma una brecha profunda, semejante a la herida producida por un lanzazo en el costado de un hombre, de la que brota sangre y agua; el trueno que estalla a continuación hace que todo el Universo palpite al unísono. Cuando el horrísono fragor del trueno

se diluye en la noche, todo queda en silencio; cerca del recipiente, a cientos de parasangas bajo mis pies, yace mi cuerpo, que ha perdido el conocimiento.

Algunas horas después de que hayan sucedido todos esos prodigios, el sol, que comienza a iluminar de manera tenue la planicie desierta, me sorprende, con los ojos cerrados, orando fervorosamente al lado del enorme montón de piedras. Una vez que doy por terminada mi plegaria, añado al montón existente un pedrusco de respetable tamaño, como lo hacen todos aquellos que llegan al oasis de Siwah desde tiempo inmemorial y encamino mis pasos a la humilde tienda que me ha estado cobijando durante todo este tiempo.

Ya me dispongo a colocar la carga en uno de los camellos que me sirven de transporte, cuando mis manos rozan el cofre hecho en ébano y marfil, adornado con elegantes incrustaciones de piedras preciosas, y lo abro para contemplar, una vez más, el delicado trabajo de talla de aquella piedra verde que forma la figura de una hermosísima estrella de seis puntas, construída con dos serpientes entrelazadas que se están devorando mutuamente.

Este talismán heredado de mis antepasados parece tener la increíble virtud de invocar a los que ya no están en el mundo. Apretándolo fuertemente en mi mano, convoco a todos los que han sido, a los que llevaban mi nombre, para pedirles una explicación sobre todo lo que he vivido la noche anterior; pero al darme cuenta de que yo mismo debo hallar la solución a todas esas dudas, aflojo suavemente la presión que ejerzo sobre la piedra verde y, tras colocarla en el fondo del cofre, aseguro los fardos a lomos del camello.

Cuando me dispongo a seguir el camino, pensando en aquella piedra verde que parece protegerme de todo mal, reflexiono en todo cuanto está cambiando la Magia y el conocimiento espiritual del hombre; los sacerdotes que se han atribuido el poder de comunicarse con otros planos, han convertido algo tan sencillo como el respirar en prodigios de difícil calificación, algo tan simple como la fe, en complicados rituales, en liturgias exclusivas conocidas por sólo unos pocos.

Estoy sintiendo una tristeza enorme en mi conciencia, sola en estos momentos de tribulación, hasta que del fondo de mi alma emana un rayo de esperanza que se atreve a iluminar la mañana por completo: Algún día el hombre será merecedor de los poderes que se le han otorgado desde el principio de los tiempos. Animado por esta idea, me pongo en marcha;

* * *

Esta mañana se presenta con la bruma poniéndole flecos al paisaje mientras el sol, como siempre, trata de ganar su lucha cotidiana para iluminar este grandioso escenario en el que vivo. He tostado café en la sartén vieja y ahora, con el sabroso brebaje en la mano, el único vicio que me queda, después de arreglar un poco los huertos, me enfrento con la diaria tarea del no—hacer, del meditar tranquilamente hasta que la noche se digne en poner fin a otra jornada que me acerca todavía más al final de mi trabajoso peregrinar en esta tierra que me ha servido de escuela.

Ayer anduve pensando en las horas que había pasado con César, en lo mucho que aprendí de aquel hombre excepcionalmente sabio, en los múltiples caminos de la verdad que me enseñó y en las innumerables puertas que logró abrir en mi pobre intelecto. En verdad, aquellas horas que me supieron a poco, fueron increíbles, por lo menos para mi evolución personal; pero sólo fue una preparación para lo que había de llegar después de que nos despidiésemos.

Aún no terminaba de acostumbrarme por completo a la incomodidad de los viajes largos en Venezuela, pero el madrugón con el que me había regalado la vida para abordar la avioneta se veía compensado sin ninguna duda por la belleza de la selva al amanecer, entre dos luces, que podía contemplar, justo en el asiento que ocupaba al lado del piloto, desde el mismo punto de vista que disfrutaban los pájaros.

Por entre la bruma matinal que cubría la vegetación exuberante con un leve encaje lechoso, como una mantilla rota en jirones, se abrían paso los primeros rayos de sol, confirmando al paisa-

je una extraña irrealidad, acorde con la resaca mental que sufría, desvelando algunos claros que parecían ser conucos⁶⁷ de los indios que aún habitaban aquellas tierras bajo la severa mano mercantilista de los Salesianos⁶⁸; pero aquel viaje ya era historia cuando llegué a Valencia⁶⁹, tras un vuelo a Caracas, desde Puerto Ayacucho, sin más historia que la del enorme cansancio que se iba acumulando en mis huesos.

Después de un breve regateo, más por seguir la tradición del país que por la necesidad de hacerlo, contraté los servicios de un desvencijado taxi que me llevó hasta Morón, donde comí algo en una pollera⁷⁰, descansé mientras tomaba café en una terraza muy concurrida y, casi al caer de la tarde llegué en un autobús hasta Bocas de Yaracuy.

Mirando en dirección a Tucacas, el pueblo parecía descansar tendido al lado izquierdo del puente que cruzaba sobre el río. Al costado derecho, la enorme playa rota por un curso de agua dulce que se entregaba mansamente al mar Caribe; sobre la arena, a muy pocos metros del río, se podía observar una construcción de troncos verticales en la que una especie de lona hacía las veces de paredes y techo. Sin pensármelo dos veces bajé por un estrecho camino y, tras cruzar bajo las copas de unos pocos árboles, salí a la playa y me dirigí a la cabañuela que había visto desde el puente.

El cobertizo estaba compuesto de tres ambientes cubiertos en cuya distribución se adivinaban las labores de una mano hábil.

⁶⁷ Huertos que se logran quemando parte del arbolado. esta forma de agricultura ha terminado con gran cantidad de árboles aunque su impacto es mínimo comparado con el de las industrias madereras.

⁶⁸ Esta afirmación no es gratuita. Cerca de Puerto Ayacucho (Venezuela), en las comunidades indígenas de Gavilán y La Danta, por nombrar sólo dos de ellas, los indígenas se ocupan en tornear cerámica, elaborar pan cazabe o fabricar muebles que son vendidos en Caracas y otras ciudades del país. La mayoría del trabajo de los indios es pagado con vales para el economato del pueblo, al que evidentemente surten los religiosos. En mi último viaje por Venezuela, para entrar en territorio amazónico cercano al Ventuari, concretamente a las comunidades de Tama-Tama y La Esmeralda, era necesario un permiso firmado por la Guardia Nacional, la Gobernación del Estado Amazonas y ¡oh sorpresa! Las autoridades eclesiásticas.

⁶⁹ Capital del estado Carabobo.

⁷⁰ Establecimiento típico en Venezuela en donde, además de pollo asado y ensalada se sirven zumos de frutas y refrescos.

Dos recintos, con unas aberturas que oficiaban como puertas, parecían servir como habitaciones provisionales; separados por un minúsculo pasillo por el que corría blandamente la brisa, desembocaban en una especie de porche aislado de la playa tan sólo por una valla artesanal hecha de troncos sin desbistar.

Sin deshacer demasiado el magro equipaje que llevaba a las espaldas, saqué los colgaderos del chinchorro⁷¹ que había comprado en Puerto Ayacucho, lo armé y me tumbé a descansar en el porche mientras la tarde se iba convirtiendo en una noche estrellada que invitaba a la reflexión; pero estaba demasiado fatigado por el interminable viaje como para ponerme a pensar y sin darme cuenta, mecido por la suave brisa que llegaba del mar, arrullado por el ruido de las mansas olas que lamían la playa golosamente, me quedé dormido profundamente por primera vez en mucho tiempo.

Un agudo silbido me despertó sobresaltado muy temprano por la mañana. Cuando abrí los ojos y pude recordar en qué lugar me encontraba, vi a un hombre que frisaba los cuarenta años, con el fibroso torso de piel oscura al aire, contemplándome entre curioso y divertido.

Sorprendido por la presencia de aquel hombre, me apresuré tanto para salir del chinchorro que me enredé cayendo sobre la arena, lo que desató las carcajadas del otro quien, después de interesarse por si me había hecho daño, me tendió la mano cordialmente.

Se presentó a sí mismo como Arcadio y su oficio, según dijo, era el de pescador, además de ser propietario del chamizo. Nos estrechamos las manos con firmeza y, tras un cruce de palabras insustanciales sobre el clima, le comenté que estaba de viaje, conociendo Venezuela y haciendo tiempo a que una amiga volviese de su viaje para ir a verla.

El pescador me invitó a quedarme allí si lo deseaba diciendo que él solía bajar al atardecer para levantarse de madrugada y tirar la atarraya⁷² en la orilla del mar.

⁷¹ Especie de hamaca ligera normalmente hecha con un tejido en forma de red y que se usa, debido a su poco peso, en los viajes. Los colgaderos son las cuerdas con las que se ata el chinchorro a los árboles.

⁷² Arte de pesca cuya red circular se lastra con peso y se lanza a mano.

Poco más tarde se fue caminando en dirección al pueblo, silbando una canción popular para aparecer poco después con un termo repleto de café negro y una botella de cocuy⁷³ con palos de chuchuguasa⁷⁴ macerándose dentro del fortísimo licor.

A eso del medio día, llegó un muchacho que resultó ser hijo de Arcadio, con dos platos de pescado frito acompañado con arroz blanco y tajadas de plátano frito que compartimos en silencio.

Pensando en aquellos momentos felices se me ocurre que, independientemente de la cultura, hay una costumbre común a todas las sociedades que todavía recuerdan sus orígenes, al menos en lo que respecta a la hospitalidad; también puedo afirmar que, en las sociedades más pobres, se guarda una especie de respeto místico a las horas de la comida: Es como si todavía se conservase la idea de la ritualidad durante el momento de la alimentación para sobrevivir que, en el fondo, es mucho más que un acto físico.

Cuando Arcadio se fue, prometiendo que volvería al atardecer, me decidí a dar un paseo por la playa y, como me había aconsejado el pescador, caminé hacia la parte más despoblada de la misma vestido tan sólo con unos pantalones cortos.

La tibieza del sol sobre la piel desnuda, la caricia de las olas acariciándome los tobillos, el aire salobre y el masaje de la arena en la planta de los pies me relajaron sobremanera; pero no podía quitarme de la cabeza todo cuanto había aprendido de César con respecto al verdadero significado de “El Cantar de los Cantares”. No me era demasiado difícil entender el concepto de un hombre buscando la Sabiduría en sí mismo.

Si pensaba que todos los hombres llevábamos en nuestro interior una parte divina, era fácil deducir que el Conocimiento se hallaba dentro de cada uno por lo que no había que ir a buscarlo más allá. La imagen de Salomón poniendo en marcha toda su capacidad cerebral para celar aquella idea entre los versos de un poema tampoco se me hacía demasiado extraña; al fin y al cabo por mis venas corre un rastro de sangre oriental y, por ello, soy

⁷³ Licor de alta graduación que se extrae por destilación de la pitahaya.

⁷⁴ Raíz que en medicina natural se usa para el dolor de huesos y el reuma.

capaz de entender lo enrevesado del pensamiento de aquel hombre privilegiado que, conociendo lo que podía suceder en el futuro, escondió las claves del ritual secreto en un poema aparentemente erótico.

La mayor dificultad que representaba el aceptar aquellos conceptos era que, de manera frontal, chocaban con algunas de las cosas que me había enseñado mi abuelo.

El viejo Patriarca me había machacado siempre con su pragmatismo descarnado: Un dios, un pueblo, una Ley; pero las lecciones de entonces eran puestas en tela de juicio por muchas de las afirmaciones que había hecho César durante nuestra charla. Desde el punto de vista del abuelo Yaquebar, no existía la magia, ni la adivinación, ni nada que pudiese considerarse encuadrado en lo paranormal; por el contrario, César, me había abierto las puertas a un mundo totalmente diferente en el que el hombre, si es capaz de seguir la senda adecuada, puede alcanzar la Sabiduría.

Ni la sombra de los cocoteros, ni el reflejo del sol en las calmadas aguas del mar ni siquiera la sonora belleza del canto de algunos pájaros que seguían caminos invisibles en un cielo descaradamente azul lograron sacarme del ensimismamiento en el que vivía; mi cerebro seguía dando vueltas, implacablemente vacilante, alrededor de aquellos versos escritos hacía casi tres mil años. Estaba seguro de que la solución al enigma no podía estar demasiado lejos y ponía todo mi empeño en hallarla al precio que fuese; pero por entre toda la información que había logrado acumular sobre el Cantar de los Cantares, se abría paso el dolor de la ausencia, la añoranza de aquella increíble mujer que significaba tanto para mí a pesar del tiempo y la distancia.

Tomé asiento sobre el tronco de un cocotero que yacía en la arena como un soldado muerto en combate, e intenté pensar únicamente en “El Cantar de los Cantares”; pero era imposible reflexionar cuando el alma se empeñaba en gritar una angustia que me estaba royendo brutalmente las entrañas. Viendo que aquellas presencias hacían mucho más rotunda mi soledad, a la que entonces todavía temía, emprendí el camino de vuelta pensando que los recuerdos son como un pesado fardo que hace más difícil el tránsito por los caminos pantanosos de la vida.

A menudo, cuando pensamos en el pasado, tenemos cierta facilidad para arrepentirnos de las cosas que hemos hecho mal y perdonarnos, sin darnos cuenta de que los errores son tan necesarios para nosotros como el aire que respiramos; de hecho, aquel que nunca se equivoca, nunca es capaz de aprender.

No dejan de sorprenderme esas personas orgullosas de haber hecho todo bien, desde su punto de vista, de llevar una vida social totalmente correcta y que muestran a los demás sus miserables logros para, en un ejercicio de narcisismo desmedido, aconsejar a los otros cómo deberían hacer las cosas para conseguir lo que ellos llaman éxito.

Además alardean de la ejemplaridad de sus vidas como diciendo, engreídos, ¿no veis cómo se debe actuar para hacer las cosas bien? ¿No comprendéis que lo mejor es ser como YO? Ésto es algo parecido a sostener que los demás somos tontos si no seguimos sus consejos. No se les pasa por la mente, la idea de que han nacido volcados en la temporalidad, que son un producto hecho desde, por y para una sociedad impersonal en la que también ellos son bienes de consumo.

Cuando el dedo señala la luna, el tonto mira el dedo, reza un antiguo dicho oriental. Así viven estos seres que, siendo expertos en su trabajo habitual, triunfadorcillos pagados de sí mismos, tratan de encaminar y corregir la vida de los demás erigiéndose como maestros de todos, en todas la áreas de la existencia.

Gente que planifica sus vidas hasta la extenuación, sin dejar el mínimo espacio para la sorpresa, para el error, para la experiencia, para la vida en sí misma; personas que viven sin vivir, que consumen su estancia en esta tierra pensando que triunfa aquel que nace en una cuna humilde y es enterrado en un ataúd de lujo.

No dejo de sentir pena por esta gente, la verdad. Son los que leen una novela y buscan, no la historia en sí, no la mayor o menor capacidad creativa del autor, sino el pequeño fallo gramatical en el que basan su crítica personal para decir que no vale para nada. Son los que ven un cuadro y, a pesar de la belleza que está plasmada en él, hacen hincapié en la falta de técnica del pintor; son, en resumen, aquellos que piensan en que los demás se equivocan porque no piensan del mismo modo que ellos lo hacen.

Una fuga más de pensamientos que me ha llevado a un lugar totalmente ajeno al recuerdo que me ocupaba, y me ha hecho juzgar a un amplio colectivo de las sociedades actuales cuando, en realidad, debería compadecerlo o tratar de explicar que cada uno es dueño de su propia vida, de su historia personal.

En fin, tengo que tratar de dominar mejor mi pobre memoria.

Al anoecer llegó Arcadio con un plato de comida y el termo lleno de aromático café. Después de comer un poco, en respetuoso silencio, tomamos café y unos tragos de cocuy. El fuerte licor desató las confidencias y cada uno contó de su vida, lo que le interesaba que el otro supiera.

El pescador estaba casado, tenía siete hijos y había sido dueño de un restaurante en la playa. Por el momento se dedicaba a diferentes tareas, cobraba por ello y redondeaba sus ingresos, cuando le hacía falta, con la pesca o vendiendo cervezas frescas a los bañistas en aquella especie de chiringuito, durante los fines de semana y las épocas de vacaciones. En resumen, una vida plana, normal, sin altibajos. Cuando intenté a mi vez comenzar el relato de mis andanzas, Arcadio me interrumpió con educación pidiéndome que no le contara nada en absoluto.

Al parecer, me explicó, algunos habitantes del pueblo comentaban que yo era un evadido de Tocuyito⁷⁵, otros que, seguramente, yo había huido de Caracas porque me andaba buscando la policía a causa de un asesinato. Otros le habían prevenido contra mí porque podía estar loco; sin embargo él, ajeno a los comentarios del pueblo, pensaba que estaba viviendo en su propiedad porque me había invitado y porque algo le decía que no debía temer nada que viniera de mí.

Se lo agradecí con palabras muy sentidas y sin embargo, el comentario que hizo a continuación me dio qué pensar. En resumen vino a decir que nadie sabe en este mundo qué es lo que le puede suceder y él había decidido pagar una factura que aún no debía.

Parece mentira cómo las personas más humildes de corazón, más ricas de espíritu, las que están sin contaminar por la correc-

⁷⁵ Establecimiento penitenciario de Venezuela, de siniestra fama, situado muy cerca de la ciudad de Valencia.

ción social que se impone en el mundo moderno, guardan en sus principios de actuación rasgos de las leyes más primitivas y sagradas de los Pueblos Libres, como lo es la de la Hospitalidad. Me inclino a pensar que las Leyes de los Pueblos Libres, las de los Rom y de los Sinti, no son sino costumbres ancestrales elevadas al rango de obligación; algo así como la regulación de las tradiciones que se habían respetado desde siempre.

Cuando se despidió con un alegre: “Venga, ahora ¡a dormir que voy a pescar de madrugada! Mañana desayunaremos pescado frito recién sacado del mar”, me dejó con el alma bañada en un dulce almíbar de paz que había olvidado casi por completo después de tanto tiempo de sufrimiento interno. Aquella noche dormí profundamente y a la mañana siguiente, como Arcadio había prometido, desayunamos pescado frito.

Durante varios días se repitió la misma historia con muy pocas variaciones. La amistad entre nosotros, dos hombres, dos perfectos desconocidos hacía poco tiempo, se cimentaba en el respeto mutuo y cada cual procuraba acatar los silencios del otro acompañándonos en la conversación cuando uno de los dos tenía ganas de explayarse.

Un fin de semana llegaron unos amigos del pescador, gerentes de un local que combinaba el servicio de bar con el de restaurante en una población cercana, y todos empalmamos la noche con el día a punta de cervezas frías, pescado, hervido de res y asado de carne.

De nuevo apareció, como algo inevitable entre seres humanos, la ritualidad de los encuentros entre individuos que pertenecen a un mismo clan y celebran comidas en común para reforzar los lazos entre ellos. Sin darnos cuenta, tendemos a repetir rituales ancestrales con los que hemos nacido y los cumplimos sin llegar a entender la profundidad de estos gestos que se han hecho habituales perdiendo su carácter místico, ritual, para convertirse en meras reuniones hedonistas.

En un momento de la parranda, empujado por la euforia, entoné unas bulerías, aprendidas años atrás a la luz de la lumbre, con un sentimiento tan brutal, tan desgarrado, que aquellas personas, aún con el espíritu adormecido por el exceso de alcohol se

quedaron escuchando con las bebidas a medio camino de la boca, fascinadas por la voz que parecía llegar de otro mundo, por unos sonidos que dejaban entrever un sentimiento tan desoladamente primitivo como atormentado; pero al conjuro de mi voz se presentó la imagen de la mujer querida sentándose frente a mí, observando en silencio, trayéndome recuerdos dolorosos y, para alejarlos, me abalancé hacia las bebidas alcohólicas.

Convenientemente borracho, ajeno a todo cuanto sucedía en esos momentos, me embuché un trago de ron sin principio ni fin, lacerante, amargamente eterno, desafiante, como si quisiera engullir disuelto en aquella bebida un veneno letal que acabara de una vez con mi amargura, con mi vida y con mi dolor al mismo tiempo. En el fondo encharcado del alma se fue formando un sentimiento, casi el embrión de un susurro, que degeneró poco a poco, aumentando su presencia, hasta convertirse en un grito soso, sin gracia, desabrido al principio, para ir modulándose por sí mismo y convertirse en una especie de lamento que salía de mi garganta, extrañamente armónico, ininteligible pero hermoso, y terminó por trenzar en el aire unos fandangos puros, limpios, con el aire tibio de la noche:

*“No abuses de mi bondad
porque veas que yo soy bueno.
No trates de dominarme;
soy más duro que el acero:
Antes roto que doblarme”.*

Con la última estrofa todavía temblando en la noche levanté hacia el cielo estrellado mis ojos, cansados de mirar sin ver en el vacío y me pareció adivinar, tras el velo de unas lágrimas rebeldes que me estaban quemando la piel del rostro, a Camarón de la Isla, a Django Reinhard, a Manolo Caracol y a todos los gitanos que habían sufrido por amor a lo largo de la historia, haciéndome un coro silencioso, batiendo palmas sordas para arropar aquel lamento llegado desde las primeras horas en las que el ser humano comenzaba su andadura en este planeta ¡Qué mierda ser gitano! ¡Qué mierda tener el sentimiento a flor de piel! ¡Qué mierda tan grande amar sin ser amado!

Ante la inmovilidad de aquella gente que jamás había podido escuchar un sentimiento hecho voz, agarrando fieramente la

botella por el cuello, permití que el cocuy me pusiera mariposas en el estómago hasta las puertas del vómito, para dejar que el sentimiento, desnudo de convencionalismos sociales, brotara de mi pecho convertido en un fandango que aquella gente, por el hecho de vivir al lado del mar, podía comprender perfectamente.

Mientras mi voz comenzaba a dejar un rastro luminoso en la noche, con el primer jipío, mi cerebro aturdido por el alcohol no podía sino que pensar en las parábolas evangélicas, o, al menos, en lo que decía César de ellas.

*“El pez más viejo del río,
de tanta sabiduría
como amontonó, vivía
brillantemente sombrío
y el agua le sonreía.
Tan sombrío llegó a estar,
que el agua no le divierte,
y después de meditar
tomó el camino del mar,
es decir, el de la muerte”.*

Sin darme cuenta de que todos los presentes en aquella parranda playera, justo en ese momento de nuestra historia personal estaban pendientes de lo que mi adolorida garganta articulaba, ajena a mi propia voluntad, dejé que el corazón liberase por su cuenta, convertido en voz angustiada, parte del lastre que lo agobiaba.

Un trago más para perder por completo el freno de la lógica, de lo políticamente correcto, y mi alma, mi garganta, estaban dispuestas a vaciar en el aire unos recuerdos que sólo habían servido para causarme daño en el espíritu; quizás por éso rasgó el aire caribeño un sentimiento, cantado por alegrías, en el que puse toda la sabiduría de una raza que llevaba miles de años muriendo de amor.

*“Están puestos en balanza
dos corazones a un tiempo,
uno pidiendo Justicia
y el otro pide venganza.
A los titirimundi
yo te pago la entrá’
y si tus padres no quieren,*

*¡ay! qué dirán, qué dirán,
¡ay! qué tendrán que decir,
que yo te quiero y te adoro,
que yo me muero por ti”.*

Como en un salto mortal del tiempo doblándose sobre sí mismo, yo, Salubha Soniché, el que pudo haber sido Patriarca de una de las tribus más influyentes entre los rom, me colgué a pulso en la estrella central de la constelación de Orión, justo al centro de la hebilla del cinturón del Cazador, de su ombligo, para auparme por encima de aquella gente, que sentía mi dolor sin terminar por comprender del todo el sufrimiento ajeno, y con una voz rota por la desesperación me atreví a dejar, en la noche tranquila, una copla que sonó rabiosa, violenta.

*“Yo pienso como el ciprés,
la verdad más verdadera
es la de tenerse en pies”.*

Con aquellos tangos paridos por un alma desesperadamente adolorida que no podía seguir adelante sin una ayuda, la noche se convirtió, para mí, en una especie de espiral que excluía a todos los seres humanos de aquella liturgia especial en la que mi garganta oficiaba de Sumo Sacerdote.

En la lejanía, más allá del bien y del mal, más allá del alcohol y la heroína, mucho más lejos de lo cotidiano, el Camarón de la Isla tendía su mano sobre el Patriarca que fui, quien, lejos de entender el mundo en el que vivía, había tratado de construir un amor que, al no ser convencional, nunca fue aceptado por aquella que podía haber sido la protagonista de la “Mayor Historia de Amor Jamás Escrita”; pero cuando Camarón levantó en el cielo su mano, cuando el tierno enano imaginado por Joan Manuel Serrat, Curro “El Palmo” dejó de ser un gitano pequeño que cantaba su dolor para convertirse en un fracasado que se vio obligado a cantar en el cielo pa’ las buenas almas, cuando la ilusión y el amor sin limitaciones fueron asesinados por lo que debía hacerse, porque los demás lo esperaban así, me quedé colgado en tierra de nadie, entre el infinito y el finito, sorbiéndome unas lágrimas amargas que, en el fondo, nadie merecía tanto como yo.

Cuando la última nota de los sangrantes tangos se enredó afónica, vibrante, escandalosamente sincera y solitaria en el esqueleto de una nube idealista, como las que describían los Maestros Sufíes, aquellas que aún sabiendo que suponía su fin se convertían en agua para dar vida a las plantas, todos los presentes aplaudieron con una sinceridad que les salía del alma; aquellos que vibraban con las coplas, sencillas pero apreciadas de Reynaldo Armas, los que sentían en el alma las rancheras de José Alfredo Jiménez, los que se sabían de memoria las mejores canciones de Vicente Fernández, estaban batiendo palmas ruidosa, sinceramente, para demostrar su acuerdo con una voz, con un sentimiento, que había convertido una sencilla noche de bochinche caribeño en un completo recital de emociones que, independientemente del origen, la raza o la cultura, se metían por las venas haciendo que los miedos más escondidos, las amarguras más humillantes del alma humana aflorasen y, como si de chulos barriobajeros se tratara, desafiaran a lo diario poniendo una punta de miedo, un atisbo de duda, a lo que se daba por supuesto; en resumen, aquella voz, la mía, que le ladraba a la luna con un sentimiento y una ronquera viejos de seis mil años, herida por cien mil amores rotos en pedazos, avisaba a todos de que lo cotidiano suele ser sólo una imagen y que, aquello que se da por hecho, no siempre es una realidad porque en el fondo, la vida del ser humano no es nada más que un contratiempo dentro de la eternidad.

Cuando todo el mundo se acercó a felicitarme, me perdí en la noche estrangulando con fuerza el cuello de una botella cargada de cocuy, éso sí con la chuchuguasa como excusa homeopática, para llorar a la orilla del mar una tragedia rancia de siglos.

Cerré la puerta a la alegría, se abrió la de los llantos y entre lágrimas ardientes, con las palabras convertidas en sílabas sollozadas unidas por hilos de suspiros, le pedí a un dios en el que entonces no acababa de creer que, si aún le quedaba algo de piedad por las criaturas que un día imaginó, aquellas a las que dio un soplo de vida para que existieran, tuviera lástima de aquel Patriarca, de aquel romaní, de aquel hombre, de aquel ser que sudaba sangre, como Jesús en el huerto, a la orilla de un mar susurrante, calmado en demasía, casi femenino.

Cada vez más mareado, con el ruido de la fiesta alborotando el horizonte a mis espaldas, jugué en soledad a beberme el pasado, o el dolor, o a mí mismo; la luna parecía burlarse de aquel despojo de hombre desparramado en la arena en el que me había convertido y, cuando ya muy por encima de lo divino y lo humano, me di cuenta de que la luna se burlaba cruelmente de mí, me puse en pie, no sin cierta dificultad, y le grité mi rabia preguntándole de qué se reía si los dos éramos iguales, ya que no servíamos para otra cosa que para reflejar la luz del sol.

Amenazando de muerte a la luna, desafiando a cualquier dios para que bajara desde su puto trono, que estaba por encima de todos, a luchar conmigo navaja en mano, me tiré de espaldas y el último pensamiento, antes de sumergirme en una inconsciencia espesa, irritante como el papel de lija, fue que ni me gustaba mandar ni que me mandasen; luego, a partir de aquel momento de la total inconsciencia etflica, sólo recordaba a la mañana siguiente escenas inconexas, como si fueran los bocetos del Francisco de Goya más negro, sordo, drogado, amargado y despechado por el voluble amor de la deseable duquesa de Alba.

Claroscuros de entrega, amor y muerte, aguafuertes de ausencia, grabados violentos de la tauromaquia primigenia en la que el torero es la mujer, diestra en el arte de esquivar, y el toro es el hombre que se caga patas abajo, que soporta picadores y banderillas con la boca cerrada, por el qué dirán, y termina humillado en la suerte suprema entregándose al engaño aún sabiendo que va a morir de manera irremediable.

Arcadio me llevó café hasta la orilla del mar, muy temprano. Sin decir nada dejó que me tomara los primeros sorbos de la revitalizadora pócima y, cuando se decidió a destrozar el silencio, la voz del pescador parecía suave al preguntarme qué tal llevaba la resaca. Le respondí que no la sentía; pero tampoco tenía fuerzas para nada. Era como si una mano peluda me hubiera vaciado las entrañas dejándome hueco.

Me contó que, en la noche pasada, era como si mi voz y mi cuerpo fueran una sola pieza, que me retorció las manos inconscientemente, que parecía sufrir todas y cada una de las palabras que salían de mi pecho. Aventuró que no sabía si un amor mere-

cía tanto desconsuelo; pero estaba seguro de que, si por un cariño perdido se canta de esa manera, ¡benditos fueran los despechos!

La vida comenzó a discurrir suavemente, sin sobresaltos, alternando los paseos por la playa, las conversaciones con Arcadio y las horas eternas de meditación, de enfrentarme desvergonzadamente a mí mismo, a los fantasmas que poblaban mi memoria y al recuerdo de aquella mujer que parecía seguirme como una sombra acusadora, orgullosa, insultante; pero seguía sin entender por qué razón me encontraba en aquella playa.

Sabía que debía esperar a que la tal Chana volviese de su viaje y, sin embargo tenía la impresión de estar perdiendo miserablemente un tiempo que no era de mi propiedad porque no estaba avanzando nada en mi tarea. Hasta que un día llegó hasta la playa un personaje muy especial.

El hermano Miguel se presentó con Arcadio ya que, según me informó el pescador, solía ir a la playa de vez en cuando para relajarse. Según él mismo dijo, se dedicaba a la sanación de enfermedades, a la preparación de brebajes curativos y pócimas. Venía en búsqueda de algo llamado manteca de ladrón. La expresión me sorprendió tanto que, en cuanto tuve oportunidad, le pregunté al pescador. La “manteca ‘e ladrón”, me explicó Arcadio, era la grasa de un caracol que no tenía caparazón y robaba el de los otros para vivir. Entonces me di cuenta de que ambos hombres habían estado hablando de la grasa del cangrejo ermitaño, a la que se le atribuyen propiedades curativas, lo que no dejó de tranquilizarme.

La noche que el hermano Miguel se quedó a dormir, Arcadio no apareció por la playa y, picado por la curiosidad que despertaba en mí la ocupación de aquel hombre, aproveché para tratar de enterarme de todos los detalles que pudiera, por si me eran de utilidad más adelante; pero a los pocos minutos de escuchar lo que afirmaba de manera tan seria, supe que me hallaba frente a un simulador creyendo en sus propias mentiras.

Mientras tomábamos un refresco, el hermano Miguel disertaba sobre pócimas extrañas cuya fórmula había heredado de su padre y que, según decía, curaban muchas enfermedades para las que los médicos no tenían solución; en realidad eran compuestos de varios tipos de hierbas que producían un efecto laxante lim-

piando el organismo, o mezclas de diferentes elementos energéticos que lo fortalecían.

Por haber sido yo criado en un ambiente cerrado, de costumbres ancestrales y sin demasiadas facilidades para consultar médicos, conocía perfectamente el poder curativo de algunas plantas y había sido testigo de alguna sanación aparentemente milagrosa; pero las personas que en la tribu se encargaban de sanar tenían, además de la Sabiduría, del conocimiento total de las plantas, un componente de espiritualidad que el hermano Miguel tan sólo fingía poseer.

Cuando el sueño fue venciendo la resistencia de Miguel, me dirigí a la orilla del mar. Sentado sobre la arena que todavía guardaba el calor del sol, traté de concentrarme en la tarea que me había llevado hasta allí; pero cada vez que intentaba centrarme en el asunto de “El Cantar de los Cantares”, los recuerdos personales me jugaban una mala pasada y se iban haciendo más y más grandes hasta ganar todo el protagonismo. Cansado de tanto intentar centrarme en un tema y acabar naufragando en otro radicalmente distinto, me puse a pasear por la orilla de un mar sin luna que parecía de tinta.

Las huellas que mis indecisos pies dejaban en la arena se asemejaban a las de un condenado a muerte dirigiéndose hacia el fusilamiento en la hora ritual del alba. El sonido de las olas que mecía suavemente el enmarañado manojito de pensamientos que llenaba mi cerebro, me masajeaba el alma, y la espuma que de vez en cuando acariciaba mis pies, me fueron relajando hasta que el cuerpo, cansado por la tensión interior a la que era sometido, pidió angustiosamente una tregua y decidí irme a dormir.

Tumbado en el chinchorro, sin poder conciliar el sueño, la mente se puso a jugar conmigo trayéndome desde un pasado, más reciente que olvidado, un montón de recuerdos violentamente vívidos.

“Man víshe níko ináj po thém, ináj ma amalá, josh sámo achi-lá mi tsáhra, me ichardé chemáne, me teharináke bahvaljá.”⁷⁶

⁷⁶ No tengo nada en el mundo, no tengo amigos, me ha quedado sólo la tienda, mis violines rotos, mis vientos matutinos.

Estas palabras que me susurraba al oído un desesperado poeta de mi raza en la vieja lengua romaní, desde un pasado inconcreto, mientras yo soñaba en lo que podía haber sido y no fue, fueron las que me hicieron pensar que los remordimientos son hijos de una duda que nace mucho más tarde, sólo cuando madura el problema vivido; es como si sólo supiésemos qué hacer cuando las cosas ya no tienen remedio.

Cuando desperté, Arcadio y el hermano Miguel ya estaban tomando el primer café de la mañana y me uní a ellos después de un breve baño en el agua fresca del río. Los dos hombres no interrumpieron su conversación a pesar de mi presencia y fue Arcadio quien, dirigiéndose a mí, me puso al corriente de lo que estaban hablando. En resumen, me comentó que, si yo así lo quería, ya que parecía interesarme el tema de su trabajo, podía pasar unos días en casa de Miguel, con su familia, para que fuese viendo cómo hacía su tarea. Puntualizó que no me estaba echando; pero si me apetecía, podía ir durante una o dos semanas y luego volver a la playa. Como creí que sería interesante, acepté de buena gana y Miguel me dijo que temprano, a la mañana siguiente, saldríamos con destino a su pueblo.

Aún no había amanecido cuando Arcadio y yo nos despedíamos con un apretón de manos cordial, citándonos para el día en que la vida quisiera volver a unirnos de nuevo.

Tras un aburrido viaje en autobús en el que tuve que aguantar la verborrea del presunto sanador, llegamos a nuestro destino. La casa de madera en la que vivía la familia de Miguel, no era sino una barraca hecha a base de tablas desechadas por algún aserradero cercano con techo de cinc, en la que se apretaban tres adultos y un bebé; pero el cariño con el que fui recibido compensaba con creces la falta de comodidades.

Desde el primer día pude observar que, tanto “el hermano” como su pareja, sobrevivían de manera muy estrecha con los ingresos que les proporcionaban las pócimas y las consultas. De la misma manera, advertí cómo embaucaban a gente de pocas luces y mucha superstición convenciéndoles de que necesitaban “limpiezas”, “trabajos” y cualquier cantidad de supuestos remedios para sus problemas cotidianos; pero yo había llegado hasta allí

porque quería asimilar algo sobre los rituales y puse toda mi atención cuando me explicaron algunos de los más habituales.

Ahora que lo veo todo desde un punto de vista totalmente diferente al de entonces, caigo en cuenta de que las mentes sencillas están más cerca de los prodigios, a pesar de que normalmente son engatusados por gente aprovechada que carece de escrúpulos. Si pienso de este modo es porque estoy convencido de que la gente humilde, la que vive sin contaminar por los criterios de las sociedades llamadas modernas, intuyen que la magia existe, que los prodigios son posibles; pero, a pesar de que es cierta su intuición, desgraciadamente hay muchas personas como el hermano Miguel que los defraudan constantemente.

Lo primero que pude aprender fue que todo cuanto hacían servía como un apoyo visual, un símbolo físico de aquello que las personas solicitaban. Con cierta sorpresa observé cómo, para acercar a dos personas que se estaban distanciando, unían dos velas por su base, colocándolas en un ángulo de cuarenta y cinco grados, siendo el pie de las velas el vértice, y las encendían para conseguir que, al final, los dos cabos formasen una sola llama en claro simbolismo de que las dos personas se unirían en un alma. Para separarlas, se ejecutaba el ritual al contrario, es decir, uniendo las velas por las mechas y separando sus bases para que, conforme se fueran quemando, las personas se alejaran para siempre; luego interpretaban los restos de cera fundida y, siempre, estos garabatos confirmaban lo que la persona deseaba. Justo en ese momento me di cuenta de que si estaba en ese lugar era porque era allí donde podría aprender sobre simbolismos y rituales, viendo su desarrollo con mis propios ojos; desde algún lugar de la selva amazónica me llegó la voz de César diciéndome que todo sucede por causalidad y no por casualidad.

Uno de los rituales que me sorprendió en un principio fue el que realizó la compañera de Miguel para limpiar de presencias negativas una casa en la que, según sus propietarios, “salían muertos por las noches”.

Primero hicieron que los moradores sacaran de la casa todos los trastos viejos que no necesitaran habitualmente, luego formaron en el suelo de la casa unas flechas con pólvora negra, apuntan-

do a la salida de la vivienda y las encendieron creando una humareda acre que llenó por completo todas las habitaciones. Luego lavaron los suelos con agua y lejía, la dejaron ventilando y, más tarde, volvieron a lavar los suelos con agua de rosas para terminar el ritual colocando flores y frutas frescas en todas las habitaciones y cambiando las bombillas por unas de mayor luminosidad. Cuando las personas que vivían ahí entraron a su casa, se encontraron muy a gusto y, desde aquel momento dejaron de “salir los muertos por la noche”.

Pensando en aquel ritual, llegué a la conclusión de que tras una limpieza como aquella, unida al tenue aroma a rosas que se respiraba, las flores recién cortadas, las frutas frescas y la mayor cantidad de luz con que las bombillas nuevas iluminaban las habitaciones de la vivienda, era normal que la gente encontrara su casa “limpia”; pero no dejaba de ser una limpieza física sin nada que ver con las supuestas entidades espirituales que ocupaban aquella residencia la que, por cierto, habían intentado “limpiar” con anterioridad, a punta de oraciones y salmos, un grupo de evangélicos sin conseguir resultados apreciables; cuando se cumplió la primera semana de mi estancia en aquella casa, me di cuenta de que algo especial iba a suceder ya que, muy de mañana, el hermano Miguel me comunicó que aquella tarde iban a llegar dos personas desde Valencia para que él las visitara ya que tenían algún problema de tipo físico. Como aquella consulta iba a ser remunerada, muy bien por cierto, me pidió que estuviese atento por si necesitaba ayuda.

Como yo no sabía muy bien en qué podía ayudar, Miguel me aclaró que era suficiente con que escuchara lo que tenían que decir aquellas personas y, simplemente, reconocer que yo era de raza gitana cuando me lo preguntaran. Aunque aquello no me gustó mucho, en aquel momento pudo más la curiosidad que otra cosa y me presté a colaborar con él; pero cuando pude observar cómo funcionaban los poderes de aquellos dos estafadores, tomé la decisión de marchar sin despedirme de nadie porque aquellos seres me llegaban a revolver las tripas con su sola presencia.

El teatro para sacarles un buen fajo de billetes a la pareja que llegó desde Valencia, lo montaron con alevosía y malas artes.

La compañera de Miguel fue quien recibió a la pareja y, sentada tras una mesa, escuchó lo que ambos le contaron sobre los males que decían padecer; pero yo, presente en aquella entrevista preliminar, sabía que “el hermano”, estaba escondido tras una de las delgadas paredes de la casa escuchando todo cuanto se hablaba en la habitación para entrar, algunos minutos más tarde, como si estuviese llegando de la calle en aquel momento.

Cuando la pareja quiso ponerle al corriente de lo que les sucedía, Miguel afirmó que no era necesario y, ante el asombro de los consultantes, ajenos al hecho de que todo cuanto habían dicho hasta entonces había sido escuchado por el supuesto “brujo”, pasó a describir puntualmente, con precisión de neurocirujano, lo que les estaba sucediendo. Como colofón de la representación, o del fraude, a cada uno de ellos le fue suministrada por vía oral una bolita de cera, de tamaño respetable, para comprobar si alguien les estaba buscando mal. Cada una de las bolitas, que habían sido preparadas aquella misma mañana contenía, además de la cera, una pelotita de cabellos, el ojito diminuto de una muñeca y un potente laxante.

A partir de ahí no era necesario ser un reputado mago, o un excelso conocedor de las artes más ocultas del Universo, para conocer el desenlace de aquella puesta en escena. Cuando el laxante hizo efecto a la pareja, al cabo de un rato, les entregaron un orinal a cada uno y, una vez que hicieron sus necesidades, el “hermano” revolvió con un palito las heces hasta que, con gesto triunfante, les enseñó el ojo de muñeca y los cabellos que había en cada uno de los recipientes asegurando con olímpico descaro que eran víctimas de un “trabajo de brujería”.

Convencidos ante las “pruebas irrefutables” de que alguien les quería mal, entregaron al supuesto “brujo” una fuerte suma de dinero para que les librara de aquello⁷⁷. Recuerdo que, mientras aquel par de incautos crédulos se despedía de sus timadores, yo

Estas prácticas fraudulentas son efectuadas por personas desaprensivas a lo largo y ancho de nuestro planeta; pero la mayoría de las víctimas son personas de escasa preparación cultural, por lo que muchos piensan que ese mundo es ficticio. Eso puede ser relativamente cierto en las sociedades avanzadas en las que se ha perdido por completo la noción de Magia; pero carece de fundamento en lugares donde son perceptibles a simple vista un gran número de hechos, como poco, inexplicables.

salía por la parte de atrás abandonando aquel nido de buitres, para tomar el primer autobús con dirección a cualquier parte. Mientras viajaba en dirección al Alto Apure pensé que los rituales, en general, tenían mucho de espectáculo, como me había dicho César, y que sólo servían para dar cuerpo a una fe, en la mayoría de casos, inexistente.

Llegué a Guasualito cuando estaba amaneciendo en un horizonte cuajado de nubes y alguien me aconsejó el “Hotel Uribante” como un buen lugar para alojarme durante el poco tiempo que pensaba quedarme en aquel pueblo, fronterizo con Colombia, olvidado de la mano de dios; pero si el aspecto de la población no me había causado ninguna buena impresión, la habitación terminó por convencerme de que no tenía nada que hacer allí. Me había equivocado haciendo aquel viaje hacia ninguna parte y tuve que reconocer la tremenda desorientación en la que estaba sumido; no sabía qué hacer ni hacia dónde dirigir mis pasos.

Tras unas horas de sueño, fui a la calle para preguntar a qué hora salía el siguiente autobús enterándome, no sin disgusto que, hasta la tarde siguiente no había billetes. Para matar el tedio que me esperaba, me metí en un local llamado “Tasca La Fuente” donde su propietario, a quien apodaban “El mocho Barreto”, me atendió con gran profesionalidad ofreciéndome el servicio de restaurante para la cena de aquella noche.

Al tercer ron, comenzaba a estar harto; pero el avisado dueño del negocio me presentó a un conocido suyo para que me diera conversación. El recién llegado se presentó como William. Era, según dijo, de origen colombiano aunque también reconoció que, como mucha gente en aquella zona, tenía “papeles” de las dos naciones. Durante un par de horas William se dedicó a contar un montón de historias, de anécdotas curiosas que nos hicieron pasar el rato; pero cuando el colombo-venezolano se metió el sexto ron entre las costillas, empezó a ponerse “sincero”. Primero afirmó que servía de correo para la guerrilla colombiana, lo que no era demasiado descabellado en aquellas latitudes, y luego terminó reconociendo que comerciaba con pequeñas cantidades de cocaína por el pueblo. Ante el cariz que estaba tomando la situación, pagué las consumiciones y me perdí en dirección al hotel.

Tumbado sobre la cama, atontado por el ruido infernal que hacía el aparato de aire acondicionado, me repetí hasta la saciedad que aquel viaje había sido un error, uno más, en la larga cadena de despropósitos que estaba acumulando desde hacía algunos días. No pude por menos que reconocer la falta de objetivos, que andaba sin rumbo fijo, sin más meta que mantener una conversación con una desconocida en el otro extremo de Venezuela y empecé a darme cuenta de que estaba dando vueltas, verdaderos círculos viciosos, alrededor de una profunda nada.

Convencido de que debía tomar una decisión para salir de aquel laberinto, traté de trazarme un plan, un guión que me sirviera de agenda; lo primero era escapar de aquel lugar en el que me había encerrado involuntariamente para dejar atrás los manejos del “hermano Miguel”. Salir, sí, pero hacia dónde era otro tema diferente. La situación real era que me hallaba a más de mil kilómetros del lugar en el que debía encontrar a la llamada Chana, por consejo de César, y no sabía qué hacer.

Era evidente que todos los autobuses para llegar hasta Upata pasaban por Caracas y, en conciencia, no tenía ganas de ir de nuevo a la capital de la República. Claro que también podía comprar un billete hasta Caracas y, sin salir ni siquiera del Terminal al que llegara, continuar viaje hacia el Oriente del país. Justo antes de dormirme profundamente, había decidido que ésa sería la mejor opción.

A la tarde siguiente, cuando me arrellané en el asiento que me había correspondido, me encontré con la sorpresa de que mi compañero de viaje era un español que llevaba muchos años en Venezuela. Se presentó como Roge y era originario de Vitoria. Por alguna razón en especial el aspecto de aquel elegante cincuentón no encajaba con su rol de pasajero en un autobús de línea; pero poco a poco, al calor de la conversación, el supuesto misterio se aclaró ya que, según sus propias palabras era el propietario de un pequeño hotel en Caracas y se le había estropeado el coche en Guasdalito, a donde había ido en busca de una muchacha. Poco después tuve que escuchar las múltiples historias que aquel hombre se empeñaba en contarme; el problema era que todas giraban alrededor del sexo, lo que hizo que me sintiera verdaderamente violento en muchas ocasiones.

Aquella especie de “siete machos”, presunto poseedor de un vigor sexual sin parangón en los anales de la historia, se vanagloriaba de haberse acostado con un sinfín de mujeres, todas ellas, por supuesto, mucho más jóvenes que él. Cuando le pregunté cómo era que tenía tanta suerte con las chicas, aquel imbécil integral no tuvo reparo en descubrirme su secreto: les pagaba. Al parecer su “arma secreta” consistía en ir peregrinando por supermercados, mercadillos, cafeterías, bares y grandes almacenes en busca de muchachas solas, o que estuviesen acompañadas de una amiga, y después de invitarlas a tomar algo les proponía que, si se acostaban con él, una o las dos no era lo más importante para aquel atleta sexual, les compraría lo que desearan y, al parecer, tenía mucho éxito; pero cuando Roge me comentó que muchas veces se había “cogido⁷⁸” a mujeres jóvenes, o recién casadas, que estaban pasando un momento económico especialmente difícil, a cambio de una bolsa de comida se me retorcieron las tripas en un doloroso espasmo ¡Cómo podía haber gente tan carente de escrúpulos!

Aquel tipo era escoria, definitivamente; pero Roge se encontraba gracioso a sí mismo justificando sus actuaciones por el hecho de que, después de haber sobrevivido a un cáncer de hígado, quería disfrutar de la vida que le habían regalado tras la operación a la que fue sometido.

Cuando Roge me estaba terminando de contar una de sus aventuras, puso el broche final diciendo que “los masones sabían cómo era la cosa”. Intrigado por aquella especie de revelación, pregunté sorprendido si era masón a lo que me respondió que lo había sido en una época pero que, tras la operación a la que fue sometido, no había vuelto por la Logia.

Al final, tras un silencio teatral, sobreactuado, reconoció que lo habían echado; pero no sin antes asegurar que había sido grado treinta y tres y que podía contar muchas cosas que no todo el mundo sabía. Para darse más importancia a mis ojos me preguntó si sabía que “los hijos de la viuda” creían que Hiram fue el primer masón, o si estaba al corriente de que tanto Jesucristo como San Pedro habían sido masones.

⁷⁸ En el lenguaje coloquial utilizado en Venezuela, además de muchos otros países de América Latina, mantener relaciones sexuales. Es una palabra malsonante.

Ya no quise escuchar más la cháchara de aquel personaje fantástico. Estaba claro que, para él, ser masón era una meta que no había podido cumplir, un deseo insatisfecho que suplía con la mentira más descarada; pero ¿qué podía esperarse de un tipejo que compraba favores sexuales aprovechándose del hambre ajena? A partir de aquel momento me hice el dormido para evitar la charla de Roge quien dándose cuenta de lo que sucedía ya no me dirigió la palabra, durante el resto del viaje, como si estuviese profundamente ofendido.

Después de un trayecto interminable, eterno, llegué al “Terminal de Nuevo Circo” en Caracas para encontrarme con la desagradable sorpresa de que, para desplazarme hasta el Estado Bolívar, en el que se encontraba Upata, debía tomar el autobús en el “Terminal de Oriente”. Alquilé un taxi y cuando llegué a la estación de autobuses saqué billete en el primer autobús que salía en la dirección correcta.

Para matar el tiempo de espera que me restaba antes de tomar el autobús, compré un periódico y tomé un café. Mientras ojeaba distraídamente el diario, observé cómo un hombre joven, de aspecto europeo, no dejaba de mirar hacia el lugar en el que me encontraba, constatando al poco tiempo cómo cada vez que le miraba, él bajaba los ojos o se hacía el distraído. Estuve tentado de acercarme a él para preguntarle qué buscaba; pero cuando me levanté del asiento para encararlo, el hombre hizo lo propio perdiéndose hábilmente entre el gentío. Tras un momento de vacilación, me tranquilicé pensando que, posiblemente, era un descuidero esperando que quitase la vista de mi equipaje para hacerse con mi mochila, aunque, en el fondo, no me sentía tranquilo después de lo sucedido en París.

Aún estando acostumbrado a vagar por los caminos de medio mundo, empezaba a cansarme de tanto viaje sin destino y, de alguna manera, el hecho de ir hacia un lugar preciso en el que tenía realmente algo que hacer, me tranquilizaba un poco. Mientras el vetusto autobús interurbano cortaba fatigosamente la calurosa noche, dejando Caracas a las espaldas, yo intentaba hacer un recuento de lo que había vivido en los últimos tiempos mientras los demás pasajeros dormían el pesado sueño del aburrimien-

to, el torpe sopor del cansancio, en medio de un ambiente con olor ropas usadas y a resuellos cargados de fatiga.

Si la salida de Marsella había culminado con la cena en compañía de Steiger, durante la que pude conocer muchos detalles que me parecían interesantes para llevar a buen término la tarea que había aceptado de la Krís Romani, a partir del viaje a San Fernando de Atabapo y la conversación con César, las cosas habían tomado un rumbo diferente.

No se podía negar que las investigaciones iniciales habían estado orientadas a la búsqueda de los datos históricos que yo creía necesarios para llegar a la solución del enigma escondido en el “Cantar de los Cantares”; estaba convencido de que, para conseguir el fin de mi investigación y descifrar el ritual oculto, debía conocer perfectamente las circunstancias históricas que habían sucedido en los años en los que se tuvo noticia del ritual por última vez y, por esta razón, mi objetivo principal era Miro Pani, el último hombre que tuvo entre sus manos el secreto, el que sabía manejar las calaveras de cristal y que por ello había muerto entre atroces dolores a manos de los asesinos vocacionales de las SS.

Lo que sabía entonces al respecto de Miro Pani, de su vida, era realmente muy poco; pero podía, sin demasiada dificultad, reconstruir las últimas vivencias de aquel hombre en este mundo. Por lo que había logrado investigar, más que intuirlo sentía su presencia escondiéndose, perseguido, nervioso por la posesión de un secreto deseado por la persona más cruel del planeta en aquel momento: Adolf Hitler. Imaginaba al Patriarca Miro Pani, por un lado, tratando de huir de territorio nazi para salvar su vida y su secreto, por el otro deseando quedarse para ayudar a sus hermanos de raza y, en medio de aquella disyuntiva, la Ahnenerbe, la GESTAPO, las SS y todo aquel que tuviera conocimiento del secreto que custodiaba.

Unos tiempos que sin duda debieron ser difíciles para él; pero la gran pregunta que me hacía en ese momento era por qué razón Miro no quiso celebrar el ritual para acceder al Conocimiento e intentar, por aquel medio, hallar una solución a todo aquel macabro enredo que le tenía aprisionado. No debía ser

nada fácil estar en posesión de una liturgia que podía cambiar la historia de la humanidad y no hacer nada; no debía ser agradable en absoluto morir en manos de unos profesionales de la tortura, de unos virtuosos del dolor sádico, sin abrir la boca.

Claro que, según me había dicho César, para que se pudiese celebrar el ritual se necesitaba una persona de diferente sexo al del iniciado y probablemente, en aquellos confusos años de guerra, no fuese demasiado fácil dar con ella; pero por otra parte pensaba que quizás sí le iniciaron y la mejor solución que había encontrado Miro era la de morir.

La parte histórica no me daba demasiados quebraderos de cabeza porque era una cuestión de tiempo, dedicación y mucha paciencia; poco a poco iría tirando del hilo y conseguiría reconstruir los pasos de Miro Pani y, después, el ritual oculto en el Cantar de los Cantares aparecería ante mis ojos con claridad meridiana. El problema estaba en que, después de la conversación con César, las cosas no se presentaban del modo que las había previsto. César me había mostrado que, mientras unos buscaban gestos, palabras específicas, alguna especie de oración o conjuro que les diera completo acceso al Conocimiento, el ritual era una ceremonia íntima, cerrada, en la que participaban dos espíritus, no sólo dos cuerpos.

Aquel nuevo modo de ver las cosas, apoyado por la serena erudición de un anciano que, por lo que relataba parecía haber tenido una vida más que activa, cambiaba completamente el panorama. Por ejemplo, en el caso de que la Ahnenerbe se hubiera hecho con la Calavera del Destino y la GESTAPO hubiera arrancado el ritual a Miro Pani ¿qué resultado hubiera tenido la iniciación si el fin que perseguían no era el correcto? Recordé que César, hablando del beso iniciático comentó que si éste no se producía correctamente, el amor se convertía en ira y aquel pensamiento me inquietó sin saber por qué.

Bien mirado, estaba aprendiendo mucho más de lo que podía esperarse. Si Steiger me había mostrado la cara más cínica, más abyecta de la vida, César por su parte me había abierto la puerta a un mundo sutil del que, habiendo oído hablar en muchas ocasiones, lo desconocía casi todo.

Pensé que, mientras Steiger había pasado su vida enredado en mentiras, crueldad, secretos y violencia, paralelamente, César había ocupado la suya en estudiar, en aprender, en evolucionar y buscar soluciones a problemas que, aún siendo importantes para los seres humanos, a la mayoría de las personas ya no les interesan, o ni siquiera se los plantean.

Pero también debía tener en cuenta el hecho de que Arcadio había enfocado su existencia en vivir con la menor cantidad de problemas posibles, que había encauzado todo su esfuerzo en simplificar las tareas personales apartando de sí todo cuanto fuera espiritual para centrar sus energías en la comodidad física. Por su parte el hermano Miguel parecía tener sus metas claras y, escudado tras una falsa espiritualidad, en un supuesto poder curativo, en sus fraudulentos bebedizos y rituales falsos, sobrevivía con estrechez; pero era razonablemente feliz con la supuesta aureola de sanador que los demás le atribuían.

Luego estaba William, el colombo—venezolano que oficiaba de correo para la guerrilla y que vivía de la exhibición de su aparente poder, además de algún coqueteo con el tráfico de drogas a muy pequeña escala. Por último, Roge, que escondido tras un presunto triunfo personal, pasaba lo más claro de su existencia en camas mercenarias intentando demostrarse a sí mismo quién sabía qué.

De todo este cúmulo de circunstancias había aprendido que, en realidad, todos aquellos hombres, salvo Arcadio y César, como muchas otras personas en la sociedad, cada vez que se encontraban con un desconocido trataban de hacer ver que eran lo que hubiesen querido ser relatando sus fantasías como si fuesen la realidad más verdadera.

Parecía que nadie vivía la vida que hubiera deseado y, para escapar de una realidad que no les colmaba, se creaban una vida diferente.

¡Cuántas veces había oído la frase “yo hubiese sido no sé qué si me hubieran dejado”! ¡En cuántas ocasiones me había encontrado con personas que vivían en la frustración de no ser quienes hubieran querido! Y, al final de aquellas quejas amargas siempre había un “pero”. Hubiesen llegado a ser tal o cual cosa pero no les

dieron oportunidad, o no les dejaron, o sus padres se opusieron, o en su casa no había medios para que pudiesen estudiar.

Cientos de excusas porque en el fondo, el único “pero” que podían argumentar es que no tuvieron las suficientes agallas para romper con todo y arriesgarse tomando un camino personal, propio, que les llevara hasta el lugar en el que deseaban estar. Pensé que salirse del camino no es bueno; pero, a renglón seguido, una verdad, la mía, estalló en la mente: sólo los que dejan el camino pueden encontrar nuevas veredas.

Mientras el paisaje se deslizaba a los costados de autobús, pensaba que todos los hombres que había conocido se parecían mucho; a lo peor era que todos tenían en el fondo una especie de objetivo común que les obligaba a plegarse ante las exigencias de una sociedad más ocupada en crecer como colectivo que en procurar la felicidad razonable de los individuos que la componían. Hombres que, pese a sus matices personales, eran iguales en el fondo: cobardes sumisos que vendían su felicidad por una comida. Y a pesar de esa similitud descarnada, eran radicalmente distintos.

Personas diferentes, vidas contradictorias y soluciones distintas para una meta común: la supervivencia; pero de entre todas aquellas personalidades, ningunas más contradictorias que las de Steiger y César. Si bien la mayoría de aquellos hombres que había conocido tenían en común el hecho de vivir a su manera sin preguntarse nunca si su proceder era justo o incorrecto, Steiger y César eran las caras opuestas de una misma moneda.

Tanto Steiger como César tenían la certeza de que existía un mundo diferente al físico, distinto al que aprecian nuestros sentidos y ambos lo buscaban con ahínco; pero mientras Steiger lo hacía para entregarlo a otros a cambio de dinero, César se había empeñado en encontrarlo para el bien común, para fortalecer su desarrollo personal.

Mientras el alemán había empeñado parte de su vida en hallar los secretos de acceso a otros planos para satisfacer la megalomanía de un político con síntomas evidentes de locura, César había tratado de encontrar pruebas en los escritos para defender una teoría que, por ser irrefutable para él, no necesitaba en absoluto demostrarse.

Sin embargo, estas dos personas tan diferentes habían coincidido alguna vez en su existencia, se habían conocido y guardaban, a distancia éso sí, algo parecido a una amistad; al menos mantenían contactos con frecuencia ya que Steiger conocía el paradero de César. La vida, pensé, tiene mucha más inventiva que la ficción y más secretos que el hermetismo de la magia, sorprendiéndonos de vez en cuando con situaciones que parecen sacadas de una obra de ficción inventada por un escritor imaginativo.

De alguna manera, todas aquellas personas que había conocido constituían un grupo parecido a los que forman las gentes de mi raza. Entre los romanís también había algunos personajes que, como César, estudiaban asuntos importantes para todos; pero también existían muchos William que trapicheaban con la vida en un intento por sobrevivir hasta la mañana siguiente, muchos “hermanos Miguel” que embaucaban, mentían y estafaban presumiendo de facultades de las que carecían por completo y muchos Roge cuya única meta era procurarse todos los placeres posibles.

En realidad la mayoría de los gitanos eran como Arcadio: personas cuya única preocupación consistía en alimentarse, alimentar a los suyos y llevar una vida tranquila aplicando la ley del menor esfuerzo posible.

A media mañana, con el cuerpo machacado por los viajes, con el alma enredada por las múltiples reflexiones que había hecho durante todo el viaje, llegué a san Félix en donde compré un billete para un autobús con destino a Upata. Mientras devoraba una arepa⁷⁹ con jamón y queso, tuve la impresión de que alguien me vigilaba. De pronto volví la cabeza hacia un punto del vestíbulo; en un banco se encontraba sentado el mismo hombre que había visto acecharme en el Terminal de Caracas.

Dejando caer la arepa al suelo, salí corriendo hacia ese lugar y, cuando estaba a punto de darle alcance, una pareja de la policía metropolitana me cerró el paso para pedirme los papeles. Mientras entregaba la documentación y explicaba, con inventadas

⁷⁹ Masa de harina de maíz, tostada, en forma de torta que se utiliza como sustitutivo del pan en Venezuela y en otros lugares de Sudamérica. Junto con el pan cazabe, hecho a base de harina de yuca, es parte fundamental en la alimentación de estos pueblos.

razones, los motivos de mi prisa, el hombre se perdía por la salida del Terminal de Pasajeros. Después de que los policías aceptaron mis aclaraciones y decidían dejarme continuar mi viaje, pude tomar el autobús que me llevaría hasta Upata en poco menos de una hora, avisando al conductor de que deseaba apearme justo en el restaurante “El Virunte”, antes de llegar al final del viaje.

En tanto que el vetusto cacharro engullía con dificultad la carretera, pensaba preocupado en la presencia de aquel hombre que había visto dos veces en tan corto espacio de tiempo, con su alarmante actitud de centinela, con su forma inquisitiva de mirar. Estaba claro que ejercían vigilancia sobre mí pero desconocía por completo los motivos.

Mi mente, ocupada en aquel acertijo, se olvidó por un rato de “El Cantar de los Cantares”, de mi fracaso sentimental, para centrarse únicamente en aquel hombre que parecía seguirme los pasos como un perro de presa.

Cuando me dijeron que ya había llegado salté desde el estribo, casi en marcha, con el corazón en un puño; frente a mí, en un letrero auspiciado por una conocida marca de refrescos, podía leerse “El Virunte”.

Allí, en aquel humilde lugar perdido en medio de un país, virgen a medias, iba a recibir el espaldarazo final que me podría en el camino que me trajo hasta este rincón pacífico que parece formar parte del alma del Padre; pero mi viejo cuerpo me pide una tregua y, lo mejor que puedo hacer, es darle un descanso merecido hasta que amanezca.

Mientras me acuesto en el chinchorro, pienso en lo duro que ha sido aprender; pero ha merecido la pena porque, a diferencia de lo que sucedía en el pasado, no tengo miedo de aceptar mis errores. Es cierto que, antes de llegar a casa de Chana, yo era un estúpido engreído y que después de salir de ella, era un estúpido engreído consciente de serlo. A lo largo de la historia, grandes personajes han comenzado a serlo desde el mismo momento en que reconocieron su insoportable sinrazón.

(Jerusalén, año 43)

...protegidos por la brutal oscuridad de las horas que preceden al alba, mientras la ciudad dormía sin preocuparse de nada. Mi compañero golpea suavemente la puerta, con una cadencia previamente acordada, y al poco tiempo un joven de elevada estatura nos franquea el paso. Mientras mi acompañante toma asiento en un pequeño banco cerca de la chimenea en la que arde un agradable fuego, me dirijo con paso decidido hacia una de las habitaciones; allí me encuentro con Yehudah, el dueño de la casa, que me está esperando desde hace bastante rato y nos fundimos en un abrazo cordial.

Tras las saluciones de rigor, alguien nos trae una jarra de vino caliente endulzado con miel y desaparece cerrando la puerta a sus espaldas. Cuando comprueba que estamos solos, Yehudah, se dirige a mí con voz amable.

—Bienvenido seas a mi humilde morada, Salubha; que la paz de Dios llene tu corazón y descienda sobre los tuyos. Hace tiempo que deseaba hablar contigo, por eso te hice llamar.

—Yo también quería hablar contigo, amigo mío —respondo—; pero la piedra no siempre rueda hacia el lado que se desea. Supongo que el afán de verme es por lo mismo que yo quería reunirme contigo ¿me equivoco?

—¿Saulo de Tarso? —pregunta con timidez—.

Asiento levemente con un gesto de la cabeza; pero la impresión de tranquilidad que puede transmitir mi ademán, es negada por la crispación del rostro, la rabia contenida demostrada por mis manos retorciéndose y la sequedad cortante de mi voz.

—Efectivamente —digo—. Ese espía judío que ha venido para traicionar las enseñanzas del Maestro Yeshuah de Nazareth arrasrando tras de sí a quienes quieren formar una iglesia. Creo que no será necesario hablar mucho; debe ser expulsado de vuestra comunidad sin más tardanza porque está organizando una especie de religión muy parecida a la de los sacerdotes del Templo y, a poco que os descuidéis, volveréis a estar bajo las órdenes de unos eclesiásticos quienes, con el tiempo, serán tan tiranos como los que ahora imponen su ley por encima de la de Mohscheh.

—Posiblemente fuese lo mejor, Salubha —dice—; pero es algo que no podemos hacer por el momento. Si ahora lo echáramos de nuestro seno, tendríamos frente a nosotros un enemigo formidable con mucha influencia, tanto por ser ciudadano romano, como por los contactos que aún tiene en el Sanedrín. Habrá que anularlo de alguna otra manera que no le ponga en evidencia. No tenemos tanta fuerza como para enfrentarnos a otro problema.

Tomo un trago de vino mientras observo muy atentamente al hombre que tengo enfrente. Tras un tiempo de silencio, pregunto.

—¿Hablas por ti mismo o me transmites una decisión del Consejo?

—Hablo en nombre del Consejo de Jerusalem, Salubha.

A pesar de la rabia que me consume por dentro, trato de poner en juego todas mis fuerzas para no gritar lo que digo.

—¡Cobardes! No sois dignos de pertenecer a los Pueblos Libres ¡Ninguno!

—No nos ofendas Salubha —protesta mi interlocutor—. No es cobardía sino cautela. El Consejo cree que debemos pensar en las mujeres, en los niños y en los ancianos antes de salir de Jerusalem sin rumbo fijo.

—Es lo mismo que dijeron los que terminaron sufriendo más de cuatrocientos años de esclavitud en tierras de Egipto —argumento—. El miedo los atenazó de tal manera que vuestro dios se vio en la obligación de enviar a Mohscheh para sacarlos del oprobio en que vivían.

El silencio se instaló entre nosotros como una barrera difícil de romper. Después de tomar un largo trago de su copa Yehudah, el dueño de la casa, trata de seguir la conversación; el tono de su voz demuestra que los argumentos que piensa esgrimir en la contienda dialéctica no son todo lo tajantes que desearía.

—La situación que vivían los nuestros en Egipto, al igual que los vuestros te recuerdo, no era como la que debemos afrontar aquí. En Jerusalem formamos una comunidad que, si bien está en disposición de unirse a vosotros, los Pueblos Libres, es difícil de trasla-

dar. Además convendrás conmigo en que, si desaparecemos de la noche a la mañana, se armaría un gran revuelo ¿no crees?

—Lo dicho —afirmo secamente—; a ti y al Consejo os rezuma la cobardía por cada uno de los poros de la piel.

—Te pido que respetes mi casa, Salubha —exclama—; no te he llamado para que me insultes bajo mi propio techo. Guarda al menos la Ley de la Hospitalidad, si no quieres respetarme a mí.

—Si no respetara, Yehudah, me hubiese marchado dejándote solo.

—De acuerdo; pero, repito: Nuestra postura no es de cobardía.

La pausa que se produce después de estas palabras, anuncia una dura refriega. Soy yo, como Patriarca de uno de los Pueblos Libres el que la desencadena tomando por sorpresa a Yehudah quien se ve sorprendido, sobrepasado por el aluvión de palabras indignadas que salen de mi boca, y que suenan aún mas amenazantes por ser pronunciadas en voz baja, asemejándolas al siseo de una serpiente a punto de atacar.

—¿No es cobardía? La valentía sí sería una novedad dentro del Consejo de Jerusalem, amigo mío. Hace más de cuatrocientos años que calló el último de vuestros profetas y, durante todo este tiempo, los Pueblos Libres hemos estado a vuestro lado siempre, apoyándoos para que sobrevivieseis a los abusos del Sanedrín primero, y para que los romanos no acabaran con vosotros, después. Y mientras tanto ¿qué habéis hecho vosotros? Te lo diré. ¡Soportar el abuso y la opresión!

—Si es cierto, como dices, que no sabemos hacer sino sufrir ¿qué me dices de los zelotes?

—¿Te refieres a ese grupo de hombres que nosotros formamos como guerreros? Se han escapado de vuestro control, y ya no obedecen al Consejo, Yehudah. Matan de vez en cuando a un romano y creen acabar así con la dominación del invasor. Vosotros, los judíos, sois una raza sin equilibrio; o bien os sometéis y sufrís en nombre de vuestro dios, o sois capaces de la mayor de las locuras por defender algo en lo que creáis firmemente. Pero, de algo sí estoy seguro, amigo mío; si sobrevivís como pueblo, será a costa de soportar todas las humillaciones que os quieran infligir vuestros enemigos.

—Hasta ahora hemos sobrevivido y, al menos, tenemos una tierra que nos pertenece y estamos a la sombra del Templo de Salomón. Es algo más de lo que poseéis los Pueblos Libres ¿no crees?

—Creo que no oyes bien lo que expresa tu boca —digo—. Comentas que tenéis una tierra que es vuestra cuando, en realidad, se encuentra bajo el dominio de Roma. En cuanto al Templo de vuestra ciudad, ya no es el de Salomón, sino el que reconstruyeron entre Nehemyah y Ezrah con nuestra ayuda, todo hay que decirlo. Esas posesiones no son nada en comparación a toda la tierra y el mar que nos pertenece a los Pueblos Libres.

—Porque vosotros desertasteis de la reconstrucción del Templo y partisteis en dirección a Oriente.

—En busca de una libertad que los sacerdotes nos negaban, Yehudah.

—Pero no tenéis ni una piedra donde apoyar la cabeza que podáis decir que es vuestra.

—Esas palabras me suenan, Yehudah ¿no las decía el Maestro Yeshuah?

—No me extraña que las dijera; fuisteis vosotros quienes lo educasteis a vuestra manera. Nosotros os entregamos al mejor de nuestros jóvenes para que hicierais de él un líder guerrero que pudiera oponerse a los romanos y ¿qué nos devolvisteis? Un mesías redentor.

La expresión de asombro que aparece en mi rostro se diluye, poco a poco, hasta convertirse en una máscara de rabia que expresa con claridad la ira que me está invadiendo por momentos; a pesar de lo que siento, no levanto la voz.

—Ahora lo entiendo todo, Yehudah. Vosotros, pesar de seguir a Yeshuah no habéis dejado nunca de ser judíos. Ya estoy comprendiendo, por fin, vuestra torpe actitud. Pero antes de escupirte mi desprecio, y el de mi pueblo, quiero que me escuches por última vez. Cuando discutíais interminablemente si era prudente llevar a Yeshuah con los Esenios, para que se completara su formación, nuestro buen amigo Yohsef, el de Arimatea, vino a nosotros porque entendió que, una mente tan despierta como aquella, no se podía perder solamente en menesteres guerreros o sirviendo a una políti-

ca manchada por el tabú religioso. Con vuestra anuencia —argumento— Yeshuah se unió a los Pueblos Libres, viajó con nosotros hasta los más recónditos lugares del Oriente, conoció la biblioteca de Alejandría y aprendió con nuestros Maestros todo cuanto ellos sabían sobre la vida espiritual. No os devolvimos en ningún momento un mesías redentor; en realidad os entregamos un Maestro capaz de liberar vuestros espíritus de la esclavitud porque, vosotros, sois esclavos de espíritu desde el momento de vuestra concepción como raza. Ahora veo todo más claro. No sois sólo unos cobardes; sois, además, traidores.

El aludido se levanta para enfrentarse a mí con vehemencia; pero cuando quiere plantarse ante mí, se encuentra con que lo sujeto por la túnica, levantándolo hasta que sus pies quedan colgando. A muy poca distancia de su cara, Yehudah, oye cómo le increpo con dureza.

—Vosotros sois los culpables de todo cuanto os pasa. No importa qué ayuda recibáis porque no sois buenos más que para el comercio y la supervivencia. No os atreváis a decir que el Sanedrín condenó a Yeshuah; fue vuestra cobardía, ¡fuisteis vosotros! Nadie más que vosotros, quienes debíais protegerlo, debe llevar sobre la cabeza el peso de aquella sangre inocente. Los del Consejo no sois más que excremento de un cerdo en la boca de un perro. Ya se nota que no sois primogénitos del primogénito del Patriarca Abraham. Sois simples segundones porque el verdadero primogénito, Yitsmael, lo engendró el Patriarca en el vientre de Agar, la esclava de piel morena. Los ismaelitas, y no vosotros, son los verdaderos descendientes del primogénito.

Con gesto brusco, suelto mi presa que trastabilla hasta perder el equilibrio y caer sobre la mesa. Tras abandonar la estancia dando un enorme portazo, salgo de la casa seguido de mi acompañante para perderme por las callejuelas de Jerusalem con destino a las cuevas de Q'mran en las que hemos establecido nuestro campamento.

Algunas horas más tarde presido el Consejo de la tribu, que he reunido junto con los ancianos que rigen el destino de los Esenios, para que todos puedan conocer las novedades que he descubierto durante mi estancia en Jerusalem. Oramos en silencio, con recogimiento, antes de dar inicio al Consejo. Aunque me noto fatigado por la larga caminata desde Jerusalem, y porque las noticias a transmitir

no son demasiado halagüeñas, mi voz suena firme en la oquedad de la caverna natural que ocupamos, sentados en círculo.

—Que la paz del Padre descienda sobre vosotros y los vuestros y os llene el corazón de Sabiduría. Como todos sabéis —digo aparentando una serenidad que estoy muy lejos de sentir—, acabo de llegar de Jerusalem y, durante los dos días que he permanecido ahí han llegado a mi conocimiento muchas noticias, y muy importantes; pero os tengo que poner sobre aviso para que estéis preparados porque, en general, no son buenas —los asistentes se mueven inquietos en sus asientos al escuchar aquellas palabras—. Vengo de ver a Yehudah. Me ha notificado, en nombre del Consejo de Jerusalem que no piensan expulsar a Saulo de Tarso.

El murmullo que produce esta afirmación aumenta poco a poco de volumen hasta que me veo obligado a pedir silencio para continuar con mi exposición. Cuando logro que todos se calmen, mi voz rebota en las paredes de la cueva.

—Saulo de Tarso cuenta con el apoyo del Consejo para seguir con una tarea que nadie le ha encomendado.

—En ese caso —dice B'erakajh, que es el consejero de mayor edad entre los Esenios—siguen adelante con la idea de formar una nueva religión partiendo de la filosofía que el Maestro Yeshuah les enseñó. Y ¿qué dice Pedro?

—Pedro nada puede en contra del Consejo —respondo—. Parece ser que ha tenido muchos encontronazos con quien ahora se hace llamar Pablo; pero después de que Miriam de Magdala se fuera con Yohsef de Arimatea, a causa de la intolerancia de Pedro, que no aceptó nunca el hecho de que una mujer fuese la verdadera receptora de la filosofía de Yeshuah, ha perdido parte de su prestigio y nada puede en contra de las decisiones del Consejo.

—Entonces ¿Ioudás? Como hermano de Yeshuah podrá opinar sobre el asunto, supongo —dice Ezrah, uno de los consejeros de los Pueblos Libres—.

—Ioudás —explico—ya ha mostrado su oposición a que Saulo forme parte de la Comunidad; no quiere ni hablar con él y así se lo ha hecho saber. Ahora anda por ahí predicando las ideas de Yeshuah y no quiere saber nada de lo que dice el Consejo.

Todos guardan silencio ante aquellas noticias que dan al traste con el trabajo que se había llevado a cabo durante generaciones. En la mente de todos está presente la tortura a la que voluntariamente se había sometido el Maestro para que su filosofía fuese conocida más allá de los límites de Jerusalem, y sienten una gran tristeza al darse cuenta de que, si no ponen coto a los desmanes de aquel judío advenedizo, el martirio de Yeshuah no va a servir para nada. Devohrah, la única mujer que forma parte del Consejo de los Pueblos Libres toma la palabra para recapitular todo lo que está sucediendo.

—De manera que por la tozudez de Pedro, Miriam de Magdala tuvo que irse ya que, a pesar de que él dice seguir las enseñanzas del Maestro, continúa siendo un judío de corazón que prefiere ver su Ley en la boca de un perro, antes que en labios de una mujer; aún a pesar de que Miriam era la depositaria de lo más escondido de las enseñanzas de Yeshuah. Luego aparece Saulo, discípulo de Gamaliel, creando una religión que nada tiene que ver con las enseñanzas del Maestro y que además, en contra de lo que Yeshuah predicó con su ejemplo, no permite que las mujeres tomen la palabra en las Asambleas porque son pecadoras de nacimiento. Por si fuera poco, este Saulo, anda pidiendo dinero a las comunidades más ricas para seguir su labor de expansión de la nueva iglesia, cuando en realidad lo que desea es cumplir sus expectativas de llegar a Sumo Sacerdote que no pudo cumplir entre los judíos ¿Qué podemos hacer ahora, hermanos? ¿Nos quedaremos también, como ellos, de brazos cruzados ante la traición que está tramando este ciudadano romano de alma judía?

—Debemos hacer algo —dice B'erakajh— sin duda; pero ¿qué?

—De momento esconder todos los pergaminos —responde Devohrah— no vaya a ser que se nos echen encima los perros a sueldo del Sanedrín y acaben con todo.

—Y ¿después? —pregunta B'erakajh—.

—Mi opinión —digo— es que nos retiremos a meditar hasta mañana, al amanecer, y que luego tomemos una decisión ¿estáis de acuerdo?

Como todos se muestran conformes con la propuesta, van abandonando la cueva en la que sólo quedamos Devohrah y yo

envueltos en un silencio total. Tras un tiempo de silencio en el que ambos parecemos absortos en nuestros más ocultos pensamientos, me pongo en pie para desentumecer mis músculos. Cuando vuelvo a tomar asiento lo hago frente a la mujer que ni siquiera levanta los ojos del suelo para hablar.

—No sé qué es lo que opinas, Salubha, amigo mío, pero creo que lo mejor sería dejar las cosas como están; creo que no debemos mezclarnos en nada, que todo siga su curso normal y, después, ya veremos.

—No estoy de acuerdo, Devohrah; tenemos la obligación de luchar para que la filosofía de Yeshuah sea conocida por todos.

—¿La filosofía de Yeshuah...o la que defienden los Pueblos Libres? ¿No será que nosotros también queremos imponer nuestra Verdad de la misma manera irracional que lo hace Saulo? Creo que nos estamos poniendo a su altura al defender una posición inamovible, sin dejar opción a que los demás den su opinión.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos sentimos en posesión de la Verdad y tratamos de que los demás piensen como nosotros, Salubha, y eso no es lo justo.

—Entonces tú ¿qué propones, Devohrah?

—Dejar todo como está y seguir cada uno su camino; al cabo, el trabajo está hecho y es responsabilidad de cada uno el buscar la solución a sus propias preguntas.

—¡No —exclamo— nada de eso! Hay que continuar con la labor de Yeshuah.

—No te engañes, amigo mío —dice la mujer moviendo la cabeza con gestos de negación—este asunto se nos ha ido de las manos a todos nosotros. Apariciones, resurrecciones, murmuraciones, dudas, muertes violentas, suicidio... ¿qué más falta todavía por sufrir?

—No te entiendo, mujer.

—¿No es suficiente con toda la sangre que se ha derramado en todo este asunto? Yeshuah, Ioudás el Iscariote, Esteban y ¿cuántos más hacen falta para que reine la cordura? Yeshuah muerto en el madero de tormento, Ioudás cometió suicidio, Esteban fue lapidado; ésto sin contar con las apariciones en las que muchos no creen, como tampoco creen en la resurrección del Maestro.

—Sin embargo es evidente que volvió de entre los muertos.

—Para nosotros, sí —dice Devohrah—; pero otros muchos, aún entre los seguidores de Yeshuah, piensan que no fue así.

—¿Lo dices por Tomás?

—Recuerda que cuando Yeshuah se presentó ante Miriam de Magdala, ella, le confundió con el jardinero.

—¿Y?

—Que los jardineros no tienen derecho a llevar barba y por esta razón muchos dicen que Yeshuah no murió en el madero y que se afeitó para no ser conocido.

—¿De veras? —pregunto irónicamente—. Si es así ¿quién murió en su lugar?

—Nadie. Sencillamente dicen que Yeshuah no murió en el madero, que Yohsef de Arimatea lo bajó con vida y lo curó en el sepulcro, que de allí se lo llevó a un lugar escondido y que por esa razón no se pudo hallar su cuerpo cuando abrieron la losa.

—Pero nosotros sabemos que...

—Nosotros sabemos lo que sabemos —corta tajantemente la Devohrah—. Lo que los demás opinen es otra cosa, Salubha. Creo que ya se ha enredado demasiado este asunto y que lo mejor sería dejar a cada cual con sus convicciones; de cualquier manera ya nada se puede hacer que no hayamos intentado. Es cierto que la mejor manera de fortalecer una idea es la de regarla con sangre, pero, ésto, es demasiado incluso para un sacrificio ritual que dé paso al cambio de Era. En realidad no hay nada nuevo que podamos enseñar porque, en el fondo, todos sabemos lo que es bueno y lo que es incorrecto.

—Sin embargo el mal nos empuja a tomar decisiones erróneas.

—No, Salubha. Todos conocemos qué es lo que se debe hacer en cada momento; pero solemos elegir lo que más nos conviene en este mundo, lo que es mejor para nuestra vida carnal, y nos olvidamos de nuestra parte espiritual lo que, por otra parte, me parece normal.

—¿Normal, dices?

—Al menos, humano. Si la verdadera lucha en este mundo es la del espíritu contra la carne, es normal que la mayoría de las personas se inclinen a la comodidad de la carne puesto que, en el fondo, casi todos carecen de fe. Vosotros, Maestros y Patriarcas, estáis tan lejos de todo lo cotidiano, deseáis con tanta fuerza que todo funcione como creéis que debe ser, que habéis olvidado el hecho de que la gran mayoría de los seres humanos están en un camino difícil, iniciando un aprendizaje duro, muy duro incluso, y gritáis “anatema” a quienes no son capaces de seguir vuestro camino. Vosotros os habéis erigido en guardias de lo escondido y os estáis radicalizando hasta el punto de haber olvidado que hay miles de soluciones para un problema.

Me levanto, y me acerco lentamente a la salida de la cueva y contemplo desde ahí el cómo el atardecer se entretiene en pintar un maravilloso mural de luces y sombras multicolores sobre el cielo.

Con los ojos entrecerrados pienso en las palabras de la mujer dándome cuenta, muy a mi pesar, que tiene toda la razón. Yo mismo, desde hace muchos años, me he ocupado en que todo mi pueblo siga la filosofía que yo creo adecuada y aplico la Ley de manera literal, sin dejar ni un resquicio a la interpretación. Sí; sin duda yo también me he convertido con el tiempo en una especie de sumo sacerdote del Sanedrín que no dejo ni un resquicio de libertad para que los demás hagan lo que crean conveniente en su propia vida.

Convencido de mi equivocación, aplastado por el peso de la culpa, me doy media vuelta y, encarando a la mujer, reconozco mi error para seguidamente, sin mediar palabra, salir de la cueva en dirección a mi tienda dejando a la Devohrah sola.

Apenas el amanecer comienza a iluminar el cielo, volvemos a reunirnos todos en la cueva después de un desayuno a base de leche de oveja, higos secos y tortas de trigo. Cuando todos nos acomodamos en nuestros lugares y cesan los murmullos, tomo la palabra.

—¿Qué habéis decidido los Esenios, B'erakajh?

—Hemos pensado, Salubha, que para predicar la filosofía de Yeshuah tal y como la enseñó, sin trabas ni equivocaciones, debemos apartar a Saulo de la Comunidad por cualquier medio lícito. Si es necesario, los Esenios estamos dispuestos a ponernos en contacto

con los conversos para explicarles la realidad de la situación y desacreditarlo por completo. Por otra parte, es muy posible que Pedro, Ioudás y otros, nos ayuden para convencer al Consejo de Jerusalem.

—¿Qué decís vosotros, Ezra —pregunto—?

—Creemos que lo mejor sería acabar con Saulo, de una vez por todas y aplastar la víbora por su cabeza. De este modo, una vez que pasen los primeros días de confusión, se irán olvidando los proyectos de crear una iglesia a imagen y semejanza de la religión judía. Estamos dispuestos a tomar esa tarea en nuestras manos. Aunque debo manifestar que hay tribus que se oponen a esta decisión.

—Y tú —pregunta B'erakajh—¿qué opinas Salubha?

—Ayer, cuando os fuisteis de aquí —digo—mantuve una conversación con Devohrah, que tras mucho meditarla, me abrió los ojos. Hemos adoptado el papel de Jueces y estamos forzando una situación para llevarla hasta el punto en que la queremos. Aunque mi opinión es sólo una más entre todas, quiero expresarla si me permitís —al ver que todos asienten, continúo—. Si los Esenios han tomado parte en este caso especial, aunque se habían aislado desde hace tiempo por no estar conformes con el modelo de sociedad y religión que impera en esta tierra, es porque creen que la filosofía de Yeshuah está acorde con la suya. Si los Pueblos Libres estamos aquí es por la misma razón de los Esenios ya que, entre ellos y nosotros, hay muchos puntos coincidentes; pero, si os dais cuenta, cada grupo está defendiendo sus propios intereses. La diferencia entre nuestras Asambleas y las del Sanedrín es que nosotros no gritamos para defender nuestras posturas, y que no mandamos asesinar a quienes nos estorban aunque, a juzgar por lo que ha expresado Ezra, hay tribus a las que no les importaría llegar a ese punto.

Levanto la mano para acallar el murmullo que han levantado mis palabras y sigo hablando.

—Estoy de acuerdo con Devohrah en que debemos dejar las cosas como están ya que, si la filosofía de Yeshuah debe conservarse, así sucederá; pero no olvidemos que el Maestro no quiso imponer su Verdad, sino que dejó libre albedrío para que los demás tomaran las decisiones que creyeran convenientes. Quizás, al oír las razones que expuso Devohrah, he comprendido el error en el que

estaba sumido por lo que, de manera definitiva, dejo la que ha sido mi tribu en manos de esta mujer que me sucederá como Patriarca, ya que está más preparada que yo para esta tarea —de nuevo tengo que esperar a que cese el murmullo para continuar—. Mañana, al amanecer, saldré al camino para comenzar a escribir mi leyenda personal apartado de unas obligaciones de las que he demostrado no ser digno; por ello sois vosotros quienes debéis decidir con respecto a Saulo. La paz sea con vosotros y con vuestras tribus.

Me levanto en medio de un silencio casi sólido y me dirijo hacia el lugar que ocupaba mi tribu donde, de manera formal, notifico al Consejo la decisión que he tomado.

Una vez arreglado el asunto de la sucesión al frente de la tribu, lugar que ocupará Devohrah, me retiro a mi tienda para preparar el magro equipaje que me acompañará a partir del día siguiente.

A lo largo del día son muchas las personas que se acercan a mi tienda para despedirse de mí; pero cuando la noche impone su silencio en el campamento, es Devohrah la que llega para darme su bendición y tomamos asiento sobre una alfombra, uno frente al otro.

La mujer toma mis manos entre las suyas, cierra los ojos y puedo sentir cómo la paz se abre paso en mi atormentado corazón. Bajo el influjo de esta mujer excepcional, la amargura que me invadía se va convirtiendo en lágrimas que arrastran con ellas toda la angustia almacenada en mi espíritu. No hacen falta las palabras cuando dos almas están tan unidas como las nuestras; dos almas viejas capaces de reconocerse a través del tiempo y del espacio. Al cabo de un tiempo, breve y eterno, Devohrah rompe el contacto, mete la mano entre los pliegues de su túnica, saca un cofre delicadamente decorado con piedras preciosas y lo abre ante mí para que vea su contenido: Unos pergaminos antiguos y una esmeralda grabada con dos serpientes que forman la estrella de David, cuajada de cráneos tallados en cristal de roca, engastada en un clavo de hierro. La mujer cierra el cofre y lo pone entre mis manos.

—Toma, Salubha —me dice—. Es parte del equipaje que debes llevar en tu nueva vida. Son los pergaminos, escritos de puño y letra por el mismo Rey Salomón, el Pacífico, por consejo de uno de nuestros antepasado y, contienen un ritual que da acceso al Conocimiento y la Sabiduría. La piedra del medallón es un regalo

de la reina Balkis al rey Pacífico quien la mandó trabajar por sus mejores artesanos. Yo la mandé montar en uno de los clavos que sujetaron a Yeshuah contra el madero de tormento. Dicen que, en un futuro, el contenido de los pergaminos podrá salvar a los hombres de su destino y, a la piedra del medallón se le atribuyen poderes mágicos. Ahora, vete en paz, Salubha.

Cuando nos ponemos en pie, nos estrechamos en un abrazo fraternal, y me deja a solas con mis pensamientos.

Algunos días más tarde me encuentro dormitando a la sombra de unos sicomoros, huyendo del sol que cae del cielo como plomo fundido sobre mis espaldas fatigadas. Aún me creo culpable porque, según mis trilladas deducciones, una y mil veces pensadas, no he sabido dirigir bien los destinos de mi pueblo; pienso que he impuesto mi propia opinión por encima de todos sin tener en cuenta que son individuos ya que, desde mi punto de vista, era simplemente “tribu”. Tan absorto estoy en mis pensamientos que no me doy cuenta hasta que oigo su voz que un hombre, que venía por el camino, se ha acercado hasta mí.

—Salud, hermano —dice el recién llegado—¿me dejas compartir la sombra?

—La paz sea contigo —respondo sobresaltado al tiempo que invito al otro con un gesto amable—. Siéntate puesto que la sombra es tan tuya como mía.

—Mucho calor para trabajar a estas horas —dice el hombre como hablando consigo mismo—pero tenía que sembrar unas lentejas.

—Pero —digo sonriendo—aún no es tiempo para la siembra de las lentejas.

—Tienes razón —reconoce el otro—; pero la verdad es que me habían sobrado unas cuantas del guiso rojo que comimos ayer y, si no las sembraba hoy, se iban a pudrir.

—Pero, ¿estaban cocidas las lentejas? —pregunto incrédulo—.

—Sí, claro; ya te he dicho que me sobraron del guiso.

—Pero, hermano —río de buena gana—si las lentejas estaban cocidas nunca podrán germinar ¿Acaso no lo sabes?

—Claro que lo sé; pero si uno de los más ilustres Patriarcas de los Pueblos Libres cree que por pensar en lo que ha hecho mal puede cambiar las cosas, también será posible que germinen las lentejas cocidas.

—¿Quién eres —pregunto poniéndome en pie de un salto— me conoces?

—Sí Salubha, te conozco. Soy tú mismo y soy todos a la vez al tiempo que sólo soy yo. Vivo en ti y fuera de ti porque yo soy el que soy, el que ha sido y el que será. Soy el principio y el fin, el Alfa y el Omega de todo cuanto existe y, sin embargo, sólo existo en tu imaginación.

Aún no ha terminado de hablar el recién llegado cuando comienza a elevarse hacia el medio día al tiempo que desprende una luz que hace palidecer la del mismo sol.

Caigo de rodillas golpeando la tierra con la frente. Siento un dolor agudo, lacerante y me doy cuenta de que me he quedado dormido; supongo que he perdido el equilibrio y he caído al suelo hiriéndome. Sonrío al comprender que todo ha sido un sueño, recojo mis cosas y sigo camino adelante hasta que llego a una posada.

Estoy bebiendo agua del pozo cuando, de manera repentina, el tiempo detiene su andadura. De pronto me doy cuenta de que todo el Universo, salvo yo, ha dejado de moverse. Puedo ver cómo animales y personas están inmóviles; incluso los pájaros aparecen, ante mis ojos, suspendidos en el aire. Creyéndome presa de una alucinación, me inclino para coger agua del pozo cuando, al acercar mi mano a la superficie del agua, ésta se ilumina, como por causa de una luz que estuviese en el fondo.

Las aguas comienzan a temblar, como si estuvieran a punto de hervir, y las leves ondas van formando la imagen del hombre de las lentejas cocidas con el que he creído soñar. La voz que escucho me llega desde todos los sitios, no viene de ninguno en concreto y sin embargo me envuelve por completo.

—Lava tu culpa, Salubha, si no quieres hacer mucho más pesado tu equipaje. Aquel que hace lo que cree mejor para los suyos, puede estar equivocado pero nunca será culpable de sus buenas intenciones. Disuelve tu culpa en el agua y deja que la vida comience de nuevo a partir de este momento.

Me lavo la cara y, cuando levanto la cabeza, todo el mundo ha recuperado su movilidad habitual. Convencido de que lo sucedido no es fruto del sueño, me alejo de la posada hasta llegar bajo unos olivos donde, con las palmas de las manos mirando al cielo, renuncio a mi culpa. Luego, a sabiendas de que mi camino está en buenas manos respiro hondo, sintiéndome en paz conmigo mismo por primera vez en mi vida, y decido que, a partir de este momento, mi meta es el camino en sí. Animado por esta idea, me pongo en marcha;

* * *

Otra mañana más, cada vez son menos las que me restan para ir a cruzar ese punto y coma que separa la vida de la muerte, me da por pensar en el tema que en los últimos días parece haberse erigido como protagonista de mi cansada memoria. Es como si involuntariamente recordase todos aquellos hechos que me han traído hasta la última habitación que ocuparé con vida, en un esfuerzo para tener presente en todo momento que lo sucedido no fue un sueño ni el delirio resultante de una fiebre brutal.

Si no hubiese vivido tanto en tan poco tiempo, estaría tentado de achacar mis experiencias a una mala pasada de la memoria; pero todavía tengo muy presente la entrevista con Steiger, la tarde pasada con César a orillas del río y, sobre todo, el tiempo pasado en casa de Chana.

Cuando bajé del autobús pude ver, desde la orilla de la autovía, una enorme ceiba centenaria, una pequeña explanada y, un poco más allá, una casa en la que se exhibían mesas con hules de flores y sillas de madera con asientos hechos en cuero de res sin curtir. Me eché la mochila al hombro, con un gesto de viajero acostumbrado a cargar su equipaje, y entré pausadamente en lo que parecía ser el comedor de un restaurante popular. A mi encuentro salió una mujer de piel negra como la noche, de edad indefinida, entrada en kilos y no muy alta cuya voz era aguda, pero de ningún modo desagradable, preguntando en qué podía servirme.

Le dije que mi nombre era Salubha y que había llegado hasta allí por recomendación de César quien, por cierto, le enviaba un

abrazo. La mujer me observó de la cabeza a los pies, como si intentase saber qué pasaba por mi cabeza en esos momentos y, tras un concienzudo examen visual me invitó amablemente a sentarme junto a una mesa que ya estaba preparada con platos, cubiertos y vasos como esperando a los clientes.

Se presentó como Chana, sin más apellidos ni adornos, y desde el primer momento se comportó conmigo como si me hubiera conocido desde siempre. Sin razón aparente, a pesar de corregirla en diferentes ocasiones, se empeñaba en llamarme Santiago y, cuando me cansé de repetir siempre mi nombre, lo dejé estar; de cualquier modo allí, en ese punto de mi vida, el nombre era lo de menos.

Se interesó amablemente por el motivo de mi visita y, cuando le dije que el anciano me había enviado para que ella me contara todo cuanto pudiese sobre los rituales, sostuvo mi mirada de una manera tan profunda, tan inquisitiva, que al poco tiempo me vi obligado a bajar los ojos al suelo mientras reconocía que también debía solucionar un problema personal que me estaba destrozando por dentro.

“Mal de ausencias” diagnosticó la mujer mirándome al fondo de los ojos sin recato; estoy convencido de que entonces se me veía la legua, aunque yo nunca hubiera podido pensar que mis trastornos espirituales fuesen tan evidentes para todos. Sin perder mucho tiempo me dijo que ya tenía una habitación preparada así que, si quería, podía dejar el equipaje por ahí, darme un baño y prepararme que enseguida íbamos a comer algo.

En el baño, un eufemismo para designar un cuarto de apenas un metro cuadrado en el que había un enorme cubo lleno de agua con un bote plástico para echársela por encima, pensaba en lo sorprendente que resultaba el hecho de llegar a un lugar ignorado hasta ese momento, al hogar de personas que eran totalmente desconocidas y, sin que nadie les hubiera avisado, tuvieran preparada habitación y mesa; pero, sin querer ahondar demasiado en el asunto, disfruté con el agua tibia corriéndome por la piel.

Poco después, sentado ante un succulento plato de pollo guisado, arroz blanco y tajadas de aguacate, conocí al marido de

Chana, un hombre de edad avanzada, de cuerpo espigado, que había trabajado en muchos oficios tales como vaquero y minero de diamantes, entre otras profesiones no menos exóticas para mí.

Desde el primer momento se creó un lazo especial entre la mujer y yo ya que, Chana, no necesitaba de las palabras para entender mi estado de ánimo en cada momento del día.

Por decirlo de alguna manera fácil, su mirada y la de César eran casi iguales, penetrantes, inquisitivas y sin embargo respetuosas para con mi intimidad. Era como si ambos supieran qué pasaba en mi alma pero no entraban en ella sin una especie de permiso tácito que les otorgaba sin consciencia ni palabras.

La vida era tranquila en aquella casa. Los pocos coches que pasaban por la autopista no recalaban en el restaurante y las ventas no eran abundantes.

Para no faltar a la verdad me preguntaba cómo podía subsistir un negocio que era visitado por no más de seis clientes a la semana; pero evidentemente me abstuve de preguntar nada porque en aquellos momentos me parecía demasiado descortés para con unas personas que, sin conocerme de nada, me habían dado cobijo.

Todavía no llevaba dos semanas en casa de Chana cuando un atardecer, antes de que el minero pusiese en marcha el pequeño generador que surtía de electricidad a la casa, llegó una pareja de jóvenes con un niño de corta edad en brazos.

El aspecto que presentaba la criatura, pálida, sudorosa y somnolienta, no era el propio de un bebé sano. Chana, sin mediar palabra, lo tomó en sus brazos, lo acunó, se lo devolvió a la recién llegada y desapareció en su cuarto para volver, apenas dos minutos más tarde, con una botella de plástico que contenía un líquido fragante de apariencia lechosa.

Mientras yo asistía embobado a esa escena que me parecía irreal, a lo que contribuía la pobre iluminación del local, Chana se embadurnó bien las manos con el contenido de la botella y, tomando al niño de los brazos de la mujer, cargó con él. Con gestos precisos acariciaba la cabecita mientras salmodiaba algo parecido a una plegaria. De repente, el niño, que no debía tener más de tres años, irguió su cabeza, miró a Chana y silabeó claramente

“hue-vo-na”, lo que hizo reír a todos los presentes. Pocos minutos más tarde la criatura corría con brío bajo la centenaria ceiba.

Observé sorprendido cómo la madre del niño le tendía un billete a Chana, que ésta rechazó gentilmente con una sonrisa, y seguí preguntándome cómo sobrevivían todos allí; la respuesta llegó a la mañana siguiente cuando la pareja apareció de nuevo con el chiquillo y con unas cuantas bolsas de plástico llenas de víveres adquiridos en un supermercado. Cuando, esa misma tarde, le hice el comentario a Chana, la mujer, con una media sonrisa en los labios, se dignó en darme una de las lecciones más importantes que él recibiría en mi vida. Vino a decir que me sorprendía porque las manos de una humilde negra eran capaces de curar y, sin embargo, había tenido miles de ejemplos a lo largo de mi existencia; pero si en realidad lo que me preguntaba era por qué razón ella, que no tenía nada de valor material entre sus posesiones, despreciaba el dinero, tenía que puntualizar que a veces, lo aceptaba; pero sólo cuando no le quedaba más remedio porque, por la comida, no tenía ninguna preocupación ya que siempre llegaba cuando la necesitaba.

Puedo dar fe de que siempre sucedía así porque, en el tiempo que estuve en aquella casa, nunca faltó de nada y que las cosas llegaban justo en el momento en que eran necesarias.

Me explicó también, uno de aquellos días, que aquel que ha puesto su vida en manos del Padre, nada debía temer.

Completó sus enseñanzas cotidianas, ya que todos los días se dignaba en darme una frase para que pudiese pensar y meditar en la respuesta que escondía, añadiendo que el mismo Jesús de Nazareth había dicho que quien estuviera inmerso en una búsqueda interna no debía preocuparse ni por la comida ni por el vestido porque se nos daría como un bien añadido. Dijo también Jesús, según Chana, que nuestra ocupación principal en esta vida era la de buscar al Padre, que no nos preocupásemos por el resto y, además, puso un ejemplo para los descreídos.

Mirad los lirios del campo, dijo el Maestro, que no saben tejer y tienen vestiduras más lujosas que las del mismo rey Salomón. Luego dijo que observáramos las aves del campo que no sembraban ni cultivaban su alimento y que todos los días comían. Allí,

encerrada en esas palabras, había una promesa, la palabra dada por Alguien que estaba muy cerca de lo divino, y que sabía perfectamente lo que nos estaba diciendo, añadió.

En aquellos momentos pensé que si todos nos pusiésemos en manos del Padre sin trabajar ni buscar nuestro sustento ¿quién nos iba a dar los alimentos y los vestidos?; pero la respuesta llegó casi al mismo tiempo que la pregunta: Si todos nos pusiéramos en manos del Padre volveríamos al Paraíso, y nunca más necesitaríamos nada de nadie.

Los días pasaban dulcemente para mí, exactamente como ahora, sin hacer nada en absoluto; al atardecer nos reuníamos todos, incluido Manuel, el hermano mayor del dueño de la finca que estaba al lado del restaurante y, entre risas, comentaban hechos acaecidos hacía muchos años. Allí pude observar que casi todas las tardes llegaban visitas a la casa, algunos agradecidos por favores recibidos de Chana, otros, conocidos, para pasar un rato en la paz que se respiraba en aquel lugar; pero me aburría porque, ni estaba avanzando en la investigación, ni dejaba de pensar en aquella mujer que me traía el alma en perpetuo estado de agitación.

Hasta que una tarde llegó Carlos.

Era un hombre bien parecido, menudo, con aspecto próspero y, según supe después, se dedicaba habitualmente a la venta de material médico para los hospitales.

Llegó con unas botellas de whisky, una gran bolsa de hielo y, enseguida, congeniamos los dos. Cuando le dije que me estaba aburriendo soberanamente,

Carlos me comentó que en su finca tenía varios libros que podía prestarme sin problemas. Así, al día siguiente, comencé a leer con interés “Caballo de Troya”. Después de la segunda lectura llegué a la conclusión de que alguien estaba manejando los hilos de mi vida para que fuese en una dirección concreta. Con aquella obra de Juan José Benítez, si dejaba a un lado todo lo que era fantasía o ciencia ficción, había aprendido a ver al Maestro de Nazareth desde un punto de vista especial, más humano.

Creo que me sucedió lo mismo con “El general en su laberinto” de García Márquez que tuvo la virtud de convertir ante mis ojos

a un Simón Bolívar dictador en un hombre cargado de ilusión y buenas intenciones, en un incomprendido. Del mismo modo la descripción del tormento, de la pasión, de la inmolación, estaba hecha desde un punto de vista tan humano, tan razonado, que sentí a Jesús mucho más cerca de mi espíritu que lo había tenido nunca.

El comprender que Jesús era un hombre como yo, alguien que había tenido fe y que supo elevar su espíritu hasta tener plena consciencia de que el Padre vivía en su interior y que, él mismo, era un fragmento de la divinidad; entender en parte el mensaje que dejó para la posteridad me abrió una puerta que nunca creí advertir ¡Ahí estaba el mensaje oculto de los evangelios al que aludía César! ¡Desde entonces ya podía entender el secreto escondido en las escrituras sagradas de los cristianos! Todos los mandamientos resumidos en sólo dos: Amar al prójimo como a sí mismo y al Padre por encima de todas las cosas. Poco a poco una verdad, la mía, se fue abriendo paso entre las tinieblas de mi espíritu atormentado.

Una vez asumido que aquello era el principio del camino que estaba buscando, dedicaba largas horas a la meditación bajo la mirada complaciente de Chana que, de vez en cuando, se acercaba a mí para gastarme alguna broma o para decir algún chascarrillo que me sacara a flote desde las profundidades en las que mis ideas navegaban a diario.

Lejos de las actividades habituales que había desempeñado en Marsella, lejos de la vida moderna, vivía como siempre lo había deseado: en paz. Algunos días me marchaba caminando hasta Upata, situada a unos seis kilómetros de distancia, en donde hablaba con Luis Garrido, español, dueño de una zapatería que, una vez que trabamos amistad, también me prestaba los libros que le enviaban su madre y su hermana desde Vigo, en España, y hablábamos de muchas cosas e incluso, algunos sábados por la tarde, veíamos el partido de fútbol de la liga española que retransmitía un canal de televisión venezolano.

Una noche que había llegado Carlos, mientras todos celebrábamos con el vaso lleno un éxito comercial que había conseguido por aquellos días, tuve la oportunidad de hablar con Chana a propósito de los poderes de los que ella hacía gala, sin ostentación;

pero durante aquella conversación, mi arrogancia de macho joven, iba a recibir una sorpresa.

Como para romper un poco el hielo, aprovechando que Chana estaba en la cocina preparando algo de cena, me atreví a preguntar de dónde le venían los poderes que tenía, como el de sanar a las personas. Su respuesta no se hizo esperar. Hablaba con plena confianza, abordando conceptos difíciles de aceptar, que ella daba por evidentes y para ella, como para César, no necesitaban ser probados.

Al parecer, cuando era una niña, en República Dominicana, la llevaron a Tahití y allí, la velaron los negros. Era evidente que el velorio se realizaba para personas muertas y aquella afirmación me creaba una inquietud que le transmití sin tardanza. Su respuesta no dejaba dudas ni aún para una mente tan obtusa como la mía en aquellos menesteres.

Por esa razón la velaron; porque de alguna manera estaba muerta. Era como si alguien muriera, aparentemente, y le velaran para “resucitar” a la mañana siguiente en posesión de algún don especial. En el caso de Chana, cuando resucitó, tenía la capacidad de sanar algunas enfermedades y estaba bajo la protección del Arcángel Miguel.

Como pude adivinar que aquel velorio había sido una especie de ritual, no quise perder la oportunidad para interesarme por ello. Chana me comentó, de manera desinhibida, como si fuera algo que todos los seres humanos debiéramos saber, que cuando se celebra un ritual de este tipo algunos volvían a la vida con un don para el bien, como evidentemente era su caso; pero también había quien no lo hacía de manera correcta y volvía desde el Lado Oscuro con poderes para hacer el mal; incluso conocía a una persona que era capaz de comprar muertos.

Aquella manera de expresarse, el hecho de admitir que los muertos, espíritus desencarnados o carcasas de carne vacías podían comprarse, me llamó tanto la atención que pedí una aclaración a lo que ella, con una sonrisa de conmiseración ante mi ignorancia, accedió.

Me dijo que si se quería hacer daño a una persona se encargaba a un experto en las artes del Lado Oscuro para que le hicieran

lo que se llamaba “un trabajo”. El encargado de hacer el mal, iba hasta el cementerio con una botella de ron y, por decir una cantidad, veintitrés monedas de cobre. Con un sencillo rito se regaba con el ron la tumba elegida, que sería preferentemente la de alguien que hubiera muerto violentamente y hubiese sido delincuente o asesino. Después se agarraba un puñado de tierra de la tumba y se le decía al muerto que se le compraba esa cantidad de tierra por treinta y cinco monedas; pero sólo se enterraban las veintitrés que se habían llevado hasta allí. Como la cifra de monedas era evidentemente menor que el precio de compra, se le prometía al muerto que al día siguiente se le iba a entregar el resto y que, si no se hacía, fuera a buscarlas a donde se iba a depositar la tierra. Después, se salía del cementerio y se esparcía la tierra en el umbral de la vivienda de quien se quería molestar y, como al día siguiente no se efectuaba el resto de pago, el muerto empezaba, al menos en teoría, a molestar a los habitantes de la casa.

Este era, según Chana, un trabajo difícil de romper porque nunca se sabía cuántas monedas eran, exactamente, las necesarias para terminar el pago y, en esos asuntos no se podía dar de más ni de menos.

Entonces me parecían supersticiones de gente analfabeta y se lo dije aún a riesgo de que se enfadara conmigo; pero, una vez más, estaba muy lejos de conocer los pensamientos de aquella mujer. Cuando esperaba que me dijese alguna barbaridad con su afilada lengua siempre presta a la respuesta mordaz, reconoció que yo tenía toda la razón aunque, la puntualización que hizo después me demostró que, como siempre, andaba perdido.

Este ritual, como tantos otros, no servía para nada según su justa apreciación. Lo que de verdad funcionaba, en ése y otros casos, era la intención de quien encargaba el trabajo, y las fuerzas que ponía en movimiento aquel que lo realizaba. Era como en el caso de su propio velorio; no fue que ella muriera y que al resucitar volviera del otro mundo con un don entre las manos. Entre la fe que ella tenía en que aquello era cierto y la potencia espiritual de quienes la velaron a lo largo de aquella noche, la cosa estaba hecha; pero para que aquello funcionara realmente ella debió entregarse con fe a lo que iba a suceder y, esa misma fe era la que

la capacitaba para sanar algunas enfermedades. Claro que, todo había que decirlo, no era ella quien efectuaba la sanación sino que era un simple instrumento de la voluntad del Padre y, por mucho que ella quisiera, por sí misma, era un puro trasto inútil.

De nuevo llegaron hasta mí dos conceptos que todas estas personas, las que son como César y Chana, las que tienen una fe sin límites, manejan a diario con una soltura envidiable: La fe y el convencimiento profundo en la inutilidad de cualquier tipo de ritual hecho por los hombres. Si entonces podía entender la importancia de la fe como ingrediente básico en todo este entramado ecléctico de creencias, todavía no era capaz de manejarme con soltura en el terreno de los rituales, algo que al parecer todo el mundo tenía por inútil y, sin embargo, necesario.

Como el asunto de la fe lo tenía muy claro, le pregunté por los rituales y me hizo observar que cuando se entraba en casa de un santero, lo primero que podía verse era una imagen de un santo o de una virgen y, justo a los pies de aquel trozo de yeso pintado que adoraban devotamente, como idólatras que eran, siempre había un montón de frutas frescas y un vaso de vino. Esa era la ofrenda que formaba parte del ritual diario en esas gentes; pero eran frutas raras, manzanas, peras, naranjas, nunca eran frutas de la tierra como podía ser el mango, un coco, una piña o un cambur, porque el ritual tiene que significar un esfuerzo por parte de quien lo hace.

Se trataba de halagar a la divinidad con un homenaje y, lo que se ofrece, lo que se sacrifica, debe ser de primera calidad. Me recordó que en la Biblia, cuando Moisés dictaba las leyes de los levitas, de los sacerdotes, ponía especial cuidado en publicar que todas las ofrendas y sacrificios debían ser hechas con frutos, cereales o animales de primera calidad, sin ninguna clase de taras o defectos.

Aprovechando la locuacidad de Chana le hice la observación de que yo quería aprender sobre rituales y ella, tan obstinadamente como se empeñaba en llamarme Santiago, no hacía sino aludir a las ofrendas.

Me explicó pacientemente que todos los rituales, absolutamente todos, tenían una buena parte de ofrenda para solicitar los

dones que se pensaban conseguir con el ritual; o bien había una especie de banquete, de comida ritual, en familia, o entre los asistentes, en la que se consumían productos que, habitualmente no estaban al alcance de la mano. Este era el caso de las bodas, comuniones, bautizos, entierros y cumpleaños. Aparentemente estas celebraciones no eran sino rituales religiosos que llevaban incorporado, desde siempre, un banquete para celebrar que el ritual había sido cumplido en su totalidad. Así que, como era sabido por todos, según Chana, una boda sin comida es como si no se hubiera celebrado porque, en realidad, no se ha cerrado por completo el ritual.

De nuevo aparecía la dualidad de los rituales; por un lado servían, eran indispensables, y por otra eran totalmente inútiles. Le pedí a Chana que me lo explicase con palabras que yo pudiese comprender sin dificultad y me dijo que, para quien sabe de estas cosas, los rituales son inútiles, pero al tiempo son necesarios porque la gente que no tiene fe necesita de una liturgia, de un rito, para convencerse.

Era en resumen el ver para creer, como Tomás el discípulo de Jesús. Si se intenta explicar a la gente lo sencillas que son las cosas, siempre y cuando se esté en el camino correcto, no van a creer nada en absoluto; como ellos no son capaces de hacerlo, necesitan algo que puedan ver, cuanto más complicado mejor, para que puedan aceptar lo que sucede.

Según Chana así sucedía desde que el mundo era mundo y me citó como ejemplo el caso del profeta Eliseo hasta cuya casa llegó Naamán, el general sirio aquejado de lepra, para ver si podía ser sanado por aquel santo varón; entonces le mandó decir Eliseo que se metiera en el río Jordán siete veces y quedaría curado. Lo curioso del caso, según aquella venerable mujer, fue que el general se fue muy enfadado porque el remedio que le había dado el profeta era demasiado sencillo, y de no ser por un criado que le convenció de que por probar no perdía nada, se hubiera vuelto a su casa tan enfermo como llegó.

Allí estaba la demostración de la estupidez humana y de la supuesta utilidad de los rituales dentro de su inutilidad total. Si el profeta Eliseo, sabiendo que Naamán se iba a curar, en lugar de

optar por lo más sencillo que era la purificación, hubiese hecho gestos, aspavientos, hubiese quemado hierbas, hubiera recitado plegarias imaginarias y le hubiera hecho beber alguna pócima asquerosa, maloliente, con sabor a guano, Naamán hubiese creído en él y se habría marchado convencido de que un santo le habría librado de su enfermedad.

Por esa razón eran necesarios los rituales, porque la gente los necesitaba para creer. Además, añadió, Eliseo multiplicó los panes antes que Jesús lo hiciera, amén de conseguir que a una viuda no le faltara el aceite durante la hambruna que hubo porque, de manera milagrosa, el aceite se reponía solo.

Habíamos llegado a un terreno que yo creía resbaladizo: los milagros. Vi que se abría ante mí una puerta llena de interrogantes, plena de incredulidad, y pregunté a Chana por los milagros de Jesús de Nazareth. Cuando se apagó la carcajada que debió poner en guardia a todos los animales del corral, me dijo que los milagros eran llamados así por quienes, en realidad, no creen que sea posible su realización; en cambio, si se hablaba de sanación de ciegos, de parálíticos, de curar enfermedades, éso, a menor escala, lo hacía ella, como yo sabía perfectamente, porque también era un instrumento. Debía darme cuenta, me avisó, de que si todos llevásemos el tipo de vida que llevaba el Maestro todos seríamos capaces, sin ninguna duda, de obrar esos prodigios, y entonces cambiarían muchas cosas.

En todo caso, quise puntualizar, para entender por completo los conceptos que aquella mujer me arrojaba encima sin descanso, Jesús no había necesitado de rituales y éso quedaba claro.

Chana me comentó que, a veces, había echado mano de medios físicos que se apartaban de la imposición de manos, que era lo natural, lo obvio, y había utilizado para sanar, su saliva mezclada con tierra; es decir, que había fortalecido la fe de aquellos ignorantes por medio de pequeños rituales, como lo hacían los que se llamaban a sí mismos enviados de dios en la tierra, como curas y pastores evangélicos.

Los que se nombraban a sí mismos como sacerdotes, realizaban complejos rituales. Exorcismos, por ejemplo. Por una parte negaban que otros pudieran conocer parcelas de un mundo espi-

ritual, desdeñaban la existencia de la brujería y, por otra, se veían en la obligación de luchar contra espíritus malignos que poseen a las personas. La misma misa, era un ritual. La gente no podía de ninguna manera creer en que el pan y el vino se convirtieran en cuerpo y sangre de Jesús, lo cual no extraña a nadie porque era una solemne barbaridad, y debían montar un espectáculo de luces, olores, sonidos y sabores para que la gente pasase por el camino que ellos querían. Un ritual, en resumen; con sus velas, su incienso, el vino, las plegarias a media voz y los cánticos triunfales.

Ya no quiso hablar más; con un movimiento elegante, increíblemente ágil para un cuerpo como el suyo, se dio la vuelta para reintegrarse al grupo que, ajeno a la conversación que habíamos mantenido, seguía divirtiéndose.

De nuevo había sucedido algo que sólo era capaz de reconocer una vez que pasaba porque, mientras se obraba el fenómeno, no podía advertirlo: el silencio que se formaba alrededor de las personas que hablaban de algo trascendental. Seguramente muchos hablarán de la capacidad de concentración, del estar absortos por un tema y, sin embargo, tanto en la tarde pasada con César como en esa conversación mantenida con Chana, el silencio nos había rodeado como un muro impermeable a cualquier sonido. Si con César se había detenido el tiempo de manera que ni los animales habían podido salvar aquel obstáculo invisible, mientras había conversado con Chana, los alaridos de diez o doce personas, aguijoneadas por el alcohol, no habían podido perturbar nuestra pequeña reunión privada.

Fueron pasando las semanas y, entre lo que aprendía de Chana y todo lo que era capaz de colegir por mí mismo, me iba haciendo una idea aproximada de cómo debía buscar todo aquello que necesitaba saber. Pero aunque mi mente permanecía casi siempre ocupada en las profundas reflexiones sobre el tema, el recuerdo atormentador de la mujer a la que amaba volvía a la carga de vez en cuando, con la furia de un ciclón, para desestabilizar durante un rato mi impredecible carácter. Cuando me encontraba así, en aquel estado de rabia latente, sólo la compañía de los tres perros de la casa era capaz de calmar un poco mis alterados nervios.

La historia de los perros que vivían allí me la contó una tarde Manuel, el hermano de Carlos con su lenguaje de campesino venezolano; aún soy capaz de recordar textualmente sus palabras: *“Asigún dice la Chana, la Niña vino de pichona y se quedó, el Amarillo estuvo dando vueltas “salnoso” peldío una semana hasta que el minero lo amarró de una cabuya y le dio aceite quema’o po’l cuero y lo curó y ese de’ ai, el Trapiche, vino hace poco”*.

Yo sabía que a la Niña la llamaron así porque era muy joven cuando llegó, pichona que decía Manuel, que Amarillo era debido al color de su piel y que Trapiche debía su nombre a que, cuando llegó, un coche le dio un golpe en la autovía y cuando se levantó comenzó a girar sobre sí mismo, aturdido por el porrazo. De cualquier manera, los perros congeniaban muy bien conmigo. Por alguna extraña razón, de entre todos ellos, Amarillo, el más viejo, era el que más cerca estaba siempre de mí; pero una de las tardes más divertidas que pasé en casa de Chana se la debíamos a Trapiche.

Cuando la Niña comenzó a madurar, Amarillo le puso cerco para ser el primero en montarla y el pobre Trapiche andaba por la casa en un ostensible estado de excitación, visible para cualquiera. Por algún problema desconocido, una tarde se quedó con el pene a la vista y no se le recogía en la piel por lo que se paseaba por el comedor con una erección más que respetable. Sin decir nada, Carlos, que se encontraba ese día en la casa, fue a una tienda en Upata y compró unos pañales que, con mi ayuda, le pusimos al perro. El súbito estallido de carcajadas que provocó la aparición de Trapiche con su pañal puesto, disparó el alboroto hasta cotas que eran difíciles de explicar con palabras.

Mira por dónde este recuerdo me ha hecho pensar en las alegrías que nos dan algunos animales. Parece mentira que en una existencia tan llena de experiencias como la mía, en la que apenas puedo reunir cinco momentos de alegría total, uno de ellos esté íntimamente unido a los animales. Pero en fin; entonces no sabía que la alegría es sólo un preámbulo en el que se deben acumular fuerzas para afrontar lo que luego se nos vendrá encima porque, después de esa tarde alegre, como en otras muchas ocasiones desde el momento en que el generador se apagaba, me quedé solo

en la habitación. Como en cada ocasión en la que el cuerpo se negaba torpemente a descansar, los recuerdos vinieron a mi cabeza, como enjambres de abejas molestas, para impedir que descansara, para negarme el sueño, esa pequeña muerte tan beneficiosa que incluso permitía a los presos evadir sus cadenas durante unas horas. La noche, el silencio y la soledad siempre han sido una mala mezcla para quien no desea pensar, para aquel que no quiere recordar y yo estaba aprendiendo esa lección a golpes intensos en el alma.

Una mañana, en la que desperté sobresaltado al oír mi nombre entre sueños, me levanté definitivamente triste. Sin tomar el primer café de la mañana, me tomé una cerveza helada y pasé casi todo el día solo, sin comer, bebiendo de vez en cuando una cerveza para mantenerme, si no borracho, en un nivel de adormecimiento que me permitiera sobrevivir hasta la noche y llegar a la cama con garantías suficientes de que iba a dormir.

Chana me observaba en silencio desde una distancia prudencial; hasta los perros daban vueltas cerca de mí para dejarse ver, sin acercarse demasiado, y sólo Amarillo permaneció casi todo el día tumbado tan sólo a unos metros de mi obcecación.

Los pensamientos que pasaban por mi cabeza eran negros, depresivos.

Por momentos especulaba en abandonarlo todo, tomar el primer avión para Europa, plantarme de rodillas ante ella, solicitar clemencia y quedarme a su lado sin importar cuánto tuviese que sufrir; pero al momento siguiente optaba por hacerme el duro y la odiaba, la amaba, la echaba de menos y rechazaba sus recuerdos.

Por un instante eterno me pareció que estaba viviendo una paradoja brutal ya que no podía alejarme de ella, porque se encontraba a miles de kilómetros, ni la podía rechazar porque ya no era mi pareja. Aquel dolor que se había instalado en mi pecho era poderoso, cruel y corrosivo.

Casi sin darle las buenas noches a nadie, me acosté. Harto de dar vueltas en la cama, sin poder pegar un ojo bajo la tela mosquitera, me levanté tratando de serenar un poco la angustia que me consumía después del intercambio de miradas que había manteni-

do con Chana, aquella mujer que parecía leer en mi interior como si fuera un libro. A pesar de que mi alma lanzaba al infinito aullidos atormentados, mis ojos eran incapaces de poner en libertad las lágrimas que hubieran supuesto una manumisión para el espíritu derrotado en la lucha contra sí mismo.

Sentado a la puerta de la casa, miraba al cielo bordado de luces temblorosas buscando la constelación de Orión para, en un salvaje ejercicio de fe, encontrar los orígenes de la fuerza que mantuvo a mis antepasados con vida en un mundo que, como a mí mismo, nunca les gustó; pero lo único que pude encontrar en aquel majestuoso techo sideral fue el reflejo de otras noches, en las que había estado al lado de aquella mujer tan lejana y tan presente al mismo tiempo. Cansado de buscar respuestas a las dudas que se columpiaban burlescamente en mi memoria, entré en la casa escudriñando al tacto las gastadas repisas de la cocina.

La voz de Chana a mis espaldas, me sobresaltó. “¿Buscabas ésto?” me dijo irónicamente haciendo bailar suavemente la botella de ron entre sus manos. Si era lo que buscaba, ya lo había encontrado; parecía, según aquella especie de ángel negro, que ya estaba dispuesto a vaciar el saco de basura que me cargaba el alma, ella lo sabía, o lo había intuído y había dejado su lecho para tomar conmigo un trago mientras esperábamos juntos el amanecer, sentados en el banco de madera sin desbastar.

Tomamos el trago de ron de un solo golpe.

La voz de la mujer, inquiriendo si prefería que me preguntara o quería soltar el veneno por propia voluntad, sin ayuda, parecía acariciadora en aquella noche esplendorosa propicia a las confidencias. Con el fuerte licor danzando en el estómago, me di cuenta de que aquel era el momento justo para hablar porque, si no lo hacía allí, nunca podría liberarme del dolor que me atenazaba el alma haciendo que me retorciere de ansiedad a cada instante. Puse un dedo más de ron en mi vaso, lo tragué con un gesto seco y me dispuse a ventilar mis miserias ante la presencia impasible de aquella mujer bendecida con la Sabiduría más antigua del Universo.

Como si estuviese hablando con un espejo, o conmigo mismo, mis palabras salían del pecho con una facilidad pasmosa, ayudado por el embrutecimiento que me brindaba el licor. A mi pareja,

dije, le juré que la querría hasta el último momento de mi vida, que moriría con su nombre en los labios y le aseguré a Chana que pensaba cumplir mi palabra.

Aquella mujer, tan oscura como la noche por fuera, tan brillante en su interior, me animó con un gesto a que empezara por el principio y, desde ese mismo momento comencé a vaciar la fosa séptica de mis recuerdos.

Le conté a Chana, o me dije a mí mismo, que había conocido a esa gran mujer en un momento de mi vida en el que la soledad era mi único futuro. Una soledad afanosamente buscada, ganada a pulso con mucho esfuerzo, en la que me había escondido para ver pasar la existencia sin demasiado dolor, sin involucrarme en absoluto con nada ni con nadie.

Si afirmaba en aquel momento que tomamos tres o cuatro veces café antes de darnos cuenta de lo que nos sucedía, creía que exageraba; pero estaba convencido de que no había sido el caso de dos soledades buscando una salida en compañía. En realidad, le dije a Chana, no supe que la amaba sino que lo intuí. Más bien deduje que la amaba cuando nos despedíamos, por el miedo a no verla al día siguiente, por las noches en vela entre el ansia y el temor, por las madrugadas esperando el primer rayo de luz que se llevara la angustia de una noche sin sueño, por el tiempo que pasaba pensando en ella, en sus ojos claros.

Deduje que estaba enamorado de aquella mujer por la violenta lucha que mantenía mi cerebro contra un corazón ilusionado y, si tenía que ser sincero, creía que la amé aún a pesar de ella. Relaté que durante un tiempo breve fuimos almas que se fundían cariñosamente al borde del infinito, por encima del mundo y de todos; pero éramos muy diferentes el uno del otro.

Mientras que yo mordía la vida con ansia, con ímpetu, creyendo que todo me estaba permitido por el hecho de estar vivo, ella era más conservadora, siempre pendiente del mañana, de qué se hará, del cómo lo debemos hacer; me quedé clavado como si esperase que Chana dijese algo y ella, siempre atenta en su sabiduría, habló.

Me dijo que conocía aquel sentimiento que trataba de explicarle; la ilusión de vivir, enfrentada a la obligación de seguir vivo.

Una verdadera tontería desde su punto de vista; la eterna guerra del seso contra el corazón, el hielo contra el fuego.

Pero Chana quería llegar mucho más profundo, deseaba que yo escupiese la bilis para que, al menos, tuviera una oportunidad de vivir un futuro en paz. Yo le conté que mis sentimientos para con aquella mujer hermosa eran difíciles de expresar con palabras pero, al final, fui capaz de relatarle a Chana, o de reconocer ante mí mismo, que era como si un deseo de adolescente quemara mi corazón, un corazón cansado, de vuelta ya de muchas cosas; que construí un palacio ideal para compartirlo con ella. Yo daba tiempo para que el Universo se confabulara a nuestro favor, dejaba que la vida obrara a su antojo para colocarnos en una posición de ventaja sobre la existencia, mientras ella hacía cálculos que yo no entendía, acostumbrado como estaba a que el mundo se plegara ante el amor. A pesar de lo que estaba viendo, nos casamos una noche sin necesidad de papeles, ni testigos, ni curas ni órganos barrocos interpretando música de bodas.

No hubo celebración; no se marcó un hito en nuestras vidas para festejar la transición de un estado al otro, ni siquiera en privado, y así empezó muy mal la historia. Parecía mentira en una persona como yo que sabía de la importancia de las celebraciones en la existencia humana, pero tenía los ojos llenos de ella y no pensaba más allá de lo que estaba sintiendo.

Muy poca gente sabe lo que supone el que todo el mundo adquiera la textura de un nombre de mujer, que el aire huela a ella, que el cielo tenga su color y la vida camine suavemente arras-trada en pos de sus pasos; yo lo aprendí dejando en aquellas lecciones parte de mi alma.

El caso era que, tras unos pocos días de paz, todo cambió sin que me diera cuenta. Por un lado mi carácter, el de un hombre acostumbrado a vivir solo, a su aire, sin obligaciones ni horario; por otro lado su vida sujeta al reloj, al madrugón, al qué dirán y al qué se debe hacer para ser políticamente correctos en todos los momentos de la vida, sin un resquicio para la sorpresa, para romper la monotonía, sin un guiño a la existencia.

Un nuevo trago de ron me dio fuerzas para reconocer que se había hundido el palacio por completo, y ante la pregunta de

Chana de que si me había dado cuenta del momento exacto en que había sucedido, siguió un silencio brutal en el que navegué durante algún tiempo antes de contestar.

En realidad no estaba seguro del momento justo en que la pareja había comenzado a degenerar, hasta convertirnos en dos personas que coexistían, a kilómetros de distancia, en un espejismo de convivencia común; pero creía que me empecé a sentir muy mal dentro de la pareja cuando ella se puso a llorar de felicidad por algo que había dicho su ex-marido. Alguien le dijo que su ex-marido, del que llevaba algún tiempo separada, conocedor de que ella salía conmigo, le deseaba suerte.

Al parecer era la primera vez que aquel hombre mostraba interés por el futuro de ella, y el deseo de que fuera feliz con un hombre que no era él, le tocó la fibra más sensible del corazón haciéndola llorar. Chana no entendía, quizás yo tampoco, por qué razón era aquel momento específico en el que centraba el inicio de la degradación como pareja.

Rebusqué en mi interior para contarle que, en realidad, no lo sabía muy bien; creía que lo interpreté, en aquel lejano momento, como si ella hubiera estado esperando que su “ex” le diera permiso para enamorarse, y vi en esas lágrimas un resto de amor que pudo conmigo, o que ella creía conocer lo que se debía hacer en cada momento, dos palmos por encima de cualquier ser humano, más allá de la verdad y la mentira.

O también pudo ser que, en aquellos momentos especiales de mi vida algunos de mis mejores amigos murieron de manera violenta; o que había aprendido desde niño que los dolores más fuertes se pasan a punta de alcohol, comprensión y guitarra, lo que para ella no dejaba de ser un atentado a su forma de vida. El caso es que, algunos meses más tarde, todo se fue al carajo. Nos fuimos a sobrevivir cada uno en nuestra casa y existíamos con la ilusión falsa de ser una pareja; en realidad cada uno inició la tarea de reconstruir su vida, por libre, negando el fracaso que tuvimos a la hora de fundar una pareja.

Las palabras de Chana me sacaron del peligroso ensimismamiento en el que me estaba sumiendo. Me dijo que yo era un idealista imbécil y, ella, una perfeccionista. Me sentía tan mal conmi-

go mismo frente a Chana en esos momentos que opiné a plena voz, sobre mí mismo, reconociéndome como un soplagaítas equivocado en intentar que una mujer no gitana me entendiese.

Sin hacer caso de los gestos de Chana, que me pedía calma, continué con mi amargo relato contándole que después de la enésima reconciliación tras un distanciamiento, comprendí que un día me levantaría de modo diferente al resto de mi vida y que mi corazón, libre de un amor no correspondido, sin remordimientos, sin rencores, sin odios viscerales, vislumbraría una solución, tomaría partido y que volvería al camino que dejé por ella; pero esta vez sin retorno posible, con el íntimo convencimiento de que, ella, era la única a la que había amado sin prudencia, posiblemente de manera equivocada, pero sin reservas ni dobleces.

Supe que ese día en especial debía deshacer, sin lágrimas, lamentos ni gritos, los lazos que alguna vez nos unieron, aún a costa de que el pellejo de mi alma saliera destrozado, a tiras. Entendí que debía liberarme de aquella pasión devastadora si quería encontrar la paz, que me convenía ponerme en camino hacia cualquier lugar para escapar de una relación glacial, distante, que se había vuelto impersonal. Creí, en fin, que debía llevar mis manos llenas de amor a la vida, hacia la meta de vivir en libertad; y que era preciso encontrar de nuevo mi alegría vital, escapando de ella.

Conocí, y aún me pregunto por qué misteriosa razón, que mi futuro transitaba por lo que había sido mi pasado; aquel tiempo hermoso en que mi vida consistía en acariciar el tiempo, vivir en la noche con los ojos buscando las estrellas y el corazón todavía caliente por los rayos del sol. Debía volver a despilfarrar las horas en la inútil tarea de vivir, de respirar, correr en dirección a ningún lado hasta perder el aliento, hasta el punto aquel en que los amores mueren y los amigos se van para no volver jamás. Vivir, aprender, respirar por el placer de hacerlo sin preguntar el por qué.

En silencio tomamos varios tragos de ron y yo sentía cómo el licor se iba apoderando de mis venas hasta que fui incapaz de retener mis palabras por más tiempo. Ensimismado en mis pensamientos, no me di cuenta de que Chana había sacado una nueva botella para seguir la conversación y no me importó embrutecerme con tal de extirpar el veneno del alma.

La voz de la mujer preguntando si sabía qué fue lo primero que me llegó a la cabeza cuando supe que todo había terminado entre nosotros, me sacó del terco aislamiento en el que me había encerrado.

Sin saber qué me impulsaba a decirlo, reconocí que, a partir de aquel momento final decretado por un tribunal despiadado compuesto por nosotros mismos, ya no podría caminar con ella, que mi corazón estaba condenado a vivir sobre los escombros de aquel palacio, que ya no la podría llamar “abuedita”, que lo que fue nuestra sombra pasaría a ser mi sombra, sólo mi sombra, que nuestras manos se habían condenado por sí mismas a estar separadas, que tendría que cambiar las nuevas costumbres adquiridas en los últimos meses orando para que, aquel mundo que creía sinceramente nuestro, no terminara convirtiéndose en un forúnculo del recuerdo enquistado en el eje del alma y, sobre todo, que a partir de ahí debía mantener las puertas del alma cerradas para no dejar espacio más que a la soledad que tanto me había costado ganar en el pasado.

Chana se preguntó, en voz suficientemente alta para que pudiera oírla, si no serían celos lo que estaba percibiendo en mi voz. Le dije, sinceramente, que en realidad no importaba si alguien la besaba, ni quién la pudiera acariciar para darle una felicidad que ella se negaba tercamente a sí misma. Lo de menos era quién tomara el relevo para plasmar sus sueños, siempre y cuando lograra cumplir todas sus expectativas.

Quizás lo que peor llevaba en mi mente era el convencimiento de que, aquel que llegara después de mí, entre risas, la conduciría paulatinamente a destruir mi recuerdo en su corazón. Era muy difícil no considerarlo un intruso en algo que durante algún tiempo fue nuestro; pero sabía que debía suceder, era ley de vida: ese hombre terminaría cubriendo de olvido los días que habíamos compartido ella y yo.

Chana me hurgó en el alma para que siguiera hablando ya que, según ella, todavía no le había dicho qué sentía cuando todo terminó.

Confesé que, justo antes de que todo finalizara, no sabía cómo manejar una situación como aquella de la que habitual-

mente no suele quedar sino lo peor de una experiencia que, en ese justo momento, nos parece totalmente inútil; pero había que seguir adelante a cualquier precio. Después fui entendiendo que, a pesar del embrujo de su presencia, debía hacer frente a una vida ante la que me había dejado desarmado por completo. Tuve que esconder mis lágrimas, aprendí a no ser patético y tuve que salir de puntillas, sin hacer ruido, por la puerta trasera de su existencia.

Mi sentimiento íntimo, la imagen atesorada en el recuerdo, era que mi vida tenía las paredes totalmente lisas, que por mucho que intentara agarrarme a ellas iba a resbalar hacia el dolor más profundo que había experimentado jamás. De alguna manera ella me había juzgado y condenado mientras yo era incapaz de encontrar refugio en su vida; parecía como si, de común acuerdo, ya que el amor no podía seguir viviendo, hubiésemos cerrado un sentimiento que pretendía ser común, para quemarlo inquisitorialmente en una hoguera helada y destructiva como el granizo que devastaba las cosechas. En resumen, sentía que había pagado un hermoso sentimiento con el resto de mi vida.

En aquel momento algo se rompió dentro de mí. Me quedé en silencio, exigí un trago de ron, muy largo, lo tomé de un solo tirón y hablé con un tono de voz que parecía salir del último pliegue de mi alma atacando por fin el último día de nuestra historia.

Conté que nos habíamos estado evitando durante más de quince días hasta que logramos concertar una cita para tomar café a las diez y media de la noche. Podía jurar sin miedo a condenar mi alma que estaba esperando ese momento con una ilusión sin fisuras; pero el Enemigo es viejo y conoce las debilidades del hombre. Conforme iba pasando el tiempo empecé a imaginármela con una actitud agria, que en lugar de disfrutar del poco tiempo que íbamos a pasar juntos, ella diría que aquello no podía seguir así, que teníamos que hablar, que no estaba funcionando la pareja, que si tal, que si cual. Me la imaginé juzgándome y me entraron ganas de reír, lo juro. Me tomé una copa, vinieron conocidos, hablamos de todo un poco; pero la imagen de tener frente a mí a la persona que más amaba en el mundo pontificando sobre lo que debía hacer, no se apartaba de mi mente.

Intenté sobreponerme a lo que esperaba, compré un ramo de flores y, cuando lo estaba pagando, me acordé que la última vez que le regalé uno me dijo que le podía haber dado el dinero a ella que estaba pasando apuros. Con un gesto de rabioso desdén tiré el ramo de flores a un contenedor de basura, la llamé completamente borracho, como es natural no quiso venir, y comprendí que su manera de no equivocarse jamás, de estar por encima de lo humano y lo divino, de creer que siempre tenía razón, me exasperaba.

Entendí que me estaba dejando tiranizar para ser como los demás querían y no como yo era en realidad. Exageraba, de verdad; desde mi punto de vista ella estaba exagerando. Por eso a la mañana siguiente cuando me llamó, cuando habló de mi alcoholismo, de que tenía que tratarme con un sicólogo, de que lo de más allá y no se qué, corté por lo sano sin pensarlo demasiado. Juro que no morí entonces por un resto de altivez; pero quería morir-me por no saber cómo hacerle comprender que se había, que nos habíamos equivocado desde el principio. Pero lo peor de todas estas cosas era el convencimiento de que, su amor, me había inhabilitado a perpetuidad para amar a otra mujer.

Chana trató de calmarme un poco aduciendo que no podía ser tan drástico en mis opiniones ni tan radical en mis juicios, que si estaba seguro de que no me equivocaba. Rabioso, borracho como un cosaco de permiso, le dije que siempre me equivocaba; pero partía de la base de que no daba pie con bola, como todos en general, y lo aceptaba como algo normal en la vida del ser humano. Si tenía que buscar responsables en esta equivocación manifiesta en particular, los tenía: éramos los dos; pero no creía en la existencia de culpables porque, quienes sufren el rigor de la pena, no pueden ser condenados dos veces por el mismo delito.

Mi convivencia con aquella adorable mujer había sido una cadena de errores, uno tras otro. Nunca había vivido durante mucho tiempo en pareja y para mí aquella situación era totalmente nueva. Ni yo tuve la habilidad para acomodarme a las circunstancias, ni ella supo tener paciencia para tratar conmigo. Quizás me había equivocado más de lo que creía; pero puse lo mejor de mí, hice las cosas lo mejor que sabía. Total, para nada; para hacer daño y no llegar a ningún lugar.

Después de un silencio de plomo, Chana me pidió que tratara de no satanizarme. Sencillamente, me explicó, yo iba arrastrando una carga que no me ayudaba en absoluto y que, posiblemente, me sentía ofendido por un lado y culpable por el otro.

La pareja era una cosa de dos y, si falla, es cosa de ambos, sentenció.

Tan responsable era ella como yo, tan ofendida podía sentirse ella como creía estarlo yo mismo. Según su opinión, nos habíamos equivocado ambos y, ahora, buscábamos una justificación porque, en el fondo, nos sentíamos culpables de haber perdido una ocasión para vivir felices; pero ninguno de los dos nos habíamos sabido adaptar a una nueva situación, a una vida de pareja porque, mientras ella quería conservar la forma de vida que había llevado hasta entonces y conservarme a mí, al mismo tiempo, yo pretendía seguir mi propio camino conservándola a ella.

Al parecer ninguno de los dos habíamos cedido para ganar algo que podría haber sido muy hermoso.

En resumidas cuentas, según Chana, un par de estúpidos seres humanos, un macho y una hembra, en la eterna guerra del amor mal entendido. Me aconsejó que me enfrentara a mis fantasmas, en especial al de aquella mujer amada, hablar con él y poner mi alma al día para que pudiese definitivamente vivir en paz con todos y conmigo mismo.

Reconocí que no sabía cómo se hacía éso, y pedí que me aconsejase acerca de lo que debía hacer; sus palabras aún resuenan en mis oídos después de tantos años: “Santiago, como todavía eres un bicho a media evolución, como no sabes llegar a tu interior, necesitas de un medio físico para trascender hasta tus zonas más oscuras; te puedo aconsejar que para llegar a lo más sucio de tu alma, en este momento, el mejor medio es el alcohol, o una droga”.

Le dije que, drogas, jamás; las había probado en mi juventud y no habían logrado engancharme. En cuanto al alcohol, ella, la que amé, me había dicho que mi problema era el alcohol, que yo era un alcohólico. Como Scott Fitzgerald, podría decir que, cuando no estaba borracho no aguantaba a la gente y, cuando lo estaba, la gente no

me aguantaba a mí; pero aquello no pasaba de ser una cita literaria, inspirada por el exceso de ron, que no venía a cuento.

De cualquier modo, yo, no me sentía alcohólico. Chana me dijo que estaba viviendo conmigo desde hacía algún tiempo y, que cuando estaba tranquilo veía que no dependía del alcohol; pero, sin dar a las cosas más importancia de las que tenían, aquella noche, al menos para mí, el alcohol iba a ser una parte del remedio y no un problema en sí mismo.

En aquel instante sentí miedo. Chana me instó a que terminase la botella de ron, que enfrentase mis miedos y que, más tarde, hablaríamos. Se levantó, me tomó la cabeza entre las manos, la frotó con una especie de líquido refrescante que sacó de una botellita, y se dirigió lentamente a su habitación dejándome a solas con mis más negros pensamientos.

Lo primero que hice cuando oí cerrarse la puerta del cuarto de Chana, fue beber un largísimo trago que me llenó de fuego las entrañas produciéndome intensas arcadas.

Intentaba pensar con claridad pero era incapaz de concentrarme en ninguna idea específica. Dos tragos eternos más tarde, sentí cómo mi cuerpo se iba adormeciendo en una especie de duermevela lúcido hasta que, sin darme cuenta, me sentí arrancado del esqueleto para encontrarme en un lugar oscuro, rodeado por trece cráneos de cristal flotando sobre lo que parecían ser las ruinas de una ciudad abandonada.

Al lado de aquellos escombros se podía ver una especie de terreno baldío en cuyo centro se advertían unas piedras colocadas de tal manera que, haciendo un esfuerzo de imaginación, podían recordar una estrella de seis puntas. Cerca de aquellas ruinas pude ver los restos de lo que en su día alcanzó a ser una gran ciudad y, más lejos, un camino que llevaba hasta la ladera de una montaña.

La senda parecía terminar en un túnel que, aparentemente, daba acceso a la ciudad desde el otro lado de la cordillera; al contemplar aquella imagen supe que allí estaba lo que tanto había buscado pero que, sin duda, todavía no había pagado el precio requerido para hacerme merecedor de llegar hasta allí “¡Si supiera lo que debo hacer!” pensé.

Lo que sucedió a continuación todavía me pone la piel de gallina a pesar del tiempo transcurrido. De pronto sentí una presencia a mis espaldas y, al girarme, me encontré frente a una sombra luminiscente que recordaba bastante a la mujer que amaba. Sorprendido por aquella figura borrosa cuyas orillas tantas veces había acariciado, miré alrededor dándome cuenta de que, a pesar de la oscuridad, podía ver que me encontraba suspendido en el mismo centro de mi más absurda ofuscación. A lo lejos, una pared hecha de nubes negras avanzaba hacia nosotros; aquel muro escondía alguna amenaza que yo desconocía, pero que era capaz de intuir. Cuando recordé para qué estaba ahí, comencé a desahogarme con una violencia inusitada.

Me encaré a la silueta escupiéndome mi rabia, el dolor de mi fracaso, el inconformismo ante la situación que habíamos vivido, que habíamos prolongado más allá de lo soportable, y me dediqué a explicarle, con palabras sentidas, pero agrias, toda la angustia que llevaba dentro de mí. Pasado el arranque de rabia, supliqué, lloré, me desgarré por dentro para decirle a esa imagen que si pudiera cambiar muchas cosas, las cambiaría, siempre y cuando ella hiciera lo mismo.

Desde algún lugar del infinito apareció Chana, o un ángel brillante que se le parecía mucho y, con una dulzura extrema, me dijo unas palabras al oído en un idioma incomprensible, extraño, que jamás hasta entonces había escuchado. Una especie de explosión de luz en mi pecho le dio la vuelta al tiempo, a los puntos cardinales y al mismo Universo. Sentí como si me faltara el aire, me asfixiaba y boqueaba angustiosamente hasta que, el ángel que se parecía a Chana, desapareció dejándome sumido en una oscuridad que parecía tener la textura del terciopelo.

Fue entonces cuando lo comprendí todo. Con la claridad meridiana de un día soleado, entendí qué era lo que había funcionado tan mal en aquella relación y mis gritos angustiosos cesaron de golpe, como si los hubiesen cortado con un cuchillo: Ambos estábamos tan heridos por relaciones anteriores que no tuvimos la sinceridad suficiente como para empezar de cero, e iniciamos una relación con reservas de parte y parte, con prevenciones y prejuicios. En medio de una calma desconocida para mí, me acuclillé sobre la

nada, frente a ella, y comencé a contarle los episodios más oscuros de mi vida. Lo hice como quien se confiesa para recibir el perdón, pero no estaba excusándome; en realidad estaba vaciando mi alma frente a una sombra del pasado a la que aún amaba y respetaba.

En el instante en el que el muro de nubes negras nos empezaba a cubrir interrumpiendo definitivamente el desahogo, pude llegar a decir, o a gritar, “Perdónate por lo que hiciste mal, porque yo también me perdono”. Una fracción de segundo más tarde, me vi envuelto por una luz impresionante que me iluminaba el alma desde el interior de la conciencia. Sentí cómo se rompían en mi interior todos los huesos del alma para convertirse en polvo y volverse a reconstruir inmediatamente; luego empecé a caer por un túnel inmenso y aullé, grité mi angustia, mi pasado, mi futuro y, aquel grito, tenía la forma de un nombre de mujer.

Han pasado muchos años desde entonces y, sin embargo, aún me tiemblan las manos cuando lo recuerdo. Durante algún tiempo traté de negarme a mí mismo todo lo que había sentido aquella noche, quizás porque tenía un miedo atroz a enfrentarme con lo más abstruso de mi pasado hasta que, finalmente, con mucho más esfuerzo del que quiero confesar, aprendí a no juzgarme ni juzgar a los demás.

Los seres humanos sentimos desde el principio de la historia una inclinación morbosa a juzgar a todos los demás sin darnos cuenta de que es imposible hacerlo sin estar metidos por completo dentro de las vidas ajenas. Nadie, bajo ninguna circunstancia está capacitado para opinar sobre los actos, las inclinaciones o los pensamientos de sus semejantes puesto que, cada uno de nosotros, ha llevado una vida radicalmente distinta a la de los otros; a pesar de todo, nos empeñamos en pontificar sobre los actos de quien no conocemos bien, aún reconociendo por adelantado que no sabemos nada del asunto. Cuesta mucho ejercer de observador imparcial, vencer la tentación de opinar o de juzgar; quizás es que, en el fondo, nos creemos superiores a nuestros semejantes y sentimos una morbosa inclinación a dar consejos a quienes, ni los quieren, ni los aceptan por ser tan soberbios como nosotros mismos. En fin; fuera de aquí sigue la vida y yo, cada vez más débil, debo ir a descansar un poco.

Cuando me acuesto en el chinchorro, pienso en todos los Salubha que han existido, las veces que han debido cometer los mismos errores hasta aprender de ellos y, a veces, me sorprendo volviendo atrás en el tiempo para recordar hechos anteriores a mí mismo que, al final, terminan por ayudarme a solucionar los problemas de mi presente; al fin y al cabo el pasado es una larga y concienzuda preparación que nos enseña cuanto necesitamos saber en el futuro.

* * *

(Ciudad de Akahim, Selva Amazónica, año 700)

...que nunca terminaría por acostumbrarme a todo lo que, en estos momentos, me parte el corazón. El final de la raza Moche, los vecinos que viven más al sur, educados por el Maestro Moisés, es un hecho incontestable contra el que ya nada se puede hacer. Siempre es dolorosa la desaparición de una civilización avanzada; pero el ser humano parece abocado a la autodestrucción consciente ya que, a lo largo de la historia, siempre que una raza, una cultura o un pueblo, alcanzan una cierta capacidad de evolución, tienden de una manera suicida, a precipitarse en un final espeluznante por fuego, por agua, por hierro o por falta de ganas para seguir viviendo.

Contemplo las empedradas calles de la ciudad, limpias, llenas de gente engalanada que se dirige al templo para celebrar el festejo de la recolección. Me doy cuenta de que, al igual que los moches, este pueblo que se dispone a vivir una jornada de fiesta, está condenado a perecer sin tardanza porque han ido olvidando, poco a poco, la principal razón de su existencia en este rincón paradisíaco, perdido en una tierra virgen todavía por descubrir.

Para escapar del tumulto, de la algarabía de los pobladores, encamino mis pasos hacia el pequeño edificio anónimo, igual a tantos otros, que está situado en una de las esquinas de la calle. Una vez dentro, tomo una de las antorchas que hay distribuidas por los muros, presiono sobre una piedra que forma parte de los grabados de la pared hasta que, con un crujido sordo, se desliza una de las

losas dejando a la vista el acceso a un oscuro túnel y entro en él esperando a que la piedra vuelva de nuevo a su posición inicial. Tras un recorrido bastante largo por el oscuro y húmedo túnel, la luz del sol me golpea en los ojos cuando salgo de nuevo a cielo abierto.

Con deliberada lentitud me interno por el muro que forman unos arbustos de espeso follaje hasta llegar a una pequeña planicie, tapizada por una hermosa capa de césped del que no sobresale una brizna de hierba, rodeada por cientos de plantas exuberantes entre las que destaca un hermoso árbol que da cien cosechas anuales de setecientos setenta y siete frutos diferentes al mismo tiempo.

Me acomodo sobre una piedra para reposar el cuerpo cansado y miro absorto el hermoso paisaje que tengo alrededor.

Es un jardín, modelado por manos sabias, de cuyo centro salen cuatro cursos de agua llamados Pischôn, Guihôn, Hiddeqêl y Euphrate. Estos cuatro ríos se despeñan en pequeñas cascadas de agua, para dividirse en arroyos cristalinos que serpentean entrecruzándose, sin perder ni su dirección ni la velocidad de su corriente, entre miles de árboles distintos y praderas de un verde fresquísimo. Las aves que viven en esta especie de huerto maravilloso no tienen miedo alguno de acercarse a los hombres, y las fieras comen al lado de los animales que pueden servirles de alimento sin ningún gesto agresivo para las que, en otro lugar, serían sus víctimas.

En el centro geométrico de la extensión de hierba que está frente a mí, se erige una especie de templete cuya base tiene la forma de una estrella de seis puntas, de cada una de las cuales sale una columna de fuste salomónico. Los capiteles están formados por racimos de granadas y la cubierta que se apoya en ellos forma una cúpula, también con forma estrellada, en cuya bóveda puede observarse un hermoso bajorrelieve en el que dos serpientes entrelazadas, devorándose una a la otra, forman dos triángulos opuestos cortándose entre sí como una estrella de David.

Para acceder al interior del templete, recubierto por completo con polvo de esmeraldas, que le da un brillo especial al conjunto, existen doce escaleras, cada una con seis peldaños flanqueados por figuras talladas en cristal de cuarzo que se asemejan a leones, una por cada lado de la estrella. Una vez dentro, se ven doce peanas talladas en jaspe rojo; encima de cada una de ellas hay una calave-

ra, también de cristal purísimo y, en el centro geométrico del templete, sobre un pedestal más alto que el resto, un cráneo tallado en el mismo material que parece brillar con más intensidad que los otros; un aire delicadamente perfumado con un aroma desconocido se respira dentro de la estructura cada vez que se accede a su interior, a pesar de que no existen muros que aíslen el interior de la misma de la exuberante naturaleza que lo rodea.

Este pequeño Edén, de temperatura agradable, donde nunca se hace de noche, cuya existencia no es recordada por casi ninguno de los pobladores de la ciudad, aunque está frente a sus ojos, es cuanto queda de un tiempo en el que los hombres y las mujeres que vivían aquí, eran los depositarios del ritual secreto que daba acceso a la Sabiduría, al Conocimiento y, sobre todo, a la inmortalidad; pero la vida muelle, la pereza acumulada por la falta de amenazas a sus vidas y, el haber postergado todas las obligaciones que habían aceptado de manera voluntaria, han ido tejiendo un velo de apatía que les ciega los ojos escondiendo incluso lo más evidente.

El olvido les ha envenenado hasta tal punto que casi nadie recuerda ya para qué sirven las tribus de indios de gran talla, de piel blanca, que protegen la ciudad a distancia con un círculo infranqueable de guerreros agresivos; menos gente aún conoce el por qué de la existencia de la ciudad misma salvo los doce sabios del Consejo, que viven apartados del pueblo, nuestro Patriarca Nahum y por supuesto yo, conocido por todos como el Viejo Salubha, tenemos la capacidad de recordararlo todo. Siento en el alma una angustia que no es posible explicar con palabras; ni siquiera el convencimiento de que los pueblos que no recuerdan su origen están condenados a morir, me consuela del próximo fin de aquellas gentes.

Cierro los ojos deseando estar en el templete de las doce columnas y, cuando los abro, ya estoy dentro de él; curiosamente, desde el punto en el que me encuentro, frente a la calavera que ocupa el centro de la estructura, puedo observar a lo lejos mi cuerpo inmóvil todavía sentado en la piedra. Protegido por los doce cráneos de cristal que me rodean levanto las palmas de las manos hacia el grabado de la bóveda mientras elevo una oración. De pronto la bóveda se hace translúcida y, de algún lugar perdido en el infinito se descuelgan unas cuerdas de energía, parecidas a los

rayos de una tormenta trenzados, mientras las doce calaveras quedan conectadas entre ellas por un círculo luminoso geométricamente perfecto, como un halo, al tiempo que mi cuerpo, que se ha vuelto transparente, se eleva sobre el suelo.

Ante mí se materializan dos figuras etéreas de apariencia humana que, tomándose de las manos, forman un círculo en cuyo centro me encuentro. Una sensación de paz como nunca he experimentado me va invadiendo poco a poco hasta que mi alma alcanza un estado de placidez total. Puedo darme cuenta de que estoy en medio de una nada luminosa en la que el sonido no es audible, sino que puede sentirse en el interior del espíritu. Algo parecido a una voz que parece salir desde mi interior me habla en un idioma, extraño pero comprensible, diciéndome que me tranquilice, que no tenga miedo de lo que voy a presenciar.

De manera súbita, a mis costados, aparecen dos seres vestidos de lino blanco con sus cinturas rodeadas por fajas de oro purísimo. Sus cuerpos son como de diamante, sus rostros tienen el aspecto de un relámpago, mientras que de sus ojos parecen salir llamas. Sus manos y sus pies tienen el aspecto del bronce bruñido; las palabras que siento en mi interior son como el ruido que produce una gran multitud de personas cuando se reúnen: “Observa y recuerda —creo escuchar— para que tu espíritu, Salubha, no se turbe en el futuro”.

Ante mis ojos se desarrolla, surgiendo de la nada, un torbellino de nubes grises que giran alrededor de un punto de luz. Poco a poco los contornos de las nubes se van deformando, hasta crear una especie de mural hecho con rostros angustiados que gritan un dolor primitivo, brutal, inconsolable. Los jirones del celaje forman rasgos de rostros angustiados que muestran expresiones doloridas y gritan, sin sonido alguno, aullidos tan negros como una noche de invierno sin luna, fríos como un glaciar de penas con alma de granizo. Puedo sentir en mis venas cómo las zozobras de innumerables seres traspasan mi alma, como quien enhebra una aguja para coser dos retazos de paño, dejando un tenue hilvanado de experiencias atormentadas, que me enseñan en un instante más que el diario caminar ha logrado mostrarme en toda una vida de respirar doce veces por minuto. En un escorzo imposible, mi alma, se eleva un nivel hacia lugares indefinibles llevando tras de sí un pensamiento escrito en mis genes, desde

mucho antes que Adán se dedicara a ponerle nombre a los animales y a las cosas, para llegar a una explanada de vacío, hecha con la nada más absoluta, en la que gradualmente van apareciendo imágenes totalmente desconocidas para mí.

En medio de aquella vorágine que hubiera desatado el pánico en un espíritu menos preparado, estúpidamente suspendido en el centro de la visión, puedo observar cómo se forma frente a mí una figura humana oscuramente transparente que deja ver en su interior agitados torbellinos de maldad. Al lado de esta aparición comienza a configurarse una silueta, casi idéntica a la anterior, en la que puede verse una luz que va creciendo por momentos. Son como dos gemelos, uno oscuro hasta la náusea y otro brillante hasta la ceguera que, nacidos de un mismo tronco, parecen inclinarse de manera voluntaria hacia lugares diametralmente opuestos.

Acostumbrado desde hace años a ese tipo de experiencias extrañas, soy capaz de mantener la calma a pesar de la angustia que me produce la contemplación de aquella escena espantosa.

Durante un instante eterno, se paraliza el Universo.

De pronto frente a los dos seres se materializa una luz brillante que ambos alcanzan al mismo tiempo quedándose cada uno con una parte de ella. Mientras en las manos del ser luminoso la luz se convierte en una esfera ígnea, en manos del ser oscuro se va transformando en una especie de luz negra, que parece ensombrecer todo el entorno; pero el ser oscuro ataca a su gemelo luminoso devorándolo y la esfera ígnea cae hacia arriba estallando en miles de fragmentos que se esparcen por la totalidad del firmamento hasta elevarse, incomprensiblemente hacia abajo, para separarse después en diferentes direcciones.

El aullido que emite en este momento el ser oscuro me paraliza de miedo, e intento aferrarme a la nada para no ser arrastrado por aquellas vibraciones nefastas que parecen haberse adueñado del espacio. A los pies del ser oscuro se retuercen, presa de dolores insufribles, millares de criaturas humanas que llevan la angustia pintada en los ojos.

Cuando creo que estoy al límite de mi resistencia y estoy a punto de claudicar ante el miedo que me invade, oigo una voz, como de

trompeta, que dice: “¡No temas! Soy el Primero y el Último; soy Aquel que posee las llaves de la segunda muerte. Recuerda lo que has visto y cuenta a tus descendientes lo que vas a ver”.

Calmado por aquella voz que ha sonado dentro de mi espíritu, me veo elevado por encima de la Tierra y puedo contemplar cómo dos pueblos que adoran a un mismo dios, con diferente nombre, se enzarzan en una cruenta guerra de la que no se ve el final. A un lado de aquella batalla, en otro espacio—tiempo diferente, aparece el gemelo oscuro que va devorando parte de uno de los pueblos en conflicto mientras que, en la lejanía, ejércitos llegados de los cuatro puntos cardinales, intentan acabar con el ser de sombra; pero aquellas tropas están también manejadas por fuerzas sombrías que son al tiempo iguales y diferentes. En medio de aquella guerra sin razón ni cuartel, crecen dos torres altísimas, hechas de hierro y hielo, que parecen simbolizar el triunfo, el orgullo de los ejércitos vencedores; pero dos enormes pájaros, amaestrados por uno de los pueblos, cuyo plumaje resplandece al sol como plata bruñida, golpean las torres con sus picos de fuego hasta que se derriten convirtiéndose en una ola de odio que encorajina todavía más a los pueblos hermanos que guerrean. A partir de ese momento el odio se va extendiendo por toda la Tierra y la totalidad de los ejércitos del mundo toman partido por uno u otro pueblo hasta que se reúnen para la batalla final en un valle que, en otro tiempo, había sido un vergel.

Por mucho que lo intento no soy capaz de comprender lo que está sucediendo aunque, en mi interior, intuyo que así debería ser el final de los tiempos. Cierro los ojos para no ver cómo se dan muerte, de manera salvaje, los unos a los otros y, cuando los abro, me hallo sentado fuera del templo. Mi alma se debate entre el dolor y la angustia porque lo que he visto indica que, aquello por lo que habían trabajado los Maestros, no iba a servir de nada; que los hombres estaban decididos a olvidar su origen divino para centrarse en la consecución de las riquezas y del poder temporal. Para calmar esta amargura interna, levanto las manos hacia el cielo siempre azul de este jardín y elevo una plegaria por mí, por todos los seres humanos que son, por los que han sido y por los que serán después que yo.

Cuando terminé mi invocación, tras contemplar detenidamente una vez más este huerto maravilloso que es un deleite para los

sentidos y para el alma, me dirijo con paso cansino hacia el túnel para, después de cruzarlo, poniendo mucho cuidado en volver a colocar todo como estaba en la estancia, salir a la calle del poblado y encaminarme hacia mi casa donde, rodeado por los códices, intentaré hallar una explicación a cuanto he visto en esta jornada.

La tarde cae con la rapidez acostumbrada, cuando un visitante viene a romper la calma en la que me he refugiado para huir de las visiones. Cuando identifico al recién llegado, le saludo con respeto.

—La paz sea contigo, Nahum.

—Que la salud y la paz llenen por completo tu morada y tu espíritu, hermano Salubha —dice el recién llegado—.

Mientras Nahum toma asiento comprendo, por la expresión de mi amigo, que esta visita no es de cortesía; por eso no quiero romper el silencio hasta que mi hermano lo haga. Al cabo de un rato, cuando ya las teas iluminan la estancia que el ocaso ha sumido en tinieblas, la pausada voz de Nahum se hace notar rompiendo en añicos la quietud de la noche recién estrenada.

—Acabo de consultar los cráneos de cristal y he podido ver lo que tu espíritu ha contemplado. Sé lo que turba tu alma y vengo para ayudarte a tomar una decisión. Te preguntas qué debes hacer ahora que este pueblo está condenado a morir, a desaparecer, y dudas. Lo que se te ha permitido ver —dice Nahum— no es para mañana ni para la próxima generación; será en su momento, cuando nosotros ya estemos en otro plano diferente, y es algo que no podemos evitar. Es una lección que deben aprender los seres humanos para que, en un futuro más lejano todavía, puedan dejar la rueda de su propia historia y sean capaces de no caer en los mismos errores que cometen una vez tras otra. Los hombres no buscan la paz sino el poder y es por ello que entran en guerra.

—Pero la guerra no lleva a ningún sitio... salvo al dolor y a la muerte.

—La guerra es un error —dice Nahum—, una rueda que gira sobre sí misma esparciendo dolor y muerte, abonando el odio con sangre demasiado joven como para ser sacrificada en nombre de una idea. Hace que los pueblos que viven en paz y prosperan, si no tienen un conocimiento espiritual correcto, deseen lo que tienen los

vecinos y, para lograrlo, inician hostilidades que les llevan al combate sin darse cuenta de que al poco tiempo, después de un gasto innecesario de vidas y haciendas, desearán la paz que tenían antes y que, para conseguirla, deberán pactar a costa de muchos sacrificios. No se dan cuenta, hermano Salubha, que una paz injusta siempre es más ventajosa para todos que la guerra.

—Entonces...el futuro del hombre...

—Es incierto, débil como la carne que envuelve nuestras almas, difícil como la senda que lleva al Conocimiento.

Me levanto del asiento y paseo nerviosamente por la estancia pensando en lo que acabo de escuchar. Revivo las escenas violentas que he contemplado en la visión, siento en mis carnes todo el dolor de aquellas personas que morían bajo el filo de la espada y, abrumado por esta carga que me lastra el espíritu, me atrevo a decir algo que ha nacido al abrigo de mis pensamientos.

—En ese caso, si estamos abocados a repetir nuestros errores, lo que hacemos, en esta nueva Tierra Prometida, no tiene ningún sentido.

—Sentido, sí tiene; lo que carece es de continuidad por el momento. Alguien, en un futuro, conocerá los arcanos de la Sabiduría y es posible, sólo posible, que pueda convencer a la Humanidad de sus errores.

—Pero, si no hay continuidad, todo cuanto hemos hecho aquí... —digo dejando la frase sin terminar—.

—Es una piedra más en un edificio intemporal que se está construyendo a lo largo de generaciones. Una parte ni más ni menos importante que las que han hecho y las que harán gentes que vendrán después de nosotros —dice Nahum—. Nadie, en este mundo, conoce todavía el verdadero alcance de nuestra tarea. Fíjate cómo todos estos pueblos que nos rodean a los que hemos enseñado todo cuanto sabemos, en el momento en que han logrado una paz cómoda, la tranquilidad y el progreso, se han ido olvidando de su verdadera razón de ser para dedicarse a la indiferencia, a la desidia, borrando de su memoria todo cuanto habían aprendido; ahora no son sino cuerpos vacíos que se dedican a cuidar de lo denso. Si ellos que han conocido el crecimiento personal han llega-

do a este punto, a esta dejadez, piensa qué no harán quienes desconocen otra forma de existencia que no sea la carnal.

—A veces pienso —digo como reflexionando en voz alta— que los Maestros nos equivocamos al enseñar todo cuanto sabemos, que no todos están preparados para aceptar la Verdad.

—¿La Verdad? Mejor sería decir “nuestra verdad” ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que pueden existir tantos Universos como personas y que cada cual vive en el que se construye para sí mismo? ¿Jamás has pensado hay infinitos mundos y que estamos en éste sólo porque hemos coincidido en un instante de la Existencia Total? —yo niego con la cabeza mientras mi visitante continúa hablando—. Y en cuanto a guardar lo que sabemos ¿acaso tú eres, Salubha, el que decide quién tiene derecho a saber y quién debe ser excluido? ¿No es precisamente lo que les echamos en cara a los sacerdotes de las religiones? Piensa, hermano, piensa. El Conocimiento, la Sabiduría, debe estar a la vista de todos para que, quien la busque, pueda encontrarla en el momento que sea necesario; pero nadie debe erigirse en el único poseedor de las llaves del Reino de la Paz. Nadie es el intermediario entre la carne y el espíritu, ni hay solamente un representante del Padre en la Tierra que pueda mediar entre Él y sus hijos porque todos y cada uno de nosotros somos parte de la divinidad. Quizás el hecho de haber nacido aquí, el no haber tenido contacto nunca con el mundo exterior te ha hecho pensar que nosotros somos los únicos que sabemos lo que de verdad sucede en la Tierra. Debes comprender que, fuera del jardín intemporal, fuera de este pueblo escogido, hay miles, millones de seres en busca de su Verdad personal, intentando escribir su propia leyenda.

—En ese caso, estoy equivocado —digo tristemente—y he estado perdiendo mi tiempo durante todos estos años.

—Quizás no —responde Nahum al tiempo que se levanta y pasa una mano protectora por mis hombros—. Así como tú no puedes saber el camino que deben seguir los demás, nadie conoce el tuyo ni puede disponer por ti. Medita y toma tu decisión. De cualquier modo, mañana al amanecer se van de la ciudad los doce Consejeros, para llevar a cabo su Tarea. Cada uno de ellos lleva consigo uno de los cráneos de cristal del templo que cuando se vuelvan a unir, en

su día, devolverán al ser humano el Conocimiento y la Sabiduría. Su misión es la de repartirlos por todo el mundo; pero todavía necesito un Maestro que quiera sacar de aquí el Cráneo del Destino para llevarlo hasta un lugar lejano. Piénsalo, Salubha. Que la paz sea contigo —añade a guisa de despedida mientras traspasa el umbral de la puerta para perderse en la tibia noche. Cuando me quedo solo, reconozco que estoy verdaderamente confundido.

Tras mordisquear desganadamente una fruta, me acuesto sobre el camastro y, con las manos cruzadas bajo la nuca, trato de meditar en las palabras de Nahum. Es cierto que, por el hecho de haber nacido en Akahim desconozco por completo el mundo exterior; el hecho de que la ciudad esté protegida por un círculo de tribus cuyos altos guerreros de piel blanca impiden el paso a los extraños, nos ha mantenido en un aislamiento total. A lo mejor este es el momento de romper la incomunicación y salir al mundo exterior para conocerlo; nada más pensar en que debo salir de aquí, siento un desgarramiento interior como el que deben sentir los fetos al dejar el útero materno, pero me digo que quizás sea la solución a esta tristeza que me embarga cada vez que pienso en el final de este pueblo en cuyo seno he nacido.

El desasosiego que llena el alma me hace abandonar el catre como si, con este gesto pudiese huir de mis pensamientos. Después de pasear alrededor de la mesa durante algún tiempo, creo tener una solución. He tomado la decisión de abandonar Ma-Noah y salir al mundo exterior para conocer, de primera mano, cómo viven los seres humanos fuera de este lugar privilegiado.

Cuando apenas el sol insinúa su intención de pintar un nuevo amanecer, ayudándose de las nubes para colgarlo en el cielo, dirijo mis pasos hacia la vivienda de Nahum a quien participo respetuosamente mi decisión de renunciar a la protección que me ofrece la ciudad y salir al mundo exterior para observar cómo se vive fuera de aquí. Cuando mi amigo me pregunta hacia dónde me voy a dirigir, le contesto que hacia el norte. En ese momento, Nahum, me entrega un envoltorio y, después de abrazarme y bendecirme me habla con voz serena.

—Voy a darte las mismas instrucciones que a los otros Maestros, amigo mío. No te lles nada para el viaje que vas a

emprender, ni cayado, ni pan, ni oro, ni siquiera dos vestidos. Entra en la casa que te inviten, invoca la paz sobre ella y sus moradores, quédate y que sea de allí de donde salgas para continuar tu viaje. En donde no seas bien recibido, pasa de largo y sacude tus pies del polvo de aquel lugar en testimonio de que no han querido respetar la sagrada Ley de la Hospitalidad. Que la paz sea siempre contigo, Salubha.

Comienzo a subir por la senda de la montaña y, desde la entrada del túnel que comunica Ma—Noah con el exterior, contemplo por última vez el enorme lago que la abastece de agua sabiendo que nunca más volveré a verlo. A la entrada de cada uno de los túneles, veo a los Maestros que, como yo, estarán despidiéndose de lo que ha sido nuestro hogar durante tantos años. Emocionado hasta las lágrimas, les hago un ademán de adiós que me responden con un gesto de las manos.

A partir de aquí, inicio un camino personal que sólo el Padre sabe donde va a terminar realmente. Palpo el envoltorio que contiene un cráneo de cristal, acaricio con ternura el extraño medallón rodeado por un clavo de hierro, hecho con aquella esmeralda que tiene grabadas dos serpientes en forma de estrella de David y me siento a salvo de todo peligro; pero dentro de mi alma nace una pequeña inquietud, apenas un ápice de pensamiento que me impulsa a creer que al otro lado del túnel, alguien que me necesita, me espera. Animado por esta idea, me pongo en marcha;

* * *

Camino cada vez un poco más encorvado, como si mi nariz ya estuviese olfateando con ansia la tumba que será residencia final de mi carne; me acabo de dar cuenta justo cuando venía hacia esta especie de pensatorio en el que se ha convertido la piedra plana que ocupó a diario junto al torrente. Ya se ha hecho una costumbre que, al terminar mis breves tareas cotidianas, cumplo como parte de una rutina repetida durante mucho tiempo.

Los pies se encaminan hacia este lugar, como dotados de voluntad propia, sin prisa, para que yo pueda recibir un baño de

recuerdos protegido del violento sol por el abundante ramaje que cubre la orilla; pero conforme voy llegando a lo más duro de la historia, comprendo, sin dolor ni angustia, que cada vez me quedan menos días de existencia.

A lo mejor, recordar los momentos más importantes de la vida, es la última tarea que el Padre exige de nosotros antes de cerrar nuestro cuaderno de tareas.

Esta noche pasada he huído, mientras mi cuerpo dormía ajeno a mis sueños, hacia lugares maravillosos que, como Dios mismo, quizás no existan sino en mi imaginación. He paseado por paisajes en los que las cascadas de agua purísima se despeñaban convertidas en niebla hacia lagos de increíble transparencia, mientras millares de aves diferentes, cuyos plumajes ostentaban colores recién inventados, surcaban el aire con una elegancia que rozaba lo irreal. Luego, al despertarme, he sentido el desagradable peso de mi carne, ya menguada a estas alturas, y he creído asfixiarme dentro de esta cárcel de carne en la que permanece encerrado mi espíritu mientras espera la hora de la última partida.

Sentado en esta misma piedra, recordaba ayer el salto mortal que supuso para mi alma la última noche pasada en casa de Chana, tras la que me desperté sobresaltado cuando el sol comenzaba a desvelar suavemente el paisaje; sobre la mesa dos botellas de ron, decadentemente vacías, despectivamente acusadoras, relataban una historia sin necesidad de palabras demostrando que no había soñado lo que mi memoria recordaba. A mis pies los tres perros, la Niña, Trapiche y Amarillo me contemplaban moviendo sus rabos con rítmica alegría. Chana, desde algún punto situado entre la cocina y el corral, me avisó con voz alegre que el café ya estaba preparado.

Cuando apuramos la segunda taza en respetuoso silencio, quizás por lo mucho que ambos queríamos callar, o precisamente por todo lo contrario, la mujer me miró profundamente los ojos y me dijo de manera sencilla, llamándome Salubha por primera vez desde que llegué a su casa, que había llegado el momento de mover los pies hacia el camino que me conduciría hasta la resolución de la tarea que tanto me preocupaba.

Le pregunté con sorna si, en el espacio de una sola noche había dejado de ser Santiago y me dijo que, por fin, era yo mismo, añadién-

do con una sonrisa que, en una especie de ritual celebrado en medio de la nada, Santiago había muerto y en su lugar había renacido un hombre: el Patriarca al que intenté asesinar en mi juventud. El mismo que ahora había vuelto a por lo que era suyo desde el lugar de la memoria en el que yo lo tenía desterrado, a por la herencia de sus antepasados; éso era lo que yo debía buscar, lo que me pertenecía desde el principio de la Creación, si es que tal cosa había existido.

Tímidamente le interrogué por “El Cantar de los Cantares”; se rió en mis barbas con descaro, alegremente, preguntándome con tono insolente si todavía creía en los rituales. Definitivamente, para ella, yo era un caso totalmente perdido. Me instó a desayunar algo porque, más tarde, debía ponerme en marcha y, con un tono de voz que logró inquietarme un poco, añadió que acumulase fuerzas porque me harían mucha falta.

Me hice el remolón; quería despedirme de Carlos antes de salir a la senda, agradecerle todo cuanto bondadosamente había hecho por mí pero, según sus propias palabras al marchar la última vez que había estado con nosotros, no volvería hasta la semana siguiente porque tenía bastante trabajo. Chana, que siempre sabía lo que yo estaba pensando, dijo, dirigiéndose a nadie en particular que, si Carlos tenía que llegar, lo haría.

A media mañana, cuando ya estaba a punto de terminar un buen desayuno con arepas y pabellón⁸⁰, llegó Carlos con su eterna sonrisa; la verdad es que no me sorprendí porque iba acostumbrándome a que las intuiciones de Chana fuesen realidades incontestables.

Poco más tarde me encontré en la carretera una vez más; pero en esta ocasión era diferente a todas las anteriores porque, aún yendo de camino hacia ninguna parte, al menos hasta que supiera interpretar una señal que aparecería sin duda, tenía la impresión de dirigirme hacia una meta perfectamente definida; además, estaba convencido de que esa forma de pensar, recién estrenada, era la mejor para mí porque, como ya había demostrado suficientemente que no sabía manejar mi vida, la había puesto en manos de Algo o Alguien que lo hiciese por mí.

⁸⁰ Plato criollo, común en los países de la costa caribeña que, con algunas variantes, se confecciona con frijoles negros, arroz blanco, plátano frito, carne guisada y queso rallado.

Con el alma en paz, la conciencia limpia, sin el fardo de culpabilidad que había arrastrado inútilmente hasta entonces, me sentía una persona realmente libre, sin trabas ni expectativas; lo único que tenía claro era que deseaba vagar sin rumbo para encontrar las señales conducentes a la búsqueda del ritual. Confiaba ciegamente en que todo cuanto había aprendido me serviría de algo, que las señales se iban a producir y que pronto, con la complicidad de todo el Universo, descubriría una pista sólida que me permitiera descubrir lo que andaba buscando.

Cuando bajé del autobús en San Félix tomé un taxi hasta Puerto Ordaz⁸¹, alquilé una sencilla habitación en un hostel y volví a la calle con la intención de cenar algo. A la salida del restaurante pude observar cómo un hombre me seguía los pasos intentando no ser descubierto y me puse en guardia. Para revelar la identidad de quien tanto empeño ponía en no ser visto, así como para protegerme de otra posible paliza, me acomodé en una terraza, pedí un café y dejé que el tiempo se escapara de entre mis manos, con la mente vacía por completo, mientras el perseguidor trataba de esconderse, en vano, tras unos árboles en la oscuridad de un pequeño parque cercano.

Ajeno a mis preocupaciones, un hombre, situado en esa edad en que puede confundirse el final de la juventud con el inicio de la madurez, se me acercó para ofrecer sus servicios como guía turístico en toda Venezuela. Como me hizo gracia el desparpajo con el que se presentó y, viendo que su compañía me serviría tanto de protección personal, como de excusa para quedarme un buen rato en la terraza, decidí invitarle a que compartiera mi mesa y pidiese algo.

El recién llegado, sin ruborizarse siquiera, pidió un ron doble y comenzó a venderme, con un lenguaje coloquial que revelaba las muchas horas de práctica que había dedicado a este menester, diversas rutas que, al parecer, conocía perfectamente.

Una de estas travesías propuestas llamó mi atención; era un viaje de aventura cuya ruta se adentraba en la selva amazónica para visitar antiguas ciudades en ruinas.

⁸¹ Puerto Ordaz es una de las ciudades más prósperas de Venezuela por las industrias que ahí se congregan.

Desde que había tenido aquella visión en casa de Chana, había pensado si todo aquello no sería en realidad una jugarreta del cerebro; pero, por otra parte, me dije, allí podía estar la señal que estaba esperando.

Le pregunté al hombre, de manera cortés, si me podía decir qué había de interesante en aquellas ciudades. Respondió que se podían encontrar ruinas, casas, calles o, mejor dicho, quiso puntualizar en un arranque de sinceridad, sólo ruinas de lo que en el pasado fueron prósperas ciudades. Claro que a veces, dijo con una mirada pícara, también se podían encontrar algunas cosas de valor como alguna antigüedad, algo de cerámica precolombina y cosas así.

La intuición me dijo que era el momento de intentar saber algo más; desde hacía muy poco tiempo, estaba convencido de que nunca se encuentran dos personas por casualidad, y me aventuré a preguntarle si también podían encontrarse cráneos de cristal en la zona que me proponía visitar.

El hombre apuró su bebida de un trago y se tomó algún tiempo antes de responder que los cráneos de cristal eran cosas en verdad muy valiosas; de todos modos si yo estaba interesado realmente en poseer una de aquellas piezas, él conocía a quien lo podía tener puntualizando que eran muy caras.

Por la teatralidad que esparció a su alrededor al hacer tal afirmación, por la forma de mirar a los lados antes de pronunciar las palabras, supe que me mentía de manera descarada; por éso le hice saber amablemente que yo no era como uno de esos turistas a los que pudiese engañar con facilidad.

Tras un momento de silencio en el que también demostré mis artes interpretativas mirando hacia ningún lado con gesto sarcástico, le propuse cerrar un trato justo para ambas partes si él lo consideraba conveniente: Si me respondía con toda sinceridad a lo que le yo preguntara muy pronto sería el orgulloso propietario de un hermoso billete de cien dólares.

Sin que mediaran palabras, con una sonrisa de oreja a oreja en la que se leía “ésto es otra cosa, haber comenzado por ahí”, comenzó un relato atropellado que, a pesar de no enten-

derlo por completo, por la velocidad que imprimía a sus palabras y el fuerte acento con el que dotaba a su español, comprendí perfectamente.

Comenzó diciendo que había muchas calaveras de cristal que se habían encontrado durante los últimos años; pero que trataría de citar sólo las más conocidas.

Dando por sentado que yo conocía bien la encontrada por Mitchel-Hedges, la llamada calavera del destino, a la que llamaban también la Calavera Maya porque todas las personas, con supuestos poderes psíquicos, que se habían acercado a ella tuvieron visiones que describían minuciosamente detalles de la vida cotidiana de aquella cultura, me informó con su colorido lenguaje lleno de metáforas que se había descubierto otra, hacía muy poco, en mil novecientos noventa y cinco, al norte de Perú.

Había sido hallada por indígenas Incas, estaba tallada en lapislázuli y, suponía que por deformación, fue bautizada como Lazuli. Los indios de una tribu cercana al lugar del hallazgo sostenían que estaba hecha por espíritus malignos.

Según el relato del guía turístico, también había otra llamada Cráneo Jesuita de la que se tenía conocimiento desde el año mil quinientos treinta y cuatro que el mismo Ignacio de Loyola tuvo en su poder durante algún tiempo. A este cráneo se le atribuía la extraña facultad de atraer toda clase de aves, pero que, en realidad, existían muchas más⁸² calaveras.

⁸² Una de las más curiosas calaveras de este tipo encontradas hasta nuestros días es la llamada Shui-Ting-Er que fue hallada a mitades del siglo XIX en un lugar del suroeste de Mongolia, cerca de la frontera con China, por un arqueólogo chino llamado Yeng-Fo-Hu y está bellamente tallada, curiosamente, en un mineral conocido como amazonita. Otra es la llamada calavera Oceana, tallada en cristal de cuarzo puro, que pertenece a un campesino brasileño que vive en algún lugar remoto de la Amazonia y se cree que fue hallada por unos indígenas nómadas de la región quienes se la vendieron hace algunos años. La mayor de todas las que se han encontrado hasta el momento era la llamada Max; está en poder de un norteamericano que, según sus propias declaraciones, ha recibido enseñanzas de un lama tibetano y la utiliza para curar enfermedades. Otra es la llamada Baby Luv, tallada en cuarzo rosado; al parecer fue descubierta por un monje anónimo de un monasterio que se encuentra en Luv, Ucrania, del que toma el nombre y donde se conserva desde entonces. La más curiosa de todas, a la que habían nombrado E.T., hallada también en Guatemala pero, en este caso, en mil novecientos seis está hecha con cuarzo ahumado. La bautizaron así porque presenta un cierto aire extra-terrestre ya que su cráneo es puntiagudo y su mandíbula pronunciada.

Yo reflexionaba en silencio sobre lo que relataba aquel hombre. Estaba probado que un número indeterminado de cráneos fabricados en diferentes tipos de minerales habían aparecido alrededor del mundo y que, al menos algunos de ellos, parecían tener poderes especiales o, cuando menos, extrañas propiedades. Sabiendo que aquel aventurero tenía mucha más información de la que había desplegado ante mis ojos, le invité a otro trago, pedí un refresco para mí y, una vez que las bebidas estuvieron sobre la mesa, me decidí a preguntar si había visto alguna de estas calaveras.

Mientras el hombre apuraba unos sorbos de ron, miré hacia el lugar en el que se había escondido mi perseguidor para, después de mirar hacia donde podía estar, llegar a la conclusión de que había cesado en su acoso.

El guía turístico, ajeno a lo que yo buscaba atentamente con la mirada entre las sombras del parque, dijo que más de una vez había tenido piezas de este tipo entre sus manos; pero eran falsificaciones para engañar a turistas incautos.

Añadió que, lo importante no eran en sí los cráneos sino lo que se cocía alrededor de las ruinas. Algunos decían que esas ruinas formaban parte de un cinturón de ciudades que rodeaban la mítica Manoah: “El Dorado” por el que dieron su vida, entre otros, tantos conquistadores españoles.

No sabía exactamente de qué me sonaba el nombre que acababa de pronunciar, y le pedí que me dijera algo más de aquella ciudad a la que llamaban Manoah. Según sus palabras, esta era una ciudad que buscaban desde hacía siglos. Uno de los últimos que se había acercado a la selva en su busca fue Marcel Homet⁸³, un arqueólogo francés; pero el que al parecer estuvo allí, quien presumiblemente la encontró, fue un coronel inglés de apellido Fawcett.

Una de las cosas que siempre me ha dejado boquiabierto de las personas que viven existencias fuera de lo normal, es que hacen alusión a hechos y lugares sorprendentes de una manera natural, como si quien los escucha debiera tener la misma percepción que ellos. Supongo que, cuando viví mi ración de aventura uniformada

⁸³ Marcel Homet relata las incidencias de este viaje, que fue casi una odisea en la que tanto él como su esposa estuvieron a punto de perder la vida, en su libro “Los hijos del Sol”.

en África, hablaría de enfrentamientos armados igual desenvoltura con la que, el hombre que tenía frente a mí, hablaba de aventureros y exploradores. La fascinación que ejerce la aventura para quienes son esclavos del asfalto y el reloj, la exploración en la selva y las personas que viven existencias poco convencionales, hace que todos estos personajes aparezcan ante ellos como leyendas vivas.

Lo que viví a partir de entonces, la selva que me rodea, y lo que he aprendido en este aislamiento hace que los relatos de aquel guía turístico sean pálidos reflejos de la realidad.

La aventura sólo se advierte cuando se ha terminado porque, mientras se está inmerso en ella, es una sucesión de problemas que se solucionan conforme van apareciendo.

Supongo que los exploradores del siglo pasado y los amantes de los deportes extremos de la actualidad están hechos de una madera especial, no lo dudo; pero cuando se visitan lugares exóticos y se observa cómo quienes viven ahí no tienen conciencia de vivir en medio de una aventura diaria, se comprende que la aventura en sí misma es más una apreciación personal, una percepción especial de estar haciendo algo que no es cotidiano.

¡Vaya! Sin quererlo, he vuelto a perder el hilo de los recuerdos despistado por la expresión rutinaria que advertí en el rostro del hombre que me hablaba de viajes por la selva en aquella noche, como quien hace alusión a una salida de casa para hacer compras en el supermercado de la esquina.

Cuando le pedí que me explicase quién era aquel coronel Fawcett, del que hablaba con tanto respeto y admiración, me avisó antes de comenzar que su historia era un poco larga.

Entendiendo perfectamente el mensaje que aquel hombre intentaba transmitirme, pedí una botella de ron, un vaso y hielo para mi invitado y una botella de agua para mí.

Comenzó su relato diciendo que Harrison Percival Fawcett había nacido en Inglaterra el año mil ochocientos sesenta y siete y era, sin ninguna duda, según mi interlocutor, una de las mayores leyendas entre las muchas que corrían por la selva amazónica.

Todo comenzó cuando este coronel británico tuvo conocimiento de una carta firmada por un tal Francisco Raposo que, en

realidad, era un nombre ficticio. Este “Raposo”, portugués, salió por la jungla amazónica en busca de las míticas minas de Muribeca, y tras deambular más de diez años por la selva con su gente, descubrió sin proponérselo las ruinas de una vieja ciudad deshabitada.

Tras inaugurar con solemnidad la botella de ron, sin olvidarse de verter unas gotas de licor sobre la acera “para los muertos”, y apurar un trago capaz de ruborizar de envidia a un marinero recién llegado a puerto, mi interlocutor siguió diciendo que no eran invenciones porque había pruebas de todo aquello. Lo que me relataba había sucedido en el año mil quinientos setenta y tres, y esta historia la leyó el coronel inglés en un documento archivado en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro.

Para Fawcett era la confirmación de sus teorías atlantistas y se convirtió en la base de todas sus convicciones. De hecho estaba persuadido de que sus investigaciones podrían llevarle a la misma ciudad con la que topó el portugués. Esta ciudad, continuó diciendo, según el documento original⁸⁴, una carta enviada al virrey portugués en Brasil para informarle del hallazgo, al parecer había sido devastada por algo parecido a un terremoto en tiempos pasados y apenas quedaban en pie unos pocos edificios, una amplia calle y una plaza⁸⁵.

Para simplificar los pensamientos de Fawcett, la base principal sobre la que edificó sus teorías la constituía una extraña figurilla que le había regalado un hombre llamado Rider Haggard⁸⁶. Como Fawcett no pudo hallar pistas sobre el origen de aquella figurita extraña, recurrió a la psicometría. Por lo que afirmaron los

⁸⁴ Ver la reproducción de las nueve páginas que componen el manuscrito original del llamado Raposo, que se conserva en Río de Janeiro, Brasil, en el anexo del final del libro.

⁸⁵ En estas ruinas, el grupo de hombres que andaba con Raposo, según lo que relata el manuscrito, pudo ver la efigie de un hombre y un obelisco en cada una de las cuatro esquinas de la ciudad, entre los restos de otras construcciones de gran tamaño. Según el texto, también observaron lo que parecía un antiguo palacio, una escuela de sacerdotes y, por si esto fuera poco descubrieron, en los muros de ambos lugares, símbolos muy similares a los del alfabeto griego. La carta, que no pareció despertar el interés del virrey de Portugal, avivó la imaginación de Fawcett que siempre se había mostrado fascinado por todo lo hermético.

⁸⁶ Este escritor fue el autor de “Las minas del rey Salomón” entre otras obras menos conocidas.

médiums con los que consultó, todos coincidían en fecharla en una época anterior «a la cultura egipcia» y centraban su verdadero origen en un continente situado entre África y Suramérica, que desapareció a causa de un gran cataclismo⁸⁷.

Le interrumpí para preguntarle si estaba haciendo alusión a la Atlántida y afirmó con un gesto vago; pero, según mi reciente compañero, el asunto no acababa allí porque la leyenda de Fawcett se cimentó realmente en la selva de Amazonas y no en Inglaterra.

Al parecer la primera vez en la que el coronel pisó tierra americana fue en el año mil novecientos seis y lo hizo contratado por el gobierno de Bolivia como experto en topografía para delimitar definitivamente las fronteras del territorio nacional.

Viajó dificultosamente hasta el río Abuná, entre Bolivia y Brasil; fue allí precisamente donde comenzó a fraguarse su leyenda. Había que tener en cuenta, dijo el hombre que parecía muy bien informado, que en aquella zona, muy alejada de los centros de poder tanto bolivianos como brasileños, las empresas caucheras, y más aún sus representantes, tenían atemorizados a los indígenas que vivían allí.

El alcoholismo, la prostitución, la esclavitud, el asesinato, el vicio, las enfermedades, la crueldad y la muerte eran los reyes en aquel territorio sin otra ley que la del más fuerte⁸⁸.

Después de otro trago que le hizo relamerse, el hombre siguió con su relato. En este ambiente tan difícil, Fawcett se libró varias veces de la muerte.

En el río Abuná los indios atacaron a su grupo con flechas, al año siguiente, él y su grupo escaparon milagrosamente al fallecimiento por hambre en Río Verde; en aquella ocasión, cuando todos estaban dispuestos a dejar la lucha y morir, Fawcett dijo: «Si hemos de morir, moriremos caminando»⁸⁹.

⁸⁷ Todo lo que se comenta en este párrafo es rigurosamente cierto.

⁸⁸ Esta forma de vida fue uno de los “regalos” que los caucheros hicieron a los indígenas.

⁸⁹ Todos los detalles biográficos de Fawcett señalados en esta novela son ciertos y han sido extraídos de diferentes publicaciones; especialmente de un libro que contiene la biografía de Fawcett, escrito por uno de sus hijos.

Curiosamente, dijo mi interlocutor, todos los componentes de la expedición se salvaron y, ante la expresión inquisitiva del guía, me mostré totalmente de acuerdo con él en que aquella frase era más que suficiente para iniciar una leyenda entre los hombres acostumbrados a las dificultades de la vida en la jungla amazónica⁹⁰.

Después de terminar sus trabajos para el gobierno boliviano, siguió hablando mi invitado, se dedicó a esclarecer por su cuenta lo que él llamaba la “historia oscura” de Sudamérica.

Tuvo contactos con los indios maxubis, que él consideraba descendientes de una raza superior, y posteriormente casi se hace asesinar por los indios maricoxis que pertenecían a una de las últimas tribus caníbales; pero la Primera Guerra Mundial puso un forzoso paréntesis de seis años en sus investigaciones.

Fawcett volvió a Brasil en mil novecientos veintiuno para buscar la misteriosa ciudad descubierta por “Raposo” a la que el coronel gustaba llamar simplemente “Z”. Fracasó y se internó en solitario por la zona de Bahía⁹¹. Volvió acompañado por su hijo Jack, un amigo de éste llamado Raleigh, como el famoso explorador, y dos perros: Pastor y Chulim.

Para el hombre que relataba la historia frente a mí, estaba muy claro que cuando el coronel Fawcett salió de Inglaterra casi a finales del año mil novecientos veinticuatro sabía que no volvería nunca a su país sin haber encontrado al menos una de las antiguas ciudades perdidas en la jungla brasileña.

⁹⁰ Es preciso añadir que, nada más encargársele a Fawcett la delimitación de la frontera con Perú, salió con un equipo de hombres en dirección a la selva. Ya llevaba siete días de viaje cuando, a la salida de un recodo del río, se encontraron frente a un campamento indígena. Eran indios de la etnia guaraya. Ante la primera andanada de flechas con que fueron recibidos, Fawcett dio orden de que nadie disparase contra los salvajes y que comenzaran a cantar salmos; el caso fue que al rato, sorprendentemente, dejaron de llover las flechas y se entrevistó con los indios consiguiendo hacerse amigo suyo; días más tarde, se repitió algo parecido con un grupo de indios pertenecientes a la tribu echoca, con los que también terminó trabando amistad.

⁹¹ No se sabe con exactitud qué fue lo que el coronel Fawcett pudo encontrar durante sus exploraciones; pero en una de las anotaciones de su diario podía leerse: “He visto lo suficiente como para que cualquier riesgo merezca la pena, si dicho riesgo sirve para ver todavía más»; pero, si bien había fracasado por completo en su primer intento, de vuelta a Inglaterra, con las ideas que tenía y lo que había aprendido de los indios, acabó por convencerse de que los descendientes de los primeros Atlantes que llegaron huyendo del cataclismo, habían vivido durante mucho tiempo en la selva amazónica y formaban tribus que aún podían encontrarse.

En el mes de abril de mil novecientos veinticinco, según el relato del guía que seguía haciendo los honores a la botella de ron, la expedición se puso en marcha desde Cuiabá hasta que estuvieron seguros bajo la protección de los indios bacairíes con los que habían trabado amistad.

Algún tiempo después la esposa de Fawcett recibía en Inglaterra una carta del coronel, que habían llevado hasta la civilización los peones y portadores que les habían acompañado en esa parte del recorrido; en ella se despedía con la siguiente frase:

«No debes temer ningún fracaso...».

Mentiría como un bellaco si afirmase que, en aquel momento, el relato no estaba captando por completo toda mi atención.

El hombre siguió relatando la historia sabiendo que mi interés crecía por momentos.

Fawcett y sus acompañantes desaparecieron en algún lugar del río Xingú y nunca más se había sabido de ellos a pesar que, desde entonces, se habían sucedido las expediciones en busca de las ruinas; pero el solo hecho de buscar una ciudad perdida que supuestamente tuvo al alcance de su mano, le hacía totalmente distinto a los otros que salieron tras sus huellas, a lo que siguió una larga relación de nombres y lugares que no había oído en mi vida⁹².

⁹² Las informaciones sobre el paradero del coronel Fawcett se han ido sucediendo desde el momento de su desaparición durante el año mil novecientos veinticinco, hasta no hace demasiado tiempo. Las más importantes de ellas son las que a continuación se reseñan.

En mil novecientos veintisiete fue Roger Courtville, un francés quien dijo haberse encontrado con un viejo harapiento y enfermo que reconoció llamarse Fawcett. En el año mil novecientos veintiocho, George Dyott declaró que el coronel había sido asesinado por los indios. En mil novecientos treinta y dos, un trampero suizo llamado Stefan Rattin declaró ante el Cónsul británico en Río de Janeiro que Fawcett permanecía prisionero de una tribu india, que había hablado con él y que le pidió ayuda para salir de ahí. La familia del coronel no le creyó, se internó solo en la selva para rescatarle y jamás se volvió a saber de él. Pero el asunto siguió durante muchos años porque en mil novecientos cincuenta y uno, un hombre llamado Orlando Vilas aseguró que Izarari, jefe de los indios kapalo, le confesó dónde estaba enterrado Fawcett. Exhumaron una osamenta pero resultó que no era del coronel. Unos decían que murió, otros que encontró una ciudad subterránea en la que vivía todavía, otros que se convirtió en cabecilla de una tribu y, otros, que entró en contacto con otra realidad. Sea como fuere el misterio seguía sin solución. La última víctima de esta historia, al menos hasta hoy, era Lars Hafksjöld, un antropólogo noruego que desapareció el año mil novecientos noventa y siete, en el río Madidi.

Cuando terminó con aquella larga lista, me invitó, si tanto me interesaba en realidad el tema, a ir hasta Brasil y seguir los pasos de Marcel Homet, el arqueólogo francés que había escrito un libro en el que daba pistas concretas sobre la ruta que, él mismo, no pudo llevar a buen fin porque la selva no permitió que entrara.

Aunque la afirmación parecía en sí misma una locura, recordé las largas noches de charla con Arcadio, también con el esposo de Chana que había sido minero de diamantes en plena jungla, con Manuel, el hermano de Carlos y con tantos otros a quienes la experiencia les había enseñado que la selva no es un montón de flora y fauna ocupando un territorio, sino un ser vivo en su conjunto, que acepta al visitante, o termina matándolo más temprano que tarde. Ante mi silencio, el hombre preguntó si quería que me bosquejara un pequeño mapa de la ruta seguida por el francés y, sin esperar respuesta, dibujó en una servilleta de papel algo parecido a un croquis que miré con cierto interés, para guardarlo en el bolsillo de la camisa al tiempo que le preguntaba si él sabía llegar hasta aquellos lugares que describía con tanto lujo de referencias, o simplemente había oído hablar de ellos.

Dudó un poco antes de reconocer que no tenía ni la menor idea; pero, según afirmó, lo que conocía perfectamente era el acceso a la ciudad de Akahim, la llamada tercera fortaleza, que se encontraba en la frontera entre Venezuela y Brasil. Sorprendido por mi cara de extrañeza, supuso correctamente que no sabía de qué me estaba hablando y dijo, como quien está al límite de la paciencia con un niño torpe, que por los cien dólares que iba a darle no sólo me diría dónde estaba Akahim, sino que, como regalo, me contaría cómo se había descubierto. Como acepté sin dilación, comenzó con su relato.

En enero de 1984, Karl Brugger⁹³, un corresponsal de origen alemán que por ese entonces residía en el estado de Río de Janeiro fue asesinado en pleno día por un pistolero anónimo que le disparó a quemarropa con una pequeña pistola ametralladora

⁹³ Nacido en Munich, 1941, Brugger, además de su título como Periodista, contaba con estudios en Sociología e Historia. Con el tiempo se transformó en un reputado especialista de culturas nativas americanas. Su muerte, tal y como se describe en este texto, fue reseñada profusamente por periódicos y publicaciones tanto en Brasil como en todo el mundo.

de 9 mm., mientras se encontraba paseando por el sector de Ipanema con un amigo periodista llamado Ulrich. Este tal Brugger había publicado un libro titulado “La Crónica de Akakor. Mito y leyenda de un pueblo antiguo de Amazonia”, en el que transcribía sus conversaciones con un supuesto líder de los indios Ugha Mongulala, llamado Tatumca Nara y sus viajes en busca de las ruinas de una ciudad perdida que todos conocían como la fortaleza Akahim.

Allí, justo en ese punto, comenzó la leyenda de Akakor⁹⁴ que ha costado la vida a muchas personas que han ido en su busca. Por lo que contaba el guía, en Manaos⁹⁵, se acercó a unos alemanes un mendigo que pidió ser invitado a una comida; el individuo hablaba alemán perfectamente, dijo llamarse Tatumca Nara y les contó la historia de Akakor y de Akahim, añadiendo que más de dos mil alemanes habían llegado a la selva al final de la Segunda Guerra Mundial, para refugiarse en Akakor⁹⁶.

Debo reconocer que, hasta el momento en que aquel hombre comenzó a relatar aquella extraña historia, no había oído hablar sobre aquellas ruinas que, al parecer, eran conocidas por aquellos lugares del planeta; por el contrario tenía alguna noticia con respecto a los proyectos alemanes de fundar colonias en el sur de América. Ajeno a mis pensamientos, el hombre se estaba ganando con creces los cien dólares porque continuaba con su relato a la par que daba buena cuenta del ron.

El caso era, siempre según las palabras del guía, que Brugger se enteró en Alemania del asunto y más tarde viajó a Brasil para encontrarse con Tatumca Nara y hablar con él; pero, cuando lo consiguió, cuando escuchó lo que aquel le contaba, no creyó que su relato fuese cierto.

⁹⁴ Todos los comentarios sobre Akakor, Akahim, Brugger y Tatumca Nara son rigurosamente ciertos al igual que el libro que el periodista escribió.

⁹⁵ Ciudad del interior de la selva amazónica que fue muy próspera durante la época del caucho: tanta riqueza había en Manaos, que las compañías de ópera y de teatro que hacían giras por el mundo, recalaban ahí; incluso Caruso cantó en el teatro de aquella ciudad. El despilfarro era tal, que algunos caucheros tenían setecientas camisas para así poder enviar la mitad a lavar a Londres.

⁹⁶ Ver un resumen de esta rocambolesca historia real en el anexo.

Básicamente, la existencia de las ciudades de piedra o sus ruinas, sí; pero el asunto de una supuesta alianza entre un grupo de dos mil militares alemanes con las tribus de indígenas no lo veía demasiado factible por el vuelco que suponía para el conocimiento de Amazonas que se tenía hasta entonces. La historia le parecía un delirio aunque Brugger grabó doce cintas magnetofónicas de esos encuentros⁹⁷.

Era evidente que, al no conocer nada de aquel asunto, tuve que preguntarle al guía por la personalidad de Tatumca Nara. Mi interlocutor me contó que en el año 1969 hubo un enfrentamiento entre tribus indias y colonos blancos, en la provincia peruana de Madre de Dios, que duró hasta 1971. El líder de las tribus era un indígena llamado Tatumca. Después de esconderse con los suyos en la selva, llegó una gran sequía y Tatumca Nara salió de la jungla para entrevistarse con un “gran sacerdote blanco”⁹⁸ quien, tras escuchar lo que Tatumca le relató, decidió acompañarle hasta Akakor.

Este sacerdote, tras su periplo por la selva, fue a Roma para contar todo cuanto había visto. Tatumca, posteriormente, se entrevistó con el embajador alemán e incluso consiguió el apoyo de FUNAI⁹⁹, a pesar de las dificultades que puso el gobernador de Acre¹⁰⁰. Tatumca Nara fue arrestado a raíz de aquellos hechos; pero logró huir, ayudado por alguien, y se fue a Manaos.

Posteriormente, Brugger, realizó una expedición y volvió con fotografías de extrañas edificaciones; es por eso que se conoce la entrada a la ciudad de Akahim¹⁰¹. Sin esperar más, dando por terminada la charla cuyo final coincidió con el de la botella de ron,

⁹⁷ Brugger se basó en estas grabaciones, además de las notas que tomó durante las conversaciones con Tatumca Nara para escribir su libro.

⁹⁸ Se refiere al Obispo Grotti.

⁹⁹ Estamento oficial brasileño para favorecer el desarrollo indígena.

¹⁰⁰ Se refiere a Wanderlei Dantas que era el gobernador del estado de Acre por aquellos años, empeñado en que Tatumca Nara no pudiese llevar a cabo lo que se había propuesto.

¹⁰¹ Es un hecho rigurosamente cierto ya que existe material gráfico que lo demuestra, además de que es algo que se sabe desde hace años en la región. Curiosamente, en el momento de corregir esta novela, he recibido noticias de Brasil comunicándome que los Guardinhas del Estado Roraima no permiten el paso a la zona que se alude en esta parte del relato; pero no es una información que me haya sido revelada por fuentes ocultas sino que todos los que viajan a esa región lo comentan.

el guía escribió algunas frases en una servilleta de papel que introduje en el bolsillo de la camisa, junto con el croquis que me había dado antes, y le alargué un billete de cien dólares que desapareció en uno de los bolsillos del guía.

Cuando el hombre fue una sombra más en la noche tibia, pensé que no estaría de más buscar algún tipo de protección para evitar un mal encuentro. En la mesa contigua a la que ocupaba, ajenos a mis preocupaciones, una pareja desigual compuesta por un hombre que rondaba los sesenta, y una muchacha muy joven ataviada con una minifalda escandalosamente corta, se reían a carcajadas mientras degustaban bebidas que tenían toda la apariencia de ser muy caras. Aquella imagen me sugirió una idea: podía buscar un taxista que, con la excusa de encontrar a una profesional del sexo, ayudado por una propina, me pasease por la ciudad mientras yo constataba que no me seguía nadie y, cuando estuviese seguro, pedirle que me llevase al hostel; pero la irrupción de dos hombres relativamente jóvenes en mi campo visual, me puso en guardia.

Cuando los dos se sentaron a mi lado, en la misma mesa que yo ocupaba, me envaré ligeramente; pero cuando me enseñaron las placas que los identificaban como agentes de la DISIP¹⁰², me relajé un poco. Pensé de buena fe que se trataba de una inspección rutinaria y, como no tenía nada que temer, me dispuse a enseñarles mi pasaporte; el gesto de uno de ellos, el más joven, indicándome que no era necesario, me sorprendió.

El que aparentaba mayor edad tomó la palabra para decirme que no dudaban de la legalidad de mi estancia en el país; simplemente deseaban que les acompañase de buen grado a las oficinas de la DISIP para mantener una conversación conmigo.

La experiencia me había enseñado que, en países en los que las fuerzas policiales y de seguridad no disfrutaban de salarios que les permitan vivir con decencia, algunos agentes utilizan triquiñuelas para conseguir un sueldo extra que redondee sus ingresos; pero también sabía que era una práctica ilegal por lo que no era

¹⁰² Aunque oficialmente es la Dirección de Inteligencia para la Seguridad, en realidad oficia como policía política. Es una institución armada que no goza de las simpatías de un gran número de venezolanos por su pasado turbio en el que, presuntamente eran torturadores de diferentes regímenes dictatoriales.

buena idea el intentar sobornarles a la vista de todos porque, paradójicamente, podían sentirse ofendidos así que les dije que no había ningún problema por mi parte.

Uno de ellos hizo uso de un walkie-talkie llamando a un compañero con un lenguaje en clave propio de una mala película; poco después aparecía un vehículo oficial pintado de un color amarillo rabioso en el que me acomodé flanqueado por los dos hombres que charlaban entre ellos de asuntos personales como si, de alguna manera, quisieran demostrar que no debía preocuparme en absoluto por mi situación.

No niego que me inquieté un poco cuando el coche encaró la carretera en dirección a San Félix; pero cuando a los pocos minutos se detuvo frente a las dependencias de la DISIP en esa población, me relajé por completo.

Me ofrecieron un café que rechacé y tras una breve espera en el vestíbulo en el que dos agentes uniformados veían un programa de televisión, un agente me hizo señas para que le acompañara. Tras cruzar un jardín y un estacionamiento en el que había varios vehículos, el hombre me franqueó la entrada a una especie de almacén precariamente iluminado en el que se encontraban tres hombres sentados tras una mesa de respetables dimensiones. Apoyados en las paredes se veían cientos de paquetes que, aparentemente, formaban parte de alguna requisa. Uno de los hombres me indicó una silla con un gesto amable y tomé asiento.

Tras unos instantes de silencio en los que todos nos miramos a los ojos, ellos evaluando mi disposición y yo tratando de adivinar cuál era mi situación, el que estaba sentado en el centro, se dirigió a mí con un tono engolado de voz para decirme que aquella entrevista, algo normal según él, era para saber si pensaba quedarme más tiempo en Venezuela ya que estaba a punto de expirar mi visado como turista.

Mientras le decía que mis intenciones eran las de viajar a Brasil en los próximos días, pensaba que era muy raro el hecho de que se tuvieran tan vigilados las fechas de caducidad de los visados en un lugar burocráticamente descuidado como aquel, por lo que, inmediatamente, me puse en guardia. Aquello no era en absoluto una entrevista normal.

Me pidieron el pasaporte, que entregué sin reservas; para mi sorpresa, una vez que lo hubieron examinado los tres por riguroso turno, cuando el documento volvió a manos del único que había tomado la palabra, lo rompió bruscamente dejando caer con desfachatez las dos mitades en una papelería, comunicándome que estaba retenido por averiguaciones ya que carecía de documentación que me identificase.

Si la misma situación la hubiese vivido tan sólo tres meses antes, hubiera saltado de la silla para encararme con aquel hombre que acababa de privarme del único documento de identidad que tenía; pero había aprendido mucho en los últimos meses como para perder los nervios y mi única reacción fue preguntar si se daba cuenta de que había cometido un delito ya que, según las leyes internacionales, nadie puede dejar sin documentos de identificación a otra persona. La carcajada de aquellos energúmenos me puso la carne de gallina; comprendí que estaba metido en un buen lío y me dispuse a enfrentar lo que viniese manteniendo al menos mi dignidad.

Cuando solicité que se pusiera mi detención en conocimiento del Cónsul de Francia más cercano, me dijeron con sorna que éso, si procedía, lo harían los agentes de Caracas tras llevar a cabo un interrogatorio puesto que, por el momento, debían averiguar cómo había podido entrar al país sin papeles.

Mientras uno de ellos me acompañaba a la salida, vi cómo un agente uniformado llegaba con mi mochila que se apresuraron a revisar arrojando su contenido sobre la mesa.

La frialdad del cuarto en el que me encerraron me puso la piel de gallina. Estaba metido en algún lío que no comprendía y aquello me intranquilizaba. Recordé las servilletas de papel que llevaba en el bolsillo en las que se hallaban los croquis que había dibujado el guía; para evitar males mayores, las memoricé, las introduje en mi boca, las mastiqué como si fueran el mejor manjar del mundo y las tragué para hacerlas desaparecer.

Echando mano de los nuevos conocimientos adquiridos, puse mi destino en manos de Quien pudiera gestionarlo con mayor solvencia que yo y me preparé para soportar una larga espera; pero no tuve que abusar de mi paciencia recién estrenada porque, al cabo de una hora escasa, vinieron a buscarme dos agentes de uni-

forme que, sin siquiera esposarme, me acompañaron a un coche oficial en el que me acomodé al lado de mi mochila, que alguien había colocado sobre el asiento trasero.

A pesar de la intranquilidad que me invadía, traté de cerrar los ojos para buscar algo de paz en mi convulso interior. Examinando con frialdad los hechos, sabía que me llevaban a Caracas, por lo que había dicho uno de aquellos hombres, y que allí me interrogarían; pero desconocía los motivos que les habían llevado a detenerme y la razón por la que habían roto mi pasaporte. Acunado por el murmullo del motor, me quedé dormido hasta que me despertó el claxon de un vehículo pesado.

Abrí los ojos con lentitud. El sol iluminaba con fuerza la mañana caraqueña y me desperecé suavemente mientras el vehículo se detenía ante una enorme reja metálica guardada por dos agentes fuertemente armados, vestidos con el uniforme negro de la DISIP. Tras franquearnos la entrada, el coche trepó por una empinada cuesta para dejarnos frente a una puerta que daba acceso a las instalaciones. Nada más bajar del automóvil mire alrededor para tratar de adivinar en qué lugar me encontraba y, cuando percibí la extraña disposición de las edificaciones supuse que me encontraba en el Helicoide¹⁰³.

Entré en el edificio y, sin mediar palabra, dos hombres me acompañaron por unos pasillos que, por lo descuidado de su apariencia, se asemejaban más al decorado de una película de terror que a las dependencias de una institución gubernamental en un país con gobierno democrático. Entramos en una sala en la que podían verse muchas personas, separadas por endebles paneles verticales, que se ocupaban en transcribir textos, trabajosamente, en algunos ordenadores pasados de moda.

Quienes me acompañaban, señalaron uno de los cubículos que estaba junto a la pared y me indicaron que me sentase junto a dos personas que parecían esperarme. En el momento en que mis acompañantes se fueron, uno de los hombres que estaba junto al ordenador, me dio la mano, se presentó, me dijo el nombre de

¹⁰³ Este edificio, de funesta memoria para muchos venezolanos, fue diseñado en origen como un Centro Comercial y de negocios, pero terminó siendo sede de la DISIP.

su compañero y, tras llamarme por mi nombre, me informó de que aquello no era realmente un interrogatorio formal, sino que sólo debía responder a unas preguntas.

En cualquier otro lugar hubiera pedido que se respetaran mis derechos más elementales; pero me encontraba entre las manos de la DISIP y comprendí que en el caso de que lo hiciera, aparte de agravar mi situación, no conseguiría nada; por esa razón traté de relajarme y me dispuse a contestar todas las preguntas que me hicieran. Para disponer mi espíritu a la prueba que me esperaba traté de dirigir la vista hacia el amplio ventanal que ocupaba por completo uno de los enormes muros; un escalofrío me recorrió la espalda al ver cómo la figura familiar de César, me sonreía, incorpórea, desde más allá de las tenebrosas rejas que cuadriculaban la luz del sol que entraba a raudales.

Tranquilizado por aquella presencia que calmó mi alma, encaré a mi interrogador con la calma pintada en mi rostro. Después de preguntarme por mi lugar de residencia habitual e interesarse por las razones que me habían llevado a Venezuela, a lo que contesté con generalidades ocultando celosamente el hecho de estar buscando un ritual, el hombre me preguntó si sabía algo respecto al profesor Hans Steiger. Sorprendido ante la mención de aquel hombre, contesté diciendo que la última vez que lo había visto fue en una cena que compartimos hacía algún tiempo.

Sin esperar más información por mi parte, sacó una carpeta del montón que presidía la mesa y me la entregó; al abrirla sentí que mi estómago se revolvía: Varias fotografías a todo color mostraban el cuerpo de quien había sido Steiger-Weisthor, sobre un enorme charco de sangre, horriblemente mutilado y con evidentes trazas de tortura. Anonadado por lo que estaban contemplando mis ojos, cerré la carpeta, la puse en manos del hombre y le dije que no tenía conocimiento de lo que había podido sucederle ya que, al menos cuando lo dejé en el estacionamiento del restaurante “La Cacerola”, Steiger estaba todavía con vida.

Durante varias horas me preguntaron sobre la relación que me unía al ahora difunto profesor, y me vi en apuros para no confesar la verdad que, a cada momento, parecía querer escaparse por entre mis labios y ver la luz.

Me di cuenta enseguida de que parecían muy interesados en saber por qué razón nos habíamos citado para cenar; de pronto, una súbita inspiración llegó a mi cerebro y supe de qué debía hablar para desviar toda su atención y proteger mi secreto.

Tras una larga parrafada en la que cité de soslayo mi pasado en la Lègion Etrangère y mi empleo como escolta del industrial marsellés, “confesé” que mi empleador, muy interesado en el tema central del “Código Da Vinci”, me había contratado para que hiciese una investigación a propósito del Priorato de Sión.

Al ver que aquellos hombres parecían convencidos de cuanto les estaba diciendo, me lancé a explicar todo cuanto sabía sobre el tema, que no era sino lo que había oído comentar a mi antiguo jefe, haciendo hincapié en una supuesta y oscura trama de la Ahnenerbe a la que Steiger presumiblemente había pertenecido.

Mientras uno de ellos escribía con dos dedos en un arcaico teclado, lancé sobre la mesa datos y fechas, propuse soluciones a problemas que nadie conocía y, en definitiva, di tantos informes sobre el asunto de Pierre Plantard y el Priorato de Sión que, al final de la tarde, los hombres que me estaban “entrevistando” parecían más interesados en la novela de Dan Brown, que en el objetivo central de su interrogatorio.

Después de varias horas empleadas por mi parte en un agotador ejercicio nemotécnico, uno de ellos imprimió las hojas que habían rellenado con mis declaraciones y se perdió a buen paso en dirección desconocida; al rato volvió para decirme que ya podía marcharme, pero que no podía abandonar Caracas puesto que deberían hacerme más preguntas en los próximos días y que me acompañarían a un hotel en el que debía permanecer hasta que ellos me avisaran.

El hotel “Italia” situado en una estrecha calle en el centro de Caracas era una especie de pensión mejorada que, sin ofrecer grandes comodidades, tenía como principal ventaja la de estar limpio; pero el hecho de que hubiesen sido dos oficiales uniformados de la DISIP quienes me acompañaron hasta allí, no me hacía, a primera vista, una persona merecedora de confianza a los ojos del dueño, que me hizo saber poco después que no podía

salir de allí con mi equipaje a no ser que él tuviese la autorización expresa del “gobierno”¹⁰⁴.

Aquella noche, en la habitación del hotel, estuve pensando durante mucho tiempo sobre lo que estaba viviendo. Para tratar de distraerme, puse en marcha la televisión; pero cuando trataron de convencerme con insistencia que sería mucho más feliz si tuviera una especie de bicicleta que no servía para ir a ningún sitio sino para perder peso, apagué el aparato. Prefería vivir inmerso en el tráfago de dudas que me llenaban el cerebro antes de permitir que me lo llenaran con aparatos inútiles ¡Bicicletas que no llevaban a ningún lugar! ¿Se podía pensar alguna tontería mayor que aquella?

Todo lo que me había sucedido en las últimas horas, sumado a lo que me había contado aquel hombre que supuestamente ejercía como guía turístico, había cambiado la forma de ver mi proyecto en su conjunto. Si la visión que había tenido en casa de Chana me mostraba unas ruinas, justo al día siguiente, se me había presentado la solución al enigma, en forma de atrevido guía turístico, como caída del cielo; aquella bien podía ser la señal que estaba buscando.

La extraña detención que había sufrido por parte de la DISIP y el saber que Steiger era sólo un cuerpo tan muerto y torturado como aquellos a los que él había borrado de la lista de los vivos, variaba totalmente el asunto imponiéndome la obligación de barajar otras soluciones; por otro el hecho de que casi no me quedaba dinero, pues el que había guardado en la mochila se había volatilizado de manera misteriosa, añadían una dificultad más a las muchas que estaba experimentando en las últimas horas.

Con los brazos bajo la nuca y la mirada perdida, en la suave penumbra de la humilde habitación trataba de pensar en las posibles soluciones que podría tener aquel embrollo en el que estaba enterrado hasta el cuello.

No hacía falta poseer la inteligencia de Einstein para darme cuenta que la DISIP me vigilaba intentando descubrir si me ponía

¹⁰⁴ En algunos lugares de Venezuela se llama “gobierno” a cualquier tipo de fuerza policial. Así, en ciertos ámbitos rurales, cuando ven llegar a la Guardia Nacional o a la Policía dicen que llega el “gobierno”.

en contacto con alguien en Caracas; ellos creían tenerme seguro ya que era casi un suicidio ponerme en camino hacia alguna parte sin documentación. La gran cantidad de alcabalas¹⁰⁵ establecidas en territorio venezolano, número que se iba acrecentando en las proximidades de las localidades fronterizas, suponía un riesgo para un indocumentado como yo lo era en aquellos momentos.

Era preciso que llegase hasta las tierras que el guía me había descrito; pero tenía el problema de andar sin papeles aunque, si hacía caso a mi intuición, creía poder salir con bien de aquel enojoso asunto.

A la mañana siguiente, después de tomar un café que me supo a gloria, una vez que tuve las ideas perfectamente en orden, me acerqué a una mesa de camping en la que alquilaban teléfonos móviles para hacer llamadas y me puse en contacto con Renzo Pankow para informarle sobre los problemas que estaba teniendo y los progresos que había hecho; mi intención era, si me estaban vigilando, hacerles creer que me estaba poniendo en contacto con alguna persona y apretaran un poco el cerco pues sabía que, cuanto más cerrada es la vigilancia, más fácil es también su detección por parte de quien es sometido a vigilancia.

La voz del Patriarca, ahuecada por la distancia, sonaba pastosa al otro lado de la línea telefónica

A lo largo de media hora traté de saciar su curiosidad, me ocupé en relatar todo cuanto había estado haciendo, lo que me había sucedido con la DISIP y terminé, después de aclarar algunas dudas que tenía Pankow, haciéndole una petición de ayuda porque, para el siguiente paso que tenía previsto, la necesitaba más de lo que nadie pudiese imaginar. No hubo ni la menor sombra de duda en la voz de Renzo cuando, tras pedirme que esperarse un momento, me repitió varias veces una dirección cerca de la Avenida San Martín de Caracas que memoricé. Me despedí de él hasta la próxima vez y, tras desearme mucha suerte, colgó.

¹⁰⁵ Especie de aduanas móviles o controles en los que, a veces, la Guardia Nacional controla a los viajeros que hacen la ruta por carretera o verifica las listas de embarque, obligatorias, de los autobuses que cubren rutas interestatales.

Volví al hotel y me entretuve durante un tiempo hablando con el recepcionista quien, si al principio se mostraba reservado, con la ayuda de unos cafés que traje de la panadería más próxima y una carterita¹⁰⁶ de ron, se volvió inusitadamente locuaz.

Me dijo, como en secreto, que la DISIP les había dado órdenes de que si yo intentaba salir con el equipaje, les avisaran inmediatamente y me entretuvieran hasta su llegada. Aviesamente, con intención de engañarle para ganar tiempo, le pedí el nombre de algún restaurante en el que ofrecieran especialidades europeas y me recomendó que fuese a la tasca¹⁰⁷ “El Bucanero”, situada muy cerca de allí. Sin subir siquiera a mi habitación para no despertar sospechas, dando por perdido mi equipaje, puse rumbo al restaurante indicado por el recepcionista; en menos de cinco minutos me encontraba acomodado en la barra del local saboreando un jugo de naranja helado.

La tasca, situada en los sótanos de una plaza, era una especie de caverna umbría que recordaba a una cueva de bandoleros; pero ofrecía la ventaja de estar situada muy cerca de las torres de “El Silencio” que, con sus pasadizos y los cientos de tiendas y dependencias oficiales, brindaba buenas oportunidades para despistar a quien quisiera seguirme. Como no tenía demasiado tiempo que perder, apuré mi bebida y me puse en marcha.

Salí del restaurante, entré al Centro Comercial situado en la parte baja de las torres e inicié una caminata errática volviendo varias veces sobre mis pasos para tratar de saber si me estaban siguiendo. Después de emplear esta táctica durante un buen rato, ya en la calle, tomé un taxi y le pedí que me llevara al terminal de Oriente. Una vez allí, tras comprobar que nadie aparecía en un coche a gran velocidad, tomé otro taxi hasta Sabana Grande y, sin darme tiempo a respirar, entré en el metro.

Tras varios cambios de línea y de dirección, utilizando la táctica de subir al vagón justo antes de que las puertas se cerraran para observar si alguien intentaba hacer lo mismo, salí a la Avenida de San Martín, cerca de la maternidad Concepción Palacios, tomé un taxi hasta la dirección que Pankow me había

¹⁰⁶ Recipiente pequeño de licor que tiene la capacidad de un cuarto de botella.

¹⁰⁷ En Venezuela se conoce bajo el apelativo de tasca, todo local que expenda comida o bebida o ambas, y su decoración recuerde a los locales típicos españoles. No es peyorativo.

dado y luego, en lugar de entrar directamente al lugar señalado, di una vuelta a la manzana para asegurarme de que, si me habían seguido, ya habían perdido mi rastro por completo.

¡Con qué incredulidad recuerdo ahora todos aquellos movimientos! ¡Qué tipo de persona había sido yo en el pasado, que era capaz de poner en funcionamiento técnicas encaminadas a despistar perseguidores! Es indudable que la vida nos enseña todo lo necesario para salir de cualquier situación que se presente; pero nosotros, o estamos ciegos, o no queremos ver que, teniendo el alma en paz, las soluciones llegan solas.

En fin, me prepararé un café mientras los recuerdos me hacen revivir aquellas horas difíciles que, para otras personas menos habituadas a vivir en el filo de una navaja mortal, podrían representar una aventura excitante.

Tras subir unos escalones situados junto a una estatua tallada en piedra que representaba a María la madre de Jesús de Nazareth, entré en el vestíbulo presidido por una imagen de San Vicente de Paúl y pregunté, a uno de los dos jóvenes que allí estaban, por la persona que el Patriarca polaco me había indicado. Al poco tiempo llegaba una religiosa que, una vez desvelada mi identidad, me hizo subir en un ascensor, me acompañó a un despacho donde me invitó a que tomara asiento y me ofreció un café.

La hermana María, una española que ejercía de buena persona, no quiso que le contara nada de lo que me estaba sucediendo puesto que, según sus palabras, ella me iba a guardar allí solamente durante un par de días, mientras llegaba alguien que pudiera ayudarme, correspondiendo así a un gran favor que le habían hecho; para evitar que yo relatase mis penurias, me contó que allí, en compañía de algunas monjas, se dedicaba a la reinserción de drogadictos y que era la superiora de aquella residencia.

Tras paladear un café delicioso, me acompañó a una pequeña habitación y me indicó que la cena sería a las siete en punto; mientras tanto, me llevó al ropero donde una religiosa cubana me surtió de ropa limpia para que pudiera tomar una ducha en condiciones.

Bajo la caricia del agua tibia, logré relajarme un poco. Me cambié de ropa y, tras descansar un rato, bajé al comedor común

a la hora prefijada. Dado el carácter religioso de la institución, no me sorprendió que todos se colocaran en las mesas redondas por grupos de seis, rezaran al unísono una oración y luego comenzarían a cenar sin alzar mucho la voz.

Mientras trataba de comer una sopa y una hamburguesa acompañadas de un zumo, pude contemplar a los hombres con quienes compartía refectorio en cuyos rostros ajados, cruzados por bocas de pocos dientes, habían dejado sus macabras huellas las drogas, los sufrimientos de una brutal adicción y la vida en la calle sin más techo que las estrellas, ni más futuro que pensar en cómo conseguir la dosis siguiente.

¡Qué lejos estaba la sacrificada vida de aquellas religiosas vocacionales, ayudando a drogodependientes en un conflictivo barrio caraqueño, de las aspiraciones políticas de los llamados príncipes de la iglesia! ¡Qué enorme distancia había entre las almas devotas de aquellas mujeres creyentes y las ansias de poder de quienes decían ser los representantes de Dios en la tierra! Al ver con la abnegación que aquellas hermanas de la Caridad atendían a los desperdicios humanos que todos rechazaban comprendí, mientras la ternura nublaba mis ojos, que importaba muy poco el nombre con que se orase a Dios si se ponía amor al prójimo en todos los actos.

Terminada la cena, con la mente absorta por la devoción que ponían en su trabajo aquellas mujeres, sin hablar con nadie, me fui derecho a la cama y, sin darme cuenta, me quedé dormido hasta que el sol anunciaba una mañana esplendorosa por la ventana.

A media mañana fui llamado al despacho de la hermana María en el que me encontré con un hombre bien trajeado que dijo venir de parte de Renzo. La religiosa nos dejó solos, haciendo gala de su enorme prudencia, y me quedé frente al visitante que, sin tomarse la molestia de presentarse, me pidió que me pusiese contra la pared, me hizo una foto con una cámara de revelado instantáneo y, tras comprobar que las fotos habían quedado a su gusto, me pidió que esperase fuera del despacho un momento.

Extrañado por la parquedad de palabras del individuo, y no menos sorprendido por lo chocante de su conducta, me senté en uno de los sillones de mimbre que decoraban una especie de reci-

bidor cargado de plantas ornamentales; al cabo de diez minutos, salió el hombre del despacho, arrastrando una pesada cartera y me entregó un abultado sobre de papel.

Sin mediar palabra se metió en el ascensor y, cuando al cabo de dos minutos llegó la hermana María, me preguntó si necesitaba algo más de ella. Por toda respuesta vacié el contenido del sobre en la mesita del recibidor; ante la sorpresa de la religiosa, y la mía propia, del interior del envoltorio salieron una buena cantidad de dólares, en billetes de alta denominación y un flamante pasaporte de la República Argentina que tenía mi fotografía y me identificaba como Claudio Perfetti, natural de Buenos Aires.

Pasada la primera impresión, hice lo único que se me ocurrió en aquel momento: Aparté diez billetes de a cien dólares y se los entregué a la hermana María que los agradeció con una sonrisa luminosa. Aquello no era ni un pago a los favores recibidos ni siquiera una limosna: Era mi humilde colaboración a una tarea que merecería mucha más atención por parte de las autoridades competentes de cada país. Sin duda aquella mujer, con esos pocos dólares haría más por la sociedad que los mandamases eclesiásticos con las ayudas que recibían de los gobiernos.

Ella, después de mirar alternativamente mi rostro y los billetes que estaban en sus manos, sonrió con picardía y me preguntó si podía acercarme a un lugar en particular con el vehículo todo terreno de la comunidad. Le pedí un mapa de carreteras y, después de consultarlo, le dije que no me vendría mal un paseo hasta Maracay.

¡Si me hubiera visto mi abuelo se hubiera reído como un loco!

Allí estaba yo, Salubha Soniché, romaní, veterano de la Lègion Etrangère y guardaespaldas profesional metido a investigador de rituales escondidos en la Biblia, vestido con una sotana blanca de sacerdote católico misionero, infringiendo las leyes venezolanas, en un vehículo religioso, acompañado por una monja que, además, se había convertido en mi cómplice.

Una vez en Maracay¹⁰⁸, me despedí sin palabras de aquella extraordinaria mujer que tanto me había ayudado; una vez que ella se fue de vuelta a Caracas llevándose la sotana que me había

¹⁰⁸ Capital del Estado Aragua, cercana a Caracas.

ayudado a pasar las alcabalas sin tener que presentar mi documentación falsa, busqué una tienda donde compré las cosas que creía necesarias para el siguiente paso de mi andadura y, ya de noche, me encajoné en un autobús con destino a Puerto La Cruz¹⁰⁹, en donde alquilé un taxi para llegar hasta Ciudad Bolívar¹¹⁰.

Aunque miraba hacia mis espaldas con cierta frecuencia, no pude distinguir a nadie que se ocupara en perseguirme o vigilar-me, lo que tuvo la virtud de tranquilizar mis nervios.

Desde un locutorio llamé a Renzo y le expliqué que pensaba salir de camino hacia Brasil, en busca de las ruinas, y me parecía necesario que alguien, preferentemente buen conocedor del terreno que íbamos a pisar, me acompañase a remontar el río Urari Coera.

El Patriarca polaco comentó que no tenía más que decirle dónde quería que me esperasen. Después de que recordé el croquis que me había dado el guía, determinamos un lugar específico localizado en territorio del Estado Roraima, en Brasil, y tras poner a punto una serie de pequeños detalles, nos despedimos cordialmente hasta la próxima vez que pudiésemos hablar. Alquilé un taxi hasta Puerto Ordaz, pagué a una furgoneta para que me llevase a “El Cintillo”¹¹¹ y allí hice autostop hasta llegar a El Callao¹¹² en donde tomé un autobús con destino a Santa Elena de Uairén¹¹³. Allí compré un billete para el autobús que salía con destino a Boa Vista.

Mientras el autobús devoraba kilómetros rumbo a Brasil no dejaba de pensar que, en cualquier momento podía ser detenido por la Guardia Nacional si detectaban que mi documentación era falsa; pero nadie se ocupó de mí a lo largo de aquel frenético viaje con destino Brasil. Sonreí al darme cuenta de que, en cierto modo, me había vuelto invisible a los ojos de las autoridades como si

¹⁰⁹ Ciudad turística del Estado Anzoátegui. La capital de este Estado es Barcelona.

¹¹⁰ Capital del Estado Bolívar, antiguamente llamada Angostura.

¹¹¹ Caserío poco poblado del Estado Bolívar.

¹¹² Población en la que se encuentran las mayores minas de oro del país.

¹¹³ Ciudad fronteriza entre Venezuela y Brasil.

hubiese rezado la Oración de la Santa Camisa¹¹⁴; pero yo no creía en esas cosas y me inclinaba a pensar que la mano de ese Alguien al que había confiado mi vida, me protegía durante la vigilia y también durante el sueño.

Empezaba a tener muy claro el hecho de que los sueños no eran sino otra forma de las señales del Padre, de dios, o del nombre que quisieran ponerle a esa FUERZA GENERADORA de vida que en esos momentos sentía por encima de mí, como protegiendo mis pasos al tiempo que me guiaba en la dirección correcta; tenía la intuición de que mi viaje a Brasil era algo realmente inexcusable.

Si anteriormente había estado dando tumbos por territorio venezolano, al menos mientras hacía tiempo para entrevistarme con Chana, en ese instante estaba convencido de que el tránsito por la selva en busca de aquellas ruinas, formaba parte de mi búsqueda personal. En realidad no sabía si me serviría para desentrañar el ritual escondido en el Cantar; pero una fuerza interior, visceral, me estaba incitando a seguir aquel enigmático camino en el que tantos otros se habían dejado la vida. Daba por sentado que aquello no sería un paseo, que la selva podía terminar matándome; pero mi forma de pensar había cambiado mucho en las últimas semanas y era capaz de ver la muerte como un paso más y no como un punto final a la vida.

Tras los trámites fronterizos, el autobús continuó su camino hasta que, en un punto prefijado de la carretera, el conductor, al que había dado una buena propina, me avisó que aquel era mi destino.

Agradeciéndole las molestias, bajé del autocar y pude ver, junto a la carretera, a un hombre de edad indefinida junto a una camioneta en cuya caja de carga se apiñaban varios hombres más. Cuando el autobús reanudó su marcha, el hombre se acercó a mí y preguntó con cierta desconfianza si yo era Salubha. Al recibir una respuesta afirmativa por mi parte, dibujó una gran sonrisa en

¹¹⁴ Esta oración que comienza diciendo “Ojos tengan y no me vean, pies tengan y no me alcancen, cuerdas tengan y no me amarren...” es una plegaria que venden algunos santeros a los delincuentes que no quieren ser vistos por las autoridades.

su rostro, me tendió la mano y se presentó en francés con un fuerte acento del Midi. Su nombre, dijo, era Gèrard. A partir de aquel punto, sería mi guía para subir por el Urari Coera hasta que yo dispusiera lo contrario, y me iría a buscar cuando le dijese.

Añadió que, quienes le comisionaron para aquella tarea le habían avisado de que no íbamos a parar en ninguna población así que, previendo lo que nos esperaba, había llevado lo necesario para que pudiésemos acampar en las orillas. Los hombres que le acompañaban, dijo, eran sus ayudantes y respondía por todos y cada uno de ellos. Según sus palabras, que parecían muy sinceras, eran fuertes, valientes, conocían muy bien la selva y estaban bien pagados. Así que, cuando yo decidiese, podíamos partir.

Después de recorrer unos cuantos kilómetros por unas carreteras, que a pesar de su pomposo nombre eran caminos anchos sin asfaltar, llegamos a las orillas de un río. Gèrard, que conducía el vehículo, levantó la voz para hacerse oír por encima del asmático motor, tratando de quebrar el silencio incómodo que había en la cabina. Me dijo, a guisa de información anecdótica, que Urari Coera significaba, en la lengua de los indios, Viejo veneno. Roraima, que también era un nombre indígena, significaba sierra o monte verde; pero al ver que sus esfuerzos para captar mi atención eran vanos, desistió de entretenerme concentrándose en aparcar la camioneta cerca de la orilla justo al lado de una gran piragua de madera, vaciada en el tronco de un árbol, dotada con motor fuera de borda.

Mientras los hombres cargaban todo el equipo que habían traído con ellos, lo observaba todo como si yo no estuviese allí en ese momento. Las extrañas vivencias que había experimentado durante los últimos tiempos debían haberme afectado porque tenía la impresión de que no me encontraba dentro de mi cuerpo sino que veía todo desde fuera, desde algún punto por encima de la tierra, como si estuviera contemplando una película de aventuras en la que, otro que no era yo, interpretaba el papel de protagonista; por alguna extraña razón que desconocía en ese momento, había comenzado en mi interior una especie de aislamiento involuntario que me alejaba de cuanto me rodeaba.

Cuando comenzamos a navegar río arriba, empujados por el potente motor, los hombres se acomodaron bajo un toldo que

habían colocado para protegerse del sol y se sumieron en un sopor tan sólo interrumpido para encender algunos cigarrillos y tomar unos tragos de Cachaça¹¹⁵ a secas.

Las jornadas se fueron sucediendo monótonas y, de vez en cuando, teníamos que salir de la corriente del río para vadear algún salto de agua. Entonces, entre todos, debíamos descargar la embarcación, acarrear todo el equipo hasta la parte desde donde se despeñaba la cascada, subir la piragua y volverla a cargar para continuar con el camino. Aquel esfuerzo físico y el trabajo en equipo era lo único que me sacaba del sopor que me adormecía por completo impidiéndome incluso pensar.

Paulatinamente las jornadas fueron transcurriendo con la misma rutina, durmiendo en playones tras una cena digna de los mejores camioneros europeos y levantándonos siempre antes de amanecer para terminar el recorrido previsto cuanto antes.

Si los primeros días trataba de convencerme de que yo, Salubha, un rhom como tanto otros, estaba viviendo una aventura digna de la mejor película de acción, pronto los insectos, las incomodidades, las piernas acalambradas de permanecer sentado en el fondo de aquella enorme piragua y el calorazo húmedo que se empeñaba en abrazar nuestros cuerpos, deshidratándonos por completo, me mostraron la verdadera cara de la aventura en la jungla. Nada más lejos del romanticismo decimonónico que el esfuerzo, el sudor, el agua tibia que no calmaba por completo la sed, los mosquitos, los jevenes y un río monótono cuya cotidianidad tan sólo era rota por alguna pequeña agrupación de casas en la orilla.

Un día, justo después de dar buena cuenta del abundante desayuno con el que iniciábamos la jornada, Gérard me llamó para hablar con él, sin que sus hombres pudiesen escuchar la conversación y, casi en susurros, me confesó que tenía la impresión de que nos vigilaban desde la distancia. Aunque en primera instancia me alarmó aquella información, ante él, resté importancia al hecho y le dije para despreocuparle que, como ya nos encontrábamos cerca de

¹¹⁵ Aguardiente brasileño de sabor parecido al tequila, que es la base de la caipirinha. La caipirinha se elabora mezclando cachaça con zumo de lima, azúcar y hielo.

nuestro destino, no tenía razones para inquietarse. El francés encogió los hombros olvidándose del asunto y continuó con sus tareas; al fin y al cabo, si a mí no me importaba, a él, menos.

A media mañana avistamos lo que yo andaba buscando¹¹⁶ y Gérard, tras desembarcarme, se despidió amablemente de mí no sin antes ofrecerme algunas provisiones, extrañado por lo exiguo del equipaje que cargaba para internarme en un territorio tan difícil y peligroso. A guisa de adiós, le pregunté si podían esperarme en aquel punto durante dos semanas; en el caso de que no apareciera en ese lapso de tiempo, debían volver a sus casas y olvidar que habían estado allí conmigo. Aceptó sin reservas y cuando me despedía de él, pude ver en los ojos de aquel hombre, así como en los de sus compañeros, el convencimiento claro de que nunca saldría vivo de la selva; entonces supe que sólo yo, a partir de ahí, podía llevar a cabo mi tarea y estaba convencido de que, nadie, creía en que pudiera volver con vida de aquella trampa vegetal.

Ahora que estoy viviendo en el eje mismo de la que es considerada como la jungla más salvaje del planeta, he aprendido que no hay mejor manera de sobrevivir que convertirse en parte de la misma selva; pero entonces aún pensaba que quien se atrevía a sostener que la espesura amazónica era un paraíso, jamás había puesto sus pies en ella y sólo la conocía por las películas plagadas de héroes que no se despeinan nunca, de heroínas que permanecían perfectamente maquilladas a toda hora, filmados por los grandes estudios de cine norteamericanos a lo largo de su historia.

La selva, en realidad, es una intrincada maraña de árboles que no dejan pasar los rayos del sol, un territorio donde la humedad supera con mucho la ideal para la supervivencia del ser humano; un mundo difícil en el que la luminosidad es una cosa rara y los sonidos, magnificados por la bóveda vegetal que forman las copas de los árboles, atacan la parte inconsciente del hombre, la más primitiva, para meterle la inseguridad en el cuerpo y, a veces, también el miedo. El hecho era que estaba solo en aquella orilla del Urari Coera con toda mi vida por delante y unos garabatos

⁶⁵ Ver en el anexo el mapa del itinerario seguido por Salubha en territorio brasileño. En este mapa no aparecen los viajes que el protagonista siguió en el interior de Venezuela.

dibujados sobre una servilleta de papel, guardados en mi memoria, como única directriz válida. Ante mí, aquellas piedras casi cubiertas por la maleza, eran todo cuanto quedaba de un antiguo asentamiento humano; pero también era el hito que marcaba el principio del difícil camino hacia un lugar desconocido que sólo había visto una vez, en sueños.

La primera noche que colgué el chinchorro en medio de la soledad más descarnada, la selva, ansiosa por mostrar su poder, el verdadero carácter indomable que tenía, me enseñó su parte más tenebrosa; protegido del ataque de los insectos por la leve tela mosquitera, pasé el tiempo pendiente de los múltiples ruidos que los animales hacían en el eterno juego del acechador y la presa. De vez en cuando se oía un ruido de ramas, de hojas agitadas con violencia, que terminaba con el chillido angustioso de un animal herido fatalmente por otro al que serviría de alimento, de pasaporte vital hasta el día siguiente.

La Naturaleza, pensé antes de quedarme dormido, no puede ser cruel por dejar morir a un animal ya que, el cadáver de la víctima, sirve para alargar la vida de su cazador; definitivamente la naturaleza, como la vida, eran totalmente indiferentes, carecían de sentimientos humanos.

Una tímida luz comenzaba a dotar de contornos casi definidos el exuberante paisaje cuando me desperté. Todavía aterido por la húmeda inmovilidad de la noche, torpe por la falta de sueño, recogí con cuidado mis cosas; tras masticar un poco de carne salada y beber un largo trago de agua, me eché la mochila al hombro para continuar con la caminata que me había impuesto.

Según las indicaciones que me había dado el guía, ahora feliz poseedor de un billete de cien dólares, debía caminar tres días en dirección norte para alcanzar las primeras ruinas; pero las distancias medidas de aquel modo, por jornadas de marcha, dependían de tantos factores diferentes, eran tan poco exactas, que sólo podían ser consideradas como una referencia.

Mis pasos conquistaban penosamente el terreno, poco a poco iba entrando en un mundo extraño que no conocía y, el hormigueo del estómago, me avisaba de que no podía sentirme seguro en aquel medio tan manifiestamente hostil.

Quise abstraerme del ambiente que me rodeaba pensando en otras cosas pero, al tercer tropezón con peligro de caída, comprendí algo de suma importancia para mi supervivencia: si no ponía toda mi atención en el camino acabaría por sufrir algún accidente que, por leve que fuese, pondría en peligro mi vida pues, en el caso de sufrir una fractura no podría volver hasta el lugar en el que se encontraban Gèrard y sus hombres con la piragua.

A mi alrededor enormes árboles formaban una cúpula natural, inaccesible con sus copas a más de treinta metros del suelo, mientras el tupido follaje tamizaba la luz solar dando un aspecto irreal al panorama que se cerraba por momentos ante mis ojos.

La pequeñez del ser humano ante un entorno tan colosal me daba pie para filosofar sobre la vulnerabilidad de nuestra especie; pero la atención que debía poner sobre los lugares en los que tenía que apoyar mis pies, me alejaron con rapidez de aquellas reflexiones. La calma que a ratos me envolvía, me daba la sensación de estar caminando en medio de un territorio en el que hasta los sueños podían hacer eco.

Paulatinamente mis pies, en principio vacilantes, se fueron acostumbrando a leer el camino sin apelar al cerebro y, después de que mis ojos se hartaron del sobrecogedor paisaje que me rodeaba, mi razón pudo desentenderse al fin de la marcha para sumirse en sus profundas cavilaciones; no tardé en preguntarme por qué motivo me había embarcado en una aventura como aquella.

Si comparaba mi vida en Marsella, antes de que la Krís me comisionara para aquella tarea, con lo que estaba viviendo, me parecía que nada tenía sentido; pero si escuchaba cómo los latidos de mi corazón se acompasaban con el de la selva viva, omnipresente, notaba cómo la paz invadía mi alma permitiéndome pasar por encima del esfuerzo que suponía caminar feliz, durante todo el día, por un paisaje cuajado de peligros.

Al principio de la esforzada caminata, la noche y el día se diferenciaron únicamente por la falta de luz; pero pronto la luminosidad no tuvo nada que ver en mi torpe deambular, en el aturdido vagabundeo de aquel Patriarca perdido en medio de la nada más poblada de plantas que había visto jamás. Las horas comenzaban a ser iguales, con ligeras variaciones de luz, y de ese modo

parecían quitarse de encima la responsabilidad de sucederse unas a otras con tenaz monotonía.

Los que son aventureros, o dicen serlo arrellanados en un sillón, hablan de la selva como si fuera un Paraíso maravilloso, un Edén precioso en el que la vida es fácil; entonces comencé a saber, de primera mano, que la supervivencia en la selva se remite a ser aceptado por una naturaleza abrumadora que lo llena todo y, sólo si ella quiere, te permite seguir con vida durante algún tiempo.

Estamos demasiado acostumbrados a ver en televisión a muchas personas que retan a la naturaleza en supuestos desafíos, que llegan cargados de cámaras, luces, equipos de sonido y víveres a lugares presumiblemente inaccesibles; siento decir una perogrullada: Si el lugar es realmente inaccesible o peligroso, no permite el paso de tanto equipo. El verdadero desafío es adentrarse solo, con la propia vida como apuesta, y la satisfacción de haber conseguido lo que nos habíamos propuesto como único premio.

Ahora que ya estoy llegando al punto más enrevesado de mi historia reciente, la que me enseñó a escribir mi leyenda sin rastro de miedo ni vergüenza, me veo allí, inmaduro, temeroso pero resuelto, sin saber muy bien qué decisiones debía tomar en cada momento; pero una vez integrado en un medio que al principio había sido hostil, la intuición animal, posiblemente los cromosomas nómadas que forman parte de mis genes, me fueron dando soluciones a los problemas que se presentaban.

Sin saber cómo había sucedido, mis ojos aprendieron a mirar el conjunto, sin detenerse en un punto concreto hasta el momento que un leve movimiento, un sonido, una reflexión de luz, los atraía disparando todas las alertas: Por primera vez en mi vida, los árboles no ocultaban el bosque.

Mi manera de marchar también había cambiado; en lugar de los pasos torpes del primer día en la selva, que me hacían tropezar a cada momento, ahora me desplazaba con un movimiento sincopado, una sucesión de saltos a un ritmo intermedio entre la marcha atlética y el paseo, que me permitían avanzar mucho más terreno con un menor esfuerzo. Del mismo modo, mi apreciación del entorno también iba cambiando con el paso de los días; si al principio hacía una diferenciación entre mi cuerpo y el paisaje, de

manera gradual me fui sintiendo integrado en el escenario natural que, si al inicio de la caminata me rodeaba con su grandeza, asfixiándome, ahora me acogía como una pieza más de su impresionante decorado.

Durante la quinta jornada de marcha, un poco después del medio día, sucedió; iba tan absorto en mis reflexiones que casi paso de largo sin darme cuenta: Tras un enredo de lianas, raíces y matorrales se adivinaba un hueco abierto en la montaña por manos humanas. Dejé a un lado mi mochila y, empuñando el machete me puse a la tarea de abrir un hueco por donde pudiese pasar con cierta holgura.

Cuando pude despejar un poco la mucha broza que prácticamente taponaba la entrada, una sonrisa me iluminó el rostro porque allí estaba el otro extremo de la galería con la que había soñado en casa de Chana. Como ya no faltaba mucho para la puesta de sol, que en los trópicos es verdaderamente rápida, decidí apaciguar un poco mi ansiedad y monté el campamento para descansar hasta la mañana siguiente en la que intentaría franquear el túnel para llegar, si no me había equivocado, a la primera de las ciudades satélites que, según la leyenda, circundaban la mítica ciudad de Ma-Noah, a la tercera fortaleza: la ciudad de Akahim.

Estaba tan nervioso al despertar aquel día que, cuando el sol comenzó a dotar de contorno a los árboles, ya tenía preparada la mochila y estaba dispuesto para iniciar la marcha. Me acerqué a la boca del túnel con mucha precaución, desbrozando la entrada con ayuda del machete; a pesar de todo el trabajo que había realizado la tarde anterior, aún tuve que luchar contra la maraña de ramas y raíces durante más de una hora para abrir un hueco que me permitiera pasar. Después de una enconada pelea contra la vegetación que parecía surgir en todas las direcciones al mismo tiempo, pude poner el pie en el interior del túnel. Encendí la linterna y observé con cuidado cuanto me rodeaba.

Todavía puedo ver ante mí el largo pasadizo ascendente que se perdía en las entrañas de la cordillera; aunque se podía suponer que no había sido utilizado en mucho tiempo, extrañamente, se mantenía limpio de raíces y matojos como si fuese un lugar muy transitado.

El suelo estaba formado por piedras lisas, parecidas a las que pueden verse en las orillas de los ríos, incrustadas directamente en la tierra y, por alguna razón que desconocía en ese momento, ninguna hierba había crecido en sus juntas; las paredes y el techo todavía conservaban visibles las marcas de las herramientas utilizadas en su construcción.

Cautelosamente comencé a subir por aquel amplio pasadizo que me permitía caminar erguido; al cabo de un par de horas comenzó a faltarme el aire debido al esfuerzo que estaba realizando, y decidí sentarme un rato para descansar ya que mi cuerpo no estaba acostumbrado a un ejercicio tan exigente. Me había costado tanto trabajo llegar hasta ese punto que, casi sin darme cuenta, me liberé de la mochila, apoyé la espalda en uno de los muros y me quedé dormido profundamente.

Un ruido tenue, como de pies arrastrando por el suelo, me despertó sobresaltado. Incorporándome de un salto miré hacia la parte superior del túnel y mi mano quedó, como suspendida en el aire, a escasos centímetros del machete que buscaba: Por el pasadizo se acercaba un hombre de porte venerable, casi un anciano, vestido con una túnica de blancura inmaculada en la que se destacaba el brillo verde de un medallón engarzado en un viejo clavo de forja.

El anciano se quedó inmóvil frente a mí con una sonrisa benévola iluminándole el semblante. Oí en mi interior una voz dulce que me instaba a caminar detrás de él y, sin mediar palabra, le seguí abandonando tras de mí la mochila y el machete. Durante algunos minutos ascendimos por el túnel, con el anciano abriendo la marcha hasta que, al doblar un recodo, la luz del sol me golpeó en los ojos con violencia; el panorama que se divisaba desde la salida del corredor era verdaderamente increíble.

En el fondo de un valle completamente rodeado por montañas cubiertas de una lujuriante vegetación que mostraba todas las tonalidades conocidas del verde, y las que aún faltaban por inventar, podía verse una ciudad cuyos edificios estaban labrados totalmente en piedra cuidadosamente trabajada.

Dos anchas avenidas dispuestas en forma de cruz, en cuya intersección podía observarse una empinada pirámide de grandes dimensiones, dividían la ciudad en cuatro sectores simétricamen-

te iguales en los que las casas parecían haber sido organizada con extremo cuidado; cerca de las edificaciones externas podía verse un hermoso lago de aguas increíblemente transparentes a través de las que se podía ver sin ninguna dificultad los objetos y las piedras que reposaban en el fondo.

El conjunto de la ciudad, estaba rodeado por unas murallas de piedra primorosamente labrada, ajustada de tal manera que por sus uniones no cabía ni la hoja del cuchillo más afilado y cuyos pilares estaban reforzados por imponentes aros de bronce fundido. En aquellos muros colosales, impresionantes ante mis humildes ojos, podían verse, además de la entrada principal a la villa, doce puertas de acceso de las que nacían trece sendas perfectamente trazadas que terminaban, a media ladera de la sierra, en otros tantos accesos a los túneles que se perdían en el interior de los cerros.

En cada una de las cuatro esquinas de la imponente ciudad se podía observar grandes obeliscos, hechos de una pieza cada uno, trabajados en enormes piedras primorosamente pulidas. Estos monolitos pétreos daban la impresión de estar destinados a ser los eternos guardianes de la ciudad.

El personaje que me acompañaba se presentó articular ni una sola palabra aunque su voz sonaba en mi interior como si me hablas desde el fondo de mi conciencia. Su nombre era, al igual que el mío, Salubha, y era uno de los Grandes Maestros Errantes de los Pueblos Libres de la antigüedad; había sido enviado desde el lugar en el que el sol se funde con los sueños, para facilitar mi tarea.

Tuve la impresión de que aquel hombre sabía perfectamente quién era yo, conocía cada uno de los pasos que había dado en mi vida o podía dar a partir de ese momento, porque en realidad lo sentía como parte de mí mismo, de mi sangre.

Aunque estaba perdido en mis pensamientos, una centésima de nada más tarde, oí en mi interior su voz diciéndome que me conocía. Yo era Salubha, el Patriarca sin pueblo conocido ni patria, aquel que andaba buscando un ritual escondido tras los hermosos versos de “El Cantar de los Cantares”.

Sentí que aquel anciano tenía algo verdaderamente impor-

tante que decirme y puse mis cinco sentidos en alerta máxima para poder escuchar respetuosamente.

La verdad es que hoy en día aún no sé cómo me hizo entender sin palabras la enorme cantidad de información que me transmitió en un tiempo sin medida. Todas las profecías Mayas, las que guardaron celosamente durante generaciones los integrantes de aquella raza que sucumbió antes de la llegada de los conquistadores españoles, aquellas que dibujaban sin errores el advenimiento de una catástrofe que, si los hombres no evitaban aprendiendo a convivir pacíficamente sin diferencias de razas y creencias, acabaría con toda la raza humana¹¹⁷.

También supo trasvasar a mi torpe cerebro las predicciones de un hombre santo, al que se conocía como San Nilo, en las que, con años de antelación había sido capaz de ver con cientos de años de adelanto, cómo llegaría a ser la raza humana a mediados

66 Los indios Mayas nos dejaron escritas en la piedra siete profecías en las que se combinan la esperanza con la amenaza. La situación de nuestro mundo actual, entre guerras, desigualdad social, hambrunas, catástrofes naturales y falta de respeto por la vida humana, nos dice bien a las claras que hace falta un cambio total en nuestras costumbres si queremos sobrevivir como raza. Por alguna razón, los mayas sabían de este futuro que estamos viviendo y lo dejaron reseñado. PRIMERA PROFECIA: Se refiere al final del miedo, que a partir de la fecha de su civilización desde el 4 Ahau 8 Cumku es decir desde el año 3113 AC, 5.125 en el futuro, es decir el sábado 22 de diciembre del año 2012. El libro sagrado Chilam Balam, dice: «En el trece Ahau al final del último katum, el itzá será arrollado y rodará Tanka, habrá un tiempo en el estarán sumidos en la oscuridad y luego vendrán trayendo la señal futura los hombres del sol; despertará la tierra por el norte y por el poniente, el itzá despertará». Para este día la humanidad deberá escoger entre desaparecer y evolucionar hacia la armonía con el Universo. SEGUNDA PROFECIA: Anuncia que la humanidad cambiaría rápidamente a partir del eclipse de sol del 11 de agosto de 1999. A partir de esta fecha, mientras muchas personas nos esforzamos en difundir palabras de paz y de concordia, otros radicalizan sus posturas hasta convertirlas en violentas. TERCERA PROFECIA: Predice un aumento de la temperatura global en todo el planeta, que producirá fuertes vientos y huracanes, además de incendios generalizados, al tiempo que se extenderán las sequías agravando el problema del hambre en todo el planeta y facilitando las plagas de insectos y enfermedades. CUARTA PROFECIA: Predice que el aumento de temperatura provocará la disolución de hielo en los polos. Basaron sus cálculos en que cada 1.872.000 kines (5.125 años) se producen alteraciones. QUINTA PROFECIA: Predice que todos los sistemas fallarán para enfrentar al hombre consigo mismo y hacerle ver la necesidad de replantar la sociedad. SEXTA PROFECIA: Predice que pronto aparecerá un cometa que pondrá en peligro la existencia misma del hombre. SEPTIMA PROFECIA: Predice que los 13 años que van desde 1999 al 2012 la luz emitida desde el centro del Universo armonizará a todos los seres vivos y les permitirá acceder de manera voluntaria a una transformación espiritual.

del siglo veinte, sin equivocarse demasiado¹¹⁸. También pudo ponerme al corriente de que faltaba una sola calavera de cristal, de las trece que tenían verdaderos poderes, para congregarnos todas y, en el momento que se reunieran, la humanidad tendría abierto el acceso a la Sabiduría y al Conocimiento, si demostraban con su comportamiento hacerse merecedores de esa enorme bendición que podía cambiar el destino de la raza humana.

Creí que aquella noticia era maravillosa y pensé que por fin todo el mundo viviría en paz y las guerras serían desterradas de nuestras sociedades; pero mi alegría duró muy poco porque pude

67 PROFECIA DE SAN NILO: Después del 1900, hacia mediados del siglo 20, las personas de ese tiempo se volverán irreconocibles. Cuando el tiempo del advenimiento del Anticristo se acerca, las mentes de las personas crecerán en confusión por las pasiones carnales, y el deshonor y la injusticia se volverán más fuertes. Entonces el mundo será irreconocible. La apariencia de las personas cambiará, y será imposible distinguir a los hombres de las mujeres debido a su inmodestia en el vestido y estilo de pelo. Estas personas serán crueles y serán como los animales salvajes debido a las tentaciones del Anticristo. No habrá respeto por padres ni superiores, el amor desaparecerá, y los pastores cristianos, obispos, y sacerdotes se volverán hombres vanos, fallando completamente en distinguir el camino recto del errado. En ese momento, las morales y tradiciones de los cristianos y de la Iglesia cambiarán. Las personas abandonarán la modestia, y la dispersión reinará. La falsedad y la codicia alcanzarán grandes proporciones, y desgracias vendrán a aquéllos que amontonen tesoros. Lujuria, adulterio, homosexualidad, hechos secretos y asesinatos gobernarán en la sociedad. En ese momento del futuro, debido al poder de tan grandes crímenes y libertinaje, se privarán las personas de la gracia del Espíritu Santo que recibieron en el Santo Bautismo e igualmente el remordimiento.

Las Iglesias de Dios serán privadas del temor de Dios y de pastores piadosos, y la desgracia vendrá a los cristianos que permanezcan en el mundo en ese momento; ellos perderán su fe completamente porque les faltará la oportunidad de ver la luz del conocimiento en ninguna persona. Entonces se separarán del mundo e irán a santos refugios buscando aliviar sus sufrimientos espirituales, pero por todas partes encontrarán obstáculos y constreñimiento. Y todo esto resultará del hecho de que el Anticristo quiere ser Señor de todo y convertirse en gobernante del universo entero. Producirá milagros y señales fantásticas. Dará también sabiduría depravada a un infeliz para que descubra una manera de que el hombre pueda mantener una conversación con alguien de un extremo de la tierra al otro. En aquel tiempo, los hombres también volarán a través del aire como los pájaros y descenderán al fondo del mar como los peces. Y cuando hayan logrado todo eso, estas personas infelices gastarán sus vidas en medio del confort sin saber, pobres almas, que esto es un engaño del Anticristo. ¡Y, el impío! así completará la ciencia con la vanidad que se saldrá del camino correcto y guiará a las personas a perder la fe en la existencia de Dios en tres hipóstasis. Entonces el bondadoso Dios verá la caída de la raza humana y acortará los días por causa de esos pocos que serán salvados, porque el enemigo quiere incluso llevar al escogido a la tentación, si eso es posible... entonces la espada del castigo aparecerá de repente y matará a los pervertidores y a sus sirvientes.

oír que sería maravilloso... en el caso de que fueran reunidas por personas deseosas de hacer el bien. El problema residía en que eran personas nefastas las estaban tratando de congregarlas.

En principio no quería creerlo, aquello no podía ser cierto; sin embargo la voz que sonaba en mi interior me convenció de lo contrario diciéndome, además, que estaba a punto de conocer lo que andaba buscando, sin duda; pero que debía aprender algunas cosas que harían cambiar radicalmente mi forma de ver la existencia.

De alguna manera supe que estaba esperando mi beneplácito y puse toda mi energía en aceptar de buen grado cuanto llegase. Justo en el momento en que mi conformidad fue un sentimiento claro en mi alma, noté cómo mi espíritu se abría. Cerré los ojos y me sentí transportado a través del tiempo, del espacio, hacia lugares que el ser humano no había pisado jamás. Cuando pude reunir valor suficiente para mirar, me encontré en una sala oscura de cuyo centro partía una escalera de caracol que se perdía en las profundidades de la nada. Una voz sobrehumana estremeció los muros de la estancia:

“¡El que conozca la Sabiduría se vestirá con ropas blancas y no borraré su nombre del Libro de la Vida! ¡Nunca olvides, Salubha, que los rituales no son necesarios para quien tiene fe, pero lo son para los seres humanos! ¡Mira a tu alrededor y conoce ahora el secreto del ritual para la carne!”

Aún se escuchaban los ecos de aquella voz tranquilizadora, y al tiempo terrible, cuando la sala se iluminó apareciendo ante mi vista numerosas puertas adosadas a los muros. Empujado por una fuerza misteriosa, abrí la primera puerta y pude ver un atril sobre el que descansaba un pergamino escrito con letras que parecían hechas con piedras preciosas.

Lo leí pausadamente y, poco a poco, fui comprendiendo lo que “El cantar de los Cantares” quería decir en realidad. Fui abriendo algunas puertas dándome cuenta, al final, dónde me encontraba: Aquella sala estaba en el centro de mi propio ser, era mi memoria, mi conciencia, mi alma, la memoria de mi pueblo. Justo en el momento en que llegué a esa conclusión, comprendí que nadie tenía nada que aprender, que todos sabíamos todo y que, lo único necesario para llegar a la Sabiduría, era aprender a

recordar humildemente sin soberbia, prejuicios ni miedo.

No necesité abrir más puertas; saber todo lo que necesitaba, llegar al Conocimiento era sólo cuestión de fe y de tiempo.

En el momento que mi cuerpo se veía arrastrado por la escalera de caracol hacia las profundidades más oscuras de mi ser, me di cuenta de que iba en dirección a un abismo; pero antes de llegar a lo más bajo, en medio de la nada, apareció, surgida de ninguna parte, una llanura al lado de un riachuelo. En una de las orillas se podía ver un pequeño cobertizo con una hoguera ardiendo dentro; al lado de la construcción había una mujer sonriente que me llamaba. Me acerqué a ella y, sin mediar palabra, la mujer besó mis labios y comenzó a celebrar, conmigo como discípulo, el ritual de iniciación que se escondía entre los versos de “El Cantar de los Cantares”.

Aún hoy se estremece mi espíritu al recordar la enorme cantidad de sensaciones que llenaron mi alma en aquel bendito día. Bajé a la morada de quien manda en el Lado Oscuro, subí a los aposentos en los que viven los dioses menores y conocí la insupportable insustancialidad del ser humano.

En un corto espacio de mi vida aprendí lo que, a otras personas, les lleva años de estudios, sacrificios y dedicación; me sentí privilegiado, a pesar de que tuve que enfrentarme con mis más odiosos fantasmas, y supe que, a partir de ese punto, mi vida sería radicalmente diferente a la del resto de los humanos.

La ceremonia de iniciación que debía aprender para quienes son todavía esclavos de la carne, apareció ante mis ojos con una simbología hermosa; pero en el fondo no era sino una sucesión de gestos para sustentar unas ideas que no eran difíciles de entender si se las observaba con el espíritu abierto, libre.

Una vez que terminó el rito, con la piel todavía temblando a causa de la emoción, seguí descendiendo por la escalera de caracol. “El infierno se encuentra en el interior de uno mismo — pensé—, dentro de cada cual”.

Al abrir los ojos me encontré enfrentado a mis recuerdos más dolorosos, a mis fracasos, a mis debilidades, a mi orgullo, a mi soberbia. Desafiándome descaradamente, cientos, miles de

Salubha iguales a mí; yo mismo multiplicado por millones, me contemplaban en medio de un silencio retador. Allí estaba el Salubha cobarde, el borracho, el asesino legal vestido de uniforme, el burlador, el irresponsable, el autócrata, el renegado; el Salubha joven que engañaba a las mujeres compartía espacio junto al Salubha espiritual justo al lado del que perdonó la vida a un enemigo, al lado del que hacía el bien de vez en cuando, al que era todo amor, al que soñaba con vivir en paz.

Allí estaban todos mis “alter-egos”, todos los personajes que había sido y todos los que podía llegar a ser en un futuro más o menos cercano. Era todos ellos y no era ninguno en particular. Era santo y diablo, era bueno y malo, simpático y odioso, humilde y soberbio; quizás fue entonces cuando llegué a entender que la espiritualidad no consistía sino en dominar todas las inclinaciones infaustas que surgen de uno mismo para dejar salir sólo lo bueno que anida en nuestro interior, que vivir aceptando las costumbres de la sociedad en la que había nacido, ser políticamente correcto, implicaba adquirir, adoptar los vicios que la manchaban.

Una sonrisa me adornaba el rostro cuando abrí los ojos y me di cuenta que estaba de nuevo en la ciudad de Akahim acompañado por el Viejo Maestro Salubha. El anciano me instó a que le siguiera; tras franquear una puerta y recorrer un pasadizo, me hallé en una especie de paraíso en cuyo centro, podía verse un templete bajo cuya bóveda se apreciaba un círculo de cráneos de cristal como protegiendo a uno, casi perfecto, colocado sobre el pedestal que ocupaba el centro geométrico de la construcción.

La hermosa luminosidad de la atmósfera se fue oscureciendo paulatinamente hasta que las sombras me rodearon por completo. Sentí un leve contacto en el hombro, abrí los ojos y me di cuenta de que estaba de nuevo en el túnel al lado del anciano. La voz de aquel ser me inundó el alma poniendo bálsamo en todas mis angustias.

Me dijo que ya había descubierto lo que tanto deseaba aprender. A partir de ese momento podía elegir entre dos opciones bien distintas: o le contaba a todos lo que había visto para que se burlasen abiertamente de mí, o volvía a la sociedad y trataba de escribir mi leyenda personal sin obligar a nadie a que tuviera las

mismas creencias que yo; pero, sin importar la decisión que tomara, me esperaba una última prueba, la más difícil de todas, la que pondría al límite mi fe y mis convicciones.

Me preguntó si sería capaz de superarla; pero después de lo que acababa de vivir, no temía a nada que viniera de este mundo ni de cualquier otro de los que existían. Estaba preparado para afrontar lo que me llegase.

Me miró al fondo de los ojos y me previno para que estuviese preparado ya que iba a vivir un segmento de vida que sería una verdadera pesadilla antes de alcanzar finalmente el sosiego.

Debía tener presente, ante todo, que aprendemos cosas a lo largo de toda nuestra vida para que, cuando llegue un problema, tengamos la solución a nuestro alcance.

Antes de que terminara por desvanecerse su imagen, oí su voz en mi alma: “Vete en paz”. Hasta ese momento no había sentido jamás que un deseo dicho por alguien se hiciera realidad; pero en cuento entendí las palabras que me invadían, una emoción cercana a la paz total llenó cada uno de los espacios de mi cuerpo.

Cuando tomé consciencia de dónde me encontraba, pensé que todo había sido un hermoso sueño; pero el extraño medallón que colgaba de mi cuello, me convenció de todo lo contrario.

Salía del túnel con la mochila al hombro y el machete en la mano cuando fui sorprendido por la calima, aquella especie de bruma pegajosa, cálida, que me impedía ver a dos metros de los pies, al tiempo que ponía sordina a los sonidos de la selva.

Mi cuerpo, sin rastro de fatiga parecía recién estrenado. Iba tan distraído con mis pensamientos, tan feliz con lo que acababa de vivir, que los vi demasiado tarde: Ante mí, perfectamente distribuidos en semicírculo, pude observar cómo una docena de indios, pintados de blanco, me amenazaban con sus cerbatanas y sus lanzas.

Sin darme tiempo a nada, me encontré amarrado firmemente con unas cuerdas hechas a base de fibras vegetales y me vi empujado de nuevo hacia la entrada del túnel por el que acababa de salir.

Atónito por aquellos hechos que se sucedían a gran velocidad, atiné a pensar que el Viejo Salubha me sacaría de aquel

embrollo; pero, a pesar de recorrer de nuevo el túnel por completo, el anciano no dio señal alguna de vida.

Cuando salimos del pasadizo, ya no brillaba el sol ni la resplandeciente ciudad de Akahim adornaba el paisaje agreste de la selva; a mis pies, la devastada y fría desolación de una ciudad en ruinas, tristemente presidida por los restos de lo que había sido una pirámide monumental, era el único paisaje que mis ojos, enraizados de lágrimas tristes, podían contemplar.

Apresurado por los indios descendí, casi a la carrera, la senda que se dirigía a lo que debía haber sido Akahim hasta que entramos por los restos de lo que fue en otros tiempos una avenida espaciosa. Al llegar a los escombros de una edificación, me empujaron hacia una entrada que parecía dar acceso a un nuevo paso subterráneo; me entregaron una antorcha encendida y, con las puntas de sus lanzas me obligaron a entrar por el angosto pasillo.

Aún puedo recordar que, cuando iba llegando al final de aquel pasillo por el que me habían empujado los indios, sentía cómo el miedo se iba adueñando progresivamente de todo mi ser y, sin embargo, en algún lugar de mi alma atribulada aún guardaba suficiente confianza en que saldría con bien de aquel lance.

La sorpresa se debió pintar en mi rostro cuando, al salir del túnel, me encontré en lo que parecía ser una ciudad subterránea cuyas paredes forradas de un material similar al acero inoxidable surgían de un suelo metálicamente helado; pero llegué al desconcierto total, al límite de la más genuina sorpresa, al ver como unos soldados de rostro amenazador, embutidos en el odiado uniforme negro con bordados plateados e insignias de plomo que identificaban a los integrantes de las SS, me apuntaban al pecho con unos fusiles ametralladores pasados de moda.

Ya es hora de ir a descansar, cada día aguanto menos tiempo despierto; parece como si estuviesen acostumbrando mi cuerpo para enfrentar la inmovilidad total que le espera dentro de poco, cuando se una de una vez para siempre a la tierra.

Ahora, tumbado en el chinchorro, pienso que aquel día, frente a la presencia anacrónica de los soldados hitlerianos, supe que a lo largo de toda mi existencia me habían estado preparando

para sobrevivir a la situación límite a la que me estaba enfrentando en esos momentos; entonces entendí por qué razón había resistido todos los embates de una vida azarosa y por qué siempre había salido con bien, como si Algo velase por mí, cada vez que me había visto envuelto en situaciones extrañamente peligrosas.

* * *

(Reino de Castilla, año de Gracia de 1618)

... y ya no podía seguir cargando más tiempo con la indecisión que anidaba en los rincones más ocultos de mi propio ser. Contra toda lógica, debía elegir entre mi vida y la de mi tribu, entre mi felicidad personal y la supervivencia de mi pueblo; después de tantos años de tener la total seguridad de saber quién era, hacia dónde iba y las razones de mi existencia, me encontraba ante la evidencia de que, todo aquello en lo que había creído, tenía visos de ser tan falso como lo que en principio había rechazado por increíble.

¡Qué lejos quedan de esta estancia los consejos del Patriarca que me educó pacientemente en la vieja Ley de nuestros ancestros! Las dudas que desgarran dolorosamente mi entendimiento se enfrentan burlonas contra el raciocinio y la convicción, poniendo en tela de juicio cualquiera de las opciones ya elegidas, contrariando todas las teorías aceptadas por los filósofos que durante tanto tiempo he admirado. Pero si me duele la indecisión espiritual, el malestar corporal se hace evidente cuando comienzo a sentir cómo la sangre alborotada me late en las sienes con un ritmo hipnótico, como si un atabal violento tratase de expulsar mi corazón de la jaula carnal en la que se encuentra encerrado, para que evite la única certeza que tengo en este momento: la de la duda total.

De nada son útiles aquí las consejas de los Ancianos, que han puesto lo mejor de su voluntad, durante generaciones, en solucionar de antemano los problemas que pueden presentarse, para facilitar la actuación de los Patriarcas, queriendo hacer del liderazgo una ciencia exacta, aún a sabiendas de que los Patriarcas nos encontramos todos los días con situaciones que nunca antes han sido previstas.

Posiblemente, aquel que llamaron Abraham, tuvo las mismas incertidumbres que las que tengo en estos momentos pero, según afirman todos los ancianos, Abraham era poseedor de una fe tan enorme que llegó a ser amigo personal del mismo dios de los hebreos; quizás por esa razón nunca se encontró ante una duda tan desgarrada como la que yo tengo en estos instantes cruciales de mi existencia.

Pienso que el hecho de pertenecer a un pueblo carente de patria, no me facilita en absoluto una reflexión lógica a la manera del resto de los mortales; ser Patriarca de una raza en la que se niega la autoridad, por principio, no es la mejor de las garantías con las que puede contar un adalid si desea llevar por buen camino a una grey que se considera independiente, libre de aceptar los dictámenes de quienes consienten como sus guías naturales.

Este pensamiento tiene la dudosa virtud de hacerme sentir totalmente solo, indefenso y frágil como un huevo en mitad del camino, a pesar de que el conocimiento adquirido durante muchos años trata de sosegar me convenciéndome de que, en cualquier lugar del Universo, algún Maestro presiente lo que está sucediendo en mi corazón, y trata de ponerse en oración para ayudarme; pero el nombre que me impusieron, el mítico Salubha, parece impulsarme a ser como el mitológico animal, la salamandra, que nada teme y que, soportando el fuego, supera todos los obstáculos que se interponen en su camino.

Mientras recorro inquieto el interior de la que hasta este momento ha sido mi morada, trato de hallar alguna estrategia que, aunque no pueda arrancarme por completo de la brutal tiranía de mis dudas, al menos me brinde un poco de soportable tranquilidad. Pienso que el sabio Salomón tenía toda la razón cuando dijo que el mucho aprender es fatiga para el ser humano. Desde algún punto ignorado de mi recuerdo llegan las palabras que me han destinado a ser como soy: La soledad es tu mejor aliada, Patriarca, porque te ayuda a conocerte a ti mismo y, de este modo, puedes ayudar a los demás.

Las violentas arcadas, que convierten mi piel en un débil cuero granuloso al tiempo que retuercen mis entrañas, me traen a la memoria que, a pesar de todos mis intentos por alcanzar la sabidu-

ría en este mundo, todavía sigo perteneciendo al común de la humanidad, que soy insoportablemente denso y que aún no me encuentro capaz de dominar por completo mis impulsos carnales.

Sojuzgando a duras penas la desorientación que me hace confundir los perfiles de los muebles, me dirijo hacia el atril de madera, separo al azar uno de los libros del montón y comienzo a leer a la luz del candil comparando mentalmente las instrucciones que aparecen escritas, con mis últimas actuaciones personales.

Desde siempre he reflexionado en silencio la responsabilidad que echaba sobre mis hombros al aceptar la tarea de ser guía de mi pueblo sabiendo que, si fallaba en la misión, el Universo sería demasiado pequeño para esconder mi culpa y la eternidad exageradamente corta para responder por ello. Soy lo suficientemente sensato para saber que la carga que he aceptado sobre las espaldas es tan grande que, muchos que han sido antes que yo, han sentido cómo les temblaban las piernas bajo ella ya que significa la gloria eterna, o la condena y la vergüenza.

En todo momento, desde que acepté libremente mi tarea, he seguido el camino de la Búsqueda, traté de conocer primero la Sabiduría y la Disciplina para discernir bien los hechos y escudriñé todo aquello que podía estar escrito para tener entendimiento, para poder dominar ese gran Conocimiento que da la perspicacia, el que permite administrar el juicio y la rectitud, el que da la capacidad de enseñar a los más jóvenes. He escuchado siempre los dichos de bocas intemporales y, en ningún momento se me ha ocurrido abandonar las costumbres de mis ancestros, ni la Ley de aquellos que sirven al Padre; me han enseñado que éso es como una corona sobre mi cabeza y un collar de oro sobre mi alma.

Nunca he retenido los bienes de aquellos a quienes se les debe, ni he utilizado la forma más cobarde de negar que es la de aplazar para otro día cuando está en mi mano el hacerlo, ni he iniciado peleas con nadie que no me haya causado daño, ni he envidiado a los Patriarcas y a los Príncipes de la violencia, porque sé que si llego a ser sabio a los ojos de los demás, poseeré honra y Autoridad.

Sé que estoy dedicado a esta Tarea desde antes de nacer y que desde el vientre de mi madre fui apartado para servir a los demás. Es un deber colosal porque me ha convertido en un hacedor de puentes,

en un pontífice elegido, en el encargado de tender la única comunicación posible entre el mundo denso y el espiritual, entre el universo hermético de mi pueblo y el de la sociedad en la que vivimos.

Por esta razón trato de hablar en todo momento con moderación, no sin haberme dado suficiente tiempo para reflexionar, porque soy perfectamente consciente de que sólo de la boca de la persona impulsiva e irreflexiva sale lo que envenena al ser humano.

Después de muchos fracasos he aprendido a no entrar en contienda con burladores ni he querido invocar maldiciones sobre cabeza de hombre o de animal, porque sé que la palabra es un arma letal, una espada de doble filo que nunca vuelve de vacío a quien la pronuncia. Desde siempre me he reconocido como un instrumento del Padre y jamás utilizo el Conocimiento en mi beneficio, ni ejerzo la adivinación.

Cuando me veo obligado a presidir el Consejo, mis palabras siempre son decisivas, como depositario de la Autoridad, y utilizo la paciencia como medio de enseñanza; no olvido que un pueblo como el mío, si hubiera adivinado en mis intenciones una pizca de orgullo o de soberbia, nunca hubiera aceptado mis opiniones.

A diferencia de los miembros de la sociedad gadje que se autodenominan varones de dios, apoyados en supuestas decisiones divinas, soy ante todo un guía sin otro aval que el acierto de mis decisiones.

Todos saben que los Patriarcas, y yo lo soy, no pertenecemos a una religión ni a una iglesia, que no tenemos más jerarquía que la del Padre sobre nuestra cabeza, y debemos hacernos merecedores del respeto si queremos ser los verdaderos guías ya que, el hecho de ser reconocidos como Patriarcas, no trae aparejada la obediencia total del pueblo que nos sigue de manera voluntaria.

Bebo siempre que debo hacerlo, como cuando creo que es el momento y, nunca cometo excesos ni en la comida ni en el ayuno. Me han enseñado que el estómago lleno en demasía lleva a la pereza, al sueño a deshora, y respeto escrupulosamente estos límites. No me gusta caminar junto a otras tribus y, sin embargo, nunca las abandono a su suerte. Trato de vivir entre los míos procurando encaminarlos por la senda de la rectitud, y algunas veces acepto invitaciones de los nobles; pero a la hora de la comida prefiero la mesa de los pobres

y, en el momento de escoger un techo para descansar, elijo el más humilde, si el clima me impide dormir al aire libre.

Evito enfrascarme en vanas discusiones, huyo de las contiendas por el poder temporal de los hombres porque pienso que los asuntos que merecen mi atención no se miden por tiempo, ni trato de ponerme en el lugar de otros. Ayudo a los demás sin que lo sepan y, cuando acepto regalos es para hacer felices a quienes me los hacen de buena fe, regocijándome en el corazón cuando provienen de manos humildes.

Tengo tentaciones y trato de superarlas sabiendo que éstas, si no se sucumbe ante ellas, nunca son trasgresiones sino retos; sé que lo que ahoga no es la caída al agua, sino el tiempo que se permanece bajo el agua. No tengo miedo a enfrentar nada, convencido como estoy que sólo los elegidos son probados como oro fino antes de ser reconocidos como sabios, y escucho los consejos de todas las bocas porque, a menudo, el Padre, escoge a los más ignorantes para que transmitan sus mensajes.

A la hora de pedir consejo, siempre he sabido a quién dirigirme, ya que busco ante todo la rectitud e imparcialidad de aquellos a quien consulto; cuando me preguntan por qué razón he elegido a mis consejeros, respondo con el ejemplo de aquel Patriarca que deseaba matar a otro por venganza y pidió consejo a un Maestro y a un Guerrero, recibiendo por respuesta, del primero, que no lo matase, y del segundo, que él mismo le ayudaría a matarlo; sólo uno que no tenía una opinión de prejuicio, le supo aconsejar bien.

Nunca deseo en mi corazón la belleza ajena para no ser atrapado por ella. ¿Acaso puede un ser humano recoger fuego entre sus manos sin quemarse? Sé que aquel que se atreve a caminar con la pareja de un semejante no puede quedar sin castigo porque la furia del ser humano son los celos y presiento que nadie es capaz de mostrar compasión el día de su venganza.

He seguido todos los preceptos de la Ley, nunca tengo ojos orgullosos, ni lengua falsa, ni tengo las manos manchadas de sangre inocente, ni jamás mi corazón ha preparado proyectos perjudiciales para otros, ni mis pies se han apresurado para correr detrás de la maldad, ni he permitido un brujo ni un testigo falso entre mi pueblo, ni jamás tengo por amigo a quien gusta de avivar las contiendas.

Aparto los ojos del texto y trato de concentrarme, de centrar mi pobre pensamiento, en todo lo que acabo de leer. Realmente sigo todos los preceptos de manera estricta tratando de convertir mi vida un ejemplo para otros Patriarcas porque, a diferencia de muchos, yo lo hago después de una larga reflexión, tras vencer muchas dudas, y por ello estoy convencido plenamente de que hago lo correcto.

De nuevo hojeo los textos escritos y mis ojos tropiezan con “El Cantar de los Cantares”, el ritual escondido que lleva al Conocimiento, a la Sabiduría ¡Parece tan sencillo!; sin embargo muy pocos conocen la verdadera liturgia del mismo. Ahí se encuentra la puerta de acceso al mundo espiritual y casi nadie es capaz de girar la llave en esta cerradura oculta.

Con una sensación muy cercana al abatimiento me alejo del atril, apago el mortecino candil y salgo al patio de la casa donde los pinos parecen tener hojas de plata por causa del palor helado de la luna. Un abrumador silencio, casi mineral, me envuelve con la frialdad que tiene el abrazo de un enemigo que firma la paz sólo cuando se ha reconocido inferior, y me doy cuenta de que las profecías más trágicas sobre mi futuro, aquellas que hicieron sufrir a mi madre a lo largo de toda su existencia están a punto de cumplirse. El hecho de ser Patriarca, y además ser el askoki¹¹⁹ de mi pueblo, cae sobre mis hombros con la violencia de lo sorpresivo a pesar de que ésto es evidente desde hace muchos años. Acabo de descubrir que ser el custodio de un secreto, que a fuerza de ser conocido nadie quiere reconocer, es una carga mayor de lo que puede soportar un ser humano.

Camino lentamente hacia el aljibe que se abre en el centro del patio como un pequeño mar de cristal, arrastrando en cada paso un inexplicable dolor venido desde la profundidad de los siglos. Me miro en el agua del pozo y la imagen que refleja me parece ajena, lejana, sorprendentemente abotargada. A pesar del esfuerzo que pongo en ello no termino de reconocer como míos los ojos enrojecidos por un llanto seco, sin lágrimas, que me hace doler la vida

¹¹⁹ El askoki es, entre las tribus primitivas pertenecientes a los rom, la persona que guarda en su memoria toda la historia del Pueblo.

justo del lado del corazón; lejos quedan los días plácidos en los que miraba las estrellas a través de las ramas de los árboles y me parecían frutos luminosos puestos allí para que yo, con un simple gesto del alma, pudiera alcanzarlos sin esfuerzo alguno.

Por un instante pienso escupir sobre la superficie de agua pulida que se atreve a duplicar mi rostro desangelado; pero me parece que éso sería un gesto tan inútil, tan teatral e inconcebible como golpearla con el puño y termino conviniendo conmigo mismo que, en soledad, no pueden tener cabida los ademanes grandilocuentes, que incluso los héroes, para que puedan recibir el reconocimiento en forma de fama, necesitan tener testigos presenciales de sus hazañas; sin embargo el fracaso, como es algo personal, íntimo, no precisa de más espectadores, salvo aquel que lo siente en lo más profundo de su alma, para hacerse evidente.

En otro tiempo, quizás cuando me sentía plenamente inmaduro, hubiera optado por una ración de olvido fabricado con uvas y miel para tratar de asesinar esas sensaciones que intentan adueñarse de mi ya precaria cordura; pero he buscado demasiadas veces la solución en los fondos de muchos jarros y sé, por dolorosa experiencia, que la panacea de las dudas nunca se encuentra allí.

Quiero creer fervientemente aunque no lo consiga que, desde algún punto del pasado milenario de mi raza, los ancestros se estarán revolviendo inquietos en sus tumbas al observar el dolor irracional del alma del pobre Patriarca que, en este momento puntual de la existencia, se sabe substancialmente solo entre el cielo y la tierra. Ni siquiera el convencimiento de que mi sangre, la misma que burbujea en las venas buscando paz o calor, proviene de hondas raíces, de retorcidas semillas milenarias que se pierden totalmente en el tiempo, pero nunca desaparecen de la memoria, logra centrarme en la realidad. Esta sensación de pertenencia a una estirpe más antigua que el tiempo, que siempre me ha impulsado a vivir, por primera vez se me antojaba demasiado ajena, dolorosamente neutra.

Dos suspiros más tarde, lacerantes como los dos clavos de aquel que llamaron Cristo, vergonzantes como todas las negaciones y traiciones de aquel que llamaban Simón Pedro, creo intuir en el

fondo de mi ser que he llegado a una confluencia en la que es necesario tomar una decisión definitiva para seguir adelante y que, en el fondo, no siento ningún interés especial en hacerlo.

Comprendo a duras penas que en alguna curva de la vida se me ha muerto el alma sin darme cuenta, y que habito un cuerpo desgastado por el estudio, que tan sólo busca abreviar su tránsito final hacia la tierra que lo está esperando, maternal, paciente e inevitablemente desde el día en que me parieron. Pero tampoco soy capaz de sentirme triste o abatido; en realidad me reconozco como un trozo neutro de corteza de alcornoque, con cerebro, que observa su propia vida desde fuera, como si nada tuviera que ver conmigo.

Admito de todos modos, con reservas, algunos hechos innegables: que en estos momentos de nada sirve la experiencia acumulada durante tantos años de aconsejar a quienes creían en mí, que una cosa es atreverse a procurar que los demás sigan el camino correcto y otra muy distinta encontrar el propio, que nada se puede prever y que si el futuro se conoce es para poderlo cambiar y no para seguirlo al pie de la letra porque, el porvenir, se forja, cambiante y original, al compás de cada latido del corazón; pero esta forma de buscar siempre explicaciones lógicas a pensamientos abstractos tampoco puede darme la tranquilidad que estoy buscando; la sensatez, nada sabe de sentimientos, así como tampoco las ciencias numerológicas son capaces de encontrar la belleza en una poesía visceral, completamente pura, si ésta carece de rima o de medida.

La soledad que tan arduamente he estado buscando a lo largo de casi toda mi existencia parece acosarme sañudamente; todavía más: me ataca en estos momentos sin un atisbo de piedad, acorralándome contra el rincón más oscuro de mis pensamientos haciendo inútil, además, cualquier ardid mental que pudiera servirme como defensa. La idea de estar siendo derrotado de manera feroz, el convencimiento irónico de encontrarme solo ante la soledad, quiere dibujarme un rictus en los labios que hubiera preferido ser sonrisa antes de algo parecido a una mueca de profundo asco, sin ningún objetivo en particular. Soy consciente, por primera vez en mi vida, de que estoy solo y este sentimiento, totalmente nuevo para mí, tuvo su comienzo aquella tarde aciaga en la que cambió por completo mi forma de ver las cosas, mi manera de apreciar que los

contornos de todos los objetos que me eran tan familiares tenían otra dimensión, otra luz que no era la habitual.

Aquella mujer había entrado en mi vida con los mismos andares que debió exhibir la reina de Saba cuando visitó al mago Salomón. En un poco más de lo que me duró la sorpresa, al verla, me había encontrado de frente con el peso del celibato. La sonrisa de aquella hembra era como la de Lilith, primera compañera de Adán, y la mirada que lanzaron aquellos ojos me desequilibró de tal manera que perdí el hilo del razonamiento que estaba exponiendo ante los comerciantes de la villa.

El día que la conocí pasé la noche buscando el consuelo, sin encontrarlo, entre los muchos textos escritos que poseo, porque hasta la oscilación de la llama del candil me recordaba el leve vaivén de las caderas femeninas. Si aquello era una prueba, era la más difícil que me había tocado superar a lo largo de los cuarenta años de mi vida. Desde el momento en que ella se hizo presente en mi existencia, estaba muriendo en vida, me sentía naufrago entre mis convicciones y mis recién estrenados sentimientos.

Antes de tocar fondo en mi dolor había tratado de racionalizar mis sensaciones para apreciar de manera justa el problema que estaba viviendo en primera persona; pero aceptaba de antemano cualquier solución, por muy irracional que fuese, antes que alejarme de la fuente misma de una complicación que tenía formas rotundas de mujer en su justa sazón.

Los primeros días, me había hecho el encontradizo con ella, limitándome a saludarla con un gentil gesto de la cabeza; pero luego no pude conformarme con aquellos breves contactos visuales y pasaba las noches en vela, soñando despierto con charlas tranquilas a la sombra del soto que solían terminar con besos suaves, dulces como el hidromiel. La tarde en que mis sueños se hicieron realidad, con la complicidad de una de las criadas que la servían, no sólo colmó mis esperanzas sino que las desbordó al saber que ella también me amaba.

Oculto a la vista de todos, gadjes y rom, creció entre nosotros un amor que iba más allá de lo racional. La necesidad mutua de vernos, de vivir juntos, llegó a ser tan fuerte que decidimos romper con nuestras respectivas tradiciones y planeamos seriamente

enfrentarnos, ella a la sociedad cristiana y yo a mi pueblo, para buscar casamiento; pero aquel amor que había nacido dulce, llevaba en su interior la amargura de lo maldito por los hombres.

Al recordar que la víspera del día pactado para hacer la petición de esponsales se había hecho pública la pragmática del rey Felipe, el tercero, se me arruga el corazón con la misma violencia de entonces.

La pragmática me obligaba, por el hecho de ser rom, o gitano como me decían los gadjes, a dejar la población en la que se había asentado mi tribu, me prohibía la venta y compra de ganado y, si no aceptaba aquellas condiciones, disponía de seis meses para salir del reino, bajo pena de muerte en caso de no ajustarme a las disposiciones decretadas por el rey.

Si yo hubiese sido un simple rom, no hubiera dudado ni un momento en afrontar aquella pragmática para quedarme con mi amada, aún a costa de mi vida si fuera preciso; pero soy Salubha, el Patriarca de mi pueblo, una tribu que es capaz de levantar más de ciento cincuenta varas¹²⁰, lo que me hace responsable directo de las vidas de quienes me siguen.

Tras muchas noches de insomnio, después de eternos días pasados en reuniones del Consejo, seguidas de amargas tardes de amor tiernamente desesperado, decidí que era mucho más importante mi propia responsabilidad ante la tribu que la felicidad personal. La tarde en que se lo dije a ella, creímos morir ambos. El dolor que embotaba nuestros sentidos llegó a ser más fuerte que la belleza del atardecer; pero nos consolamos pensando que todavía quedaban algunas semanas antes de que mi partida fuese un hecho.

Recordando aquellos momentos de placer sin esperanza, siento cómo se me van rompiendo dolorosamente los huesos que me sujetan el alma. Trato de hallar un apoyo en las estrellas pero Orión, el cazador, se esconde tras unas pocas nubes, como si estuviera amilanado de contemplar tanto dolor concentrado en un solo hombre.

Trato de buscar en mi recuerdo alguna imagen amable que pueda dulcificar este momento, y aprendo dos cosas; que los

¹²⁰ Cada hombre válido para el trabajo era contado por una vara en caso de agresión. En el texto se habla de 150 hombres.

recuerdos no pueblan la soledad sino que la hacen más profunda, y que la imagen de la mujer amada es, a veces, tan vívida que se apodera de todos los rincones de la memoria.

Al asir la vara y colgarme el zurrón para salir definitivamente al camino, echo una ojeada a la que hasta entonces ha sido mi casa. Nunca antes he sentido la necesidad imperiosa de hacerme sedentario, de quedarme en un lugar y renunciar al camino; pero en cada uno de los rincones de estas habitaciones puedo percibir la presencia evidente del recuerdo, la certeza de que aquí he encontrado, disfrutado y perdido el amor de mi vida.

Ni el ambiente inhóspito, frío, de la noche invernal logra sacarme de este trance doloroso. Siento el deseo de caminar sin rumbo, por el solo hecho de mover los pies, sin buscar metas ni destino. Dejando atrás el somero abrigo que me brindaron hasta el último momento los muros de la casa, salgo por las intrincadas callejas hasta que, con la población a mi espalda, enfrento el campo abierto.

A través del mismo cielo transparente que permite ver todas las estrellas, se descuelga una helada sideral que encoge los matojos secos del borde del camino.

Las huellas que las carretas de mi pueblo han dejado sobre el suelo húmedo se han convertido en surcos pétreos, momentáneamente solidificados por el hielo, que parecen puestos allí sólo para dificultar mi andadura.

Por un momento comparo mentalmente el paisaje ferozmente arbolado en el que viví durante algunos años en compañía de aquellos hombres de piel morena acostumbrados al calorazo húmedo de los sombríos bosques meridionales, con esta llanura agreste que se empeña en helarme los pasos. Pienso que, sin parecerse en absoluto, las dos tierras pueden definirse como iguales porque, aquellos bosques cálidos, son a veces tan heladores como el aljófara que se saca del cofre; sobre todo en esas noches donde los hombres violentos hacen relucir el filo de sus lanzas dejando, tras sus arabescos sangrientos, un silencio tan glacial como el que abandona tras de sí el viento del norte cuando pasa su filo gélido sobre los campos blancos de escarcha.

Del mismo modo, la feracidad de los extensos arbolados, que parecen no tener fin, cría hombres muy parecidos a los que alimen-

ta el silencio seco de la tierra, dura y salvaje, que me ha albergado hasta estos momentos: tanto unos como los otros luchan contra el terreno, sin tregua ni miedo, para arrancarle aquel puñado de comida que sea capaz de mantener una familia, unos y otros maldicen su suerte por haber nacido en un lugar que, a pesar de sus amargas quejas, aman sin reservas ni razón aparente.

Arrebujándome en la capa, miro al espacio como queriendo buscar un apoyo en el frío que comienza a dormirme las puntas de los dedos; la evidencia de que una luz insensible y colorida reina en la frontera de lo invisible, me da un poco de calor al esqueleto del alma. Un ave nocturna, ajena a mis tribulaciones traza una curva perfecta en el espacio, deslizándose quizás sobre el aire hecho hielo, para posarse en una rama desnuda de hojas, como si quisiera demostrarme que la vida seguirá a pesar de todo el dolor que arrastro en el pecho.

Tropiezo en una de las hendeduras heladas y lo primero que me viene a la mente es que quien tropieza y no cae avanza dos pasos; pero ni por un momento puedo apartar de mi mente el recuerdo de la mujer. Esta misma tarde nos hemos despedido con el convencimiento de que no volveremos a vernos jamás. Nuestros cuerpos ávidos se han entrelazado, por última vez, en un nudo de goce y silencio que incluso las aves han respetado.

Dolidos, vacíos, nos hemos dicho adiós sin lágrimas. Ella me ha regalado un mechón de su trenza para que lo lleve en un dije cerca del corazón, y yo le dejo unas ajorcas de oro finamente trabajado.

La luna llena está llegando a su cenit y me aparto del camino. Bajo la copa de un roble centenario dispongo unas velas de cera virgen y un cofre antiguo, herencia de mis antepasados, hecho con madera de sándalo primorosamente trabajado con incrustaciones de piedras preciosas, que saco del zurrón. Salmodiando un canto más antiguo que la luz del sol, escrito en un pergamino antiguo que parece llegado del tiempo en que los hombres no necesitaban de las palabras para comunicarse, enciendo los pabilos con ayuda de la yesca y el pedernal, anudo la trenza de cabello femenino a un medallón que tiene una piedra verde engarzada en un clavo de hierro, que según la tradición es de uno de los clavos en los que asesinaron al Cristo y, echándolo todo sobre la llama, conjuro a las fuer-

zas visibles e invisibles, para que me ayuden en este momento, leyendo las palabras, que según lo que contaban los más ancianos de mi pueblo habían sido escritas por Salomón mismo.

Un helado rayo de luna se abre paso por entre las hojas del árbol para dar de lleno sobre el medallón, cuando estoy pidiendo con toda la fe que puedo reunir que la existencia del Universo resuelva a su manera, en algún momento de la eternidad, la coyuntura que se me ha presentado. Elevo mis oraciones, parto pan, dispongo vino, y pongo este inmenso dolor interno, este problema, en manos de la voluntad del Padre, para que se ocupe de su solución.

De forma súbita, algo muy parecido a un trueno interior suena rompiendo el silencio de mi corazón, mientras que un cosquilleo desgarrador trepa arrodillado por mi sangre, de camino a una garganta seca, yerma de palabras. Esta inesperada vibración, que en un primer momento ha sido como un ligero temblor se convierte en un deseo animal, primigenio, de gritarle rabiosamente al mundo algo que pueda describir esta angustia que me patea dolorosamente el alma; pero mis cuerdas vocales, preñadas de silencio desde hace tanto tiempo, son incapaces de articular palabras: sólo un alarido visceral con nombre de mujer, llegado desde las épocas más remotas de la humanidad, transmitido de alma en alma, de duda en duda, de dolor en dolor, de miedo en miedo, quiebra la noche como si fuese un vidrio frágil para ir a colgarse de una de las estrellas del cinturón de Orión, en la que los viejos Patriarcas desencarnados enjugan con disimulo una lágrima por este alma solitaria que acaba de doblar la esquina más difícil de su existencia.

El silencio nacido después del grito, que compite en solidez, en corporeidad, con el frío ambiental, ya no habla de soledad sino de la falsa calma que precede a una batalla.

La llanura helada se arruga sobre sí misma, como si estuviese dolida ante esta primitiva expresión que encierra todos los sentimientos que caben entre el amor y el odio y, ajena por completo al concepto de raza u origen, acepta agradecida mis lágrimas intemporales, las de un hombre que, aún conociendo la historia de su pueblo y su familia, nada sabe de nación propia, ni puede sentir qué es una patria, porque he nacido bajo la marca maldita que el dios

de los judíos puso a Caín condenándole a vivir errante sin nada suyo bajo los pies.

Durante un tiempo casi sin límites, sin ningún punto cardinal visible, lloro sin trabas mi amargura y la de todo un pueblo, mi propio desasosiego y el de toda una raza. Sin espasmos, insensible al frío, dejo que el dolor convertido en agua salobre me abandone sin sollozos, me arrodillo sobre la misma tierra que nunca quise adoptar como mía, para depositar un beso de respeto, de reconocimiento o de despedida, permitiendo que mi cuerpo se haga polvo helado por un momento, para tratar de absorber el conocimiento ancestral que los sudores de mil generaciones han dejado entre aquellos eriales intentando hacerlos fértiles.

Apoyo la frente y las palmas de las manos sobre la tierra, dejo que una sucesión de rostros, de voces, lleguen a mi conciencia; desde los gestos y gruñidos de cazadores envueltos en pieles de animales hasta las forzadas e increíbles tesis de los presbíteros seguidores del impostor de Roma, pasando por los primeros escauceos sociales de los iberos, por los balbuceos imperiales de los romanos y por las enrevesadas teorías de los ismaelitas seguidores de Mohamed. Todas aquellas razas han ocupado estos terrenos e incluso han coexistido más o menos pacíficamente en algunos momentos puntuales de sus respectivas historias. Abro el alma al tremendo caudal de información que me transmite la memoria de la vieja tierra llegando a convertirme yo mismo en tierra.

Por los inconcebibles caminos de la energía me llegan las esperanzas, los miedos, las alegrías, la lucha por la supervivencia de miles de generaciones que han sido antes que yo y, cuando me incorporo, ya no soy el hombre derrotado por la duda y la soledad que se ha aventurado horas antes tratando de violar los arcanos de la noche con un conjuro.

Con el alma en paz recojo en el zurrón el cofre con el medallón y el pergamino, me lo echó a la espalda observando el pan y el vino que quedan como ofrenda, miro las rodadas que han dejado las carretas de mi tribu, rumbo hacia un amanecer que se adivina resplandeciente y, con el primer rayo de sol que hace nido en mis pupilas, ya serenas, me llega el convencimiento total de que mi des-

*tino está sellado con el conjuro escrito por el rey Salomón.
Animado por esta idea, me pongo en marcha;*

* * *

Es el uno de los últimos amaneceres que contemplo, estoy convencido de ello. No falta mucho para concluir mi historia en esta tierra porque estoy terminando de recordar mi leyenda personal. Poco más puedo añadir a las páginas del cuaderno que me entregaron al nacer y, cuanto debía haber hecho, casi lo tengo completado a estas alturas de vida.

Me enfrento a la muerte física con el convencimiento de que, cuando trasponga el punto y coma con el que se interrumpe la existencia, entraré en un plano diferente para seguir aprendiendo nuevas lecciones, nuevas soluciones a los problemas que se presentarán sin duda alguna.

Si el común de los mortales supiese que estoy feliz por acabar con este tramo de historia personal, me tomarían por loco; pero me siento como el artesano minucioso que ha terminado un trabajo especialmente difícil y va a entregarlo a Quien lo encargó sabiendo que estará satisfecho por los resultados obtenidos.

El día de hoy tiene un color especial, en la mañana se respiran aires de paz sobrenatural. Sentado, sosteniendo en mi mano uno de los últimos cafés que saborearé en este mundo, ataco con plena tranquilidad la última parte de la tarea que me impuse: Recordar cómo llegué aquí para morir. Nada dejo tras de mí, si no es mi propio testamento y una carta a la Matriarca encargada de llevar a cabo una tarea no menos difícil que la que yo enfrenté en su momento; pero los recuerdos que se agolpan para aflorar a la superficie de mi memoria nada saben de paciencia ni conocen el exacto significado de la palabra esperar.

Realmente los uniformes de los soldados pertenecientes a las SS me asustaron en un principio, más por lo insólito de su aparición, por lo mucho que tenían de incongruente, que por temor al daño que pudieran hacerme en aquel momento. El oficial que los mandaba me hizo un gesto enérgico para que les siguiera y, toda-

vía atónito por lo que estaba viviendo, obedecí siendo flanqueado inmediatamente por los soldados de las odiadas SS, y nos pusimos en marcha hasta que llegamos a una pequeña sala cuya puerta no advertí hasta que el oficial la abrió.

La atmósfera fresca que reinaba en aquella especie de calabozo en el que me habían confinado, junto con una silla que no dudé en utilizar, no era suficiente para evitar que el sudor se me escapara a borbotones por todos los poros de la piel.

En principio traté de serenarme echando mano de los conocimientos adquiridos durante los años de servicio en la *Lègion Etrangère*. Había aprendido que, a la hora de caer prisionero, los nervios eran lo primero que intentaban romper los captores por lo que, la primera medida a tomar en ese momento era calmarse; pero aquel rumor sordo que parecía surgir de las entrañas de la tierra me inquietaba sobremanera. Era como si el lugar de mi encierro estuviese situado sobre algún generador eléctrico gigantesco cuyo zumbido traspasara los muros que me mantenían prisionero.

Tratando de hallar algo de seguridad abarqué con la mano el medallón que me había regalado el Viejo Maestro Salubha, deseando que aquella espera terminase cuanto antes y, no habían pasado ni dos minutos, cuando la puerta de mi encierro se abrió para dar paso a un hombre embutido en un negro uniforme de oficial de las SS que, con un gesto autoritario, me instó a seguirle. Me puse en pie con deliberada lentitud para demostrarle que todavía estaba entero y, tras atusarme el pelo, salí del calabozo.

Tras un peregrinaje por interminables pasillos forrados de aquel extraño metal que parecía omnipresente en toda la edificación subterránea, después de franquear una puerta inapreciable a primera vista, llegamos a una especie de despacho presidido por una gran mesa hecha de madera noble primorosamente tallada y algunos sillones tapizados en cuero, en el que me dejaron solo durante algunos minutos.

Mientras esperaba algo, sin saber exactamente qué, observé cuanto me rodeaba.

Aquella estancia sin más acceso aparente que la puerta por la que me habían conducido, parecía formar parte de un museo.

Era como si la hubiesen decorado cuidadosamente con objetos y muebles que estuvieron de moda durante los años treinta; lo único moderno que podía verse era un enorme mapamundi, lleno de lucecitas parpadeantes, que llenaba por completo una de las paredes; pero, al menos a la vista, no se distinguían aparatos modernos, ni ordenadores, ni nada que pudiera indicar que estábamos casi a las puertas del siglo veintiuno.

El chasquido de una puerta disimulada en el muro metálico, me sobresaltó al abrirse y giré violentamente la cabeza hacia el lugar del que procedía el sonido: Un general de las SS me sonrió ampliamente con sus labios delgados, crueles, y me indicó que tomara asiento en un sillón tapizado con suave seda cruda.

La voz de aquel hombre sonaba grave, equilibrada al preguntarme si prefería que hablásemos en español, en caló, en romaní o en francés. Le hice saber mi absoluta indiferencia por el idioma en el que debíamos conversar porque, lo que realmente me preocupaba en aquellos momentos, era saber qué era lo que estaba haciendo yo en un lugar tan extraño como ése.

Aquel hombre de mirada gélida me preguntó si no me interesaba mucho más saber qué era lo que hacían realmente ellos — subrayó la palabra “realmente” con mucha intención— en aquel lugar recóndito del planeta. Le contesté desafiante que no me importaba nada en absoluto lo que hacían, mientras miraba alrededor ansiosamente tratando de encontrar una explicación a todo cuanto me rodeaba y, al no encontrarla, pregunté de nuevo, más por romper el silencio que por obtener respuesta, cuál era la razón de mi presencia en medio de aquel decorado de opereta bufa.

El general me observó atentamente, entre curioso e incrédulo, antes de confesar que yo era un personaje particularmente original ya que, aunque me encontraba inopinadamente en un lugar, como poco atípico, preguntaba de manera obsesiva por qué razón me encontraba allí, sin sentir curiosidad por la tarea que ellos realizaban. Como se dirigió a mí por mi nombre, me creí obligado a preguntar si me conocía de algo.

En realidad era una pregunta totalmente estúpida de las que solemos plantear los seres humanos cuando nos vemos sorprendidos por un hecho evidente, pero inesperado, buscando en la

demora de la posible respuesta el tiempo que necesitamos para asumir la situación que estamos viviendo; sin embargo aquel hombre no me concedió la tregua que esperaba. Me conocía desde hacía algún tiempo ya que, según confesó, me estaban siguiendo desde que me entrevisté en Carcassonne con Jacob Fittman.

Aún antes de que pudiera plantearle otra pregunta, me aclaró que la razón de la vigilancia a la que me habían sometido no era otra que la de mi búsqueda del ritual escondido en “El Cantar de los Cantares”. Creo que adivinó mi extrañeza, o quizás se pintó con demasiada evidencia en mi rostro la interrogante que había nacido de golpe en mi alma.

Sin despreciar el hecho de que aquellos energúmenos eran sin duda los responsables de la paliza que había recibido en París, y posiblemente de la muerte de Steiger y mi posterior arresto por parte de la DISIP en Venezuela, alguien tenía que haberles informado sobre las decisiones de la Krís Romaní y también que había sido yo el comisionado para aquella tarea.

Sin darme tiempo a seguir el hilo de mis pensamientos me aclaró con bastante ironía, como si fuera capaz de leer mi mente, que yo pertenecía a una raza de supervivientes y, por esa misma razón, había dentro de mi pueblo quien vendía cuanto sabía, puntualizando que, quienes se ocupaban en aquellas tareas, lo hacían únicamente para sobrevivir, que no había nada personal en sus actos; luego, con una voz cargada de hipocresía, me pidió perdón por el incidente de París y por mi detención. El primer hecho, la paliza, lo justificó diciendo que pretendían alejarme del sitio donde me encontraba, sólo para protegerme, claro, y la detención la había burlado así que, en principio, debía comprenderles, no habían puesto tanto énfasis en hacerme un daño irreparable.

Durante algunos segundos los dos nos desafiábamos altivamente con los ojos clavados el uno en el otro sin ceder ni un ápice.

El general, jugueteando con una lujosa pluma fuente, que tendría puesto asegurado en la vitrina de cualquier coleccionista, parecía totalmente inmerso en sus pensamientos hasta que decidió hablar sin apartar la mirada de mí.

Hizo en voz alta la observación de que yo llevaba el medallón de los antiguos Maestros colgado de mi cuello y quiso saber si había sido un regalo de mi tocayo el Viejo Salubha. Ante mi silencio, no exento de sorpresa por oír aquel nombre en sus labios que indicaba el hecho de conocer su existencia, se arrellanó en la butaca y me pidió que intentase no tener reacciones infantiles: Sabían que yo era el elegido para descubrir y custodiar el secreto del ritual escondido en “El Cantar de los Cantares”.

Me puse en pie de un salto para gritarle que nunca revelaría cuanto había logrado saber, que, no importaba el daño que me causaran, ni las torturas a las que me sometieran él y su pandilla de asesinos fanáticos, porque moriría a gusto con tal de llevarme a la tumba el secreto sin desvelar.

La risa del hombre me puso frío en los huesos; pero aún me aterró más cuando afirmó, sin perder su sonrisa desdeñosa, ofensiva, no necesitar que yo revelara nada porque ya lo conocían desde hacía muchos años, justo desde el momento en que Miro Pani les contó todo cuanto querían saber.

Cuando le expresé desafortadamente mi incredulidad ante lo que me decía, ya que Miro Pani no les había dicho nada en absoluto porque lo sabía de buena fuente, volvió a burlarse de mí preguntándome si confiaba en las palabras de Steiger, un débil alcohólico que, según el general, había sido incapaz de dormir por los cargos de conciencia.

La misión del difunto Steiger, me informó a continuación, se había limitado a ponerme entre sus manos y, podía asegurarme, para tranquilizar mi conciencia de raza, que Miro Pani, durante los interrogatorios a los que fue sometido, había aguantado como un varón indomable algún tiempo; pero que el padecimiento físico marcaba sus propios límites y, cuando alguien sabía cómo causar dolor, era imposible mantener la boca cerrada. Para que no me devanase demasiado los sesos, según su propia expresión, trataría de ponerme al corriente de lo que se esperaba de mí.

En síntesis no necesitaban que les dijese nada del ritual, ya que lo conocían y lo practicaban sin dificultad desde hacía muchos años, sino que debían asegurarse de algo: que yo no podría transmitirlo a nadie fuera de aquella ciudad.

Partiendo de esta sencilla premisa tenía solamente dos opciones. O me quedaba con ellos por grado, o lo hacía por fuerza.

La decisión final era sólo mía. Después de aconsejarme que lo pensase con detenimiento, me avisó de que no sustentara mi esperanza en quimeras extrañas ya que el Viejo Maestro no podría sacarme de allí.

Era cierto, reconoció sin perder su babosa sonrisa, que el viejo espíritu de Salubha, de vez en cuando, les jugaba alguna mala pasada a sus soldados o a los indios que colaboraban con ellos; pero éso sólo sucedía en la parte exterior de la ciudad. Luego me explicó que aquel espíritu luminoso no podía penetrar en la ciudad porque, dentro de aquellos muros metálicos, en el interior de aquella fortaleza subterránea, mandaban sólo las tinieblas.

Como podría entender sin demasiado esfuerzo, siguió burlándose de mí, la luz y las tinieblas no pueden compartir un mismo espacio ya que, la presencia de una excluía, sin remisión, la existencia de la otra; aquello era un simple postulado físico y no un axioma espiritual de difícil comprensión.

Por si aún no me había sorprendido lo suficiente con todo lo que acababa de relatar, me hizo saber que estaba completamente seguro de que César me había explicado que todo ritual, toda liturgia, tenía dos extremos que pueden utilizarse para el bien o para el mal, según las intenciones del oficiante.

Para ponerme un ejemplo de la potencia escondida en el ritual que describía con precisión “El Cantar de los Cantares”, confesó que tenía una edad avanzada y, gracias a los conocimientos que le había aportado el ritual, se conservaba muy bien.

Como quien cuenta una broma dijo que había nacido en el siglo diecinueve. El nombre de pila que le habían impuesto en el bautismo, según afirmó, era Kart Maria Wiligut, nacido el diez de diciembre de mil ochocientos ochenta y seis en Viena.

Con la boca abierta de par en par, comprendí que tenía enfrente al mismísimo Weisthor¹²¹. Apoyando las inflexiones de su

¹²¹ Oficialmente, según todas las obras escritas sobre el nazismo, Weisthor, conocido en los medios nazis de la época como el “Rasputín de Hitler” murió el tres de enero de mil novecientos cuarenta y seis

voz con un gesto poderoso de la mano derecha abierta, me dijo que al igual que nosotros, como pueblo, presumíamos de poseer una memoria colectiva, él, ciertamente, la tenía.

Según dijo, ahuecando su voz para darle mucha más importancia de la que en realidad tenía, él era el último representante de los verdaderos seres humanos, el guerrero inmortal de los uiligotís¹²², el postrer representante de los verdaderos seres humanos.

Para hacer más creíbles sus afirmaciones añadió que, como debía haberme dado cuenta, hablaba el español perfectamente, así como cualquier idioma que existiese en el mundo, todo el que hubiese existido antes, existiese en ese momento o pudiera inventarse después. “El Cantar de los Cantares”, el Conocimiento, la Sabiduría, daban para poseer, entre otras muchas cosas, el don de las lenguas como los seguidores de aquel judío, Jesús, a los que les lavó los pies como parte de un ritual que, tanto él como yo, conocíamos perfectamente.

Ante el terco silencio que me había empeñado en defender como último bastión de mi maltrecho orgullo, el general siguió diciendo, regodeándose de manera sádica con mi humillación que “El Cantar de los Cantares” abría las puertas del Conocimiento, de la Sabiduría; pero, desde su punto de vista, el único coherente, nosotros sólo pensábamos en una Sabiduría espiritual, nos limitábamos al Conocimiento de lo oculto, de lo intangible. En realidad había encerrada en el ritual una sabiduría práctica que se adquiriría al mismo tiempo y servía para más cosas de las que yo podía pensar.

Sacudí la cabeza con incredulidad; pero algo decía en mi interior que aquel hombre no me estaba mintiendo.

Alguien puso una taza de café en una mesita que apareció de la nada a mi lado y, como llegada de una nube, oí la voz de Weisthor diciendo que podía tomármelo con plena confianza; no era su intención envenenarme, al menos antes de conocer por completo hasta dónde llegaban mis conocimientos.

¹²² Antigua estirpe de guerreros que vivía, según Wiligut en una época de gigantes y criaturas fantásticas de las que Weisthor parecía recordar todos los detalles porque, según él, estaba dotado de una clarividencia que le permitía retornar en el pasado hasta el año 228.000 antes de Cristo.

Con un negro presentimiento planeando sobre mi alma, tomé unos sorbos de café rogando porque contuviera algún veneno que acabara con mi vida antes de que pudiera descubrir ningún secreto. Pensé, demasiado tarde como de costumbre, que podían haber puesto algún tipo de escapolamina¹²³, pentotal sódico u otra droga de la verdad en mi taza; pero aquel hombre me sorprendió al responder en voz alta las preguntas que yo me hacía en silencio; me pidió que estuviese tranquilo, porque nadie me había puesto nada en el café.

Cuando comenzaba a sentirme seguro, añadió cruelmente que, a ellos, les gustaba que les dijeran cuanto querían saber por propia voluntad y, de no ser así, les divertía mucho sacar confesiones por la fuerza. Por encima de mi propio terror, que vociferaba atormentado en mi mente, oí que me preguntaba si acaso yo no sabía que los gritos de angustia, los aullidos de dolor, creaban unas vibraciones que, aunque pudiese parecer raro, eran muy útiles para ellos.

Recuerdo que me desahugué gritando ¡Asesinos! e ¡Hijos de puta!; pero aquel hombre de hielo, sin perder los nervios ni por un solo momento me pidió que dejase los insultos a un lado, que tratara de comportarme correctamente como lo hacía él.

Sé que puse en duda que se estuviese comportando conmigo de manera elegante y que su respuesta, diciendo que desde hacía un buen rato que tenía delante de él a un infra-ser, a un mugroso gitano, y que todavía, él, no había dicho nada ofensivo en mi contra, me desquició por completo.

Perdí los nervios, intenté levantarme del sillón para golpear al general; pero un agudo dolor justo en medio de la frente, como si alguien se estuviese entreteniendo en insertarme una broca al rojo vivo en el cerebro, me frenó en seco.

Cuando pasó el sufrimiento, algunos minutos eternos más tarde, pude oír la voz de Weisthor avisándome de que aquello no había sido más que una pequeña muestra de lo que podían hacer conmigo así que, si no quería viajar a las puertas de la angustia

¹²³ Escapolamina es una droga que se encuentra en gran cantidad en el arbusto *Brugsmania graveolens*, conocida en algunos lugares como Floripón. El otro ingrediente fuerte en Floripón es la atropina.

total, a un lugar mil veces peor que la muerte más dolorosa, debía mantenerme tranquilo en el sillón. Después, como si nada hubiese sucedido, me preguntó si realmente conocía el ritual escondido en “El Cantar de los Cantares”.

Medité durante algunos minutos antes de dar una contestación que, al menos, aparentase una cierta coherencia frente al general, sin saber si aquel miserable ser era capaz de leer mis pensamientos. Si me decidía a negar los conocimientos que había adquirido, aquellos hombres no dudarían en hacerme mucho daño, no vacilarían en torturarme hasta arrancarme de cuajo lo que deseaban saber; por otra parte, si les confesaba cuanto sabía era factible ganar algo de tiempo para buscar una salida, para escapar de allí si éso era posible.

Al final de mis reflexiones, reconocí en voz baja que conocía el ritual completamente, ocultando que yo mismo había sido iniciado en otro plano.

Sin poner en duda cuanto le estaba diciendo, me hizo saber, de manera oficial, que en ese caso mis opciones se reducían a dos: contarles lo que sabía y, si deseaba conservar la vida debía quedarme con ellos, o no se lo contaba, ellos me extirpaban por fuerza lo que tenía en el cerebro y moría después entre sufrimientos horribles. Tenía tiempo hasta la mañana siguiente para darle una respuesta y, sin darme tiempo a reaccionar, me dio la espalda dirigiéndose con paso altivo hacia la pared, que se abrió milagrosamente para permitirle el paso.

Aún no había terminado de salir el general por la puerta disimulada en el muro, cuando ya el oficial que me había conducido hasta el despacho de Weisthor, me asía con fuerza del brazo izquierdo haciéndome un gesto con su cabeza para que le siguiese. De vuelta en la celda me encontré con que la habían amueblado de manera sencilla y que, sobre una mesa, había unas fuentes con diversos guisos y frutas frescas.

Tras mordisquear una fruta y beber agua, tomé asiento en la silla que estaba más alejada de la puerta y traté de examinar, con toda la frialdad que pude reunir, la situación tan comprometida en la que me hallaba. Estaba convencido de que si me negaba a desvelar cuanto sabía del ritual escondido, me torturarían y, al final,

acabarían sabiendo cuanto querían; pero si les decía todo a la primera, terminarían por matarme de todos modos porque ya no les sería de utilidad. Debía ganar tiempo para conservar mi vida el mayor tiempo que me fuera posible.

Con intención de reflexionar mejor comencé a dar cortos paseos desde el muro hasta la puerta, desde la puerta hasta el muro y vuelta otra vez a empezar, logrando con este movimiento monótono, pendular, que mis piernas lograran adaptarse a las medidas de la estancia sin la obligación de que mi cerebro tuviese que estar pendiente del desplazamiento.

Al cabo de un rato mi mente era completamente ajena al movimiento del cuerpo y pude pensar con mayor claridad.

Tiempo, necesitaba tiempo.

El hecho de contarle al general todos los pasos del ritual que se ocultaba tras “El Cantar de los Cantares”, no suponía ningún problema para nadie porque Weisthor parecía conocerlo con total perfección y, en cualquier caso, los rituales sólo servían para las gentes de poca fe, no eran realmente necesarios para iniciarse; pero creía que ganar tiempo, para seguir viviendo mientras se me ocurría una solución que me permitiese escapar de aquel lugar siniestro, era para mí una prioridad.

Después de caminar durante algunas horas, me rendí. Estaba persuadido de que nada podía hacer para evitar el suplicio o la muerte. Me acosté sobre la cama dispuesto a sufrir tortura si era necesario y, por primera vez en mi vida, me encomendé sinceramente al Padre, a ese Dios eternamente amoroso que residía en mi interior. Cuando cerré los ojos, en lo más profundo de mí sonó la voz de mi abuelo Yaquebar:

“No te preocupes por lo que tienes que decir ante ellos; cuando llegue el momento, lo sabrás”.

La voz parecía tan real que me incorporé de golpe buscando al viejo en los rincones de la estancia.

Al no poder distinguir a nadie, volví a recostarme en la cama que me habían preparado mientras mantenía la entrevista con el general y, para cuando mi cabeza se apoyó en la almohada, ya estaba profundamente dormido.

Fueron unas horas muy duras las que pasé en aquellos días tratando de mantener un mínimo respeto por mí mismo; sin embargo aquí, en la selva que acoge mis últimas horas de vida, hasta los animales se dan cuenta de que no represento un peligro para ellos, deben reconocer que ya no pertenezco a este mundo y, por primera vez desde que llegué a este lugar, se divierten correteando por el interior de la cabaña. De alguna manera ya saben que pronto serán dueños de todo cuanto hay en ella y están curioseando como quien visita una vivienda que no tardará mucho tiempo en ser de su exclusiva propiedad.

Se me hace difícil recordar aquellos momentos tan rigurosos de mi existencia porque, a veces, creo que me engaña la memoria; pero al recorrer con los dedos del recuerdo aquella parte tan áspera del pasado, me doy cuenta de que mi viejo cerebro se mantiene fiel a lo que sucedió sin exagerar detalles.

Sí, aquella era la última prueba antes de alcanzar la paz; pero aún me faltaba lo peor del camino por andar.

Desperté al oír el sonido suave de la puerta al cerrarse. Me incorporé lentamente en la cama y pude ver que el desayuno estaba servido sobre la mesa. Café, té, leche, zumo de frutas, mermelada y bollos tiernos. Me mojé la cara en el lavabo y di buena cuenta de los alimentos porque, como decía la que había sido mi pareja, “Hay que comer cuando se tiene oportunidad ya que no se sabe cuándo se podrá comer de nuevo”.

Me sorprendió la capacidad de pensar en ella sin dolor, sin rencor; desde mi alma, elevé una plegaria dando gracias al Padre por haberme liberado de aquella angustia que me consumía, al tiempo que bendecía a César, a Chana y pedía al padre que la mujer a la que tanto había amado tuviese la suerte de encontrar un hombre, educado en los mismos principios que ella tenía, para que pudiese vivir en paz y felicidad sus últimos días en la tierra. Aún estaba masticando un último trozo de bollo cuando se abrió la puerta y apareció el mismo oficial del día anterior.

De vuelta en el despacho del general, me encontré frente a Weisthor que, en esta ocasión, estaba acompañado por otro personaje de tan siniestra catadura como la suya.

Me invitaron a sentarme preguntándome con falsa amabilidad si había dormido bien y si el desayuno había sido de mi gusto.

A pesar de que sentía impulsos de escupirles en la cara mi odio, mi rabia y el dolor que sentía, afirmé con un gesto de la cabeza.

La voz de Weisthor parecía amable al presentarme a su compañero que dijo llamarse Karl Haushofer¹²⁴.

Debí dar un respingo en el asiento al tiempo que miraba con extrema curiosidad al personaje que tenía ante mí. Si lo que pensaba era cierto, aquel hombre que me miraba al fondo de los ojos, uno de los ideólogos de Hitler, había matado a su esposa Martha y se había suicidado usando un ritual japonés¹²⁵.

El individuo que sonreía sólo con la mitad de su boca, estaba muerto desde hacía años y, sin embargo, aparecía vivo ante mis ojos. Toda aquella situación era como para volverse loco. La sonrisa sardónica de Weisthor no anunciaba el fin de aquella paranoia en la que parecía estar inmerso desde que entré en aquella especie de ciudad subterránea.

El general dijo que no debía preocuparme porque lo que estaba viendo era algo normal; por lo visto hasta el momento, en aquella especie de ciudad aislada, la inmortalidad estaba al alcance de todos, incluso de mí, si es que me decidía finalmente a colaborar con ellos, claro. Mientras Weisthor hablaba, Haushofer trataba de parecer agradable con una sonrisa hipócrita, desagradablemente gélida, al tiempo que subrayaba las palabras de su compinche con gestos afirmativos de la cabeza.

Mi mente trabajaba a su máxima potencia porque no sabía como escapar de aquella encerrona y, sin embargo, tenía una especie de íntima esperanza en que todo iba a salir bien. Recordé de pronto la voz de mi abuelo en la celda y puse la mente en blanco.

¹²⁴ Ver anexo al final de la novela en el que se detallan algunos de los hechos del que fuera un geógrafo de los más apreciados por Hitler. En el mismo anexo también pueden encontrarse otros personajes tristemente famosos

¹²⁵ El Seppuku, también conocido como Hara Kiri, consiste en acuchillarse el vientre en dirección izquierda-derecha para que un ayudante, situado detrás del suicida, le corte el cuello de un golpe seco de katana.

De pronto supe qué debía decir exactamente; si éso era lo que querían, hablaríamos de “El Cantar de los Cantares”.

Les comuniqué con calma mi decisión y, mientras ellos se disponían a escuchar, comencé a ponerle voz a cuanto recordaba de mi propia iniciación en medio de la nada. Pensé que lo mejor, al menos en ese momento, era contarlo todo, porque no les iba a enseñar realmente nada nuevo; quizás por éso mi voz sonaba firme. Cerré los ojos encomendándome a mis ancestros antes de hablar.

Comencé diciéndoles que el ritual en sí mismo era tan evidente que asustaba la ceguera de aquellos que, aún buscándolo, no eran capaces de ver lo manifiesto. Simplemente había que remitirse a lo escrito por Salomón en “El Cantar de los Cantares”; suponía que debían conocer de memoria el texto por lo que no creía necesario extenderme sobre ese detalle.

El ritual debía llevarse a cabo al aire libre, cerca de un curso de agua corriente, río o arroyo, en un lugar en el que hubiese rocas o piedras de gran tamaño.

Para ello se debía construir con anterioridad un cobertizo en el que se mantendría encendido un fuego. La primera parte del ritual comenzaba con el iniciado y el iniciador perfectamente limpios y perfumados con olíbano.

Se besaban en la boca y el iniciador debía ungir con aceite a quien iba a ser iniciado. La fórmula del aceite de unción, añadí antes de que me interrogaran, podía hallarse en la Biblia¹²⁶.

Seguí diciendo que si el iniciado era hombre recibiría un pendiente de oro y, si era mujer, unas monedas de oro y plata engarzadas en una cadena, en el caso de que fuesen romanís. Seguidamente, el iniciador debía salpicar al iniciado con esencia de nardo. Después de esto, el iniciador se tenía que colocar detrás del iniciado y poner la palma de su mano izquierda sobre la garganta y el antebrazo derecho sobre el vientre del iniciado teniendo sumo cuidado en colocar las manos bien abiertas.

¹²⁶ Esta fórmula del aceite de unción, con su forma de elaboración, puede encontrarse perfectamente detallada en el libro del Éxodo capítulo treinta, versículo veintitrés.

Una vez terminado ésto, el iniciado debería salir del cobertizo, colocarse a resguardo de las rocas y tenía que comenzar a llamarse a sí mismo, por su nombre, en diferentes tonos de voz, tal y como lo nombraban los demás, para encontrar las vibraciones exactas que le hicieran acceder al centro de sí mismo.

Tras tomarme un respiro, bajo la atenta mirada de aquellos esbirros deleznales, les dije que la razón para aquel comportamiento era que nuestro nombre está formado por sonidos que vibran en el aire y, dependiendo de cómo sea pronunciado, crea en nuestro interior reacciones distintas; así, la llamada de la madre crea ternura, la del padre implica disciplina y así sucesivamente.

Llamándose a sí mismo con distintas entonaciones y alternando graves con agudos, continué con mi exposición, el iniciado va a desencadenar una serie de sentimientos y reacciones en su interior que dispondrán su espíritu para recibir las enseñanzas.

Seguidamente, ambos, debían pasar al interior del cobertizo en donde el iniciador haría un sahumero con incienso y aromas para que los dos queden impregnados.

En ese momento, el iniciado debería desnudarse por completo y el iniciador le ungiría con mirra e incienso, los ojos, el cabello, los dientes, los labios, las mejillas, el cuello y el pecho, justamente en este orden preciso.

Tras la unción, harán un brindis breve a base de vino caliente aromatizado con miel, azafrán, cannabis¹²⁷, canela y especias, para terminar colocando bajo la lengua del iniciado un poco de miel rebajada con leche sin tratar. Seguidamente, el iniciador debe lavar los pies del iniciado y ungirlos luego con mirra.

A continuación seguirá ungiendo la cabeza, los ojos, las mejillas, los labios, las manos, el torso y las piernas, en este orden y, por último, colocará un poco de miel en el paladar de quien va a ser iniciado. Posteriormente, éste, se limpiará con agua corriente el cabello, los dientes y las mejillas.

¹²⁷ Los más puristas de entre los expertos en rituales evitan la utilización de cannabis puesto que, por su alto contenido de THC (tetrahidrocanabinol), lo convierte en una sustancia no apta espiritualmente.

Mientras tanto el iniciador deberá esperar a que el iniciado termine sus abluciones para atacar la parte más dura de todo el ritual. Debe encomendarse al Padre y calentar ligeramente el aceite de unción porque, a estas alturas, el iniciado deberá estar listo para recibir la enseñanza que le hará trascender.

Una vez que el iniciado vuelva al cobertizo, el iniciador debe ungrle los pies, los muslos, el ombligo, el vientre, el pecho, el cuello, los ojos, la nariz y el cabello por este orden. Mientras el iniciador lleva a cabo la unción, en el fuego se debe quemar incienso.

Cuando haya terminado esta acción, el iniciador procederá a realizar el último movimiento, colocar las palmas de ambas manos sobre el pecho del iniciado y, seguidamente, soplará en su boca para insuflar la enseñanza.

Como colofón, comerán un poco de manzana troceada, sin piel, beberán vino caliente aromatizado y luego el iniciador, colocado a las espaldas del iniciado, le colocará la palma de su mano izquierda en la garganta y el antebrazo derecho cruzando sobre el vientre, con la palma de la mano abierta. Para cerrar el ritual, el iniciador se acostará de espaldas en el suelo y el iniciado se pondrá encima teniendo en contacto las palmas de las manos y los ombligos alineados. Ya sólo restaba que el iniciado se lavase perfectamente en el agua corriente.

Cuando terminé de pormenorizar el ritual escondido en “El Cantar de los Cantares” Weisthor parecía complacido con lo que acababa de oír; le había demostrado de manera fehaciente que conocía perfectamente el ritual y, dadas las circunstancias, no había nada más que añadir.

Al tiempo que Weisthor comenzaba a decirme que no podía dejarme salir de allí con una información tan peligrosa, leí en sus ojos que mi condena a muerte estaba firmada y sellada; por lo tanto se imponía un golpe de efecto para librarme de sus garras.

Mientras buscaba afanosamente algo que aducir, me escuché a mí mismo diciendo, dirigiéndome a Weisthor, que deseaba hablar con él en privado ya que no había terminado todo lo que tenía que comunicarle. A pesar de que el general me invitó a

decir lo que quisiese ante Haushofer porque allí no tenían secretos los unos con los otros, insistí argumentando que era posible que ellos formasen una gran fraternidad, pero yo todavía guardaba un cierto pudor y no me gustaría que hubiese demasiados testigos de lo que iba a decirle traicionando los secretos que se habían pasado los hombres en mi tribu de generación en generación.

El general hizo una seña a Haushofer y éste se levantó abandonando el despacho por la puerta disimulada en el muro. Weisthor se echó hacia atrás haciendo crujir el respaldo del sillón, esperando en silencio lo que tuviera que decirle. Sin estar muy seguro de lo que estaba haciendo, admití que les había dicho todo cuanto querían saber sobre el ritual escondido; pero añadí, sorprendiéndome a mí mismo, que si mi vida era respetada, podía agregar algo que les ayudaría mucho.

Ante la cara de incredulidad que puso el general, seguro de que yo nada podía aportar a los muchos conocimientos que tenían, una palabra salió de mi garganta sobresaltándonos a los dos.

Alquimia, dije.

Ante la brusca aparición en escena de aquella palabra, en honor a la verdad inesperada para ambos, Weisthor se incorporó con gran violencia del sillón apoyando sus puños sobre la mesa, con una expresión de sorpresa en su rostro, esperando alguna explicación válida por mi parte.

Comencé a decirle que, a pesar de no tener mucha información sobre ello, la inmortalidad que asegura una vida eterna, deteniendo el cuerpo en una edad específica, no certifica los medios económicos para mantenerse durante todo ese tiempo.

Arriesgué añadiendo que si ellos estaban en esa parte del planeta debía ser porque ese era el lugar en el que existía una de las mayores reservas de oro y diamantes. La solución para todos sus problemas, la que yo podía aportar a cambio de mi vida sería la transmutación de los metales en su beneficio.

Las fuertes carcajadas que salieron de la garganta de Weisthor sonaron como una vajilla de loza al romperse rodando por una escalera de granito cubierta de hielo.

Cuando pudo recuperar el aliento después de su estentórea risa, la voz del general sonaba rabiosa, entrecortada avisándome que no dijera estupideces. Añadió de manera agria que me creía mucho más inteligente, que le estaba decepcionando.

Sin saber de dónde me llegaba la capacidad de convicción, que al parecer estaba haciendo mella en aquel cerebro retorcido, dije con toda la calma posible, que la transmutación de los metales podría complementar el trabajo que estaban realizando porque estaban a punto de reunir todos los cráneos de cristal para iniciar, suponía que en un breve lapso de tiempo, la segunda parte de sus planes.

Pálido como un aparecido me preguntó cómo había llegado a saber esas cosas; en respuesta aduje tranquilamente que él mismo había reconocido que yo era el elegido y por lo tanto sabía muchas cosas que ellos desconocían por completo.

Cuando me rogó que ampliase mi explicación, dije estar al corriente de que cuando se unieran todas las calaveras, su poder, unido al Conocimiento adquirido por medio de “El Cantar de los Cantares”, ellos serían imbatibles y podrían iniciar una nueva vida basada en sus teorías de la raza superior; pero necesitaban oro y diamantes para financiar las primeras operaciones, y yo podía darles oro en cantidades, con una condición. Sólo quería saber cómo llegaron ellos hasta allí.

Weisthor se levantó de su sillón, dio algunos pasos por el despacho y, tras unos instantes de vacilación, me preguntó si yo dominaba el idioma alemán.

Ante mi sincera negativa, descolgó el teléfono y habló durante unos minutos con alguien en un tono muy respetuoso.

Mientras oía, sin comprender las palabras, lo que decía el general, una idea descabellada se iba haciendo sitio en mi cerebro. Cuando por fin terminó la conversación telefónica, Weisthor, tomó asiento de nuevo frente a mí; sus ojos brillaban con una luz que tenía tanto de odio como de maldad.

Como si hubiese recibido la autorización que precisaba de alguien superior a él, comenzó diciendo que trataría de saciar mi curiosidad. Suponía que no era necesario explicarme nada sobre

la Ahnenerbe¹²⁸ así que, obviando asuntos históricos que ambos conocíamos, iría directamente al grano.

Comenzó diciendo que una de las misiones que debió cumplir esta organización, dirigida directamente por el Führer, era la de buscar la ciudad subterránea de Agartha y, para ello se organizó una gran expedición al Tibet.

Estaban convencidos, todos ellos, que después del cataclismo que acabó con la Atlántida, algunos Maestros sobrevivientes a la catástrofe, habrían hallado refugio en las montañas más altas del planeta, mientras que otros se habían decantado por crear ciudades subterráneas.

Al no hallar la ciudad en el Tibet, donde en un principio se suponía que debía encontrarse la boca de entrada a la ciudad, comenzaron a buscarla en América del Sur. Edmund Kiss, arquitecto que trabajaba en la Ahnenerbe, estuvo en los Andes y publicó un libro sobre Tiahuanaco¹²⁹, defendiendo la teoría de Horbiger.

Interrumpí su rápida verborrea, de la manera más educada que pude, pidiendo que me explicase algo porque desconocía por completo aquella teoría a la que hacía alusión.

Pacientemente, Weisthor, explicó que Horbiger defendía la idea de que habían existido diferentes catástrofes universales teniendo en cuenta que la luna, no era sino el tercer satélite que giraba en órbita alrededor de la tierra.

Según Horbiger habían existido otros dos satélites anteriormente que terminaron por caer a la tierra desencadenando una catástrofe.

¹²⁸ En 1928, Wirth fundó la “Hermann Wirth Gesellschaft”, antecesora de la Ahnenerbe. Luego Himmler reformó las SS y las transformó en la Orden Negra. Amante de las ciencias ocultas, Himmler practicaba el espiritismo, el mesmerismo, el magnetismo y la astrología. En la Ahnenerbe fundó el departamento de investigaciones históricas de las SS, donde se estudiaban leyendas artúricas y también el catarismo. La residencia oficial de la Ahnenerbe se alzaba en el castillo, Wewelsburg, en Westfalia, que Himmler hizo reestructurar especialmente. En sus dependencias, se instruía a los elegidos en prácticas medievales y paganas. Los Caballeros de la Orden Templaria fueron el modelo a seguir.

¹²⁹ Se trata del libro “La puerta solar de Tiahuanaco y la cosmogonía glaciaria de Horbiger” que fue publicado en Alemania.

Así se explicaría la desaparición de los dinosaurios, por ejemplo. Pero también sostenía que antes del último desastre, Tiahuanaco estaba situado a la orilla del mar y trató de probarlo con los hallazgos de moluscos fosilizados en una franja del altiplano andino.

Más o menos, esa era la teoría de Horbiger¹³⁰; volviendo al papel jugado por la Ahnenerbe, Edmund Kiss descubrió los restos de una colonia, presumiblemente atlante, habitada por gigantes arios, y creyó que eran de la Era Terciaria.

Ya en mil novecientos treinta y ocho, un submarino alemán había reconocido el curso inferior del Amazonas. Oficialmente su tripulación elaboró un estudio geográfico estableciendo contacto con la colonia de caucheros alemanes que estaban en Manaos. Además filmó la primera película documental sobre el territorio amazónico¹³¹.

Como estaba realmente intrigado por todo cuanto me estaba contando aquel hombre, le interrumpí de nuevo para preguntarle si habían establecido con anterioridad una colonia alemana en Amazonas.

Después de reconocer que no todo había sido tan fácil, dijo que su bien amado Führer, logró que desembarcaran dos mil soldados alemanes en esta parte del planeta. No había que olvidar que tanto la Abwehr como la Ahnenerbe tenían medios suficientes para llevar a cabo esta misión. Claro que aquel secreto no se podía guardar eternamente y, Miro Pani, lo descubrió para su desgracia en un viaje que hizo a Sudamérica, tras seguir la pista que le habían dado unos romanís que vivían en España. También añadió que, la ciudad en la que me encontraba “hospedado” no era la única que habían construido¹³².

¹³⁰ Hans Horbiger, nacido en 1860, creó la Doctrina del Wel o Welteislehre (La Teoría del Hielo Eterno). Horbiger, propuso una nueva cosmogonía universal, en clara oposición a la defendida por Galileo Galilei y a la que postuló Copérnico, sosteniendo que en la antigüedad habían existido al menos cuatro lunas, tres de las cuales cayeron sobre nuestro planeta dando origen a toda clase de catástrofes. Según su teoría, toda la historia del planeta Tierra, la evolución de las especies defendida por Darwin y las partes oscuras de la historia humana encontrarían su explicación en el fenómeno de las lunas sucesivas en nuestro cielo. Horbiger dató a Tiahuanaco con 14.000 años de antigüedad, y sostenía que aquella ciudad, sin duda, formaba parte de la Atlántida.

¹³¹ Este hecho es rigurosamente cierto y está documentado.

¹³² Ver el artículo de la prensa chilena del anexo.

Debía recordar, me dijo, que la Abwehr fue dirigida por el almirante Wilhelm Canaris.

Además de inteligencia y contrainteligencia, la Abwehr colaboraba con aliados y amigos del nacional-socialismo. Canaris fue el artífice de una operación llamada Z-plan que planteaba continuar con sus proyectos en caso de que Alemania perdiera la Segunda Guerra Mundial y creó una organización llamada Die Kette¹³³, para seguir la guerra desde fuera del territorio alemán en el caso de que éste fuera invadido por fuerzas extranjeras, como así sucedió al final de la guerra; pero esta organización, contrariamente a lo que podía parecer, no era para seguir la guerra inmediatamente sino que estaba proyectada para mantenerse viva, si era necesario, durante varias generaciones.

El almirante Canaris, según Weisthor, obtuvo del general Francisco Franco la península de Jandia¹³⁴, en Fuerteventura, como parte del pago a la ayuda alemana durante la guerra civil española. Allí se construyó una base secreta de submarinos, para que estas naves hicieran escala en su camino hasta América del Sur, donde había más bases secretas.

Sobre la de Fuerteventura en concreto se construyó una residencia, supuestamente de recreo, llamada Villa Winter¹³⁵, que estaba a nombre del General Gustav, perteneciente a la Abwehr, a quienes los isleños llamaban don Gustavo. Bajo esta residencia, construida sobre unas cuevas marinas naturales, se encontraba la base de aprovisionamiento.

Siguiendo con su relato, dijo que en mil novecientos treinta y seis, una tribu indígena asaltó una misión en la parte alta del Río Negro llevándose cuatro mujeres prisioneras.

¹³³ Esta organización “Die Kette”, existió realmente en Alemania durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Su traducción literal es “La Cadena”.

¹³⁴ Muchos autores que han estudiado el tema a fondo, sostienen que este hecho es rigurosamente cierto apoyándose en documentos que aparecieron en los años setenta, al igual que lo que se refiere a la base secreta de los submarinos que supuestamente existía en las Canarias. Ver anexo.

¹³⁵ Esta villa existió tal y como se comenta en el texto.

Entre ellas había una religiosa alemana llamada *Reinha*, que terminó renunciando a sus hábitos y contrajo matrimonio con el cacique de la tribu llamado *Sinakaia*.

Esta alemana salió de la selva en mil novecientos cuarenta y uno e hizo un viaje hasta Alemania en secreto. Volvió un año más tarde con algunos notables alemanes que llegaron a un acuerdo con la tribu¹³⁶. En resumen, los alemanes les enseñarían el uso de las armas y ellos protegerían las instalaciones, al mismo tiempo que se ocuparían en lanzar ataques a los poblados cercanos, como arma de distracción, mientras ellos se asentaban definitivamente en territorio amazónico. Posteriormente, una vez que el Reich consiguiera la victoria, Brasil se dividirá en dos partes quedando la franja costera en poder de los alemanes y la parte amazónica bajo la tutela de las tribus indígenas aliadas.

Yo trataba de asimilar todo cuanto me estaba contando aquel hombre. Aunque en principio parecía un delirio, había muchísimas pruebas que confirmaban la versión que estaba defendiendo, al menos en parte; pero *Weisthor*, que seguía con su relato, interrumpió mis reflexiones obligándome a prestar atención a cuanto decía.

El viaje de los soldados elegidos para la misión de fundar la ciudad subterránea comenzaba en Marsella y, a quienes eran embarcados en los submarinos, se les decía que su meta final sería Inglaterra; pero una vez dentro, se les informaba del verdadero destino. Una vez en el río Amazonas, eran transportados por vía fluvial y, tras caminar varias jornadas llegaban hasta este punto¹³⁷. La maquinaria pesada necesaria para los trabajos era acarreada en barco por el Amazonas hasta los puntos en que se desembarcaba para transportarla después hasta donde se necesitaba.

Lo primero que se me vino a la mente fue que parecía mentira el hecho de que, todo aquel movimiento de maquinaria y de personas, no pudo pasar desapercibido a las autoridades brasileñas y se lo hice saber. *Weisthor* me miró con ironía diciéndome que yo parecía tener mucha confianza en el ser humano sin darme cuenta que, en este mundo, todo hombre tenía su precio. El único

¹³⁶ Este hecho sucedió en realidad y está documentado.

¹³⁷ El hecho es rigurosamente cierto. Consultar anexo.

convoy que pudieron descubrir fue el barco Karolina, de las SS, que fue sorprendido en el trayecto de Maceió a Belem; pero a pesar del ataque de la fuerza aérea de Brasil, pudo continuar viaje¹³⁸.

Al parecer algunos testigos oculares aseguraron en aquella época haber visto desembarcos alemanes en Brasil, sobre todo en la costa de Río de Janeiro e incluso un periodista de la revista “Realidade”, fue capaz de descubrir una de las colonias en el Mato Grosso; pero pronto cesaron los comentarios¹³⁹.

Llegados hasta ese punto, por lo que aquel hombre me estaba contando, cabía la posibilidad de que la historia contada por aquel indio, Tatunca Nara, que me había nombrado el guía turístico en Puerto Ordaz, tuviera alguna base real. Aprovechando un silencio del general, le conté brevemente lo que sabía de Akahim, ocultando mi experiencia con el Viejo Salubha, y, una vez más, tuve que asombrarme cuando Weisthor me dijo que en realidad Tatunca Nara se llamaba Günter Hauck; sin que yo añadiese nada más, me puso al corriente de su versión de los hechos.

Tatunca Nara había sido un estafador de poca monta, su verdadero nombre era Günter Hauck, había sufrido prisión en Alemania y, en Febrero de mil novecientos sesenta y ocho, subió en un barco hasta Río de Janeiro¹⁴⁰. Luego, sin saber cómo, llegó hasta la ciudad subterránea y burló toda la vigilancia. Después de unos meses de vivir en la ciudad, se ganó la confianza de todos y en un descuido de sus guardianes, desapareció. Parece ser que bajo ese nombre, Tatunca Nara, intentó vender el secreto de la ciudad de Akahim, para mostrar la colonia subterránea que había formado el Tercer Reich, aunque casi nadie le creyó.

Le interrumpí para decirle que aquello no era del todo cierto ya que, un periodista llamado Brugger, había dado testimonio de

¹³⁸ Este hecho sucedió en el año 1943 y, los periódicos brasileños de la época, lo reseñaron en distintos artículos, incluso con testimonios gráficos, hasta que, de una manera radical, cesaron todos los comentarios de la noche a la mañana..

¹³⁹ Rigurosamente cierto. Ver anexo.

¹⁴⁰ Este episodio está ampliamente recogido en diferentes artículos que aparecieron poco después de la publicación del libro de Brugger sobre la ciudad de Akakor; todavía está por determinarse si la aparición de la historia de Günter no fue una maniobra disuasoria.

ello. Me respondió con frialdad que Brugger había muerto hacía algunos años, que me suponía al tanto de aquella gran desgracia; pero la rijosa sonrisa y el tono mordaz con los que acompañó sus últimas palabras demostraban que, para él, no era una desgracia.

La amoralidad de aquel hombre era pasmosa; parecía que su larga militancia en las SS, o sus profundas convicciones personales, habían anulado su conciencia por completo. Era un ser sin remordimientos que no conocía la expresión “responsabilidad personal”. Mientras yo pensaba aquello, él seguía con su historia.

A partir del momento en que Brugger escribió su libro, algunos habían tratado de localizar la ciudad subterránea camuflando sus intenciones tras la máscara de expediciones arqueológicas.

Citó a John Reeds, un norteamericano que, según Weisthor, abandonó este mundo, de manera prematura, en mil novecientos setenta y siete a resultas de una “extraña enfermedad” contraída en la selva, también nombró a Herbert Wanner, un suizo que murió misteriosamente en mil novecientos ochenta y tres y, por último, Christine Heuser de la que no se sabía nada desde mil novecientos ochenta y seis¹⁴¹.

Sin más explicaciones dio por terminada su disertación y me hizo comprender que, una vez cumplida su parte del trato, era mi turno; que debía comenzar mi parte del pacto y poner en su conocimiento todos los materiales que necesitaba para llevar a cabo mis trabajos alquímicos.

Me había metido tanto en la historia que me estaba contando aquel hombre, había estado tan concentrado escuchando aquel sorprendente relato, que había olvidado por completo mi mentira sobre la alquimia. Pensaba a gran velocidad para demorar todo lo posible el responder aquella pregunta y dije lo primero que me vino a la mente, afirmando con mucha seriedad que, éso, sólo se lo comunicaría a su jefe. En persona.

Se sobresaltó muchísimo y me dijo, con voz muy nerviosa, que aquello no era posible.

¹⁴¹ Estas desapariciones que se citan en el texto son ciertas; aunque, según los habitantes de Macu y otras poblaciones amazónicas, han sido muchas más que las reseñadas aquí.

Al ver que había dado en la diana, remaché con una serenidad que estaba muy lejos de sentir, diciéndole que, en ese caso, estaba dispuesto a morir; pero debían tener en cuenta que, aunque pudieran sacarme todo cuanto sabía sobre el arte alquímico y la transmutación de los metales, nadie que no fuera iniciado en la Alquimia, dominaba suficientemente los secretos de una práctica casi olvidada.

Mi respuesta, a juzgar por la expresión de su rostro, le había descolocado; se notaba en su manera de mirar a los lados y en el jugueteo nervioso con la pluma. La voz del general sonó dubitativa cuando me notificó, al cabo de unos minutos en los que su mente trabajaba a pleno rendimiento, que le dejara pensarlo y que ya me haría conocer su decisión en el momento oportuno. Seguidamente me aconsejó que descansara, desapareciendo rápidamente por la puerta del muro como si estuviese llegando tarde a una cita.

De vuelta en la celda, una vez que la puerta se cerró casi sin ruido, traté de poner a punto un plan mínimamente viable. Si resultaba cierto lo que pasaba por mi cabeza, y muy pronto se despejarían mis dudas al respecto, aún tenía una posibilidad de salir vivo de aquella trampa mortal en la que me encontraba encerrado.

Un pensamiento mantenía mis esperanzas intactas: Weisthor había reconocido que Tatunca Nara, o sea Günter, había salido con vida de allí y lo que un hombre es capaz de hacer, está al alcance de otro; pero, por encima de esta idea, reforzando mi esperanza, una voz impersonal me susurraba al oído:

“Como no sabían que era imposible, lo hicieron”

El primer problema que exigía mi atención era abandonar el subterráneo sin ser visto por nadie, si lo conseguía, una vez en la selva ya pensaría cómo actuar; los inconvenientes que se presentaran los iría salvando por orden de aparición.

Salir de allí no iba a ser fácil, era evidente; pero, si existía un medio de lograrlo, lo encontraría.

Lo primero que pensé fue en volar todo aquel complejo subterráneo, si era necesario, para abrir un hueco que me diera la posibilidad de huir. Si fuese capaz de confeccionar algún tipo de

explosivo lo suficientemente fuerte como para distraer un rato la atención de aquellos individuos, tendría una oportunidad de hallar la salida en aquel enorme laberinto de pasillos metálicos que no conocía en absoluto; pero para que funcionara aquella idea, necesitaba que creyeran completamente mi patraña de ser un experto en el arte alquímico.

Sonreí al ver que la puerta se abría enmarcando la figura del oficial de las SS, que parecía ser mi carcelero personal, diciéndome que Weisthor quería verme de inmediato.

De nuevo recorrimos largos pasillos forrados de frío metal en los que no se advertían puertas por ningún lado; pero esta vez caminaba tratando de formar un plano en mi cerebro para tener una idea aproximada de dónde me encontraba realmente. Cuando el oficial ordenó que me detuviese frente a una porción de muro que no se distinguía en absoluto del resto, esperé totalmente intrigado tratando de no perder detalle de cuanto sucediera. Silenciosamente se abrió una puerta por la que me hicieron entrar.

Era una oficina mucho más amplia que la del general, y estaba amueblada con elementos de mayor calidad aunque, el conjunto, daba una impresión de sencillez espartana, casi ascética. Al lado de una mesa de caoba pulida pude ver a Weisthor, de pie, junto a un hombre que yo había visto miles de veces en fotografías: Frente a mí, sentado en un sillón de fino cuero se hallaba uno de los personajes más odiados por toda la Humanidad. La voz de Weisthor era casi un susurro cuando me presentó a su bien amado Führer: Adolf Hitler.

La sorpresa que debía llevar pintada en mis ojos no era sino el reflejo de la enorme turbación interna que había sufrido al reconocer al personaje que estaba sentado junto a Weisthor:

Allí, a tan sólo unos pasos de distancia se hallaba uno de los mayores asesinos en masa que había conocido la raza humana a lo largo de toda su enrevesada historia. Embutido en un traje pardo de corte militar, me miraba con odio, casi con asco, como si estuviese en presencia de unapestado.

Sobreponiéndome al resentimiento que me invadía en forma de una oleada de furia hirviente, levanté la voz para presentarme,

con la cabeza orgullosamente erguida, como Salubha Soniché, Patriarca rom de los Pueblos Libres, Príncipe de familia, Consejero de la Krís Romaní y experto en Alquimia.

Me miró de soslayo, como si me estuviese perdonando la vida, antes de poner en mi conocimiento que, de momento, pasaría por alto mi descaro y que la entrevista sería breve.

La voz del menudo dictador sonaba salpicada con tonos penetrantes, como si no tuviera completo control sobre ella. Definitivamente el individuo que tenía enfrente, el responsable de muertos por millones era un psicópata; me lo dijo el brillo de su mirada, el descontrol sobre su voz y los movimientos nerviosos que efectuaba continuamente.

Me informó que, a partir de aquel momento, disponía únicamente de quince días para presentarle una prueba de que mis trabajos alquímicos tenían un éxito visible. Por supuesto tendría a mi disposición cuanto material necesitase para demostrarle que estaba en posesión del secreto que tantos habían dicho encontrar.

Si le llevaba los resultados que todos esperaban, me daría su recompensa, sería inmortal, disfrutaría de enormes privilegios en la ciudad y, por añadidura, el día de la victoria total estaría en el carro de los vencedores a su lado.

No deja de ser curioso cómo funciona la mente humana. Si en el primer momento me había sentido cohibido ante la presencia de aquel ser funesto, cuando en mi cerebro se abrió paso la incontestable certeza que no podían quitarme nada más que la vida, adquiriré un dominio total sobre la situación que estaba viviendo, pasando de sentirme sometido a ser el dominador.

Echando mano de los conocimientos adquiridos durante las sesiones de aprendizaje, intenté manejar la realidad que estaba viviendo y modificarla para que me fuese favorable.

Con deliberada lentitud me senté frente a él en uno de los sillones, mirándole a los ojos fingí interés por la respuesta que iba a darme y le pedí con simulada humildad que me explicara qué era aquello de la victoria total.

Pude apreciar cómo su cuerpo se relajaba al hablar y, justo en ese momento supe que tenía suficientes ases en la mano para

jugar aquella partida con cierta ventaja; estaba muy claro que al dictador, como a todos los totalitaristas, le gustaba muchísimo hablar de sus propios logros y adoraba el halago.

Por el rabillo del ojo observé cómo Weisthor también aflojaba su postura y tuve la certeza de que Hitler se encontraba cómodo puesto que su esbirro, que lo conocía mucho mejor que yo, había bajado la guardia de manera ostensible. Cuando el tirano abrió la boca para hablar, hice un movimiento suave para modificar mi actitud y simulé una atenta sumisión ante aquel engendro.

Con un despliegue gestual exagerado, casi teatral, Adolf Hitler comenzó a explicar que, dentro de las filas nazis, hubo traidores empeñados en acabar con el tercer Reich desde el segundo año de la guerra, blandos de conciencia asustados por la depuración étnica incapaces de entender la necesidad de una raza superior en un nuevo orden social, dijo.

Como él, según sus propias palabras, siempre estaba muy pendiente de todo cuanto sucedía a su alrededor, según sus propias palabras, pudo detectar a tiempo la posibilidad de una desertión masiva entre los dirigentes del partido y, por ello, decidió elegir un número de personas fieles que fueran capaces de prepararse para una tercera guerra mundial desde territorio extranjero en caso de que Alemania fuese invadida.

Su voz se notaba fatua, henchida de orgullo y, al considerar que yo le escuchaba embobado, continuó contando la historia desde su particular punto de vista.

Me habló de los enormes logros tecnológicos que habían alcanzado los científicos del Reich, sobre todo en materia de aeronáutica¹⁴², y de cómo habían ido instalando diferentes bases subterráneas, principalmente durante los últimos años de la guerra, para en un futuro, imponer la evidente supremacía de la raza aria en todo el mundo conocido.

Algo debió notar en mis ojos aquel monstruo porque, sin transición, pasó de ser un pacífico maestro de pueblo aleccionando condescendentemente a un pobre ser ignorante, a gritar fuera

¹⁴² Ver el artículo de la prensa referente a los logros científicos del III Reich.

de sí que no había nada más que añadir a sus palabras, que cumpliera mi parte del trato y que, en caso contrario, correría la misma suerte de Miro Pani.

Le pregunté irónicamente, poniéndome en pie, si es que me estaba amenazando de muerte, lo que en aquellos momentos hubiese sido una liberación para mí.

Su voz sonó helada cuando puntualizó que no exactamente.

Hitler continuó diciéndome que la inmortalidad la tenía asegurada de cualquier manera; luego, dirigiéndose a Weisthor, le dijo que antes de llevarme a la habitación, al calabozo que yo ocupaba, debía mostrarme lo que me esperaba, para toda la eternidad, si trataba de engañarle.

Intuí que la entrevista se había terminado; pero no estaba dispuesto a dejar las cosas en ese punto. Le dije al dictador que no había llegado hasta allí sólo para ver su cara.

Como quien mira a un gusano, me dijo que no teníamos nada más que hablar hasta que no cumpliera con mi parte del trabajo. Añadió que debía considerar el hecho de que tenía mucha suerte de seguir con vida; si había permitido que llegara hasta él, era para que desechara de mi mente toda esperanza de engaño.

Con Weisthor y los demás, dijo, yo tenía alguna posibilidad, pero ninguna con él y en ese momento, yo debía entenderlo. Como si su carácter hubiese cambiado en décimas de segundo, vociferó fuera de sí, en dirección al general, que me condujera donde había ordenado. Como en una pesadilla, vi a Weisthor golpear sus tacones al tiempo que saludaba, la palma de la mano alzada, con el tan odiado “¡Heil, Hitler!” de rigor.

Tras un corto recorrido por los pasillos, se abrió la puerta de acceso a un montacargas que comenzó a descender en dirección a las entrañas de aquella ciudad subterránea. Cuando salimos del ascensor no pude por menos que sorprenderme ante el panorama que estaban contemplando mis ojos.

Nos encontrábamos en la base de una gigantesca estancia cilíndrica, de colosales dimensiones, cuyos muros transparentes dejaban ver cientos de recintos en los que carpinteros, mecánicos,

sastres, zapateros, ebanistas y otros artesanos se ocupaban en sus respectivos oficios bajo una luz sorprendentemente esplendorosa.

En el centro de aquel círculo podía verse un hueco del que surgía el zumbido inquietante que podía oír desde mi calabozo acompañado de un angustioso resplandor compuesto por mil tonos rojizos. Empujado por la curiosidad que me producía, pregunté a Weisthor por la utilidad del pozo. Con un gesto me instó a que le acompañase. Nos acercamos al borde del hueco y, lo que pude ver, me produjo arcadas.

En medio de una oscuridad supraterrrenal podía apreciarse una enorme esfera que, a pesar de destacar en la oscuridad por su negrura, parecía emitir una especie de energía que refulgía precisamente por su falta de luz. Ocupando la totalidad de aquella esfera se podían adivinar miles de seres informes, abominables, de aspecto agresivo que se movían incesantemente, oscilando de un lado al otro, en una especie de danza diabólica produciendo al mismo unas desagradables vibraciones sonoras que llenaban todo el ambiente de la estancia.

La voz de Weisthor me sobresaltó al explicarme que, simplificando mucho, lo que estaban contemplando mis ojos era su central eléctrica, aunque pudiese parecer mentira. La energía espiritual que desprendían esos seres, dijo gozando con mi incredulidad, era suficiente para mantener iluminada la ciudad y hacer funcionar sus aparatos eléctricos sin límite de tiempo. Se alimentaban, por decirlo de alguna manera comprensible, del dolor, del esfuerzo y del miedo de los seres humanos que permanecían dentro de los límites de la ciudad.

Creo que comenté en voz alta que parecían criaturas infernales. Weisthor, que me había oído, dijo que posiblemente lo serían, si existiera realmente el infierno; pero, por desgracia, no aguantaban el fuego. Al parecer no vivirían ni diez minutos expuestos a las llamas. Seguimos caminando mientras el general me explicaba que aquel era el barrio de los oficios. De ahí salían ropas, calzado, máquinas, muebles y todo cuanto necesitaban para vivir cómodamente.

Tras cruzar aquel enorme círculo que asemejaba una especie de plaza vacía a la que se asomaban todas las estancias, accedimos por una puerta a otro pasillo y, al salir de él, la luz me cegó.

Cuando recuperé la visión pude ver un terreno de unas diez hectáreas de extensión en el que algunas decenas de hombres de apariencia física impresionante se afanaban en labores agrícolas. Weisthor se ocupó en explicarme el funcionamiento de aquella especie de huerta gigantesca.

Dijo que aquella era una de las cien plantaciones dedicadas a la producción de frutas vegetales y cereales. Como podía ver por mí mismo, no era necesaria la luz del sol para que crecieran los cultivos; la misma energía que iluminaba la ciudad, hacía que las plantas se desarrollasen en muy poco tiempo.

Los niveles estaban dispuestos, uno sobre otro, y se cultivaba todo cuanto era necesario para el consumo interno de los habitantes. Era evidente, siguió diciendo, que los cultivos tropicales estaban situados en las plantas más bajas mientras que, aquellos que necesitan menos temperatura, estaban más cerca de la superficie. De ahí salían todos los vegetales, legumbres y frutas que consumían.

Existían también otros sectores dedicados a la ganadería, a la minería y tenían incluso piscifactorías. Todo lo que se producía en los diferentes sectores era conservado en los almacenes fríos hasta el momento de ser procesados en las plantas conserveras o en las cocinas. Del mismo modo fabricaban vino, champagne y licores, amén de alguna que otra sustancia que después de procesada les alegraba un poco la vida; cocaína y morfina, por ejemplo. Además disponían de factorías para procesar cualquier sustancia química que pudieran precisar.

Pregunté quién manejaba todo aquel complejo ya que, para mantener en marcha una infraestructura de ese tamaño se necesitarían además de obreros, ingenieros, químicos y especialistas.

Para que yo fuese entendiendo un poco el funcionamiento de Akahim, Weisthor me explicó que había una población de ciento veinte mil personas en la ciudad. Como en toda población desarrollada, había obreros, médicos, químicos, soldados, ingenieros, cocineros y, en general, cuantos operarios y profesionales se necesitaban para mantener un nivel de vida normal. Cada quien se dedicaba a su oficio para que la ciudad pudiera seguir eternamente su desarrollo sin necesitar nada del exterior.

Después de un breve silencio, sin ocultar lo orgullosos que estaban de su enorme inteligencia, añadió que para llegar a esa perfección en el funcionamiento de la ciudad subterránea, habían llevado desde Alemania a los más destacados artífices de cada profesión para que pudiesen enseñar a quienes les sucedieran.

Aquella afirmación sí era sorprendente de veras porque tenía entendido que todo el mundo era inmortal. Se lo dije a Weisthor con extrañeza, y me respondió que la inmortalidad quedaba reservada para una minoría capaz de utilizarla con inteligencia y aprovechamiento: La clase dirigente.

Según su teoría, que se empeñó en describir, siempre había existido una clase regente. La sociedad perfecta, desde su punto de vista, pasaba por una estructuración piramidal en la que, sólo quienes estaban más capacitados para ejercer el mando, podían detentar el poder con garantías de éxito. Ellos, por supuesto, decidían quién estaba preparado y quién no; pero yo no era capaz de entender su punto de vista, no comprendía por qué los miembros de una sociedad debían ser controlados por su propio bien.

De pronto se me ocurrió una pregunta que le hice aprovechando la buena disposición del general para saciar mi curiosidad ante algo tan extraño para mí, tan inesperado, como lo era el hecho de estar viviendo en una ciudad dominada por un hombre que había muerto en mil novecientos cuarenta y cinco ¿Había mujeres en aquella ciudad subterránea? Me contestó que había una sección de mujeres preparadas para satisfacer cualquier deseo, al igual que muchachos complacientes, y luego estaba el sector que se ocupaba de la reproducción humana en el que se engendraban cuantos obreros hicieran falta para el correcto funcionamiento de aquella sociedad, manteniendo un número constante de habitantes en la ciudad. Cuando observé que en realidad eran engendrados para trabajar durante toda su vida, me respondió que pasaría por alto mi pobre sarcasmo, y se adelantó unos pasos. Tras recorrer un nuevo pasillo, se abrió una puerta. Weisthor señaló con el dedo al fondo de la pequeña estancia y dijo que allí estaba mi héroe, Miro Pani

Cuando dirigí la vista hacia el lugar que Weisthor me señalaba, sentí un violento escalofrío en la espina dorsal: Colgado de

las muñecas, con los brazos detrás de la espalda, se veía un cuerpo humano salvajemente torturado.

La voz del general me informaba de manera impersonal que, como podía observar, estaba todavía con vida. Luego me dijo que no debía olvidar lo que me había notificado el Führer, que también Miro era inmortal como ellos. Se le mantenía vivo para que pudiese sufrir durante toda la eternidad. Una forma, como otra cualquiera, de pagar el daño que les hizo en su día.

Superando las arcadas que pugnaban por vaciarme el estómago y haciendo un esfuerzo supremo para reprimir las ansias salvajes de atacar al infecto general, pude dominar mi voz lo suficiente como para preguntar si no le importaría mucho que nos fuéramos de allí cuanto antes.

Aquella misma tarde, después de la comida, unos soldados de las SS acompañados por el oficial, me llevaron al calabozo una pequeña mesa plegable y abundante material de escritura, participándome que por la noche, a la hora de la cena, alguien pasaría a buscar la lista de los materiales que necesitase.

Por mucho que lo intentaba era incapaz de concentrarme en lo que debía hacer. La imagen de Miro Pani colgado en su celda, la certeza del dolor sobrehumano que tenía que soportar todos los días de su existencia, me estaba desquiciando.

Una parte de mí estaba dispuesta a terminar con aquellos seres inhumanos de una vez por todas, pero el cerebro no encontraba la forma de hacerlo. Tenía la mente embotada; sin embargo creía que, antes de la noche, podría dar con una idea que me permitiese escapar llevando conmigo a Miro Pani; sin embargo el hecho de arrastrar con un cuerpo inerte era una dificultad añadida a la ya de por sí complicada huída de un hombre solo.

Dando vueltas por la celda pensaba en lo que, hasta ese momento, había sido mi vida. Los recuerdos me llevaron de la mano hasta mi juventud caminera, a mi vida en libertad, y al trabajo como soldado en La Lègion Etrangère.

De pronto me di cuenta dónde podía estar la solución a los problemas que se planteaban, la huída y el castigo para aquellos

seres depravados. Durante algún tiempo, apelando a la memoria, estuve preparando la lista de los elementos que iba a necesitar.

Taché palabras, rompí papeles, me desesperé, hice esfuerzos de concentración pero, en el momento en que se abrió la puerta para dar paso a los soldados con la cena, pude entregar una larga lista de materiales y aparatos que, en líneas generales, podían formar parte de un laboratorio de alquimia.

Cuando desperté, después de una noche de descanso neutro, sin sueños ni pesadillas, me condujeron a una enorme sala que habían convertido en laboratorio. Además de los atanores, alambiques, probetas, tubos de ensayo, mecheros de Bunsen, otros aparatos y herramientas, podían verse los sacos y bidones llenos de sustancias químicas que había solicitado.

En un lateral de aquella sala habían habilitado un pequeño habitáculo con una cama, un inodoro, un lavabo y una ducha, además de un armario repleto de ropa limpia.

El oficial que me había acompañado cerró la puerta después de avisarme que el general Weisthor llegaría en unos minutos.

Al poco tiempo se abrió la puerta para dar paso al general. Con voz enérgica, acostumbrada al mando, me dijo que como podía comprobar allí tenía todo cuanto les había pedido; pero que no se me ocurriera jugar a ser Nóbel porque todos conocían en la ciudad la pólvora, la dinamita y la trilita, sin contar con que, en el caso de que quisiese fabricar cordita o cualquier otro explosivo, sería descubierto y pagaría por ello. Debía procurar no desafiarlos, me avisó. Le dije que no era mi intención aunque sí que me gustaría trabajar sin molestias.

Me prometió que no sería incomodado por nadie, a menos que fuese necesario. Tres veces al día me llevarían comida y bebida. Si acaso necesitaba trabajar durante muchas horas seguidas, si precisaba de ayudas químicas, podía pedir al oficial que me trajera cocaína, anfetaminas o lo que creyera conveniente; al parecer sus obreros la tomaban a diario y les iba muy bien.

Cuando me quedé solo, hice una revisión de todo el material que tenía a mi disposición y pensé que preparar un explosivo, como me había dicho Weisthor, sería una solemne tontería, pero

sólo si lograban descubrirlo. Me dije que si llevaban tanto tiempo encerrados allí, sus investigaciones sobre explosivos habrían llevado, obligatoriamente, una dirección totalmente distinta a la investigación militar convencional que se había hecho durante todos aquellos años en el exterior de la ciudad. Era muy posible que no supieran mucho de los explosivos modernos y, en el supuesto que sí conociesen del tema, debía arriesgarme e intentarlo.

Había dos cosas de las que me había dado cuenta.

Primero, no tenían cámaras de vigilancia por ningún lado; en segundo lugar, si desde el pasillo las puertas no eran apreciables, desde el interior de las salas sí que podían verse con claridad las ranuras que marcaban la existencia de jambas y dinteles.

La falta de cámaras para vigilancia y control podía explicarse razonablemente porque las cabezas pensantes de aquella comunidad no las necesitaban, estando todo el mundo encerrado; pero, por otro lado, me parecía imposible que no hubiese algún tipo de vigilancia óptica.

Si tenía en cuenta que todos los que llevaban a cabo trabajos duros estaban convenientemente drogados, la cúpula dirigente no necesitaba ejercer sobre ellos vigilancia alguna; pero podía existir algún medio para vigilarlos que yo no había advertido, a pesar de no haber visto en el despacho del general monitores o pantallas que permitieran suponerlo.

De todas formas debía asumir el riesgo que representaba mi desconocimiento sobre aquel punto.

La primera tarea que me ocupó fue el montaje de algo que se pareciese, al menos convincentemente, a un antiguo laboratorio alquímico.

Durante los dos primeros días me dediqué a preparar un escenario camuflando todo lo que realmente me interesaba, entre los serpentines y los alambiques, al tiempo que rellenaba papeles con pentáculos y signos indescifrables, incluso para mí. En resumen estaba creando una apariencia, un decorado para poder trabajar en paz y, sobre todo, para que quien me llevase la comida informase a Weisthor de los supuestos avances que se estaban haciendo en el laboratorio.

Contaba, en principio, con la fatua autosuficiencia de aquellos hombres que, en ningún momento pensarían que alguien intentase escapar de allí, que nadie osaría a desafiarlos; si me equivocaba en ese punto no habría otra escapatoria que la muerte entre terribles dolores o una angustiosa eternidad llena de, angustia, pesadillas y horribles sufrimientos.

Una vez que tuve todo dispuesto y las ideas claras, me concentré en la tarea de fabricar los explosivos que necesitaba. Al carecer de unos detonadores eléctricos, tenía que elegir entre iniciar la explosión por medio de una mecha o con un detonador de golpe.

Tras mucho pensarlo, al ver que mis conocimientos como artificiero no daban como para conseguir un detonador de golpe fiable, decidí que la mecha sería lo más idóneo y comencé a preparar el explosivo. Entre lo que había pedido encontré el azúcar molido, que pensaba utilizar para fabricar carbón vegetal, el nitrato de potasio, el ácido sulfúrico, el nitrato amónico, el agua oxigenada al treinta por ciento, un envase lleno de acetona, una gran bolsa repleta de bórax, la glicerina, el alcohol, el mercurio, el carbonato sódico, la sal y aluminio para extraer limaduras.

Primero pedí que me trajesen una gran cantidad de hielo; cuando tuve todo lo necesario me dispuse a conseguir peróxido de acetona y luego fabriqué el ácido nítrico que precisaba para el tipo de explosivo que pensaba fabricar. Mientras trabajaba me iba dando cuenta de cómo la vida nos va preparando para los problemas que nos sucederán en un futuro. Me vino a la cabeza el recuerdo de las clases recibidas en la Lègion Etrangère, cómo me había gustado desde el primer momento la técnica para fabricar explosivos y lo atento que permanecía a las palabras del instructor. Si en los combates mantenidos en África no necesité aquellos conocimientos, años más tarde, cuando creía haberlo olvidado todo, aparecía la verdadera razón por la que aprendí aquellas técnicas de artificiero.

Trabajaba con ahínco hasta caer rendido y, en cuanto me despertaba, tras comer algo, me ponía manos a la obra para continuar porque no siempre conseguía los resultados que pretendía; pero al tiempo que trabajaba, trataba de madurar un plan que me permiti-

tiera salir de aquel encierro. Mentalmente recorría los pasillos una y otra vez, basándome en los trayectos que había realizado en compañía del oficial y de Weisthor, para conseguir tener una imagen mental del recorrido que debía hacer.

Creí estar completamente orientado en el dédalo de pasillos y me preparé para poner en marcha el plan que había estado madurando durante todos aquellos días. Cuando me trajo el desayuno, pedí al oficial que avisase a Weisthor porque necesitaba hablar urgentemente con él.

Al poco tiempo llegaba el general.

Cuando terminó de pasear su mirada por el laboratorio, me dijo que esperaba que fuese algo importante porque, para mi información ya había pasado una semana desde que empezaron mis tareas. Era algo que no me preocupaba, le dije, porque el trabajo iba perfectamente y estaría terminado en el tiempo pactado, al menos una muestra de ello, pero necesitaba una buena cantidad de plomo para la transmutación.

“Podía habérselo pedido al oficial”, me respondió con cara avinagrada y le dije que, el plomo, sí; pero necesitaba el jugo de una planta que no sabía si la tenían dentro de la ciudad. Necesitaba la llamada “nuez-medicina”¹⁴³. Me dijo, como yo esperaba, que no creía tenerla en el inventario; pero si era realmente necesaria para que pudiera terminar mi trabajo, la buscarían.

Era perfectamente consciente de que en ese momento me estaba jugando la libertad; de lo que iba a decirle a Weisthor, dependía mi vida. Afirmé, con tanta seguridad como pude reunir, que debía ir a buscarla en persona; la planta debía ser recolectada, para el uso que iba a darle, de un modo un tanto especial. Por supuesto, comprendía que debía salir escoltado, pero esperaba que no fuera demasiado difícil encontrarla.

Cuando el general dijo que vería lo que podía hacer, supe que tenía la partida casi ganada; pero cuando cerraron la puerta me asaltaron los temores, el miedo a que se hubiese dado cuenta de mi treta y vinieran para llevarme al lado de Miro Pani, el terror

92 Se refiere a la planta llamada “*Jatropha curcas*”, que se encuentra con relativa frecuencia en terrenos tropicales húmedos.

a vivir una eternidad entre el dolor y la angustia. Hubiera saltado de alegría cuando el oficial fue a buscarme un rato más tarde acompañado por diez soldados de las SS fuertemente armados. Mientras me dirigía a la salida escoltado por los esbirros nazis pensaba que la planta en sí misma no me importaba en absoluto, no la necesitaba ni quería escapar en ese momento y dudaba mucho que ellos fuesen capaces de reconocerla; sencillamente quería aprender el camino de salida y la única excusa válida que encontré fue la de buscar esa planta aunque recolectaría cualquiera que se le pareciese.

Respiré profundamente el aire de la jungla y, por la luz, pude darme cuenta de que acababa de pasar el medio día. Encontré al poco tiempo un arbusto de nuez medicina y, para cubrir el expediente, fingí dar unos pases mágicos a la planta mientras aparentaba salmodiar una letanía, corté algunas ramas con sus hojas y bayas, las guardé con cuidado en una cajita que había llevado conmigo y le hice seña al oficial de que, cuando quisiera, podíamos regresar. Al darme la vuelta pude observar cómo, suspendido de la nada, entre la tierra y las copas de los árboles más altos, el Viejo Salubha me sonreía como si quisiera darme ánimos.

De vuelta en la celda-laboratorio comencé los preparativos. Calculaba disponer de unas doce horas para prepararlo todo como lo había pensado. Sumamente concentrado en lo que hacía, mezclé los componentes con mucho cuidado y arreglé diez cargas, de unos dos kilos cada una, en sendas latas metálicas, que coloqué en un envoltorio parecido a una mochila de fortuna, del tipo Hudson.

Preparé algunas mechas cortas y seguidamente, con unas probetas de buen tamaño, dispuse unos cócteles del tipo Molotov; seguidamente preparé unos tubos de ensayo llenos con ácido sulfúrico que fui colocando en un cinturón que había fabricado con tela de camisa. Estaba todo preparado y solo faltaba que decidiese el momento en que debía actuar.

Una vez que el oficial y sus hombres me trajeron la cena, comí con buen apetito, coloqué cada cosa en el lugar que la precisaba y me dispuse a llevar a cabo la acción más arriesgada que había intentado en mi vida.

La excitación ante la proximidad de la acción, como ocurría siempre, me aflojó las rodillas. Mi plan, de tan elemental, era muy complicado para llevarlo a buen término. Se remitía a volar la puerta de la celda, correr por los pasillos hasta llegar al ascensor, cruzar la base de la estancia en la que se encontraban los artesanos, pasar por la explotación agrícola, llegar al lugar en el que tenían a Miro Pani, liberarlo, cargar con él hacia la salida, volar la puerta de acceso y salir a la selva. A partir de ahí, debía contar con la ayuda del Viejo Salubha; también era consciente de la posibilidad de morir en mi intento de volar la puerta que me encerraba si había calculado mal la carga pero, en ese caso, ya no importaría lo que pudiera suceder a continuación. Con mucho cuidado coloqué el primer recipiente metálico, con la abertura hacia la puerta para crear una carga hueca direccional, prendí la mecha y me protegí en el cubículo tras el colchón, encomendándome fervorosamente al Padre.

La brutal explosión me conmocionó ligeramente; pero cuando miré en dirección a la puerta, ésta había desaparecido por completo. Agarré al vuelo la mochila Hudson con las otras cargas y salí corriendo por el pasillo en dirección al lugar en el que creía poder encontrar el ascensor, mientras una anacrónica sirena aullaba dando la alarma a toda la guarnición.

Cuando llegué al punto en el que creía encontrar la puerta de acceso al elevador, coloqué la carga y encendí la corta mecha, aplastándome contra el suelo para no ser alcanzado por la onda expansiva.

La deflagración voló un buen trozo del muro pero, al contrario de lo que esperaba, no apareció el ascensor. Me di cuenta de que debía aprovechar la brecha y, cuando entré por ella sin saber con qué me iba a encontrar, comprendí que se hallaba en una de las salas en las que trabajaban los artesanos que había podido observar desde la base del cilindro cuando Weisthor me llevaba a ver la celda de Miro; constaté que el vidrio que separaba aquella estancia de la plaza circular había desaparecido por la violencia de la detonación. Por el tipo de materiales que se almacenaban en sus anaqueles y las herramientas que yacían esparcidas por los suelos, supe que estaba en uno de los talleres de costura.

Sin pensarlo dos veces, sabiendo que no disponía de mucho tiempo para pensar en mi propia seguridad, afirmé el extremo de una pieza de loneta en la columna que ocupaba el centro del recinto, lancé la otra punta al vacío y me descolgué por aquella especie de fachada vidriada apoyando los pies, de vez en cuando, en los enormes ventanales.

Una vez en suelo firme, corrí en dirección al pozo con toda la velocidad que me permitían las piernas.

En mi mente no había espacio para otro pensamiento que no fuera el de llevar a cabo el plan que había ideado; como en tantas otras ocasiones en las que había puesto la vida en juego, el mundo se desdibujaba a mi alrededor y el cerebro se enfocaba únicamente en lo que se debía hacer ¡Qué lejos quedaba el ritual escondido en “El Cantar de los Cantares” de aquel tráfago violento en el que me hallaba inmerso hasta el cuello! ¡Qué apartado se hallaba mi recuerdo de las enseñanzas que me aportó César o de las ideas siempre sorprendentes de Chana!

Cuando llegué a la orilla del pozo en el que se encontraba el núcleo vital que mantenía en funcionamiento aquella ciudad subterránea, encendí una de las cargas que llevaba preparada y la arrojé en dirección a la esfera negra que era la columna vertebral de todo el complejo ¡Qué suerte el saber que aquellas entidades no podían soportar el fuego por mucho tiempo!

Mientras la explosión retumbaba en mis oídos llenó el ambiente un alarido bestial, infrahumano; aquel bramido era como la suma de muchos aullidos que se hubieran unido para formar un solo estertor de angustia atroz. Dando la espalda al pozo me orienté rápidamente, tomando como referencia el taller de zapatería, del que recordaba la posición exacta con respecto al camino que había seguido con el general, volé otra puerta con ayuda de una carga, seguí por el pasillo a toda velocidad, reventé una nueva puerta y salí al huerto en el que, los hombres responsables de las faenas agrícolas, me miraban sin ser capaces de reaccionar ante un hecho tan poco común como la explosión que se acababa de producir, embrutecidos por las drogas que les suministraban a diario. Seguí por el primer pasillo y, encomendándome fervientemente al Padre para que me ayudase en aquel trance

coloqué una nueva carga en donde calculaba que podía encontrarse la puerta de acceso a la celda de Miro Pani.

Sentí que mi alma se encogía al ver que el desgarrro causado en el muro metálico no conducía a la celda que estaba buscando; pero en lugar de darme por vencido cerré los ojos, irritados por el sudor que entraba en ellos, traté de serenar le respiración y coloqué un nuevo explosivo algunos metros más lejos.

Con esa segunda carga, lo conseguí; había dado con la celda de Miro. Me dirigí hacia el hombre que permanecía colgado, corté rápidamente las ataduras metálicas con ayuda del ácido sulfúrico que había preparado, cargué al herido sobre los hombros haciendo caso omiso de los quejidos que salían de su garganta y salí de nuevo a la enorme huerta para correr por el pasillo en dirección a la plaza circular.

Cuando salí del corredor, las luces comenzaban a parpadear ostensiblemente mientras la sirena perdía fuerza.

De reojo pude ver a Weisthor en el taller de confección, acompañado de un nutrido grupo de hombres armados que me buscaban con la vista; el general gritaba desaforadamente señalando en dirección a donde yo estaba. Me quería vivo, me quería para él; comprendí entonces que la venganza, si me dejaba apresar por aquel hombre frenético, sería brutal.

El miedo, que me permitía correr sin esfuerzo con un hombre cargado en mis espaldas, dio alas a mis pies; al darme cuenta que no podría pasar por el lugar en el que estaba Weisthor con los soldados por mucho que lo intentase, me metí de nuevo en el pasillo por el que había llegado, buscando otra vez la huerta. Más que oír, intuí ruido de botas frente a mí, deposité a Miro Pani en el suelo, preparé tres cócteles Molotov en racimo y, cuando un reducido grupo de soldados apareció por la puerta, fueron recibidos por una bola de combustible inflamado.

Volví a cargar con el cuerpo inerte y, aprovechando que los soldados estaban demasiado ocupados tratando de apagar las llamaradas que los convertían en antorchas vivientes, pasé por encima de ellos. Al salir a la huerta, donde los trabajadores permanecían todavía inmóviles, la sorpresa me hizo frenar en seco; frente

a mí como dos apariciones espectrales, me encontré con lo que parecía la representación borrosa del Patriarca Renzo Pankow, incomprensiblemente acompañado por una imagen de mí mismo. Con el estupor contrayendo mis facciones vi cómo mi propia silueta señalaba con un gesto amable hacia un lugar específico, apenas unos metros hacia mi lado derecho, donde podía verse, abierta de par en par, la puerta de un ascensor por el que, presumiblemente, habían bajado los soldados que acababa de neutralizar en el pasillo.

Sin pararme a pensar en lo incongruente de aquella situación, me metí a la carrera dentro del habitáculo metálico, presioné con rabia el botón correspondiente a la última planta y, cuando el mecanismo se puso en marcha cerrando la puerta, dejé a Miro Pani en el suelo, forcé con las manos una de las planchas del techo, pasé con gran esfuerzo el cuerpo inanimado por el hueco, me aupé yo mismo al techo del ascensor y volví a colocar la plancha en su lugar.

Si todo salía como lo había previsto, disponía de unos quince segundos desde que el ascensor se detuviese hasta que los soldados entraran, se dieran cuenta de lo que había sucedido y abriesen fuego contra el techo.

A falta de unos metros para llegar al final del recorrido, pude ver un hueco en la pared, que debía ser utilizado por los mecánicos para el mantenimiento del motor. Sin tener en cuenta los amargos quejidos de Miro, lo metí por el hueco antes de que el ascensor parase por completo y, con una torsión violentamente dolorosa de la espalda, me arrojé por el espacio abierto; disponía de muy poco tiempo para tomar una decisión acertada, o sería un despojo humano más en un infierno de tortura eterna.

Pude distinguir dos pasillos frente a mí; debía elegir uno. De pronto las luces se apagaron con una sacudida que se me antojó el último estertor de un animal sacrificado con saña; pensé que aquello, si bien suponía la desventaja de no ver por dónde iba, me daba una ventaja: que los soldados perseguidores tampoco podían hacerlo.

Traté de ordenar mis pensamientos mientras recuperaba un poco el aliento. Cuando iba a elegir uno de los dos pasillos confiando en el azar, noté una ligera frescura en la espalda. Me di la

vuelta con cuidado y sentí cómo el sudor se evaporaba de mi rostro refrescándome; deduje que, por algún lugar, entraba una corriente de aire al pasillo de la izquierda.

Caminé a tientas, arrastrando los pies, hasta que topé contra una pared. La palpé con las palmas de las manos y adiviné al tacto unas fisuras por las que se colaba un poco de aire puro que, sin ninguna duda, provenía del exterior de la ciudad. Sin detenerme a reflexionar, coloqué una carga, encendí la mecha y me alejé corriendo en medio de la oscuridad más absoluta hasta que mis pies tropezaron con el cuerpo inerte de Miro Pani.

La deflagración me arrojó con gran violencia contra el suelo; pero cuando me levanté todavía un poco aturdido, vi con gran alegría un enorme hueco en la pared por el que se adivinaba el palor de la bruma en la jungla.

Consumiendo mis últimas energías, cargué con Miro Pani mientras, a mis espaldas, los soldados forzaban el techo del ascensor. Corrí hacia el hueco que la explosión había abierto en el muro; pero cuando pude poner el pie en la selva, observé con amargura que un nutrido grupo de soldados de las SS, acompañados por algunos indios de gesto hostil, me cerraba el paso.

Lo primero que pensé fue dejar en el suelo a Miro, prender las dos cargas que me quedaban y morir llevándome conmigo a todos los que pudiera. Levanté la cabeza para calcular las distancias, eché mano a las cargas pero, cuando miré hacia el grupo, una sonrisa me iluminó brevemente el rostro: más allá de los hombres que me amenazaban, descubrí al Viejo Salubha que me hacía señales para que fuera hacia él.

Empujado por una fuerza desconocida me puse en marcha, con paso firme, en dirección al grupo que me cerraba el paso, sabiendo que iba a morir, pero pasé por entre los soldados y los indios sin que éstos me vieran; antes de caer agotado dejé el cuerpo de Miro sobre el suelo y, cuando me incorporé levemente una vez recuperado el ritmo normal de mi respiración, pude oír a mis espaldas una gigantesca explosión, aunada con un alarido infrahumano salido de cien mil gargantas infernales al unísono. Cuando cesó el horrísono eco, la selva continuó interpretando su habitual concierto de aleteos, gruñidos, rugidos y carreras.

“Maestro”, fue lo único que acerté a decir. La voz suave del Viejo Salubha sonó en mi interior diciéndome que ya había terminado todo, que podía descansar; pero mi preocupación más importante era Miro Pani porque, siendo inmortal y estando encerrado en un cuerpo tan machacado, no veía cómo podríamos sanarle. El Viejo Salubha me hizo saber que Miro, como tal, estaba muerto desde hacía mucho tiempo aunque su cuerpo siguiera con vida; lo difícil sería conseguir la muerte total del organismo para que su alma pudiese por fin abandonarlo aunque, para mi tranquilidad, dijo que siempre había soluciones para los problemas más difíciles.

De cualquier manera, los hombres que habían quedado enterrados en el interior de Akahim, los inmortales, tenían por delante toda una eternidad para sufrir de hambre, de dolor y de sed porque nadie podría liberar esas almas de sus cuerpos. Sonreí imaginándome al prepotente psicópata, al todopoderoso Adolf Hitler contemplar con rabia la eternidad dolorosa que se extendía ante él y no pude por menos de alegrarme; quizás con aquel tormento que le esperaba pagara algo de la deuda espiritual que había contraído con los millones de asesinados, y la ingente cantidad de muertos en una guerra que él inició para satisfacer sus delirios de grandeza.

Al menos ya había terminado todo, ya no existía aparentemente ningún peligro amenazándonos; pero el Viejo Salubha no estaba de acuerdo con mi opinión; siempre que la gente jugase con fuerzas que desconocía, persistiría el peligro para todos. Incluso dentro de los Pueblos Libres, de los rom y de todos aquellos que aún vivían en los caminos, existía esa amenaza latente; pero era un asunto que yo iría descubriendo por mí mismo con el tiempo. Lo primero que debía hacer era volver cuanto antes al lugar en el que me esperaban Gèrard y los suyos con la barca. Antes, debía dormir un poco, al menos para descansar mi cuerpo.

Pensé que Gèrard y su gente ya se habrían ido hacía tiempo; pero el Viejo Salubha me hizo saber que no debía preocuparme por ello, que mejor tratase de dormir un rato. Obedeciendo de buena gana aquella sabia sugerencia, apoyé insensiblemente la cabeza en un bulto de hierba que sobresalía del suelo; aún antes de cerrar los ojos me había quedado profundamente dormido.

De madrugada, cuando desperté, pude ver que estaba dentro del antiguo túnel que daba acceso a la antigua ciudad de Akahim. A mi lado, Miro Pani, seguía sumido en una inconsciencia total; pero la presencia del Viejo Salubha, unos metros más lejos, parecía ejercer de calmante puesto que la expresión de Pani se adivinaba relajada, sin la crispación amarga que, hasta ese momento, le había conferido el dolor a sus rasgos.

Me sorprendió que, a pesar de la agitación y el esfuerzo de las últimas horas, me encontrara perfectamente, sin molestias físicas, como si acabase de dormir plácidamente durante muchas horas después de pasar unas largas vacaciones en la tranquilidad del campo. Me acerqué lentamente hasta el anciano y, tras agradecerle su presencia allí, le manifesté un deseo que me inquietaba el alma desde el momento en que conocí la existencia de Miro Pani, como individuo todavía con vida.

El viejo Salubha sonrió delicadamente y, con un noble gesto, me pidió que tomara asiento a lado del herido; un momento más tarde me encontraba en mitad de un templete cuya base tenía la forma de una estrella de seis puntas, con doce columnas, totalmente recubierto con polvo de esmeraldas, junto a un Miro Pani vivo, perfectamente sano a mi lado, consciente y con una sonrisa que le iluminaba el rostro. La voz de Miro era suave como un atardecer frente al mar en calma. Me deseó la paz y dijo que le alegraba mucho verme, añadiendo que me felicitaba por haber sido capaz de sacarle de la ciudad. Pensé que, si quería hablar con él, era el momento de poder hacerlo en relativa tranquilidad; disponíamos de algún tiempo para conversar así que, si deseaba preguntarle algo, debía hacerlo puesto que nuestro tiempo era forzosamente limitado.

Antes de que pudiese decir nada me dio las gracias por lo que acababa de hacer poniendo en juego mi propia vida y porque yo había sido la mano ejecutora de su última maldición a Hitler.

Como no entendía nada de aquella maldición me dijo que, por el momento, tenía suficiente con saber que Hitler y sus esbirros eran inmortales, sí; pero enterrados en vida para toda la eternidad. El Padre escribía siempre muy recto, añadió, aún con los renglones más torcidos.

Las preguntas se agolpaban, estorbándose, en mi mente; entre las muchas que deseaba hacer se me hacía muy difícil elegir una sola, así que comencé con la que primera que me salió del alma. Quería saber cómo había llegado a la ciudad subterránea, ya que a mí me aseguraron que había muerto frente a un soldado soviético en Birkenau.

Respondió que quien murió en el Campo de Concentración de Birkenau era uno de los muchos que interrogaron después de llevarle a él hasta la ciudad subterránea; sin duda el torturado había sido un pobre romaní que no sabía nada de lo que estaba sucediendo aunque, a su modo, pagó por ello con su vida. Ahora bien, si quería realmente conocer cómo había llegado él hasta allí, debía cerrar los ojos y abrir el espíritu.

Lo que sucedió a continuación se escapa a toda lógica, elude cualquier razonamiento coherente para quien no conozca las fuerzas que realmente se mueven en este mundo. Cuando recuerdo aquel sueño dentro, de otro sueño, aún tengo dificultades para comprender qué sucedió exactamente en aquellos momentos.

Era como si, acompañado del mismo Miro, contemplásemos su vida anterior e incomprensiblemente, al mismo tiempo, yo tuviese la capacidad de estar dentro de sus pensamientos sabiendo, en cada momento, lo que había pasado por su cabeza.

De pronto me encontré viendo a Miro en el instante que llegaba a París en plena Segunda Guerra Mundial. Lo vi mirando por encima de su hombro para ver si estaba siendo acosado por alguno de los esbirros hitlerianos que le seguían los pasos desde hacía meses.

Sentí que Miro sabía que su vida no valdría nada si caía en manos de las SS, pero que, al mismo tiempo, estaba convencido de que no todo podía salirle tan mal; aunque también era verdad que los sicarios del desequilibrado dictador estaban por todas partes, al acecho de víctimas con las que calmar la enorme sed de sangre que parecía tener el cabo de Bohemia.

Hacía poco tiempo que había regresado de su viaje a Sudamérica y Miro, con su secreto a cuestas caminaba en este

mundo con un solo objetivo: salvar su vida para poder entregar el ritual a otra persona que pudiese eternizarlo en el tiempo. En su cabeza se mezclaban miles de sensaciones, de vivencias, de sentimientos encontrados. Por una parte, el hecho de ser depositario del ritual escondido en El Cantar de los Cantares le hacía sentirse orgulloso de su destino; por otra, la enorme presión a que estaba sometido, la persecución que sufría por parte de la Ahnenerbe y las SS, le tenía el corazón como encerrado en un puño. De poco le servía apoyarse en sus conocimientos espirituales si, a la vuelta de cualquier esquina, un delator, sin nombre ni rostro, podía poner punto final a su misión antes de llevarla a cabo.

Deseaba llegar en cuanto le fuera posible hasta Biarritz en donde, con un poco de suerte, podría conseguir un transporte que le llevase hasta Inglaterra, claro que antes debía poner en conocimiento de la persona elegida todo cuanto había aprendido; pero hasta que la localizase necesitaba un lugar en el que esconderse durante algunas horas y había pensado en su amigo Max.

Caminó durante un par de horas hasta llegar a la Place de l'Etoile, pasando cabizbajo ante el Arco de Triunfo, y encaró la Avenida Foch. Sabía que su amigo saldría por la tarde a pasear el perro de su jefe y pensaba pedirle ayuda. Max trabajaba en calidad de mayordomo para una familia de terratenientes que poseía inmensas fincas por todo el territorio francés. No tuvo que esperar demasiado ya que, al pasar frente al lujoso portal marcado con el número cuarenta y ocho, pudo observar la silueta de su amigo que conversaba con el portero de aquella casa. Se instaló cerca de la entrada, medio escondido tras un árbol del paseo central y, cuando Max pasó cerca de él, se dejó ver al tiempo que hacía un gesto indicando que siguiera caminando. Después de recorrer algunos metros, Miro se acercó a un banco y tomó asiento hasta que llegó Max y ocupó un extremo del mismo. Con la excusa de pedir un cigarrillo, entablaron conversación; cualquiera que los hubiese visto podía pensar que aquella era la primera vez que se veían, además que, al menos en apariencia, nada podían tener en común el mayordomo de un multimillonario con un gitano astroso.

De manera disimulada, cautelosa, Miro pani explicó a su amigo la situación en la que se encontraba y Max se ofreció a

esconderlo en una de las buhardillas del edificio en la que había cuartos a disposición de la servidumbre para que descansaran cuando, por la tardanza en terminar su trabajo, no les daba tiempo a ir hasta sus casas.

Un rato más tarde, mientras Max distraía con su conversación al engalanado portero del edificio, Miro pasaba por el vestíbulo en dirección al patio donde, tras pasar una pequeña puerta, comenzó a subir las estrechas escaleras de empinados escalones hasta llegar a la última planta. Hasta allí llegó Max, un poco más tarde, con una bolsa de papel, abrió una puerta y ambos entraron en el cuarto donde pudieron abrazarse después de seis años sin verse.

Una vez solo, Miro abrió la bolsa, comió un poco de patè, algo de queso con pan, acompañado todo de buen vino y, tras liarse un cigarrillo de picadura, abrió la ventana. Mientras paseaba su mirada por los tejados del distrito XVI, el más exclusivo de París, no dejaba de pensar en todo lo que acababa de vivir en los últimos años.

Podía revivir claramente en mi espíritu, junto con Miro, el momento justo en que recibió aquellos pergaminos de manos de la mujer que lo había iniciado en los misterios del mundo místico; era capaz de recordar con él, en él, cómo su alma había roto las pesadas cadenas del olvido, durante el ritual de iniciación, llegando a recordar todo cuanto miles de generaciones romanís habían almacenado en la memoria colectiva de su pueblo. Si cerraba los ojos todavía podía sentir en mi interior las benéficas vibraciones de nuestras respectivas iniciadoras que se esforzaban por hacernos entender, sin palabras, el comienzo de la senda que deberíamos recorrer a lo largo de nuestra vida para llegar a cumplir las misiones que nos estaban destinadas únicamente a nosotros, desde el principio de los tiempos.

Resonaban en mi memoria los arduos días de aprendizaje que ambos, con años de separación, habíamos vivido, las jornadas de silencios exhaustivos, las meditaciones sin final hasta que pudimos saborear los frutos de tanto esfuerzo. Tardé en comprender que los milagros no eran sino hechos, muy poco corrientes, que estaban al alcance de todo aquel que tuviera un poco de fe; pero la gente, cuando se hablaba de lo que ellos llamaban magia, espe-

raba asistir a una fiesta con luces, truenos y manifestaciones espectaculares porque, en el fondo de sus olvidadizas almas no se atrevían a creer en lo que eran capaces de hacer por ellos mismos.

Junto a Miro, rememoramos los interminables días de estudio, hasta que pude comprender, por medio de mi hermano Pani, la estrecha relación que había entre los cráneos de cristal, y la Ahnenerbe; para ello él había tenido que acceder a la clarividencia libradora del Conocimiento, que le llegó durante su viaje a Sudamérica. Aprendí que él tuvo que mantener diversos contactos con gitanos en Colombia, en Brasil y en Venezuela hasta que pudo formarse una idea bastante aproximada de lo que estaba sucediendo. Así supo que los nazis de la Ahnenerbe llevaban algún tiempo poniendo sus ojos en la selva amazónica porque intuían que allí se podía desvelar la puerta de entrada a otro mundo. Estaba claro que ellos creían tener acceso a una mítica ciudad subterránea porque todas las tradiciones, casi sin excepción, hablaban de una ciudad en el interior del planeta; pero su ceguera les había impedido comprender que el acceso a la ciudad interna está dentro de cada uno de los seres humanos, que sólo es necesario buscar en uno mismo para encontrarla.

Por la memoria de Miro, que en esos momentos era también la mía, fueron desfilando las jornadas fatigosas, eternas, en medio de una selva asfixiante, mientras iba en busca de aquellas ruinas que parecían estar en el centro de todos los anhelos.

Luego los confusos sueños, las visiones, sus conversaciones con aquel ser de luz que le llevaba con él a otros planos, a lugares nunca vistos en donde le impartía lecciones, sobre todo aquello que muchos, aún a pesar de llamarse a sí mismos Maestros, habían olvidado desde hacía varias generaciones.

También me llenaban la mente aquellas sensaciones tan especiales que experimentó Miro al tocar los cráneos de cristal, herencia de unos seres ya desaparecidos, que eran sólo una pequeña muestra del avance científico que habían alcanzado hacía ya muchos siglos.

Recordamos unánimes cómo, después de un tiempo incomparablemente feliz, había llegado el desengaño, la certeza de que los nazis pensaban perpetuar la guerra y montar varias bases

ocultas desde las que pudiesen iniciar una nueva ofensiva para imponer sus deseos, sus aspiraciones de formar una raza pura, aún a costa de acabar con los mortales que no quisiesen sufrir la esclavitud a la que sin dudas serían sometidos por quienes se consideraban a sí mismos la raza elegida.

El sol brillaba alto sobre el cielo parisino cuando Miro Pani, en un concurrido Bar cerca de la Gare du Nord, pudo encontrarse con las personas a las que había citado por medio de Max y hablar con ellos para ponerles al corriente de las intenciones que tenía; pero aquella gente había sido prevenida por otros medios de difícil explicación; aún antes de mantener aquella entrevista, ya habían dispuesto todo para facilitar los movimientos del Patriarca. Horas más tarde, escondido en un furgón que repartía habitualmente paquetes y mercancías, enterrado entre fardos, llegó a la localidad de Longpont-sur-Orge, en donde le presentaron a la que había sido elegida para recibir todos los secretos del ritual escondido; pero la mayor alegría de Miro fue ver a sus dos perros “Batacolé¹⁴⁴” y “Chinorri¹⁴⁵” que corrían hacia él en medio de una desenfadada orgía de ladridos y movimientos frenéticos de rabo. El Patriarca acarició con cariño las cabezas de los nobles animales que gruñían ansiosamente intentando lamer las manos de su dueño, ante la mirada sorprendida de aquellas personas¹⁴⁶ que, a pesar de las tradiciones habían llevado a los animales de Pani para alegrarle.

Con objeto de facilitar la tarea que acometerían en breve, al Patriarca y a la futura depositaria del secreto les habían preparado una pequeña habitación subterránea en una de las viviendas del pueblo; una especie de habitáculo que se utilizaba para la cría de champiñones, en la que ambos convivieron como dos viejos amigos que se hubieran conocido desde siempre. Durante algunos días Miro alternaba largas conversaciones con aquella mujer, a la que

¹⁴⁴ Amarillo.

¹⁴⁵ Niña chica

¹⁴⁶ A pesar de que las tradiciones gitanas aseguran que los perros son animales impuros, ver la parte de la tradición gitana en el anexo, Miro Pani acariciaba a sus perros en un gesto que enfrenta a la tradición para expresar que, si bien en el pasado, por cuestiones de higiene se rechazaba el contacto con esos animales, él estaba convencido de que habría que ir cambiando muchas de las cosas que se daban por ciertas en los Pueblos Libres.

habían impuesto el nombre de Orchí¹⁴⁷ que honraba con creces, y parecía absorber las enseñanzas que salían por los labios de Miro Pani hacia el eje mismo de su ser interno, con largos paseos por el campo en compañía de sus perros; la preparación necesaria para realizar la iniciación se pensó hasta el último detalle porque todos, sin excepción, sabían que era la última oportunidad de que alguien pudiera quedar en posesión del verdadero ritual oculto por Salomón entre los versos de “El Cantar de los Cantares”.

Para que aquel esfuerzo colectivo tuviese las mayores garantías de éxito, dispusieron cerca de allí, en la ribera del río Orge, un pequeño cobertizo fabricado con madera del soto y ramas de árboles en el que pudiesen llevar a cabo aquel complejo ritual sin ser molestados. Un día antes de la luna llena, Miro Pani fue al lugar señalado acompañado de la mujer y se sentaron dentro del cobertizo en el que las mujeres de la tribu habían preparado todo cuanto les habían pedido; a prudente distancia los perros del Patriarca, como si fueran conscientes de la enorme importancia de aquella situación, se acomodaron, vigilantes, bajo unos árboles.

Todo estaba bien dispuesto y, para que nadie turbara el ritual, los gitanos habían preparado un cerco de vigilancia, invisible a los ojos extraños, para detectar la llegada de intrusos e impedirles el paso con diversas maniobras de distracción que habían pensado; en el caso de que a los soldados nazis se les ocurriese patrullar, un grupo de gitanos estaba listo para entretener su atención, al menos durante algunas horas, hasta que se pudiese dar por terminada la ceremonia de iniciación que iban a celebrar Miro y Orchí.

El último círculo de protección lo formaban “Batacolé” y “Chinorri” que darían aviso si alguien se acercaba a la orilla del Orge.

La noche de una luna llena comenzaba a ganar su cotidiana batalla al día cuando dieron comienzo al ritual encendiendo una buena fogata en el interior del enramado.

Ambos habían cumplido cuidadosamente con las abluciones necesarias en el agua limpia del río; luego habían procedido a

¹⁴⁷ Belleza. En algunos lugares Orchí también puede ser utilizado con el significado de alma y de espíritu.

perfumarse, como marcaba el ritual, con incienso y aceite puro de rosas.

La noche aparecía brillante, espléndida. Sobre el agua del río se reflejaba una luna blanca, inmensa, que resaltaba las ondulaciones del agua con ribetes de plata brillante; sólo algunos pájaros se atrevían a quebrar un profundo silencio que, salvo por aquellos trinos aislados, únicamente era roto por el quedo murmullo del agua que rolaba mansamente camino al Sena para, una vez convertida en parte de un río mayor, poder besar devotamente las aguas del mar.

Los perros, tumbados cómodamente en la hierba a varios metros del cobertizo, movían la cabeza, atentos a los lugares de los que les llegaban sonidos y olores que sus agudos sentidos podían percibir.

Miro Pani, colocado cerca de la pequeña hoguera inició el ritual besando suavemente los labios de la mujer y le mojó las sienes con aceite de unción recitando en idioma caló una frase llegada desde siglos remotos.

—“Andiar sangue penelo, que sinará osuncho anglal es majares de Undebèl por yeque chor querela aberuco¹⁴⁸”.

Con gran ceremonia, Miro sacó un paño de terciopelo verde en el llevaba guardada una cadena de la cual colgaban varias monedas de oro y plata. Se la ofreció a Orchí. Ella la tomó con delicadeza y, después de llevársela a la frente en señal de agradecimiento, la dejó en una esquina del cobertizo envuelta en el terciopelo. Luego, con paso lento, casi majestuoso, se acercó al lugar en el que Miro Pani la esperaba. Los ojos de la mujer reflejaban la gran concentración en la que estaba inmersa; pero también se podía advertir en sus pupilas un brillo de miedo a lo desconocido, de inquietud ante la responsabilidad que le esperaba.

El hombre la salpicó con un poco de esencia de nardo, se colocó a sus espaldas, colocó la palma de su mano izquierda sobre la garganta femenina mientras su mano derecha, abierta también, se apoyaba en el ombligo de la mujer. La boca de Miro Pani susurraba repetidamente en el oído de Orchí las palabras rituales pronunciadas en lengua romaní:

¹⁴⁸ “También os digo que habrá alegría entre los ángeles del Señor por un solo pecador que se arrepienta”.

—“Ánde chanderí hi o chachipé i sa me tehariná sa mi túga the mi bax, me asvá, mo barvalipé, mi ljubáv, mo sastipé¹⁴⁹”.

Aquel mantra repetido con diferentes entonaciones de voz, siempre susurrando, iba invadiendo a la mujer de manera lenta llevándola a un estado de paz interna que nunca en su vida había disfrutado.

Cuando Miro pensó que Orchí se encontraba dispuesta para transitar al siguiente paso del ritual, la tomó de la mano, salieron del cobertizo y la acompañó hasta unas rocas que había cerca; allí le indicó que se acostara en el suelo y comenzara a pronunciar su nombre con diferentes entonaciones y cadencias.

La mujer le obedeció y una vez que su cuerpo estuvo en contacto con la tierra, comenzó a salmodiar su nombre tal y como Miro le había dicho: “Orchí... Orchí... Orchí”. Conforme los labios femeninos iban modulando aquel nombre con diferentes entonaciones, por su mente desfilaban rostros, personas, acontecimientos y escenas que ella había olvidado. Su espíritu comenzó a vibrar al unísono con su cuerpo y sintió un mareo tan fuerte que, por un momento, pensó suspender aquellos sonidos; pero el mareo dio paso a una gran paz, a un bienestar que iba llenando los rincones de su cuerpo, todos y cada uno de ellos, sintiendo como si unas manos sobrenaturales le estuviesen aplicando un bálsamo dulcísimo en su alma.

De pronto escuchó cómo una voz llegada de un más allá, que curiosamente sentía cercano, la llamó por su nombre; las vibraciones que le produjo en el centro de su cuerpo desestabilizaron por un instante aquella concentración y, Orchí, tardó varios minutos en darse cuenta que Miro Pani le tendía la mano para ayudarle a ponerse en pie.

De vuelta en el cobertizo, Miro arrojó sobre la hoguera un poco de incienso con algunas hierbas aromáticas frescas y dejó que la densa nube de humo los envolviera; pasado un tiempo que a la mujer se le hizo eterno, Miro Pani le indicó que debía desnudarse por completo.

¹⁴⁹ En la Sabiduría está la verdad y todas mis mañanas, toda mi tristeza y mi fortuna, mis lágrimas, mi riqueza, mis amores, mi salud.

Tomó entre sus dedos una porción de mirra e incienso mezclados y fue ungiendo con aquella mezcla, en un orden prefijado, los ojos, el cabello, los dientes, los labios, las mejillas, el cuello y el pecho, al tiempo que iba nombrándolos en caló:

—“*Sakai, aires, dané, sonsí, chomé, querló, chuchaí... “.*

Cuando llegó a la altura de los pechos de la mujer, colocó la palma de su mano derecha abierta, justo en el centro del esternón, y dijo con voz profunda:

—“*Gucara ho orquidú...acaná¹⁵⁰”.*

Orchí sintió cómo se desgarraba algo en su interior, de manera totalmente indolora y las rodillas se le aflojaron. Miro Pani hizo que tomara asiento sobre una alfombrilla y puso a calentar un poco de vino tinto al que las mujeres de la tribu, siguiendo precisas instrucciones, le habían añadido miel pura de abeja, azafrán, canela y especias. Ambos bebieron mirándose a los ojos, en silencio, disfrutando de la paz que flotaba a su alrededor.

El tiempo parecía haberse detenido por completo fuera del cobertizo. La luna llena se había adueñado del cielo enviando sobre aquel lugar toda la luz que podía reflejar de un lejano sol. Los pájaros, posiblemente dormidos, habían cesado sus vuelos acallando sus trinos; las aves nocturnas habían cambiado de lugar sólo por aquella noche y ni las aguas se atrevían a susurrar aquel murmullo que llevaban cantando desde hacía siglos camino al gran río.

Después de colocar bajo la lengua de Orchí un poco de miel rebajada con leche Miro salió a la orilla del río, volvió con un barreño lleno de agua y se dispuso a lavar los pies de Orchí. La mujer intentó rechazarle con la fórmula ritual diciendo:

—“*Nardián, elay. Undebèl, furunamangue¹⁵¹”.*

El hombre, haciendo caso omiso de aquellas palabras, lavó los pies femeninos y, tras secárselos con un lienzo finísimo, los ungió con mirra e hizo que se pusiera en pie para continuar con el ritual.

Con los dedos chorreando mirra, orando para que el Padre fuera receptivo a sus plegarias y consintiera en iluminar a Orchí,

¹⁵⁰ “Abre el espíritu... ahora.

¹⁵¹ Jamás, noble señor. Señor mío, protégeme.

Pani ungió la cabeza, los ojos, las mejillas, los labios, las manos, el torso, las piernas y terminó colocando, para finalizar, un poco de leche y miel en el paladar femenino¹⁵².

Mientras los dedos suaves del hombre ungían delicadamente la piel femenina, Orchí sentía cómo se iban despertando sus sentidos, notaba la piel abriéndose ante aquel contacto; cuando Miro introdujo en la boca femenina la leche y la miel, comprendió por qué en los escritos antiguos hablaban de paraísos en los que las fuentes manaban aquella deliciosa mezcla.

Después de un rato, Miro hizo que la mujer se lavase en el río, sólo con agua, comenzando por el cabello, los dientes y las mejillas, mientras él calentaba ligeramente el aceite de unción que había preparado conforme a la fórmula tradicional, al tiempo que echaba incienso sobre el fuego de la hoguera.

Cuando la mujer volvió del río, después de sus abluciones con agua corriente, Miro se colocó frente a ella. Le ungió con el aceite los pies, la parte interior de los muslos, el ombligo, el vientre, el pecho, el cuello, los ojos, la nariz y el cabello, por este orden, mientras pedía en oración que cada una de aquellas partes se conservara siempre en disposición de hacer el bien y ayudar a los demás; pero también pedía protección para aquella mujer ya que, como todo guardián del ritual, su vida transcurriría en el filo de la navaja entre peligros y satisfacciones.

Orchí sentía como si las manos del hombre se hubiesen multiplicado en su piel ya que, aunque podía discernir en todo momento en qué lugar de su cuerpo se realizaba la unción, parecía como si otras manos, mucho más suaves, se dedicaran a ungir en lugares distintos al mismo tiempo. Aquella sensación tan especial que estaba experimentando le hizo tomar consciencia de su piel, de su cuerpo, de aquellos lugares que eran tachados de tabú por los más viejos componentes del Consejo y los más rancios tradicionalistas de la Krís Romaní.

El hombre colocó las palmas de las manos abiertas sobre el pecho de la mujer y, haciendo acopio de las fuerzas que le queda-

¹⁵² Esta mezcla de leche y miel, así como la alusión a las fuentes de las que mana esta mezcla, aparece en varias ocasiones tanto en la Biblia como en el Corán.

ban, se inclinó hacia ella soplándole en la boca para transmitir unas enseñanzas que él había adquirido de la misma manera el día de su iniciación.

Orchí sintió que, con el soplo del Patriarca en su boca, se le abría en la mente una extraña lucidez que le permitía pensar con una claridad de la que desconocía su existencia; pero en el mismo momento se dio cuenta de que aquella iniciación le indicaba un camino que tenía muchas más preguntas que respuestas. Sintió un miedo visceral al comprender por primera vez la magnitud de la tarea que aceptaba voluntariamente en ese instante y, a pesar de las dudas que empezaban a embestir con inusitada furia su raciocinio, se sobrepuso al entender que, a partir de ese momento, nunca estaría sola en esa misión.

Después de sentarse uno frente al otro comieron, masticando con calma y respeto, unos trozos de manzana pelada y bebieron un trago del vino caliente aromatizado con especias. Sin esperar demasiado tiempo, puesto que ya se acercaba el amanecer, Miro se levantó e indicó a la mujer que hiciera otro tanto.

Tras un momento en que a ella le pareció que todo su cuerpo estaba flotando en un ambiente de ingravidez total, sintió de nuevo las manos del hombre sobre su piel; Miro se había colocado tras ella y apoyaba la palma de su mano izquierda sobre la garganta femenina y la izquierda sobre el ombligo al tiempo que salmodiaba la oración ritual que acompañaba tanto el principio como el final de aquel hermoso ritual.

—“Andiar sangue penelo, que sinará osuncho anglal es majares de Undebèl por yeque chor querela aberuco¹⁵³”.

Cuando terminó el contacto, Miro se acostó de espaldas en el suelo con los brazos abiertos, poniendo mucho cuidado en orientar las manos hacia el cielo, y Orchí se colocó sobre él, boca abajo, para que las palmas de sus manos y sus ombligos permanecieran en contacto.

Mientras la mujer sentía cómo la energía del hombre comenzaba a correr por sus venas con la potencia de un ciclón, Miro apre-

¹⁵³ Ver nota número 148.

ciaba que sus miembros se iban quedando lasos, sin fuerza después de la dura batalla que acababa de realizar, hasta que pudo darse cuenta que estaba totalmente vacío.

Cuando aquel contacto terminó, estaba amaneciendo. Orchí se lavó en el río, se vistió en el cobertizo, salió al lado del hombre que la había iniciado, le besó dulcemente en los labios, le abrazó con ternura y, cuando deshizo el contacto, surgió de su garganta un grito alegre, vital, que definía sin palabras la tremenda alegría de saber por qué razón estaba viva.

Miro, con sus perros enredados en los pies, observó cómo la mujer le volvía la espalda; en su forma de andar se apreciaba una seguridad en sí misma, una determinación que era el pago más hermoso que podía recibir.

Los mismos hombres del furgón llevaron a Miro hasta París.

Llegué con Miro, en espíritu, hasta el Faubourg Saint Honorè, vigilando con él para no ser descubierto, subimos juntos unas escaleras y pude ver angustiado cómo Pani hablaba con una persona que traficaba con pasaportes falsos, a quien logró convencer, mediando una enorme suma de francos, para que le consiguiera la documentación necesaria que le permitiera llegar hasta Biarritz sin problemas. Observé, con el alma deshecha por saber que al final iba a ser vendido a los esbirros de las SS, cómo el hombre le hizo unas fotografías y citó a Miro para el día siguiente.

Después de dormir en la buhardilla prestada por Max, fui con Pani a recoger los papeles, y oí cómo la secretaria le decía que el jefe había salido aunque uno de los ayudantes le acompañaría a un bar donde le entregarían lo que había pedido. Cuando vi que el supuesto ayudante del falsificador no era otro que el joven miembro de la Ahnenerbe Hans Steiger, el anciano profesor con el que había cenado en Caracas, hubiera dado mi vida por avisar a Miro; pero enseguida comprendí que estaba viviendo un pasado que no se podía cambiar.

Miro Pani siguió al supuesto ayudante del falsificador por las calles hasta que legaron al lugar en el que iba a verse con quien les

entregaría finalmente los papeles; pero cuando tomó el primer sorbo de un sucedáneo de café y observó que el ayudante se iba en dirección al baño, pretextando una urgencia, supo que estaba perdido: alguien le había delatado.

Un camión militar frenó violentamente ante el establecimiento; el Patriarca pudo ver cómo los uniformados se colocaban frente al bar, con una rapidez y precisión en las que se adivinaba una larga práctica, formando un semicírculo perfecto, amenazante.

Dos hombres de la GESTAPO, sin mediar ni una palabra, se colocaron a su lado ordenándole que, por su propio bien, les acompañara sin oponer ninguna resistencia. Miro entendió que no tenía más remedio que obedecer si no quería que el sufrimiento por venir empezara antes de tiempo. Se levantó, dejó que le cachearan para comprobar que no llevaba armas y, asíéndole uno de cada brazo, lo sacaron a la calle casi en volandas para meterlo después en la caja del camión.

A Miro le extrañó que lo llevaran desde las oficinas de la GESTAPO a la prisión de Eysses sin sufrir ningún tipo de interrogatorio violento; algunos días más tarde, sin que nadie le hubiese notificado los motivos de su arresto, fue llevado con otros hombres hasta la localidad de Compiègne Royallieu, en donde le avisaron que, algunos días más tarde sería deportado por tren a tierras alemanas.

Cuando los barrotes de la celda se cerraron a sus espaldas Miro comprendió que había comenzado la parte más dolorosa de su existencia y, lo que era peor, la que no podía evitar de ningún modo; sólo la íntima felicidad que le producía el saber que el ritual ya tenía un nuevo guardián, le hacía más llevadero aquel calvario que le esperaba.

El amanecer en que comenzó su viaje, todos los hombres que estaban prisioneros esperando su traslado a los campos de concentración situados en Alemania, fueron reunidos por unos soldados vociferantes, más preocupados por golpear a los prisioneros que por organizarlos en grupos de cien. Después de que los soldados alemanes pasasen lista, Miro Pani subió al vagón del tren con el cuerpo neutro, muerto; sabía que a partir de ese momento su existencia estaba en manos de aquellos hombres acostumbrados a dis-

poner, con inusitado sadismo, de vidas y bienes. Los demás deportados habían tratado de ocupar los vagones en los que se encontraban sus compañeros más afines pero, los alemanes, sabedores de que en aquel tren se encontraban muchos miembros de la Resistencia francesa, formaron a los hombres en los andenes procurando que en cada vagón no viajase más de cuatro resistentes, y comenzaron a llenar los coches. Cuando Miro se dio cuenta de que en un espacio previsto para cuarenta personas metían hasta cien, o más, supo que aquel viaje iba a resultar un infierno para todos.

Desde el primer momento tuvo la certeza de que la carencia de agua potable, las condiciones insalubres y la extrema debilidad de algunos deportados, unido a la falta de espacio para moverse, se aliarían para convertir los vagones en verdaderas jaulas de locos. El brutal calorazo del mes de Julio hizo que se alcanzase altas temperaturas dentro del tren; al poco tiempo ya se escuchaban murmullos de inquietud entre aquellos hombres que, para colmo de males, desconocían hacia dónde eran transportados ni qué tratamiento les esperaba a su llegada.

Miro escuchó indiferente cómo los alemanes cerraban con planchas de madera clavada tres de las cuatro claraboyas de las que disponía el vagón mientras que, la que estaba sin clausurar, era protegida con trozos de alambre espinoso; los nazis estaban dispuestos a que aquel convoy llegara a su destino sin que se hubiese producido ninguna evasión.

Cuando el tren se puso en marcha a media mañana el ambiente en el interior del coche ya era irrespirable.

Al medio día algunos deportados, por causa de la falta de líquidos, ya mostraban signos evidentes de enajenación; para hacer más dramático el panorama algunos de entre ellos, para mitigar un poco la sensación de hambre, comieron el trozo de salchicha podrida que les habían dado en Compiègne Royallieu, lo que les provocó diarreas casi inmediatas y, dado que no se podían mover para llegar al cubo que los alemanes habían preparado para ese menester, se ensuciaban encima sin poderse contener. Todo esto provocó que el suelo comenzara a llenarse de una pasta viscosa de orines, excrementos y vómitos, al tiempo que la caldeada atmósfera en el interior del vagón se volvía irrespirable.

Alguien comenzó una pelea sin motivos aparentes. Los deportados, convertidos en una masa dotada de vida propia comenzaron a moverse empujados por sus vecinos presos del pánico o víctimas de la locura. Aquellos que tenían la mala suerte de caer al suelo fueron pisados por sus compañeros. Miro trató de resguardarse colocándose junto a una de las paredes del vagón y, a pesar de todo, tuvo que repartir unos cuantos golpes para librarse de las agresiones de aquellos exaltados. Junto a él, se colocaron algunos miembros de la resistencia francesa, formando un grupo apretado, dispuestos a no caer en la trampa de los violentos.

Cuando terminó aquella locura, varios cadáveres deformados por los pisotones de quienes peleaban, yacían en posturas imposibles. Miro, ayudado por los miembros de la resistencia, pudo despejar un poco de terreno y lograron sentarse sobre los fofos cuerpos sin vida que estaban más próximos a ellos.

Aunque el tren paró algunas veces a lo largo del día, los soldados alemanes impidieron que quienes se acercaban hasta la estación, les dieran agua por lo que sólo recibieron algunas botellas para repartir entre los más de setenta hombres que aún continuaban con vida. Ni siquiera a la Cruz Roja le permitieron el paso para que pudiera acercarles alimento y agua.

La noche alivió un poco las altas temperaturas; pero ya los hombres estaban casi desnudos con la piel llena de llagas producidas por el roce y el sudor.

Miro creyó que no llegaría a ver el nuevo día y se dispuso a morir. Sin saber cómo, logró llegar al amanecer, sólo para continuar con aquel sufrimiento inhumano al que les estaban sometiendo los hombres de las SS.

Con la poca cordura que les quedaba, los supervivientes, encabezados por los hombres de la resistencia, decidieron apilar los cadáveres en un extremo del vagón para disponer de más espacio; pronto se dieron cuenta de que la descomposición había convertido los cuerpos en gelatinosas masas malolientes. Superando la náusea que le producía aquella tarea que iba en contra de sus creencias¹⁵⁴, colaboró diligentemente en lo que pudo. Una vez que cubrie-

¹⁵⁴ Ver en el anexo la parte dedicada a las tradiciones gitanas.

ron los cadáveres con unas mantas, pudieron comprobar con horror que únicamente cuarenta y seis hombres, de los cien que habían iniciado el viaje, estaban con vida.

A pesar de que, a media mañana les dieron un poco de agua turbia, proveniente de un pozo cercano a la vía, la sensación de sed no remitía en absoluto. Al medio día la Cruz Roja les acercó una sopa de guisantes, a pesar de que los alemanes no querían permitir el avituallamiento, y pudieron calmar algo la sed y el hambre que atenazaba sus estómagos.

A las cinco de la tarde del día siguiente, tras una noche de pesadilla, llegaban al andén del campo de concentración de Dachau. Cuando pasaron lista, sólo poco más de mil quinientos hombres, de los dos mil doscientos que subieron al tren dos días antes, pudieron responder. Los demás fueron a parar al crematorio convertidos en cadáveres irreconocibles¹⁵⁵.

Miro fue el primero en ser nombrado por los encargados de pasar lista y, le sacaron de la irregular formación de los deportados. Acompañado por dos soldados de las SS, cruzó el campo y entró en un despacho pulcro, amueblado con cierto lujo, en el que ya se encontraban dos hombres, que identificó como pertenecientes a la Ahnenerbe, y un coronel de las SS quien, fingiendo una amabilidad que contradecía su gesto frío, le rogó con una cortesía absolutamente afectada que tomase asiento.

Ante la curiosa mirada de los presentes, Miro, a pesar de su aspecto, del estado de sus ropas, consciente del mal olor que emanaba de su cuerpo, se mantuvo orgullosamente en pie ante aquella gente rechazando la invitación con un gesto de su cabeza.

Sus ojos se clavaron por turno en los de cada uno de ellos para demostrarles que, sin importar lo que hiciesen con él, no les tenía miedo. Tras sentarse en un cómodo sillón, el coronel, se dirigió al detenido. Le dijo mirando de manera irónica a los civiles que le

¹⁰⁴ Este viaje en tren, tal y como se describe en estas páginas se llevó a cabo en realidad durante la ocupación de Francia por las tropas del Tercer Reich. Se le conoce como "El tren de la muerte". Era el tren número 7909 que salió de Compiègne Royallieu, París, el día 2 de Julio de 1942, llegando a Dachau el 5 de Julio. Lo que se relata en cuanto a las condiciones del viaje y a la cifra de víctimas, es rigurosamente cierto.

acompañaban que en ese momento no importaban las presentaciones por lo que podían evitarlas y que, por si todavía Miro no lo había deducido, esperaban recibir el regalo que el Patriarca les había llevado de su viaje a Sudamérica.

Miro respondió irónicamente repitiendo parte de la frase que, por si todavía no lo habían deducido, no les había traído nada en absoluto y añadió que sus hombres ya le habrían informado de ello puesto que, cuando le detuvieron en París, habían podido constatar que no tenía ni aún ropa para cambiarse.

El coronel, moviéndose inquieto en el sillón en el que se había repantigado, puntualizó que no les interesaban sus bienes sino la información que poseía sobre cierto ritual escondido en “El Cantar de los Cantares” a lo que el Patriarca les respondió con un empecinado silencio que tuvo la virtud de incomodar a todos.

Uno de los hombres de la Ahnenerbe le instó a que hablase y dejó caer, como al desgaire, que estaba seguro de que Miro estaba informado se hasta dónde eran capaces de llegar para conseguir lo que habían buscado con tanto esfuerzo.

Miro callaba sin dejar de clavar su mirada en los ojos del coronel, mientras pensaba en lo que le esperaba entre las manos de aquellos hombres que no conocían el significado de la palabra piedad. Recordando todo cuanto había aprendido durante los últimos años, puso en práctica uno de los trucos más sencillos.

Hizo un gesto imperceptible con su mano derecha, como si acariciase a uno de sus perros, rogando que aquellos asesinos le dejaran un poco de tiempo para descansar y recuperar fuerzas. Inmediatamente, el coronel, movido por un resorte invisible, cambió una mirada de inteligencia con los dos hombres de la Ahnenerbe y, como si alguien le dictara las palabras al oído, expresó con voz clara algo que Miro estaba esperando de manera ansiosa.

El coronel, dirigiéndose a los hombres vestidos de civil, dijo que suponía el enorme cansancio de Miro Pani después de un viaje que, según sus noticias, no había sido todo lo cómodo que ellos deseaban; luego añadió como excusándose que no era su intención que fueran tratados de ese modo aunque, como ya debía saber Miro, no podían estar en todos los sitios a la vez y, a veces por exce-

so de celo, había suboficiales que no estaban a la altura.

Creía que lo mejor, por el momento, sería que Miro descansara durante algunas horas. No le prometía demasiado del alojamiento, pero era seguro que estaría limpio y que, después de que le sirvieran algo de comer, podía dormir hasta la mañana siguiente sin que nadie le molestase. Sin esperar más tiempo, Miro, se puso en pie esperando que le mostraran el camino a su alojamiento; sólo deseaba comer algo, beber agua hasta saciarse y dormir tranquilamente por última vez antes de encarar su feroz destino.

Oyó el ruido del cerrojo cuando los SS cerraron tras de sí. Se abalanzó hacia la enorme jarra de agua y bebió como si llevase años sin probarla. Se dio una ducha y cambió sus harapos por uno de aquellos trajes a rayas, que al menos estaba limpio, comió un poco de sopa y sació su hambre con un abundante guiso de patatas y carne. Una vez que se sintió satisfecho, apagó la luz, se acostó sobre el camastro y se quedó dormido profundamente hasta que sintió una suave sacudida: cuando abrió los ojos pudo contemplarse a sí mismo dormido sobre el jergón del catre. Al notar una presencia luminosa a su lado comprendió que estaba viviendo una experiencia extracorpórea y se relajó para experimentarla.

Justo a su lado varias siluetas deslumbrantes le transmitían tranquilidad, paz. Aquellos seres formaron a su alrededor un círculo y desaparecieron los muros de la celda; al instante siguiente se encontró en una sala de dimensiones colosales.

Cuando los seres rompieron el círculo que habían formado, Miro pudo ver que estaba en el extremo de algo que se parecía a un mar de cristal líquido. Justo enfrente de él había un trono enorme ocupado por un ser de cabellos y barba de un color como de nieve recién caída. Flanqueando el trono, había doce sillones a cada lado, en los que se encontraban sentados veinticuatro ancianos de aspecto venerable que tenían sus miradas fijas en él. El ser que ocupaba el trono principal, levantó su mano derecha, la posó sobre el pecho y Miro Paní pudo escuchar en su interior una voz suave como la seda, dulce como la miel.

—La paz sea contigo, hijo mío.

Miro cayó al suelo como fulminado por un rayo quedando

apoyado en sus manos y en sus rodillas; aunque hizo un enorme esfuerzo para hablar, fue incapaz de modular ningún sonido. Pero la voz del ser seguía resonando en su interior.

—No es momento de hablar sino de que escuches lo que tenemos que decirte para que se lo comuniqués a quien será señalado. Hoy comienza para ti la prueba más difícil a la que jamás te has enfrentado; será necesario que hagas un gran acopio de fuerzas para superarla porque no podrás guardar ningún secreto ante la brutalidad de los hombres que te tienen entre sus manos. Ahora, ponte en pie, y pon atención a lo que vas a ver con tu espíritu.

Un torbellino envolvió a Miro Pani y se vio arrancado de la sala por una fuerza sobrehumana. Durante un tiempo indefinible, vio cómo el ser humano comenzaba a vivir en la tierra, los diferentes cataclismos que se sucedieron, la evolución social de la raza humana, la creación de las religiones, los Pueblos Libres, los desastres políticos y económicos provocados por los más poderosos y las catástrofes naturales producidas por las agresiones del hombre a la tierra que pisaba.

Cuando despertó en su celda, empapado en sudor, comprendió que conocía la historia del ser humano desde sus principios hasta el final de la civilización; pero también sabía el futuro que le esperaba.

Una angustia muy difícil de superar le invadía; por esa razón inicio una oración al oír que los cerrojos de la puerta se abrían con un seco chasquido.

Los soldados que le llevaron ante la presencia del coronel, no ejercieron ningún tipo de violencia mientras lo conducían al despacho en el que había estado el día anterior; tampoco el coronel parecía nervioso y su actitud era la de un superior, aparentemente magnánimo, que decide perdonar la grave equivocación cometida. Las palabras de aquel hombre parecían sosegadas, tranquilas; pero estaban fuera de lugar en aquel ambiente que era opresivo por sí mismo, sin necesidad de señales externas.

—Bien, señor Pani. Espero que haya reflexionado lo suficiente como para evitarnos un esfuerzo a nosotros —hizo una pausa dramática como para dar tiempo a que sus palabras fuesen enten-

didas en su justa dimensión—y mucho dolor a usted mismo ¿Va a contarnos usted todo lo que deseamos saber?

Miro guardó un silencio abismal, frío, obstinado, que puso años de distancia entre los deseos del coronel y su propia determinación. El oficial se removió intranquilo en su asiento antes de hablar de nuevo; pero su voz había perdido en unos segundos las inflexiones amables.

—Señor Pani, le estoy ofreciendo un trato de favor, muy personal, para que se evite muchos sufrimientos y no parece entenderlo. Hágase un favor y dígame algo para que yo pueda defender su vida.

Tras una breve pausa, la voz de Miro resonó en el despacho como un pistoletazo.

—¡Churrinaró¹⁵⁶, bederre¹⁵⁷!

El coronel, sorprendido ante aquellas palabras que desconocía, preguntó.

—¿Debo tomar esa jerga infrahumana como una negativa?

Silencio.

—¿Sabe lo que le está esperando si se niega a colaborar con nosotros?

Rumor de hojas.

—De acuerdo. No podrá decir que no he intentado evitarle dolor y sufrimientos. Usted lo ha querido así.

Los dos SS que le sacaron del despacho le propinaron un par de golpes sañudos en los riñones; se les notaba una gran predisposición a causar dolor. Miro se dejó arrastrar por aquellos esbirros sin oponerse; pero cuando vio el lugar en el que le encerraron supo que había llegado al final de su camino en la tierra. Las paredes de piedra rezumaban humedad, el suelo tenía una costra de olor sospechoso y no se veía ningún camastro por lo que supuso que había ingresado al pabellón en el que se interrogaba a los detenidos polí-

¹⁵⁶ En lengua caló significa Asesino.

¹⁵⁷ En caló, verdugo, el que asesina por cuenta de otro.

ticos. Un aullido, casi un estertor, que rasgó el aire proveniente de algún lugar no demasiado lejano, le reafirmó en su deducción. Horas más tarde los dos robustos SS que abrieron la puerta de la celda y encontraron a Pani de rodillas con las palmas de las manos dirigidas al cielo, pudieron escuchar la última frase de la oración que el Patriarca Miro estaba elevando al único Ser que podía protegerle.

—Padre, aparta de mí este cáliz, pero que se haga tu voluntad.

Me uní con el espíritu y el cuerpo de Miro Pani cuando le colgaron por los pies en aquella espeluznante habitación y comencé a sentir los mismos golpes que él recibía de aquellos dos energúmenos que sudaban su fanatismo sádico en mangas de camisa; traté de enfocar mis pensamientos en otra dirección para no encauzarlos hacia el daño que los dos verdugos nos estaban infligiendo despiadadamente, pero no me fue posible.

Supe que Miro y yo habíamos confesado la verdad cuando vi los pergaminos sobre la mesa del suboficial; pero mi mente no había conservado en la memoria el momento preciso en que lo habíamos hecho; nuestras almas sólo habían retenido una serie de imágenes, sensaciones inconexas que se alternaban con momentos de vacío total y con angustiosos dolores apenas soportables. El sufrimiento físico que sobrellevaba junto con Miro, me hacía formar parte de él y ambos estábamos hermanados en aquella especie de espacio-tiempo atormentado, brutal.

Colgado dentro del cuerpo de Miro Pani, recordaba, de manera difusa, golpes brutales en los testículos, apaleamientos sin tregua, quemaduras de cigarrillos, arrancamiento de piel y humillaciones sin cuento. Evocaba con dolor el encierro en una estrecha caja en la que, falto de oxígeno, había estado a las puertas de la muerte y creía escuchar todavía los aullidos angustiosos de los dos perros de Miro molidos a palos, ante él, ante nosotros, hasta que los desgraciados animales murieron ahogados en su propia sangre. Rememoraba la inyección de un producto en nuestras venas que nos había llevado hasta las puertas del dolor más brutal y cómo nos habían macerado a golpes cada uno de los poros de la piel; pero no podía calcular cuánto tiempo llevaba metido en

aquella celda, ni cómo le alimentaban o le daban de beber porque no sentía ni sed ni hambre.

Miro recobró la consciencia en algún lugar que se balanceaba alarmantemente; el calor era tan inmenso que estaba sudando, lo que le producía un escozor insoportable en la multitud de heridas abiertas en su piel; luego más recuerdos sin relación entre sí, más golpes, más patadas y de nuevo, afortunadamente, la inconsciencia por otro espacio de tiempo, para volver a empezar.

Miro Pani supo que había llegado al lugar de su definitiva residencia cuando le arrojaron al suelo con violencia. Alguien entró en aquella celda y le dio a beber, por la fuerza, una pócima que le calmó el dolor y le devolvió totalmente la consciencia. Un oficial de las SS se plantó ante él con las piernas abiertas protegido por dos soldados con los garrotes preparados. La voz del oficial parecía repetida mil veces por el eco.

—Bien, Pani, hemos llegado. Ahora comienza su cautiverio; la pena es que alguien, una persona con mucho poder, quiere mantenerlo con vida hasta que pueda entrevistarse con usted. A partir de este momento recibirá tres raciones de comida diarias, atención sanitaria y tendrá derecho a una ducha y ropa limpia una vez a la semana.

—¿Dónde estoy? —preguntó Miro con un hilo de voz.

—En un lugar del que no saldrá nunca, puede creerme. Ahora, tenga paciencia —dijo el oficial mientras salía de la celda—.

Pasaron los meses, los años, y Miro casi había perdido la consciencia de que el tiempo transcurría. Al principio contaba las semanas por el cambio de ropa y la ducha; pero al llegar a la semana número cien, dejó de hacerlo. Los días eran idénticos unos a otros: levantarse, desayuno, meditación, comida, meditación, cena y a dormir.

Era durante la noche, cuando su cuerpo dormía ajeno a la prisión, el que Miro aprovechaba para escapar en sueños de su cárcel de carne y recorría los paisajes de su niñez, las frescas praderas, las umbrías orillas de los ríos y, siempre acompañado por sus perros, volvía a recorrer los caminos cantando con los suyos.

En las noches era capaz de revivir su primer amor, las conversaciones con sus amigos y las tiernas noches de verano alrededor de una hoguera con su tribu. Aquello se repetía con tanta frecuencia, los sueños eran tan vívidos, que su cerebro empezó a mentirle hasta que Miro se convenció de que vivía en el pasado y su prisión no era sino una pesadilla que se repetía puntualmente todas las noches.

Una mañana, después de la ducha semanal, le afeitaron y le cortaron el pelo, cosa que no habían hecho desde que llegó. Le dieron ropa nueva y, escoltado por cuatro esbirros de las SS, le llevaron por unos pasillos que parecían forrados de metal hasta dejarle en un despacho que estaba presidido por una enorme mesa de madera pulida.

Un suave crujido le hizo volver la cabeza: por una puerta que no había advertido cuando llegó, aparecieron varios altos oficiales y tras ellos, un personaje menudo, uniformado, sin condecoraciones, que caminaba a pasitos cortos, como a saltos, en cuyo rostro lucía un bigote muy especial. Miro Pani reconoció a Hitler. A un gesto del dictador, todos salieron del despacho dejando a los dos hombres frente a frente.

El dictador miró a Pani en silencio. Su voz era chillona, desagradable; pero parecía estar dotada de un poder de seducción especial.

—Bien, bien; así que tú eres mi alter ego, Miro Pani. Tenía ganas de tenerte frente a mí —hizo una pausa densa, pesada como plomo, antes de continuar—. Aunque te parezca mentira somos las dos caras de una misma moneda. Nacimos el mismo día, a la misma hora y estábamos destinados a imponer un poder, una creencia, en este mundo; pero mientras tú querías instaurar un poder espiritual, intangible, yo edificué un imperio, un dominio en el que sólo los más aptos pueden sobrevivir con garantías de triunfo. Ya ves; alguien tenía que perder y has sido tú.

Miro contemplaba al dictador con los ojos desencajados por la rabia que le incendiaba los sentidos.

Por un lado hubiera querido lanzarse sobre aquel monstruo y acabar con él; pero había aprendido demasiado como para dejarse llevar por aquellas ideas violentas que no conducían a nada que no

fuera más violencia. Adolf Hitler, con un brazo a la espalda, apoyó el puño izquierdo sobre la mesa antes de seguir con su chirriante monólogo.

—Claro que, si quieres, aún estás a tiempo de poner tus conocimientos a mi disposición. No podrías, de ningún modo, ocupar un lugar de poder, porque no dejas de ser un gitano, es natural; pero sí que disfrutarías de una vida eterna, cómoda y con muchos más placeres de los que puedes sospechar al alcance de tu mano. Trabaja para mí y conocerás lujos que no imaginas.

—Y ¿si me niego?

Hitler se tomó un tiempo antes de responder aquella pregunta; cuando lo hizo la ira le impedía dominar su voz.

—Vivirás toda una eternidad en medio de un perpetuo sufrimiento y me encargaré, personalmente, de que así sea.

—¿Eternidad? Desconoces qué es eso —dijo Miro—.

—Te equivocas. Desde que cayó en nuestras manos el ritual, gracias a tu desinteresada colaboración, lo pusimos en práctica. La sabiduría, el conocimiento que alcanzamos nos abrió la puerta de la eternidad así que, muy a pesar tuyo, sabemos qué es la inmortalidad y puedes estar seguro de que vamos a disfrutarla.

—Pero...

—No te exaltes. Nosotros también tenemos nuestros expertos en el campo de lo oculto. Claro que —Hitler exhibió una media sonrisa—tenemos Padres diferentes. Tú el del espíritu y yo sirvo al dueño de la tierra.

—Tú sirves a Beng¹⁵⁸ —gritó el Patriarca—, a la Oscuridad.

—No importa su nombre: es el amo de la tierra. Y tu Padre poco puede hacer ya que se la entregó. Tú y yo no somos sino una apuesta entre tu Señor y el mío. Ambos querían saber si ganaba uno o el otro y, viéndolo así, he ganado yo porque estás en mi poder. Lo mejor que puedes hacer es rendirte, entregarte y poner tus conocimientos en mis manos. Será la única manera de sobrevivir.

¹⁵⁸ Entre los gitanos se conoce con este nombre a lo que en las creencias judeocristianas sería el Diablo, el señor del mal. No es de buen gusto pronunciar este nombre.

—*Jamás —gritó Miro Pani—¿lo oyes? ¡Jamás!*

—*¿Es tu última palabra?*

—*Por supuesto.*

—*En ese caso, no tenemos más que hablar.*

Hitler levantó el auricular del teléfono, ladró unas órdenes, y poco después llegaron unos oficiales SS que se llevaron a Pani, arrastrándolo con violencia de camino a la puerta de salida. La orden del dictador fue catastróficamente clara.

—*Que Weisthor le haga inmortal y mantenedlo colgado por las muñecas. Después que le apliquen un tratamiento especial ¡A diario!*

Miro Pani, desde la puerta, no fue menos claro en las que sabía iban a ser sus últimas palabras.

—*¡Yo te maldigo! Serás inmortal; pero como sirves al que mora en las entrañas de la tierra, en las entrañas de la tierra vivirás para siempre.*

Sentí cómo Miro, a mi lado, me tocaba la frente con un gesto suave que tuvo la virtud de calmar por completo la angustia que me invadía. Todavía confuso por las visiones que acababa de tener, me dirigí a Pani con un respeto renovado reconociéndole el mucho dolor que hubo de soportar para que, al final, ellos tuvieran el ritual y él, a cambio, una condena eterna.

Con un tono de voz casi balsámico me dijo que ellos obtuvieron lo que deseaban y también era cierto que sufrió dolores increíbles, como yo mismo había podido comprobar. Del mismo modo los gitanos que ayudaron en el Orge sufrieron mucho e incluso los nazis se rebajaron a matar sus perros para hacerle sufrir todavía más.

Sin embargo toda aquella inundación de dolor y sufrimiento no les había servido para nada porque, en ese momento, yacían bajo toneladas de tierra, piedras y metal para sufrir trabajos indecibles durante toda la eternidad.

Una de las cosas que yo no entendía, y se lo dije, era cómo pudo conservar la esperanza en medio de tanto dolor, de tanta

presión. Sonriendo me corrigió diciendo que no había sido la esperanza sino la fe, la que le había mantenido entero durante aquel tiempo tan duro; pero añadió que no era algo para despertar la admiración ya que después de vivir lo que nuestro pueblo había vivido, tras superar tantas pruebas a lo largo de la historia, mantener la fe era algo muy fácil. Habíamos visto siempre cómo los que nos oprimían terminaban muriendo mientras nosotros seguíamos en pie. Era el sino de los gitanos; la maldición de Caín¹⁵⁹.

De pronto se me ocurrió que Miro debía conocer perfectamente el origen de nuestro pueblo y se lo pregunté. Dijo saber que yo lo intuía aunque no me atrevía a reconocerlo. Nosotros éramos hijos de las tribus de Israel, exactamente de las que tomaron el camino hacia Oriente después del exilio en Babilonia. No debía creer en la historia de nuestro origen hindú¹⁶⁰ porque la India fue para nosotros un lugar de paso del que, apenas, habíamos guardado algo de nuestro idioma y alguna costumbre aislada; para comprobar que era cierto lo que decía sólo tenía que ver nuestras leyes. Orgullosamente dije que las conocía y las observaba al pie de la letra.

Aquel hombre me miró casi con tristeza y me dijo que, a partir de entonces, si decidía volver a regir los destinos de un pueblo, debía tratar más bien de interpretar las leyes por lo que querían decir antes que seguirlas a ciegas basándome en el texto. No debía pensar que los Pueblos Libres éramos mejores que los demás por tener tradiciones diferentes; no éramos sobresalientes por ser superiores a los otros sino por ser distintos.

Una vez aclarado esto, me dijo que si leía atentamente la Biblia descubriría cómo seguíamos prácticamente la Ley de Moisés. La virginidad de nuestras mujeres, el divorcio, la impureza de los muertos, la prohibición de la desnudez ante nuestros propios familiares, la prohibición de la homosexualidad, la virginidad de las desposadas, las dotes del matrimonio, la prohibición de representar al Padre en imágenes, la prohibición de la adivinación

¹⁵⁹ Ver en la Biblia la maldición de Yahvéh a Caín en el Génesis 4; 11-16.

¹⁶⁰ Ver en el anexo el Origen de la Ley Gitana.

y la brujería, las condenas a muerte para quienes cometen delitos de sangre; nuestras leyes eran las mismas que tenían los hebreos antes del Talmud¹⁶¹.

Daba igual que algunos defendieran que descendíamos directamente de la tribu de Dinah, o de otra cualquiera; con los mismos argumentos que utilizaban también se podía decir que éramos descendientes de Caín.

De pronto tenía claras muchas preguntas que hacerle y no lo dudé; si teníamos prohibida la adivinación porqué podíamos ir a drabarimós¹⁶². Puntualizó que eso sólo está permitido con los gadjes; pero nunca entre nosotros; también la Ley decía que se puede prestar sólo con interés a los gadjes y estaba prohibido hacerlo con un rom. Luego quise saber por qué salían los nuestros a mangar¹⁶³.

Era curioso, reconoció; pero parecía ser que se hacía desde los tiempos en que los hebreos y nosotros, salimos de Egipto. Dios dijo que debían pedirse joyas y dinero prestado a los vecinos antes de salir de aquella tierra y, por ello, no es vergonzoso pedir a los gadjes. Miro estaba seguro que tendría algo más que preguntarle, pero debía tener en cuenta que sólo me respondería con sus verdades, no las que yo debía buscar.

Había algo que realmente me preocupaba ¿Qué iba a ser de su cuerpo? Era inmortal y no sabía cómo haríamos para liberarle de ese tormento. Según él, aquello no debía preocuparme, sino dejarlo todo en manos del Viejo Salubha que sería el encargado de solucionar el problema que tanto me angustiaba.

Luego Miro me sorprendió diciendo que antes de que me sucediese debía saber algo muy importante: yo sería el que le enterrase y lo haría donde él me dijera. En el momento adecuado sabría cuanto necesitase. Para quitarme de encima la preocupación, la intriga que me habían causado sus palabras, me lancé a preguntarle todas mis dudas empezando por inquirir si el hombre fue creado o evolucionó a partir de otra forma de vida.

¹⁶¹ Ver el apartado de las comparaciones entre las leyes, costumbres y tradiciones gitanas con las de otras creencias en el anexo.

¹⁶² Echar la buena ventura a cambio de dinero.

¹⁶³ Pedir dinero o mendigar por las calles.

Durante horas Miro respondió pacientemente, como lo haría un padre con su hijo, todas las preguntas que le iba haciendo. Hablamos de la Ley de los Pueblos Libres, la de los romanís, comentamos la sociedad en la que vivía yo y el destino de los pueblos nómadas. Tampoco Miro ahorró comentarios a propósito de la política de los gadjes, ni de las soluciones a los pequeños problemas con los que se enfrentaban a diario los Patriarcas; todo lo divino y humano fue examinado hasta que tuve una idea concreta sobre el conjunto de la sociedad humana en la que debía desenvolverme¹⁶⁴. Cuando tuve los conceptos suficientemente claros sentí cómo un sopor dulce me invadía y, sin saber cómo, me fui quedando dormido.

Después de aquella experiencia surrealista, tuve que reintegrarme a la vida normal pero se me hacía verdaderamente cuesta arriba. Mi propia imagen me recordaba a la de un mendigo al que sacaran de las calles durante algunos días para llevarlo a vivir a una mansión con todas las comodidades, y devolverlo de nuevo a la miseria, sin previo aviso, para tratar de subsistir en la miseria más atroz.

Apenas recuerdo cómo llegué a la cabecera del río Urari Coera en la que Gèrard y sus hombres me estaban esperando sin tener consciencia exacta de cuánto tiempo había transcurrido desde que me dejaran en la orilla, gracias a los desvelos del Viejo Salubha; de algo sí estaba seguro: la travesía de vuelta a la civilización había sido por la superficie de un río calmado, plácido, sin problemas.

Después, casi como un sonámbulo, viajé desde Boa Vista a Río de Janeiro sin darme cuenta de cuanto me rodeaba porque mi cerebro, como una noria obsesiva, giraba alrededor de los sucesos que acababa de vivir durante los últimos meses y, especialmente, en los últimos días. Lo extraño de las situaciones, lo sorprendente de la ciudad subterránea y, sobre todo, la aparente imposibilidad de haber mantenido conversaciones con personas muertas desde

¹⁶⁴ Todo lo aprendido por Salubha Soniché en este diálogo con Miro Pani, más sus propias experiencias pueden encontrarse en el libro “La llama frente al huracán”, subtítulo “El Testamento del Patriarca” publicado por la Editorial AQUA de Zaragoza. (N. del A.)

hacía mucho tiempo, habían creado un nudo en mi raciocinio que sólo podía ser devanado a fuerza de fe; pero era indiscutible que todo había sucedido como lo recordaba.

Sin ánimos para otra cosa que no fuese pensar, me fui directamente al aeropuerto y allí, acomodado en uno de los asientos, sin abandonarlo más que para ir al baño y a comprar jugos de frutas, me quedé dándole vueltas a la cabeza sin más objetivo que el tratar de comprender cómo era posible que yo hubiese vivido aquello.

¿Por qué yo? ¿Cómo me había elegido la Krís Romaní habiendo gente más preparada? ¿Qué me había hecho especial a los ojos de los demás para encargarme la tarea que acababa de cumplir? ¿Qué había hecho de bueno en mi pasado para merecer todas aquellas bendiciones que había recibido?

Preguntas sin respuesta que, durante horas, martilleaban con gran tenacidad mi cerebro desorientado, cansado hasta la extenuación. Y, al final, sólo una respuesta: Así debía de ser.

Tras dos días de inquieta espera, tomé el avión con destino a París. Recordaba, como entre brumas, que había mantenido una breve conversación telefónica con Renzo Pankow, en la que el Patriarca polaco hubiera querido saber todos los detalles sobre lo que me había sucedido durante el viaje; pero aplacé los detalles del relato hasta mi llegada a Francia.

Mis recuerdos de aquellos días, aunque son confusos a veces, tienen una vitalidad a prueba de olvidos; todavía se mantienen en mí, perfectamente vivas, las primeras sensaciones que tuve en el momento de abandonar el avión. Maldije el frío invierno de París, que se colaba por entre mis ropas ligeras martirizando mi piel, nada más poner los pies en el aeropuerto. Mi cuerpo se había acostumbrado al calor tropical y el fresco viento del norte me mortificaba los huesos con rabia.

Desde que había tomado el vuelo en Río de Janeiro hasta mi llegada a la Ciudad Luz, había dormido muy poco. Lo que había vivido en la selva amazónica, las experiencias acumuladas, las personas que me ayudaron y, sobre todo, el Viejo Salubha y el hecho de haber hablado con Hitler en persona, el haber podido tener

una larga conversación con Miro Pani, me parecía parte de un sueño; pero el medallón que colgaba de mi cuello, entre la camisa y la piel, afirmaba todo lo contrario.

Al salir del aeropuerto descubrí la inconfundible silueta de de Renzo que me esperaba junto a un taxi y nos abrazamos con fuerza, como dos hermanos que se encontrasen tras muchos años de ausencia. Ante el aspecto que yo debía presentar en aquellos días, Pankow decidió llevarme a un hotel para que descansara antes de continuar viaje hacia Marsella.

Fui incapaz de pronunciar una sola palabra durante la cena, ni siquiera a la mañana siguiente, ni en el desayuno, ni en el viaje por tren hasta Marsella. El Patriarca polaco me miraba, respetando mi silencio, trayendo cafés desde el vagón restaurante, tratando de adivinar qué me había sucedido para que mi estado fuese tan preocupantemente taciturno; en realidad, yo estaba realmente muy afectado por lo que Renzo sabría, cuando me encontrase en condiciones de relatarlo.

De vuelta en mi apartamento marsellés, en el que me dejó Renzo después de preguntar mil veces si quería que se quedase conmigo, tomé una ducha larga, me preparé un café, pedí al restaurante “La Belle Alsace” que me subieran algo ligero para alimentarme y después de cenar me acosté.

Mi sueño se pobló de imágenes, de rostros, de hechos y escenarios que no recordaba haber visitado jamás, di vueltas por paisajes que sólo existían en la mente del Creador y navegué por mares cuyas aguas cambiaban de color según el humor de quien surcaba sus aguas; sin embargo me desperté, con la mente despejada, dispuesto a reunirme con Pankow para explicarle todo cuanto había logrado saber en aquella especie de aventura que había vivido en los últimos meses.

Cuando estaba preparando mi café, sonó el timbre de la puerta con insistencia. Abrí y el empleado de una agencia internacional de paquetería express me entregó un envoltorio de considerable tamaño; tras firmar el documento de recepción y darle una propina, me acerqué a la mesita del salón para descubrir su contenido. Me extrañó que, tanto el remitente como la ciudad de origen fueran dos datos desconocidos para mí. Cuando lo abrí, tuve que sen-

tarme para no caer: Dentro de una primorosa caja hecha en madera de sándalo, adornada con piedras preciosas pude ver un rollo de pergaminos muy deteriorados por el tiempo y la humedad, un frasco que contenía un puñado de polvo y un papel con unos renglones escritos; lloré como un niño mientras lo leía.

“La paz sea contigo, hermano.

Ahí te mando los pergaminos que tanto dolor han causado. Haz con ellos lo que creas conveniente. El frasco contiene lo que queda de mi cuerpo y te pido, como un favor personal, que me entierres con mi abuelo Jahkaló en el pueblecito en el que reposa. Una vez liberado de mi jaula de carne, me voy con el convencimiento de que todo lo que aprendiste conmigo no se perderá y que lo aprovecharás para el bien. Se despide, por ahora, tu hermano:

Miro Pani”.

La Magia que envolvía al mundo era tan evidente que no podía comprender, a pesar de intentarlo a diario con ahínco, el por qué la gente no era capaz de apreciarla como algo cotidiano. Allí estaba yo como prueba evidente, un ser humano como tantos otros, leyendo la carta escrita por un hombre que había sido inmortal y que, paradójicamente estaba muerto; allí estaba Salubha Soniché, uno más entre muchos, leyendo la misiva de un cadáver en el más allá y recibida por servicio de mensajería.

Una vez que me recuperé de la emoción, cuando me sentí completamente sereno, llamé a Renzo por teléfono para decirle que ya me encontraba preparado para ponerle al corriente de todo; apenas dos horas más tarde, llegaba Pankow con los ojos muy abiertos y la curiosidad pintada en su rostro. Tras preparar un enorme termo lleno de café, tomamos asiento y le fui contando paso a paso todas mis experiencias, todo lo que había vivido y lo que había sentido.

Renzo me interrumpía de vez en cuando para pedirme esclarecimientos sobre algún punto que no le quedaba demasiado claro; pero no sólo entonces me extendía en explicaciones pues tenía tanto que contar, era tan extraña la historia vivida, que a veces mi lengua se lanzaba con velocidad en un vaivén temporal de un lado a otro de las vivencias, que Renzo no podía seguir el relato.

Tras varias horas de conversación, casi un monólogo con pequeñas interrupciones de Pankow para pedir alguna explicación, pedimos por teléfono algo para comer y, después de un breve lapso de tiempo, seguimos hablando.

Las farolas comenzaban a iluminar la noche de Marsella cuando llegaba al final de mi relato.

Renzo se levantó del sillón y se acercó a la ventana como buscando un poco de aire fresco que tuviera la virtud de aclarar sus ideas después de la narración que le había hecho. Las dudas, el miedo, la perplejidad, lo extraño del relato, la incredulidad y, aceptando que todo cuanto le había contado fuese cierto, la enorme responsabilidad de tomar una decisión le había confundido; la situación le abrumaba tanto como a mí.

Después de un largo rato de meditación volvió a sentarse; su voz, antaño tan modulada y sugerente, era temblorosa cuando me preguntó que, según mi opinión, qué se suponía que debíamos hacer a partir de entonces. La verdad era que no se me ocurría nada; pero de algo sí estaba completamente seguro: Cuanta menos gente estuviese al corriente de todo lo que había sucedido, era mucho mejor para todos.

Pankow aventuró que al menos la Krís Romaní debería estar al corriente y me opuse tajantemente, casi con brusquedad. Traté de convencerle, al final lo conseguí, recordándole que Weisthor en persona me había confirmado que un rhom, uno de los nuestros, nos había vendido por unas monedas.

Estábamos tratando de solucionar un problema que concernía, no sólo al pueblo Romaní, sino a la Humanidad en general. En el caso de que tomásemos la decisión equivocada, muchas personas, millones, se verían afectadas por nuestro error.

Yo le daba vueltas a la cabeza mientras Renzo se levantaba para servir dos largas dosis de Armagnac en sendos vasos. Me alargó uno y, con un gesto distraído, lo rechacé. Por el mohín de extrañeza que hizo Pankow ante mi desmañado gesto, me vi obligado a explicarle que ya no bebía alcohol, que lo había dejado porque ya no lo necesitaba; estaba en paz conmigo mismo. Añadí que acababa de escapar, por los pelos, de una situación totalmen-

te indefinible, extravagante y no era lo que había vivido en Sudamérica sino que había salido de un amor que me había dejado imposibilitado para enamorarme durante el resto de mis días.

Renzo, Patriarca conductor de pueblos y gentes, acostumbrado a escuchar los problemas ajenos con respeto, tomó asiento frente a mí y, con un gesto noble, me invitó a que hablara de ello.

Di unos pasos por el salón y, de espaldas al Patriarca, con los ojos perdidos en el paisaje nocturno que se desplegaba más allá de la ventana, le expliqué que a partir de ese amor, en el que los besos a veces eran tan hermosos que parecían pintados de colores. También le dije, confiándole así el mayor de mis secretos, que sentía la enorme necesidad de vivir en total soledad; no creía precisar ningún tipo de compañía para seguir vivo durante el tiempo que viviese en esta tierra. Para que pudiera entender mejor mi punto de vista, le dije que me sentía como si después de haber hecho un gran esfuerzo para llevar adelante una relación que consideraba especialmente hermosa, me hubiese traicionado a mí mismo, a los míos y a mis creencias, para cosechar poco más que nuevas obligaciones a cambio de una pequeña cuota de felicidad que no justificaba el gran forcejeo realizado para mantenerla.

Le conté hurgando en la memoria de aquella relación que ya sólo existía en mi alma que, mientras la pareja estaba haciendo aguas, cuando más hubiera necesitado de un acercamiento para escapar a la presión de una situación tambaleante, por no decir inexistente, me iba una vez a la semana por ahí, a charlar con gente que me escuchase, bebíamos, nos reíamos y a ella no le gustaba en absoluto; era como si, de alguna manera, me hubiese tenido que adaptar, casi por decreto, a sus costumbres.

El Patriarca polaco, lo recuerdo ahora con especial intensidad, hizo entonces una observación interesante; éso de salir para hablar con alguien le recordaba mucho a los que pagan la compañía de mujeres públicas, no para tener sexo con ellas, sino para poder abrazar a una persona.

Aunque aquel comentario supuso un mazazo en mi autoestima, tuve que reconocerlo: Renzo tenía toda la razón. Quizás me había sentido solo, o no estaba bien, o me sentí traicionado por las circunstancias, o no supe adaptarme a la vida en pareja; el caso

fue, resumiendo, que una vez rotas las ataduras con el recuerdo de la que fue mi pareja, con la sociedad y con la forma de vida de los seres humanos que esconden sus sentimientos para ser políticamente correctos y medrar en sus profesiones, ya no sentía la necesidad de ir a charlar con nadie, ni la de tomar dosis de licor para poner sordina a los gritos de mi conciencia.

Por fin había sido capaz de volver a mi mundo interior, a mi senda, a los míos y a mis creencias. Me encontraba en esos momentos, y esperaba que para siempre, en paz.

Tras esa pequeña tregua involuntaria, en la que vacié el saco de mis sentimientos, lo que tuvo la nada desdeñable virtud de ayudarnos a despejar la mente, ambos volvimos a nuestras meditaciones. Cada uno por su lado trataba de adivinar cuál sería la mejor decisión que podía tomarse para que aquella información que estaba en nuestro poder, por el peligro potencial que suponía en caso de hacer mal uso de ella, no fuese de dominio público. Al cabo de unos minutos Renzo creyó tener la respuesta.

Con una pasión que yo no le había conocido nunca, dijo que lo mejor sería, como si nada hubiese pasado, declarar ante la Krís que yo no había tenido ningún éxito en mis pesquisas y volviese a mi vida normal. Aunque algunos siempre sospechasen que callábamos información, siempre sería su palabra contra la nuestra. Así pues, no arriesgábamos nada.

Le dije, la verdad, que me parecía francamente muy mal. Lo de esconder información era totalmente necesario, desde luego; pero yo, por mi parte, no me veía capacitado para volver a la vida que llevaba antes, porque habían cambiado demasiadas cosas en mi interior y no tenía fuerzas para enfrentarme a una vida basada en la monotonía, en el fingimiento y en la insustancialidad; me había dejado en algún lugar de la selva, o en la ciudad subterránea, todo el valor que se necesitaba para encarar una vida mediocre.

Mientras Pankow trataba de hallar desesperadamente una buena solución al problema, guardé un silencio obstinado, concentrado, como si estuviese poniendo a punto un plan que, de existir, debía ejecutarse con precisión de cirujano para que tuviese éxito.

Unos minutos más tarde creí saber cómo debíamos hacer las cosas para salir de aquel embrollo. Cuando le dije al Patriarca que lo mejor sería preguntarle a Miro Pani para conocer su opinión, me observó como si yo me hubiese vuelto completamente loco. Adujo con vehemencia que quizás yo tenía grandes dosis de fe por haberlo vivido, pero él no podía ponerse a mi altura en esos momentos.

La única manera de solucionar aquello, pensé, sería ponerlo a mi altura. Le pregunté si pondría su confianza en mí y, al comprender que sí, le pedí un minuto de paciencia.

Me preparé en silencio para llevar a cabo lo que tenía pensado mientras Renzo me miraba con curiosidad mal disimulada. Cuando creí que todo estaba listo, me puse el medallón al cuello e invoqué con fe al Viejo Salubha; pero, para mi sorpresa, no sucedió nada.

Sin sentirme defraudado por aquel fracaso, lo volví a intentar y tampoco esa vez tuve éxito.

Pensé que no estaba haciendo bien las cosas hasta que recordé lo que me había contado Miro Pani sobre el poder de la palabra.

Me preparé de nuevo asiendo el medallón que pendía de mi cuello y llamé al Viejo Salubha con voz sonora; al conjuro de mi voz, apareció la imagen anciano ante nuestros ojos.

Renzo Pankow miraba con los ojos desmesuradamente abiertos en dirección hacia la silueta del Viejo Salubha, desconociendo que era uno de nuestros más ilustres antepasados surgido de otro espacio tiempo; pero cuando quiso preguntar algo, una paz interna le invadió al tiempo que, sin necesidad de explicaciones, entendía lo que estaba sucediendo.

Como en un sueño, el Patriarca polaco sintió que entre el Viejo Salubha y yo, le rodeábamos con un círculo protector formado con nuestros brazos.

Mientras el Viejo me hacía comprender que él no podía hacer todo el viaje completo, puesto que no podía entrar en el pasado de los nazis de Akahim, ambos iniciamos una plegaria pidiendo que Renzo pudiese acompañarnos en el viaje retrospectivo para conocer por completo mi periplo y mis sensaciones.

Al momento siguiente Pankow estaba transitando mis experiencias en nuestra compañía, siguiendo mis pasos desde el momento en que llegué a Caracas.

Así pudo estar presente en la conversación que mantuve con Steiger, fue testigo de las enseñanzas de César, comprendió los postulados de Chana, fue detenido por la DISIP, escapó conmigo atravesó la selva a mi lado y vivió a mi lado la prisión y huída de la ciudad subterránea; incluso creyó por un momento que yo, en plena acción de evasión en la ciudad subterránea, había sido capaz de ver nuestras imágenes en el vacío.

Cuando comprendió que el Viejo Salubha había desaparecido y vio que estábamos de nuevo en mi apartamento, se encaró conmigo, sin palabras, buscando explicaciones con la mirada; minutos más tarde su voz fatigada expresaba la turbación que estaba sintiendo.

Manifestó con sinceridad desgarradora que le parecía increíble lo vivido conmigo y con el Viejo Salubha en sólo unos minutos. Había podido sentir cuanto yo sentía y ver lo que había visto; en realidad, no sabía cómo explicarse todo aquello.

Intenté tranquilizarle diciendo que no necesitaba pensar demasiado en esas cosas; debía pensar que simplemente sucedían y no tenían ningún esclarecimiento aparente. La realidad era que todos hablábamos de magia, de milagros, jurábamos estar plenamente convencidos de su existencia y, en el momento que nos sucedía a nosotros, nos negábamos a creerlo. Luego le expliqué, tratando de hacerle entender perfectamente mis intenciones, que le había llevado en aquella especie de viaje para que, sabiendo lo que yo sabía, siendo partícipe de todo cuanto yo había podido aprender, pudiese ayudarme a buscar una solución.

Renzo se quedó en silencio, mirando por la ventana, tratando de asimilar todo cuanto había visto y experimentado, mientras yo, sentado en un sillón, reconcentrado en mis pensamientos, miraba sin ver hacia ningún lugar en concreto. Pankow se sobresaltó al oír mi voz decirle que, de cualquier manera, fuera cual fuese la decisión que tomáramos, yo estaba seguro de lo que debía hacer: Después de lo que había vivido, de lo que había logrado aprender durante aquellos meses; tras todo lo que había oído de

las bocas sabias de Chana y de César, no podría, bajo ningún concepto, continuar viviendo en medio de una sociedad a la que odiaba. Creía que lo mejor para mí sería desaparecer de la civilización para siempre después de zanjar los asuntos pendientes.

Los pasos que debía dar para realizar lo que estaba pensando, los tenía muy claros. En primer lugar debía poner en conocimiento de todos los Patriarcas, todo cuanto sabía con respecto al liderazgo de nuestros pueblos; había muchos que ni seguían las leyes, ni las conocían y, algunos más, las habían echado al olvido a fuerza de no cumplirlas. Luego había que encontrar los cráneos de cristal para tratar de reunirlos y los custodiaríamos para evitar que cayesen en manos indeseables; pero, por otra parte, no podía hacer público el ritual porque suponía un peligro para todos.

No podía dejar de ninguna manera que el ritual escondido en “El Cantar de los Cantares” se olvidara otra vez, así que debería celebrar el ritual con una mujer de nuestro pueblo, para que no cayera en el abandono, y retirarme después a un lugar en el que pudiese meditar en paz, hasta que llegase el final de mis días.

Renzo me preguntó si ya había pensado quién iba a ser la mujer elegida para preservar el ritual que se había perdido durante tantos años; le dije que, desde mi punto de vista, no quedaba más remedio que esperar una señal.

El repicar electrónico del teléfono nos sobresaltó a los dos por lo inesperado de aquel sonido en la atmósfera de paz que nos envolvía por completo.

Tomé el auricular con cierta aprensión y, tras escuchar la voz que sonaba diáfana al otro lado de la línea, se lo alargué a Pankow con una sonrisa en los labios, diciéndole que la señal acababa de producirse: Su hija, Cherdillí¹⁶⁵ quería hablar con él.

Sin duda alguna, ella era la elegida; de otro modo no hubiese llamado a mi apartamento ya que, hasta ese momento, nunca lo había hecho ella sino su madre. Mientras al rostro de Renzo se asomaba una expresión de incredulidad, sin perderme de vista

¹⁶⁵ Este nombre, tomado de la lengua caló puede traducirse como Estrella; pero se refiere a las estrellas que más brillan en el firmamento.

mientras contestaba la llamada, ignorando su perplejidad, yo comencé a preparar una vez más mi equipaje, íntimamente convencido de que esta vez sería la última.

Se está haciendo de noche en la selva y un frío extraño me cala los huesos empapándolos de nostalgia; pareciera como si la sangre ya no quisiese seguir calentando por más tiempo este viejo envase carnal que contiene mi alma. Lo mejor que puedo hacer, estoy convencido de ello, es meterme en el chinchorro porque no necesito recordar nada más; al fin y al cabo ya sé lo que me trajo hasta aquí y, ésa, era la tarea que me había impuesto para morir en paz.

Al menos, tras mi muerte, no debo pasar por el trauma de un entierro con muchos asistentes.

* * *

(En un pueblo del norte de España, año 2006)

El enterrador empuja la oxidada verja que da acceso al cementerio, maldiciendo entre dientes la niebla heladora que hace de la mañana invernal un frío suplicio. Con la determinación propia de los labradores que trabajan de sol a sol esta tierra salvaje, dura, mezquina en sus dádivas, da los primeros golpes de pico en la tierra helada, y el repiqueteo seco taladra la quietud de las tumbas con la sonoridad de un metal afinado por manos maestras.

El hombretón, pese a la molestia que le supone ponerse a descubrir aquella vieja tumba en una mañana tan desapacible, piensa que le viene muy bien aquel sobresueldo que le llega de manera impensada. Hacía ya una semana que había recibido una carta en la que le pedían que, justo en siete días, abriera aquella tumba para proceder al entierro de unos restos antiguos y, para que realizara ese trabajo en la fecha prevista, adjuntaban veinte hermosos billetes de cien dólares, o lo que era igual, dos meses de sueldo. Poco le importa, pues, el esfuerzo que está realizando entre los jirones de bruma helada.

Remueve parte de la tierra que cubre la tumba, mira su reloj de bolsillo dándose cuenta de que le va a sobrar mucho tiempo;

acostumbrado a convivir con la muerte, no siente reparo alguno ni cargo de conciencia al sentarse sobre la losa de un sepulcro para fumarse un cigarrillo.

A través del humo del tabaco lee la inscripción del mármol que preside la tumba en la que está trabajando. Sólo un nombre, Jahkaló Pani, rompe la monótona superficie de la piedra cuidadosamente pulida. El enterrador se acuerda muy bien de aquel nombre por las anécdotas que le contaba su bisabuelo en las noches de invierno. Jahkaló había llegado al pueblo con su tribu de gitanos errantes y murió siete años después de que su pueblo desapareciera por el camino del molino para no regresar jamás.

El tío Pani, como lo conocían todos en el pueblo, se había hecho respetar durante el poco tiempo que vivió en aquella casa de piedra que compraron sus hijos para él. De alguna manera, recuerda el enterrador, consiguió que la gente fuese a pedirle consejo porque sus palabras estaban llenas de una sabiduría tan simple que los habitantes del pueblo, cuando salían de la casa del viejo, se asombraban de no haberlo pensado antes por ellos mismos sin necesidad de consultar.

Otra cosa muy curiosa era que, sin acudir ni una sola vez a la misa, ni tan siquiera haber pasado por la iglesia, se contaba entre los pocos amigos que tenía el párroco; que sin ser afecto a ninguna doctrina política ni estar afiliado a ningún movimiento, era muy respetado tanto por el alcalde como por la Guardia Civil además de que todos los hombres del pueblo buscaban su compañía las pocas veces que aparecía por la taberna. ¡Qué hombre tan chocante había sido aquel Jahkaló!, y ¡cuánta gente había ido a su entierro, según contaban los viejos del pueblo cuando se ponían a relatar sus historias!; sin embargo, ningún gitano llegó para acompañarle a la tumba. ¡Qué gente tan extraña, los gitanos!

Apaga la colilla aplastándola contra el suelo y sigue con la tarea de quitar la tierra a la vieja tumba para descubrir el ataúd. Justo en el momento que la pala toca la madera, chirría la verja de entrada al cementerio.

Al volver la cabeza el enterrador puede ver que dos personas se acercan hasta el lugar en el que se encuentra. Un hombre maduro y una mujer que frisa la treintena, los dos muy bien vestidos, caminan con paso decidido.

Entro en el cementerio llevando en las manos un cofrecito de madera, que parece ser ébano, con incrustaciones de marfil y piedras preciosas. Cuando llegamos hasta la tumba, le doy amablemente los buenos días al enterrador y pido, con una voz que no admite réplica, que rompa la tapa del ataúd.

El enterrador obedece a desgana y, cuando la madera podrida se hace polvo bajo el golpe del pico, no puede por menos de sorprenderse al ver que, en lugar de un montón de huesos secos, polvorientos, el tío Pani aparece como recién enterrado, igual que si estuviese durmiendo una siesta y pudiera despertarse al instante siguiente; pero mayor es su sorpresa al observar que yo vacío sobre aquel cuerpo el contenido del cofre que no es otro que un extraño medallón con una piedra verde engastada en un enorme clavo de hierro oxidado y un puñado de polvo que extraigo de un frasco de cristal.

Aún se impresiona más cuando me dirijo a mi acompañante en un idioma extraño para él.

—Cherdillí, gucara ho orquidú... acaná¹⁶⁶.

Lo que sucede después no puede verlo el enterrador porque, al sonar un trueno terrible que parte la mañana en dos mitades iguales, echa a correr en dirección al pueblo sin volver la vista atrás.

Contemplamos sonrientes cómo al entrar en contacto con el cadáver el polvo y el medallón, el cuerpo del viejo Pani desaparece dejando en su lugar un montón de florecitas amarillas que impregnan el ambiente de un dulce aroma.

De pronto, en el terreno del cementerio, desaparece la niebla mientras en el cielo las nubes parecen ser atraídas hacia un punto en el que empieza a brillar una luz de la que, poco más tarde, emerge un rayo brillante que ilumina la tumba como si contuviera cristal en fundición. Las flores amarillas parecen cobrar vida de repente convirtiéndose en miles de mariposas que parecen de oro líquido al ser tocadas por la luz, y tras un pequeño revoloteo comienzan una lenta ascensión por aquella especie de tubo luminoso hasta perderse de vista en la profundidad del cielo.

¹⁶⁶ Cherdillí, abre tu espíritu... ¡Ahora!

Detrás de las mariposas, aparecen dos serpientes hechas de un material similar a la esmeralda, entrelazadas en forma de estrella con seis puntas, que parecen devorarse una a la otra, seguidas por unos diminutos cráneos de cristal que giran armónicamente en círculos concéntricos. En cuanto las mariposas dejan de verse y las serpientes desaparecen junto a los cráneos en el punto luminoso, se oyen carcajadas y saludos alegres, como si se encontraran amigos que llevaran mucho tiempo sin estar juntos, mientras unos perros ladran su felicidad al sentirse acariciados por la mano que fuera, en un pasado muy lejano, más amiga que dueña. En el cielo aparecen seis soles rojizos que iluminan brevemente la mañana antes de que todo el paisaje vuelva a ser dominado por la niebla y el frío.

Paso una mano por los hombros de la mujer para animarla, le entrego el cofre que contiene los pergaminos y nos dirigimos a la puerta del cementerio dejando a las espaldas una tumba abierta, que muestra un montón de huesos polvorientos, sobre los que se deshace un antiquísimo medallón con la gema verde que pierde su brillo y su forma hasta adquirir el color grisáceo y los contornos de una piedra igual a otras muchas.

Ya fuera del cementerio, le entrego a la mujer un grueso fajo de papeles manuscritos que llevo bajo el abrigo, acariciando la frente femenina con la otra mano; ambos estamos conscientes de que, ésta, será la última vez que vamos a vernos en el mundo denso. Cherdill sabe que aquellos papeles contienen mi testamento, el de Salubha, el de un Patriarca; yo se los había prometido cuando terminamos de celebrar el ritual. También le entrego una carta para ella, metida en un sobre cerrado para que, una vez que yo me vaya de esta sociedad, porque mi cobardía me impide seguir viviendo entre tanta locura, lea mis últimos consejos para la futura Matriarca de una tribu Romaní, si es que su destino no la impulsa a ir en la búsqueda de los trece cráneos de cristal; pero sólo ella es dueña de su futuro y única responsable de sus pasos en la tierra. Sintiendo la congoja de la mujer bajo mi brazo, pienso que puedo tranquilizarla y digo: "Tranquilízate, hija"; y la serenidad se hace en el alma de la joven; y veo que ésto es bueno. Luego, viendo que ella tiembla de frío bajo la ropa, pienso que no estaría de más que se fuera la niebla y digo: "Ojalá que salga el sol"; y la niebla se va apartando para

dar paso a un tímido rayo de luz que, a los pocos minutos llena el cielo; y entonces sé que el mundo, en sí mismo, es un milagro.

* * *

Por fin ha llegado el momento en que voy a entregar las credenciales ante quien puede decidir con legitimidad si hice todos mis deberes. Al parecer, la bruma, no ha querido empañar mi último amanecer en esta tierra y ha faltado, por primera vez en mucho tiempo, a su cita cotidiana por lo que el sol, siempre presumiendo de ser dueño indiscutible del firmamento, no ha tenido oposición alguna para iluminar hasta el más escondido rincón de este paisaje propio de una alucinación.

Presiento que es mi último día en la tierra porque mi cuerpo, desde muy temprano, desprende un olor a tierra húmeda, a jardín oculto; ya bullen atropelladamente en el cerebro, esas pequeñas semillas que terminarán por engendrar las flores que agrietarán mi piel apergaminada para adornar una infecunda calavera, la mía, tras la supuesta muerte.

Cuando me acosté anoche, aún tuve fuerzas para recordar la manera, casi mágica, con que llevé a cabo la iniciación de Cherdillí, quien quedó encargada de reunir los trece cráneos de cristal y cómo, después de cumplir con la última voluntad de mi hermano Miro, la de enterrar sus cenizas junto al cuerpo de su abuelo, inicié el tramo final del camino que me condujo hasta el último paisaje que me acoge; después de las evocaciones, una noche sin sueños, un descanso sin fisuras y un despertar suave han preparado mi corazón para que latiese acompasadamente durante algunas horas más.

Mientras consumo mi último café en esta tierra, recuerdo con el alma alegre mi postrer día entre la gente de mi pueblo; a mi lado, Cherdillí, temblaba como una hoja mecida por la brisa.

Cuando pudimos entrar en la sala que se celebraba la Krís, pedí permiso para dirigirme a los notables y, cuando me fue concedido, la futura Matriarca se quedó, escondida a medias, en el rincón más oscuro de la sala. Recuerdo que mi discurso fue breve

pues lo único que deseaba dejar claro era el nombramiento de Cherdillí como Matriarca indiscutible de su pueblo cuando Renzo, su padre, se retirase a descansar; en la mirada de los más ancianos, habitualmente impasibles, brilló una lucecita de inquietud. Cuando comuniqué al Consejo lo que creí conveniente a propósito de mi tarea y mi decisión de retirarme para siempre al otro lado del planeta, asintieron dando su plena conformidad.

Después de dar por terminada mi exposición, llamé con un gesto a Cherdillí para que se colocara frente al Consejo, di media vuelta y me dirigí hacia la luz de la mañana en donde me esperaban mi mochila y soledad tan duramente buscada. Aún resuenan en mis oídos, en esta mañana hermosa, las primeras palabras de la mujer presentándose ante el Consejo con una frase retadora:

“Sostenéis ante quien os quiera oír que la mujer es el motor del pueblo Romaní; yo he venido ante vosotros para que, de una vez por todas, lo que decís, se convierta en una realidad incontestable”.

He mirado el conuco con profundo cariño, no en vano me ha estado alimentando durante años, y tenía la impresión de que lo estaba dejando en libertad después de tanto tiempo de crear en la superficie terrosa venas artificiales de agua, sobre la cuarteada piel mineral, para regar unas plantas presas, alineadas y forzadas a dar un fruto que permitiera a mi cuerpo seguir viviendo; pero en lo más recóndito del alma me alegra que dentro de poco, nuevas plantas vendrán a ocupar los espacios vacíos y, de aquí a unos pocos años, nadie que acierte a pasar por aquí imaginará que, una vez, hubo un huerto perfilado por la mano de un hombre.

A lo largo de toda la jornada he ido recorriendo pausadamente todos los rincones que me han hecho feliz durante todo el tiempo que he permanecido aquí, quizás para despedirme entrañablemente de ellos, y a todos les he dejado en herencia una mirada sentimental, una cuidada caricia, un gesto de pacificación o una tierna palabra de aliento. Ha sido mi forma de decirles “hasta luego”; porque sé que volveré a visitarlos, hecho bruma, viento, o noche, para mimarlos suavemente una vez más.

De veras que no puedo entender cómo hay gente que desea eternizar su estancia en una sociedad desigual, injusta, manejada por unos pocos en beneficio propio.

Si atisbara una mínima esperanza, una intención de cambio o la sombra de un esfuerzo para mejorar las cosas, quizás tendría confianza en el ser humano; pero me da la impresión de que el hombre no ve más allá de sus narices y se empeña en abatir la rama del árbol en la que está sentado.

Si no tuviera experiencia confundiría la extraña vitalidad que me llena con una especie de rejuvenecimiento, pero sé que es la última señal que da mi cuerpo, cansado de luchar contra el paso del tiempo, para avisarme de su rendición, de que no quiere seguir funcionando ni un día más; me está sucediendo lo mismo que a esos enfermos terminales que, un poco antes de morir, experimentan una mejoría aparente en su salud que siempre da falsas esperanzas a los amigos de aquel que, en breve, será un cadáver más entre otros cuerpos muertos.

¡Ay, el dolor del fallecimiento! ¡Cuántos piensan que la muerte llega siempre demasiado pronto!

No conocemos el momento en que nuestra vida terminará, no sabemos qué día golpeará en nuestro pecho el último latido del corazón que nos han dejado en usufructo y, sin embargo, todos hacemos proyectos a largo plazo como si estuviese escrito en algún libro irrefutable que todos viviremos hasta ser ancianos; a pesar de esta evidente incoherencia, edificamos nuestras vidas sobre esa falsa premisa y, si la muerte nos sorprende a mitad de nuestros planes, los que están encargados de enterrarnos lloran por nosotros, en realidad por ellos, ya que no hemos podido llevar a cabo nuestras intenciones.

Por si ésto fuera poco, dedicamos gran parte de nuestras existencias a trabajar para conseguir una casa mejor, un coche más potente, o unos ahorros que nos permitan una vejez desahogada, que no estamos seguros de vivir. Mientras nos ocupamos de todo ésto, ajena a nuestros burdos manejos, a nuestros torpes enredos, la vida sigue, se escapa de nuestras manos encallecidas de tanto recaudar monedas que otros atesoran, para llegar irremediabilmente vacías al lugar en el que las fortunas amasadas son sólo incorporales, etéreas y sin forma visible.

Claro que también hay quien cree emplear bien sus ganancias viajando a países diferentes para conocer los trabajos de otros

hombres, los monumentos y los paisajes; pero en lugar de vivir con la gente de esas tierras para conocer otras costumbres, intercambiar opiniones y enriquecer su espíritu con el intercambio, llegan a hoteles, hacen viajes organizados y juegan a ser turistas cuando en realidad lo que desean en suma, es ser tratados por unos días como los potentados que en realidad no son.

Otras personas, esclavas de su trabajo, sacrifican voluntariamente su familia, su pareja, y lo que es peor, su propia vida, para morir un día en medio de un vacío total en el que los herederos empiezan a contar las monedas heredadas, tan fácilmente obtenidas por ellos, mientras el cadáver está todavía caliente. Mueren encerrados dentro de habitaciones con cirios, envueltos en atmósferas asfixiantes, en las que muchos de los que asisten al entierro van más por causa de los que están vivos que por respeto, o cariño, a quien ha muerto.

Al menos yo tengo la bendición de morir al aire libre, como siempre había deseado; una de las cosas que más me angustiaban hace algunos años era la de ser enterrado en un cementerio, en una ciudad habitada por cuerpos en descomposición, a la que sólo van algunos vivos cargados de dolor a llorar sus propias penas ante los despojos de quienes, en vida, habían amado. Los vivos van a los entierros para acompañar a una carcasa vacía sin darse cuenta de que, las lágrimas que derraman, son por ellos mismos y no por los que han dejado de existir en esta tierra. Lloran porque no van a volver a ver a quien dejó este mundo, lloran su angustia, su propio miedo a la muerte y su impotencia; sin embargo, tratan de consolarse unos a otros diciéndose que el muerto “ya ha dejado de sufrir” o “está mejor que nosotros”, sin darse cuenta de que, realmente, el muerto, al menos su parte incorpórea, es seguro que ya está en un lugar mejor.

Puede ser también que algunos lloren porque creen en un cielo y un infierno, que es lo que les han metido en la cabeza quienes dicen tener autoridad moral por ser los enviados de dios en la tierra. Ésos que se atribuyen una autoridad que no tienen, parecen desconocer que, en la Biblia que tanto defienden está escrito claramente en el libro de los Salmos:

“Y Yo dije: dioses sois”.

Sí, todos somos dioses porque, dentro de nosotros está el Padre; todos somos dioses, porque un dios así lo dijo y, si no somos capaces de actuar como dioses es sólo porque llevamos una vida que no está de acuerdo con lo que uno de los grandes Maestros aconsejó:

“No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti, porque esa es la Ley y los Profetas”¹⁶⁷.

Así pues, el día de hoy, en este trozo de tierra perdido en uno de los pocos lugares que se ha mantenido virgen de la agresión humana, va a morir un dios, un dios minúsculo, casi imperceptible; pero un dios que ha tratado de vivir, al menos sus últimos años, encuadrado entre Verdad y Justicia.

Hoy, aquí, va a morir un dios, un dios cobarde que huyó de la sociedad para no tener que vivir en medio de la agresión a su débil fe, pero un dios al fin y al cabo. Hoy muere, teniendo en mente las mismas dudas con las que otros viven a diario, uno de los muchos dioses que pueblan este planeta; un dios, como tantos otros que aún no son conscientes de ello, condenado a muerte desde mucho antes de mojar la cuna.

Ante mí se abre una especie de cilindro luminoso que, resplandeciendo en la tierra, se pierde en lo más alto del cielo. Aquí está mi final; ya ha llegado mi hora.

Antes de internarme en ese rayo deslumbrante, hago mi equipaje para este último tránsito. En un morral de bruma recojo las cenizas del amor más importante de mi vida, mis desengaños, la mirada de un niño y el beso de una loca, el poco bien que hice y el daño que causé. Encima de todo ésto coloco, perfectamente dobladas, cien canciones, algunos poemas y las palabras de amor que nunca me he atrevido a decir. Para terminar, pongo el agradecimiento por todo cuanto he podido aprender y un nombre de mujer que sólo tiene cinco letras.

Mientras cierro mi morral y me lo echo al hombro, en el cielo, se escuchan los ladridos de unos perros y unas voces varoniles que se aprestan para una fiesta; posiblemente mis amigos me estén esperando para darme la bienvenida. Animado por esta idea, me pongo en marcha;

¹⁶⁷ Evangelio de Mateo capítulo 7, versículo 12. Es conocida como “Regla Áurea”.

LA CARTA DE SALUBHA A CHERDILLÍ

Cherdillí:

Cuando empecé a escribir estos papeles dirigidos a ti, lo hice con la intención de enseñarte todo cuanto yo sabía; pero la vida, una vez más, me esperaba a la vuelta de la última curva del camino para demostrarme que esta carta serviría más para que yo reflexionase en lo que es la existencia, que para enseñarte algo que te sirva en el desempeño de tu tarea.

Tan ciertas son mis palabras anteriores que en primer lugar debo confesarte que la vida es un ciclo que empieza en la infancia y termina en el deseo de volver a ser niño.

Sí, Cherdillí; si pudiese presentaría mi renuncia a esta reflexiva madurez para reivindicar mi derecho a recuperar el niño de ocho años que alguna vez fui. Me gustaría, lo manifiesto sin rastro de vergüenza, que los paisajes fueran capaces de asombrarme, disfrutar de nuevo del simple placer de hacer barcos de papel, aunque no flotasen, y convertir los arroyos en océanos; quisiera volver a creer que las golosinas son mucho mejores que el dinero porque se pueden comer y, además, endulzan el paladar mucho más que las verduras y la comida sana.

Quisiera volver al tiempo aquel, deformado y dorado por una memoria que ya empieza a fallar, en que la vejez comenzaba más o menos a los dieciocho años, ése tiempo en el que la guerra era algo muy espantoso sucedido antes de que nosotros nacióramos y que, según los mayores, nunca más se volvería a repetir porque el hombre, tras un descalabro de millones de muertos, ya había aprendido la lección; o cuando la guerra más violenta, desde nuestros ojos niños, sólo significaba arrojarse agua mientras nos bañábamos en un torrente de aguas limpias a la sombra de unos árboles siempre verdes en el recuerdo.

Me gustaría regresar al tiempo aquel en que la palabra venenosa se refería solamente a las pocas culebras que veíamos y no a las personas con las que teníamos relación, volver a las tardes en que se jugaba un partido de fútbol en medio del campo abierto esforzándonos sin reglas tras un lío de trapos que nunca llegaba a ser pelota, felices por poder correr, sin que importaran demasiado quién era el vencedor, retornar a los días aquellos en que las armas de tecnología punta más avanzadas eran espadas de madera y lo peor que podía suceder en la vida era que te eligieran el último para jugar al escondite por parejas, cuando la niña aquella que tanto nos gustaba ya había elegido a otro.

Sí, Matriarca; querría, pero no puedo, regresar a los tiempos en que un error en mis deberes se solucionaba haciendo desaparecer la hoja, a espaldas de mi madre y pensando que aquello nunca había sucedido, volver a las tardes plácidas bajo la sombra de un árbol esperando que pasara a buscar agua la niña aquella que tanto me gustaba, a los veranos en los que era frecuente tener muchos mejores amigos todos al mismo tiempo; a los dulces años en los que las ancianas de la tribu tenían poderes que no eran de este mundo porque con sólo un beso, una palabra tierna o una caricia, eran capaces de sanar todos nuestros rasguños y heridas sin necesidad de medicina nuclear.

He perdido esa niñez en algún lugar que desconozco y quisiera volver a tener las arduas responsabilidades de un niño viejo de ocho años, pintar con las yemas de los dedos aunque me regañen los hombres por no comportarme debidamente, poder salir a la calle sin tener que preocuparme por cómo me verán los que se cruzan conmigo; disfrutar del hecho delicioso de que alguien se ocupe de bañarme todos los días y poder dormir con el alma en paz sin el engorro de las pesadillas; quisiera tener de nuevo la oportunidad de abrazar a mis padres cuando esté triste y llorar sin timidez sobre sus acogedores hombros.

A las puertas de la muerte mi mayor deseo es volver a no saber, a la ignorancia, a esa sabiduría infantil que se resiste a ir más allá del nombre de los colores y a leer con dificultad lo que despierta nuestra curiosidad, juntando las letras sin prisa, para enterarme mucho mejor de lo que estoy leyendo; quisiera volver

a la ignorancia pura de aquella infancia mía donde no incomodaba mi orgullo el no saber nada porque, en principio, no comprendía que era ignorante y no molestaba en absoluto mi soberbia por lo que era enormemente feliz sin tener la obligación de aprender para saber.

Es cierto que debemos comprender que la infancia es una fase más de la vida; por mucho que se desee es algo irrecuperable y, como todo, tiene su razón de ser dentro de las experiencias que debemos acumular. Claro está que tiene su parte positiva dentro de la pena que representa el no poder volver atrás en el tiempo. Si bien se pierden los juguetes que hicieron maravillosa nuestra niñez, no se olvidan nunca los recuerdos de aquellas personas que, poniendo todo su cariño en ese gesto, nos los regalaron por el simple placer de vernos sonreír.

Es verdad que cuando crecemos vamos perdiendo por el camino todos los privilegios que se disfrutaban durante nuestra infancia y todas las fantasías que nos hacen ver el mundo de un color totalmente distinto al que aprecian los demás mortales que, desde los ojos niños, abiertos como platos porque todo sorprende en un mundo recién inventado, sin estrenar, se han vuelto irremisiblemente viejos; pero ganamos inmensas oportunidades para crecer en libertad total y forjar nuestras leyendas personales tal y como las deseamos en cada momento.

Tampoco puedo negar que, normalmente poco después de la niñez, comienzan a perderse los seres más queridos que un día nos acompañaban por la senda de nuestras recién estrenadas historias, todavía llenas de princesas, castillos y héroes; pero, en realidad, nunca nos abandonan del todo porque siempre nos acompañan por el resto de nuestra existencia, convertidos en recuerdos tiernos, el mucho cariño que ellos nos regalaron desinteresadamente, el formidable ejemplo de sus esforzadas vidas y las enseñanzas que fueron capaces de ofrecernos sin exigir ningún pago a cambio de sus desvelos.

Perdimos conforme crecíamos, Matriarca, muchas más veces de las que deseábamos, algunas cosas que amábamos profundamente; pero, cuando tu pensamiento te fuerce a creerlo, antes de sentirte abatida recuerda que todo lo que te parecía en aquellos

momentos un sufrimiento gratuito, no era sino una forma de enseñanza que te preparase para enfrentar los problemas más graves que iban a llegar después; que si lloraste a menudo durante toda tu infancia, las lágrimas, además de desahogar los cerebros, sirven para limpiar a fondo los espíritus más adoloridos; si alguna vez sentiste un odio profundo o un rencor bilioso en contra de algo o de alguien, fue para darte la oportunidad de que aprendieras a perdonar.

Ahora que estoy viviendo mis últimos años, me veo en la obligación de intentar olvidar todo lo que tanto esfuerzo me ha costado aprender para morir en paz creyendo que el mundo es justo. Deseo volver a una niñez que nuestros nietos, desgraciadamente para ellos, no van a poder conocer.

Aunque fue una infancia dura, nosotros la vivimos sin saber qué era el calentamiento global, ni sabíamos de armas nucleares, ni habíamos oído hablar de la violencia contra las mujeres. Desconocíamos que había pobres, porque nosotros teníamos cuanto necesitábamos para ser felices, no sabíamos de niños abandonados, porque no nos cabía en las piojosas cabecitas que coronaban nuestro cuerpo que alguien quisiera abandonar a una criatura, ni entendíamos la palabra “emigrantes”, porque nosotros éramos extranjeros en todos los lugares a los que íbamos.

Quisiera, Cherdillí, volver al tiempo en que no sabía lo que significaba mentir a todo un pueblo, ni había oído hablar de parejas rotas, ni qué eran las enfermedades incurables, ni tenía exacta consciencia sobre dolores y muertes.

Hoy quiero volver al tiempo aquel en el que, al ser completamente feliz, pensaba que todos cuantos me rodeaban lo eran también por el simple hecho de que yo me sentía bien; quiero volver a creer sin sospechas ni dudas en la sonrisa de todos mis amigos, los de hace muchos años y los de hace diez minutos; quiero tener fe de nuevo en los abrazos maternos, en las canciones susurradas por las abuelas al contraluz de la hoguera de un campamento y en el poder de los sueños que alegraban mis mañanas sin excepción alguna. Necesito urgentemente volver a creer en el hombre, en el ser humano, y para ello sería necesario volver a mi vejez inconsciente de mis ocho años de edad. El círculo se cerrará y moriré;

pero al menos habré dejado las últimas horas de vida en el esfuerzo de volver a mi infancia.

Moriré solo, como llegué, alejado del mundo para no molestar a nadie, sin dejar tras de mí hijos que lloren mi muerte, ni mujeres que estremen dolor o viudedad por causa de mi partida.

Pensándolo bien, las personas mayores sí volvemos a la niñez, tal y como lo deseamos; pero no regresamos a una infancia idílica de cuentos a la luz del fuego, juegos en compañía de nuestros amigos e inocencia recién estrenada en existencia por inventar, sino a la peor parte que tiene la minoría de edad: aquella en la que se depende de otros para hacer cosas que a los demás les parecen fáciles.

Con lo que te acabo de escribir, Cherdillí, te estoy pidiendo un favor: Como Matriarca que serás de un pueblo difícil, haz cuanto esté en tus manos por las personas mayores de nuestra raza; y si ves que los demás no lo hacen porque piensan que los viejos son un estorbo en sus vidas, enséñales que ayudar a un anciano no es otra cosa que devolver lo que ellos han hecho por nosotros cuando aún éramos niños.

Debes convencer a los tuyos de que si los mayores se ensucian la ropa mientras comen, si no tienen la capacidad de vestirse sin la ayuda de otro, que tengan mucha paciencia, que les ayuden con una sonrisa en los labios porque, cuando nosotros éramos niños ellos nos regalaron muchas horas de su juventud enseñándonos a nosotros.

No tengas reparo en decir a tu pueblo que, si ven que un anciano que ya no puede caminar solo, antes de maldecirle por el retraso en la marcha, recuerden cómo esos que ahora son viejos nos ayudaron cuando dábamos nuestros primeros pasos titubeantes e inseguros, y cómo estaban siempre pendientes de que no nos pusiésemos en peligro cuando justamente empezábamos a ponernos de pie.

Los jóvenes de nuestro pueblo deben entender que si los mayores cometen errores siempre lo hacen pensando lo mejor para nosotros y que, desde el principio de nuestras vidas han consumido las suyas preparando los caminos que recorreremos ahora.

Si fuese necesario, Matriarca, obliga a los más jóvenes a que escuchen con mucho respeto la voz de sus mayores. Si los ancianos pierden la memoria, o no pueden seguir el hilo coherente de una conversación, que les den tiempo a recordar qué era lo que estaban diciendo antes de que llegase el lapso de olvido, que no se pongan nerviosos ni se impacienten con ellos porque, en ese momento, lo más importante de todo no es la conversación en sí, sino la enorme necesidad que tienen los ancianos de estar con alguien que les escuche; que los jóvenes no olviden nunca cómo estos mismos que ahora son ancianos, cuando ellos eran más pequeños, les tuvieron que explicar cientos de veces las mismas cosas, sin perder la paciencia, a la hora de acostarse, hasta que las entendieron por completo.

Tus jóvenes, Matriarca, deberán comprender que a ciertas edades ya no se vive sino que se trata de sobrevivir hasta el futuro más lejano concebible para ellos que es el de despertar con vida mañana al amanecer. Si los ancianos no se quieren bañar a menudo, no los avergoncéis echándoles en cara que son sucios y repulsivos; mejor haríais recordando las veces que tuvieron que correr detrás de vosotros cuando no queríais lavaros, y cómo lo hacían entre risas y alegría. Si alguno de ellos no termina de comer todo lo que hay en el plato, no lo forcéis ni le regañéis porque ellos saben mejor que vosotros hasta donde llega su apetito.

Los que ahora son ancianos nos han enseñado a comer con educación, a vestirnos sin ayuda de nadie sin importar que no nos pusiésemos bien los calcetines, a enfrentar con valor y decisión los pequeños problemas diarios, nos han preparado para que seamos capaces de escribir nuestras leyendas personales y, sólo por esto es de justicia que estemos a su lado ahora que no se valen por sí mismos. No debéis sentirnos tristes, ni enfadaros con ellos si los ancianos de vuestra kumpanya ya no puedan seguir vuestro ritmo; a vosotros os toca ahora, es vuestra obligación ineludible, ayudarles a recorrer los últimos tramos de su camino con todo el amor y la paciencia que podáis reunir: Os pagarán haciendo algo que para ellos, después de todo cuanto han vivido, es verdaderamente difícil: sonriendo.

Ahora te pregunto: ¿Sería demasiado teatral intentar convencerte de que esta carta es un compendio de todo cuanto he

aprendido en mi existencia? Es posible; pero no por ello deja de ser una verdad, la mía, que desde mi punto de vista no admite discusión. Supongo que, como Matriarca, habrás leído lo que dejé escrito en el testamento que dirigí a todos los líderes de nuestros pueblos; pero al ser mujer en un lugar en el que los hombres no están dispuestos a perder el protagonismo, he creído que tenías derecho a recibir unos consejos que te permitan moverte en un mundo complejo que, si es difícil para un Patriarca, es más que confuso para una mujer, tanto por el hecho de serlo, como por ser Matriarca.

Quiero empezar diciéndote que el peso que has echado sobre tus hombros al convertirte en Matriarca iniciada, es mucho mayor que el que suele admitir un hombre que se convierte en el Patriarca de su pueblo. En las campañas públicas de concienciación, en la propaganda de las organizaciones romanís, dicen que las mujeres son el motor del pueblo Romaní, y es completamente cierto; pero no te engañes porque, a pesar de esos vientos de apertura que corren por nuestras tribus, el inmovilismo que atenaza a muchos de nuestros príncipes y Patriarcas, será para ti como una cadena que lastre tus movimientos tratando de impedirlos por completo. Y no creas que éso sólo te sucede a ti porque eres rom, no; en las sociedades de los pueblos no libres está pasando lo mismo a pesar de que los machos gachés se llenen la boca diciendo que sus hembras ya han alcanzado la igualdad; La igualdad entre hombre y mujer se alcanzará en el momento en el que no sea necesario hablar del tema.

Si tuviésemos que hacer una clasificación de todas las mujeres que viven en las sociedades no libres, verías que sólo hay tres grandes grupos. Un grupo de feministas extremistas que son tan necesarias como todas las vanguardias, un segundo grupo de mujeres que sufren su condición de mujer, y un tercer grupo, situado entre los otros dos, que sobrevive como puede en una sociedad pensada desde el principio por y para los hombres.

Te aclararé un poco el concepto.

Las vanguardias, como todos los extremismos, son necesarias en las sociedades como contrapunto al inmovilismo retrógrado de una parte de la comunidad porque, entre ambos, nace un acerca-

miento al equilibrio, al ideal de convivencia. Podría decirte aunque asuste un poco que Hitler, el asesino de masas, desempeñó una tarea muy importante en la Historia de los pueblos occidentales ya que, sin su barbarie, sin su locura homicida, no hubiese existido la necesidad de crear una Unión Europea. Este argumento que puede parecer fascista, no lo es en absoluto porque Adolf Hitler, en ningún momento buscaba la unión de Europa sino alcanzar el poder supremo; pero, sin desearlo, la provocó con su agresión a la sociedad en general y a nuestros pueblos en particular. Las feministas, muy necesarias en sus comienzos, sufren ahora un ligero desfase, una vez conseguidos los objetivos que se habían marcado, y en estos momentos en que la mujer está considerada en las sociedades actuales como un elemento de igual valía que el hombre, se dedican a buscar, inconscientemente, la supremacía de la mujer sobre el hombre.

Soy consciente que los movimientos extremistas deben pedir utopías para conseguir cosas elementales, de sentido común; pero si te das cuenta, Cherdillí, la igualdad pretendida en un primer momento se ha convertido en una guerra de sexos, cruel a veces, que se intenta dulcificar con chistes machistas y feministas que tienen más de ácido corrosivo que de humor propiamente dicho. Aunque la igualdad debería ser algo que no tuviera que pedirse, por ser un derecho natural del ser humano, tampoco se puede imponer por decreto porque la igualdad nace del respeto mutuo, de la convivencia pacífica y de la comprensión; como podrás darte cuenta, la educación de los niños de los pueblos no libres, también la de los Pueblos Libres, fomenta la desigualdad y la confrontación porque en el fondo es sexista y desigualada.

El otro extremo del que te hablaba está ocupado por un enorme grupo de mujeres sufridoras que consideran como algo natural el dominio del hombre sobre la mujer. Las llamo sufridoras porque sufren creyendo que ese es su destino y no encuentran ninguna solución a su forma de vida pues, desde su infancia, les han martillado el cerebro con ideas de corte machista y las han preparado para que vean normal la sumisión al macho y la anulación de su propia personalidad en aras de que el marido, que trae el sustento a casa, sea quien disfrute de todas las ventajas posibles.

En medio de estos dos grupos existe una masa de mujeres trabajadoras que deben esforzarse más que nadie en el día a día para conseguir sus metas laborales y profesionales. Es un secreto a voces que, a igualdad de competencia, los empresarios prefieren a un hombre antes que a una mujer ya que, el macho, no tiene que parir y, por ello, no pierde jornadas de trabajo por causa del embarazo y de la lactancia; pero es que en los Pueblos Libres, a pesar de la igualdad dictada por nuestras Leyes, se pueden observar los mismos grupos. Por un lado las ancianas, inmovilistas a la fuerza, al servicio de los varones de la casa, por otro las mujeres que quieren ser dueñas de su vida y, en el centro, las que aspiran a vivir de su trabajo sin tener que depender de nadie.

Si alguien nos ha comparado a los varones romanís con leones, tiene razón; el león cuida el territorio, se enfrenta con otros leones y ruge para avisar que está atento, mientras las leonas cazan, y esperan a que coma el macho para comer ellas y sus crías.

Algunos romanís son leones en el sentido estricto de la palabra. Si tienes alguna duda, mira en los mercadillos cómo venden las mujeres mientras los hombres discuten “de cosas serias” en el bar más cercano y sólo aparecen para cargar y descargar la mercancía; por ello una de tus tareas más importantes es enseñar a las mujeres de tu pueblo a que se desempeñen como mujeres, como miembros activos de la sociedad ya que éso no va contra la Ley que nuestros ancestros nos dejaron.

Como muchas de ellas llevan demasiado tiempo bajo los preceptos de su marido, de su padre o de cualquier varón que tenga ganas de dar una orden, debes empezar por convencerlas de que nacieron libres y que tienen, por el simple hecho de haber nacido, derecho a la misma libertad que el hombre. Enséñales que son libres para ser lo que deseen y no lo que los demás quieran que sean o hayan decidido sin contar con ellas lo que deben ser. Persuádelas de que son libres de pensar como quieran y que pueden disponer dónde quieren estar en cada momento de sus vidas.

Trabaja a menudo con ellas para enseñarles que tienen libertad de elección sobre lo que desean hacer. Convéncelas, Matriarca, que pueden decidir libremente sobre sus sentimientos y sobre sus palabras porque la libertad también supone el derecho

y la responsabilidad de salir al mundo para buscar lo que se quiere, sin necesidad de estar esperando permiso de nadie para conseguir sus sueños; pero no olvides decirles que la libertad tiene sus riesgos.

Cuando uno quiere su libertad y la busca, asume correr unos riesgos pero, si están dispuestas a enfrentar el pago que requiere disfrutar de una libertad sin límites, a veces no podrán elegir lo que les sucede pero siempre, en todo momento, podrán decidir qué harán con lo que les suceda.

La libertad es personal, es difícil; pero todo se ve de distinto modo cuando se es libre.

A veces el precio de la libertad es la soledad y, algunas de entre las mujeres de tu pueblo, pensarán que deben sacrificar su independencia porque, de otro modo, los hombres las rehuirán. Cuando te digan éso, siéntate con ellas y explícales que las mujeres son como los primeros higos de la temporada. Los más dulces, los más sabrosos y apetecibles, están situados siempre en la copa de la higuera, justo en la parte más alta y hay hombres que no se atreven a cogerlos por miedo a caer, a herirse; por esa razón se limitan a tomar los que ya han caído por tierra aunque estén machacados y pisoteados por los animales y las ratas: porque son más fáciles de alcanzar y no les cuesta ningún esfuerzo.

Diles que deben esperar al hombre correcto, al que no tenga miedo de subir a la higuera para alcanzar los mejores frutos y, si no llega nunca, que maduren tranquilas, que sigan inaccesibles para los que no quieren dificultades, porque cuando una vez maduras caigan a tierra esparcirán su semilla y perfumarán el aire.

Si alguna de las mujeres de tu pueblo se encuentra triste porque piensa que ya no es joven y bonita para encontrar un marido, llévatela aparte de todos y dile al oído, como si fuese el secreto mejor guardado del mundo, que ser joven es algo transitorio, que ser guapa es un accidente; pero que una mujer leal, buena y serena es una obra de arte que sólo puede conseguirse con el tiempo y la experiencia.

Seguro que, cuando estés enseñando estas cosas a las mujeres de tu pueblo, habrá hombres que te miren mal; no te preocupes,

Matriarca: son de los que están acostumbrados a comer frutos podridos del suelo porque les falta valor para trepar a las ramas más altas de la higuera y alcanzar los frutos sanos.

Es muy posible que algunos sacerdotes católicos o pastores evangélicos, empeñados desde hace tiempo en hacer de nuestras tribus un rebaño de judeo—cristianos sumisos, intenten convencer a las mujeres que la mujer debe someterse a la voluntad del hombre, según la Biblia. En ese momento toma su libro sagrado, léeles el pasaje de la creación de la mujer, el que cuenta que Eva fue hecha, por el mismo Dios, de una costilla de Adán, mírales a los ojos y díles que, si éso es cierto, Eva salió de la costilla, no de los pies para que la pateen y la humillen, ni de la cabeza para que fuera superior al hombre, que salió del costado para ser igual y marchar al lado del hombre, que la hicieron de una costilla situada bajo el brazo del varón para que fuese protegida y del lado del corazón para ser amada.

Los hombres, Cherdillí, nunca entendemos por qué razón lloran las mujeres ya que no somos capaces de conocer sus verdaderos motivos; cuando se llega a mi edad y por fin lo sabemos, ya suele ser demasiado tarde. Si le preguntas a un hombre por qué llora su mujer y te dice que no lo sabe, o que todas las mujeres lloran sin razón, explícales que el Padre, cuando pensó en la mujer, conociendo cómo iba a ser el hombre, la hizo de manera muy especial. Tuvo que dotarla de unos hombros que fuesen lo suficientemente fuertes para soportar toda la maternidad y, al mismo tiempo, lo suficientemente dulces para que sirviesen de refugio a su prole y a su pareja. Le dio una fortaleza tal que le permite sacar adelante a una familia, aún sin la presencia del hombre, sin quejarse de nada, a pesar del cansancio y de las enfermedades.

También le dio sensibilidad para amar a sus hijos a pesar de lo que hagan, la dotó de fuerza suficiente para saber perdonar las ofensas y de sabiduría para manejar situaciones tan difíciles que muchos hombres se rendirían. Pero para poder soportar todo éso, les otorgó el desahogo del llanto porque, cuando una mujer llora sin razón aparente, derrama lágrimas por ella y por nosotros; las lágrimas de una madre adolorida contienen amor suficiente como para sanar al mundo.

Pero dejando a un lado el hecho de que seas mujer, Cherdillí, tu tarea es de las más difíciles que pueden encontrarse y, por ello, creo que es mi deber tratar de aconsejarte sobre cómo debes manejar tus relaciones personales con los demás miembros del pueblo ya que, en ellos, encontrarás los obstáculos más duros para tu Tarea.

En primer lugar tendrás que enfrentarte a un mundo inmerso en las diferencias sociales, en los malos tratos de todo tipo, en la desunión familiar y las venganzas personales; pero no te asustes ante este panorama porque tu trabajo es salvar al mundo y, para conseguirlo debes empezar por tu propio pueblo. No cometas el error que yo cometí ya que, si en lugar de querer cambiar el mundo hubiese empezado por cambiarme a mí mismo, hubiera cambiado mi familia, mi pueblo y ¿por qué no? todo el mundo. Para cambiarte a ti misma, empieza por respetarte dentro y fuera de tu tarea. Como Matriarca el trabajo es duro pero trata de hacer a lo largo del día varias pausas para que puedas reflexionar y analizar lo que estás haciendo. Pensar en ti misma de vez en cuando es muy saludable y te permitirá tener una perspectiva distinta de cuanto te rodea. Concéntrate en realizar una cosa cada vez, un problema es la cantidad máxima que te debes permitir al tiempo porque, aunque a veces creas lo contrario, eres humana y te fatigas; una persona que esté fatigada no piensa con claridad, recuérdalo.

Cuando planees las labores que realizarás a lo largo de la jornada, empieza por pensar que no todo depende de ti por lo que deberás disponer de un tiempo vacío para solucionar los imprevistos que, sin falta, han de presentarse a lo largo del día. No pienses que eres indispensable en la vida diaria del pueblo, y si lo eres, no dejes que lo vean así ya que, los demás, deben tomar sus propias decisiones y no depender de ti por completo. Recuerda, Cherdillí, que el día que mueras todo seguirá funcionando sin tu presencia.

A mí me ha costado años entender que soy tan prescindible como la hierba en la que orinan los caballos y que nunca llegará a su madurez.

No dejes que te asfixie tu tarea, aprende a decir que no. No asumir un trabajo que pertenece a otros, no puede hacerte sentir

culpable en ningún momento. Estás para ayudar y no para suplantar a nadie; decir que no, justificadamente, no debe lastimar a quien pide ayuda cuando puede hacerlo solo. Es imposible agradar a todos al mismo tiempo por lo que, hagas lo que hagas, siempre habrá alguien disconforme con tus decisiones.

La mejor manera de estar en perfecta relajación frente a tu tarea es convertirte en una niña, Cherdillí, fingir que nunca has crecido. Trata de dormir cuando te lo pida el cuerpo, no temas en ningún momento demostrar ante los demás que estás enfadada, cuando estés fatigada lee lo que te cause más placer, juega de vez en cuando con los niños de la tribu, trata de que nadie te obligue a seguir una conducta sólo para complacerles, pide cariño siempre que tu corazón lo necesite, ponte seria de vez en cuando aunque los demás no entiendan por qué razón lo haces, no tengas ningún reparo en demostrar el cariño que sientes hacia alguien, enfádate, sin perder la compostura, si es necesario y enfrenta los problemas con tranquilidad ya que sólo se presentan cuando estamos preparados para solucionarlos y vienen para demostrarnos que somos lo suficientemente fuertes como para poder enfrentarlos sin temor ni dudas.

En todo momento separa los problemas importantes de los urgentes, los reales de los que imaginas y trata de solucionarlos cuando aún son fáciles ya que, de lo contrario, lo urgente no te dejará tiempo para lo que en realidad es importante.

Ya sé que podrás pensar en las muchas tareas urgentes a realizar todos los días y que eso te impida distinguir. Debes recordar que, en realidad, es urgente que mires a tu alrededor cuando caminas entre tu pueblo para sonreírles, demostrarles que los aprecias sinceramente y darles ánimos; urgente es que mires al cielo, a las flores y que te llenes los ojos de paisaje para que adviertas tu propia pequeñez ante el Universo; urgente es que no se te olvide vivir, no vaya a suceder que cuando llegues a ser una anciana te encuentres añorando todo lo que podías haber hecho y no hiciste; urgente es que sepas apreciar el tiempo que te regala un niño sin esperar nada a cambio; urgente también es una palabra que nos encadena a la monotonía y nos impide vivir nuestra propia vida, una palabra que ha perdido su valor de tanto usarla para cosas

que no son importantes; urgente es, Cherdillí, que hagas un alto en tus tareas, respire hondo y te sientas viva y dispuesta para ayudar a los demás.

Pide ayuda cuando lo consideres necesario y, a veces, aunque no sea imprescindible; hacer que los demás se sientan útiles será una gran ventaja para tu Tarea ya que todos se sentirán partícipes de las decisiones que tomes. Evita, siempre que esto te sea posible, rodearte de problemas, de la compañía de personas negativas, de la ansiedad y, sobre todo, no cargues con las tensiones que no son tuyas.

Las personas tienden a descargar sus fardos espirituales sobre las espaldas de los que creen más fuertes que ellos; pero no creas que con este gesto piden consejo porque lo que en realidad desean es que tú soluciones sus problemas para que ellos puedan desentenderse de la responsabilidad que conlleva tomar decisiones.

Comprende que tu familia no es como tú. Ellos están junto a ti, sí, viven contigo, forman parte de tu universo personal pero no son tu identidad. Eres una individualidad en el mundo y nadie, comprendelo bien, Matriarca, nadie, es igual a ti. La familia, si bien es la base de nuestros pueblos, para los Patriarcas y Maestros no es otra cosa que un lastre añadido con el que se dificulta la Tarea.

La familia, como el pueblo, desearía tenerte siempre a su disposición, que estés ahí para el momento en que te necesiten; pero cuando ellos están inmersos en su mundo, cuando están pendientes de su vida y sus cosas, tú no eres necesaria y, por ello, no les gusta que intervengas directamente en sus “asuntos” sino cuando ellos quieren que lo hagas. Viven a tu sombra, presumen de tu poder, o de tu sabiduría, como si fueran suyos, pero no dudarán en desconocer tu parentesco si un día cometes un error.

A veces, Cherdillí, hay principios y convicciones inflexibles que coartarán tus decisiones; pero tienes que ser consciente de que las Leyes están hechas en función del ser humano para facilitar la convivencia. Evita ser inflexible ya que, si la rigidez es buena para las piedras y los metales, no tiene por qué ser lo mismo para el ser humano.

Trata de tener siempre a tu lado alguien en quien puedas confiar plenamente, con quien puedas hablar de cosas muy impor-

tantes y piensa que, si esa persona está lejos, no te sirve de nada. Una persona que te inspire, un consejero honesto, es uno de los bienes más difíciles y preciosos que puedes hallar en tu camino.

Aprende a marcharte siempre a tiempo de los territorios a los que vayas y no prolongues la estancia en un lugar porque te encuentres bien ya que, si te quedas, estás disponiendo de la vida ajena que, por supuesto, no te pertenece. Intenta descubrir los pequeños placeres de la vida cotidiana y no te atormentes nunca por si hablaron mal o bien de ti en tu ausencia ya que, si conocieses la opinión real que de ti tienen quienes te adulan, te darías cuenta que está en función de tus aciertos y de la necesidad de ti que tenga quien emite la opinión; sobre todo no abandones nunca a tus mejores consejeras: la fe, la intuición y la reflexión.

Agradece siempre sinceramente lo que has logrado para tu pueblo, reflexiona siempre que puedas, aún robándole horas al descanso y celebra las pequeñas victorias de cada jornada. Recuerda que los problemas, el dolor y la aflicción son de agradecer porque también enseñan alguna lección importante y pregúntate, Cherdillí, si en realidad estás dando lo mejor de ti misma en cada momento; cuando estés muy afligida, agobiada por los problemas, cuando creas que eres la persona más desgraciada de este mundo, que todo te está saliendo mal, siéntate un momento y piensa cuántos cambiarían su vida por la tuya sin dudarlo.

Vive con intensidad el momento presente y di lo que sientas siempre que tengas ocasión; es posible que no puedas hacerlo más porque se te irá mucho tiempo en discusiones que no tendrán sentido más que para quien las alimente. Las personas suelen perder demasiado tiempo diciendo vanas estupideces en lugar de atacar directamente los problemas pues, en el fondo, lo que quieren es ser protagonistas y que tú les halagues diciéndoles lo capaces que son y lo bien que lo han hecho.

Las cosas, prima, no son como uno desearía que fuesen, las montañas, las mañanas de oscuros amaneceres o el cielo encapotado, no cambian porque no nos gusten. Están allí para superarlas, para aceptarlas como son y para entender la belleza que, a veces no somos capaces de ver.

Antes de que te permitas la libertad de hacer notar un defecto ajeno, piensa que tú también los tienes.

No olvides que si quieres curar a un perro herido y éste te muerde, no lo hace por maldad sino porque le duele la herida que le está haciendo sufrir. En resumidas cuentas, si quieres curar a un animal herido y te muerde con rabia, recuerda que no lo hace él sino la herida que le han provocado; pero es fácil entender que no sólo sucede éso con los animales ya que, con mucha frecuencia, cuando quieres ayudar a una persona que está dolida y te despidе con malos modos o con palabras destempladas; antes de ofenderte por lo que te acaba de suceder, piensa que quien está actuando en ese momento es el dolor de esa persona y no la persona en sí misma.

La vida, Cherdillí, aunque es una especie de juego, muy serio, no se mide por puntos, goles o tantos, ni es siempre vencedor el que mejor juega. En la vida no hay marcador luminoso pagado por una marca comercial, ni hay ídolos que aparezcan a diario en los periódicos, ni entrenador que nos aconseje sobre lo mejor que podemos hacer, ni siquiera un árbitro que juzgue y evalúe cada una de nuestras “jugadas”.

Tampoco se mide la vida por el número de amigos que creas tener, ni por cómo eres aceptado en la sociedad en que te mueves, ni por la categoría social de las personas con las que te reúnes, ni por la fama de tu familia, ni por el dinero que logras amasar, ni por las posesiones que logres reunir. La vida, prima, puedes medirla tú misma ya que eres tu propio juez.

Mídela ante todo por quien amas, por quien dañas, por la felicidad, el dolor o la tristeza que causas a otros. Mide la calidad de tu vida por las veces que haces y dices lo que realmente piensas y no lo que otros esperan, mídelas por quienes desprecias sin motivo, por quienes juzgas sin razón, por el respeto que demuestras a los demás y el uso que haces del poder que has aceptado como tarea.

La vida en sí misma, es dar en lugar de recibir, es creer con fe, es apoyar a todos y no apocar a nadie, es comprender el motivo ajeno antes que ofender, es defender a todos antes que humillar a nadie, es perdonar antes que olvidar y, en suma, la vida con-

siste en amar a los demás porque, amando sinceramente, es más fácil seguir con la vista en el futuro sin que los remordimientos lastren tu camino.

Tu misión como Matriarca, como iniciada, es ejercer la función de árbol para tu pueblo. Sé como un árbol porque los árboles nunca dan la espalda a nadie, sin importar desde dónde los miren, porque protegen de la fuerza del sol, porque retienen amorosamente la tierra entre sus raíces y porque sobreviven a todos los hombres; los árboles en ningún momento dejan de dar sombra, ni al leñador que intenta tumbarlos por la fuerza y perfuman con su savia el hacha que los hiere.

Trata de ser feliz para que quienes te siguen también lo sean. Rodéate siempre de las cosas sencillas que más te gusten, haz de tu casa un refugio para quienes amas y para quienes lleguen buscando consejo o consuelo. Demuestra a las personas que las amas y no olvides nunca decírselo. Envuélvete el alma con amigos alegres, que te hagan reír, que sepan hacerte más fácil la existencia, ríe con fuerza siempre que puedas, porque de esa manera enseñarás a reír a los demás; pero riéte cerca de ellos porque si lo haces de lejos y no oyen la risa, sólo verán que estás enseñando los dientes y se creerán amenazados.

La mejor manera que existe para prepararse a reír es finalizar las cosas que hayas empezado y, de este modo, conseguirás la paz interior que facilitará tu alegría; la alegría se te dará para que seas capaz de hacerla sentir a los demás en cada momento del día porque una jornada no estará perdida si has sido capaz de dibujar la sonrisa en un rostro triste.

Además de mucha alegría para repartir, necesitarás bondad, Matriarca, mucha ternura en el corazón para que cuando termine un día particularmente duro y fatigoso no desvíes la mirada de unos ojos que te estén pidiendo ayuda desesperadamente. También necesitarás toneladas de coraje para dejar tus reparos a un lado y hacer lo que creas mejor para tu gente a pesar de las miradas burlonas de los más escépticos. Deberás tener fe en lo que haces y grandes dosis de humildad para que nunca quieras aparentar lo que no eres y trabajarás para tener sueños que sean capaces de alimentar tu alma durante las noches.

No olvides, prima, que una Matriarca debe tener sensibilidad a raudales porque así como todos los Patriarcas son vistos como padres severos, las Matriarcas son contempladas como a madres comprensivas y necesitarás de la sensibilidad para que puedas apreciar las bellezas que ofrece una vida dura, difícil, para que a pesar de todo lo malo que te toque sortear, puedas hacer descubrir a los demás que la vida es siempre hermosa; para que cuando todos duerman, aún te queden fuerzas para desear que tus manos toquen una estrella fugaz y seas capaz de sonreír a la luna llena a pesar del cansancio que entumece tu cuerpo.

Sobre todo, Matriarca, deberás tener Sabiduría para hacer comprender a los demás que sólo existe el bien, que el mal es sólo la ausencia de la bondad y deberás poseer el Conocimiento suficiente para levantarte feliz todas las mañanas de tu vida cuando hayas comprendido que el amor a los demás es la única razón para seguir con vida.

Te harán falta todas estas cosas para manejar a tu gente; pero además te hará falta mucho valor porque si deseas educar a tu pueblo en la vida espiritual, muchos te darán la espalda pues, salvo unos pocos, nadie querrá escuchar lo que dices. A los que han olvidado el alma que tienen, les avergüenza reconocer que rezan al Padre porque, la sociedad de los pueblos no libres, les ha enseñado a que “éso son cosas de viejas”.

A ellos, un billete con muchos ceros les parece poco para ir de compras y sin embargo buscan la moneda más pequeña para socorrer a un hermano que se encuentra en apuros; claro que también una hora en el bar o en el baile les parece corta y, sin embargo, hablar diez minutos de su salud espiritual les parece largo o lo consideran una pérdida de tiempo. Ahora bien, si te tomas la molestia de preguntarles, Matriarca, te sorprenderás porque todos dicen que quieren ir a un Cielo del que no tienen clara la existencia; pero quieren ir si éso no les supone ningún esfuerzo personal. En principio, no saben qué hacer con su vida, que es limitada, y todavía suspiran por tener una vida eterna.

El ser humano tiene una tendencia, casi una necesidad, de precisar los comienzos y los finales de las cosas encerrándolas entre dos fechas, restringiéndolas a imagen y semejanza de sus mentes

limitadas. Queremos saber el momento exacto de todo sin darnos cuenta de que el tiempo se mide por la obcecación del hombre en saber cuánto le queda para llegar a la tumba; el tiempo, prima, puede ser una gran bendición porque es la mejor expresión de amor que podemos dar a nuestros semejantes ya que, si te fijas bien, la verdadera importancia que le damos a una persona o a un hecho se mide siempre por la cantidad de tiempo que le dedicamos.

El tiempo es un regalo muy valioso que no se da sino a quien se ama, ya que es limitado; podríamos decir que quien regala tiempo regala parte de su vida. Todo el mundo puede, con empeño, producir más bienes, más dinero; pero nadie, hasta el día de hoy, ha sido capaz de producir algo de tiempo.

El tiempo sólo es un concepto dividido en momentos que tienen una duración relativa, depende de lo que se esté haciendo; al menos esa sería la definición que te daría algún filósofo. El tiempo, Matriarca, es espera; así de sencillo. Cuando una puerta se cierra ante nuestra vida, otra nueva se abre; pero hay gente que en lugar de ir hacia la nueva entrada, se queda esperando a que la vieja vuelva a abrirse por lo que pierden su tiempo, su vida.

Para que aproveches bien todo tu tiempo en este planeta, no debes nunca guiarte por las apariencias puesto que tus ojos, tus sentidos, te pueden engañar porque son, al igual que tú misma, desesperantemente humanos. Tampoco te dejes cegar por las riquezas y el bienestar personal o el de tu pueblo porque, al ser material, desaparece con el tiempo.

Pide al Padre, como el rey Lemuel, que no te de mucho para que no te olvides de tu espíritu, ni que te de tan poco que debas robar para alimentar a los tuyos. Pídele sólo lo suficiente; pero ruega con fe, con toda la fuerza que puedas reunir en tu alma que te de suficiente felicidad para que puedas ser dulce y amable con los demás, que te envíe suficientes pruebas para que te hagas fuerte y tu gente siga tus pasos con el alma en paz y sin miedos, pide suficiente esperanza para que tengas fe en el mañana cuando todo va mal y, sobre todo, pide que te envíe tristezas suficientes como para que no olvides que eres un ser humano como los demás.

Recuerda que si la fe mueve montañas, tu débil cuerpo no es capaz de hacerlo; pero tú sí que puedes moverte para cambiar la

perspectiva de lo que observas. En realidad no siempre es necesario mover montañas porque, es preciso que lo sepas, a veces con mover un a pequeña piedra para evitar que alguien tropiece es suficiente para obrar un milagro.

Estar al frente de un pueblo, Matriarca, no es nada fácil y por eso deberás manejar muy bien tu inteligencia para gobernar; pero usa tu corazón cuando estés frente a los demás porque, la sensación de angustia que te pone en guardia es sólo un aviso de que el peligro puede llegar, sí, pero no la confirmación de que lo que temes va a suceder. Al fin y al cabo, el ayer no es sino historia y el mañana algo sin estrenar que todavía se desconoce. Para conocer bien todo el entorno y a los que te rodean, debes escuchar mucho a los demás, sin dejar de oír lo que tu corazón cuenta.

Siéntate para escuchar la armonía del silencio y, cuando hables con los demás no trates de oír lo que te dicen sino de escuchar aquello que no se atreven a contarte. Para que puedas ser capaz de esto, tendrás que aprender a sentir el dolor, la felicidad, el gozo, la sensualidad, la alegría y la esperanza. Recuerda que a veces sólo tendrás la fe como única herramienta para aconsejar a los demás; pero la fe, Matriarca, junto con la esperanza, la confianza en ti misma, el amor y la experiencia que puedas acumular, te harán invencible en todo momento.

Sabes que te debes a los demás, pero nunca dejes de luchar por tus propios sueños porque, si te sientes frustrada en tu vida personal será imposible que puedas ayudar a los tuyos para que elijan los caminos correctos. No te rindas nunca ante los obstáculos que aparezcan, ni te abandones a la fatalidad cuando algo te salga de manera diferente a como habías pensado.

En todo momento recuerda las enseñanzas de tus antepasados y ponlas en práctica siempre que puedas ya que en ellas residen las experiencias de los que fueron sabios, antes que tú nacieses, a costa de mucho esfuerzo y pruebas sin cuento.

Apóyate en el Padre y pide que te ayude en la tarea que has admitido. Rúégale que te ayude a comprender a los tuyos, a que te de paciencia para escuchar lo que tienen que decirte, que te haga amable y que te regale minutos de vida para no interrumpirles cuando se desahoguen contigo. Pídele el valor que necesitas

para tragarte el orgullo y confesar tus faltas sin temor, suplícale que guíe tus pasos por la senda del bien y que no puedan decir que les enseñaste mal con tu ejemplo. Por último, pide con fe para que tu pueblo te siga por respeto y no por el temor de ser castigados.

No creas que la vida de Matriarca es fácil ni que la felicidad es algo que estará a tu alcance en todo momento pues, en esta tierra, sólo son felices los que son idiotas y los que hacen como que lo son para evitar sus responsabilidades; pero éso no les lleva a ninguna recompensa ya que, quien no arriesga, no llega a ver sus deseos cumplidos.

La vida es dura, prima, y a veces no le encontrarás sentido; pero piensa que si evitas que un solo corazón se desangre de pena, si logras aliviar un dolor, o pintar una sonrisa en un alma triste, no habrás vivido en vano. Comprende que es de verdad importante hacer algo a favor de los demás porque lo que va a quedar en la memoria de tu pueblo sólo será lo que hayas hecho por los demás.

Cuando hables de infinito, debes recordar que las dos únicas cosas que no tienen límite son el Universo y la estupidez de los seres humanos que se empeñan en hacer de menos a los demás. Éstos no son capaces de reconocer algo sutil porque sus ojos sólo pueden advertir la densidad de lo carnal; son los que tratan de crear una rutina alrededor de sus mediocres existencias para no darse cuenta de que sus vidas caminan hacia un final y detestan cualquier cambio que se quiera realizar en sus convicciones.

Estos seres no pueden comprender que cada día somos personas muy distintas a las del día anterior, totalmente nuevas, y que dejamos atrás el pasado dibujando, a veces con el pulso muy tembloroso, el presente en el que vivimos; es fascinante que a pesar de los problemas y las dificultades seamos capaces de volver a soñar, de idear con ilusión un futuro; es maravilloso disponer de libertad para elegir hacia dónde quieres que se encaminen tus pasos en pos de tu felicidad y la de tu pueblo, asumiendo tus obligaciones con alegría responsable; es casi increíble que se pueda amar después de haber sido golpeado por las cadenas amargas del despecho, en resumen, es un don el poder volver a creer en los demás cuando, ni ellos, tienen confianza en sí mismos.

Nunca, Matriarca, prives a nadie de una palabra amable ni dejes de hacer saber a otra persona lo mucho que la aprecias. Hay

millones de personas arrepentidas porque, cuando sus seres queridos estaban vivos, dejaron pasar la oportunidad de expresarles sus sentimientos; demasiada gente se fue de este mundo sin saber lo mucho que otros les querían.

No se pasa por este mundo más que una vez por lo que todo cuanto puedas hacer para que los demás se sientan mejor no debes posponerlo.

Las mejores medicinas para el alma son el tiempo y la paciencia que se encargan de sanar, por sí mismas, todos los males que aquejan a nuestros débiles sentimientos; el amor y la comprensión curan las heridas que los demás nos infieren.

Pero si lo que en realidad quieres sanar son los problemas de tu pueblo, esfuéstrate constantemente. Cuando creas que las cosas van mal, si estás agotada tras un largo día de trabajo, si crees que nadie te entiende o si los demás no tienen en cuenta lo mucho que luchas tratando de conseguir lo mejor para ellos, haz un esfuerzo suplementario porque, aunque no logres en ese momento lo que buscas, el esfuerzo irá preparándote, endureciéndote y trabajando tu espíritu para que, cuando de verdad necesites algo muy difícil de lograr seas capaz de conseguirlo.

Ten cuidado con las informaciones que recibes ya que cada uno, sin querer, tratará de poner las cosas a su favor. Cuando busques opiniones encontrarás tantas verdades como personas consultes ya que, sin importar las diferencias entre lo que cuentan unos y otros, todos estarán convencidos de estar diciendo la verdad.

Es como si mandases a cuatro personas diferentes a ver el mismo lugar en cada una de las cuatro estaciones y, mientras uno diría que el campo estaba yermo porque lo visitó en invierno, otro afirmaría que estaba lleno de verdor porque fue en primavera, el otro te comentaría que estaba presto para la cosecha y el último estaría convencido de que no merecía la pena pasar por ahí porque la cosecha ya se había realizado.

Sólo tú, que dispones de las cuatro informaciones eres capaz de saber si merece la pena, o no, pasar por ese campo con tu pueblo según la estación del año en la que te encuentres.

A la hora de iniciar una tarea dura, pon tu atención en los pájaros cuando construyen su nido y te darás cuenta de que, a pesar de que les rompen el nido, siguen en su tarea sin desesperarse, cantando, una y mil veces hasta que consiguen finalizar su obra.

Antes de que le digas algo a una persona debes tener en cuenta si es necesario hacerlo y, si lo es, procura que tus palabras sean amables porque, cuando hagas una promesa deberás cumplirla. Guarda siempre tu sentido del humor porque las sonrisas hacen más fácil la vida y alegran la jornada; no hables de los demás en forma negativa; trata de que tu mente esté siempre abierta ya que se puede estar en desacuerdo sin ser violento en la oposición de ideas diferentes.

Busca consolar a los demás, y entenderlos, más que pensar en tu propio consuelo; perdona siempre que puedas porque la gente, en su gran mayoría trata de hacer las cosas lo mejor que puede; deja que los demás encuentren tus virtudes porque se manifestarán sin que tú lo notes y, sobre todo, cuando hablen mal de ti, cuando te critiquen para hacerte daño, ignora la ofensa y recuerda aquella historia del hombre que recibió de un enemigo un gran saco de basura y le devolvió una bandeja de oro llena de flores con una nota que decía simplemente: “Cada cual da lo que tiene”;

Tener rencor, odiar a otra persona es como beber una porción de veneno letal y esperar que el otro muera.

Nunca des nada por sentado y si tienes una duda o una sospecha, pregunta y honra después tus palabras ya que los demás sabrán quién eres por lo que sale de tu boca.

Sé coherente con tus pensamientos y nada de lo que suceda en tu pueblo, ni a tu pueblo, debes considerarlo como algo personal. Ni las ofensas más duras, ni los agravios deben desviarte de tu meta final que es la supervivencia de tus gentes; recuerda que en la misma medida que te quieren lastimar, en la misma medida se lastiman ellos.

Muchas veces tendrás que solucionar problemas de pareja y, para hacerlo con corrección, deberás conocer algunos secretos que te permitan mediar en esos encontronazos que son más el fruto de la rutina que verdaderas disputas.

Cuando hables con las parejas de tu pueblo que tengan dificultades, Matriarca, deberás contarles que conocer al ser amado, aceptarlo tal como es sin intentar que cambie es una de las bases de la convivencia; pero antes deberán tomar tiempo, ambos, para conocerse ellos mismos, ver sus defectos, sus virtudes y pensar qué es lo que quieren cambiar de ellos mismos, porque la convivencia perfecta se basa en detalles inapreciables, aparentemente sin importancia pero que, si fallan, la armonía se desvanece y se pierde para siempre.

Piensa que la concordia de la pareja es como una planta de jardín que no se seca por dejarla de regar un solo día; lo que la mata es que se abandone para siempre la costumbre de regarla con frecuencia.

Acuérdate que si en las disputas de pareja hay uno de sus componentes que es más pacífico, las cosas terminarán por arreglarse; cuéntales que los soldados más veteranos dejan que el enemigo se canse de disparar sin responder al fuego, por mucho ruido de cañones que oigan y, cuando cesa el bombardeo toman las disposiciones necesarias para que, si hay otro ataque, cause el menor número posible de heridas; habitualmente todas las guerras finalizan con un tratado de paz humillante para una de las partes por lo que es mejor no entrar en guerra.

Sobre todo, que no se echen en cara sus fallos porque a nadie le gusta que le recuerden sus errores pasados y que traten de darse mutuamente todo lo mejor de sí mismos enterrando rencillas pasadas que sólo pueden envenenar la convivencia.

Cuando hables con los hombres de tu pueblo recuérdales que no basta con saber que el otro es muy importante sino que se lo hagan saber a menudo; la ternura nunca sobra en una pareja y deben aprender, los hombres y las mujeres, a despedirse con una palabra cariñosa que el otro recuerde durante su ausencia, y a decirse algo tierno cuando se encuentren de nuevo; pero, ante todo, que no se vayan a dormir sin arreglar las diferencias que hayan tenido durante el día, ésto no supone que se sienten a discutir sino que sean capaces de borrar con un gesto, con una palabra amable o con una caricia, el daño que hayan podido hacerse en el transcurso de una discusión.

Que no olviden los momentos felices que vivieron al principio de formar la pareja, recuérdales lo sonrientes que se les veía y cuéntales cómo los demás les envidiaban el cariño que a todas horas se demostraban; pero enséñales a no suspirar por lo que pudo ser y no fue, a que aprovechen las energías para conseguir las metas comunes que se hayan planteado.

La pareja es como una senda ardua, difícil, que debe limpiarse poco a poco, continuamente, sin desmayo para que los matojos de la desidia no acaben con él; díles con seriedad, Matriarca, que para mantenerse unidos se necesita mucha fuerza de voluntad, mucha, alegría, mucho optimismo y un alma dispuesta a perdonar los errores y a enamorar locamente a la otra durante el resto de sus días y que sólo quienes se respetan y se aman sinceramente, lo consiguen.

Nunca pidas para tu pueblo más de lo que necesita. Pide simplemente que tengan suficiente; suficiente felicidad para que se sientan a gusto en este mundo y suficientes problemas para disfrutar mejor de las alegrías; suficiente fortuna para que no tengan que pedir para comer, ni puedan derrochar y suficientes pérdidas como para que aprecien lo que poseen; pide suficiente buen tiempo como viajar tranquilos y suficiente lluvia para que el sol les sea agradable cuando amanezca.

Debes estar siempre al tanto de los progresos para tener a tu pueblo al corriente de todos los avances de las sociedades modernas; así, cuando estén en ellas, no se sentirán desplazados o ignorantes; guardar todas nuestras tradiciones y respetar la Ley de nuestros antepasados no significa negar los avances de la técnica sino adaptarnos a ellos.

No quieras ser como los que viven inmersos en las sociedades más modernas. Aquellos que se acostumbran a vivir en apartamentos sin más paisajes que cemento y ladrillo, luego se habitúan a tener las persianas bajadas, más tarde comienzan a encender las luces antes de que el sol se ponga para terminar olvidando que, fuera de su vidas prisioneras, existen paisajes maravillosos y campo abierto.

También se acostumbran a dormir menos horas de las que necesitan por ver la televisión o salir a divertirse a diario y se des-

piertan sobresaltados por el timbre de los despertadores, aprenden a desayunar deprisa y mal, a leer las noticias de camino a sus trabajos, a comer un bocadillo al medio día para ahorrar tiempo y a llegar cansados a sus casas, ya de noche, sin que les queden ganas de hablar con su familia. De este modo hay muchas personas que, presionadas por las hipotecas, por la lucha para conseguir mejor nivel de vida, se olvidan de vivir cuando sería mucho más sencillo existir con más modestia, pero VIVIR. Recuerda, prima, que la muerte está tan segura de acabar con nosotros que se permite el lujo de darnos toda una vida de ventaja.

Sin ninguna duda tenemos a nuestro alcance todos los elementos necesarios para ser felices y no sabemos cómo utilizarlos; piensa que la vida no se puede ahorrar, recuerda que el tiempo no se puede detener ni almacenar y, por lo tanto, debemos disfrutar de la vida, aprovechar el tiempo y no transformar nuestra existencia, de la que no somos dueños en una rutina que nos haga infelices.

Aunque forme parte de tu leyenda personal, lo que tienes no te pertenece por completo; sólo es un préstamo que se te hizo para que puedas compartir tu historia con los demás. Nadie cruzará tu camino por casualidad y tú no podrás entrar en la historia personal de otro ser humano sin alguna razón importante. Por ello no debes esperar a la persona más perfecta que has soñado para poderte enamorar; no contestes nunca “yo también” cuando alguien te diga “te amo” y dile que cuánto le amas; no esperes nunca a que te destruya por dentro el remordimiento antes de pedir perdón, ni esperes que te respete la muerte si no has aprendido a vivir.

No esperes a llevar luto por alguien para decirle que lo quieres y que merece tu respeto; no esperes que te elogien para creer en ti misma porque acabará con tu autoestima; no esperes a que la soledad no buscada te rodee para reconocer el verdadero valor de la amistad, ni esperes a la enfermedad para apreciar la salud.

No esperes que los demás te abracen si sientes la necesidad de abrazar; no esperes la riqueza para dar algo a los más necesitados; no esperes una sonrisa ajena para ser amable; no esperes al día que vendrá porque quizás mañana ya no estés en este mundo. Tu vida es el hoy, el ahora; si vives esperando perderás tu vida sin

hacer nada en absoluto y no sabrás ni lo que pudiste dar ni lo que podías haber recibido.

En esta vida hay mucho para dar, prima, mucho para recibir; hay demasiadas cosas que aprender. Nunca te lamente de lo que te haya ocurrido porque todo forma parte de un aprendizaje necesario para que adquieras una experiencia que te permita manejar a tu pueblo por sendas de paz y prosperidad; reclamar agriamente ante la vida no sirve de nada y te impedirá aprender.

Piensa que recordar a menudo una ofensa recibida es abrir la herida tantas veces como la memoria la trae a nuestra vida y que el rencor envenena profundamente; muchas veces nos sentimos heridos, defraudados, porque tenemos demasiadas expectativas sobre el futuro y, cuando todo cambia, cuando no salen las cosas como hubiésemos querido, nos sentimos engañados, ofendidos.

Debes saber que los demás también tienen sus propias expectativas y, por un simple ejercicio de equilibrio, nosotros también defraudamos a los demás sin querer; pero es mucho más fácil para nosotros sentirnos dolidos por el fallo ajeno que por nuestros errores. Cuando alguien te diga que te hirió sin querer, créelo y te harás un bien a ti misma y a quien, sin desearlo, te hizo daño; da siempre el primer paso hacia el perdón porque lo único que dejarás en esta tierra es el recuerdo de tus acciones.

A lo largo de tu vida echaras de menos a tu lado nombres de tu niñez, de tu infancia, de tu juventud y de tiempos que fueron felices. Esos nombres que estarán lejos de tu existencia, que te rodearon y un día partieron sin decir adiós; pero también hay nombres que están a tu lado y no ven que los necesitas. Te darás cuenta de que hay nombres que llevas siempre contigo y otros que has olvidado con el paso de los años, nombres que te han apoyado o te han brindado una sonrisa cuando más triste estabas; también te acompañarán los nombres de los que ofendiste sin querer, de los que heriste y los de quienes te hicieron derramar lágrimas de dolor o de rabia, los de quienes te enseñaron. Sin que lo sepas, te acompañarán nombres que todavía no conoces y que, sin embargo, serán muy importantes en tu existencia marcando pautas en tu vida al igual que tu nombre hará en las de ellos.

Da gracias a todos esos nombres que han caminado contigo cuando estabas sola, triste o te sentías vencida, a los que con una palabra de ánimo o de consuelo te dieron aliento, los que no dejan que te distancies de ellos cuando te encuentras abatida o adolorida, los que te tienden una mano y una caricia, los que te prestan su brazo para que oficie de bastón cuando se te hace difícil caminar; dales gracias pero no olvides que ellos tienen su propia vida y necesitan un espacio ya que, si los asfixias con tus atenciones, corres el peligro de que se harten de tu presencia y lleguen las quejas.

Tú, Matriarca, no te quejes nunca de nada. Cuando te creas vencida o fatigada de luchar observa todo cuanto te ha sido dado y verás que puedes sentirte afortunada, que tienes mucho más de lo que necesitas para vivir.

Si te ves apurada por cuestiones de dinero trata de no sucumbir ante el consumismo feroz que inculcan a los que tienen mayor poder adquisitivo despreciando a las tres cuartas partes de la humanidad.

Afronta tus problemas económicos y los de tu pueblo sin miedo, busca soluciones en la soledad y el silencio y verás que esos problemas han surgido porque has querido que tu pueblo viviese por encima de sus posibilidades.

Cuando te pidan algo que no estás en condiciones de dar, no temas decir “no”, al tiempo que explicas tus razones. Sé tú misma en cualquier lugar y vive con intensidad sin olvidar que eres una madre para tu pueblo y, ser madre, es una de las tareas más difíciles de este mundo.

La mayoría de las personas creen que las madres tardan solamente unas ocho semanas en recuperar la normalidad después de un parto sin saber que, después de dar a luz, la normalidad deja de existir para siempre; pero tú, Matriarca, sin parir tienes cientos de hijos a los que cuidar, aconsejar y dirigir por la senda correcta.

No podrás darles soluciones a todos los problemas que se les presenten en la vida, ni serás capaz de dar respuestas a todas las preguntas que te planteen; pero sí puedes escuchar y buscarlas con ellos. No podrás cambiar ni el pasado ni el futuro de tu pue-

blo, pero debes hacer un esfuerzo enorme para estar junto a tu gente cuando te más necesiten. Jamás podrás evitar que alguno de ellos tropiece, pero sí debes ofrecerles tu mano para se aferren a ella y no se caigan.

Recuerda, Cherdillí, que sus alegrías y sus triunfos no son los tuyos, pero deberás disfrutarlos sinceramente cuando los veas felices. No puedes juzgar nunca las decisiones que los demás tomen en su vida, pero deberás apoyarles, estimularles en sus proyectos y, si así te lo piden, ayudarles en todo cuanto esté en tu mano.

No puedes trazar límites dentro de los cuales se vean obligados a desenvolverse las gentes de tu kumpanya, pero sí debes dejarles espacio suficiente para que puedan crecer y desarrollarse. No podrás evitar sus sufrimientos cuando alguna pena les destroce el alma, pero puedes llorar con ellos y ayudarles a reconstruir su espíritu maltrecho por el intenso dolor que sufren. En resumen, no puedes ni debes decirles quiénes son en realidad ni quiénes deberían ser, sólo puedes quererlos sin condiciones y ser una madre para todos y cada uno de ellos.

Debes saber que los integrantes de las sociedades modernas tratan de convencerse a sí mismos durante la infancia de que todo funcionará mejor cuando llegue la adolescencia y la juventud, o quizás después de contraer matrimonio o de tener un empleo mejor remunerado y, si acaso lo consiguen, cosa que no es demasiado fácil, se frustran porque sus hijos no les dejan disfrutar de lo que han conseguido. Más tarde se quejan de que sus hijos adolescentes son difíciles de tratar y entonces sueñan alcanzar la felicidad cuando sus hijos crezcan.

Se mienten a sí mismos diciéndose que la dicha será completa cuando tengan una casa más grande, o un coche nuevo, o cuando puedan irse todo un mes de vacaciones o, en última instancia, cuando se jubilen y no tengan que hacer nada más que vivir; pero la verdad es que no hay mejor momento para ser feliz, para disfrutar de la vida que el presente, el ahora. Es cierto que lo urgente no deja tiempo para lo importante, como ya te he dicho, y, siempre que intentamos hacer un alto en el camino para disfrutar del ahora, hay algo que nos impide gozar del instante que vivimos. Piensa que la felicidad no se alcanza cuando llegas al punto al que

quieres ir, sino que se disfruta en cada paso del camino si lo haces con alegría; la felicidad del ser humano no es un destino en su vida sino un trayecto que se debe recorrer.

Recuerda, prima, que todos los días nacemos cuando despertamos, vivimos nuestra niñez durante la mañana, somos adolescentes al medio día, alcanzamos la madurez durante la tarde y disfrutamos nuestra vejez durante la noche hasta que nos llega la hora del sueño, de la pequeña muerte diaria que nos libra temporalmente de nuestras obligaciones porque, cada día es una vida completa si sabes vivirla plenamente y, por si acaso no te despiertas al día siguiente, trata de dejar terminadas todas las tareas que puedas por si no vuelves a ver la luz del sol.

Cada día es especial y llega cargado de retos y alegrías.

Ahora bien, si crees que nada te ha salido bien durante el día, mira tu pueblo y agradece que los adolescentes que te siguen estén ahí porque, aunque son rebeldes, no están en las calles expuestos a los muchos peligros que los acechan; agradece el pequeño aumento de peso que sufres cada año porque significa que tienes más que suficiente para alimentarte y alimentar a los tuyos; agradece que tienes un montón de tareas cada día porque eso te demuestra que tienes un hogar y un pueblo que te sigue; agradece que tienes problemas para que los ayuntamientos os dejen estacionar en las afueras de los pueblos o en las orillas de los ríos porque eso quiere decir que tu pueblo tiene vehículos y caravanas en las que desplazarse; agradece las largas sesiones de colada en los ríos porque significa que os sobra ropa con la que vestiros; agradece el trabajo que supone limpiar el campamento después de celebrar una fiesta porque eso quiere decir que tenéis amigos y familiares que no os olvidan en ningún momento y agradece que el despertador te arranque violentamente de tu reposo porque significa que estás viva para contemplar un nuevo amanecer.

Si te quejas de lo dura que resulta tu vida, Matriarca, si estás a punto de darte por vencida, piensa que un cocinero le explicó a su hija por qué razón debería seguir luchando de una manera muy especial. Puso agua a hervir en tres ollas y, cuando estaban en ebullición, echó patatas en una de las ollas, en la otra un huevo y en la otra puso un poco de te. Pasado un tiempo sacó las patatas y

estaban blandas, sacó el huevo, cocido y duro, y coló el te explicándole que las patatas que habían llegado duras al agua, se habían ablandado, el huevo se había endurecido y el te había logrado convertir el agua en una bebida de sabor agradable.

Las tres cosas se habían enfrentado a un medio hostil, el agua hirviendo, y habían reaccionado de diferente modo. Tú, Matriarca, debes elegir si quieres ser dura y soberbia como la patata para ablandarte después y rendirte, o entrar protegida por una débil capa para terminar endureciéndote como el huevo, o, finalmente, eres como el te que logra cambiar y perfumar el agua que le hace daño.

Si quieres ser como el te no permitas que la desidia te some-ta ni dejes que nadie te quite el derecho a decir lo que piensas. La vida a veces nos lastima, es desierto y vergel, es roca dura y brisa acariciante; pero honra el presente, tu presente, luchando contra la corriente porque sólo los peces muertos van siguiendo el curso del río sin luchar.

Valora siempre la belleza de las cosas más sencillas, porque es posible encontrar hermosura incluso en lo más simple de todo cuanto te rodea. Honra tu presente porque el futuro es incierto, aunque está dentro de ti la capacidad de cambiarlo, si es que llegas a vivirlo. Destierra la mediocridad, la rutina y encara tu tarea sin miedo, con la confianza de quien sabe lo que debe hacer. Aprende de todos aquellos que pueden enseñarte, de las palabras de los ancianos y de las experiencias de nuestros ancestros.

Cuando tengas que tomar decisiones piensa que no se equivoca nunca el río cuando, al encontrarse con una montaña, la rodea para seguir su camino hacia el mar; desacierta el agua que, por temor a confundir el rumbo, se estanca y se pudre. Recuerda que no se yerra la semilla cuando muere bajo tierra para convertirse en una planta que da frutos; se equivoca el grano que por no enfrentar a la muerte renuncia a ser mejor. No se falla el pájaro que ensayando el primer vuelo cae al suelo; se engaña el que, por miedo a volar se queda a morir de hambre en la seguridad del nido. No desatina la persona que ensaya diferentes caminos para tratar de alcanzar las metas que le impone su tarea; faltan a su deber quienes, por temor a equivocarse, nunca intentan nada y

aquellos que, por temor al fracaso no aceptan los desafíos que se les presentan día a día.

El desafío, prima, es afrontar sin miedo la tarea de caminar al frente de tu pueblo, comprenderla y aceptarla; es aquello que te puede convertir en Matriarca respetable y líder incontestable, pero para ello debes estar dispuesta a pagar el precio que supone el riesgo de equivocarse; es comprender que el ser humano puede rozar lo sublime cuando se enfrenta a retos porque, cuanto más difícil es la batalla, más grande es la victoria; es atreverte a reinventarte cada mañana, marcarte metas y cumplirlas antes de llegar la tarde; es comprometerte a realizarte por completo para que tu pueblo pueda crecer porque sólo el que ama es capaz de comprometerse; es comprender que la única cura para el rencor y la ira es el perdón; es entender que puedes convertir tus pequeñas derrotas en grandes victorias si no buscas excusas para tus errores y aprendes a corregirlos; es gritar alto y claro un sí a la vida, es admitir que para morir no hace falta valor y sí para retar tus limitaciones; es creer que no puedes decidir tu destino pero sí tu transcurrir por la vida; es estar siempre a la búsqueda de oportunidades para tu gente; es ser libre para elegirte a ti misma cada día y decidir lo que deseas para ti y para tu pueblo, para conducir a tu gente hacia el éxito.

Desafío es tener presente que el futuro pertenece a quienes desean seguir aprendiendo porque, los que dejan de hacerlo sólo pueden vivir en un pasado que, por mucho que quieran, no volverá. Desafío es, Matriarca, tener el carácter y la determinación suficientes para dar lo mejor de ti en cada momento porque la vida se paga sólo con vida.

No caigas en el error de preocuparte sólo por una persona cuando en tu pueblo hay muchas que merecen tu atención.

Que no te asuste ni la soledad ni la vejez porque, si vives sola tienes la completa capacidad de decisión sobre tus actos sin consultar con nadie y la ventaja de tener tiempo para conocerte a ti misma; por lo que respecta a la vejez, recuerda que el Patriarca Abraham engendró un hijo con más de noventa años y el violonchelista Pau Casals interpretaba maravillosamente con más de ochenta años.

Si te distraes de tu tarea es posible que pienses en que la depresión te invade; en realidad no estarás deprimida sino distraída porque nada has perdido que puedas buscar pues no eres dueña de nada de lo que posees; la vida nunca te quita nada imprescindible, sólo hace más ligero tu equipaje para que puedas elevarte mejor.

Nunca se pierde a nadie a lo largo del camino porque, aquel que murió, simplemente se nos adelantó iniciando un camino que debemos recorrer todos los seres humanos; pero recuerda siempre que dejó en tu memoria el cariño que os ofrecisteis y la amistad que disfrutasteis.

La muerte no existe como la pensamos desde nuestro punto de vista carnal; simplemente hay un cambio de percepción al que no debemos temer en absoluto. Haz lo que creas necesario para ser feliz, teniendo en cuenta que los demás tienen el mismo derecho que tú para serlo. Quien es feliz, prima, proyecta felicidad y alcanzará sus metas porque el éxito le llegará en el momento preciso; por eso no debes hacer nada por obligación sino por amor: Donde hay amor hay plenitud y todo es posible porque te moverá la energía más fuerte e imprescindible de la vida.

Normalmente, Matriarca, los seres humanos tienen que cuidar de sí mismos; pero a ti te ha tocado en suerte la hermosa tarea de estar a la cabeza de un pueblo al que debes hacer feliz y llevarlo por la senda de la Paz y la Verdad. Para ello es primordial que te respetes a ti misma y que entiendas que ser feliz es un deber para quienes te sigan lo sean pues, si te muestras disgustada, todo tu entorno estará triste.

En el caso de que contraigas una enfermedad grave, piensa que si mueres te habrás liberado por fin de tu jaula carnal y, si logras salir con vida, serás mucho más humilde y vivirás con mucha mayor intensidad los días que te resten. Mientras tanto trata de mantenerte ocupada para evitar la tristeza y procura ayudar a cuantos te rodean sin invadir su espacio vital; pero por encima de cualquier otra cosa, aunque te parezca extraño, imita en todo a los animales de compañía y a las mascotas que alegran tu vida. Imítalos no dejando pasar la oportunidad de dar un paseo en compañía de quien te es querido o no pretendiendo ser lo que no

eres en realidad; cópiales la entrega que ponen cavando hasta encontrar lo que piensan que está enterrado y la que tienen guardando un respetuoso silencio al lado de quien se encuentra triste; calca su instinto evitando morder a otro cuando todo puede solucionarse con un ladrido o un gruñido fuerte o el que les impulsa a tenderse bajo la sombra de un árbol en los días de sol. Haz sin vergüenza alguna, como ellos lo hacen, bailando y saltando cuando te sientas verdaderamente feliz, manteniéndote atenta pero tranquila, dando cariño y alegría, dejando que tus amigos te acaricien cuando os reunís o corriendo para recibir a quien quieres; plágialos obedeciendo con respeto a quienes son mayores que tú y también estirándote antes de levantarte, comiendo hasta que estés satisfecha, pero sin excesos, jugando con los niños a diario y, sobre todo, siendo leal con todos cuantos te rodean.

Muchos seres humanos, prima, desprecian a los discapacitados como si fuesen fallos de la vida, o los miran con suficiencia alegrándose de no sufrir como esos “pobrecitos desgraciados” sin darse cuenta que todos los que así piensan son los verdaderos incapacitados a pesar de su apariencia de salud porque ciego es el que cierra voluntariamente sus ojos para no tener que ver cómo sufre su prójimo y sólo tiene ojos para sus problemas, sus pequeños dolores y sus insustanciales preocupaciones; deficiente es aquel que no intenta cambiar su vida y se pliega servil, sumiso, a las órdenes de los demás sin darse cuenta de que debe ser dueño de su existencia; diabético es el que no quiere ser dulce o tierno con los demás por miedo a perder el respeto de los demás; demente es quien no está nunca conforme con lo que posee y se afana en acumular riquezas que no le servirán para nada en la fosa; mudo es quien no se atreve a decir lo que siente por no ofender a los otros; parapléjico es aquel que no puede caminar con rapidez hacia quienes necesitan de su ayuda; sordo es el que no encuentra nunca el tiempo necesario para escuchar las llamadas de auxilio de los otros y enano es quien no deja crecer el amor en su pecho.

Para que puedas entender qué son los discapacitados, prima, te contaré una historia que leí hace muchos años en algún lugar que he olvidado.

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, cientos de ciudades se encontraban casi por completo destruidas, cincuenta millones de seres humanos habían muerto durante el enfrentamiento desencadenado por un loco y todos pensaban que nunca más habría una guerra.

Pasaron los años y cuentan que El Padre vio a tantos seres humanos aún en guerra, a los ricos y pobres separados por el dinero, esposos y esposas que no eran capaces de complementar sus espíritus y convivir en paz que reunió a un ejército compuesto por sus mejores ángeles y les preguntó si podían ver que los seres humanos necesitaban auxilio con urgencia y les dijo que, para ayudarles tendrían que bajar a la tierra.

El Padre añadió que ellos eran los indicados y que nadie más podría cumplir esa tarea porque, había hecho al hombre a Su imagen y semejanza, con talentos especiales para cada uno, que había permitido diferencias entre ellos para que se ayudasen unos a otros y no para alejarlos.

Les dijo a los ángeles que lo había dispuesto todo para que unos alcanzaran riquezas y pudieran compartirlas con los pobres; que otros gozarían de buena salud para cuidar a los enfermos; que unos serían sabios y otros, muy simples, para que nacieran entre ellos sentimientos de amor, admiración y respeto y que, aquellos que fuesen buenos tendrían que rogar por los que actuaran como si fueran malos; pero como los hombres habían olvidado que los hizo distintos para que se complementasen unos a otros, había decidido que los ángeles bajarían a la tierra en forma masiva con francas distinciones y tareas especiales.

Entonces empezó a darles tareas y facultades especiales a cada uno de los ángeles. A uno le dotó de una memoria privilegiada, con capacidades de percepción y de concentración extraordinarias, pero sería ciego; al otro le dio un cuerpo elocuente y gran creatividad para expresarse con las manos, pero sería sordomudo; a otro le dotó con pensamientos profundos y con la capacidad de escribir libros, pero tendría que sufrir de parálisis cerebral; a muchos les otorgó el don del amor para borrar la distinción de razas y colores porque tendrían el rostro, los ojos, el cuerpo, la expresión y las manos, como si fuesen hermanos de sangre, pero

sufrirían del síndrome de Down; a otros les permitió vivir en la tierra y su mente se mantendría siempre en el cielo, pero tendrían autismo; al último ángel le dijo que sería hábil como ningún otro, pero le faltarían los brazos, y debería hacer todo con las piernas y la boca.

Los ángeles se sintieron felices con la distinción del Padre, aunque les causaba mucha pena tener que apartarse del cielo para cumplir su misión; pero bajaron a la tierra emocionados y cada uno llegó al vientre de una madre, en el seno de una familia. Al nacer fueron recibidos con dolor o causaron miedo y angustia. Algunos de los padres no quisieron aceptar la tarea y otros la asumieron enojados; muchos se echaron la culpa hasta romper definitivamente su matrimonio, y otros más lloraron con amor, y aceptaron el reto de alimentarlos, de educarlos, de guiarlos por la vida, para recibir la enorme experiencia que supone el vivir con estos ángeles que, a pesar de sus limitaciones, son capaces de amar y sonreír. Es seguro que continuarán bajando ángeles a la tierra, dentro de cuerpos maltrechos, deformes para algunos, y seguirán llegando hasta que no demostremos humanidad; mientras sigamos manifestando nuestra completa incapacidad para terminar con las confrontaciones y las guerras, hasta que el amor no esté por encima del rencor, el odio y la envidia.

Los ángeles saben que su misión es fomentar entre nosotros la unión, la fe, la esperanza y la caridad, gobernadas por el amor al prójimo; por esa razón saben perdonar, y ejerciendo la paciencia pasan su vida entre nosotros iluminando a todo aquel que los ha sabido amar. No sé, prima, si esta historia te hará comprender que debes cuidar a los que, en tu pueblo, nacen con algún problema físico o mental; y si alguien no lo entiende, dile en voz baja que existe una posibilidad de que sean ángeles.

Si a veces te encuentras sola, piensa si no habrás construido alrededor de ti muros en lugar de puentes y te hayas convertido así en la responsable de tu aislamiento; nunca pidas que tus tareas sean mucho más leves sino tener hombros más fuertes para arrastrar mayores cargas a través de la vida; si acaso no puedes destacar por tu inteligencia o por tu talento, inténtalo con tenacidad por medio de tu esfuerzo personal.

En tus relaciones con la Krís Romaní debes pensar que el Consejo no elige a quienes están preparados sino que prepara a quienes han sido elegidos y que un Patriarca, una Matriarca en tu caso, con el Consejo, ya es mayoría. Nunca debes poner una interrogación donde el Consejo haya puesto el punto final y recuerda que la Krís nunca habla con personas que están apresuradas o que no disponen de tiempo suficiente para meditar y reflexionar la solución de un problema.

Cuenta siempre con tus amigos para todo cuando debas hacer; pero para ello deberás reconocer cómo son.

Hay amigos de apariencia humana y otros que parecen estar tallados en la piedra más dura, los hay que se eligen a sí mismos, los que adoptas y los que se heredan de nuestros mayores. Hay también amigos del alma, otros que son hermanos, los que son como padres y aquellos que resultan ser nuestros hijos; tendrás muchos amigos que sólo estarán contigo en los tiempos tranquilos, otros que sólo verás en las dificultades e incluso habrá quienes estarán siempre a tu lado. Existen amigos que sólo abrazan, que se van, que vuelven o que se quedan para siempre; hay muchos que se extrañan, que se echan de menos, que se piensan, que se inventan o que se pueden mirar; tendrás amigos de farra, de madrugadas, hombres, mujeres, niños, gatos o perros; también amigos que sueñan, poetas, amigos viejos y amigos recientes; conocerás algunos con muchas palabras, con sabios consejos, amigos de lo ajeno, de la calle; tendrás algunos amigos que no serán tuyos y míos sino nuestros, y al mismo tiempo, de todos; tendrás durante tu existencia amigos tristes, alegres, trascendentes, unos que serán banales, otros que serán muy necesarios y, finalmente, amigos que se pasan las horas muertas pensando en nada.

Pero recuerda que todos ellos tienen algo en común a pesar de sus diferencias: todos ellos son indispensables para llevar a cabo tu tarea.

Cuando te ofendan, escribe tu rencor en la superficie del agua; pero cuando te hagan un favor, graba el agradecimiento en la piedra más dura que encuentres.

Recuerda que quien no se acerca a un rosal por miedo al dolor que pueden causar las espinas, nunca podrá disfrutar del

aroma de las rosas ni podrá regalar una de ellas a nadie; quien no enciende fuego por temor a una quemadura, nunca podrá ver a quien camina a su lado; quien no se acerca a la colmena por miedo al agujón de las abejas, no podrá disfrutar de la miel; quien se queda en el valle por no aceptar el reto de la montaña, no conocerá el paisaje que se divisa desde la cumbre y quien no es capaz de servir a los demás no sentirá la felicidad de amar y ser amado.

Todo lo que merece la pena exige algún sacrificio.

La felicidad, prima, es algo que uno debe decidir con gran anticipación; puedes pasar el día apenándote por lo que te ha salido mal o salir a la calle alegrándote por todo cuanto hiciste correctamente; puedes quedarte en la cama pensando en lo que te duele, o puedes levantarte alegre porque el día es verdaderamente hermoso.

Recuerda, Matriarca, que la humildad es lo único que te acercará a lo más grande, a lo sublime. El mar es grande porque se mantiene por debajo de los ríos más pequeños que llegan de las montañas y del llano. Siendo humilde, estando por debajo de esas corrientes de agua, es capaz de atesorar grandes caudales que le hacen más poderoso. Sabe recibir sin sentirse menos que nadie. También es cierto que junto con el agua recibe tierra, piedras y otras impurezas; pero las depura en su inmensidad hasta que se hacen prácticamente inapreciables.

Del mismo modo que el mar es grande, Matriarca, también tú crecerás recibiendo el dolor y las quejas de tu pueblo y te harás grande.

Cuando te llegue la vejez, Matriarca, recuerda que los jóvenes no tienen las experiencias que tan dolorosamente has acumulado y que en su sangre bulle la ilusión de vivir más primitiva, mas desatada; sus oídos no escucharán tu voz porque en el pecho de la juventud hacen nido siempre el riesgo y la pasión.

Aprende que quienes van a perder su adolescencia piensan que los mayores somos tristes, que no sabemos divertirnos, que somos aburridos; en esos momentos debes hacerles entender que los mayores éramos como ellos, que también en nuestras venas se agolpaba el deseo y la risa sana, que si tenemos el semblante adus-

to es por el esfuerzo que nos ha costado sacarlos adelante y por los trabajos que hemos debido llevar a cabo para que a ellos no les faltase de nada.

El rostro de una persona mayor de edad está surcado de arrugas como el de un corredor de maratón que hace un último esfuerzo para cruzar la meta dejando sobre el camino sus últimas energías y, si su semblante parece triste, es porque debe concentrarse al máximo en su tarea de vivir ya que tiene sus días contados y anda escaso de fuerzas.

Debes pedir siempre para tu pueblo que tenga suficiente aire para respirar, que no le falte fuego para calentar sus huesos y alegrar las noches veraniegas, ni agua clara para beber, ni caminos fáciles para ensanchar sus horizontes; ruega por ellos para que sus sentimientos, al igual que los tuyos sean humanos y para que seáis capaces de brindar ayuda a quien la necesite. Si pides algo para tu pueblo, solicita que el dolor del día a día no les prive de la fe, que su trabajo no les convierta en seres ambiciosos, que el devenir de la vida con sus durezas no se lleve la alegría, y que cuando haya lágrimas, sean pocas y muy compartidas para que causen menos daño; pero no olvides pedir para ti, para que no haga nido en tu conciencia la indiferencia, para que nunca te sientas vacía de ilusiones, para que tu soledad sea soportable, para que no echés de menos lo que pudiera haber sido, para que puedas conservar la humildad y, sobre todo, para que encuentren tu corazón abierto todos los que necesiten de ti.

Debes abrir de par en par tus brazos, tu alma, para dar la bienvenida a todo cuanto la vida te ofrezca, sea alegre o doloroso, porque supone una experiencia que será provechosa para ti, también para tu pueblo; aprende a dar gracias por todo cuanto recibes.

Cuando veas que no puedes cumplir a cabalidad con algo que te soliciten, aprende a decir que no con mucha cortesía, pero sin dilación, ya que si aplazar es la forma más cobarde de negar, faltar a la confianza de quien espera es iniciar una caída que acabará con tu prestigio moral y tu liderazgo. Aprende, prima, que las oportunidades para tu pueblo, a menudo, llamarán a tu puerta con un tono a penas audible, que deberás mantenerte alerta en todo momento porque las grandes Matriarcas son aquellas que saben

encontrar las oportunidades allá donde otros no son capaces de ver nada y, si te encuentras ante una duda que no puedas consultar, sigue el camino que marque tu corazón.

Si estás triste porque crees que las cosas no van como tú lo deseas, cuenta en silencio todos los dones que has recibido y compara tu vida con las de otros menos afortunados que tú. No creas que es el “mal de muchos, consuelo de tontos”, no; simplemente piensa en la cantidad de personas que estarían dispuestos a cambiar su forma de vida por la tuya. En esos momentos duros, deja que la música inunde tu alma, permite que las voces de tu gente llenen tus sentidos porque cuando los pueblos emigran sólo llevan consigo su lengua, sus tradiciones y su música. Nuestra raza no tiene cementerios al uso de los pueblos no libres y nuestros muertos yacen esparcidos por el planeta enterrados a las orillas de mil ríos; es por éso que nuestra patria está en nuestro idioma ancestral, en nuestra música, y por medio de ambos se expresan nuestros antepasados.

Aprende a decir la verdad con serenidad, sin acritud, sin echar en cara nada aunque la ira quiera dominarte porque, quien escucha la reprensión de una madre tranquila, también percibe el amor con el que están dichas las palabras; el amor, Matriarca, hará que tu evolución personal vaya a la par de tu madurez y te ayudará en todo momento a que encuentres el lugar que tu pueblo tiene en la tierra.

Reconoce tus errores ante quien hayas ofendido y enmiéndalos con humildad para enseñar a los tuyos cuál es el camino que deben seguir; elogia a los más débiles siempre que tengas ocasión pues, quienes no tienen muchas ocasiones para ser ensalzados, agradecen cuando alguien aprecia sus virtudes.

Persigue tus sueños y los de tu pueblo sin pausa, sin desesperación, sin prisa. Guarda todos los secretos que te confíen y esfuérzate para defender la verdad en todo momento. Trata de hacer nuevas alianzas con los líderes de otras kumpanyas sin olvidar que debes mantener las que ya están hechas. Ninguna alianza es eterna; pero los intereses de los seres humanos son previsibles.

Recuerda, Matriarca, que los pensamientos más grandes, más puros, los que son capaces de cambiar el mundo, nacen de la refle-

xión en la soledad de tu corazón. No prestes atención a los comentarios negativos que hagan porque nunca podrás conseguir que todos te acepten y, ni serás mejor ni peor a causa de los comentarios ajenos; pero escúchalos para aprender porque a menudo el Padre habla por la boca de quienes menos esperas. Busca la salvación en tu interior porque nada fuera de ti puede salvarte y nada fuera de ti puede darte la paz que necesitas.

No aplaces las cosas que debas hacer porque hay que solucionar los problemas difíciles cuando todavía son fáciles, ni dudes en perder una batalla si eso te ayuda a ganar la guerra porque, a veces, perdiendo de tus derechos ganas mucho para tu pueblo.

Cuando ya no seas, y tu tribu haya olvidado tu nombre, el pueblo seguirá adelante sin necesidad de tu presencia ni de tus consejos; mientras que tú eres mortal, tu pueblo es eterno. Debes ser leal contigo misma y con los demás, no engañes a nadie, mucho menos a ti misma, ni esperes nada que no provenga de tu esfuerzo, de tu tenacidad al frente de tu pueblo; no quiero decir con ésto que seas orgullosamente autosuficiente, ni que no debas necesitar de nadie alguna vez sino que, al no esperar nada que no hayas merecido por tu lucha personal, cuando recibas algo que no tenías previsto, será doblemente maravilloso para ti y los tuyos.

Procura luchar para que las cosas vayan bien en tu pueblo pero no intentes ser una persona de éxito, sino que debes tratar de ser una persona respetada por todos pues, sin respeto, no hay liderazgo.

Recuerda que el miedo a las cosas paraliza la mente y que la fe mueve montañas, pero nunca tomes decisiones importantes si estás muy alegre, demasiado triste o muy rabiosa contra algo o alguien.

No temas enfrentarte a los demás, ni tengas miedo a decir “no”, “no sé” o “lo siento”; pero cuando necesites algo de los demás, pídeselo porque nadie puede adivinar los deseos ajenos.

Trata de estar en perfecta armonía contigo misma para que, de este modo, puedas estar en sintonía con todo el Universo; pon el alma, el corazón y toda tu atención en cualquier cosa que hagas, aún en las más pequeñas y, por encima de cualquier otra consideración, sé fiel a ti misma porque, si el raciocinio busca, el corazón siempre encuentra.

Nunca, Matriarca, se pierde el bien que se hace a los demás porque la Ley del Equilibrio Universal, devuelve la bondad con creces. Por éso debes sembrar esperanzas, desterrar cuantas tristezas puedas y buscar la total armonía entre los tuyos. Debes recordar que todos tratarán de seguir su camino personal y protestarán cada vez que cambies los planes que habían hecho porque, en el fondo, todos prefieren una monotonía mediocre antes que el esfuerzo de pensar; pero en todo momento trata a los demás como quisieras ser tratada.

Abre tu mente a la intuición que, combinada con la experiencia, hará de ti una mujer digna, capaz de guiar los destinos de los pueblos que se le encomienden, y te mostrarán el camino exacto que te llevará al propósito de tu vida. Aprende de tus errores, acumula experiencia y trata de tomar el control de tus reacciones, de tu actitud frente a los problemas; pero por encima de todo aprende a recibir con la misma naturalidad lo bueno y lo malo que la vida llevará cada día a tu puerta, hasta que llegue el momento de la muerte en el que comprenderás por qué razón lloraste cuando nacías. No olvides que cuando alejas de ti el miedo y los pensamientos negativos, su lugar es ocupado por la paz interior que te permitirá ver las cosas de manera más tranquila.

Sólo cuando comprendas por completo tu verdadera naturaleza y la de tu tarea, encontrarás que tu vida se transforma para bien y entonces, sin quererlo tú, comenzarás a cambiar todo alrededor de ti porque habrás cambiado. Si piensas que te molesta tu entorno, no te quejes, mejor pon atención a las personas que tienen discapacidades físicas y, tras grandes esfuerzos consiguen realizar cosas sorprendentes sin que en sus labios se pinte una mueca de tristeza; haz como ellos que sonríen porque saben un secreto que nosotros desconocemos: El poder de la sonrisa.

Disfruta de la belleza que te rodea y trata de hallar siempre una cosa diferente en un paisaje que hayas visto mil veces porque, en la sorpresa, también se puede esconder la felicidad y el amor que es poder y energía; aunque el miedo bloquee tus acciones y te haga dudar, el amor a los demás te enseñará soluciones sencillas para los problemas más complicados.

Recuerda que los miedos desaparecen por completo cuando pones en marcha la potente maquinaria del amor al prójimo; pero

al amor debe añadirse en esta lucha la compasión, la comprensión y la voluntad de servicio. Piensa, Matriarca, que eres mucho más que una mente fría, más que un cuerpo, porque la esencia divina que mora en ti es la única capaz de ayudarte a realizar prodigios.

Escucha a los demás, aprende todo cuanto puedan enseñarte y ama a los demás sin límites ni recato, ponte a su servicio porque “ministro” no quiere decir otra cosa que servidor; piensa que sólo las almas más evolucionadas eligen los retos más difíciles.

Las dificultades de la vida no son castigos sino pruebas que se presentan a los más fuertes para que demuestren su ímpetu y enseñen a los demás que el pecado no está en la tentación sino en sucumbir a ella, que no se ahoga quien cae al río sino el que permanece debajo del agua. Las pruebas nos enseñan a ser mejores personas y cuando llegan, siempre hay señales que nos ayudan a solucionarlos.

Las señales pueden venir de muchos lugares; pero las que te ayudarán serán las que más cerca tienes de tus manos.

Trata de liberar tu alma de odios, de rencores y de inquinas personales que no llevan a ningún sitio. Perdona a quien te ofende y cree firmemente en tus sueños, lucha por alcanzar las metas que te has marcado para tu pueblo, pero sin olvidar nunca tus propios objetivos pues, si bien sometes voluntariamente tu vida al servicio de los demás, también debes recordar que tienes la obligación de escribir tu leyenda personal.

Esfuézate por dar siempre lo mejor de ti y entrégate a tu tarea sin frenos ni trabas; pero no olvides a quines carecen de tus capacidades porque en ellos encontrarás palabras sabias y problemas que debes solucionar sin retraso puesto que los más simples son los que más sufren.

A veces, los problemas aparecerán ante tus ojos como insolubles, pero no te dejes engañar porque siempre que llega un conflicto estamos preparados para vencer; es seguro que disponemos de las armas suficientes para vencer en esa pelea y nuestra misión en esta vida, la tuya también, es aprender. No es obligatorio sufrir.

Recuerda que perdonar no significa olvidar sino comprender por qué han ocurrido las cosas del modo que sucedieron; aprende a ver el por qué y olvidarás las ofensas que te hayan hecho.

Acepta la ayuda de quienes son más sabios que tú, cuenta con su sabiduría, con su experiencia y deja que aparejados con los problemas, lleguen las soluciones, permite que junto a las ofensas llegue el perdón. Todas las cosas ocurren por alguna razón que no conocemos aunque, en el fondo, son lecciones que debemos aprender para mejorar.

El corazón siempre conoce el camino a pesar de que la vida es compleja y cambiante.

Si buscas poder, Matriarca, el poder está en ti al igual que las soluciones. Ora, no para que el Padre te escuche sino hasta que tú seas capaz de escuchar al Padre porque nada está fuera del alcance de las plegarias sino lo que está fuera de la voluntad del Padre.

La fe no conoce de imposibles ni dificultades y mientras la tristeza suele mirar hacia el pasado, la preocupación mira alrededor y la fe mira con mucha confianza hacia delante. Somos una circunstancia en la Historia, sí; pero sólo la fe hace la diferencia.

Recuerda, Matriarca, que lo más importante no es encontrar a la persona correcta sino ser, en sí mismo, una persona correcta. Nunca temas a la presión de la tarea porque la presión convierte el carbón en diamante.

Piensa que la única y verdadera Ley es la que conduce a tu pueblo hacia su libertad; una gran persona demuestra su grandeza por la forma que tiene de tratar a quienes son más pequeños que ella, y el mayor ejercicio de amor que puedes concebir en este mundo es hacer lo que puedas por los demás, sin que los favorecidos lo sepan y sin importar si te han hecho daño.

Si quieres disfrutar de un momento de felicidad, véngate de quien te hizo mal; pero si quieres ser feliz por siempre, perdónalo. Recuerda que quien mira hacia afuera, sueña y quien mira hacia su interior, empieza a despertar.

Perdonar, prima, es la mejor forma de vengarse.

Salubha Soniché

ORÍGENES DE LA LEY GITANA

Aunque muchas personas defiendan machaconamente que los Rom tienen su origen en alguna zona de la India, creo que será suficiente con una simple comparación entre las costumbres y tradiciones de estos dos pueblos para dejar bien claro que los Rom con toda probabilidad sean descendientes de las primeras tribus hebreas que fueron las protagonistas de la Biblia. Casi todos los antropólogos están de acuerdo en que, cuando un pueblo emigra lleva consigo, y conserva durante generaciones, sus leyes, sus tradiciones, su lengua y sus creencias; con el paso de los siglos, la lengua adquiere giros y expresiones de los lugares en los que se asienta, lo mismo que la música, pero tanto las tradiciones, las leyes y las creencias suelen perdurar.

Para sustentar y demostrar la procedencia hebrea de los Rom, voy a basarme en los estudios hechos por especialistas en el tema; fundándonos en ellos podemos comparar algunos de los puntos esenciales de la ley gitana con la ley de Moisés y las tradiciones de la India. Pero como siempre existirá la controversia al respecto, con objeto de ampliar un poco más esta comparación, añadiremos al estudio las leyes del judaísmo actual y las de los cristianos. Mi intención no es otra que demostrar la descendencia hebrea de los Rom, en contra de lo que piensan reputados lingüistas que, por otra parte están viendo cómo, cada vez más, se ponen en tela de juicio los postulados que defienden la India como lugar de origen de las tribus Rom.

La Ley del pueblo gitano, como veremos a continuación de manera extensa, tiene muchos puntos comunes con las leyes de Moisés que pueden leerse en la Biblia, concretamente en el Levítico y en el Deuteronomio y, ni se han adaptado a las modas del cristianismo, ni tienen nada que ver con las hindúes como es opinión generalizada. Contrariamente a lo que muchos defienden, debido a que muchos gitanos se han adherido a movimientos fundamentalistas evangélicos o protestantes, la práctica de estos cul-

tos ajenos a las costumbres ancestrales ha logrado que se alejaran de sus tradiciones y, en ningún momento, las Leyes gitanas se han visto influidas por las creencias evangélicas o cristianas.

Tampoco es más cierto que los gitanos se sientan especialmente atraídos por movimientos budistas o por algunas costumbres venidas de la India, como sería lógico si los Rom procedieran de aquellas tierras; mientras tanto, en el seno de las sociedades modernas, cada día más los no gitanos se ven influenciados por estas corrientes religiosas, que tienen que ver con el Budismo y, en general, con todas las que han llegado desde Oriente.

Aunque que se estudien de forma superficial, las Leyes Gitanas están en abierta contradicción con las que priman en las organizaciones sociales indoeuropeas, las cristianas y, en algunas ocasiones, con las del judaísmo actual, por lo que la única raíz posible para éstas es su origen pre—talmúdico que, a su vez, parece tener sus orígenes en el código de Hammurabbi y en las tradiciones sumerias y del Oriente Próximo.

Para reforzar aún más esta afirmación que defiendo, es preciso explicar que los iletrados gitanos de la antigüedad no sabían cómo interpretar la Ley de Moisés por medio de la Biblia, y sólo en el caso de que fuera una tradición arraigada desde tiempo inmemorial, podían ser ambas leyes tan similares.

Como no creo necesario seguir extendiéndome en explicaciones que luego serán convenientemente aclaradas por la demostración que se hará, pasaremos a las comparaciones.

CREENCIAS

Empezaremos destacando un hecho innegable: tanto la Ley de Moisés, como el cristianismo, el judaísmo actual y el pueblo gitano, preconizan un monoteísmo a ultranza y, ninguno de los pueblos citados cree en la posibilidad de que existan varios dioses y, mucho menos aún, que estos dioses tengan formas de animales, lo que sería una blasfemia; sin embargo, las creencias de los pueblos hindúes, además de una deidad que destaca por encima de las demás, tiene una gran cantidad de dioses menores que, a menudo, son representados con imágenes zoomorfas. Por otra parte la Ley de Moisés, así como el judaísmo actual, prohíben taxativamente la

representación gráfica de dios; en el pueblo gitano tampoco se concibe que Dios pueda ser representado de ninguna forma gráfica. Contrariamente a estos principios, los cristianos y los pueblos hindúes, permiten en general la representación de Dios en imágenes de todo tipo, tanto pinturas, como dibujos o esculturas.

Siguiendo con el respeto debido a Dios, su nombre no debe ser pronunciado, según la Ley Mosaica y el judaísmo, mientras que se desconoce por completo el nombre de Dios en las creencias gitanas porque Dios, por el mero hecho de serlo, no necesita de ningún nombre para ser reconocido o distinguido de otros; entre los cristianos actuales se permite el uso del nombre dado a Dios por los hebreos (Yahvéh o Jehová) y en las creencias hindúes se cita a los dioses por su nombre propio y sin ningún tipo de restricción. Siguiendo con el tema del nombre de Dios, la blasfemia, el hecho de usar el nombre de Dios en vano o el de injuriar el nombre divino, es una trasgresión muy grave tanto en la Ley Mosaica, que llegaba a condenar a muerte a quien la cometiese, como en el judaísmo y en las creencias gitanas; para los cristianos también está considerada como pecado, sin embargo su uso es bastante frecuente, mientras que en las creencias hindúes se desconoce por completo el concepto de blasfemia.

Si en una creencia existe un dios, es evidente que para mantener la dualidad Bueno-Malo debe haber un diablo, algo que represente al mal. En las prácticas religiosas hindúes no existe una figura similar a lo que sería el diablo, la representación del Mal, aunque pueden encontrarse dioses encargados de hacer daño a todos los seres humanos. Los cristianos, por su parte, tienen un concepto del diablo que se acerca mucho al preconizado por el judaísmo actual. Las creencias gitanas defiende la idea que el diablo existe como oponente a Dios, así como lo contempla también la Ley Mosaica; aunque para los seguidores de Moisés el diablo es simplemente “Satán”, es decir “el adversario”, para los gitanos, el diablo es conocido bajo el nombre “Beng” que, como curiosidad, es una palabra relacionada con la representación de la rana utilizada como símbolo del mal por los israelitas de la antigüedad. Una diferencia de concepto con la Ley Mosaica es que, para los gitanos, el diablo es un ser mucho menos poderoso que Dios y es enemigo personal del pueblo gitano en general.

El día de reposo señalado por Moisés y respetado por los judíos actuales es el sábado, sorprendentemente es el mismo día que respetan los gitanos más tradicionalistas que todavía hoy acostumbran a encender velas los viernes en la noche en la llamada “vigilia”. Los cristianos adoptaron el domingo como día de reposo, quizás para distinguirse de los judíos, y no hay una costumbre que se asemeje a ésta entre los pueblos de la India.

LEYES

A la hora de contraer matrimonio, cada día más, los judíos actuales tienden a celebrar matrimonios a su gusto sin tener en cuenta razas o creencias y los cristianos disfrutan de total libertad en este sentido, salvando los convencionalismos sociales; por su parte los hindúes, por el sistema de castas en el que viven inmersos, mantienen unas leyes de matrimonio reguladas por este régimen especial. La ley Mosaica ordena que los hebreos no se casen sino entre ellos aconsejando elegir mujeres del propio pueblo de cada quien; para los gitanos era impensable, hasta no hace demasiado tiempo, que se produjeran matrimonios fuera del pueblo romaní ya que, la única división existente para ellos es la de romaní y gadje o persona no—gitana. Recordemos que una división parecida a ésta de los gitanos se observa entre los judíos y los gentiles, que ellos llaman goyim.

Mientras que la Administración de Justicia se ha constituido como un poder independiente en las sociedades cristianas actuales, al menos teóricamente, entre los judíos quien tiene la capacidad de juzgar es el Sanedrín, un Consejo de notables, y entre los pueblos hindúes el Dharma es la institución encargada de administrar las decisiones judiciales; sin embargo en la ley Mosaica, y también entre los gitanos, es un consejo de ancianos del propio pueblo el encargado de impartir justicia y mediar, cuando así lo solicite un gitano mayor de edad, en los problemas y desacuerdos que puedan surgir. La ley de Moisés ordena específicamente que, los israelitas, deben ser juzgados por gente de su propio pueblo y, en ningún caso por personas extranjeras; los gitanos tienen que ser juzgados por el Consejo General, la llamada Krís Romaní, que está compuesto exclusivamente por gitanos y del que pueden formar parte ancianos, ancianas y hombres de bien. Entre los cristia-

nos, los juicios se desarrollan según las leyes de cada país y, como ya se ha dicho, entre los hindúes es el Dharma que se encarga de los juicios según las castas. Uno más entre los detalles por los que se asemejan la ley de Moisés y la Ley Gitana, así como la judía, es que por definición todos deben ser iguales ante la Ley sin que exista la acepción de personas, mientras que el Dharma hindú juzga en base a la diferencia entre castas y, en las sociedades cristianas, el poder adquisitivo de cada cual marca la calidad de su defensa según el abogado que puedan pagar.

En cuanto a la regulación de los préstamos, ni los israelitas, ni los gitanos ni los judíos pueden percibir intereses de la gente que pertenece a su pueblo, y sólo puede aplicarse interés a los goyim, en el caso de los judíos o a los gadjes, en el caso de los Rom. En la India, las castas superiores tampoco pueden pedir interés alguno cuando prestan a los miembros de las inferiores, aunque sí pueden hacerlo en ciertas circunstancias especiales, lo que en cierto modo, con la utilización de trucos jurídicos, les libera convenientemente de esa obligación; entre los cristianos los préstamos son regulados por las leyes de comercio aplicadas en cada país.

Tanto en la ley Mosaica, como entre los judíos y los gitanos, el matrimonio es considerado como una obligación ineludible del hombre que, de otro modo, estaría incompleto sin mujer, mientras que entre los cristianos es recomendable el matrimonio, pero de ningún modo obligatorio, y entre los hindúes la mujer es una propiedad más del esposo; para determinar la gran importancia del matrimonio en estos pueblos diremos que, tanto los miembros del Sanedrín como los de la Krís, deben estar casados; pero la diferencia radical entre ambas instituciones estriba en que en el Sanedrín sólo pueden estar los hombres y en la Krís Romaní se acepta a las mujeres ancianas que estén casadas.

En la ley Mosaica, al igual que entre los judíos y entre los gitanos, es el novio quien debe pagar dote por la novia, antes del matrimonio, mientras que en los hindúes es la familia de la novia la que paga dicha dote. Entre los cristianos ha desaparecido casi completamente esta costumbre, sustituida por el simbolismo de las arras, que antiguamente era respetada y aplicada. También, así entre los judíos como entre los gitanos, la dote pagada por una

viuda o por una mujer que ya ha tenido pareja, en el caso de que vuelva a contraer matrimonio, es la mitad que la pagada por una mujer virgen.

En cuanto a la deshonra de una mujer, en caso de producirse, la ley Mosaica prevé una indemnización, siempre pesada en plata, a la virgen que haya sido engañada; la Ley Gitana lo hace del mismo modo, pero en dineros y los judíos aplican en estos casos la ley bíblica. Hay que decir que, en el caso de que una pareja de gitanos se escape del pueblo, se les considera casados de hecho. En las leyes hindúes no está contemplada ninguna indemnización para las vírgenes deshonradas y, entre los cristianos, es la ley civil, o penal, la que decide según cada caso particular.

En el pueblo israelita, como ya se ha dicho anteriormente, el matrimonio debía realizarse entre personas del mismo pueblo, al igual que los gitanos mantienen, casi en general, las costumbres de matrimonio endogámico que, sin ser una regla escrita, es práctica generalizada. Los cristianos, por su parte celebran matrimonios exogámicos sin ningún tipo de limitación y los hindúes deben casarse dentro de su misma casta pero fuera de su familia, de manera obligatoria. Además, tanto en la ley mosaica, como entre los judíos y entre los gitanos, debe mostrarse prueba fehaciente de la virginidad de la desposada mientras que entre los cristianos no existe esta costumbre y, entre los hindúes no hay leyes escritas que regulen lo que debe hacerse en este sentido.

En lo que respecta a las leyes del divorcio coinciden las de los israelitas, los judíos y los gitanos; es decir, que puede darse si el marido repudia a la mujer o, en el caso de que la mujer se vaya de casa, se acepta la separación como un hecho consumado. En el caso de los tres pueblos citados, ambos componentes de la pareja pueden volver a casarse; pero, de existir un nuevo divorcio, no pueden volver a convivir nunca con su primera pareja. Entre los hindúes, el divorcio, no está permitido, aunque sí consentido en circunstancias específicas, pero en el caso de que suceda, sí pueden volver a unirse con sus primeras parejas y, entre los cristianos, hay diversidad de opiniones habiendo grupos que lo aceptan y otros que no.

La ley Mosaica, en lo referente a los nacimientos, dictamina una impureza ritual de siete días si el recién nacido es varón y el

doble si es hembra, seguidos de treinta y tres días de purificación obligatoria, que coinciden en todo con las de los judíos. Los gitanos opinan que el parto debe realizarse fuera del campamento para mantener la pureza ritual del mismo; al parto deben seguir siete días de aislamiento de la mujer, independientemente de que el recién nacido sea varón o hembra y treinta y tres días de purificación en los que la mujer no puede mostrarse en público si no es llamada. Los cristianos no observan ningún periodo específico, por ley, y entre los hindúes existe un aislamiento materno que oscila entre los diez y los doce días.

En lo referente a las leyes que regulan las ceremonias de la muerte, tanto en la ley Mosaica como en la judía, y así mismo entre los gitanos, el cuerpo debe ser enterrado íntegro, con todos sus órganos, por lo que deben evitarse en lo posible las autopsias, y está totalmente prohibida la incineración. Entre los cristianos se aconseja el enterramiento, aunque se acepta cada día más la incineración y la donación de órganos. Por el contrario, en los pueblos de la India, la incineración es una práctica generalizada.

La muerte es, en sí misma, impura y tanto los judíos como los gitanos, y también en la Ley Mosaica, la persona que toca a un muerto es impura por siete días. En el caso de los gitanos se va mucho más lejos ya que los parientes más cercanos no pueden lavarse, ni arreglarse, durante un periodo de siete días aunque, al tercer día, se pueden lavar utilizando sólo agua; a partir del séptimo día, después de un baño completo, dejan de ser impuros y pueden comunicarse libremente con los demás en público. En la India tienen leyes similares a las descritas y para los cristianos no existe tiempo marcado de impureza ritual en caso de muerte. Entre los gitanos, como en la Ley Mosaica, toda comida o recipiente que esté en la casa, en caso de que se produzca la muerte dentro de la vivienda, es declarada impura y debe tirarse; al tercer día una mujer virgen rocía con agua la casa y se purifica con incienso, repitiendo esta ceremonia al séptimo día en el que amigos y familiares llevan comida nueva a la casa. Entre los cristianos no hay costumbres como la descrita y en la India, tras un luto riguroso de diez días, en que los amigos llevan de comer a la casa del muerto, se purifica la casa con una ceremonia religiosa. Los periodos de luto son tan rigurosos entre judíos y gitanos, que, a partir del sép-

timo día descrito, aunque pueden lavarse y peinarse no pueden ni cortarse las uñas ni el cabello, ni ponerse ropa nueva, ni perfumarse ni arreglarse hasta que se hayan cumplido treinta días contados desde el momento en que se produjo la muerte; al finalizar este periodo se celebra una ceremonia de recuerdo y se puede reanudar la vida normal. Durante los treinta días de luto obligatorio, se cubren los espejos con paños, las personas se sientan en asientos bajos o en el mismo suelo, no se puede oír música, ni sacar fotografías, ni ver televisión, ni oír la radio, ni cocinar. Entre los pueblos de la India, hay costumbres muy parecidas y, para los cristianos, no existen reglas escritas concernientes a los periodos de luto aunque, entre los más fundamentalistas se impone un luto de un año vestidos de negro, seguido de un año de “alivio de luto” en el que se utilizan colores apagados como el gris o el azul oscuro.

La desnudez es tabú en la Ley Mosaica y entre los judíos así como entre los pueblos gitanos que sólo la permiten entre marido y mujer y entre los niños, siendo impensable que un hombre o una mujer aparezcan desnudos ante sus hijos o sus familiares y, mucho menos ante extraños; los cristianos también consideran la desnudez pública como un tabú, mientras que está totalmente permitida entre los pueblos de la India y la prohibición de mostrar partes escondidas del cuerpo se remite para los levitas a la duración del culto. La relación entre desnudez y santidad es una blasfemia por lo que no se toleran imágenes ni pinturas que muestren partes sexuales humanas tanto entre los judíos como entre los gitanos. En el cristianismo se permiten los desnudos artísticos y, entre los pueblos de la India, sus templos aparecen llenos de referencias sexuales explícitas.

La homosexualidad está total y completamente prohibida en la Ley Mosaica y entre los judíos. Para los gitanos es blasfemia y se castiga con la exclusión del pueblo aunque, anteriormente, se castigaba con la muerte. Es abiertamente permitida entre los pueblos de la India y, para los cristianos es considerada como pecado aunque, cada día más, hay grupos de homosexuales cristianos que discuten esta medida. Tanto en la Ley de Moisés, como entre los judíos y los gitanos, la vestimenta entre hombre y mujer debe ser claramente diferenciada, sin ambigüedad, mientras que para los pueblos de la India no hay prohibiciones puntuales al respecto y

entre los cristianos se permite el disfraz, en épocas como los carnavales o en algunas fiestas.

Ya se ha comentado que la virginidad antes del matrimonio es obligatoria para la mujer en la Ley Mosaica, para los judíos y los gitanos al tiempo que en las tres creencias se condena totalmente la prostitución; para los cristianos la virginidad no es un requisito indispensable, aunque se condena la prostitución y, entre los hindúes, todavía se practica la prostitución sagrada en los templos. En lo que respecta al incesto, es tabú para la Ley de Moisés, los judíos, los gitanos y los cristianos, aunque el matrimonio entre primos es legal entre judíos y entre gitanos. Para los pueblos hindúes, el incesto es una práctica habitual tanto en las ciudades como en el medio rural.

Las reglas gitanas sobre la impureza ritual se basan indudablemente en la Ley Mosaica. Así, la emisión de sustancias de la parte inferior del cuerpo son impuras, y por extensión todo aquello que las toca. Como tales emisiones pueden suceder durante el sueño, el hecho de dormir es considerado impuro en sí mismo, así como las camas, las sillas y las ropas que cubren la parte inferior del cuerpo. Cuando un gitano se despierta, lo primero que debe hacer es lavarse; el gitano no debe saludar a nadie apenas ha terminado de dormir hasta que no se haya lavado porque, estando aún impuro, es una falta de respeto a los demás. Las emisiones de la boca y de la parte superior del cuerpo no son consideradas impuras.

Los gitanos consideran, al igual que en la Ley de Moisés, que hay animales puros e impuros, aunque la clasificación es diferente de la judaica. Sin embargo, se ha tratado de mantener ésta ley a través del sentido común y de la lógica. Los animales que se lamen, como es el caso de los perros y los gatos, son marimé, es decir, impuros; los caballos, las yeguas, los asnos y todo aquel animal usado para montar sobre él, también es impuro porque la gente se sienta sobre ellos. Así mismo son impuros los animales que comen carne. La mayoría de los gitanos rechazan la carne que tiene sangre, lo que recuerda los preceptos mosaicos. A los gitanos gusta mucho la carne, sobre todo bovina, y no hay restricciones conocidas en cuanto a bebidas.

Para los gitanos, el campamento es puro, por lo cual las necesidades fisiológicas deben tener lugar fuera del mismo. Aunque en las viviendas modernas hay servicios, siempre que es posible, los retretes son construídos en la parte exterior del domicilio.

El primogénito es considerado como una bendición para la Ley Mosaica tanto como para judíos y gitanos. Entre los pueblos de la India y los cristianos, el primogénito es considerado como uno más entre los hijos de la familia.

Estas son sólo algunas de las “coincidencias” entre la Ley de Moisés y la ley de los gitanos; pero también hay diferentes estudios que demuestran la procedencia hebrea de los gitanos, partiendo de un estudio comparativo del lenguaje. De cualquier modo, cada día más, los expertos comienzan a ponerse de acuerdo en este punto y ya hay asociaciones hebreo—gitanas que se dedican a poner de manifiesto las similitudes de ambas etnias. Si, a pesar de la evidencia, aún hay quien duda del origen de las tribus Rom, dejaremos que el tiempo ponga las cosas en su sitio.

Reflexiones del Patriarca Salubha sobre la Ley de los Pueblos Libres¹⁶⁸

Ahora escuchad bien lo que os digo. Esta, Patriarcas, es la Ley de vuestros mayores, la que fue dada a nuestros ancestros para que todos los Pueblos Libres caminaran en orden y paz por toda la tierra. Pensad en primer lugar que ha pasado mucho tiempo desde entonces y que hemos aprendido bastante con respecto a la aplicación de todos y cada uno de los puntos.

En la actual sociedad, en la que las mujeres comienzan colectivamente a pasar de pobres víctimas oprimidas por el poder machista de los hombres a protagonistas indiscutibles en la ley de los pueblos no libres, vosotros debéis promover la igualdad entre

117 En el conglomerado de los Pueblos Libres, según la particular visión de Salubha, se integran, además de los Gitanos, el pueblo Sinti, los Zíngaros, los Manoush, los Rom (también llamados Romá, Rom y Rohm) y algunas tribus errantes que todavía sobreviven en algunos lugares del extremo oriente, en la India y en las estepas rusas. Independientemente de las consideraciones sobre si la Ley de los Pueblos Libres es o no aplicable, Salubha trata de aconsejar a los suyos para aplicarla de manera conveniente sin tener en cuenta si sus opiniones pueden, o no, herir susceptibilidades.

sexos, como se ha hecho desde siempre en los pueblos más evolucionados, sin caer nunca en la trampa artera de fomentar un comportamiento preciso que haga prevalecer a los hombres sobre las mujeres, ni dar la prerrogativa a las mujeres sobre los hombres; tampoco debéis avivar la contienda entre ambos, porque unos son complemento de los otros sin importar quién de los dos aporta más a la pareja.

Al principio de los tiempos, estas Leyes tuvieron la virtud de ofrecer una base a quienes no sabían vivir en comunidad y, por éso, ciertos puntos de la Ley pueden parecer hoy día demasiado radicales; pero cumplieron su cometido en tiempos en los que era necesario ser radical para mantener unido al pueblo y hacerlo crecer para ser fuertes en número.

Ahora que ya somos capaces de recordar muchas cosas que se habían olvidado en el tránsito de las tribus por todo el mundo conocido, podemos verlo todo desde un punto de vista más imparcial; por esta razón, entre otras muchas, no debéis aplicar en ningún momento las Leyes de manera literal, aunque tengáis la tarea ineludible de conocerlas completamente y de respetar en todo momento su esencia.

Ejerced en todo caso el perdón, que es de origen divino, y no permitáis que la venganza tome carta de naturaleza entre vuestros pueblos. Todo reo puede ser perdonado si se justifica su intención o se demuestra su ignorancia; pero en el caso de que no podáis perdonar, tratad al menos de aplicar la pena más suave de entre las permitidas, teniendo en cuenta que todos los casos son distintos, al igual que las personas.

Para evitar las disputas internas, si así lo creéis conveniente, podéis entregar a los reos de muerte, por culpa de sangre, a las autoridades de los pueblos no libres; pero éso no quiere decir que debáis adoptar su forma de administración de la Justicia, ni abandonar vuestra Ley.

Pensad que muchos de los puntos de nuestra Ley no serán fácilmente aceptados por los tribunales de los pueblos no libres; debéis tener un especial cuidado sobre todo en la aplicación de la Ley en los casos de Emplazamiento, en los de reparación por sangre y en los desafíos por venganza; aunque, si el perdón se impo-

ne, la justicia de los pueblos no libres es innecesaria. Recordad que el adulterio es reprehensible; pero no permitáis que dos personas que se amen tengan que permanecer separadas, sufriendo lo inconfesable, por causa de la Ley; buscad acuerdos y conciliaciones para llegar a un arreglo que convenga a todos; por encima de la Ley de los Pueblos Libres, hecha por los hombres para los hombres, está la Ley del Amor que viene directamente desde el Padre y es infinitamente Sabia.

No toleréis ningún tipo de perversión en vuestros pueblos, pero respetad las inclinaciones de cada cual porque no sabéis qué misión han venido a cumplir; administrar la Justicia de los hombres no os hace jueces de lo que concierne a la vida espiritual de cada uno. Recordad que si Dios no juzgará a nadie hasta el final de sus días vosotros no sois quienes tengáis capacidad para juzgar a nadie en vida.

Tampoco os dejéis llevar por los tiempos que corren porque, como ya sabéis, son los previos a la tremenda amargura que está por venir. Conservad el orden en vuestros pueblos porque el Padre es un Dios de orden y respeto.

Poned especial atención en la educación de los más pequeños y no dejéis que ejerzan su dictadura, ni que manipulen a sus mayores, como sucede en los pueblos no libres. Tened siempre presente que esos pequeños cuerpos tan frágiles, no contienen sino espíritus atormentados que vienen a vivir experiencias en brutales en la carne en los tiempos que se avecinan; al ver tan cercano el momento de su segunda muerte, estos espíritus se vuelven rebeldes y se dedican a romper el equilibrio, la paz interna de cuantos tienen a su alrededor.

Aplicad la disciplina con la magnanimidad en una mano y con el perdón al alcance de la otra; obligad a los padres que encuadren a sus hijos entre Verdad y Justicia, a que los acaricien y les den cariño sin olvidar que, de la educación que les den durante sus años más tiernos, dependerá en gran parte que sus almas hallen el camino correcto. Buscad consejo en las Leyes de los ancestros; pero no echéis en saco roto el tiempo que ha pasado desde que se dictaron, ni el por qué se hicieron así.

Tened especial cuidado con los violentos. La violencia social es uno de los signos conocidos del fin de los tiempos, que no del

mundo. Debéis reconocer que tanto los Pueblos Libres y los pueblos Rom como los que no lo son, se ven envueltos diariamente en una grave situación de agresividad tanto entre las naciones como entre las personas.

Buscad la pacificación de vuestras gentes en sus relaciones personales y salvaguardad la paz ante todo en vuestras relaciones con los pueblos no libres. Estamos viviendo tiempos convulsos en los que, si descuidamos la paz entre nosotros, acabarán por destruirnos totalmente.

Velad mucho más por las almas que por los cuerpos ya que son esas las fortalezas más importantes que debéis proteger. Los que corren son tiempos para dedicar muchas horas, muchos días, a la enseñanza, a la educación de vuestras gentes. Estad pendientes en todo momento de que vuestros jóvenes conozcan sus orígenes, y que mantengan vivas las costumbres morales que tenían sus ancestros.

Con los que están a punto de alcanzar la edad en que se les considere adultos, no escatiméis tiempo ni palabras porque son los que mayores riesgos corren, por su roce constante con las sociedades no libres.

Enseñadles desde el principio el peligro que supone para ellos, para sus familias y para el pueblo, el consumo de sustancias intoxicantes de cualquier tipo.

Habladles con mucha claridad de esos preparados y convencdlos para que no caigan en las redes de los paraísos ficticios, ni en las aún más oscuras del dinero fácil.

A los que estén en edad de formar pareja, imbuidles el concepto del respeto hacia el otro y la mucha responsabilidad que supone el hecho de ser padres.

Convencedlos con paciencia de que no es lícito para nadie traer una criatura al mundo, si no se le puede ofrecer cobijo, alimento y cariño.

Aplicad en todo momento las Leyes, Patriarcas, sin ejercer presión sobre el pueblo; es mucho mejor que las acepten como parte de la vida normal, antes de que las soporten como un mal menor.

Ocupad a las mujeres ancianas en enseñar la historia y costumbres de los Pueblos Libres y de los Rom, y a los ancianos en enseñar las Leyes y, de ese modo, es posible que logréis que la juventud de vuestro pueblo crezca aceptando, con naturalidad, el orden y la disciplina, al tiempo que tengan bien definida su identidad y no tengan problemas en asumir las especiales características de nuestra raza.

Buscad en los Consejos Generales el acercamiento entre los Pueblos Libres y los Pueblos Rom para evitar los enfrentamientos. Pactad alianzas y buscad apoyos en los Patriarcas mayores en edad, en dignidad y en gobierno. Acercaos en cuanto podáis a los Patriarcas más justos y pedid opinión a los que detentan Autoridad Moral desde antes que vosotros, para que vuestras decisiones sean lo más acertadas que sea posible para que, si deben hacer daño a otros, sea el menor.

Encontraréis Patriarcas que, con la Ley en la mano, tratarán de inclinar los Consejos a favor de sus ideas violentas o incorrectas. Luchad vosotros contra esos legalistas de los antiguos textos, y poned por ejemplo a Salomón que, dando un veredicto sangriento e ilegal, como lo era el partir a un niño por la mitad, logró descubrir la verdad del hecho. No permitáis que la costumbre o el texto tuerzan la Justicia. Luchad de manera frontal, sin violencia pero sin miedo, contra esos Príncipes de la costumbre escrita, que han olvidado hace mucho tiempo que la Ley está para servicio del hombre, y jamás el hombre estará para servicio de la Ley.

Mostraros en todo momento de acuerdo con aquellos que quieren hacer que los Pueblos Libres progresen; pero tened mucho cuidado con los métodos que proponen porque, a menudo, el progreso demasiado rápido acaba con la paz y el equilibrio de los pueblos.

No aceptéis en ningún momento el mercantilismo, ni vendáis vuestros principios. Haced lo que creáis que es mejor para el pueblo conservando siempre su identidad y sus costumbres.

Trabajad arduamente, sin dar descanso a vuestros ojos, si así es preciso, para que vuestro pueblo conozca bien la Ley y sus aplicaciones, y que de este modo puedan entender después los veredictos que se dicten. No mantengáis a vuestros pueblos en la ignorancia

porque, cuanto más sepa un pueblo sobre el espíritu de sus Leyes, mucho más fácil será para ellos seguirlas. Apoyaos siempre en los ancianos y ancianas porque son como tratados antiguos que conservan íntegro el saber de generaciones. Cada vez que un anciano muere, es perder un libro que no podrá ser leído de nuevo.

Buscad el consejo de los Patriarcas más justos porque os ayudarán a resolver complejos problemas de índole moral. Recordad que, si vosotros sois pontífices, ellos son los que pueden ayudar a cruzar los puentes que vosotros tendáis entre el pueblo y el Padre.

Reconoced vuestros fallos de manera que todo el pueblo comprenda vuestra buena intención al tomar una decisión, y aceptad la censura sin sonrojo puesto que es un bien para vosotros. No tratéis de justificar nunca vuestros errores con explicaciones complejas, ni apoyándoos en la Ley porque no se puede engañar a todos todo el tiempo. Asumid vuestras responsabilidades sin miedo porque, la sinceridad, es la base de vuestro liderazgo.

No temáis las consecuencias que desencadenen entre los demás vuestras decisiones, si estas están basadas en la Verdad y la Justicia. Desoíd a quienes tratan de halagaros y a los que os quieran convencer de que la Ley está por encima del pueblo.

Sed justos, ecuánimes y bondadosos en lo posible cuando estéis ocupados en la administración de la Ley porque, éso, os hará grandes entre los grandes. Si os equivocáis, reparad el daño que hayáis hecho y cambiad vuestro juicio porque es mejor reconocer un yerro, que vivir apegados a una mentira.

Prestad atención, Patriarcas, porque las Leyes nunca deben ser utilizadas como medio de ataque sino como método de defensa. Recordad que quien utiliza la Ley para agredir a los demás, termina siendo agredido, destruido, por la Ley de la Justicia Universal. Prestad atención, Patriarcas, porque estas son las Leyes que heredamos de nuestros mayores que cumplireis y haréis cumplir a los que os sigan.

- **Cuando un hombre muera a manos de otro que no está al acecho, ni tampoco lo hace a traición, y el Padre permite que esto suceda, invocarás el perdón para él y lo dejarás ir en paz.**

El hecho de que un hombre muera en enfrentamiento con otro, sin que medien ardidés que le den la ventaja a uno de los oponentes de manera que se hagan trampas, no debe ser objeto de persecución. De todos modos es obligación de los Patriarcas el educar a sus pueblos en los caminos de la paz y tratar de que los conflictos, al menos entre los componentes de la tribu, se resuelvan con diálogo; pero no se puede evitar que haya gente predispuesta a la violencia por lo que, a veces, será imposible evitar las peleas. Es muy difícil cambiar las costumbres en los pueblos que se aíslan voluntariamente. La familia del difunto puede pedir reparación por causa de sangre o reparación en especies. Si lo que desean es reparación en lucha entre dos hombres, el Patriarca, si el Consejo así lo decide, deberá permitirlo; pero, en caso de que él no esté de acuerdo, en el momento del enfrentamiento, puede volverse de espaldas para demostrar de ese modo su desacuerdo con la decisión del Consejo.

- **En el caso de que un hombre se acalore contra otro hasta el punto de matarlo con astucia o con malas artes, será apartado definitivamente del pueblo y se le declarará muerto para siempre, su nombre no volverá a ser utilizado jamás entre los miembros de tu pueblo y lo mismo harás, sin que importe su pasado o su comportamiento en la tribu, con quien hiera a traición a personas de tu pueblo.**

El asesinato es uno de los más graves delitos que se pueden cometer en el seno de los Pueblos Libres. Privar de la vida a un ser humano no es derecho del hombre, sino del Padre. Todos tienen derecho a la vida y, en este caso, cuando se acaba con una vida utilizando la astucia, implica cobardía por parte de quien comete la trasgresión, además de haberlo pensado fríamente durante algún tiempo. Si durante el tiempo que ha estado maquinando la industria necesaria para acabar con la vida de un semejante, su alma no ha encontrado una vía para el perdón o para el diálogo con quien supuestamente le ofendió, no es digno de vivir en el seno de los Pueblos Libres y, por ello se pide el castigo para que se vayan de la tribu. El que su nombre no sea utilizado jamás, viene a decirnos que su familia, en cuyo seno se educó, no debe usar la palabra que lo identificaba como persona para evitar que se repitan los hechos

ya que, como todos sabemos, el nombre impuesto condiciona el carácter de quien lo recibe. Si así lo decide el Patriarca, porque los hechos son especialmente graves por el ensañamiento o la extrema violencia utilizada para cometer el asesinato, el culpable puede ser emplazado. Todo lo que respecta al emplazamiento puede verse en el siguiente apartado de la Ley.

- **Es reo de muerte quien hiera intencionadamente a su padre o a su madre o a sus hermanos de sangre. Se le emplazará y en el día señalado, dos hombres del pueblo, que serán nombrados en secreto, acabarán con la vida del emplazado.**

Para este tipo de trasgresión, la condena es la del emplazamiento. Es sin duda una de las más difíciles de comprender para aquellos que no han sido educados en los Pueblos Libres. El emplazamiento supone que se condena a muerte a una persona que ha caído en trasgresión pero que, antes de ser ejecutada la sentencia, se le concede un tiempo no menor de veintiocho días, y no mayor de cincuenta y seis, para que ponga sus asuntos personales en regla. Este castigo debe quedar fuera de toda consideración puesto que, condenar a muerte, significa adjudicarse uno mismo la facultad de privar de la vida a un semejante, lo que en sí mismo es un delito comparable al que ha cometido el emplazado. Sería más aceptable, desde el punto de vista de nuestras Leyes, no emplazar a una persona sino expulsarla del pueblo porque debemos dejar de poner en práctica el asesinato como modo de represión del asesinato. Una vida que se quita no puede devolver otra que ya no existe y, en el caso de que los familiares del muerto estén completamente de acuerdo, sería más humano el acordar una indemnización y, seguidamente, expulsar del pueblo a quien haya cometido el delito. También existe la posibilidad de entregar a quien haya cometido la trasgresión a la justicia de los pueblos no libres, lo que en cierto modo sería una trasgresión a las Leyes de los Pueblos Libres; pero esto queda en manos del Patriarca quien deberá apoyarse para tomar esta decisión en el Consejo. Tradicionalmente, la sentencia era cumplida por dos jóvenes solteros del Pueblo, quienes se encargaban de quitarle la vida al emplazado por degüello; luego estos jóvenes eran apartados del pueblo durante dos años. La inutilidad de este castigo es tal, que,

en primer lugar se implica a dos jóvenes en la comisión de un asesinato y, luego, se les aparta del pueblo porque, al ser convictos de un derramamiento de sangre no podían seguir viviendo normalmente en el seno de la tribu que era la les había ordenado hacerlo. Es doble cobardía la de aquellos que, además de ordenar un asesinato, no pueden soportar la visión de aquellos que se han convertido en asesinos por una orden dictada por el mismo Patriarca y confirmada con el respaldo del Consejo y del Pueblo. Es por todo ésto que tenemos la ineludible obligación de erradicar los emplazamientos de nuestros pueblos porque, si por naturaleza estamos en contra de los asesinatos, no podemos ser nosotros quienes fomentemos tal aberración entre nuestras gentes y, menos aún, si somos nosotros los que ordenamos la comisión de estas trasgresiones antinaturales desde todo punto de vista.

- **En el caso de que unos hombres se pongan a reñir y uno hiera a su prójimo pero este no muera, pero tenga que pasar un tiempo curando sus heridas, si se levanta y puede caminar sobre un apoyo, quien lo hirió quedará libre cuando pague la compensación que se marque para ello teniendo en cuenta el tiempo que, el que resulte herido, esté sin poder ejecutar sus tareas habituales.**

En este caso las compensaciones económicas que se determinen deben estar de acuerdo a dos factores: por una parte la fortuna personal de quien hirió, y por otra la gravedad de las lesiones que se hayan producido. La primera circunstancia hay que tomarla en cuenta no vaya a ser que, por pagar la indemnización, el que hirió se quede sin poder alimentar a quienes dependen de él, o en caso contrario la indemnización no suponga un perjuicio para quien la paga por tener éste muchos bienes. La segunda porque no todas las heridas son iguales por lo que las compensaciones deben ser a tenor de la gravedad de las lesiones. Se puede pactar también una forma de compensación en la que, aquel que hirió, pague la cantidad estipulada como desagravio en partes aplazadas. Si se adopta este tipo de pago, el Patriarca deberá poner el dinero necesario a disposición del agresor para que pague sus obligaciones de una sola vez, y luego recibirá el dinero que adelantó, por partes aplazadas. En cualquier caso, aquel que hiera a otro, deberá hacer el trabajo urgente del herido, dar de comer a sus bestias y alimen-

tar a la familia del que estuviera convaleciente, mientras que el otro no pueda valerse por sí mismo, o tenga dificultades para hacer su vida normal.

- **En el caso de que unos hombres riñan y hieran a otra persona, ambos le compensarán en partes iguales por el daño que le causaron.**

El pago de este tipo de compensaciones se manejará con el mismo punto de vista que el expresado en la Ley anterior. Se tendrán en cuenta también las lesiones que se han producido y las circunstancias en las que se desarrollaron los hechos ya que, si el herido estaba intentando mediar para evitar la pelea y sus ruegos fueron desatendidos, se le indemnizará con el doble de lo que sería habitual para este tipo de lesiones.

- **En el caso de que unos hombres riñan y hieran a una mujer embarazada y no haya aborto, se fijará una compensación para la mujer; pero si se produce el aborto o accidente mortal, serán ambos reñidores reos de muerte y serán emplazados. Si el marido de ella así lo solicita ante el Consejo se le concederá, si procede, causa de reparación por sangre.**

Esta Ley que fue dictada en su día para castigar la muerte de los niños, que eran para los Pueblos Libres la solución de futuro, ya que una tribu poco numerosa no podía sobrevivir, también contempla el emplazamiento como reparación a la trasgresión cometida por lo que hay que juzgar este punto con los mismos principios que ya se aconsejaron para el caso de los asesinatos. También se sugiere en esta Ley la posibilidad de reparación por sangre. Esta reparación significa que se debe permitir un enfrentamiento, armado o no, para que ambas partes representadas por el ofensor y el ofendido, mantengan una pelea en la que, según las antiguas formas de pensamiento, el vencedor tendría la razón. Es gran responsabilidad para un Patriarca el permitir este tipo de enfrentamientos ya que, según lo demuestra nuestra historia, suelen ser el principio de largas guerras entre familias. En el caso de que se decida autorizar el enfrentamiento, ésta deberá ser vista por el Patriarca y el Consejo de la tribu en pleno, además de los valedores de cada una de las partes, que actuarán como testigos

garantes de que no ha existido ninguna treta por parte de los combatientes. Si el Patriarca no desea que esta pelea se lleve a cabo, y por circunstancias se ve obligado a consentir, puede mostrar su oposición, dando la espalda a los contendientes a lo largo de la pelea. Esta actitud puede ser observada por todos y cada uno de los miembros del Consejo. De cualquier manera, y siempre que sea posible, la mejor solución para los casos en que se pida reparación por sangre, es la de incitar al diálogo y al acuerdo de indemnizaciones. Si la reparación se celebra en combate singular, podrá ser a primera sangre, a segunda sangre, a caída o a muerte. Se entenderá por primera sangre la pelea que se detiene en el momento en que uno de los oponentes es herido. Por segunda sangre es cuando uno de los oponentes es herido en dos ocasiones. Por pelea a caída se entenderá la que se detiene cuando uno de los oponentes es herido y cae sin posibilidad de levantarse. Por pelea a muerte se entenderá aquella que finaliza con el fallecimiento de uno de los oponentes. Sea cual sea el tipo de pelea, todas suelen generar rencillas interfamiliares que terminan con más derramamientos de sangre que obstaculizan en extremo la normal relación entre las tribus de los Pueblos Libres, y dificultan la celebración de fiestas comunes y Consejos Generales .

- **En el caso de que una bestia cause daño mortal a una persona, la bestia ha de morir sin falta y su carne no será comida sino que se quemará y se enterrarán sus restos y su dueño quedará libre de castigo por este hecho; pero si la bestia ya hubiese causado daño con anterioridad y se le hubiese notificado al dueño, el animal será sacrificado y el dueño será apartado del pueblo después de pagar la compensación que se determine para la familia del muerto. Si la bestia sólo hiera a la persona se fijará una compensación que debe pagar el dueño del animal, por el tiempo que esté inactivo y la bestia será sacrificada y se podrá comer de su carne. Si existe un caso que entre el dueño del animal y el herido o la familia del muerto marquen de acuerdo precio de rescate, si lo paga, podrá seguir en el pueblo; pero la carne del animal será propiedad del herido o de la familia del muerto, y el dueño de la bestia podrá seguir en el pueblo. Puede**

existir reparación por sangre si el afectado o su familia así lo solicita ante el Consejo y así se decide.

Esta Ley de fácil aplicación, por lo prolijo de sus explicaciones, no debe en absoluto olvidarse ya que, al día de hoy, la crianza y comercio de ganado son las ocupaciones principales de nuestros pueblos. Las cuantías de las indemnizaciones y reparaciones se harán de acuerdo a las monedas y valores de los países en los que se hayan desarrollado los hechos, a no ser que, desde el momento en que se inicia un largo desplazamiento que deba cruzar territorios distintos, se disponga un valor único que sirva como referencia, o que la tribu ya tenga dispuesto un canon especial para este tipo de hechos.

- **En el caso de que un hombre abra un hueco en campo abierto y no lo cubra, y un animal cae en él y muere, el que hizo el hueco pagará el valor del animal a su dueño, pero quedará dueño de su carne o del cadáver. Si cae una persona y resulta herida, se marcará la compensación justa por el tiempo que permanezca inactivo.**

Esta Ley que fue muy importante en los tiempos en los que la mayoría de los Pueblos Libres vivían de manera nómada, ha perdido casi toda su vigencia desde que se vive en poblaciones con los pueblos no libres; pero es importante no olvidarla, no tanto por lo que dice el texto en sí, sino por el espíritu que se encierra en él. En efecto se trata de que las personas sean perfectamente responsables de sus actos y trata de educarles para que traten de vivir de una manera en la que los derechos del otro sean tan importantes como los de uno mismo. El hecho de abrir un hueco en la tierra para hacer sus necesidades, o para cualquier otro uso, era algo necesario cuando la vida transcurría al aire libre; pero debían entender que era obligatorio dejar las cosas tal y como las habían encontrado cuando llegaron hasta allí para montar campamento. Si se produce un accidente mortal, quien abrió el hueco será apartado del pueblo por el tiempo justo después que haya pagado la compensación que se haya decidido.

- **Si dos bestias riñen, no se pueden separar y una de ellas muere, se venderá la viva y el precio recibido por ella se dividirá por igual entre los dueños de los animales. Si las**

dos resultan heridas o una de ellas muere y la otra es herida, o mueren las dos, no habrá concesión de pleito. Si en el transcurso de la riña entre animales una persona muere, los dueños de los animales serán apartados del pueblo después del pago de una compensación, a no ser que ambos acuerden rescate con la familia del muerto; si sólo resulta herida la persona, los dueños de los animales pagarán la compensación que sea fijada y lo harán a partes iguales. En este caso es lícita la petición de reparación por sangre.

Esta Ley, como en el caso de la anterior, está tan bien detallada que no merece la pena abundar en explicaciones para hacer más justa su aplicación, aunque sí es necesario puntualizar que las reparaciones económicas se cifrarán con el mismo punto de vista que la anterior y que, en lo posible, se evite la celebración de reparaciones por sangre ya que, como se ha explicado, trae más problemas que soluciones.

- **Si un hombre roba un animal y lo vende, se le obligará a pagar dos veces el valor del animal y será apartado del pueblo. Si no posee bienes trabajará para el ofendido el tiempo que se estime necesario para pagar la deuda; pero el dueño del animal robado deberá darle cobijo y comida durante este tiempo. Si el que roba tiene medios, pero no los suficientes para pagar, trabajará para el dueño del animal hasta que complete el pago.**

Esta Ley es, más que nada, una aplicación de las costumbres, de lo que se hacía cuando sucedían cosas parecidas a la expuesta en los asentamientos de los Pueblos Libres; pero hay que observar que si se producía un robo por causa de hambre, el Patriarca bajo cuyo cargo estaba el ladrón, era normalmente sancionado por el Consejo. En ningún caso se deberá permitir que la mujer del ladrón ni sus hijos, paguen con trabajo la deuda contraída por él. Mientras el ladrón trabaje pagando su deuda, el pueblo se hará cargo de la alimentación y vestido de la mujer y también de la familia que esté a cargo de él. Hay quienes objetan en esta Ley el hecho de que se contemple una sanción sólo para quienes roben los animales propiedad de los componentes de los Pueblos Libres

y quienes quieren ver la inequívoca confirmación de que los robos a las personas de los pueblos no libres, no eran castigados jamás o, de manera tácita, eran abiertamente permitidos. Hay que observar el hecho de que quien roba a los pueblos no libres, debe ser juzgado por las leyes de éstos ya que las Leyes que los Patriarcas pueden aplicar son las de los Pueblos Libres y éstas son las que comento.

- **Si se encuentra a una persona en el acto de forzar una entrada y se le mata, no se decretará culpa de sangre por él si es de noche; pero si es de día sí que hay culpa de sangre.**

El robo, una de las lacras más extendidas por todo el mundo, tiene en esta Ley una puntualización expresa, ya que plantea una diferencia entre el día y la noche, o lo que es igual, entre si se ve, o no, quién es el que intenta forzar la entrada. Se da por sentado que sólo se ataca si no se puede distinguir quién es el ladrón y, al mismo tiempo, endurece la condena merecida por la trasgresión durante la noche en la que es más fácil cometer el delito sin ser visto. Por otra parte, limita la capacidad de ataque de quien sorprende el delito a las horas de la noche, entendiéndose que, de día, hay otras formas de disuasión para quien sorprenda a otro robando o intentando entrar en una vivienda que no sea suya. De cualquier modo, el asalto a viviendas ajenas, sean carretas, caravanas o cabañas, no era demasiado frecuente cuando se dictaron estas Leyes aunque, el espíritu de ésta en concreto, sienta las bases del respeto a la propiedad privada, cosa que hasta entonces no se consideraba como importante ya que, en muchas tribus, se vivía en un ambiente de comunidad tan estrecho que todo pertenecía a todos y la propiedad privada era algo ajeno al concepto que los Pueblos Libres tenían sobre la posesión. Si quien fuerza la entrada sólo resulta herido, no se puede considerar culpa de sangre ni de noche, ni de día. En caso de que quien esté forzando la puerta, muera al ser sorprendido por el dueño de la casa por algún familiar o amigo, es aconsejable la declaración de testigos.

- **Si se encuentra a un ladrón con lo robado se le exigirá que pague cuatro veces el valor de lo sustraído y será apartado del pueblo. Si se encuentra a una persona que compra**

algo robado, a sabiendas, para enriquecerse, pagará ocho veces el valor de lo comprado o pagará con trabajo hasta que cubra esa cantidad y será apartado del pueblo; pero se podrán confiscar todos sus bienes si durante el Consejo se probara que lo estaba haciendo con anterioridad o si tuviera habitualmente mal comportamiento. En cualquier caso, será apartado del pueblo.

En esta Ley se contempla el hecho innegable de que, a quienes roban, no se les puede contar entre los miembros de los Pueblos Libres. El desprecio por el ladrón, el rechazo contra quien desea apropiarse de algo que no le pertenece, se extiende, con la misma rigidez, a quienes compran lo robado que, por el hecho de disponer de dinero y comerciar con materias robadas sin ninguna necesidad, deberá pagar el doble que el ladrón. De esta manera también se previene, por medio de la amenaza, para que no existan compradores de mercaderías robadas ya que, de no existir comprador, se supone que habrá menos personas interesadas en robar ya que no podrán deshacerse fácilmente de lo que hayan adquirido con sus malas artes.

- **Si un animal es hallado comiendo los enseres o las propiedades de quien no sea su dueño, el dueño del animal pagará con lo mismo de su casa, la primera vez. Si el hecho vuelve a repetirse, se sacrificará al animal y el cadáver será propiedad del ofendido después de que el dueño pague la compensación.**

Aunque hoy en día esta Ley parezca de difícil comprensión para el punto de vista que adoptan las leyes actuales, tenía muchísima importancia en los asentamientos temporales ya que, de manera obligatoria, se debía convivir a diario con todos los animales; de algún modo esta Ley servía para que nadie, por muy cansado que estuviese tras la jornada, se pusiese a descansar sin haber atendido y asegurado sus animales. En la actualidad sólo es aplicable por las tribus que todavía practican la vida nómada en aquellos lugares en los que planten campamento ya que, en los asentamientos estables, es muy difícil que surjan estos problemas. Aún con todo, esta Ley refuerza el sentido de responsabilidad personal que cada uno debe tener con los animales de su propiedad, que

era una de las enseñanzas que debían aprender los que vivían en comunidades muy cerradas.

- **Si una persona prende fuego a un campo y no puede dominar las llamas, y por esa causa se quema propiedad de otro, compensará uno por uno los daños causados. Si no tiene bienes para hacer frente a la compensación, bajará para el ofendido hasta que la pague.**

Esta Ley se adoptó cuando algunos de los Pueblos Libres dejaron el nomadismo y se asentaron en lugares en los que podían cultivar. El hecho de que alguien prendiese fuego a un cultivo después de haber recogido la cosecha, era muy normal, por lo que hubo de hacerse una Ley a medida de quienes no cuidaban el fuego encendido.

- **En el caso de que una persona dé a otra, objetos o bienes para que los guarde, y éstos fueran hurtados, responderá por ellos uno por uno o trabajará para pagarlos; pero si quien los guardaba es hallado ladrón o ha fingido el hurto, compensará como tal y será apartado del pueblo.**

Aunque no era demasiado frecuente el que alguien se ausentara por largo tiempo del campamento, el hecho es que esta Ley protege a quienes dejan sus bienes en manos de otro, para que los guarden. No es demasiado difícil entender el espíritu de esta regla ya que obliga, a los responsables de los bienes ajenos, a que pongan toda su atención en lo que les han dado a vigilar. El hecho de que se marque el pago de los bienes que desaparezcan bajo su custodia, y que se puntualice de manera clara que aquel que finja su desaparición será considerado ladrón, da a entender que se exigía de los custodios la máxima responsabilidad sin tener en cuenta el tiempo en que estuvieran ausentes los verdaderos dueños de los bienes. De cualquier manera, por tradición, los bienes se mantienen en régimen de custodia durante el doble del tiempo en que el más caro de los bienes haya sido pagado, teniendo en cuenta los gastos de mantenimiento en el caso de los animales, y en ese momento pasan a ser propiedad del custodio.

- **Si alguien pide prestada una bestia a otro y por cualquier causa se llegase a lastimar el animal, se fijará una**

compensación. En el caso de que la bestia muera, o quede inútil por ataque de hombre o de animal salvaje, el dueño percibirá el precio de la bestia y el otro quedará como dueño del cadáver. Mientras la bestia esté prestada, quien la tiene, será responsable de los daños que pueda causar, como si fuese el dueño de la misma.

Dado el modelo comunitario de vida que se desarrollaba al principio en el seno de los Pueblos Libres, esta Ley parece que fue añadida cuando apareció en estas sociedades, a semejanza de los pueblos no libres, el concepto de propiedad privada. El hecho de pedir a un vecino un caballo, o una mula para transportar algo, es frecuente por lo que, para evitar que el Patriarca o el Príncipe se vea abocado a solucionar los pequeños problemas que puedan derivarse de estos hechos cotidianos, esta Ley determina que la bestia prestada es como si fuera de quien la pidió para usarla, y que éste se hace responsable por los daños que pueda cometer el animal. Caso de que la bestia le sea robada, deberá pagarla a su legítimo dueño por su precio normal y, en todo momento deberá cuidar de su alimentación y cuidado.

- **Quien seduzca a una mujer virgen que no esté comprometida y se acuesta con ella, deberá tomarla como esposa aunque no resulte embarazada, o pagará rescate por ella de acuerdo con la mujer o con la familia de ésta si fuese menor de edad. Si la mujer se niega a casarse y demuestra que ha sido forzada, todo violador es reo de muerte y se le emplazará. La violación no es sólo con fuerza y deberá considerarse violación a la mentira, el engaño o las falsas promesas que se hagan a un hombre o a una mujer para conseguir yacer con ellos.**

Esta Ley es una de la más complicadas de aplicar si se tiene en cuenta que cada uno de los protagonistas de los hechos da versiones diferentes de los mismos. En realidad, si nos atenemos al espíritu de esta Ley, la mujer debe ser quien decida qué hacer con su cuerpo; pero la educación recibida por muchos Patriarcas, en la que se coloca al varón por encima de la hembra, ha hecho que en muchas ocasiones sea muy mal aplicada, y se le haya dado razón a los hombres cuando no la tenían, del mismo modo que han exis-

tido casos en que las mujeres han apelado a ella diciendo haber sido violadas, para conseguir que un hombre las desposara. En general, sólo los Patriarcas y los Príncipes que viven en contacto con estas personas todos los días, asesorados por el Consejo de Ancianos, pueden determinar la verdad de la situación que haya podido producirse. El punto más interesante de esta Ley, que no se parece en nada a la de los pueblos no libres, es que se considera como violación el hecho de acostarse con alguien por medio de engaños o falsas promesas, lo que indica claramente el respeto con que debían tratarse entre sí los miembros de los Pueblos Libres.

- **Son reos de muerte inmediata, sin emplazamiento, quienes abusen de manera carnal o violen menores de edad, ancianos, personas indefensas y quienes cometan incesto.**

Esta Ley es, de manera concreta, la que mejor expresa los tabúes completos de una sociedad ancestral que tardó mucho en evolucionar hacia lo que algunos llaman la modernidad. El hecho de que se dicte muerte sin emplazamiento autoriza a cualquier persona que sorprenda el hecho delictivo, a quitar la vida de los trasgresores en el mismo lugar. Para aplicar esta Ley en nuestros días, debemos tener en cuenta que no somos dueños de la vida de nadie, aunque sí responsables de nuestro pueblo, por lo que el extrañamiento, es decir la expulsión del pueblo, unidos a la comunicación del hecho que haya sucedido a todos los Patriarcas y Príncipes, sería un castigo apropiado en estos casos. Es preciso decir que, en la parte correspondiente al mundo occidental, algunos Patriarcas optan por poner en conocimiento de la justicia de los pueblos no libres estos hechos, basando su decisión en el hecho de que, si son efectivamente expulsados del pueblo, ya no pertenecen a los Pueblos Libres y por tanto sus actos delictivos deben ser juzgados por los pueblos no libres. En cualquier caso la muerte decretada sin aplazamiento debe ser contemplada, desde todo punto de vista, como una ejecución por lo que, si alguien comete este hecho será reo de asesinato ya que nadie es dueño de la vida de nadie y, privar a un ser humano de su vida es un crimen sin importar que quien lo cometió apele a la Ley.

- **De ningún modo se permitirá que caminen con el pueblo personas que se dediquen a la hechicería, adivina-**

ción o brujería. Si se descubre alguien que se dedica a esas prácticas, será apartado inmediatamente y declarado muerto para siempre, a no ser que uno de los integrantes del pueblo abogue por ellos ante el Consejo. Quien adore imágenes, encienda fuegos, prenda velas o haga ofrendas ante pinturas o tallas de cualquier material será reprendido la primera vez si alega ignorancia; pero si es encontrado de nuevo dedicado a esas adoraciones será tratado como hechicero. En todo caso, si alguien habla a su favor y se demuestra que está dispuesto a rectificar, se le impondrá una reparación por trabajo, ayudando a los menos favorecidos porque, en ningún caso puede reparar con dinero o bienes. Si después de esto reincide será apartado del pueblo de manera definitiva y declarado muerto.

Esta Ley de origen antiquísimo, está orientada sobre todo a quienes se dan a practicar la llamada magia negra. Las artes negras, las mancias del lado oscuro y los pactos con la parte tenebrosa de la espiritualidad, son rechazados de plano, dada la especial peligrosidad que representa para un pueblo el tener personas que practiquen este tipo de magia. En comunidades acostumbradas a vivir un entorno de prodigios, más o menos reales, es normal que se recele de aquellos que trabajan con las llamadas artes malas; pero como siempre puede haber equivocaciones de personas que hayan creído ver lo que no es cierto y por desconocimiento hagan acusaciones, o porque desean hacer daño con estas acusaciones a personas que no son de su agrado, se estableció que si alguien respondía en un Consejo por estos supuestos devotos del mal, se daría una nueva oportunidad.

- **Quien tenga trato carnal con una bestia será apartado del pueblo y declarado muerto de inmediato. Aquel que se acueste y tenga trato carnal con una persona de su mismo sexo será apartado del pueblo. Igual sucederá en caso de hombres que de mujeres.**

Esta Ley, por lo que respecta al trato carnal con las bestias, no ha cambiado en absoluto con el paso de los siglos, aunque en algunas sociedades menos avanzadas, espiritualmente se entiende,

los niños mantengan de vez en cuando trato carnal con bestias y sea, si no aceptado por la totalidad de la familia, sí tolerado por la mayoría, cosa que debemos erradicar para siempre de nuestros pueblos. El problema de apreciación aparece puntualmente cuando se hace alusión a la homosexualidad en términos que, en la sociedad actual, pueden parecer atrasados o anacrónicos. La homosexualidad es una decisión personal de quien la practica, sí; pero los Pueblos Libres no la toleran aunque, entre hombres, se bromea con ello y se ridiculice. Recordad que habrá muchas personas que no dudarán en tratar a los Patriarcas y al Consejo de atrasados y poco modernos; pero en nuestras tradiciones no se encuentra ningún caso de homosexualidad consentida por la tribu. Éso no quita para que, en ciertas tribus haya homosexuales y se consienta su presencia; pero algunos también toleran que haya gitanas prostitutas y éso va contra la Ley. En general, la Ley es ésta y cada Patriarca, según su decisión personal apoyada por el Consejo, puede hacer lo que crea conveniente aunque, el hecho de permitir la homosexualidad, así como la prostitución, suponga la exclusión del Patriarca para el Krís Romani.

- **El que secuestre y retenga a una persona, contra su voluntad, para cambiarla por bienes o dinero, será expulsado del pueblo y no podrá ser asistido por ningún Pueblo Libre. Si ambos estuviesen de acuerdo, correrán la misma suerte.**

Esta Ley, pensada en un principio para los tiempos en los que la esclavitud era corriente, se amplió para quienes cometieran secuestro, bien fuese real o fingido para conseguir algo de dinero. Tradicionalmente los Patriarcas se hacían cargo del pago de los rescates, ayudados por el Consejo y los miembros del Pueblo. Una de las cosas que diferencia a esta Ley de las de los pueblos no libres es que en los Pueblos Libres siempre se pagan los rescates para preservar la vida del secuestrado o esclavizado; pero luego, algunos hombres del pueblo son comisionados para buscar a los trasgresores y aplicarles el correctivo que se haya decidido. Si durante el tiempo que la persona está secuestrada sufre abusos carnales, se actuará conforme a lo dispuesto en la Ley que alude a la violación.

- **Quien maltrate a otra persona, abusando de su fuerza o de su posición, por primera vez será apercibido y se fijará compensación para el ofendido. Si lo repite se le apartará del pueblo.**

Mientras hoy se discute en las sociedades occidentales sobre lo que debe hacerse en caso de violencia doméstica, esta Ley de hace muchos siglos, ya lo contemplaba definiendo una situación de abuso y maltrato sin distinguir la ocasión. El abuso de la fuerza, el maltrato, es una trasgresión en la que no importa quién sea el ofendido y el ofensor, ya que eso no cambia en nada el delito. En todo caso, si es un cónyuge el que maltrata al otro, se debe tomar como agravante y endurecer el castigo.

- **Aquel que maltrate de palabra a un extranjero, a un forastero o a un visitante, será apartado del pueblo durante dos años, por romper la Ley de la Hospitalidad. Quien dé hospitalidad a un extranjero, se hará cargo de su vestido y alimentación. El tiempo que more en su casa, será considerado como hermano carnal. La Ley de la Hospitalidad es sagrada.**

La Ley de la Hospitalidad, nacida hace siglos, en los tiempos que no todo el mundo podía pagar posadas o comida, ha llegado hasta nuestros días y sin cambios en sus fundamentos. Todo aquel que llega al pueblo, es bien recibido y se procura por su bienestar: Si quien llega tiene un comportamiento poco adecuado, el pueblo cambiará de lugar ya que, en tránsito, esta Ley no es válida. En ese momento se le invitará a que no siga al pueblo. Si persiste en su actitud o quiere seguir con el pueblo, el Patriarca le dará medios para que siga su camino en solitario. Esta Ley ha sido usada por algunas personas que abusaron de ella en algunas ocasiones por lo, que algunos Patriarcas, optaban por ofrecer socorro de viaje a los que llegaban pidiendo apoyo, sin permitirles que se quedaran a morar entre ellos.

- **Aquella persona que cause pena o dolor o insulte a un anciano, una viuda o un huérfano los compensará con bienes o dinero por la falta de respeto cometida.**

Esta Ley se hizo para fomentar el respeto a los más desasistidos del pueblo por lo que, en la actualidad, visto el trato que reciben los ancianos y los desvalidos en las sociedades actuales, debe ser aplicada con mayor severidad si cabe. Los ancianos son como la memoria de nuestras tribus y es necesario cuidarlos después de una vida de fatigas y dedicación. No es aceptable en ningún caso que nuestros ancianos, en la actualidad, sean reclusos en residencias o albergues ya que, si no tienen descendientes que puedan cuidarlos como se merecen para garantizarles una calidad de vida correcta, serán considerados como una responsabilidad comunitaria de toda la tribu y, especialmente, del Patriarca.

- **Quien comete suicidio ofende al Padre y ofende a su pueblo por lo que no será enterrado ni quemado y el nombre que se le dio en vida no podrá ser utilizado para otra persona. Si es hombre, su familia, si la tuviese, quedará a cargo del Príncipe y educará a los menores como si fuesen hijos suyos y llevarán, a partir de ese día el nombre que el Jefe de familia decida.**

El espíritu de esta Ley nos dice que, si bien el suicido está mal visto por los Pueblos Libres, sus familias no deben sufrir por causa de ellos ya que han cometido una trasgresión. Los cadáveres de los suicidas se abandonaban en la antigüedad para que fuesen pasto de las alimañas. En la actualidad, se acostumbra a enterrarlos sin duelo ni ceremonia, y las familias no deben llevar luto aparente.

- **Si una persona presta dinero a otra, quien recibe el dinero deberá devolverlo en el plazo fijado sin que deba saldar intereses por ello; pero si entre dos personas acuerdan una cantidad como pago de intereses, se respetará el pacto, porque el acuerdo entre dos personas, si no media presión o amenaza de una de las partes, está por encima de la Ley. Sólo se puede prestar con un interés razonable a personas que no pertenecen al pueblo. Si se halla a una persona que presta con interés a integrantes de su pueblo como medio de comercio y de enriquecimiento, le serán confiscados la mitad de sus bienes y será apartado del pueblo. Si alguien da una joya como garantía de**

un préstamo y no lo paga, se tasará la pieza y, quien haya dado el préstamo con esa garantía será dueño de la misma cuando pague la cantidad que falta para completar su valor. Si en el momento de la tasación no tuviera dinero suficiente para pagar el valor de la prenda, quedará deudor y, la joya, quedará en manos del patriarca hasta que complete el pago.

Esta Ley que regula los préstamos entre los miembros del Pueblo, viene a reforzar la idea de comunidad y compañerismo ya que no está permitido el cobro de intereses para los miembros del pueblo. El que debe estar atento a los préstamos es el Patriarca y deber ser él, o el Príncipe, el encargado de avanzar cantidades de dinero a quienes lo necesiten; pero si alguien decide pedirlo a otra persona, el Patriarca será quien se preocupe de que ese crédito sea devuelto en las condiciones que se pactaron o en las fechas requeridas. En caso de que quien pidió prestado no pueda hacerse cargo de la devolución, será el Patriarca quien lo haga en su nombre, marcando después una reparación económica o por trabajo para quien no haya satisfecho su deuda.

- **Si se descubre que alguien ha presentado falso testimonio para inclinar la decisión en un juicio, se anulará la decisión que se haya tomado, se confiscarán la mitad de los bienes del trasgresor para compensar al agraviado y se le apartará del pueblo de inmediato. Si del juicio se hubiese derivado un reo de muerte y está emplazado, se confiscarán los bienes del trasgresor, será apartado del pueblo y declarado muerto; en el mismo acto, se levantará la orden de aplazamiento y se notificará al pueblo. Si la sentencia de muerte se hubiese llevado a cabo compensará a la familia del emplazado con todos los bienes y será reo de muerte sin emplazamiento. Aquel que acepte soborno para presentar falso testimonio en un juicio será considerado ladrón y tratado como tal. Si del juicio hubiera salido una decisión grave, será apartado del pueblo.**

Dado que la igualdad entre los componentes del pueblo y la Justicia son los valores en los que se apoyan las Leyes de los

Pueblos Libres, el falso testimonio es una de las trasgresiones más graves que pueden realizarse ya que, con él, se falta a la verdad, se perjudica a un inocente y se rompe la igualdad que se defiende como fundamento de la convivencia. El falso testimonio debe ser castigado con severidad en todo momento, siendo prerrogativa del Patriarca marcar las compensaciones adecuadas para cada caso en particular teniendo en cuenta los valores fundamentales de los Pueblos Libres. En cualquier caso, quien sea capaz de emitir un falso testimonio para modificar una decisión durante un juicio o un Consejo, no merece seguir en el seno del pueblo por lo que debe ser expulsado o extrañado de forma inmediata. Debemos tener en cuenta que el falso testimonio ante el Consejo es, según nuestro punto de vista, una múltiple trasgresión en la que se miente a los ancianos, se falta el respeto al Patriarca y se tuerce la Justicia.

- **Si un miembro del pueblo desea quedarse en un lugar para trabajar la tierra de manera estable, le será permitido con la condición de que cultive sus tierras durante seis años y deje el séptimo año la tierra para que la trabajen los más desfavorecidos del lugar. Si tiene personas que trabajen para él, trabajarán seis días y descansarán uno. A sus animales les dará descanso un día de cada siete.**

A todos los Patriarcas les preocupa la pérdida de una familia; pero es lícito que quien quiera asentarse en un lugar tenga libertad plena para hacerlo, como la tiene para cambiar de tribu si las decisiones del Patriarca no son de su agrado. Hoy día, aunque parezca algo fuera de lugar, deben respetarse los tiempos marcados en esta Ley, por respeto. Se respeta al animal, se respeta al hombre y se respeta la tierra.

- **Ninguna persona puede obligar a otra a que trabaje siete días seguidos, ni tampoco, salvo si el obrero acepta, a trabajar entre el ocaso y el amanecer. Tampoco se podrá obligar a uno a realizar tareas que deberían ser hechas entre varios aunque no se marque plazo para la finalización del trabajo.**

Esta Ley, dictada en los tiempos en que la esclavitud era aceptada, se puede aplicar en los tiempos actuales ya que, ante la mano de obra necesitada o barata, habrá quien intente hacer las cosas a su modo sin tener en cuenta los sentimientos o necesidades de los demás. El Patriarca permanecerá vigilante para que no se produzcan situaciones de abuso y, si el trabajador no pertenece a los Pueblos Libres, podrá invocar la Ley de la Hospitalidad para corregir a quien los contrate si éste abusa. Esta forma de aleccionar a los que pretenden esclavizar a sus trabajadores ya se ha utilizado con anterioridad y ha sido muy útil para quienes estaban equivocados o cegados por la ambición.

- **Cuando una persona contrate a otra para trabajar de jornalero, deberá pagarle el salario antes de la puesta de sol y no podrá retener el pago hasta el día siguiente o pagará el doble.**

Cuando el jornal, o precio que se cobraba por un día de trabajo, se daba a diario, esta Ley venía a obligar a quienes pagaban, para que los salarios se dieran al finalizar la jornada. Hoy en día muchos de los componentes de los Pueblos Libres trabajan en sociedades no libres y deben acomodarse a la frecuencia de pago al uso. En todo caso el Patriarca, si se lo piden, deberá mediar en caso de dificultad entre el trabajador y el contratante. En caso de impago, por parte de un contratante perteneciente a los Pueblos Libres, se aplicará la Ley sin ningún tipo de vacilación. Si el contratante no pertenece a los Pueblos Libres, el Patriarca velará para que no haya una situación clara de indefensión y hará cuanto sea necesario para que la deuda sea saldada en el menor tiempo posible, aunque suponga recurrir a los tribunales de los pueblos no libres. En caso de que un trabajador perteneciente a los Pueblos Libres no pueda percibir su salario porque el contratante elude recurrentemente sus responsabilidades, el Patriarca se presentará ante el contratante para solventar la situación en el menor tiempo posible y, en caso necesario contratará por su cuenta, como ya se ha dicho, asesoría legal.

- **Cuando sea tiempo de cosecha y se recojan los frutos del campo, se dejará una parte del cultivo sin recolectar para que se beneficien de ello los menos favorecidos.**

Si el cultivo pertenece a un integrante de los Pueblos Libres, esta Ley se cumplirá sin excusas. Si pertenece a otro, y una tribu de los Pueblos Libres trabaja en la recolección, hará lo posible para dejar algo a los necesitados. Si es necesario, el Patriarca pactará con el dueño del terreno las condiciones necesarias y más convenientes entre las dos partes, para que esta Ley se lleve a cabo sin excusas. En caso de que no hubiese ningún tipo de acuerdo al respecto, el Patriarca, comprará con sus dineros frutos de ese campo para repartirlos entre los más necesitados aunque éstos no pertenezcan a los Pueblos Libres porque el Patriarca, como líder moral de un pueblo no debe permitir que nadie que esté en su radio de influencia sufra penurias por falta de vestido, alimento o cobijo. Si la situación de esas personas es grave, aplicará la Ley de la Hospitalidad.

- **Cualquier objeto que haya rozado un cuerpo muerto, de animal o de hombre, será declarado barichó, esto es impuro, al igual que el lugar donde hayan caído muertos. Sólo los manantiales y pozos de agua están libres de esta ley. Todos los objetos que hayan tenido contacto con la muerte, serán purificados por fuego o por agua corriente. Aquellos que no resistan fuego o agua corriente, serán enterrados. Todo aquel que tenga contacto con un cadáver de hombre o animal, será considerado barichó hasta la puesta de sol y deberá lavar sus ropas y deberá lavarse él mismo, antes de tener contacto con el resto del pueblo.**

Esta es una Ley dictada para que los pueblos, en la antigüedad, tuviesen cuidado con su higiene personal; pero también tiene un componente espiritual ya que un cuerpo muerto, ya no contiene esa chispa divina que tenía en vida y, por ello, se convierte en un resto impuro con el que no se debe tener contacto. Debe notarse que si el que haya tenido contacto con un cadáver se somete al agua corriente, queda liberado de impurezas, lo que demuestra la orientación sanitaria de esta Ley.

- **Cuando una mujer aborte o de a luz, será marimé, o sea impura, durante siete días y el varón no podrá tener trato carnal con ella hasta pasados sesenta días, aunque**

se le permite dormir con ella. Cuando una mujer está con el periodo de menstruación, el hombre podrá dormir con ella pero procurará no tener trato carnal con ella. Si lo hace, será marimé hasta que se lave él y lave las ropas que tuvieron contacto con la mujer. La mujer deberá dar a luz fuera de su casa o del campamento.

Esta Ley también persigue un fin higiénico y sanitario, por lo que aunque pueda parecer fuera de lugar en la actualidad, no lo es para quienes todavía viven como nómadas y no tienen acceso ni a la ducha diaria ni al agua en abundancia. Sea como sea, es una Ley de obligado cumplimiento en todo lugar.

- **Serán desterradas las mujeres que utilicen drogas o medios artificiales para evitar la preñez, así como la persona que se los facilite.**

El hecho de que una mujer utilice anticonceptivos no estaba bien visto por la sociedad de los Pueblos Libres, y no lo está todavía. En principio cada persona es libre de hacer lo que crea conveniente porque sólo ellos son responsables de sus actos y el Patriarca obrará según su forma de pensar; pero la Ley es taxativa en este sentido y no acepta interpretaciones.

- **Toda persona que contribuya a que una mujer aborte, o la mujer que aborte por sí misma, o se haga manipular por otro para conseguir el aborto, si se descubre, serán reos de muerte y emplazados.**

La conservación de la raza, la multiplicación del pueblo para hacerlo numeroso y fuerte, fue la que dictó el texto de esta Ley aunque, de manera formal, en los Pueblos Libres se detesta el aborto voluntario, no tanto por el hecho de que una mujer interrumpa su embarazo, sino por el hecho de acabar con la vida de un ser humano que viene al mundo. El Patriarca actuará en consecuencia, de acuerdo a sus principios.

- **Todo aquel que venda su cuerpo por dinero para tener comercio carnal o que obligue a otro para que lo haga, o quien perciba dinero o bienes a cambio de trato carnal, si se descubre, serán apartados del pueblo. Si una mujer se prostituye con extranjeros o con quienes no formen**

parte del pueblo, será considerada muerta y apartada del pueblo.

Esta Ley tiene dos frentes de acción. Uno, evitar la prostitución dentro de los límites de los Pueblos Libres y después evitar la prostitución con personas ajenas a la comunidad. Si la primera es una observancia de orden moral, la segunda lo es de tipo sanitario para evitar la aparición de enfermedades venéreas, entonces incurables, en el seno de los pueblos. Esta Ley no ha perdido vigencia en la actualidad puesto que los Patriarcas deben impedir la prostitución entre los miembros de su pueblo.

- **Todo aquel que se acerque a un pariente carnal que esté desnudo, será tenido por muerto durante el tiempo que se decida según la gravedad del caso y la cercanía del parentesco.**

Aunque esta Ley se toma como puritana en exceso, la tradición nos recuerda que no es aconsejable que parientes cercanos contemplen sus cuerpos desnudos. No es por cusa de sexualidad desatada por lo que se aconseja, sino porque, aunque muchos digan que es señal de confianza entre parientes, hace que se vea a los mayores como seres humanos y, eso, hace que se pierda el respeto necesario entre parientes. En todo caso, en los tiempos actuales en los que cada cual es responsable de sus actos y se apela a la libertad individual, los Patriarcas no deben olvidar el componente de intimidad que tiene el sexo y que, la demasiada evidencia, la desnudez, puede apagar esa curiosidad instintiva hacia lo oculto. A pesar de la solidez de estas reflexiones, demostradas por los hechos diarios, los Patriarcas no deben olvidar que la disciplina en exceso ahoga los pueblos y la falta de disciplina los mata.

- **Aquellos que cometan adulterio y sean descubiertos, serán declarados muertos y expulsados del pueblo sin perdón posible. Aquel que, de común acuerdo con su esposa, deja que ella se acueste con otro a cambio de favores o bienes, será expulsado del pueblo, así como la mujer. Ambos serán declarados muertos. El adulterio no comienza desde la unión formal, sino desde el mismo momento del compromiso porque ya forman pareja.**

El adulterio no está permitido entre los Pueblos Libres porque, además de lo que supone para la salud moral de la comunidad, ha sido durante siglos fuente de problemas que, en muchos casos han terminado en baños de sangre. Los Patriarcas deberán actuar en cuanto tengan conocimiento de estos hechos y llamarán aparte a los adúlteros. Si estos se comprometen a no continuar, se olvidará el asunto porque nadie es libre de tener una debilidad; si persisten en su actitud, se aplicará la Ley, o se declarará acta de separación invitando a los adúlteros a dejar el pueblo para evitar que su convivencia suponga escarnio para los demás integrantes de la comunidad.

- **Ningún hombre que se acueste con una mujer, podrá hacerlo con la hija de ésta, aunque esté habida fuera de matrimonio, o con la hermana de la mujer porque será considerado adúltero aunque haya fallecido la mujer, y será considerada adúltera la mujer que consienta hacerlo. Esta ley rige igual para las mujeres con sus cuñados y los hijos de sus maridos.**

Esta Ley, en parte contraria a los leviratos de los tiempos antiguos, debe ser aplicada con máximo rigor en la actualidad ya que, como en el caso del adulterio, se crean problemas de muy difícil solución cuando no sangrientos. La Ley implica, en casi todos los casos, un torcimiento de la voluntad personal ya que, según algunos, no les deja hacer lo que desean. La vida en comunidad, al ser tan difícil, implica el bienestar de muchos ante el de unos pocos y por ello, para preservar la convivencia en paz, se dictaron estas Leyes.

- **Quien pronuncie palabras blasfemas será tenido por muerto siete días la primera vez, por un año si vuelve a cometer blasfemia y declarado muerto a la tercera ocasión. Quien tome en vano al Padre, comete blasfemia así como quien lo pone por testigo a sabiendas de que está mintiendo. Será tratado como blasfemo quien jure en falso poniendo al Padre por testigo. Quien invoque la muerte propia o la de un familiar cercano para convencer a los demás de que aquello que dice es cierto, pasa a ser reo de infamia y será tenido por muerto siete días sin**

perdón posible. Si invoca la muerte de su padre o de su madre, de su esposa o sus hijos, será tenido por muerto un mes, la primera vez, un año la segunda, y será expulsado del pueblo si reincide en la invocación.

Esta Ley entra en las de la convivencia ya que termina por ser desagradable vivir en un reducido grupo al lado de quienes no dejan de utilizar un vocabulario fuera de tono. Un estallido de violencia verbal es comprensible; la continuidad de esos estallidos es insufrible. Por otra parte, la invocación de personas para sostener lo que se afirma, entra dentro de la Ley del falso testimonio y como tal debe ser tenida en cuenta.

- **El Patriarca que no cumpla estas leyes, y el que no las haga cumplir a su pueblo, será considerado reo de deshonra y ya no podrá formar parte del Consejo del pueblo. Tampoco le estará permitido asistir a los Consejos Generales; pero si su pueblo le apoya para que siga en su iniquidad, todos serán borrados de la memoria colectiva de los Pueblos Rom hasta que no se produzca arrepentimiento por su parte y pidan al Consejo General que vuelvan a ser recibidos tras la compensación por trabajo que se determine. Todo Patriarca puede interpretar las Leyes de acuerdo a la situación especial que se produzca, siempre y cuando vele por que el espíritu de las mismas sea respetado. Si un Patriarca no cumple una de las leyes, o no aplica los correctivos como se debe, estará obligado a justificar su actitud ante el Consejo General. En todo momento, el Patriarca, es el único que puede aplicar la Ley y aunque puede pedir la opinión del Consejo, no está obligado a seguirlo si no lo desea. Los Patriarcas sólo pueden ser juzgados por un Consejo General compuesto por Patriarcas, que estarán asistidos por el Consejo General de Ancianos, compuesto por hombres y mujeres de probada sabiduría y experiencia.**

Nada más se puede aplicar a esta Ley final que se ocupa de regular la aplicación de éstas por los Patriarcas. Las Leyes están escritas para ser interpretadas según los hechos y las personas, así como las circunstancias en las que se han producido. Nada impide

que cada cual haga cuanto desee; pero en el momento que hay una situación de convivencia, por muy reducido que sea el grupo, deben existir unas reglas que ayuden a la cohabitación pacífica, siendo trabajo de todos el hacer las cosas de tal manera que no molesten al prójimo. Cuando en un grupo cada quién desea hacer las cosas como quiere, sin tener en cuenta los sentimientos o las opiniones de quienes conviven con ellos, necesitan de la imposición de un reglamento que pueda aplicarse en caso de que alguien falte a sus obligaciones.

Se ha dicho que nuestras Leyes son estrictas y, a veces, amenazantes en grado sumo. Las leyes de los pueblos no libres son amenazantes de igual manera que las nuestras; pero existe una diferencia entre las dos y es que, si un miembro de las sociedades no libres decide no acatar las leyes impuestas por su aparato jurídico, no puede hacer nada en absoluto porque, en todos los lugares de esa sociedad, las leyes se aplican de igual manera, en tanto que en los Pueblos Libres, al ser los Patriarcas los encargados de la aplicación de la Ley, y ser libres de interpretarla, si alguien no está de acuerdo con algo, no tiene más que cambiarse de tribu.

Sólo queda recordar que la Ley está hecha en función del hombre y no el hombre en función de la Ley.

ANEXO

LA CALAVERA DEL DESTINO
ARTÍCULO APARECIDO EN LA PRENSA CHILENA
LA CRÓNICA DE AKAKOR
LA AHNENERBE
EL MANUSCRITO DE “FRANCISCO RAPOSO”

LA CALAVERA DEL DESTINO



Las calaveras de cristal están cortadas con la forma de una calavera humana, varían en la forma, el tamaño y el tipo de cristal en el que están talladas. Sólo algunas de entre ellas son auténticas. Los lugares en que se han hallado se encuentran generalmente en Centroamérica, aunque hay noticias de posibles hallazgos en Sudamérica.

La más conocida de estas calaveras es la de Mitchell—Hedges. Tiene características muy similares a la de una calavera humana y una mandíbula con movimiento. Hasta ahora no se ha logrado determinar la forma en que fue tallada, ya que se trata de un trabajo imposible de realizar por escultores o ingenieros de nuestra época. Fabricada en cristal puro de cuarzo, tanto la mandíbula como el cráneo provienen de la misma roca. Exceptuando pequeñas anomalías, es anatómicamente perfecta, posiblemente la representación de un cráneo femenino debido a su pequeño tamaño, 12,7 cm. de altura, mientras que su peso es de 5 kg. Tanto los prismas ubicados en la base, como las lentes pulidas a mano de los ojos, se combinan para producir un brillo muy intenso. El cráneo presenta un alto grado de dureza (siete sobre diez, en la esca-

la de Mohs), de lo que se deduce que sólo mediante fundición del mineral y utilizando un molde, o mediante el uso de un diamante podría obtenerse algo parecido. Pero los mayas no poseían la suficiente capacidad técnica como para enfrentarse a semejante empresa.

El explorador británico F. A. Mitchell—Hedges afirmó que fue desenterrada por su hija, Anna, en 1924, durante una expedición realizada en las ruinas mayas de Lubaantum, en la actual Belice, mientras buscaban huellas de la Atlántida, en uno de los templos, tras mover unas grandes piedras que cubrían un altar. Según su relato, después de su descubrimiento se sucedieron varios fenómenos sobrenaturales. Los 300 indios que trabajaron con ella en las excavaciones se arrodillaron y besaron el terreno cuando el objeto fue llevado a la luz, después de que rogaron y lloraron por dos semanas. Anna relata que los nativos mayas de la zona la reconocieron al instante como representación del dios de sus antepasados y oraron ante ella.

Frank Dorland, un restaurador de arte que hizo varios experimentos con el cráneo por seis años, afirmó que una vez un halo lo circundó por varios minutos, escuchó sonidos agudos, parecidos a campanilleos y que llenaron su casa, otras veces dentro del cráneo aparecieron luces e imágenes de cráneos, montañas y otros objetos, así como un olor característico proveniente de su interior.

Según otras fuentes, es posible que Mitchell—Hedges la hubiese adquirido durante una subasta en Londres, en 1943. También hay quien afirma que tal vez adquiriese la calavera en uno de sus viajes por México y la colocara allí como regalo de cumpleaños para su hija. Pero a pesar de esta y otras acusaciones de fraude, ninguna ha podido ser demostrada como cierta. En 1970 la familia Mitchell—Hedges entregó el cráneo a los laboratorios de Hewlett Packard para su estudio, en los cuales pudo comprobarse que el cristal fue tallado en contra del eje natural del cristal, a pesar de que los modernos escultores no lo harían, porque esto provocaría la rotura de la pieza de cuarzo, ni siquiera utilizando la tecnología láser, ya que tendría idénticos resultados sobre el cristal. Otro de los hallazgos sorprendentes consistió en que no hallaron evidencia ni rastros de que se hayan utilizado

herramientas metálicas. El dato más desconcertante fue que los expertos estimaron el tiempo necesario para completar el trabajo en al menos 300 años. Los expertos del British Museum hacen remontar la calavera a la civilización azteca, fechando el origen, con muchas dudas, alrededor del 1300/1400 después de Cristo.

Otras dos calaveras de cristal se encuentran en el Museum of Mankind, en Londres, Inglaterra, y en el Trocadero Museum, en París, Francia. Ambas fueron halladas por soldados en México durante la década de 1890, y están talladas sobre puro cristal de cuarzo, aunque no tan elaboradamente como la de Mitchell Hedges.

La calavera expuesta en el Museum of Mankind se considera gemela de la de Mitchell—Hedges, salvo por un detalle. La calavera de Mitchell—Hedges tiene la mandíbula articulada, como en un cráneo verdadero; mientras que la llamada Calavera Británica tiene la mandíbula fija. Los investigadores están de acuerdo en afirmar que los dos objetos han sido construidos por las mismas manos. El Museum of Mankind lo adquirió de Tiffany's, el célebre joyero de Nueva York, en el 1898, por 120 libras. El encargado de la transición fue un hombre llamado Kunz, que en un libro suyo sobre los minerales, cita la calavera. Los ejecutivos de Tiffany's no fueron capaces, o no quisieron, dar explicaciones sobre su origen.

Años después, sería el British Museum quien entró en posesión de esta calavera. La llegada de la calavera al British Museum, coincidió con una serie de extraños acontecimientos. A parte las afirmaciones, antes escasamente probadas, de repentinos desplazamientos de objetos o repentinas invasiones de perfumes diferentes e inexplicables, fue el personal de limpieza del museo en las horas nocturnas, quienes alimentaron las creencias que atribuyen a la calavera poderes ocultos. Finalmente consiguieron que la calavera fuera cubierta por un pesado paño durante las horas nocturnas.

El antropólogo Morant realizó un estudio comparativo de ambas calaveras, llegando a conclusiones que no son compartidas por otros estudiosos. Morant dejó constancia de que ambas eran similares en muchos detalles anatómicos, llegando a afirmar que,

por su forma, ambas habían sido modeladas sobre la calavera de una mujer, que eran representaciones de un mismo cráneo y que la una era copia de la otra, siendo la de Mitchell—Hedges la primera. En el 1950, la calavera del British Museum fue examinada de nuevo y de tal examen se descubrió que la calavera tenía su origen en México, que se remontaba 1400 —1500 d.C. y que el material fue cuarzo brasileño.

Una tercera calavera de cristal expuesta en el Musèe de L’Homme de París, idéntica en el estilo a los otras dos pero de dimensiones menores, puede proveer informaciones particularmente interesantes. Los expertos del Museo afirman que formó parte de un «cetro mágico» azteca del siglo XIII o XIV d.C., y que fue usado para alejar a las serpientes y prever el futuro. Tiene un agujero que la atraviesa de arriba abajo, supuestamente hecho por un grupo cristiano para colocar en ella una cruz, y el estilo, la forma y el corte son similares a otras calaveras descubiertas en diversas ruinas de México. Existen incontables hipótesis acerca del origen real de las calaveras. La respuesta más obvia sería que los nativos de Centroamérica, las tallaron por sí mismos, pero esta hipótesis no explica la los medios con que fueron creadas, ya que ninguna de estas culturas, por lo menos hasta donde sabemos, poseían la tecnología o el conocimiento necesarios para completar esta labor. A las abundantes anécdotas y creencias surgidas alrededor de estas raras piezas, y a las originarias atribuciones de poderes utilizados en los rituales en los que, presumiblemente, fueron usadas, son sumadas muchos otras que van desde el ocultismo, lo paranormal y la ufología. El misterio de las calaveras es enriquecido también por una leyenda que se remontaría a los mayas. Tal leyenda cuenta que en el mundo existen 13 calaveras de cristal a tamaño natural, y cuando todas sean redescubiertas y asociadas, les transmitirán a los hombres todo su conocimiento. La leyenda, en cambio, nos advierte que eso ocurrirá solamente cuando los hombres sean íntegros moralmente. Esta leyenda que se transmite como una tradición oral, ha contribuido al nacimiento de un mito, aquel de las calaveras malditas. Todo eso, además, no es inmune al atractivo que los mayas suscitan como pueblo.

*Información y fotografías procedentes de Ligia Gómez
“lg@alterguia.com”, Venezuela.*

ARTÍCULO APARECIDO EN LA PRENSA CHILENA

Aunque desconozco el autor del mismo, he decidido incluirlo en el anexo por lo que puede aportar a quienes estén interesados en el tema.

BASE DE AKAHIM

La instauración de una base secreta de origen nacionalsocialista en el Cono Sur de Sudamérica ha sido un tema apasionante para algunos y una quimera para otros. Incluso más de algún autor ha relacionado el fenómeno Ovni con la tecnología alemana instalada en la helada Antártica luego de la II Guerra Mundial. ¿Existen bases para pensar el renacimiento de un IV Reich? ¿Por qué esta relación siempre presente entre el fenómeno Ovni y los alemanes de la II Guerra Mundial? ¿Por qué continúan estas expectativas y especulaciones diversas referentes a este tema?

UN POCO DE HISTORIA

Adolf Hitler llegó al poder el 30 de Enero de 1933. Desde los primeros años de su vida se sintió atraído por las ciencias ocultas y los misterios ancestrales que desde el siglo XIX habían tenido un realce enorme entre la sociedad europea. La muestra de todo esto es que al cabo de los años siguió su camino con personas de acuerdo a su visión cosmogónica de la vida. Generalmente la Sociedad Secreta Thule o la Vrill fueron punto de encuentro de los posteriores jerarcas alemanes. Las profecías, los rituales, el ocultismo y la simbología de las runas comenzaron a formar parte de los actos más trascendentes de su Gobierno. Entre las personas que más influyeron a Hitler estuvo un vidente de nombre Erick Hanussen quien predijo acontecimientos muy importantes, como el acceso a la Cancillería del propio Hitler. Este ambiente mágico y trascendente de Alemania se apoyaba en los que con el tiempo se les ha denominado «los Caballeros de la letra H», Himmler, Heydrich, Haushofer, Hess y el mismo Hitler. Donald Tyson ha

interpretado este símbolo de la H, correspondiente a la runa Hagel, como representante del poder de Alemania. Identifica los cuatro brazos de la letra asociados con los cuatro extremos puntuales de la esvástica. Heinrich Himmler se convirtió en máximo responsable de las SS y este grupo de élite sacado de los mejores exponentes de la raza aria del Ejército alemán realizaba rituales e iniciaciones en el Castillo de Wewelsburg al estilo de los Caballeros del Rey Arturo. Independientemente de estas acciones funcionaba toda una visión trascendente sobre los acontecimientos mundiales donde las raíces de los jerarcas nazis jugaban un papel muy importante. Es así como los deseos de adquirir reliquias históricas que supuestamente daban Poder Absoluto a quien las tuviera fueron primordiales en esta búsqueda de una identidad casi divina para la jefatura alemana y sus acciones. El ejemplo de la Orden denominada Los Trece Caballeros de la Lanza Sagrada, quienes buscaron y depositaron la Lanza de Longinos en el Castillo de Wewelsburg es una muestra de este afán por conseguir este tipo de reliquias. Esta vieja lanza romana fue retirada del Museo de Trier en Mayo de 1938 tras la ocupación de Austria por las fuerzas alemanas y la historia dice que debe su nombre al soldado romano que la utilizo para adentrarla en el costado del cuerpo de Jesucristo en la cruz.

Podría mencionar también la búsqueda incesante por todo el mundo del Santo Grial y las numerosas excursiones de Himmler por otras partes de nuestro planeta en misiones disfrazadas, pero que según nuestro criterio, solo estaban encaminadas a recabar información sobre leyendas y visiones de videntes y paragnostas alemanes que indicaban que adquiriendo estos objetos se tenía acceso al conocimiento pleno de nuestra humanidad, además de lograr el acceso a la Sabiduría Ancestral recogida a lo largo de la historia del mundo. La convicción de creer en la existencia de túneles subterráneos que conectarían civilizaciones ocultas ya sea en el Tibet, como en la India, incluyendo Sudamérica, es otra motivación evidente de Himmler quien no duda en cruzar el planeta entero para buscar esas puertas dimensionales que le abrirían el paso a un mundo extraterreno, superior y que le daría paso al conocimiento oculto de la humanidad. Haushofer, fundador de la Sociedad de Thule, que fue el lugar donde se conocieron muchos de los jefes ale-

manes, era un personaje que influyo en mucho de los designios de Hitler. A este individuo se le debe la elección de la esvástica como símbolo máximo del nazismo. Pensaba que en el desierto de Gobi había existido una avanzada civilización, destruida por una gran catástrofe. Sus habitantes habían tenido que emigrar al Norte de Europa y otros hacia el Cáucaso. Estos habitantes de esta civilización destruida eran la raza primigenia de la humanidad, o sea los primeros arios puros. Su ideal era retornar a los orígenes y realizar las correspondientes conquistas para hacer renacer esta civilización, tronco inicial ario. Sus creencias lo llevaron a tener un conocimiento y contacto bastante estrecho con colonias hindúes y sobre todo con ciertos círculos tibetanos que tenían una visión muy próxima a sus principios.

El interés por las fuerzas alemanas sobre tradiciones orientalistas se demuestran en muchas oportunidades. Es así como cerca del bunker de Hitler las tropas aliadas se encontraron con casi mil soldados de aspectos tibetanos orientales muertos, todos ellos perfectamente alineados como en un final ritualista. Esta acción de alguna forma demostraría esa conexión existente entre fuerzas políticas nazis y fuerzas espirituales orientales conviviendo en un afán común de lograr algún objetivo. Respecto a este punto no existen datos concretos que lo confirmen plenamente, aunque los hechos nos indican esta conexión por lo menos en el ámbito personal de muchos jefes de Alemania de finales de los años 30. Recordamos a los amigos lectores la película realizada por Brad Pitt «Siete años en el Tíbet» donde un joven alemán de nombre Heinrich Harrer fue capturado por los ingleses sospechosos de ser espía alemán cuando hacía escalada en el Nanga Parbat, justamente días antes de iniciarse la II Guerra Mundial. Harrer se convertiría en uno de los consejeros más cercanos al Dalai Lama. La atracción de los jóvenes alemanes por el Tíbet en aquellos años estaba latente y seguramente fuerzas de élite buscaron la forma para adentrarse en esos terrenos desconocidos buscando los orígenes de la raza aria. Incluso existen filmaciones al respecto donde se ven científicos nazis realizando mediciones craneales de los tibetanos, buscando esa relación con un centro secreto de Tradición, la tierra de Thule hiperbórea oculta. Haushofer para ser coherente con sus creencias e ideales se suicidó con el rito

japonés llamado Seppuku (Hara Kiri) y siempre sus inclinaciones y motivaciones en la vida fueron en el sentido de influenciar notablemente la jerarquía nazi de aquellos años.

Según Hermann Rauschning, historiador escocés, más de una vez oyó a Hitler hablar sobre la llegada del Superhombre. La activación de la glándula pineal para visionar ciertos aspectos del tiempo al parecer le atraía notablemente, dado que esta acción era en referencias sin duda alguna a sus propias experiencias de sus reencarnaciones anteriores. Según este autor, Hitler decía que este tipo de visión sería cada vez más efectiva y del mismo modo que vemos con nuestros ojos físicos, estas visiones por intermedio de la glándula pineal, serían efectiva en este Superhombre que él buscaba. Sobre este tema se han escrito infinidad de libros y sería presuntuoso analizar el carácter del Führer en este trabajo, por lo tanto nos limitaremos a sus acciones más características.

LOS ALEMANES EN CHILE, UNA EMIGRACION MUY TEMPRANA

Si quisiéramos fechar el inicio de la colonización alemana en Chile quizás el año 1850 sea el idóneo, ya que con la llegada de un grupo de colonos alemanes reducido a la Hacienda Santo Tomas se formalizo esta situación. Aunque para hacer honor a la historia unos años antes, dos alemanes de nombre Frick y otro de apellido Döll ya habían instalado una especie de notaría años antes siendo estos dos últimos alemanes quienes les corresponden quedar registrados como pioneros de la instalación de los primeros alemanes en el Sur de Chile. La Hacienda Tomas estaba comprendida desde el Valle de Mariquina al norte de Valdivia hasta el Canal Chacao y el seno del Reloncavi. Administrativamente el 18 de Noviembre de 1845 se promulga la ley que regulariza la situación legal de la colonización, esta ley se tituló; «Ley de terrenos baldíos» siendo Manuel Montt en aquellos años Ministro de Colonización. Esta ley da comienzo a la integración de hecho de los colonos alemanes como nuevos chilenos, antes de esta fecha ya había colonos de hecho como Philippi del Museo de Berlín que mantenía correspondencia con Alemania y estaba en conocimiento de los deseos de sus compatriotas para emigrar a Chile. Philippi viajó a Alemania con los gastos pagados por el Gobierno chileno

y se establece en la ciudad de Cassel donde pone una oficina de colonización, pero la exigencia de la catolicidad de los futuros colonos topa con los obispos de Munster y de Paderborn que prohibieron la emigración a Chile. Como anteriormente hemos expuesto aquí nuevamente surge la figura del alemán Finck, quien compró la Hacienda Santo Tomas que tenía 1000 cuadras de extensión y estaba situada en los márgenes del Río Bueno. Los primeros colonos alemanes llegaron aquí en un total de nueve familias, aquel día fue el 25 de Agosto de 1846 y entre ellos venían dos herreros, un tornero, un carpintero, un constructor de molinos, un jardinero y un pastor de ovejas. El alemán Finck fue el iniciador de la emigración alemana pero quien realmente sentó las bases para una emigración fluida y constante fue otro alemán llamado Franck Kindermann oriundo de Silesia de la ciudad de Kunrsdorf que compra la hacienda de Finck de Santo Tomas y le cambia el nombre por Bellavista. Kindermann vio las enormes posibilidades que tenía esta hacienda y viaja a Alemania para «desatascar» la emigración que estaba bajo los mínimos ya que en Alemania se estaba generando una corriente de alemanes a los Estados Unidos. Kindermann logra convencer a la oficina de emigración alemana de las posibilidades de Chile como país receptor de emigrantes. Kindermann conocedor de la grave situación por la cual atravesaba Alemania en esos años, se pone en contacto con el Conde von Reichenbach y con el Barón von Simon, personas de indudable influencia en el mundo de la economía alemana. Estos aristócratas ponen en contacto a Kindermann con fabricantes de tejidos, lienzos de Silesia, tales como Joklandt, Haschulcke y estos convencidos por las perspectivas económicas enunciadas por Kindermann junto con la sociedad alemana de emigración compran 40.000 cuadras de terrenos y con opción a compra de otras 40.000 más adelante y reúne un capital inicial de más de 300.000 marcos que para esos tiempos era una cantidad más que apreciable. Estas operaciones permiten que Kindermann asegure una corriente emigratoria constante y segura.

Todo este gran preámbulo es para dar la idea al lector que no sólo con el término de la II Guerra Mundial llegaron los jerarcas nazis al Cono Sur, esta idea es bastante errada. Ya existía una numerosa colonia alemana en aquellos años de la Gran Guerra y

que lógicamente dieron más de un buen cobijo a ciertos militares de importancia nacionalsocialista. A parte lógicamente de la eminente ramificación social que se hizo en la sociedad chilena, tanto sea ideológica como militar, incluso la publicación de un periódico en lengua alemana y que ha permanecido mucho tiempo entre la sociedad chilena. Por lo tanto los jerarcas nazis encuentran mucho terreno abonado cuando llegan a costa de Chile, lo mismo ocurrió en otros países como Uruguay, Argentina y Paraguay, aunque cada país tiene sus propios detalles de instauración de los emigrantes alemanes. De todos modos, es importante agregar que muchos alemanes que llegaron a Chile no eran nazis y se han integrado plenamente cooperando conjuntamente con los chilenos en el desarrollo del país. Aquí es donde se produce uno de los episodios más extraños relacionado con supuestas bases secretas que han permitido proseguir sus actividades y desarrollar nuevas armas y aeronaves después del final de la II Guerra Mundial. Una vez terminado el conflicto mundial se detectó más de un centenar de submarinos alemanes desaparecidos sin explicación alguna. En el año 1943 el Almirante Karl Doenitz, máximo responsable de la Marina de Guerra, había pronunciado unas misteriosas declaraciones: «La flota submarina alemana está orgullosa de haber encontrado un paraíso terrestre, una fortaleza inexpugnable para el Führer, en algún lugar del mundo» Estas declaraciones dieron paso a una serie de especulaciones que darían explicación a la sorprendente aparición de los submarinos U—530 y el U—997 al mando de los capitanes Otte Wehrmut y Heinz Schaumlffer respectivamente, a cuatro meses posteriores del término del conflicto mundial nada menos que en costas de Argentina. ¿Qué misión tenían estos submarinos?

Nunca los aliados han explicado el resultado de los interrogatorios a la tripulación alemana. Según Miguel Serrano, líder nacionalsocialista chileno, ya mencionado en este trabajo, estos submarinos tenían misiones de abastecimientos a una zona indeterminada de la Antártida, además del traslado de eminentes científicos a bases secretas.

En la expedición del Capitán Alfred Ritscher en los años 1938 ya se determinó un territorio de la Antártica, como un excelente refugio de la jerarquía alemana y se creó toda una infraes-

estructura para dar resguardo y relanzamiento a ese Hombre Superior tan deseado por Adolf Hitler y sus seguidores. La mítica Tierra de la Reina Maud cobra fuerza y realidad. Al respecto de estos «submarinos fantasmas» existen una serie de relatos que se pierden entre la leyenda y el tiempo. El encuentro en Septiembre de 1946 de un submarino de gran tonelaje entre la Antártida y las Islas Malvinas (Falkland) con el Juliana II, un barco ballenero islandés dejó puertas abiertas a todo tipo de especulaciones respecto que aún existía submarinos alemanes en aquella zona cumpliendo misiones secretas. Este curioso encuentro nos dejó las declaraciones del Capitán del Juliana II, Christian Hecla, quien observa una bandera roja con matices negros en el submarino emergido. También observó una tripulación en puestos de combate y perfectamente preparada para cualquier eventualidad. El Capitán del submarino exigió la entrega de provisiones y combustible, pero educadamente pagó en dólares americanos e incluso se menciona una indemnización por las molestias ocasionadas a la tripulación del barco abordado. Este hecho que llegó a las redacciones de periódicos de todo el mundo, nos podría fundamentar hipotéticamente la existencia de una fuerza sumergida en aguas antárticas aún operativa a más de un año del cese de la Gran Guerra.

LA CRÓNICA DE AKAKOR. KARL BRUGGER

“Y los Dioses gobernaron desde Akakor. Gobernaron sobre los hombres y sobre la Tierra. Tenían naves más rápidas que el vuelo de los pájaros; naves que llegaban a su punto de destino sin velas y sin remos, tanto por la noche como por el día. Tenían piedras mágicas para observar los lugares más alejados, de modo que podían ver ciudades, ríos, colinas y lagos. Cualquier hecho que ocurriera sobre la Tierra o en el cielo quedaba reflejado en las piedras. Pero lo más maravilloso de todo eran las residencias subterráneas. Y los Dioses se las entregaron a sus Servidores Escogidos como su último regalo. Porque los Maestros Antiguos son de la misma sangre y tienen el mismo padre”

El 3 de enero de 1984, Karl Brugger, corresponsal de origen alemán que por ese entonces residía en el estado de Río de Janeiro —Brasil—, fue asesinado en pleno día por un tirador anónimo que le disparó a quemarropa mientras se encontraba paseando con un colega amigo, Ulrich Eucke, por la famosa playa de Ipanema. Karl Brugger tenía tatuada en su pecho una tortuga, igual a la que también posee Tatumca Nara, en idéntico lugar de su cuerpo. Es el emblema de la tribu Ugha Mongalula: la bala asesina perforó justamente ahí”.

En una ciudad donde la criminalidad, marginalidad y pobreza registran una de las tasas más elevadas del mundo, nadie prestó demasiada atención a la desaparición del periodista. La policía abrió un expediente para investigar el hecho, aunque las pruebas recopiladas no fueron muy efectivas. Solamente se pudo reconocer el arma, identificada como una ametralladora portátil 9 mm similar a una mini UZI, y que suele utilizar el personal militar. El agresor nunca fue detenido y el caso entró en zona muerta.

Ocho años antes de su deceso, Brugger, había alcanzado cierto éxito con un libro de su autoría, “La Crónica de Akakor.

Mito y leyenda de un pueblo antiguo de Amazonia (1976)”, best—seller en Europa y EE.UU. La obra fue la culminación de un largo reportaje que dejó un saldo de doce tapes de grabación, con un único interlocutor, Tatunca Nara, mestizo indígena y líder de los Ugha Mongulala quién en forma oral contó un extraño y fantástico relato sobre los orígenes milenarios de su pueblo. “En 1977, un medio europeo, Spekula, publicó un artículo crítico sobre la historia de Akakor. Las comparaciones entre las declaraciones del libro, y las grabaciones mostraron serias desviaciones. Se advirtieron conceptos más refinados e intelectuales que de ningún modo se esperaban de un indígena de la selva. Se determinó, que Brugger habría manipulado Crónica de Akakor, intercalando pasajes completos de viejas leyendas mitológicas.”

Nació la leyenda de Akakor.

Remontémonos a 1971. Cuenta la historia, que los integrantes de una línea aérea comercial alemana, se encontraban paseando por Manaus estado de Amazonia, cuando fueron abordados por un mendigo vestido en forma harapienta, que les solicitó el pago de una comida. La sorpresa surgió al comprobarse que el desconocido, podía expresarse en perfecto alemán, causando el asombro de los tripulantes y en especial de su comandante, Ferdinand Schmidt, experimentado aviador.

“En 1977, un medio europeo, Spekula, publicó un artículo crítico sobre la historia de Akakor. Las comparaciones entre las declaraciones del libro, y las grabaciones mostraron serias desviaciones. Se advirtieron conceptos más refinados e intelectuales que de ningún modo se esperaban de un indígena de la selva. Se determinó, que Brugger habría manipulado Crónica de Akakor, intercalando pasajes completos de viejas leyendas mitológicas.”

El misterioso personaje dijo llamarse Tatunca Nara, príncipe de una tribu perdida de la selva, los Ugha Mongulala. Reveló además, que un contingente de 2.000 alemanes arribaron a su país en los últimos tramos de la Segunda Guerra Mundial —1939—1941—, refugiándose en Akakor, antigua ciudad subterránea legada por maestros venidos de las estrellas.

De vuelta en Alemania y aún impresionado por el relato de Tatunca Nara, Schmid, decide informar acerca del extraordinario

encuentro a un periodista, Kart Brugger quién prestaba colaboración para una televisora pública nacional, la ARD, una de las cadenas de comunicación más importante de Europa.

Intrigado por la confidencia, el corresponsal alemán decide aceptar el reto y partir a Brasil en busca del “príncipe del mundo subterráneo”. A su llegada, inicia una serie de investigaciones que después de un año de pesquisas e indagaciones, se verían coronadas por el éxito.

Tatunca Nara

“El 3 de marzo de 1972. M., al mando en Manaus del contingente brasileño en la jungla, facilitó el encuentro. Fue en el bar Gracias á Deus («Gracias a Dios») donde por primera vez me enfrenté con el blanco caudillo indio. Era alto, tenía el pelo largo y oscuro y un rostro finamente moldeado. Sus ojos castaños, ceñudos y suspicaces, eran los característicos del mestizo. Tatunca Nara vestía un descolorido traje tropical, regalo de los oficiales, como posteriormente me explicaría. El cinturón de cuero, ancho y con una hebilla de plata, era realmente sorprendente. Los primeros minutos de nuestra conversación fueron difíciles. Con cierta indiferencia, Tatunca Nara expuso en un deficiente alemán sus impresiones de la ciudad blanca, con sus miles de personas, la prisa y la precipitación en las calles, los altos edificios y el ruido insoportable. Sólo cuando hubo vencido sus reservas y su suspicacia inicial, me contó la más extraordinaria historia que jamás había escuchado. Tatunca Nara me habló de la tribu de los ugha mongulala, un pueblo que había sido «escogido por los dioses» hacía 15.000 años. Describió dos grandes catástrofes que habían assolado la Tierra, y habló de Lhasa, el legislador, un hijo de los dioses que gobernó el continente sudamericano, y de sus relaciones con los egipcios, el origen de los incas, la llegada de los godos y una alianza de los indios con 2.000 soldados alemanes. Me habló de gigantescas ciudades de piedra y de los poblados subterráneos de los antepasados divinos. Y afirmó que todos estos hechos habían sido registrados en un documento denominado la Crónica de Akakor.

Pero Brugger, dudó.

“La historia parecía demasiado extraordinaria: otra leyenda más de los bosques, el producto del calor tropical y del efecto más-

tico de la jungla impenetrable. Cuando Tatumca Nara concluyó su relato, yo tenía doce cintas con un fantástico cuento de hadas”

A pesar de sus vacilaciones en el terreno, el periodista decidió sondear entre sus contactos regionales para ver si se obtenían datos extras que validaran la historia. Cuando le fueron presentados los resultados, quedó sorprendido.

Supo, que la irrupción de Tatumca Nara en escena se produjo en 1968.

“Cuando un periódico menciona a un caudillo indio que salvó las vidas de doce oficiales, le fueron concedidos un permiso de trabajo brasileño y un documento de identidad. Según diversos testimonios, el misterioso caudillo habla un deficiente alemán y sólo comprende algunas palabras de portugués, pero está familiarizado con varias lenguas indias habladas en las zonas altas del Amazonas. Unas pocas semanas después de su llegada a Manaus, Tatumca Nara desapareció súbitamente sin dejar huella”.

En 1969 estalló un violento enfrentamiento que involucró a las tribus salvajes y los colonos blancos en la provincia fronteriza peruana Madre de Dios.

“El líder de los indios, quien, según los informes de prensa peruanos, era conocido como Tatumca («gran serpiente de agua»), huyó tras la derrota a territorio brasileño. Con objeto de impedir una repetición de los ataques, el gobierno peruano solicitó del brasileño la extradición, pero las autoridades brasileñas se negaron a cooperar. Las hostilidades en la provincia fronteriza de Madre de Dios se prolongaron durante 1970 y 1971. Las tribus indias salvajes huyeron hacia los bosques casi inaccesibles cercanos al nacimiento del río Yaco. A Tatumca Nara parecía habérselo tragado la tierra. Perú cerró la frontera con Brasil e inició la invasión sistemática de los bosques vírgenes. Según los testigos oculares, los indios peruanos compartieron el destino de sus hermanos brasileños: fueron asesinados y murieron víctimas de las enfermedades de la civilización blanca”.

Por ese mismo año, una terrible sequía golpeó a la región de los Ugha Mongulala. Con el hambre en puerta, Tatumca Nara decidió arriesgarse a salir a la superficie, para pedir ayuda a los

“Blancos Bárbaros”, y así aliviar los pesares que amenazaban a su gente.

Su confianza se depositó en un sacerdote: Obispo Grotti.

“Vestido con las ropas de los soldados alemanes, abandoné Akakor y después de un laborioso viaje, llegué a Río Branco. Una de sus grandes ciudades, situada en la frontera entre Brasil y Bolivia. Aquí me dirigí al sumo sacerdote de los Blancos Bárbaros, a quien había conocido por intermedio de los doce oficiales blancos. Le revelé el secreto de Akakor y le hablé sobre la miserable situación de mi pueblo. Como prueba de mi historia, le entregue dos documentos de los Dioses, y éstos convencieron definitivamente al sumo sacerdote blanco. Accedió a mi petición y regresó conmigo a Akakor. La llegada a Akakor del sumo sacerdote blanco provocó violentas discusiones con el consejo supremo. Los ancianos y los señores de la guerra rechazaron todo contacto con él. Para evitar cualquier posible traición, exigieron incluso su cautividad. Solamente los sacerdotes estaban preparados para discutir una paz justa. Después de argumentaciones infinitas, el consejo supremo concedió al sumo sacerdote blanco un período de seis meses, durante el cual expondría a su propio pueblo la terrible situación de los Ugha Mongulala. Para que pudiera reforzar su historia, le fueron entregados varios escritos de los Padres Antiguos. Si no lograba convencer a los Blancos Bárbaros, tenía la obligación de devolver los documentos a Akakor. Durante seis meses, nuestros exploradores esperaron en el lugar acordado para el encuentro en la zona alta del Río Rojo. El sumo sacerdote blanco no regresó. (Algún tiempo después me enteraría de que había muerto en un accidente de aviación. De todos modos, había enviado los documentos a una lejana ciudad llamada Roma. Esto es lo que, en cualquier caso, dijeron sus servidores.)”

En las postrimerías de 1972, Tatunca Nara llevó su historia a las autoridades brasileñas, para convencerlas de tomar cartas en el asunto.

“Con la ayuda de los doce oficiales cuya vida había salvado, entró en contacto con el servicio secreto brasileño. Apeló asimismo al Servicio de Protección India (FUNAI) y le habló al secretario de la embajada de la República Federal de Alemania en

Brasilia, sobre los 2.000 soldados alemanes que, según sostenía, habían desembarcado en Brasil durante la Segunda Guerra Mundial y están todavía vivos en Akakor, la capital de su pueblo. N. no creyó la historia y negó a Tatunca Nara todo acceso posterior a la embajada. FUNAI sólo accedió a cooperar una vez que muchos de los detalles de la historia de Tatunca Nara sobre tribus indias desconocidas de la Amazonia fueron comprobados durante el verano de 1972. El servicio formó una expedición para establecer contacto con los misteriosos ugha mongulala y dio instrucciones a Tatunca Nara para que hiciera todos los preparativos necesarios. Sin embargo, estos planes se vieron interrumpidos por la resistencia de las autoridades locales de la provincia de Acre. Siguiendo instrucciones personales del entonces gobernador Wanderlei Dantas, Tatunca Nara fue arrestado. Poco antes de su extradición a la frontera peruana, sus amigos oficiales lo liberaron de la prisión de Río Branco y lo devolvieron a Manaus”

Con los datos recogidos, Brugger decidió emprender una expedición hacia Akakor, que contaría con la guía de Tatunca Nara y la participación de un fotógrafo. Pero la aventura casi termina en tragedia.

“Abandonamos Manaus el 25 de septiembre de 1972. Remontaríamos el río Purus hasta donde pudiéramos en un barco alquilado, tomaríamos después una canoa con motor fuera borda y la utilizaríamos para alcanzar la región del nacimiento del río Yaco en la frontera entre Brasil y Perú, luego continuaríamos a pie por las colinas bajas al pie de los Andes hasta llegar a Akakor. Tiempo necesario para la expedición: seis semanas; probable regreso: a comienzos de noviembre. Nuestro equipo se componía de hamacas, redes para mosquitos, utensilios de cocina, alimentos, las ropas habituales para la jungla y vendajes médicos. Como armas, un Winchester 44, dos revólveres, un rifle de caza y un machete. Además, llevábamos nuestro equipo de filmación, dos registradoras magnetofónicas y cámaras. Los primeros días fueron muy diferentes de lo que esperábamos: nada de mosquitos, ni de serpientes de agua ni de pirañas. El río Purus era como un lago sin orillas. Contemplábamos la jungla sobre el horizonte, con sus misterios ocultos tras una muralla verde. El primer pueblo que alcanzamos fue Sena Madureira, último asentamiento antes de pene-

trar en las todavía inexploradas regiones fronterizas entre Brasil y Perú. Era un lugar típico de la Amazonia: polvorientas carreteras de arcilla, ruinosas barracas y un desagradable olor a agua estancada. Ocho de cada diez habitantes sufren de beriberi, lepra o malaria. La malnutrición crónica ha dejado a estos seres en un estado de triste resignación. Rodeados por la brutalidad de la inmensidad y aislados de la civilización, dependen principalmente del licor de caña de azúcar, único medio de escapar a una realidad sin esperanza. En un bar, nos despedimos de la civilización y nos topamos con un hombre que dice conocer las zonas altas del río Purus. En su búsqueda de oro, fue hecho prisionero por los indios haisha, una tribu semicivilizada que se asienta en la región del nacimiento del río Yaco. Su relato es desalentador: nos habla y no para sobre rituales caníbales y flechas envenenadas. El 5 de octubre, en Cachoeira Inglesa, cambiamos el bote por la canoa. A partir de aquí dependemos de Tatumca Nara. Los mapas de ordenanza describen el curso del río Yaco, pero sólo de una manera imprecisa. Las tribus indias que viven en esta región no tienen aún contactos con la civilización blanca. A J. y a mí nos domina un sentimiento de incomodidad. ¿Existe, después de todo, un lugar como Akakor? ¿Podemos confiar en Tatumca Nara? Pero la aventura se muestra más apremiante que nuestra propia ansiedad.

Doce días después de haber dejado Manaus, el paisaje comienza a cambiar. Hasta aquí el río semejava un mar terroso sin orillas. Ahora nos deslizamos a través de las lianas por debajo de árboles voladizos. Tras una curva del río, hallamos a un grupo de buscadores que han construido una primitiva factoría sobre la orilla del río y criban la arena de grano grueso con cedazos. Aceptamos su invitación de pasar la noche y escuchar sus extraños relatos sobre indios con el pelo pintado de rojo y azul con flechas envenenadas. El viaje se convierte en una expedición contra nuestras propias dudas. Nos hallamos a apenas diez días de nuestro presunto objetivo. La monótona dieta, el esfuerzo físico y el temor a lo desconocido han contribuido cada uno lo suyo. Lo que en Manaus parecía una fantástica aventura se ha convertido ahora en una pesadilla. Principalmente, comprendemos que nos gustaría dar la vuelta y olvidarlo todo sobre Akakor antes de que sea demasiado tarde. Todavía no hemos visto a ningún indio. En el

horizonte aparecen las primeras cumbres nevadas de los Andes; a nuestras espaldas se extiende el verde mar de las tierras bajas amazónicas. Tatunca Nara se prepara para el regreso con su pueblo. En una extraña ceremonia, se pinta su cuerpo: rayas rojas en su rostro, amarillo oscuro en el pecho y en las piernas. Ata su pelo por detrás con una cinta de cuero decorada con los extraños símbolos de los ugha mongulala. El 13 de octubre nos vemos obligados a regresar. Después de un peligroso pasaje sobre rápidos, la canoa es atrapada por un remolino y zozobra. Nuestro equipo de cámaras, empaquetado en cajas, desaparece bajo los densos arbustos de la orilla; la mitad de nuestros alimentos y de las provisiones médicas se han perdido también. En esta situación desesperada, decidimos abandonar la expedición y regresar a Manaus. Tatunca Nara reacciona con irritación: se muestra violento y contrariado. A la mañana siguiente, J. y yo levantamos nuestro último campamento. Tatunca Nara, con la pintura de guerra de su pueblo, cubriéndole únicamente un taparrabos, toma la ruta terrestre para regresar con su pueblo. Este fue mi último contacto con el caudillo de los ugha mongulala. ”

Pasaría mucho tiempo hasta que Karl Brugger y Tatunca Nara volvieran a reunirse. Con la edición del libro, la fama de Akakor se extendió por todos los rincones, y su historia, trascendió fronteras.

En su crónica oral, el líder de los Ugha Mongulala relató al periodista germano, que visitantes estelares aterrizaron en Sudamérica hace cerca de 15.500 años, procedentes de Schwerta, lugar remoto y “centro de un imperio conformado por numerosos mundos situado en los confines de nuestro universo”.

“Ellos civilizaron a los hombres y fundaron la Tribu de los Ugha Mongulala, que significa “Tribus Escogidas Aliadas”. Y para sellar su alianza eterna, se unieron a ellos. De aquí que los miembros de esta Tribu se parezcan a los Shuerta, hasta en el color de la piel”.

Tatunca los describió como similares a nosotros en lo físico, salvo por un detalle: los desconocidos contaban con seis dedos. Los extranjeros erigieron 26 ciudades, casi todas subterráneas, tres de las cuales fueron elegidas como principales.

“La ciudad de Akakor se extendía más allá del río Purus, en un alto valle, situado en la frontera que divide a Brasil de Perú. La región de Madre de Dios (Perú) y Acre (Brasil), señalarían los límites de su territorio”

En la lengua de Schwerta, Akakor significa Fortaleza 2. (Aka: 2 Kor: Fortaleza).

Toda la ciudad está rodeada por una gran muralla de piedra con trece puertas. Éstas son tan estrechas que únicamente permiten el acceso de las personas de una en una.

La llanura del Este, a su vez, está protegida por atalayas de piedra en las que escogidos guerreros se hallan continuamente en vigilancia de los enemigos. Akakor está dispuesta en rectángulos. Dos calles principales que se cruzan dividen la ciudad en cuatro partes, que corresponden a los cuatro puntos universales de nuestros Dioses. El Gran Templo del Sol y una puerta de piedra tallada de un único bloque están situados sobre una gran plaza en el centro. El templo mira hacia el Este, hacia el Sol naciente, y está decorado con imágenes simbólicas de nuestros Maestros Antiguos. En cada mano, una criatura divina sostiene un cetro en cuyo extremo superior hay una cabeza de jaguar. La figura está coronada con un tocado de ornamentos animales. Una extraña escritura, y que sólo puede ser interpretada por nuestros sacerdotes, reseña la fundación de la ciudad. Todas las ciudades de piedra construidas por nuestros Maestros Antiguos tienen una puerta semejante. El edificio más impresionante de Akakor es el Gran Templo del Sol. Sus paredes exteriores están desnudas y fueron construidas con piedras artísticamente labradas. El techo está abierto de modo que los rayos del Sol naciente puedan llegar hasta un espejo de oro, que se remonta a los tiempos de los Maestros Antiguos, y que está montado en la parte delantera. Figuras de piedra de tamaño natural flanquean la entrada del templo por ambos lados. Las paredes interiores están tapizadas con relieves. En una gran arca de piedra hundida en la pared delantera del templo se encuentran las primeras leyes escritas de nuestros Maestros Antiguos”

Luego le sigue Akanis (Fortaleza 1), edificada “sobre una estrecha lengua de tierra, cercana a México, dónde se enfrentan los dos océanos ¿Istmo de Panamá?”

La última, Akahim (Fortaleza 3) quizás la más misteriosa, se encuentra al norte de Brasil lindante con Venezuela.

“Se parece a Akakor, con su puerta de piedra, el Templo del Sol y los edificios para el príncipe y los sacerdotes. Una piedra labrada en forma de dedo extendido señala el camino hacia la ciudad. La entrada real está oculta detrás de una inmensa cascada de agua. Sus aguas caen hasta una profundidad de 300 metros”. . Yo puedo revelar estos secretos porque desde hace 400 años Akahim está en ruinas. Después de guerras terribles contra los Blancos Bárbaros, el pueblo de los Akahim destruyó las casas y los templos de la superficie y se retiró al interior de las residencias subterráneas. Estas residencias están dispuestas como la constelación estelar de los Dioses y se hallan conectadas mediante unos largos túneles de forma trapezoidal. Hoy en día, sólo cuatro de las residencias están todavía habitadas; las nueve restantes están completamente vacías. Los en un tiempo poderosos Akahim apenas ascienden actualmente a 5.000 almas.

“Akahim y Akakor se comunican entre sí mediante un pasadizo subterráneo y un enorme sistema de espejos. El túnel comienza en el Gran Templo del Sol de Akakor, continúa por debajo del cauce del Gran Río y termina en el centro de Akahim. El sistema de espejos se extiende desde el Akai por encima de la alineación de los Andes, hasta las Montañas Roraima, que es como las llaman los Blancos Bárbaros. Consiste en una serie de espejos de plata de altura equivalente a la de un hombre y montados sobre unos grandes andamios de bronce. Cada mes, los sacerdotes se comunican por este sistema los acontecimientos más importantes en un idioma de signos secretos. Fue de esta forma cómo la nación hermana de los Akahim tuvo noticias por primera vez sobre la llegada de los Blancos Bárbaros al país llamado Perú.”

Además de la descripción de las ciudades subterráneas, se incluyeron otras revelaciones importantes, que acrecentaron aún más el enigma.

Tatunca habló de tecnología extraterrestre y documentos antiguos que se ocultarían en los recintos.

“Mi pueblo únicamente ha conservado la memoria del

Imperio de Samón y sus regalos a Lhasa, los pergaminos escritos y las piedras verdes. Nuestros sacerdotes los han guardado en el recinto religioso subterráneo de Akakor, en donde también se conservan el disco volante de Lhasa y la extraña vasija que puede atravesar las montañas y las aguas. El disco volante es del color del oro resplandeciente y esta hecho de un metal desconocido. Su forma es como la de un cilindro de arcilla, es tan alto como dos hombres colocados uno encima del otro, y lo mismo de ancho. En su interior hay espacio para dos personas. No tiene velas ni remos. Pero dicen nuestros sacerdotes que con él Lhasa podía volar más rápido que el águila más veloz y moverse entre las nubes tan ligero como una hoja en el viento. La extraña vasija es igualmente misteriosa. Seis largos pies sostienen una bandeja plateada. Tres de los pies apuntan hacia delante, otros hacia atrás. Estos e parecen a cañas dobladas de bambú y son móviles; terminan en unos rodillos de la largura parecida a los lirios del valle. Fieles a los deseos de nuestros Maestros Antiguos, los sacerdotes recogieron todos los conocimientos y todas las experiencias y lo conservaron en las residencias subterráneas.

Los objetos que dan testimonio de 12.000 años de la historia de mi pueblo se guardan en una habitación labrada en la roca. Aquí se hallan también los misteriosos dibujos de nuestros Padres Antiguos. Están grabados en verde y en azul sobre un material desconocido para nosotros. Ni el agua ni el fuego pueden destruirlo.” /.../ “Uno de los mapas muestra que nuestra Luna no es la primera y que tampoco es la única de la historia de la Tierra. La Luna que nosotros conocemos comenzó a acercarse a la Tierra y a girar en derredor de ella hace miles de años. En aquel entonces el mundo tenía otro aspecto.

“En el Oeste, allí donde los mapas de los Blancos Bárbaros solamente registran agua, existía una gran isla. Asimismo en la parte septentrional del océano se encontraba una gigantesca masa de tierra. Según nuestros sacerdotes, ambas quedaron sumergidas bajo una inmensa ola durante la primera Gran Catástrofe, la de la guerra entre las dos razas divinas. Y añaden que esta guerra trajo la desolación a la Tierra y también a los mundos de Marte y de Venus, que es como los Blancos Bárbaros los llaman.”

Y también de cuerpos alienígenas en estado de suspensión.

“Entré en el recinto religioso al despuntar la mañana, poco después de la salida del sol. Envuelto en el traje dorado de Lhasa, descendí por una espaciosa escalera. Me condujo al interior de una habitación, y ni aún ahora puedo decir si ésta era grande o pequeña. El techo y las paredes eran de un color infinitamente azulado. No tenían ni comienzo ni final. Sobre una losa de piedra labrada había pan y una fuente de agua, los signos de la vida y la muerte. Un profundo silencio reinaba en la habitación. Repentinamente, una voz que parecía proceder de todas partes me ordenó que me levantara y que entrara en la siguiente habitación, que se parecía al Gran templo del Sol. Sus paredes estaban recubiertas de muchos y muy diversos instrumentos. Brillaban y resplandecía en todos los colores. Tres grandes losas hundidas en el suelo fosforecían como el hierro. Contemplé maravillado los extraños instrumentos durante algún tiempo. Tan deslumbrados estaban, mis ojos por la brillante luz que tarde bastante tiempo en reconocer algo que ya nunca olvidaré. En el centro de la habitación cuyas paredes irradiaban una misteriosa luz se encontraban cuatro bloques de piedras transparentes. Cuando, lleno de temor, pude acercarme, descubrí en ellos a cuatro misteriosas criaturas: cuatro muertes vivientes, cuatro humanos durmientes, tres hombres y una mujer. Yacían en un líquido que los cubría hasta el pecho. Eran como los humanos en todos los aspectos, sólo tenían seis dedos en las manos y seis dedos en los pies.”

Cuando esta información llegó a oídos de los investigadores, Erich Von Däniken , de origen suizo, fue uno de los primeros en retomar la posta abandonada por el periodista alemán. En el libro de Brugger, Däniken , figuraba en los créditos como redactor del prólogo de Akakor, y por ende, contaba con antecedentes en el tema. Teniendo en cuenta el espíritu aventurero que el escritor tan bien supo imprimir en sus libros, no resultó sorpresa su intención de lanzar una expedición en busca de la ciudad perdida, a pesar de la experiencia fallida de Brugger. Pero desde el comienzo, arreciaron las dificultades.

En “Testigo de los Dioses”, el suizo relató los pormenores que hicieron fracasar la operación.

“Hace dos años entré en contacto, sin que ello guardase ninguna relación con el libro de Brugger, con un señor de Manaus llamado Ferdinand Schmidt. Dicho señor Schmidt había sido toda su vida piloto de la Swissair. Después de jubilarse aceptó la misión de trabajar para la Cruz Roja en Brasil. Esa misión le llevó a Manaus, y en el marco de sus actividades tuvo ocasión de tratar muchas veces a Tatumca Nara. Este le contó al señor Schmidt la historia de su tribu, exactamente en los mismos términos que más tarde publicaría Brugger. Schmidt y yo intercambiamos algunas cartas, y luego tuvimos una entrevista en Zurich. Yo propuse organizar una expedición al territorio de la tribu de Tatumca, como única manera de verificar hasta que punto era verídica tan extraordinaria historia. Schmidt regresó a Manaus y, en su calidad de experto piloto, empezó a programar la expedición, manteniéndose al mismo tiempo en contacto con Tatumca, quién dijo hallarse dispuesto a guiar un pequeño grupo hasta los lugares donde moraba su tribu. ././ La expedición estaba prevista para la primera quincena de julio (1977), y deberíamos acercarnos cuanto fuese posible al territorio de la tribu empleando dos helicópteros. Contábamos para ello con la autorización de la Comisaría brasileña de asuntos indígenas, la FUNAI. El jefe de la expedición iba a ser Tatumca Nara, pues sólo él sabía el emplazamiento de la misteriosa ciudad. Pese a mi gran curiosidad, yo no deseaba lanzarme a ciegas a una aventura que iba implicar para mí un esfuerzo financiero bastante considerable. Después de las conversaciones preliminares, Ferdinand Schmidt convenció al caudillo indígena para que regresara solo, de momento, a reunirse con los de su tribu y recoger allí una prueba convincente de la existencia de artefactos técnicos como los descritos por él. Por ejemplo, Tatumca podría tomar fotografías de los mismos. La presentación de esos documentos sería la señal de salida para la expedición, ya preparada en todos sus detalles. Tatumca recibió una cámara de manejo sencillo y, además, un motor fuera de borda nuevo para su barca. A finales de marzo salió de Manaus con instrucciones de regresar dos meses más tarde. Tatumca nunca apareció.

“Ahora bien, como los indios no tienen la noción de la puntualidad tan definida como nosotros, los retrasos no son cosa rara tratándose de ellos. Por otra parte, era posible que la demora

viniese impuesta por condiciones climáticas adversas. A veces, los afluentes del río Negro, llevan tan poco caudal, que dejan pasar una lancha motora y se hace preciso aguardar a las próximas lluvias. El 10 de julio aterricé en Manaus. Tatumca aún no había aparecido. El retraso era de un mes y medio. Sin su presencia, hubiese sido absurdo iniciar la expedición con los helicópteros. Pero la empresa que alquilaba los helicópteros no estaba dispuesta a tener inmovilizados por mucho tiempo sus costosos aparatos. Insistió en que avisáramos con cuatro semanas de anticipación, cuando estuviéramos dispuestos a utilizarlos. Por tanto, si yo hubiera dado luz verde a la expedición el 10 de julio, habríamos tenido que partir cuatro semanas más tarde, con Tatumca o con sin él. Como a mediados de julio Tatumca seguía si aparecer, anulé la expedición.

Saqué pasaje para regresar a Europa, y precisamente el último día de mi estancia allí se presentó Tatumca con su barca por el río Negro. Su primera pregunta fue si habíamos recibido las fotos, entregadas diez días antes a un carguero comercial con instrucciones que nos fuesen transmitidas a nosotros. Desde luego, no habíamos recibido nada. Tatumca dijo que había estado con los de su tribu en la ciudad de Akahim, y nos reiteró de nuevo sus manifestaciones acerca de los depósitos de material técnico de los dioses en la mencionada ciudad. El caso es que no lleva consigo ninguna prueba. Cuando se lo reprochamos, él nos contestó que su obligación era mirar por su pueblo y no por nosotros, y que no podía traicionar a los suyos llevándose ningún objeto de los que ellos consideraban sagrados; que ello sería lo mismo que para nosotros robar una Iglesia. Nuestra conversación duró doce horas, y todavía no sé que pensar de toda esa historia. Lo que nos contó no era ilógico ni imposible... ¡pero sí extraordinariamente improbable! Tatumca notó mi desconfianza, y prometió hablar con sus sacerdotes aquella misma noche..."/.../"Tatumca dijo que los indios sabían comunicarse por vía extrasensorial o, como diríamos nosotros, telepática. (5) Si bien, según Tatumca, esa clase de comunicación no emplea palabras ni frases, sino una concentración intensa de sentimientos, de sensaciones como el hambre, el amor, la amistad, el odio, la felicidad, la guerra, la enemistad, y así sucesivamente. Con ello sería posible crear símbolos y entenderse a distancia.

Dijo que todos los indios practicaban esta clase de comunicación telepática desde su primera infancia.” // “Aplacé mi regreso veinticuatro horas. Al día siguiente, Tatumca se presentó con mucho aplomo y dijo que había conseguido explicar a sus sacerdotes que no podía presentarse ante mí con las manos vacías, pues el hombre blanco no le haría caso. Ahora tenía permiso de los sacerdotes para aportar una prueba capaz de convencerme. Por consiguiente, partiría de nuevo a reunirse con los suyos, recogería la prueba y volvería a Manaus. El señor Schmidt quedó encargado de avisarme por teléfono cuando todo ello se hubiese cumplido. Hasta la fecha Tatumca no se ha presentado con las pruebas prometidas. Sigo esperando.”

Cuando Tatumca se relacionó con Däniken , le contó detalles inéditos de las ciudadelas y que diferían un tanto del relato confiado a Brugger. Uno de esos ejemplos se presentó con Akahim.

El indígena señaló que en esa fortaleza se “adoraba un objeto misterioso que hace mucho tiempo atrás había sido entregado a los sacerdotes por los Dioses venidos del cielo en una nave brillante. Un objeto milenario que según las tradiciones comenzaría a cantar en el momento que esos Dioses retornaran a la Tierra. Y que recientemente había comenzado a emitir extraños zumbidos semejantes al de las abejas, causando un intenso fervor y reverencia entre su pueblo”.

A pesar de sus reservas iniciales, Däniken dió luz verde para que la expedición se concretase. Nuevamente Tatumca y Schmidt fueron convocados. El gobierno brasileño la autorizó, pero con la condición que se contará con la participación de Roldão Pires Brandão, un renombrado arqueólogo y expedicionario. Faltando dos días para arribar a Akahim, se produjo un confuso episodio que involucró a Pires Brandão “Durante la 5ta. reunión mundial de la “Ancient Astronaut Society” realizada en julio de 1978 en Chicago (EE.U), Daniken hizo un relato pormenorizado y ampliado de los hechos ... manifestando su esperanza de que la expedición pudiera obtener el ansiado contacto con la civilización subterránea de Akakor. Pero tres meses después, en la revista “Ancient Skies”, órgano de la asociación mencionada... en su volumen 5, N°4, el propio renombrado escritor aparecía suscri-

biendo un comunicado — o al menos, a él se le atribuía — donde narraba los enormes problemas que había causado Roldão, que entre otras menudencias se hirió con sus propia arma, por negligencia en el manejo de la misma, y por eso se debió forzar el regreso de los expedicionarios cuando sólo faltaban dos días para llegar a Akahim. El itinerario que había seguido era el curso del Río Negro, y luego penetraron en un sub—afluente del Amazonas donde, como la región era muy montañosa debieron continuar su camino a pie. Fue justamente al llegar a la base de un cerro donde Brandão se accidentó y, por fortuna, pudo socorrérsele a tiempo, pero tenía fiebre muy alta y habría fallecido, de continuar. Así accedieron a un puesto policial, donde un hidroavión recogió al grupo, trasladándolo sin pérdida de tiempo a Manaus”. “Según parece, Brandão se autolesionó con el fin de detener la expedición organizada por Däniken una vez que él tuviese localizada la ubicación exacta de las pirámides”. Así aseguró para Brasil la primicia del descubrimiento, adelantándose a otras expediciones extranjeras que ya merodeaban por la zona.

Durante la travesía truncada, Pires Brandão observó extrañas formaciones en la selva. A su regreso partió en un vuelo por la zona, dándose cuenta que esos montículos no eran normales, sino que se asemejaban a pirámides. Por esa época un grupo de exploradores ingleses intentaban llegar a Akahim a través de Venezuela. Temiendo perder la primicia, el arqueólogo informó de su descubrimiento a la revista “Veja”, una de las más importantes de Brasil. El 1 de Agosto de 1979, un reportaje de cinco páginas mostró el increíble hallazgo. La noticia recorrió el mundo (7) “Casi enseguida surge una cohorte de negadores, juzgando que esas elevaciones no tienen nada de pirámides; manifestando “son sólo pequeños morros”. A eso Daniken se siente obligado a responder y en forma enfática publica en la primera página del n° 14 (volumen 6) de *Ancient Skies* (setiembre—octubre de 1979) un caluroso artículo, con el título de “Akahim existe”, ilustrándolo con la fotografía de una forma piramidal”. Cuatro años antes, en 1975, el satélite Landsat de la Nasa había captado diez formaciones piramidales en el sudeste del Perú, en la zona de Alta Madre de Dios.

“Dichas pirámides y la ciudad de Akahim se situaban en la cordillera de Parima, en el sistema montañoso del Gurupira, en

las fuentes donde nace el río Padauri (que es afluente del Río Negro). Su localización está cercana a la frontera con Venezuela y el territorio es considerado por el gobierno brasileño de “seguridad nacional”. Las pirámides son de base cuadrangular y la más elevada debe tener entre 100 y 150 metros de altura. Las otras son de menores dimensiones. El arqueólogo Roldao Pires Brandao observó que “las pirámides por su forma son idénticas a las descubiertas en México”. Las fotos publicadas por la revista *Veja* muestran otras construcciones cubiertas por vegetación baja.” // “La expedición brasileña pudo fotografiar las pirámides desde unos cuatro kilómetros de distancia pero, les fue imposible aproximarse a ellas ni a las ruinas de la ciudad abandonada de Akahim ya que no podían abrirse camino a través de la tupida jungla por falta de braceros.

“La expedición brasileña asegura haber tenido como guía al indio Tatunca Nara que, no solo les llevó hasta el lugar donde se ubicaban las pirámides sino que prosiguieron hasta el noroeste, siguiendo las crestas de la Sierra de Gurupira, hasta llegar a las inmediaciones de las ruinas de una ciudad perdida y abandonada medio escondida entre la espesura de la selva. En ella pudieron observar incontables bocas de cavernas por entre las rocas del lugar adyacente.

Al parecer, según testimonios posteriores, la ciudad ya había sido vista por pilotos civiles y militares de las Fuerzas Aéreas Brasileñas que sobrevolaron la región. Un etnólogo que les acompañó, Ryoku Yuhan(1) Ryoku Yuhan, es el seudónimo adoptado por José Alair da Costa Pires, quién cambió su nombre al convertirse al budismo. , llegó a la conclusión, después de haber examinado “desde lejos” la ciudad, de que las ruinas tenían gran semejanza con construcciones de estilo incaico y deben tener una antigüedad de “cientos de siglos” (?). Incluso apuntó la posibilidad de que tales ruinas correspondiesen a las de Eldorado, tan buscadas por los españoles. Esta ciudad fue localizada a unos 180 kms. del lugar donde se ubicaban las pirámides.”

El descubrimiento de las pirámides del Amazonas, le brindó a la historia de Akakor una publicidad extra. Trunca Nara, aumentó su credibilidad entre los investigadores, que intuyeron tras su relato una fuente de verdad.

“Además de estas poderosas ciudades, los Padres Antiguos erigieron tres recintos religiosos sagrados: Salazere, en las zonas altas del Gran Río; Tiahuanaco, sobre el Gran Lago; y Manoa, en la llanura elevada del Sur. Eran las residencias terrestres de los Maestros Antiguos y un lugar prohibido para los Ugha Mongulala. En el centro se levantaba una gigantesca pirámide, y una espaciosa escalera conducía hasta la plataforma en la que los Dioses celebraban ceremonias desconocidas por nosotros. El edificio principal estaba rodeado de pirámides más pequeñas e interconectadas por columnas, y más allá, sobre unas colinas creadas artificialmente, se situaban otros edificios decorados con láminas que resplandecían.

Cuentan los sacerdotes que con la luz del Sol naciente las ciudades de los Dioses parecían estar en llamas. Éstas radiaban una misteriosa luz, que se reflejaba en las montañas nevadas.”/.../» También los recintos religiosos son un misterio para mi pueblo. Sus construcciones son testimonio de un conocimiento superior, incomprensible para los humanos. Para los Dioses, las pirámides no sólo eran lugares de residencia sino también símbolos de la vida y de la muerte. Eran un signo del sol, de la luz, de la vida. Los Maestros Antiguos nos enseñaron que hay un lugar entre la vida y la muerte, entre la vida y la nada, que está sujeto a un tiempo diferente. Para ellos, las pirámides suponían una conexión con la segunda vida”.

Con la noticia en primera plana, Däniken optó por una nueva expedición, la cual tampoco prosperó. Solo alcanzó para un relato oral de Ferdinand Schhmidt(2) El bote del capitán Schmidt naufragó, perdiéndose importante material fílmico que revelaba indicios de Akahim Rumores que circularon por Manaus, señalaron a Tatunca Nara como el responsable del fracaso, atribuido a su errático comportamiento que durante todo el trayecto buscó boicotear la misión.

Llegados al punto más abajo de la catarata mayor, en el que estaba enclavado nuestro antiguo campamento, nos plantamos en veinte minutos de marcha a través de la selva ante la pared rocosa que había que escalar. Alcanzamos el punto más alto, que estaba poblado de muchas variedades de cactus, y que ofrecía una

grandiosa panorámica hacía el oeste. Desde aquí pude fotografiar las tres pirámides y la inmediata cadena montañosa con las antiguas ruinas de Akahim. A partir de ahora nos encaminamos juntos en dirección hacia la catarata, a través de la selva, y a poca distancia de la orilla. De repente había ante nosotros, apoyado en un árbol, un indio.

Pirámide oculta en la maleza de la selva amazónica.

Entre él y nosotros mediaba una hondonada pequeña. Tatunka se detuvo y exclamó “Ramos”. El indio se encaminó hacia Tatunka y ambos se abrazaron. Ramos tenía cabellos negros que le caían sobre los hombros, lucía una cinta trenzada en la frente, era de piel bastante oscura, pero tenía ojos claros, verdes. De la oreja derecha le pendía una cadenita en forma de gota, con alguna figura y un reborde exterior decorado.

Ramos era el jefe de la tropa de los Mongulala y estaba allí con sus guerreros, quienes esperaban más arriba. Ramos advirtió a Tatunka que los sacerdotes de su tribu habían decidido su casamiento con la princesa que le había sido asignada hace ya muchos años(3) . Después Ramos le preguntó por el escritor (Däniken), ya que los Mongulala esperaban encontrarse con él, en lugar de con Ferdinand Schmid. Como Tatunka debía volver para casarse con la princesa, Schmid tuvo que elegir entre proseguir él solo con Ramos y sus guerreros o echar para atrás y regresar: El suizo sabía que apenas quedaban unos kilómetros para alcanzar Akahim, la ciudad donde se ocultaban las reliquias tecnológicas de los dioses. Schmid estaba en un dilema. Ramos y sus guerreros no le daban garantías por su vida tanto en su viaje a Akahim como en el retorno a Manaos. Pese ello, con cierta osadía, se empeñó en ir a Akahim. Pensó que, después de tan largo y penoso camino por una jungla donde llovía copiosamente la mayor parte del tiempo, estando a un par de pasos del objetivo tanto tiempo esperado no podía desaprovechar aquella oportunidad que, tal vez, fuese la última.

Pero Tatunka le dijo que tenía miedo de volver solo a la civilización. Argumentó que, si regresaba sin Schmid, los blancos —y en especial el propio Däniken—, querrían saber de su paradero y Tatunka se preguntaba si creerían la palabra de un indio. Schmid

pensó que si le daba una carta para Erich von Däniken el problema quedaba resuelto. Pero el indio no lo veía claro. Si les daba la carta a los blancos estos podrían pensar que él la escribió presionado por amenazas. De esta forma, Schmid no tuvo más remedio que volver con Tatunka a Manaos.”

Resignado, el suizo captó la señal de alerta, marchándose de regreso a su país.

Otros investigadores desoyeron “las señales”, y continuaron buscando las ciudades subterráneas. La mayoría desapareció en la selva amazónica. (1977: Un joven norteamericano obsesionado con Akakor arriba al Cuzco, para tratar de organizar una expedición que lo conduzca hacia las zonas desconocidas de del sureste del Perú. Contrató a una guía para que lo acompañara hasta las fuentes del Río Yaco, donde esperaba entrevistarse con un “indígena” que lo llevaría a la ciudad oculta. Nunca más se lo vio con vida. 1980: John Reeds, otro norteamericano desaparecido. Una carta fue encontrada dentro de sus pertenencias donde declara estar a dos días de Akahim. En la misma hay elogios hacia Tatunca Nara. Sin embargo contra los deseos de este se interno solo en la selva. 1983: Herbert Wanner. Ciudadano suizo. Desaparecido y encontrado muerto. Tuvo contacto con Tatunca Nara. Interrogado negó cualquier implicancia. 1986: Christine Heuser. Investigadora alemana de la AAS(4) . Paso cuatro semanas con Tatunca Nara. Se cree que tuvo un romance con el líder de los Ugha Mongulala. Hasta hoy figura como desaparecida)

En la distancia, Karl Brugger observaba los acontecimientos que se sucedían y planificaba su regreso en silencio, el cual se concretó en 1981. Acompañado de Tatunca Nara, intentó convencer a un cineasta, Orlando Senna para que produjera un video documental sobre Akakor.

Senna se negó a participar, argumentando: “que no estaban dadas las condiciones de seguridad para una incursión a zonas tan inhóspitas”(5) “Entrevistado Senna por la revista “Trance”, en el número de junio de 1982, manifestó que no realizó la expedición porque el propio Tatunca no le garantizó ninguna seguridad, puesto que había que cruzar regiones muy inhóspitas, con miles de nativos en pie de guerra contra cualquier invasor que se acercara.

El proyecto entonces queda en la nada.

Cuando en 1984 sobreviene la muerte del periodista, un nuevo capítulo comienza a escribirse en la intrincada y enigmática historia de Akakor.

Hasta ese entonces no existían objeciones demasiado graves en contra de la figura de Tatumca Nara, pero todo eso cambió, cuando desde Alemania se difundió que el indígena en realidad era un ciudadano de ese país con un pasado como convicto.

Günter Hauck, tal era su verdadero nombre, figuraba en los archivos policiales alemanes como desaparecido desde el 15 de Febrero de 1968, fecha, en la cual abordó un barco para dirigirse a Río de Janeiro. A partir de allí, su rastro se perdía.

El expediente también mencionaba, que durante su estadía en prisión fue conocido con el apodo de Tatumca Nara. Solo el dato de la fecha, bastaba para demoler una de las primeras incongruencias detectadas del relato que Tatumca contara a Karl Brugger. Era imposible que su proclama de príncipe de Akakor fuera viable en 1968, teniendo en cuenta que su ingreso a Sudamérica se produjo en esa misma época.

En medio de la polémica, otro tema salió a luz. Se denunció que en los días posteriores a la muerte de Brugger, el consulado alemán entró a su departamento y se llevó toda la documentación privada del periodista.

Surgieron versiones acerca de un nuevo libro que Brugger pensaba publicar a la brevedad. Según sus allegados, el periodista confió, que estaba trabajando en una hipótesis más controversial acerca del tema de las ciudades subterráneas, y que de conocerse, causaría sensación. También habló, sobre incursionar en el tema nazi y sus exploraciones en la jungla sudamericana, pues dijo contar con documentos inéditos que avalarían su investigación (6) “Se comentó que Karl iba a hacer públicas en los días próximos a su asesinato, fotos y filmaciones que probaban que hubo un asentamiento del Tercer Reich en la parte alta de Río Negro”.

De estas afirmaciones se desprende, que Brugger nunca perdió las esperanzas de encontrar las ciudades perdidas. Podemos suponer, que era consciente de la verdadera identidad de Tatumca

Nara, pero aún así, el indígena continuó jugando un papel fundamental en el trazado de su historia. Tal vez Brugger, no creyó necesario hacer público un detalle que ponía en riesgo la credibilidad de su libro, y por otra parte, hasta sus últimos días tuvo la certeza que Tatumca no mentía.

Pero si no mentía, no se explica el fracaso de todas las expediciones emprendidas, incluyendo la del propio Brugger. Ahora bien, en el tren de conjeturas, ¿qué es lo que se esconde tras Akakor?. Y, ¿por qué ese repentino interés en el factor nazi?

Durante la redacción de Crónicas de Akakor, Tatumca Nara contó a Brugger una intrigante historia. Refirió, que en 1936 Sinakaia, príncipe de su pueblo por esos años, tomó parte en el asalto de Santa María, poblado brasileño situado en las zonas altas del Río Negro. Los Ugha Mongulala, asesinaron a gran parte de los ocupantes, exceptuando, a cuatro mujeres que fueron hechas prisioneras. Sólo sobrevivió una monja de nacionalidad alemana, Reinha, que más tarde renunció a sus hábitos y se casó con Sinkaia. De esta unión habría nacido Tatumca Nara.

Cuatro años después, en 1941, la nueva princesa partió como embajadora en un viaje secreto hacia Alemania. Un año después, Reinha regresó con algunos dirigentes alemanes. Se estableció una alianza entre los dos pueblos. El acuerdo contemplaba que Akakor, recibiría dos mil soldados alemanes para enseñar a los Ugha Mongulala el manejo de armas poderosas, y que a cambio, estos últimos, se comprometían a construir grandes fortificaciones y a ganar nueva tierra cultivable. “Pero la parte más importante del acuerdo, estableció que los alemanes desembarcarían en la costa brasileña y ocuparían las ciudades más importantes. Los guerreros de los Ugha Mongulala apoyarían la campaña mediante rápidas incursiones sobre los poblados de los Blancos Bárbaros situados en el interior del país. Tras la esperada victoria, Brasil sería dividido en dos territorios: los soldados alemanes reclamarían las provincias de la costa; los Ugha Mongulala serían satisfechos con la región sobre el Gran Río que les había dado por los Dioses 12.000 años antes.”

Según Tatumca los soldados alemanes tenían una ruta de viaje que les permitía ingresar al Continente Sudamericano sin problemas.

“El punto de partida lo constituía una ciudad alemana llamada Marsella. Se les decía que su destino era Inglaterra. Una vez a bordo de la nave, que podía moverse bajo el agua como un pez, les era revelado su auténtico destino. Después de viajar durante tres semanas por el océano oriental, llegaban a la desembocadura del Gran Río. Aquí les recogía un barco más pequeño, que los transportaba hasta las zonas altas del Río Negro. En la última parte de su viaje eran acompañados por exploradores de Ugha Mongulala. El trayecto hasta la gran Catarata situada en la frontera entre Brasil y Perú se realizaba en canoas, y desde aquí solamente eran necesarios veinte horas de camino hasta llegar a Akakor. En conjunto el viaje de los soldados alemanes duraba unas cinco lunas.”

Para 1945 dos mil soldados alemanes se encontraban viviendo en Akakor. La finalización de la Segunda Guerra interrumpió el plan original. Ante la imposibilidad de volver a Alemania, los soldados optaron por establecerse con los Ugha Mongulala.

En este punto de su libro, Brugger, prestó mucha atención y decidió buscar registros históricos que dieran asidero a la versión brindada por Tatunca.

Escribió: “Las operaciones en América del Sur de las asociaciones secretas alemanas no fueron menos numerosas y bien fundadas. Ya en 1938, un submarino alemán reconoció la zona inferior del Amazonas. Su tripulación hizo una investigación geográfica y estableció contactos con la colonia alemana en Manaus. Realizó asimismo el primer film histórico sobre la Amazonia, que todavía se conserva en los archivos de Berlín Oriental. El material fotográfico hecho público demuestra que el interés de los investigadores fue mucho más allá de la mera recogida de datos personales. Otra operación, que se halla documentada en los archivos de la fuerza aérea brasileña, fue el viaje del barco de la S.S. Carolina en junio de 1943 desde Maceió hasta Belem. Sólo puede imaginarse cuáles eran las órdenes del audaz carguero alemán. La fuerza aérea brasileña pensó que transportaba un cargamento de armas para agente secretos alemanes y atacó el barco sin éxito. Más esta explicación, vista retrospectivamente, parece poco probable. Nunca hubo colonia alemana alguna en el área de Maceió ni tampoco instalaciones de las fuerzas brasileñas. Hay numerosas

referencias sobre operaciones secretas del Tercer Reich en Brasil. Testigos oculares afirman haber observado el desembarco de submarinos alemanes en la costa de Río de Janeiro. Un periodista de la revista brasileña *Realidad* e incluso descubrió en el Mato Grosso una colonia alemana, compuesta al parecer exclusivamente de antiguos miembros de las S.S.

“Según la Crónica de Akakor, 2.000 soldados alemanes llegaron a la capital de los ugha mongulala entre 1940 y 1945. El punto de partida de esta operación secreta lo constituyó Marsella. Entre sus miembros se encontraban A. Jung de Rastatt, H. Haag de Mannheim, A. Schwager de Stuttgart, y K. Liebermann de Roth. Mujeres y niños acompañaron al último grupo. El contacto había sido facilitado por una hermana misionera alemana de la estación de Santa Bárbara. Una investigación de los datos contenidos en la Crónica de Akakor suministró la evidencia de que los cuatro soldados mencionados fueron dados por muertos en 1945. Según información recibida de la diócesis amazónica, la estación misionera de Santa Bárbara fue atacada y destruida por tribus salvajes indias en el año 1936. Entre los numerosos muertos se encontraban varias monjas alemanas.

“Teniendo en cuenta los preparativos técnicos que el desembarco de 2.000 soldados alemanes habría requerido, los datos son insuficientes. Pero las operaciones de los comandos secretos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial podrían ser comprobadas en los casos en los que hubieran sido organizadas por la Abwehr. Los documentos sobre las actividades de la división extranjera del Partido Nacional Socialista o de asociaciones secretas del tipo de la Ahnenerbe o bien nunca fueron registrados o bien fueron quemados. Técnicamente, el desembarco de 2.000 soldados alemanes podría haber sido posible. La predilección de Hitler por las ciencias ocultas debió haberle urgido a establecer contactos con un «Pueblo Escogido».* El biógrafo de Hitler, Rauschning, caracteriza al «Führer del Gran Imperio Alemán» de la siguiente manera: «Los planes y las acciones políticas de Hitler únicamente pueden comprenderse si uno conoce sus más profundos pensamientos y ha experimentado su convicción de la relación mágica entre el hombre y el Universo.»”

Coincidimos con Brugger, que tanto la Abwehr, como la Ahnenerbe, contaban con los medios necesarios para implicarse en una operación de esta envergadura.

La Abwehr, fue el servicio de inteligencia alemán que comenzó a funcionar en 1866. Durante la Segunda Guerra Mundial fue dirigido por el Contralmirante Wilhelm Canaris (1887—1945?) (7) En 1940 fue ascendido a Almirante. Desde la Abwerh organizó la ayuda alemana al General Francisco Franco durante la Guerra Civil Española. Más tarde sería acusado de integrar una red de conspiradores para matar a Hitler. En 1945 fue internado en el campo de concentración de Flossenburg,, donde se lo ejecutó un poco antes de terminar la Guerra. Investigaciones recientes, sugieren que su detención y posterior muerte, fue en realidad una pantalla de camuflaje para desviar la atención de los aliados. Canaris habría continuado con sus operaciones desde la clandestinidad.

Además de estar encargado de la inteligencia, la Abwerh, desarrolló tareas de espionaje, contrainteligencia, seguridad, actividades de sabotaje y subversión. En Sudamérica se concentraron en tareas de inteligencia naval y marítima. Muchos países del continente que simpatizaban con los alemanes, prestaron una valiosa colaboración a la causa nazi.

Algunos biógrafos sostienen que Canaris fue “el artífice de un plan denominado Z—Plan, un plan, para continuar la guerra, en caso de que Alemania perdiera militarmente. También creó una organización denominada “Die Kette”(8)La Cadena , para continuar la guerra desde fuera de Alemania si el territorio era invadido y cuyo símbolo era un águila alemana sobre un Sol negro. Tanto el Z—Plan como la organización Die Kette no fueron concebidos con fines a corto o mediano plazo, sino para perdurar por varias generaciones”.

Una hipótesis no confirmada sugiere que Canaris, quién era amigo del general Franco, “obtuvo la península de Jandia (Fuenteventura) en las Islas Canarias por su contribución en la guerra civil, supuestamente era una base secreta de submarinos que sería descubierta después de la guerra, donde los alemanes la utilizarían como vía de escape, aprovisionamiento y escala rumbo

a otras bases secretas en América del Sur y la Antártica. Esta residencia llamada Villa Winter sería del General Gustav del servicio de inteligencia alemán al que los nativos de la isla llamarían “Don Gustavo”. Esta base estaría construída bajo alto secreto sobre cuevas y caverna naturales que comunicarían a su vez con la residencia camuflada que serviría de bunker y punto de observación de la costa.”

Resulta sugestiva la mención de bases sudamericanas. ¿Pudo haberse establecido alguna en territorio brasileño? No, si pensamos que este país le declaró la guerra al Eje en 1942, factor que complica cualquier acción de esa índole. Pero las posibilidades están abiertas y no se pueden descartar.

Como segunda opción tenemos a la Ahnenerbe.

La Sociedad de estudios para la antigua historia del espíritu (Deutsche Ahnenerbe) (1) Existen evidencias que en 1928, Herman Wirth fundó su “Hermann Wirth Gesellschaft o Sociedad Hermann Wirth”, antecedente de la futura Ahnenerbe, mejor conocida como la Herencia de los Ancestros, fue creada el 1 de Julio de 1935. En sus comienzos funcionó como un Instituto de Investigaciones avanzadas de las SS para luego independizarse. Sus mentores fueron Henrich Himmler (2) Tras ser nombrado Reichsfürer de Alemania en 1934, Heinrich Himmler (1900—1945), se convirtió en el segundo hombre más importante después de Hitler. Reformó las SS y las transformó en un cuerpo de élite, la Orden Negra. Gran amante de las ciencias ocultas, Himmler practicaba el espiritismo, mesmerismo—magnetismo y la astrología. Dentro de la Ahnenerbe erigió el departamento de investigaciones históricas de las SS, donde se estudiaban leyendas artúricas y también el catarismo. La residencia oficial de la Ahnenerbe se alzaba en un castillo, Wewelsburg, región de Westfalia, que Himmler hizo reestructurar especialmente. En sus dependencias, se instruía a los elegidos en prácticas medievales y paganas. Los Caballeros de la Orden Templaria fueron el modelo a seguir.

Herman Wirth (3) Especializado en filosofía, literatura, lengua y tradiciones germanas, Wirth (1885—1981) de origen holandés, expuso sus teorías en “La Aurora de la Humanidad”, obra que alcanzó mucha repercusión en Alemania. Wirth creía en la perdi-

da Atlántida, a quién veía como la verdadera patria de los pueblos arios. Sostenía que sus restos podían encontrarse en las regiones nórdicas.

Walter Darre (4) Walter Darré (1895—1953), fue líder del movimiento agrícola. Escribió dos libros: “El Campesino como fuente de vida de la raza nórdica” y “Nueva nobleza de sangre y suelo”. Creía en una doctrina agraria basada en los lazos de la “sangre y el suelo”. Intentó demostrar que la raza nórdica, debido a que era campesina, era heroica, colonizadora y guerrera. Sus ideas inspiraron la Eugenesia.

“Tuvo como objetivo impulsar una sociedad que estudiara el origen del germanismo y diera sólidas bases científicas a la doctrina oficial del partido nazi. Otras inquietudes propulsaban investigar el alcance territorial y el espíritu de la raza germánica, rescatar y restituir las tradiciones alemanas, difundir la cultura tradicional entre la población germana. Llegó a contar con 43 departamentos dedicados a las danzas populares y canciones tradicionales, estilos regionales, folklore, leyendas, geografía sagrada, etc. El símbolo de la Ahnenerbe era la runa de la vida.”

“Uno de los departamentos de investigación más insólitos, era el que se dedicaba a las actividades esotéricas. Los intereses versaban sobre: búsqueda del Santo Grial, excavaciones de vestigios atlantes, exploración al Tíbet, prácticas de yoga, estudios de antiguos cultos paganos, viajes al interior de la Tierra para comprobar si es hueca, etc”.

Al mando de esta sección se encontraba Friederich Hielscher (5) Friederich Hielscher (1902—1990). Residió un tiempo en el Tíbet y fue amigo del famoso explorador austríaco Steven Hadin. Aunque nunca se consideró nazi, comulgó con algunas de las ideas de sus principales representantes del Régimen. Fue editor de la revista “Das Reich” y fundador de una Iglesia Neopagana, con ritos, cánticos y celebraciones tomadas de los Nibelungos. Hitler lo apodaba Bogo. Después del juicio de Núrember, donde testificó a favor de un condenado desapareció de Alemania., un hombre enigmático y del cual hay pocos datos.

Hielscher propulsó la famosa expedición al Tíbet (1938/1939). La misión fue comandada por el antropólogo Erns

Schaefer, acompañado por cinco sabios alemanes y veinte miembros del la SS.

“Bajo el lema del “Encuentro de la svástica occidental con oriental”, lograron establecerse contactos políticos de alto nivel con el gobierno tibetano que se manifestaron, entre otros, en la declaración oficial de amistad de Qutuqtu de Rva—sgren, el regente tibetano, puso por escrito a la atención del notable señor Hitler, rey de los alemanes, que ha conseguido hacerse con el poder sobre el ancho mundo”.

Se realizaron estudios raciales y se filmó un documental. Entre los documentos que los expedicionarios llevaron a Berlín se cuenta el Kangschur, “un conjunto de sagradas escrituras tibetanas en 108 volúmenes”, además del ritual de iniciación guerrera Tantra Kalachakra. (6) Tantra (río de continuidad) Kalachakra (la rueda del tiempo). Práctica de meditación budista que pertenece al Tantra Yoga más elevado. La iniciación asegura el renacimiento del mítico reino subterráneo de Shambhala en el momento final de la lucha entre el bien y el mal. En la actualidad el Tantra Kalachakra es impartido por el propio Dalai Lama.

Pero la misión al Tíbet tuvo un objetivo menos publicitado, que fue el de establecer contacto con los habitantes de un reino subterráneo que llamaban Agartha (7) “Una de las lecturas favoritas de los expedicionarios era el libro publicado pocos años antes del estallido de la segunda guerra mundial, “Bestias, hombres y dioses”, de Ferdinand Ossedowski contaba su peripecia personal a través de Asia Central. En ese texto se refería explícitamente al mítico Rey del Mundo y afirmaba que tanto él como el baró Unger Khan von Stemberg como el Dalai Lama habían recibido a sus emisarios y mantenían contacto con él”.. Pensaban que después del diluvio que sumergió a la Atlántida, algunos de los sobrevivientes buscaron refugio en las cumbres de las montañas más altas. Otros habrían optado por instalarse en las entrañas de la Tierra.

Casi todos los científicos de la Ahnenerbe, estaban convencidos de la existencia del Agartha. Su creencia era tan fuerte que después de la expedición del Tíbet “se organizaron nuevos viajes para intentar encontrar la entrada al mundo interior en diversos puntos de Asia y América del Sur”.

En los Andes además de la búsqueda de estas entradas, se realizaron importantes estudios arqueológicos. Uno de los mayores, fue el realizado en el altiplano boliviano cuna de la famosa Tihuanaco (8) Las ruinas de Tihuanaco se alzan a 3.825 metros de altitud sobre el nivel del mar . Es considerada una de las ruinas más misteriosas del mundo y objeto de virulentas polémicas entre los estudiosos. El arquitecto Edmund Kiss, miembro destacado de la Ahnenerbe escribió un libro sobre sus observaciones en el área que tituló “La puerta solar de Tihuanaco y la cosmogonía glaciario de Horbiger (9) Hans Horbiger (1860—19?). Creador de la Doctrina del Wel o Welteislehre (Hielo Eterno). Horbiger, proponía una nueva cosmogonía en contradicción a Copérnico y Galileo. Decía que en la antigüedad habían existido cuatro lunas, tres de las cuales se precipitaron en nuestro mundo causando cataclismos. “Toda la historia de nuestro planeta, la evolución de las especies y la historia humana encontrarían su explicación en esta sucesión de lunas en nuestro cielo. Dató a Tihuanaco en 14.000 años, y estaba convencido que la ciudadela perteneció a la Atlántida. Dijo que en él se practicó una mítica religión de culto solar anterior a Egipto”. (1937). Kiss vió en Tihuanaco los restos de una colonia atlante y pensaba que sus orígenes se remontaban a la era terciaria, habitado por gigantes de raza nórdica aria.

Junto con la Ahnenerbe coexistieron otras organizaciones que también tuvieron una vinculación esotérica. Una de ellas fue la Thule (10) La Logia Thule Gesellschaft, sociedad secreta alemana, fue fundada en 1918 por el barón Rudolf Sebbonedorff. Casi todos los miembros del partido nazi integraron sus filas y fue un pilar fundamental en los inicios del Tercer Reich. Se practicaba la magia ceremonial y la actividad esotérica era intensa. El nombre de la Logia fue tomado de una leyenda nórdica, que decía que la Thule, era una tierra mística y hogar de los arios. La Atlántida hiperbórea o primigenia.

Lo que Fray Benito Jerónimo Feijó escribió sobre las leyendas del Paititi y El Dorado

38. En la América hay algunos Países ó Poblaciones imaginarias que fabricó en la fantasía de nuestros Españoles la codicia del precioso metal. Aquel ente de razón: Mons aureus, monte de oro,

que anda tanto en las plumas y bocas de los Lógicos, parece que tuvo su primer nacimiento en los descubridores y comerciantes del Nuevo Mundo. De la codicia, digo, de nuestros Españoles nació el soñar que hacia tal ó tal playa hay algún riquísimo País, y que después inútilmente buscasen como verdaderas unas riquezas que eran puramente soñadas. Esto es puntualmente lo de Claudiano, hablando de un avaro cuando despierta después de soñar tesoros:

Et vigil elapsas quaerit Avarus opes.

A veces (según nota el Padre Acosta) nacía esto de embuste de los Indios, que por apartar de sí a los Españoles procuraban empeñarlos en el descubrimiento y conquista de algún País riquísimo, que fingían hacia tal ó tal parte.

39. (El gran Paititi) En el Perú ha muchos años corre la opinión de que entre aquel Reino y el Brasil hay un dilatado y poderoso Imperio a quien llaman el gran Paititi. Dicen que allí se retiraron con inmensas riquezas el resto de los Incas cuando se conquistó el Perú por los Españoles, fundando y substituyendo el nuevo Imperio al que habían perdido. El Adelantado Juan de Salinas (según refiere el Padre Joseph de Acosta), Pedro de Ursúa, y otros hicieron varias entradas para descubrirle, volviéndose todos sin haber hallado lo que buscaban. Tengo noticia de que en los últimos años del señor Carlos II, un paisano mío, llamado Don Benito Quiroga, hombre de gran corazón mas no de igual cordura, empeñado en buscar el gran Paititi con gente armada a su costa, arruinó todo su caudal que era muy crecido, y después de tres años de peregrinación se restituyó trayendo consigo una cosa más preciosa que el oro, aunque menos estimada en el Mundo, que fue el desengaño.

(a) En la dedicatoria del libro Nobiliario de Galicia, Obra póstuma del Maestro Felipe de Gángara, Agustiniiano, la cual Dedicatoria es compuesta por un tal Julián de Paredes, y dirigida a Don Antonio López de Quiroga, Maestre de Campo en los Reinos del Perú, se lee que Don Benito de Ribera y Quiroga, sobrino del expresado Caballero, fue enviado por su tío a la conquista del grande Imperio del Paititi, y que llevaba ya gastados en la empresa, cuando se hizo la Dedicatoria, trescientos mil pesos; a

que añade el Autor que se esperaba duplicar este gasto en la prosecución del empeño. Allí mismo se da por existente este riquísimo Imperio, y se demarca como confinante con las Provincias de Santa Cruz de la Sierra, y Valle de Cochavamba.

2. El Padre Navarrete en su Historia de la China dice que le afirmaron personas de toda satisfacción, que en la corte del gran Paititi la calle de los Plateros tenía más de tres mil Oficiales; pero el Autor de los Reparos Historiales Apologéticos, después de reírse de la credulidad del Padre Navarrete, confirma todo lo que hemos dicho en orden al Paititi, el Dorado, Ciudad de los Césares, y gran Quivira. Copiaré aquí lo que dice sobre la materia, porque afianza las noticias que hemos dado, y añade otras.

3. La verdad es, que los sueños de la codicia, permitiéndolo así Dios para que se propague la Fe, han imaginado montes de oro. Por la parte de la América Septentrional, en la gran Quivira que tantas diligencias y desvelos costó a muchos Españoles: por la parte de la Austral, en la rica Ciudad del Sol, cerca de la Línea: En las Ciudades de los Césares, junto al estrecho de Magallanes: Y en la tierra del Paititi, junto al Marañón; sin que hayan hallado los que han tomado esta empresa otra cosa más que unas tierras pobres, habitadas de Indios bárbaros que ya rancheados junto a los esteros de los ríos, ya embreñados en los picachos de los montes, añaden al maíz lo que pescan y lo que cazan; y principalmente se sustentan de comerse unos a otros. Buscando las Ciudades de los Césares, entró la tierra adentro pocos años ha el Padre Nicolás Mascardo de la Compañía de Jesús, Apóstol de las Indias de Chile, y sólo consiguió morir a manos de su celo, sin encontrar nada de lo que buscaba. El Padre Francisco Diaztaño, de la misma Compañía, después de muchos trabajos llegó a la tierra que se presumió ser la del Paititi, y nada se halló menos, que todo lo que el Padre Navarrete pone de más. Lo que hay en aquella tierra es una pobre gente desnuda, y como brutos, sin más Lugares, gobierno, ni política, que andarse de una parte a otra, siguiendo a los hechiceros que con embustes que les predicán, los engaitan y embelesan.

4. Esta fama ó hablilla del Paititi es tan antigua, que el Padre Joseph de Acosta que imprimió su Historia Natural de las Indias

en Sevilla, año de 1590, hacen mención de ella como cosa recibida. Y en el capítulo 6 del lib. 2 dice, que el Río Marañón pasa por los grandes campos y llanadas del Paititi, del Dorado, y de las Amazonas. El Licenciado Antonio de León Pinelo, en el curioso, y docto Tratado del Chocolate, fol. 3, dice: En las tierras del Tepuarie, y del Paititi, que por la Arijaca se han descubierto a las cabezadas del gran Río Marañón, dicen las relaciones, que se hallan montes de cacao. Si estos montes son acaso los que encontró el Padre Cristóbal de Acuña en el descubrimiento de este caudaloso río, no puede haber tierra más desengañada que la del celebrado Paititi. Allí no hay más que selvas y mucha maleza, raros habitantes y sin rastro de cultura, ni vida civil; con que por esta parte hay muy mal aliño de encontrar la opulenta Metrópoli del Paititi.

5. El P. Fr. Domingo Navarrete se gobernó por los informes P: : que dijo haber llegado a la Corte del Imperio del Paititi; y en prueba de ello mostraba en Lima, pintado en un mapa, todo aquel felicísimo País, señalando en él tres cerros de inestimable valor y riqueza. ¡Gran cosa es tener ingenio para adelantar ideas! Siendo Virrey del Perú el Conde de Chinchón, ofreció a los de Cochambra cierto Personaje muy celebrado por su extravagante espíritu, el descubrimiento de tres cerros de plata, cada uno tan rico como el Potosí; y el efecto que tuvo esta oferta, fue que los cerros de plata se quedaron en el espacio imaginario; y el dinero que se prestó sobre el crédito de esta confianza, en el estado de imposibilidad. El ejemplar de este engaño quedó más corto, pues los cerros del Paititi tuvieron más recomendación, porque el uno era de oro, y el otro de plata, y el tercero de sal; conque no había más que pedir; y no hay que ponerlos en duda, pues así estaban pintados en el mapa.

6. El celo del servicio del Rey no permitió que este punto se quedase solamente en presunción; y así después de otras entradas que en vano se hicieron por la parte del Cuzco, siendo Virrey el Conde de Lemos, entró por la parte de Arijaca Don Benito de Ribera (es el mismo que nosotros llamamos Don Benito de Quiroga, porque tenía uno y otro apellido), en nombre de su tío Antonio López de Quiroga (a quien está dedicado el Nobiliario del padre Gándara), con la escolta de Soldados que pareció bas-

tante para esta importante empresa, llevando por su Sargento Mayor a Don Juan Pacheco de Santa Cruz. Acompañóle para asistir en lo espiritual y eclesiástico el muy Reverendo Padre Fr. Fernando de Ribero, de la Orden de Predicadores, pareciéndole muy digno de su apostólico celo el heroico asunto de tan gran conquista. Faltóle el suceso, mas no el merecimiento. Lo que hallaron, después de larga peregrinación, sólo fueron algunos Indios pobres y desamparados, divididos en incultas y cortas rancherías: el Cielo turbio de nubes, que se desataba con continuos y tempestuosos aguaceros: la tierra inculta, pantanosa, y estéril, y todas sus esperanzas engañosas.

7. Parece que a estos Conquistadores les sucedió poco menos que lo que refiere, pág. 170, Cornelio Wirfliet, en el aumento de la descripción de Ptolomeo, le sucedió a Francisco Vázquez Coronado, Capitán más valiente que dichoso. Poco después de la conquista de México, un Religioso, llamado Fr. Marcos Nizza, informado de la verdad de su celo, y confiado sin duda de la poca verdad, y débiles testimonios de los Indios, afirmaba con grande aseveración que había descubierto el Reino de Cévola, y la tierra llamada de las Siete Ciudades; de quien pregonaba tantas riquezas y fertilidad, que le pareció al Virrey Don Antonio de Mendoza que era digno empeño de la persona de Don Pedro de Alvarado, el más célebre compañero de Hernán Cortés, y más afamado entre los Conquistadores de la Nueva España, y por su muerte fue escogido Coronado. Este valeroso Caudillo partió con mucha Infantería, y cuatrocientos Caballos; y habiendo perdido en el trabajoso viaje tiempo, caballos, y gente, halló que la Ciudad de Cévola era una Aldea de doscientas chozas, y en el País de las Siete Ciudades apenas hallaron cuatrocientos Indios, que en su desnudez y desaliño mostraban cuánta era la pobreza y esterilidad de su patria. Viendo la inutilidad de esta empresa, se dejaron persuadir de otra semejante voz para ir a buscar la gran Quivira, donde decían que latamente imperaba el gran Príncipe Tatarrajo, y que la tierra era abundante de oro y plata, y muy rica de piedras preciosas. Con los estímulos de esta codicia caminaron con incansable tesón por sendas escabrosas, parajes incultos, climas destemplados, y campos inhabitables; y con mil fatigas y fracasos lastimosos llegaron al fin al término deseado. ¿Pero qué fue lo que halla-

ron? La Corte era un triste aduar bárbaro y corto, el Príncipe Tatarrajo en un pobre viejo desnudo, cuya riqueza se cifraba en un jovel de alquimia, en que se distinguía de los demás. Hasta aquí el Autor de los Reparos Historiales, que en Relación del viaje de Coronado discrepa algo de la de Fr. Juan de Torquemada que citamos en el Teatro.

XIII

40. (El Dorado) En Tierra Firme en la Provincia que llaman de la Guayana, que está al Sur de Caracas, dicen también hay un Pueblo, a quien llaman el Dorado, porque es tan rico que las tejas de las casas son de oro. El Adelantado Juan de Salinas, de quien se habló arriba, buscó asimismo este precioso Pueblo, y después de él otros muchos todos inútilmente.

41. Y porque no se piense que la falta de industria, ó de osadía estorbó a nuestros Españoles el hallazgo, copiaré aquí con sus propias palabras una cosa bien notable que refiere el Padre Acosta. El Adelantado Juan de Salinas (dice) hizo una entrada por el río Marañón, ó de las Amazonas muy notable, aunque fue de poco efecto. Tiene un paso llamado el Pongo, que debe ser de los peligrosos del mundo; porque recogido entre dos peñas altísimas tajadas, da un salto abajo de terrible profundidad, adonde el agua con el gran golpe hace tales remolinos, que parece imposible dejar de anegarse y hundirse allí. Con todo, la osadía de los hombres acometió a pasar aquel paso, por la codicia del Dorado tan afamado. Dejáronse caer de lo alto, arrebatados del furor del río; y asiéndose bien a las canoas, ó barcas en que iban, aunque se trastornaban al caer, y ellos y sus canoas se hundían, tornaban a lo alto, y en fin con maña y fuerza salían.

LA AHNENERBE

Ana Débora Goldstern

La Ahnenerbe se creó dentro de las SS para elaborar una nueva imagen nacionalista que beneficiase al Tercer Reich, para estudiar el origen del germanismo y proveyera de sólidas bases científicas a la política del partido en el poder. Del mismo modo debería investigar el alcance territorial y espiritual de la raza germánica para restituir las tradiciones entre la población. Llegó a tener 43 departamentos dedicados a yoga, zen, doctrinas esotéricas, influencias mágicas, expediciones regionales, estudios científicos, danzas populares y canciones tradicionales, estilos regionales, folklore, leyendas, geografía sagrada, ciencias paranormales, etc. El símbolo de la Ahnenerbe era la runa de la vida. Los temas iban desde: búsqueda del Santo Grial, excavaciones de vestigios atlantes, exploración al Tíbet, prácticas de yoga, estudios de antiguos cultos paganos germánicos, viajes al interior de la tierra para comprobar si era hueca, etc.

“... El 1 de enero de 1939 la Ahnenerbe recibió una nueva reglamentación que ampliaba sus actividades a la investigación científica en general, y por este camino fue por donde se llegó a la explotación de los campos de prisioneros, que ofrecían espléndidas perspectivas para la experimentación.”

Desde 1936, en la Ahnenerbe realizaron excavaciones arqueológicas.

Fue en Wewelsburg donde se planificaron las misiones SS—Ahnenerbe al Tíbet y al desierto del Gobi y los nacionalsocialistas llegaron incluso hasta América del Sur y la Antártida en busca de la entrada del legendario reino subterráneo de Agartha o Agharthis. Ernst Schäfer capitaneó la oscura expedición de las SS al Tíbet en 1938-1939 Ernst Schäfer vendió su alma al diablo para

cumplir su sueño de llegar a Lhasa, la Ciudad Prohibida. Explorador osado, aunque a veces brutal, se alistó en las SS y recorrió el Tíbet bajo el siniestro patronazgo de Heinrich Himmler.

En busca del martillo (de Thor) Schäfer, prototipo del aventurero siniestro, mató a su mujer en un accidente de caza y fue el primer europeo en abatir a tiros un oso panda.

Nacido en Colonia en 1910, Schäfer, era hijo de un poderoso empresario. Desde niño le apasionaba la vida en la naturaleza y especialmente la caza. También desde muy joven se le metió en la cabeza ir a explorar el Tíbet, un romántico símbolo de todo lo misterioso y recóndito. En la Universidad de Göttingen estudió zoología y geología, y en 1930 conoció a Brooke Dolan, el hijo de un millonario de Filadelfia que estaba organizando una expedición a China. No tardó mucho a su regreso en ingresar en las SS. Corría 1933 y Schäfer era ya un explorador célebre. Lo que hizo que Himmler, que tenía sus propias y extravagantes ideas de lo que debía ser una expedición alemana al Tíbet —había que rastrear los orígenes de la raza aria, localizar el mítico reino de Agartha, el Shangri—La nazi, y comprobar las teorías de la cosmogonía glacial de Hörbiger, se fijara en él. Parece que el explorador se reía por lo bajini del lunático de su jefe y sus locuras pseudocientíficas. Pero decidió aprovechar todos los recursos que se le ofrecieron para labrarse una gran carrera científica. La expedición al Tíbet partió en abril de 1938. Los alemanes tuvieron que sortear a los recelosos británicos.

En enero de 1939, tras muchas maniobras, la expedición entró en la Ciudad Prohibida de Lhasa. Tras la guerra fue juzgado, pero exonerado, y se marchó en 1950 a Venezuela, donde montó la estación biológica de Rancho Grande y murió en julio de 1992 recordando los buenos días nazis en el Tíbet. Y sin remordimientos.

Entre los componentes de la expedición Tíbet figuraba un joven antropólogo y oficial de las SS, Bruno Berger, que acabaría en Auschwitz seleccionando un centenar de prisioneros por sus «interesantes» características raciales. Los elegidos fueron gaseados, y sus cuerpos, reducidos a esqueletos para la colección de la

Ahnenerbe. Ése fue uno de los crímenes de la organización científica de Himmler que los aliados descubrieron al hallar los archivos de la misma escondidos en una cueva conocida muy apropiadamente como Kleines Teufelsloch (el agujero pequeño del diablo).

La expedición al Tíbet de Schäfer no fue la única que patrocinó la Ahnenerbe. Hubo hasta ocho, todas consagradas a probar la supremacía aria o a hallar testimonios de supuestos antiguos conocimientos de «la raza dominante». En el ínterin, los científicos nazis que recogían prácticas chamánicas finlandesas para las SS, calcos de petroglifos prehistóricos escandinavos o tejido de momias guanches, realizaban operaciones de espionaje. No consta en los archivos de la Ahnenerbe que los nazis buscaran el Arca de la Alianza o el Grial. Pero no sería raro, porque trataron de hallar cosas más insólitas. Se conserva una carta en la que Himmler les encarga investigar el paradero del martillo de Thor, el dios del Trueno. El reichführer estaba convencido de que el legendario objeto se basaba en un arma real de los antiguos arios que implicaba un adelantado conocimiento de la electricidad susceptible de ser usado contra los aliados.

HITLER: EL HIJO DEL ÍNCUBO

Las bestias furiosas y hambrientas cruzarán a nado los ríos. La mayor parte de la armada se lanzará contra Hister. El más grande será arrastrado en una jaula de hierro. Cuando el hijo de Germania obedezca la ley. (Nostradamus)

Fernandine de Saussure, el gran lingüista suizo y creador del método estructural, hubiera tenido en Hitler su signo lingüístico perfecto, donde el significado, —idea o representación mental— fuera evocado por la palabra Hitler y el significante, —imagen de ese algo— estuviera definida por la palabra horror.

Pero Hitler, no sólo representa un signo lingüístico perfecto. Como dice Erikson, la inmensa literatura psiquiátrica ha descrito a Hitler “...como un “paranoide psicópata”, un niño sádico amoral”, un “mariquita sobrecompensado”, o un neurótico que actúa bajo la compulsión de matar. En ocasiones, era todo eso, pero, por desgracia, también algo más. /.../ Fue en primer lugar un aventurero, en una escala grandiosa. La personalidad del aventurero es

similar al del actor, porque siempre debe estar listo para personificar, como si los hubiera elegido, los roles cambiantes que le sugieren los caprichos del destino /.../ Sabía como acercarse al límite, cómo dar la impresión que iba demasiado lejos, para luego volver a acercarse a su público en suspenso.. Hitler sabía explotar su propia histeria...” Y si se quiere, manipularla a su antojo.

Adolf Hitler nació un 20 de Abril de 1889 en un pueblo austriaco de Braunauarm—Inn, cercano a la frontera bávara. Su padre Alois fue un hijo ilegítimo que tomó el apellido de Hitler de su abuelo paterno. Después de la muerte de dos esposas se casó con su hijastra Klara Poelzl, 23 años más joven que él, y de esa unión casi incestuosa nació Hitler. La Historia que siguió es bien conocida. Padre violento. Hitler, joven rebelde e inadaptado social “... El pensamiento de esclavizarme en un hombre de oficina me enfermaba... también el hecho de no ser el amo de mi propio tiempo...”, escupía en la edulcorada *Mi Lucha*, su único escrito Autobiográfico. El fracaso de sus pretensiones artísticas al negársele la entrada a la Escuela de Arte en Viena, convirtió al joven Hitler en un ser resentido y amargado, carácter que se acrecentó con el fallecimiento temprano de sus progenitores. Los pocos que lo conocieron durante esa época oscura lo describen como un “... hombre perezoso, huraño y tan reacio a todo tipo de trabajo que prefería empeñar sus libros y las pocas pertenencias personales que poseía a salir a trabajar y ganarse unos pocos hellers...”

El próximo salto es su entrada a la Primera Guerra, que lo dejaría preparado para su integración a la vida política alemana. ¿Pero su antisemitismo, sus teorías raciales, su misticismo posterior, sus influencias? ¿Por qué este período de su estancia en Austria es tan poco apreciado? El error de la mayoría de los biógrafos ha sido centrar la atención en los acontecimientos posteriores, pero la etapa vienesa, (1903—1913) ha sido cubierta por un manto de sombras. Arrojemos un poco de luz. Por aquellos años Hitler era un desocupado, que vendía acuarelas de su autoría para sobrevivir. Repasando el trabajo de August Kubizek que compartió una pensión con Hitler y que más tarde plasmó estas vivencias en una biografía que tituló *El Joven Hitler —La Historia de nuestra amistad—* se presenta un retrato poco común y un poco idílico de su personalidad “Los que lo conocieron aquel año en Viena

no comprendían la contradicción entre su apariencia bien educada, su lenguaje culto, su comportamiento seguro y la existencia miserable que llevaba, y lo consideraban altivo y pretencioso. No era lo un ni lo otro simplemente no encajaba en el orden burgués...”

El futuro líder fue un apasionado lector que concurría a las Bibliotecas Públicas de Viena, pero fue en la Biblioteca Nacional, dependiente del Palacio de Hofburg, donde encontró su mayor fuente de inspiración. De la Filosofía Decadentista Alemana tomó como modelos a Schopenhauer y a Nietzsche.

Arturo Schopenhauer (1788—1860) heredero de Kant, fue uno de los primeros pensadores que fundió la Filosofía Oriental con la Occidental. De esta época data “Querer es esencialmente sufrir, y como vivir es querer, toda vida es por esencia dolor”, influencias directas de sus estudios del Budismo. Pero es en su obra capital, *El mundo como voluntad y representación* donde hallamos al verdadero Schopenhauer. Aquí postula que la verdadera esencia del hombre se encuentra en la práctica de la voluntad a la que considera su motor, y afirma con notable pesimismo que “toda satisfacción, o lo que comúnmente se llama felicidad, es, por su naturaleza, siempre negativa, nunca positiva”. Años más tarde Nietzsche llevaría al extremo el camino emprendido por Schopenhauer.

Se ha creído ver en Friederich Nietzsche (1844—1900), el hombre que dijo, entre otras cosas, “Dios ha muerto”, el real impulsor e ideólogo del nazismo. El filósofo nihilista y ateo, defensor de la raza aria, blasfemo antijudáico, y visionario del superhombre, dejó una obra extensa y compleja. Sostenía que la superación de hombre estaba dada por la voluntad del poder que lo elevaba como especie —la supervivencia del fuerte sobre el débil— clara herencia darwinista. En su escrito mayor *Así Hablaba Zaratustra* expresa con firmeza que “el superhombre es lo que yo amo, él es para mí lo primero y lo único, —y no el hombre: no el prójimo, no el más pobre, no el que más sufre, no el mejor—. Y aunque la Historia lo exima y se despachen ideas de manipulación, y malinterpretación, no hay dudas que la esencia de Nietzsche caló hondo en el joven Hitler, que más tarde puso en

práctica lo esbozado en borrador... Sin embargo no se puede cargar a la Filosofía el peso de la responsabilidad, el lector absorbe pero a veces no decodifica, como sin duda fue el caso de Hitler.

La Divina Comedia de Dante, La Educación de la Raza por Lessing, el Fausto de Goethe, fueron otras obras que mantuvieron ocupada la mente del joven Hitler. La Historia sin embargo fue una de sus asignaturas favoritas y a nadie escapa que en multitud de discursos hizo gala de su sapiencia en la materia.

Alan Bullock uno de los biógrafos más importantes escribió: “pasaba mucho tiempo en bibliotecas públicas, pero su lectura eran indiscriminada y nada sistemática: La Antigua Roma , Religiones Orientales, Yoga, Ocultismo, Hipnosis, Astrología..” Este aparente interés por disciplinas poco ortodoxas revela en Hitler un aspecto inusitado y desconocido. ¿Se trataba de un típico joven con inclinaciones místicas o existía un algo más? Existía, como ya se verá...

“ ... En esta pequeña ciudad junto al río Inn, bávara por la sangre y austriaca por la nacionalidad, iluminada por la luz del martirio alemán, vivían, hacia fines del siglo pasado mis padres...” Dejando de lado la prosa poética de Hitler, centrémonos en en Braunauarm—Inn —su pueblo natal—. Pocos conocen que este poblado fue considerado un “hervidero de médiums y videntes”, y menos aún que “que dos famosos médiums, los hermanos Scheneider, nacieron en él, y que uno de ellos tuvo la misma ama de cría que Hitler”

Así como no hay una mera coincidencia en nacer en un pueblo de brujos, tampoco lo es el hecho de que la Abadía benedictina de Lanbach, donde Hitler experimentó “la fervorosa vocación del sacerdocio” fuera un sitio tapizado por cruces gamadas. Un lugar, que “fue un poderoso foco de atracción para los iniciados de los secretos del templarismo, esa mística mitad monje, mitad soldado”, y que era visitada por regularidad por Adolf Joseph Lang, más tarde fundador de la Orden del Nuevo Temple y que luego sería conocido como George Lanz Von Liebenfels. Y aquí debemos extendernos un poco sobre este hombre que también contribuyó en el caudal racista de Hitler.

George Lanz von Liebenfels nació en 1872. “A los 19 años

tomó el hábito cisterciense”, que le permitieron tener un conocimiento acabado de la Biblia y los Evangelios, además de su incurción en la naciente teosofía. Sus anormalidades se desarrollaron pronto. Creía en la teoría que postulaba que “Cristo-Frauja, nombre germánico antiguo “fue un iniciado ario que se opuso a las fuerzas oscuras representadas por la sinagoga”. Vamos entendiendo? Más tarde llevó al extremo estas concepciones en un libro que tituló: La Teozoología o los Simios de Sodoma y el electrón de los Dioses, mezcla absurda de misticismo teosófico, temática evolucionista, antropología y zoología. Un verdadero engendro. Para aclarar: los arios serían los hijos de los dioses, la raza Teozoa, en eterno conflicto con la raza Antropozoa —judíos—especie inferior en estatura —pigmeos, con características animales y sólo accesoriamente humanos, con tendencia a la práctica desenfrenada de la sexualidad que corrompen a los hijos de los dioses.

Pero el legado no se esfumó en tapa dura; Lanz se lanzó a la publicación de una revista, a la que bautizó como Ostara —nombre que según se cree responde a la pascua germánica y en adoración de una antigua divinidad estacional indo-germana—. Con un formato cercano a lo monográfico, Ostara presentó artículos que no se sonrojaba ante la mezcla descarada de sexo en concordancia con el Ocultismo. Al parecer la publicación tuvo cierto eco entre la sociedad vienesa, que durante más de veinte años —1905-1927—acompañó con guiños de asentía el mensaje racista que Lanz proponía.

Por desgracia Austria no fue suficiente y el tumor se expandió peligrosamente a otras fronteras. Y aquí debemos volver la mirada a nuestro principal actor ¿Absorbió Hitler este aire enrarecido o sólo fue otro ciudadano pasivo inmerso en las circunstancias?. Gran cuestión, porque no todos están seguros de que la conexión Lanz—Hitler fuera algo concreto y de que hubieran nacidos frutos.

Entre los argumentos a favor se encuentra un testimonio del propio Lanz que relató como en 1909 “recibió la visita de un joven que dijo llamarse Adolf Hitler interesado por comprar los números atrasados de la revista Ostara. Lanz se los regaló al percibir el estado de miseria del joven.”.

Investigaciones posteriores confirmaron que el domicilio que dejó Hitler a Lanz corresponde a la pensión que habitó por espacio de un año en Viena. ¿Porqué entonces se sugiere que estos relatos carecen de veracidad? “Para unos se trata de un mito, no consta que Hitler fuera lector de Ostara./.../ Algunos historiadores afirman que atribuir a Hitler interés por Ostara es un arma más de la guerra psicológica destinada a ridiculizar al Führer...” Nada impide atar cabos, y la discusión se torna eterna. Lo cierto es que un joven reacio al trabajo, pintor frustrado, y de carácter díscolo, adquirió muy pronto conocimientos ignorados para una gran mayoría en cuanto a lo oculto, y si bien hemos testificado de sus lecturas discriminadas, y de el aire que en esos momentos azotaba Europa, su posterior ascenso dentro de esos círculos conoció maestros más avezados que en las sombras y tras bastidores crearon los verdaderos lazos entre este y el otro mundo. La educación de Hitler, como veremos a continuación, fue un largo proceso que ocupó casi toda su vida. Para más datos, los invito a penetrar en los secretos de la Thule.

THULE GESELLSCHAFT: ISLA BLANCA, CORAZÓN NEGRO

“Necesitamos a un hombre que encabece el movimiento, un hombre que pueda soportar el sonido de la ametralladora. Es necesario que la chusma sienta el miedo en las entrañas. No podemos utilizar a un oficial porque la gente ya no los respeta. El hombre más adecuado sería un trabajador que supiera hablar” Dietrich Eckardt

¿Cómo nació el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán —NSDAP? Repasando la historia sabemos que el surgimiento tuvo lugar después de la derrota que sufrió Alemania en la Primera Guerra , que regó en el aire germano un sentimiento de furia, desasosiego y humillación, condiciones necesarias para el posterior desarrollo de esta clase de partido, que en un principio fue ideado para las masas obreras. La historia ya se sabe, la escribe el bando ganador, y algunos secretos se guardan para mejor ocasión. ¿Podría ser éste el caso del Partido Nazi? o ¿sus vinculaciones con la Logia Thule , son solo divagaciones, delirios sin sustentos, cotilleos de salón? Juzgue sino el lector.

Un Hitler muy cambiado regresó de las trincheras. La transformación del triste pintor que vagaba sin rumbo por las calles de Viena había sido, por así decirlo, significativa. En la solapa del uniforme resaltaba la medalla al valor, la Cruz de Hierro, que le valiera ser promovido a cabo. Las perspectivas de esa Alemania sombría, y pobre, enfurecían a Adolf, que después de los padecimientos juveniles, no deseaba volver al pan rancio, y los bancos de plaza. La opción, la única, era el Cuartel, y debido a su brillante foja de servicio se le permitió quedar. Fue así como se inició y demostró condiciones inmediatas en el campo del espionaje. El comunismo era un cáncer a extirpar, y Adolf, como ya sabemos, aborrecía con fervor el color rojo. No tardó en infiltrarse en los mitines, y en las marchas comunistas; su entusiasta participación, permitió la captura de muchos dirigentes, y no le tembló el pulso cuando delató a la mayoría, que rápidamente engrosaron pelotones de fusilamiento. Encantados con el cabo y sus habilidades se le especializó en política y fue así que se Ernst Rhom, capitán destacado del VII ejército lo tomó bajo su tutela. (Más tarde Rhom, sería nombrado Jefe del Estado Mayor en el futuro Partido). Y fue Rhom quién lo contactó con Dietrich Eckard, quién se encontró con el discípulo tan esperado. Preguntarán ¿Y la Thule?, Eckard, es el gancho.

Dietrich Eckard, el hombre que dijo “Yo he iniciado a Hitler en la Doctrina Secreta , he abierto sus centros de visión y le he proporcionado los medios para comunicarse con los poderes”, fue un individuo cuya historia contiene algún paralelismo con los de su famoso discípulo. Se sabe que fue un brillante estudiante de Letras, pero que no terminó el doctorado. Era disperso, y le gustaba vagabundear, durmiendo en bancos de plaza, evitando así todo trabajo fijo. Bebedor descontrolado, y morfinómano dependiente “hospitalizado en varias ocasiones para curarse de su adicción”, Eckard casi pierde la razón, y hasta pasó una temporada en “un asilo para lunáticos en Berlín, donde sus únicos compañeros eran los enfermos mentales”. Practicaba la magia pagana que en ese entonces estaba muy de moda por Europa, y se cuenta que pertenecía a un grupo que para expandir la mente empleaba al peyote mexicano como dilatador. Amante de la Historia Medieval, y defensor de todo lo Oriental, su devoción cultural era resultado

de sus viajes “por los países árabes del norte de Africa”, incursionando además por la España mora: Barcelona y Granada.

Para cuando trabó amistad con Hitler, Eckard, era reconocido en Alemania como “poeta, escritor e historiador de talento, y amante de los chistes ingeniosos”, pero muchos ignoraban que tras la fachada, se escondía “un satanista entregado, el adepto supremo a las artes y los rituales de magia negra y la figura central de un poderoso y muy extendido círculo de ocultista, el Grupo Thule”.

La Thule Gesellschaft, no fue una creación exclusiva de Eckard, él, fue tan solo uno de los impulsores. Su nacimiento hay que rastrearlo a partir de las disidencias que se registraron en otro grupo, conocido como La Orden de los Germanos. El propósito de la Germanenorden, una continuadora de la tradición de antiguas logias europeas, era crear una franc-masonería alemana, liberada del dominio judío que ellos creían ver en las obediencias regulares y que, al ser secreta, evitara la penetración de los espías hebreos” ¿Suena familiar?. “Tenían vocación de elite y querían reunir en sus filas a lo mejor del Reich”. Y consideraban que “la historia nos ha enseñado que mientras el ario construye, el hebreo destruye”.

Cuando se produce la ruptura dentro de la Orden en 1916, un personaje entra en escena, Adam Alfred Rudolf Glauer, mejor conocido como el barón Von Sebotendorf. De la Germanennorden Walvater del Santo Grial, resultado de la escisión, surgirá su rama bávara, la Logia Thule, cuyo destino durante tres años estará bajo el mando de Von Sebotendorf. En una biografía de su autoría “El talismán de los rosacruces”, relata que desde muy joven tuvo contactos “con escuelas y tradiciones iniciáticas”, comenta su estadía por Egipto dónde residió por un tiempo, y su posterior paso por Turquía donde se empapó de los conocimientos ocultos. En 1908 regresa a su Alemania natal, llegando a la conclusión de que el “esoterismo islámico y el germánico tienen un solo y mismo origen”. Regresemos a la Thule. El nombre de la Logia se desprende una leyenda nórdica que predicaba el lugar de origen de los arios, una tierra mágica, a la que muchos atribuyen un pasado atlante. Según palabras del filósofo francés

René Guénon, gran estudioso del misticismo, “ella fue la Isla Sagrada por excelencia y su situación era literalmente polar en el comienzo. Todas las demás Islas Sagradas, por nombre de idéntico significado, no fueron sino imágenes de aquella”, sugestivo...

Pocos es lo que sabe de las actividades internas de la Logia, escritos posteriores de Sebontendorf, han revelado que se exigía a los socios fidelidad a la tradición germánica, y una pureza racial absoluta, que debía llegar hasta la tercera generación. Fondos de la Thule se invirtieron en la compra de un periódico local, el *Munchener Beobachter*, donde se alternaban “artículos de deportes, con notas de carácter antisemitas y germanistas” Los acontecimientos de 1918 viran drásticamente los caminos de la Thule. La agitación comunista empieza a soplar con fuerza por toda Alemania, después de los sucesos de Octubre en Rusia. Trabajadores de izquierda se movilizan al mando de Kurt Eisner que toma el poder en Baviera. Hombres de la Logia se movilizan rápidamente para contrarrestar el avance rojo y se producen las primeras escaramuzas. Los miembros de la Thule se involucrarán con fuerza en esta lucha sin cuartel, y muchos de ellos encontrarán la muerte a manos de los “guardias rojos”.

En Antes que Hitler viniera, obra posterior del propio Sebontendorf, se descubre que “Hitler en sus primeros meses de actividad pública se apoyó en dos fuerzas políticamente organizadas y de pendientes de la propia Thule: el Partido Alemán de los Trabajadores y el Partido Socialista Alemán. De estos tres grupos, Hitler hizo el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán”.

Después de su breve incursión en el ámbito de la política, la Logia, ya sin los dictados de Sebonterdorf iniciará un camino más oculto, y se retraerá a su universo místico conducido por Dietrich Eckard, que la volverá a encauzar a su escenario primario: la práctica del ocultismo negro, del que Hitler será su discípulo más temerario.

Cuando Eckard conoce Hitler, enseguida advierte en el furibundo orador partidario, cualidades innatas. La combinación de odio, racismo, resentimiento, y locura incipiente convierten a Hitler en un candidato que no se debe dejar escapar. Es el inicio a la carrera de la maldad.

“El círculo interior del Grupo Thule se componía exclusivamente de satanistas que practicaban la magia negra. Es decir, tan solo se ocupaban de elevar sus conciencias mediante rituales hasta una percepción de inteligencias malvadas y no humanas en el universo, así como encontrar un medio de comunicación con estas inteligencias”. Pero nos preguntamos, ¿realmente hay un puente hacia esas inteligencias? Volvemos a situarnos en problema que también nos lega la Teosofía, La Golden Dawn, y las prácticas del mismo Crowley ¿es posible tal comunicación? O ¿todo se remite a pura fantasía?

Adentrándonos más en la espesura de la Thule vislumbramos que uno de los postulados básicos era la firme creencia de un salvador, un Mesías Ario que devolvería la grandeza al pueblo germano. Pero a diferencia del Jesús Cristiano que proclamaba la unidad de todos los semejantes, sin distinción de raza, o credo, este Mesías debía iniciar una lucha contra las razas inferiores, y que no encajaban con el modelo a implantar. Hitler fue proclamado por Eckard y otros visionarios ocultistas como el Mesías Negro, y que además se convertiría en el canal que posibilitaría las comunicaciones con ese “más allá”.

Los escasos estudios que encontramos sobre estas sectas neopaganas sugieren que para alcanzar sus estados de misticismos recurrían con frecuencia a las drogas dilatadoras de conciencia, que en la jerga actual se denominan psicodélicas. Lanzados estos neófitos al universo de lo sensorial imaginamos los graves trastornos que estos consumos provocaban en el organismo y la confusión que lentamente los envolvía, teniendo en cuenta que el camino elegido distaba mucho de cualquier espiritualidad. ¿Ayuda esta teoría a explicar los súbitos cambios de humor que Hitler experimentaba en su personalidad? ¿Influenciaron estas experiencias psicodélicas en el desarrollo de su oratoria?

Analicemos la voz del Führer. Basta observar las observaciones fílmicas de la época para advertir el terrible poder que emanaba de sus palabras y que movilizaban a masas enteras que hechizadas, parecían responder a tamaño influjo. Allan Bullock decía que “su poder para embrujar a la audiencia ha sido comparado con las artes ocultas de los curanderos africanos o los chama-

nes asiáticos; otros los han comparado con la sensibilidad de un médium, y el magnetismo de un hipnotizador”. ¿Detentaba Hitler tal poder? ¿Fue educado en su potencial? . No estamos del todos seguro pero de los que si sabemos, es que un astrólogo y vidente, Hanussen, le dio lecciones de psicología y oratoria. Strasser uno de sus estrechos colaboradores escribió: “... Hitler responde a las vibraciones del corazón humano con la delicadeza de un sismógrafo... lo que permite, con certeza que ningún don conciente podría otorgarle, actuar como un altavoz que proclama los deseos más secretos, los sentimientos más personales de toda una nación...”

Diterich Eckard no llegaría a presenciar los avances que en esta materia alcanzaría su diabólico discípulo, ya que moriría víctima de la iberita en 1923. Antes de su deceso había pronunciado «Seguid a Hitler. El bailará, pero yo he compuesto la música. Le hemos dado los medios de comunicarse con Ellos... No me lloréis: yo habré influido en la Historia más que ningún alemán...»

KARL HAUSHOFER. EL GEÓGRAFO SINIESTRO

«...quien domine a la tierra corazón, dominará la isla mundial y quien domine a la isla mundial, dominará al mundo». (Karl Haushofer)

El que fuera un ferviente creyente del Espacio Vital o Lebensraum en su acepción alemana, no solo manejó la geopolítica con maestría, sino que traslado sus concepciones a otras esferas que incluyen además de geografía, el ocultismo tibetano e interpretaciones muy personales de la Doctrina Secreta.

Cuando se intenta comprender el porque de la existencia de los Campos de Concentración que llevaron al exterminio a miles de seres humanos, se debe volver hacia el Lebensraum, la idea que dio cuerpo a las futuras atrocidades. Desde la óptica de todo alemán inmerso en el Reich, el Espacio Vital, significaba conquistar territorios, ocuparlos, y esclavizar a pueblos enteros en beneficio de la hegemonía alemana, que se sentía atrapada en la geografía impía que el destino le había decretado, y por lo tanto era un derecho a ganar.

Karl Haushofer (1869-1946), el divulgador del Lebensraum que más tarde sería materia obligatoria en todas las escuelas ale-

manas, fue ante todo un brillante geógrafo que pasó largas temporadas en Japón y la India, ejerciendo labores de inteligencia para Alemania. Fue así que se cultivó en las principales lenguas orientales, llegando a dominar el japonés, y el antiguo sánscrito, que le posibilitaron la introducción al misticismo oriental, del que se hizo adepto. Más adelante hablaremos de la Logia Luminosa o Vril.

Todos los biógrafos coinciden que Haushofer conoció a Hitler por intermedio de Rudolf Hess, quién en ese entonces era su discípulo en el departamento de geopolítica de la Universidad de Munich. La relación con Hitler cobró fuerzas durante la estancia de éste como prisionero en la Fortaleza de Landsberg, a raíz de los sucesos del Putsch de 1923 que fracasó. Haushofer comenzó a visitarlo regularmente, “armado de sus libros de geopolítica”. Más tarde el profesor jugaría una carta clave en los asuntos exteriores del Reich, en especial en lo referido a la Alianza Japón—Alemania.

Pero la enseñanza de la geografía expansionista, sólo era una parte de la educación de Hitler, que más tarde Haushofer complementó con sus conocimientos sobre los misterios del Tíbet y su particular visión de la Doctrina Secreta.

Durante su estancia en Oriente Haushofer se involucró de lleno en las concepciones budistas y en las prácticas de las ciencias ocultas. Por ese entonces circulaban Leyendas de ciudades subterráneas habitadas por supervivientes de una antigua civilización, Atlántida, que después de la sumersión de la Isla, habían ido a refugiarse en esa zona inaccesible ahora conocida como el Desierto de Gobi, cerca del Tíbet. Los viejos mitos hablaban de una terrible guerra que había asolado a los pueblos de la Atlántida, una lucha generada entre el bien y el mal, o los que practicaban la magia blanca en contra de los abusos o sea la magia negra. Después del Cataclismo Marítimo, los atlantes se dividieron entre los que siguieron el sendero de la derecha o fuerzas del bien, que canalizaron en una zona que se llamó Shambala, y los que fundaron Agharthis o sendero de la izquierda y que respondían a los poderes de las tinieblas. Haushofer no sólo absorbió esta Leyenda, sino que participó en forma activa en el Budismo que seguía los preceptos del Agharthis. Vean si no este informe sobre

la Historia de la Svástika:

- El budismo Se dividía en dos ramas:
- Los Gorros amarillos que practicaban las enseñanzas de Buda en su integridad en los ámbitos religiosos, moral, ascético y que en nuestra época constituyen la mayoría de los monjes que dicen ser fundadores de la doctrina. Su hábito ocre amarillo les dio ese nombre. Su símbolo la svástica dextrógira. Y se cree que representa a Vishnú (Dios de la vida)
- Los Gorros rojos, que practicaban un budismo mezclado con tantrismo, con una mezcla que exigía el uso de la mujer en algunos ritos. Los Gorros rojos deben su nombre al color de su vestimenta.
- Los Gorros negros, que practicaban con el nombre de budismo un chamanismo que no era más que brujería simple y sencilla. Mezcla de sacrificios de sangre con sexo tántrico. Es la religión más antigua del Tíbet, anterior a la introducción del budismo. Esta religión lleva el nombre de bon, sus adeptos se llaman bonpos o boenpos. Su símbolo la svástica sinestrógira o cruz gamada. Y se cree que representa a Shiva (Diosa de la Destrucción). Más tarde adoptada por Hitler.

Haushofer pertenecía al Budismo de Gorros Negros que después trasladaría a la Alemania Nazi. ¿Se le debe también el origen de la Svástika, que ondeaba en los estandartes nazis? Es una probabilidad que no descartamos.

Semejante maestro debió causar una honda impresión a Hitler, si se piensa que Haushofer practicaba la arquería, era una gran conocedor del Zen, y hablaba a la perfección el idioma japonés. Pero nada lo había preparado para la revelación que sobre la Doctrina Secreta aprendió del Herr Profesor. Ya hemos mencionado las ridículas interpretaciones que los teósofos nazis utilizaron para su propio servicio.

La Doctrina Secreta que Haushofer enseñó a Hitler distaba mucho de lo predicado por Blavatsky. Es así que a través de los ojos de Haushofer surge una historia fantástica donde los Arios son transformados en una raza especial que surge en los últimos tiempos de la Atlántida. Son astutos, inteligentes, humanos pero

que están en contacto con jerarquías espirituales que los entrenan y les educan en la apertura del tercer ojo. Las demás razas son inferiores y con apéndices animales—y surgen terribles batallas por estos nuevos avances en la purificación de la raza.

Más tarde “los pueblos Arios fueron trasladados a otras regiones por el Manu, el último de los Dioses Hombres o Superhombres. La migración los llevó por toda Europa y Asia hasta el área del Desierto del Gobi, y desde allí hasta las montañas del Himalaya. Allí, en el techo del mundo fue fundado un Oráculo del Sol, que dominaría y dirigiría las Siete Civilizaciones de la era postatlántica. Los iniciados en este Oráculo, se reencarnaban como líderes de los diversos pueblos que también habían sobrevivido al Diluvio y se instalaron en todos los rincones de Europa, Asia y América. La inmensa mayoría de los mejores arios se establecieron en la India...” Y como finaliza Ravenscroft : las enseñanzas racistas que Hitler recibió en el Landberg serían implantadas en el entrenamiento de las formaciones SS, y en los burgos en los que se pretendía que surgiera una nueva gama de superhombres nazis. Los que nos recuerda que después debemos ocuparnos de Himmler.

Es interesante observar como estas “revelaciones” fueron aplicadas en el Reich con fuerza si pensamos en la búsqueda del Super Hombre, los misteriosas expediciones que se llevaron a cabo en el Tíbet, y en América, sin contar con los experimentos que a costa de muerte y terribles sufrimientos se llevaron a cabo en los Campos de Concentración para la creación de esta nueva raza.

LOGIA LUMINOSA O VRILL: EN BUSCA DE LA KUNDALINI.

Las religiones orientales siempre han quitado el sueño a más de un occidental. Bucear en la Historia de Religiones tan antiguas como India, Tíbet e incluso el Japón, implica riesgos sino se toman los debidos recaudos. A través del tiempo distinguir la Mitología de los verdaderos sucesos se torna una tarea casi imposible para aquellos que se sumergen en aguas que no son siempre límpidas. Buscar la iluminación o alcanzar el Nirvana es tarea para pocos. Yoga, Meditación Trascendental, Tercer Ojo, Lenguas muertas resultan hasta hoy día de difícil comprensión para cuerpos, oídos

y ojos poco acostumbrados al sacrificio, paciencia, y claridad de mente.

Antes de proceder con la Logia Luminosa vamos a señalar que el Vril, base de esta secta que se formó en Alemania, es una energía, que los antiguos hindúes y tibetanos conocen con el nombre de Kundalini. Para quién esté familiarizado con este concepto sabrá entonces que la aplicación de esta fuerza energética se produce trabajando los chakras, que son pequeños centros energéticos distribuidos en ciertas zonas del cuerpo humano. La Kundalini se accionaría como una fuerza liberadora, una especie de serpiente que atravesaría estos chakras liberándolos de las impurezas a las que estamos sometidos los seres humanos y proporcionando al hombre una evolución completa, convirtiéndolo en un ser con poder y otorgándole una inmensa sabiduría.

Pero hay más. Esta energía también serviría para acceder a profundos conocimientos en el campo de la tecnología atómica, muchos de los cuales aún no han sido descubiertos, y cuyo manejo erróneo habría provocado la abrupta desaparición de civilizaciones antiguas de las que apenas hay algún registro, como es el caso de antiguos textos hindúes donde aluden a vimanas volantes y armas con rayos ¿atómicas?.

¿Son ciertos los rumores de extrañas máquinas voladoras circulares, de los que se hallaron planos y que se asemejan en su prototipo a los Ovnis que tan preocupados nos tiene con sus apariciones?

¿Tuvo algo que ver el Vril? Nunca han cesado las suspicacias al respecto, y son escasas las pruebas. Debemos estar agradecidos de que este poder no llego demasiado lejos, porque de seguro no estaríamos contando esta parte de la Historia.

La Logia Luminosa o Vril, había sido inspirada en gran parte por una novela del autor Bulwer Lytton, La raza que nos suplantará o Zanoni, que se había hecho famoso con su obra Los últimos días de Pompeya. En Zanoni, Lytton “habla de seres que suplantarán y conducirán a los elegidos de la raza humana a una formidable mutación”. Pero es a través del liderazgo de Haushofer que la Sociedad Vril alcanza su real dimensión. Integrada por budistas, ex adeptos de la Golden Dawn, teosofistas, la Logia, desarro-

lla una amplia actividad donde es común la práctica del Yoga, la meditación, la lectura de libros hindúes, todo con el fin de despertar esa energía ahora atrapada en este mundo tridimensional.

Por eso no sorprende que hasta una comunidad tibetana se haya instalado en Berlín, seguidores del budismo de gorros negros de Haushofer, porque no hay dudas que los nazis del Tercer Reich eran vistos como los hijos esperados que devolverían el poder a las Jerarquías de las Tinieblas. Tal era el horrible pensamiento que justifica su adhesión.

La Teoría del Espacio Vital fue la llave que permitió a Hitler planificar la conquista de gran parte de Europa. Las derivaciones de las enseñanzas ocultistas de Haushofer con su distorsionada visión de la Doctrina Secreta dieron paso a los campos de concentración donde pueblos enteros perdieron la vida por no comulgar con los principios de la raza ideal. Los horrendos experimentos a que fueron sometidos gran parte de los prisioneros judíos demuestra hasta que punto estos aprendices de magos estaban comprometidos en la satisfacción de las Jerarquías del Mal.

De Haushofer se decía que podía prever el porvenir, pero jamás imagino este mago negro, que su propio hijo intentaría matar a su discípulo preferido Hitler, resultando éste ileso del complot contra su vida. Albrech Haushofer fue sentenciado a la horca junto a otros conspiradores y en uno de sus bolsillos ensangrentados se encontraron unos versos manuscritos:

*El destino había hablado por mi padre,
de él dependía una vez más
rechazar al demonio en su mazmorra.
Mi padre rompió el sello.
No sintió el aliento del maligno
y dejó al dominio suelto por el mundo...*

Karl Haushofer mató a su esposa Martha y se suicidó en un ritual japonés. Digno final para el que fuera un geógrafo y ocultista de lo siniestro.



El coronel Fawcett

Las páginas que se presentan en este anexo son las reproducciones de los originales que se guardan en Brasil.

Esta es la carta que firmó el mal llamado “Raposo” y que fue entregada al virrey de Portugal. En ella se relata tanto la expedición en busca de las minas de Muribeca como el descubrimiento de las ruinas de una ciudad antigua que ellos identificaron como Manoah. En realidad es muy posible que fuera una de las ciudades satélites que se encuentran en territorio amazónico y que están todavía por descubrir.

Lo curioso de esta pieza documental es que, si bien el virrey de Portugal no hizo caso alguno de esta carta, el citado Raposo desapareció y, a partir de que este documento estuvo en manos del dignatario portugués, se multiplicaron las expediciones al interior de la selva.

De cualquier modo, como ya se ha explicado en las notas al pie insertadas en la novela, Fawcett fue uno más entre los buscadores de esta ciudad perdida aunque, es justo reconocerlo, también el más conocido de entre ellos ya que, al día de hoy, sus seguidores tienen una página web que, además de fotografías, contiene una gran cantidad de datos de este explorador.

PERIPLO DE SALUBHA EN BRASIL



